
3 1761 07515769 3







Lit J. Palacios. Arenal, 27- Madrid

FELIPE GONZÁLEZ ROJAS, EDITOR

LA REINA GITANA

NOVELA HISTÓRICA FLAMENCA

POR

D. MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ

TOMO PRIMERO

MADRID
ADMINISTRACIÓN: CALLE DE SAN RAFAEL, NÚMERO 9
(Barrio de Pozas)
1887

IMPRENTA Y CASA EDITORIAL DE FELIPE GONZÁLEZ, SAN RAFAEL, 9

PRÓLOGO

CAPÍTULO PRIMERO

Enviado por Dios.

Era un día crudísimo á principios de Octubre de 1842.

Los senderos de la sierra de Guadarrama estaban intransitables.

El aguacero los había convertido en torrentes.

Los picos de Somosierra no se veian perdidos en la niebla.

Caía la tarde.

El puerto estaba á dos leguas de distancia.

Un hombre como de cuarenta años, por su apariencia labriego, envuelto en un capote de monte, cubierta la cabeza por un gran sombrero, y calzado por unas abarcas, tiraba del ronzal de un asno viejo y acansinado, sobre el cual iba una mujer arrebujada en una capa.

La esclavina, acomodada á manera de capucha, impedía ver si era joven ó vieja, fea ó hermosa.

El silencio en que iban se rompía de tiempo en tiempo por una imprecación lanzada por el hombre, irritado por la lenta y trabajosa marcha del asno.

El animal no podía más.

Era viejo, le acobardaban el viento y la lluvia, y había hecho una larga y penosa jornada por los vericuetos de la sierra.

Al fin se detuvo, y no hubo medio de hacerle dar un paso más.

Cerraba la noche.

Arreciaba el viento, zumbando de una manera siniestra en las cumbres, crecía el frío y la lluvia que se iba convirtiendo en nieve.

Los viandantes estaban en el borde de un sendero peñascoso, por cuyo centro se despeñaba con violencia un raudal de agua turbia y espumosa.

A la izquierda había una tajadura, un derrumbadero, que iba á dar en un barranco por el cual se despeñaba atronador, un verdadero torrente.

A la izquierda se levantaba alta y escarpada, la ladera de un monte.

En esta ladera, á poca altura sobre el sendero, se veía el negro boquete de una cueva, orlado de brezos y madreselvas, y defendido en su entrada por espinos y malezas.

—Del mal el menos,—dijo el hombre, que al buscar instintivamente una guarida, había visto á la ya opaca

luz del crepúsculo la cueva;—Dios nos ha deparado un agujero que nos abrigue.

—¿Y en dónde?—preguntó con acento de extrañeza la mujer.

La voz era joven, dulce, sonora.

Una de esas voces que inspiran una viva simpatía.

Que regalan el oído.

Que revelan una buena alma.

Que seducen; más aun, que enamoran.

Una de esas voces hechiceras que representan ese momento de la gran juventud en que acaba la niña, y empieza la mujer.

El vaguido de una criatura que resonó debajo de la capa que envolvía á la viajera, demostró que, aunque tempranísimamente, ya era madre.

—¡Para no ver que Dios nos ampara!—dijo el hombre:—la niña llora de frio.

—Y que este frio penetra hasta los huesos,—dijo la joven,—yo estoy mala.

—Pues cuanto antes á la cueva, yo haré fuego, y pasaremos como podamos la noche.

El hombre ayudó á su compañera á bajar del asno.

Luego, dándola el brazo, la ayudó á subir á una especie de plataforma de algunos metros de extensión, á cuyo fondo se alzaba una gran peña tajada.

En esta peña estaba la cueva.

El asno, libre del peso de la mujer, siguió á sus amos.

Llevaba una carga que consistía en dos grandes

fardos sobre los cuales para defenderlos sin duda de la lluvia, se extendía una gran piel ya muy usada.

De uno de los fardos pendía enganchada una escopeta.

El hombre desenvainó un gran cuchillo de monte que llevaba á la cintura, y con él abrió en la maleza que cubría la entrada de la cueva, una abertura bastante para que pudieran pasar la joven, él, y aun el asno.

Con la maleza cortada había bastante para hacer una buena hoguera.

Entraron el hombre y la mujer y el asno los siguió.

El interior de la cueva densamente oscura, impedía ver su extensión.

El hombre recogió la maleza que había cortado.

La apiló.

Encendió un fósforo.

Puso fuego á la hoguera que como era de leña menuda, levantó muy pronto una alegre llama.

Entonces pudo verse que la cueva era estrecha, larga, que se prolongaba por un negro agujero, y que su altura era como de tres metros.

Habían tomado abrigo bien á tiempo.

Apenas habían entrado en la cueva y encendido fuego, cuando la tempestad que crecia rápidamente se desencadenó.

Un trueno espantoso acompañado de un relámpago deslumbrante hasta lo insoportable, hizo temblar la

roca en cuyo corazón estaba la cueva, y se dejó sentir un punzante olor de azufre.

Un rayo debía haber caido á muy poca distancia.

Se sentía el huracán que rugía con una violencia inconcebible.

Si nuestros viajeros hubieran estado al descubierto, hubieran sido sin duda arrebatados.

Despeñados por los precipicios.

El hombre se había santiguado y rezaba.

La mujer temblaba de los pies á la cabeza, se había sentado en el suelo, y estrechaba contra su seno á su hija.

La capucha formada por la esclavina de la capa se había deshecho, y había dejado descubierta completamente su cabeza.

La luz de la hoguera iluminaba de lleno con un resplandor rogizo su semblante.

Era en efecto muy joven.

Apenas de catorce años.

Era además extraordinariamente hermosa, y llegada á pesar de su juventud, á un magnífico desarrollo de formas.

Era muy morena, pero con un moreno límpido, voluptuoso, y de una suavidad deliciosa.

Tenía los cabellos rizados, negros, con reflejos azulados como las plumas del cuervo, negras también las cejas, espesas, largas y sedosas las pestañas, y los ojos negrísimos, lucientes, rasgados, de un tamaño enorme y de una forma hermosísima.

Pero había en ellos una fijeza profunda y una espresión de fuerza tal, que revelaban un alma enérgica y valiente á toda prueba.

Aquellos ojos aparecían incontrastables en aquellos momentos, en que dominado el primer sentimiento de pavor parecían irritados por la tempestad, que los ponía en peligro, como si la tempestad hubiera sido un enemigo con el cual se hubiera podido combatir.

No podía dudarse de la energía excepcional del alma de aquella joven.

Su boca entreabierta, de labios sensuales, frescos, y de un sonrosado purísimo, dejaban ver una dentadura admirable.

El momento culminante de la tormenta había pasado.

Aquello había sido un torbellino.

Había durado sólo algunos instantes.

Los truenos habían cesado.

Los relámpagos eran débiles.

El aguacero torrencial había cedido.

De improviso se oyó un grito humano, un grito horrible, y un golpe sordo como el que produce la caida de un cuerpo.

Este cuerpo apareció inmediatamente delante de la entrada de la cueva, que la luz de la hoguera iluminaba.

—¡Un despeñado!—exclamó con un acento de horror el hombre.

Y se lanzó á la entrada de la cueva.



Lit J Palacios　　　　Arenal-27. Madrid.

Mateo se habia inclinado sobre aquel hombre......

Su mujer le siguió.

Era en efecto un hombre.

Estaba inmóvil, boca arriba y con los piés extendidos hacia la entrada de la cueva.

Tenía los brazos cruzados sobre el pecho, y retenia en ellos un pequeño bulto blanco.

—Pero eso que tiene entre los brazos ese hombre es una criaturita, Mateo,—dijo la mujer con un indefinible acento de sorpresa y de conmiseración.

—Sí, Filomena, sí,—respondió Mateo:—¡qué desgracia, Dios mío!

En aquel momento resonó el llanto de la criatura que tenía entre los brazos el despeñado.

—¡Ah!—dijo Filomena:—es posible que al niño no le haya sucedido nada: llora de una manera natural: dámelo.

Mateo se había inclinado sobre aquel hombre, le había abierto con dificultad los brazos, y había tomado la criatura.

Filomena retuvo á su hija con el brazo izquierdo, y sujetó con el derecho la otra criatura que en él la puso Mateo.

Inmediatamente se inclinó sobre el despeñado, le reconoció, y exclamó con la voz trémula:

—No, pues á este pobre no le hace ya falta nada: está muerto: y es un gitano.

—¡Un gitano!—exclamó Filomena, que se había sentado en el suelo y había puesto á su hija sobre la capa que se había quitado, para ocuparse de la otra criatura.

—Sí,—dijo Mateo,—un gitano, y muy buen mozo por cierto, y joven: ha debido venir á caballo, porque tiene espuelas: á este pobre le ha cogido como á nosotros el nublado en la sierra, y no ha tenido como nosotros donde ampararse: el ventarrón le ha cogido á lo que parece en un sendero por encima de esta peña.

—Mira tú, mira Mateo,—dijo Filomena, que había desajustado y desenvuelto al niño para reconocerlo: este angelito no tiene nada: la Santísima Virgen del Carmen le ha amparado: Dios nos lo envía; nosotros le entregaremos á sus padres.

—¿Y quién sabe quiénes son sus padres, si este desventurado está muerto?—dijo Mateo, cuya voz sonaba más trémula.

—Puede ser que lleve encima algún papel que nos dé luz,—dijo Filomena:—regístrale.

Filomena había dominado la situación, y aparecía grave, pero serena.

Se había puesto á envolver de nuevo al niño.

En cuanto á Mateo, se sentía mal; le contrariaba de una manera invencible la tarea en que se encontraba empeñado.

Hizo al fin de tripas corazón.

Registró al muerto.

—¡Una carta!—exclamó.

—¿Ves tú?—dijo Filomena,—esa carta nos guiará: dámela.

Se la dió Mateo.

En el sobre de aquella carta se leía:

«Señor Rector de la Inclusa de Madrid:»

—¡Ah, Dios mío!—exclamó Filomena en un arranque de generosa y caritativa indignación:—¡enviaban este ángel á la Inclusa! ¡Oh, Dios ha mandado á su tormenta que mate á ese infame y me entregue esta criaturita! ¡pues bien, yo la recibo de las manos de Dios!

—Bueno, bien, mujer,—dijo Mateo:—tú eres muy buena; pero esto es muy grave y me parece prudente que nos aconsejemos con el señor cura.

—No me opongo: mira: la tormenta ha pasado; ya sale la luna: vámonos de aquí; dentro de tres horas, todavía de noche, llegaremos al pueblo: nadie nos verá; yo iré á la iglesia á la misa de alba y pediré confesión al señor cura: él dirá.

En efecto, la tormenta había pasado completamente.

Se había deshecho la niebla, y en el cielo, ya en gran parte despejado, brillaba la luna llena.

Los arroyos que se desprendían de las cumbres habían disminuído considerablemente.

Mateo sacó el asno fuera, le cogió por el ronzal, y él y Filomena á pie, llevando en cada brazo un niño, emprendieron la marcha.

El cadáver del gitano, quedó allí en la entrada de la cueva, iluminado de soslayo por la luz de la hoguera, y de lleno por la siniestra y fantástica de la luna.

CAPÍTULO II

Mateo y Filomena.

Con las penas del mundo, porque el camino era muy malo, llegaron á la media noche á un pueblo que era Alcor de la Sierra, Filomena y Mateo.

El pueblo, como era preciso, á una alta hora, estaba desierto.

Nadie, pues, los vió llegar á su casa, que estaba en la calle Real.

La habían dejado cerrada, y sólo dos días antes.

Tenían una pequeña tienda de mercería, y los dos esposos habían ido á Madrid para proveerse de algunos géneros que les faltaban.

Filomena era la que entendía el negocio; y por consecuencia ella iba siempre, como entonces, cuando era necesario.

La tienda, merced á la inteligencia y á la buena

gracia de Filomena, iba muy bien, y después de atender á la modestísima subsistencia de los esposos, dejaba ganancias.

Filomena se había quedado, siendo aun muy niña, huérfana de padre y madre, y una prima segunda ó tercera de su madre, recién casada con Mateo, la había recogido.

Ana la Vizca, que así se llamaba la mujer de Mateo el Chepa, apodos que habían heredado ella de su madre y él de su padre, porque ella en vez de ser vizca, tenía los ojos negros más hermosos del mundo, y él por sí derecho y buen mozo no tenía nada de jorobado, tenían la tiendecilla de mercería, que durante años y años, había ido pasando de padres á hijos.

Aunque *para pueblo* estaba muy bien educada, que sabía leer y escribir y contar, y que era además muy inteligente en mercería, educó á Filomena, enseñándola lo que ella sabía, haciéndola hacendosa, y sobre todo honrada y buena cristiana.

No habían tenido hijos, por más que se los habían pedido á la Virgen y no se los había dado, *sin duda porque no convenía*, según decía con su sencilla fe Ana, que al fin cayó en la cuenta de que la Virgen, negándola hijos, había querido que no tuviesen otros que Filomena.

Así fué que todo su amor maternal se empleó, y aun se cebó, por decirlo así, en Filomena, y cuando murió la dejó su tienda, haciendo caso omiso de su marido, que hubo de contentarse con ser tutor de ella.

Tenía ésta cuando Ana murió diez años, y era tan precoz, que representaba por lo menos doce, espigada, gallarda, robusta, y amenazaba con ser una real hembra de las de *órdago*, y esto no tardando mucho tiempo.

Era además, reflexiva, grave, seria, y de un carácter extraordinariamente enérgico, pero eso sí, muy bien inclinada, muy discreta, y sobre todo muy caritativa.

Era también precoz en cuanto á su juicio, prudente ya y atinado, y así fué que dijo á Mateo, cuando pasaron por ambos los primeros rigores del dolor, por la muerte de Ana:

—Padre, mi madre me quería á mí más que á usted, porque á mí me ha dejado todo lo que tenía, y á usted nada; y esto no ha estado bien; porque usted ha trabajado tanto como ella, por no decir que más; así es que yo no quiero la herencia y á usted se la doy, porque así debe ser.

—Hija de mi alma,—respondió Mateo,—mi Ana no te ha querido más que á mí, que á los dos nos tenía en su alma; ella no ha mirado sino que yo soy hombre, y en la fuerza de mi edad y lo puedo ganar, y tú eres mujer, y no sabes más que lo de la mercería, y necesitas un dote para cuando como es natural, te cases: con que bien hecho está lo hecho, y no hablemos más de ello.

—Bueno,—dijo Filomena;—pero es menester que usted sepa que yo le quiero á usted tanto como quería

á la difunta: que miro en usted mi padre, y que yo no haré nunca más que lo que usted me mande.

Mateo se conmovió ante aquella sencilla y noble manifestación del alma de Filomena, y si antes de una manera inconsciente la había amado, la amó más después de las elocuentes manifestaciones de la rectitud, de la virtud del alma de la niña.

La amó más, á pesar de que la había amado con cuanto amor tenía en su alma.

Y es porque el amor es una virtualidad, y como todas las virtualidades, no tiene límites.

El amor es infinito.

Pasó el tiempo.

Se fué calmando en Filomena y en Mateo el dolor por la pérdida de Ana, hasta que se convirtió en un sentimiento dulce y melancólico.

En una poesía: en un idilio.

Todo el amor de Mateo se concentró al fin en Filomena.

Todo el respeto y todo el cuidado de Filomena en Mateo.

Y á medida que pasaba el tiempo, Filomena se iba desarrollando de una manera poderosa.

Su hermosura se iba determinando.

Tomando algo de ideal.

Algo de lo divino, que es inherente á todas las armonías.

A los doce años Filomena tenía ya toda la estatura que debía tener.

Todo el desarrollo de la mujer sin la niña.

Mateo fué sintiendo por Filomena, sin apercibirse de ello, algo que era muy diferente al amor puramente paternal que hasta entonces por ella había sentido.

Habían pasado dos años desde la muerte de Ana.

Su dolor se había calmado y había ido haciendo un vacío, que sólo podia llenarse con otro amor.

Y entretanto Filomena crecía, se hacía mujer, y de día en día un nuevo encanto aumentaba su hermosura.

Aunque tenían para vivir desahogadamente, porque en los pueblos las necesidades son muy reducidas, se pasaban sin criada.

Las criadas comen, ganan un salario, y además, sacan á la calle á murmuración las interioridades de la familia.

Filomena tenia sobre sí y soportaba con facilidad todos los quehaceres, en tanto que Mateo estaba al frente de la tienda.

Vivían, pues, solos.

Por las noches, singularmente en las largas veladas de invierno, se aburrían el uno frente al otro, sentados junto al fuego.

Filomena cosía, que siempre tienen algo de qué ocuparse las mujeres hacendosas, ó leía algún libro que les prestaba la mujer del médico, que era muy aficionada á las novelas.

Al poco rato Mateo se dormía.

Filomena cerraba el libro y le miraba con una ex-

presión que hubiese conmovido hasta el fondo de las entrañas á Mateo si hubiera podido ver aquella mirada.

Filomena había llegado ya á sus catorce años, y por decirlo así, había madurado.

En lo físico tenía una tal magnificencia de formas, de contornos, de modelaciones voluptuosas y enérgicas, y á la par turgentes, dulces, suaves, armónicas, incitantes, con tal fuerza de juventud, de frescura, de salud, de vida, que sólo podían compararse con lo apasionado y ardiente de su alma, enloquecida con un sentimiento poético, sencillo, completamente dentro de la naturaleza, ingénito en su sér, vehemente, ardiente, vivificador, que fluía al exterior en su mirada, en su acento, en la expresión de su semblante y en su sonrisa melancólica y grave que revelaba un alma seria, un alma fuerte, pura, con todas las purezas y todas las nobles aspiraciones que pueden hacer y hacen de una criatura humana la semejanza de un arcángel, hasta donde puede llegar lo semejante entre lo divino y lo humano.

Pero aunque Filomena fuese pura, purísima de cuerpo y de alma, una poesía primitiva de la naturaleza, por decirlo así, un idilio viviente, valiéndonos de una expresión largamente usada, y aun abusada por nuestra amanerada y metafórica literatura, no era inocente, ni mucho menos.

Conocía la vida.

En los pueblos viven las gentes muy cerca los unos de los otros.

Con un gran descuido.

Al descubierto.

La murmuración es el recreo único.

El lenguaje es libre como el aire del campo.

La expresión y la imágen son fuertes como la luz á cielo abierto.

Se vive en fin, se piensa y se habla con una gran libertad, con una grande holgura.

En los pueblos, como en los arrabales de las grandes ciudades, se oye siempre la frase vedada, neta, naturalista, sin que el pudor se alarme y sin que deje de existir, y tal vez más sensible, más delicado que el de las gentes civilizadas.

Todo consiste en el carácter de los campesinos; tienen una manera más gráfica de ser, más positiva, más tangible que la de los de las ciudades.

Todo va bien, lo colorido y fácil del lenguaje, las malicias, las revelaciones de la vida con toda su verdad, la naturaleza al descubierto.

Todo eso en el fondo es candoroso, aunque el candor sea rudo, y aun pudiera decirse que brutal.

Todo va bien cuando se trata de generalidades que alcanzándolos á todos, no señala individualmente á nadie, ni tocan á la piel, ni aun se revelan en una mirada, ó en una palabra, ó en un acento de una manera directa é intencionada.

Cuando sucede esto, el pudor de los campesinos se revela con toda su espontaneidad, con toda su susceptibilidad, con toda su fuerza incontrastable.

Porque todo lo que la naturaleza y la sociedad y las costumbres que de la naturaleza dependen, y que ésta ha puesto en el sér de la mujer, existe en todas las mujeres, aunque la diferencia en educación haga que estos sentimientos tengan para manifestar modificaciones que no anulan, que no borran en manera alguna el sentimiento.

Filomena era pura, purísima, casta, de aspiraciones delicadas, bellísimas.

Por su afición á la lectura estaba infinitamente más civilizada que sus paisanas.

Su lenguaje no era libre, ni naturalista, ni candente.

Las manifestaciones de su sér no tenían rudeza alguna.

Estaba acostumbrada á lo que había oido desde niña, y no la escandalizaba ninguna expresión.

Pero no usaba en manera alguna de aquella libertad.

Era pura, lo repetimos, pero no inocente.

Inteligente y sensible de una manera extraordinaria, vehemente y enérgica, dotada de una gran fuerza de voluntad, dominadora y apegada á la satisfacción de sus sentimientos cuando pasó de la infancia á la adolescencia; ya muerta Ana, empezaron á germinar en ella las propensiones de la mujer, los cumplimientos de su destino, sus inquietudes y sus insomnios de virgen enamorada, que siente sin comprenderlas las propensiones del amor, conoció muy pronto, y muy

pronto no tuvo duda de que amaba á Mateo, no como una hija ama á su padre, sino como una mujer ama un hombre con cuya vida necesita imperiosamente refundir la suya, cumplir el precepto eterno, constituir una familia.

Mateo la había contaminado.

Mateo había infundido en su sér el amor y el deseo que ella le había inspirado.

Mateo callaba.

Mateo creía que guardaba profundamente el secreto de su amor en el fondo de su alma.

¿Pero qué mujer, por inocente que sea, y ya hemos dicho que Filomena no era inocente, no conoce que es amada?

La basta para conocerlo el instinto que la naturaleza ha puesto en ella, y rechaza por antipatía, ó acepta y siente por simpatía el amor que ha inspirado.

¿Qué le importaba que Mateo la doblase cumplidamente la edad, que casi se la triplicase?

El amor es siempre joven y hermoso.

El amor del alma es alma, y como el alma es inmortal, no tiene estado, ni forma material.

Y así, puro y sensual á un tiempo, ardiente y casto á la par, se transmite al cuerpo y todo la conmueve y lo excita por su reciprocidad necesaria de la unión indisoluble durante la vida de los sentimientos del alna sobre la sensibilidad de la materia.

Filomena se enamoró perdidamente con un amor

profundo, con el amor de la verdad, de Mateo, como Mateo se había enamorado de ella.

Como Mateo se espantó como se espantó ella por aquel amor, que á los dos les parecía imposible, escandaloso y hasta criminal.

Esto duró hasta que Filomena, sintiéndose arrebatada por aquel amor que cuanto más se le contenía más crecía, acudió necesitada de un consejo y creyéndose combatida por Satanás y en pecado mortal por las pasiones incitadas que la hacian soñar la certeza cada día mayor de que era amada por el hombre á quien amaba, acudió al padre cura y le reveló en confesión las tribulaciones de su espíritu.

Se le pusieron los dientes largos á don Martín, que aunque era una persona recta y dignísima había sido capellán de regimiento, y tenía mucho de despreocupado y hombre de mundo, que era, en fin, un sacerdote *sui generis*, y sobre toda un cura de pueblo, dijo á Filomena:

—Pues no tiene mala suerte que digamos ese bruto de Chepa; ¿lo has pensado bien, hija mía?

—Yo no lo he pensado, señor cura,—dijo sencilla y vehementemente Filomena: —lo he sentido.

—De modo que como sentir es antes que pensar,—dijo don Martín,—la fuerza de tu sentimiento te tiene aun aturdida y sin capacidad para pensar nada á causa de lo que sientes.

—Lo que pienso,—respondió Filomena,—es que á él y á mí nos vá á costar la vida esta pasión que al uno

por el otro se nos ha metido en las entrañas, ó que perdamos por nuestro amor nuestras almas, que será lo peor.

—Pues mira, Filomena,—dijo don Martín,—entonad un cántico de alabanza y de reconocimiento al Señor.

—¡Cómo! ¿y por qué? señor cura,—respondió anhelante Filomena.

—Porque sin ofender á Dios él ni tú, podéis satisfacer esa necesidad de amor que Dios y la madre naturaleza hija suya ha puesto en vuestras almas; yo había visto algo en vosotros y ya había pensado en ello; á casaros en seguida.

—¡A casarnos!—exclamó con un acento indefinible Filomena, con la voz trémula, con los ojos extraviados y pálida como una muerta.

—Para mí,—dijo don Martín, conmovido por la perturbación de Filomena,—será una grande satisfacción el echaros las bendiciones.

—¿Pero es eso posible, señor cura?—exclamó más perturbada aun Filomena.

—No hay impedimento alguno,—respondió don Martín.—Tú piensas de una manera sencilla y vulgar; hasta que no le has amado como mujer le has amado como padre; á él le ha acontecido lo mismo; ni aun siquiera eres hija suya de adopción; cuando te quedaste huérfana, él y la buena Ana tu tía, su mujer, te acogieron, te criaron, esto es todo; ni aun dispensa se necesita, porque el parentesco que tú tienes con la pobre Ana,

que en paz descanse, era muy lejano; pero ¿qué es esto, hija mía?—añadió sobresaltado el cura.—¿No me respondes? ¡te caes!

Don Martín se lanzó de una manera nerviosa del confesonario, y acudió á Filomena que estaba tendida y sin sentido.

Al tener la seguridad por la autorizada voz del párroco de que podía ser sin ofender á Dios y sin escandalizar á las gentes mujer de Mateo, se impresionó de una manera tan violenta, tan monstruosa, tal era la vehemencia excepcional de su carácter, que la acometió un vértigo. Algunas mujeres que estaban en la iglesia acudieron, levantaron á Filomena y la llevaron á una habitación del cura.

En cuanto á éste, él mismo, sin detenerse, porque ni el acólito ni el sacristán estaban á mano, salió rápidamente y se fué á la tienda de Filomena, que estaba muy cerca de la iglesia para traerse á Mateo.

Encontró la tienda cerrada.

Le pasó una siniestra sospecha por el pensamiento, y á impulsos de ella, viendo que nadie pasaba por la calle que pudiese ayudarle á forzar la puerta, cogió uno de esos gruesos pedruscos que por todas partes se encuentran en las calles de los pueblos, y le arrojó con toda su fuerza á la débil cerradura de la puerta, que se abrió de par en par.

El cura, alterado, ansioso, casi maquinalmente atravesó la tienda, entró en la trastienda y se detuvo anonadado de horror y de espanto.

Mateo se balanceaba, como por la conmoción de sus últimas convulsiones, pendiente de una cuerda atada á á una viga.

Debajo había una mesilla volcada.

Mateo, sin duda en un momento de locura, se habia ahorcado.

CAPÍTULO III

La razón de un suicidio, la caridad y la valentía de un cura.

La noche antes, después de haber cerrado la tienda Filomena, puso la mesa y sirvió la cena.

Mateo estaba contraido y taciturno.

Filomena melancólica y excitada.

Miraba con más insistencia que nunca á Mateo, y parecía que esta insistencia era á pesar de su reflexión.

Se iba condensando la pasión de ambos.

Mateo no podía ya contenerse y miraba con un hambre canina á Filomena.

Ella sentía la poderosa atracción del alma de Mateo, que se exhalaba por los ojos de éste.

Sus ojos iban tomando la vaguedad, la inquietud y el fuego sombrío de los de un loco.

Hacía ya mucho tiempo que todo estaba dicho, que todo se había revelado sin palabras, que había sobrevenido entre los dos una inteligencia muda, y por lo mismo, más elocuente, más poderosa.

La naturaleza, con su acción invencible, podía más que ellos.

De tal modo se creían en la situación de padre á hija, que creyendo pecado enorme, que no podía perdonar la misericordia de Dios, la pasión que recíprocamente sentían y que no podían ocultarse.

Cuando se miraban, y esto era con mucha frecuencia, y en su mirada se confundían sus almas y se acariciaban, se deleitaban en un enamoramiento íntimo, cuando Filomena se ponía encendida, como si su hermoso semblante hubiera reflejado la luz de una hoguera, viendo la mirada avara de Mateo, que no se saciaba de los encantos de su mórbida garganta, de su turgente y conmovido seno, de los ojos de Filomena se exhalaba á torrentes el fuego de su alma, el delirio de su amor, y Mateo se ponía pálido y temblaba, y dejaba ver la expresión del sufrimiento de un martirio insoportable.

Ambos iban enloqueciendo.

Ambos iban transigiendo con todo.

Ambos iban sintiendo el valor de la desesperación.

Ese valor que á todo se atreve y todo lo atropella.

Aquella noche la cena fué muy breve; ambos estaban muy desganados.

Filomena quitó la mesa, tomó un libro y se sentó junto al fuego.

Frente á ella se sentó Mateo.

Durante la cena no habían hablado una sola palabra.

Filomena empezó la lectura.

Su voz dulce y sonora, era ardiente, melancólica, conmovida.

Parecía como si hubiera leído maquinalmente, sin enterarse de lo que leía.

Como si su pensamiento hubiera estado absolutamente ageno al contenido del libro.

Mateo, abstraido en la contemplación de Filomena, no oía la lectura de ésta.

De tiempo en tiempo, y como por efecto de una atracción poderosa, Filomena levantaba su mirada deliciosa, se fijaba en Mateo; al encontrar la mirada de éste, los incontrastables ojos de Filomena se inflamaban en un fuego divino, se estraviaban, se hacían provocadores, y después de haber manifestado á Mateo su resolución á todo, como horrorizados de su atrevimiento dejaban ver una desesperada expresión de dolor, y volvían á fijarse en el libro.

Mateo dejaba ver un esfuerzo doloroso y cobarde, y no atreviéndose á decir lo que del alma se le salía, suspiraba, ó más bien, gemía y callaba.

Ambos continuaban en la creencia errónea de que la satisfacción, la espansión, el objeto de su amor eran imposibles, y el dolor del tormento que sentían iba sobreponiéndose á todo.

Todo amenazaba una explosión.

Al fin después de un largo combate mudo, Mateo dijo con la voz profundamente alterada:

—Tengo que decirte una cosa, Filomena.

—Diga usted, padre,—respondió Filomena, estremeciéndose.

—¿No has reparado en una cosa?—preguntó Mateo con la voz más alterada aún.

—¿Y en qué, padre?—respondió Filomena con la voz apenas perceptible.

—En que vamos por mal camino.

—Yo no lo puedo remediar, padre,—dijo Filomena, juntando las manos y mirando con extravío á Mateo.

—¿Y quién te culpa?—dijo Mateo, con la voz apenas perceptible;—la venta baja de día en día, y muy pronto tendremos que comer del capital.

—¡Ah!—dijo Filomena, que no esperaba esta salida.

Hubo un momento de silencio.

—El año ha sido muy malo,—dijo al fin Filomena,—y todos se han retraído de gastar; pero se espera muy buena cosecha, y las ventas volverán á subir.

—¡Y entretanto! ¡y entretanto!—dijo Mateo,—yo no espero ni un día más; yo tengo miedo de que nos perdamos.

Filomena gimió.

Esta fué su única contestación.

—Yo he pensado una cosa, Filomena,—dijo Mateo con la voz más y más alterada,—y te suplico que no me contradigas.

—¡Ay padre, que me está usted atormentando!—dijo Filomena.

—No hay para qué atormentarte: he pensado en ir á vender por los pueblos: es necesario que los géneros no se pongan antiguos para evitar pérdidas, que no podríamos soportar: en fin, yo soy tu tutor, y mi obligación ante Dios y mi conciencia, es mirar por ti y por tus intereses.

—Usted es para mí antes que todos los intereses del mundo, y suceda lo que suceda yo no quiero separarme de usted: no viviría, creería á cada momento que le habría sucedido á usted una desgracia. ¡Suceda lo que quiera no se separe usted de mí! ¡yo se lo pido á usted con toda mi alma! ¡tenga usted lástima de mí!

—¡Suceda lo que quiera!—dijo con extravío Mateo.

—Sí, suceda lo que quiera: usted para mí es antes que todo.

Mateo se levantó.

Filomena lanzó un grito ahogado, cruzó los brazos sobre su seno, y miró con una acción mortal á Mateo.

Mateo se detuvo.

Se conmovió en una convulsión terrible.

Luego hizo un movimiento desesperado, y en paso lento, vacilante, se fué á su cuarto, entró en él, y cerró la puerta.

Filomena inclinó la cabeza sobre el pecho, se cubrió el semblante con las manos, y rompió á llorar.

Pasó un largo espacio, durante el cual no se oyó

más que el llanto histérico que Filomena no podía contener.

Al fin se levantó.

Tomó la luz, se metió en su cuarto, y cerró la puerta.

Fué aquella una noche semejante á una eternidad de penas para aquellos dos enamorados, enloquecidos por la pasión que á causa de un error, se encontraban en una situación excepcional, y de todo punto desesperada.

Apenas amaneció se abrió la puerta del cuarto de Filomena, y apareció ésta pálida, demudada, ojerosa, con las señales del insomnio y de la fiebre, y ya cobijada con el manto para ir á la iglesia.

Se fué á la puerta del cuarto de Mateo, y escuchó anhelante.

Nada se oía.

Filomena llamó dulcemente á la puerta.

—¡Ah, eres tú!—respondió la voz triste de Mateo.

—Sí, padre,—dijo Filomena;—me voy á misa, pero vuelvo enseguida para abrir la tienda.

—Anda con Dios, hija mía, anda con Dios,—dijo Mateo con la voz al parecer serena.

Filomena salió en alguna manera tranquila.

La tormenta parecía haber pasado, é iba á pedir consejo al señor cura.

Pasó un largo espacio antes de que se abriese la puerta del cuarto de Mateo.

Un rayo del sol naciente penetró en la trastienda

por una claraboya del techo y la inundó de una luz dorada.

La casa era de un sólo piso, y la techumbre de la trastienda, que era al mismo tiempo la cocina, estaba á teja vana.

Tres vigas corrían del uno al otro de los muros laterales.

El sol fué subiendo, hasta que su alegre luz matinal llenó con un azulado rayo luminoso toda la abertura de la claraboya.

Rechinó la puerta del cuarto de Mateo, y apareció éste descompuesto el semblante, mortal, lúgubre, espantoso.

Cuanta desesperación puede sentir el sér humano se expresaba en él, al par de una insensatez siniestra.

Salió andando, como andan los sonámbulos, á la tienda.

Sacó papel de un cajón del mostrador y escribió con la mano crispada y agitada por una convulsión que le costó trabajo dominar para escribir, lo siguiente:

«Filomena, hija de mi alma, adiós, que El te ampare. Yo no puedo resistir la vida, y me la quito. ¡Perdóname!»

Dos gruesas lágrimas cayeron sobre el papel, y se dilataron en algunas palabras de la tinta fresca, sin dejar ininteligible el escrito.

Luego Mateo, lento, solemne, fatal, se entró en la trastienda.

Puso debajo de la viga del centro la mesa, y sobre la mesa una silla.

Luego buscó en un rincón una cuerda de las que le servían para atar los fardos cuando cargaba á su asno.

La hizo un nudo escurridizo.

Subió á la silla que había puesto sobre la mesa, y ató á la viga la extremidad de la cuerda.

Bajó á la mesa, y arrojó al suelo la silla.

Después se pasó por la cabeza el lazo, le templó, y exclamó levantando las manos y los ojos al cielo:

—¡Dios mío, Dios mío, perdóname! ¡ten misericordia de mí! ¡yo no quiero perderte ni perderme, y yo no puedo más! ¡yo estoy loco! ¡tú lo sabes, señor! ¡ten piedad de mi alma!

Y horrible, desatentado, calenturiento, en una situación imposible de describir, impulsó violentamente la mesa y se quedó sin punto de apoyo, pendiente de la cuerda que se movió circularmente, á causa de las horribles convulsiones del suicida.

Al fin las oscilaciones de la cuerda cesaron, cuando por resultado de la perturbación cerebral de Mateo cesaron sus convulsiones.

En aquel momento se oyó el estruendo que causó sobre la puerta la piedra que la había violentado, y entró bruscamente don Martín.

Después de un momento de horrible estupefacción, sin perder un solo instante, puso la mesa debajo de Mateo, subió á ella, y metiendo la mano debajo de su sotana, sacó de un bolsillo una navaja.

No una navajilla para picar tabaco, ú otro cualquier uso inocente, sino una verdadera navaja de combate, una *lengua de vaca* cachicuerna, con todas las condiciones necesarias para despavilar, dada la necesidad, á un tunante.

Y no quiere decir esto que don Martín fuese un camorrista, ni en manera alguna indigno de su investidura sacerdotal, sino que era valiente, como capellán que había sido en campaña, y hombre de mundo, que profesaba el principio de *ayúdate si quieres que Dios te ayude*, y que sabía bien que los brutos de la sierra, montaraces, como los jabalíes, no respetan ni lo temporal ni lo eterno, cuando se les sube á la cabeza, por cualquier cosa, su cólera salvaje.

El buen don Martín retuvo fuertemente con su brazo izquierdo el cuerpo de Mateo, cortó la cuerda, bajó de la mesa, puso á Mateo en el suelo, aflojó el lazo escurridizo, y con su misma navaja sangró, aunque groseramente, á Mateo.

La sangre salió en abundancia.

Don Martín salió, corrió, buscó al médico, trajo al barbero y al boticario, y todos, pues, se consagraron al socorro de Mateo.

CAPÍTULO IV

Los calzones de la casa.

Afortunadamente la energía y la actividad de don Martín obtuvieron un efecto completo.

Más afortunadamente aun, el médico del pueblo había nacido médico, y luchando brazo á brazo con la muerte, sacó, no sólo á Mateo, sino también á Filomena, porque ésta, cuando supo, porque no se lo pudieron ocultar, lo que había hecho Mateo, se impresionó de tal manera, que á duras penas se la pudo salvar de las calenturas que le acometieron.

El cura calmó, deshizo, echó á buena parte el escándalo que había causado aquel mayúsculo suceso, interpretando cada cual á su modo la congoja que había acometido á Filomena en la iglesia, y el suicidio, á la misma hora de Mateo.

El cura lo explicó todo diciendo á éste y al otro la verdad del suceso, y haciendo que la murmuración malévola anti-cristiana, se convirtiese en afecto y admiración de aquellos.

Era evidente que ambos fuera de sí por el amor, que nada tiene de extraño, porque Filomena era hermosísima y de muy buen alma, y Mateo, joven aun y en la fuerza de su vida, y muy hombre de bien, habían intentado perecer, antes que ofender á Dios y al mundo.

Al mismo tiempo se restablecieron Filomena y Mateo.

La boda se hizo con toda la ostentación que permitió la fortuna de los esposos.

El mismo día en que se celebró el casamiento cumplió Filomena quince años.

En el término preciso dió á luz á su hija Julia, que tenía tres meses, cuando por la aventura de la sierra, se habían encontrado Filomena y Mateo con un hijo adoptivo.

Habían entrado en el pueblo á la media noche, como ya más arriba hemos dicho, sin ser sentidos de nadie.

Una vez encerrados en su casa, descargado y acomodado en su pequeña cuadra Periquete, después de haber encendido fuego Filomena en aquella misma cocina que había sido teatro de la tragedia no consumada de Mateo, de haber acomodado á la niña propia y al niño ageno en el lecho nupcial, y de haber

puesto al fuego una sartén con una fritada de magras y longaniza, Filomena y Mateo entraron en la alcoba.

La pequeña Julia dormía profundamente.

Filomena la había hartado de pecho.

Pero el niño desconocido lloraba desconsoladamente.

O tenía hambre, ó tal vez no había salido ileso de la tremenda caida del gitano, de entre cuyos brazos rígidos le había sacado Mateo.

El niño se agarró al hermoso seno de Filomena, y mamó con ansia.

Filomena se había sentado cerca del fuego, y Mateo cuidaba de la fritura.

Parecía contento del encuentro del niño, y satisfecho de la protección que él y Filomena le daban.

Filomena miraba con una profunda y grave atención al niño.

—¿Pero no ves qué ojos, Mateo?—dijo á su marido.

Mateo se levantó, se acercó y miró al niño que mamaba con los ojos abiertos, y los fijaba con una expresión singular en Filomena, y luego los volvía á Mateo que estaba inclinado sobre él y examinándolo.

Y al mismo tiempo se recreaba en la belleza del seno de su mujer.

Aun no se había hartado de hermosura.

Aun era el enamorado ciego y feliz de su mujer.

—De veras que ese niño mira de una manera que

mete miedo,—dijo Mateo;—hoy nacen los niños que parece que vienen enseñados de otra parte.

—Es que el alma no tiene edad, Mateo; ¿no me has dicho tú, no me decía mi tía Ana, que cuando yo era pequeña, tenía en los ojos una fuerza que espantaba.

—Como la tienes ahora, cuando miras fija y seria, te haces tener respeto, tiras de espalda y te pones tan hermosa, que no te se puede resistir: tú, si viniese á mano, te atreverías á cualquier cosa.

—Sí, á todo, por tí, por mis hijos y por mi honra.

—¡Bendita sea tu alma, que cada día me pareces más hermosa y más buena, y no me satisfago con todo lo que me quieras!

—Agonioso y avaro,—dijo Filomena, dejando ver á su marido una sonrisa de gloria;—veremos hasta cuándo dura tu luna de miel.

—¿Por qué no dices nuestra luna de miel?—dijo Mateo.

—Porque el amor que te tengo es mi sino, porque no tiene plazo, porque es mi vida entera.

—¡Ay qué ojos, niña! ¡ay qué ojos! ¡cuando me miras así, me dan congojas!

—A ver si cuidas de la cena no se queme.

—Nunca se quemaría tanto como yo estoy abrasado por ti,—dijo Mateo.

Y acudió al frito.

Las conversaciones de este género eran continuas entre los dos esposos.

Eran más bien dos bienaventurados.

El niño anónimo satisfizo su hambre hasta la hartura en el opulento seno de Filomena, y se durmió plácidamente.

Esto demostraba por el momento que no había sufrido nada con la caída.

El gitano había sufrido todo el golpe.

Volvieron á poner al niño en su lecho al lado de su hija.

—¡Marido y mujer!—dijo Mateo:—¿si será esto un agüero?

—Quién sabe lo que está en los juicios de Dios,—dijo Filomena, después de haber arropado á los dos niños, y volviendo con su marido á la cocina;—pero no me agradaría mucho, porque nosotros tenemos la sangre limpia y de cristianos viejos, gracias á Dios, y esa criaturita es un gitano.

—¡Bah! ¡un gitano! ¡porque era gitano el que se ha quedado despeñado allá abajo!

—Es moreno de firme.

—Como tú, eso.

—Tiene los ojos negros y enormes.

—Como tú.

—¡Yo no tengo la mirada de bestia brava, salvaje y astuta como ese niño, ojos de muerte!

—Sí que los tienes cuando te irritas y más terrible que los suyos.

—Vamos, será que sin que yo lo sepa es mi hijo,—dijo con alguna impaciencia Filomena.

—Yo no digo eso,—replicó Mateo,—pero lo que

afirmo es que si alguno que no te conozca te ve con ese niño en los brazos, jura á siete manos que es tu hijo.

—Casualidad, y no me pesa, porque así, sino se encuentran sus padres, y le prohijamos, creerán que es hijo nuestro con el tiempo, y él lo creerá también.

—¿Pero cómo ha de ser gitano ese muchacho?—repitió el terco Mateo:—pues si fuera gitano no traería unas tan ricas envolturas de encajes de Malinas sobre batista de lo más rico, ni un tal hilo de perlas á la garganta, ni el librito de los Santos Evangelios de oro y diamantes, ni el cuernecito de ciervo montado también en oro y pedrería.

—Es que hay gitanos muy ricos, Mateo.

—No digo que no; pero yo no he conocido más que gitanos zarrapastrosos, miserables, mohatreros, de los que se llaman *anda ríos*, que no tienen pueblo, ni casa, ni hogar, y que van de acá para allá, vendiendo cestas y cordones para el pelo, y diciendo la buenaventura, y cantando y bailando á lo flamenco, y robando caballerías para venderlas, y niños para matarlos, y hacer untos y remedios con sus mantequitas; en fin, una canalla maldecida que harían muy bien en ahorcar hasta que no quedase uno.

—No todos son así,—dijo Filomena,—en todas las castas y en todos los pueblos hay de todo: ricos y pobres, altos y bajos, buenos y malos. En fin, vamos á cenar, que yo tengo que salir.

—¿Y á dónde tienes tú que ir á estas horas?

—A casa de don Martín.

—Tiempo tenemos hasta mañana.

—No, señor; yo sé lo que me hago.

—Bueno, mujer; pero entonces iré yo.

—No, señor; si tú vas, don Martín, que es muy comodón y que estará muy calentito en su cama, te enviará á paseo, ó tendrás que decirle lo que yo no quiero que él sepa hasta que esté aquí, y nadie pueda escucharnos; pero si voy yo vendrá de cabeza.

—¿Si será menester que tengamos cuidado con el señor cura?—dijo entre chanza y veras Mateo.

—¡Eh! ¿qué es lo que tú has dicho?—exclamó Filomena.

—¿Lo ves?—exclamó examinándola Mateo:—ahora mismo has puesto los ojos como los del gitanillo.

—Y los pondré como los de una leona si vuelves á tener ni aun la sombra de unos celos tan infames.

—¡Es decir que un hombre no puede tener una chanza para su mujer!

—Chanzas como esa no se tienen sino con mujeres que no se parezcan á mí sino como se parece un huevo á una castaña: vamos, vamos á cenar, que me parece que para amparar á esa criaturita sin que á nosotros nos pueda venir serios perjuicios, va á ser necesario trabajar mucho á la sordina.

Filomena cenó rápidamente, y durante la cena habló muy pocas palabras.

Se había enojado con Mateo, ó mejor dicho se había fingido enojada, para no perder su prestigio.

Mateo estaba visiblemente desconcertado.

Arrepentido de haber dado lugar á que su mujer le llamara al orden.

Indudablemente quien tenía en la familia los calzones, como vulgarmente se dice, era Filomena.

En cambio hacía enormemente feliz á Mateo.

Cuando Filomena hubo calmado su hambre, se envolvió en una manta de su marido, y salió sin decir una sola palabra.

—Vaya usted con Dios, señora,—dijo Mateo:—Dios quiera que el aire se lleve el enojo con que usted se va.

Y continuó cenando, porque el enojo de Filomena no era cosa para perder el apetito.

CAPITULO V

El consejo y el amparo del señor cura.

Llegó muy pronto Filomena á la iglesia, adherida á la cual estaba la casa de don Martín.

No encontró á nadie.

Llegó á una reja del piso bajo que correspondía al dormitorio del cura.

Filomena lo sabía, porque allí fué donde por el momento la llevaron cuando se accidentó en la iglesia.

El cura dormía allí para que directamente se le llamase y no se perdiese tiempo en el caso posible que uno de sus feligreses se viese de noche necesitado de los auxilios espirituales en un inminente peligro de muerte.

Filomena llamó con la mano á las maderas de la reja.

—¿Quién es?—preguntó al segundo llamamiento una voz soñolienta.

Era la del mismo don Martín.

—¡Soy yo!—respondió Filomena.

Se oyó inmediatamente un ruido semejante al que causa una persona que se arroja vivamente de una cama al suelo.

Se oyeron rápidas y apagadas pisadas como las de unos piés descalzos, y se abrió la madera de la reja.

—¿Qué es esto, hija mía?—preguntó con la voz alterada por un gran cuidado don Martín:—¿ha vuelto á acometerle la locura á tu marido? ¿ha sobrevenido alguna desgracia en el viaje?

—No, no señor, ¡gracias á Dios!—dijo con su dulce voz Filomena;—pero es muy importante que venga usted al momento á casa, y si es posible, sin que nadie se aperciba de ello.

—Iré, iré, hija mía, sin perder un momento,—dijo don Martín.

—Pues entonces me voy, para esperarle á usted con la puerta entornada, y no tarde.

—Sí, sí, vete, hija mía,—dijo don Martín,—que yo no tardaré ni se enterará nadie de que voy.

—Dios bendiga á usted, señor cura.

—Dios te haga una santa, hija mía.

Filomena se volvió á su casa, sin encontrar tampoco á nadie en el camino.

La luna se había puesto.

La noche se había hecho muy oscura.

Mateo estaba cenando todavía.

—Vamos,—dijo á Filomena:—¿te has ventilado? ¿te se ha ido la chamusquina?

—¿Y cuándo la tuve, celoso que tú eres?—respondió con su hechicero acento de cariño Filomena;—pero á ciertas cosas hay que enseñarlas un poquito los dientes para que no se repitan.

—¡Y cuando son unos dientes tan bonitos como los tuyos, le entran á uno ganas de que le muerdan!

—Vamos, ya has cenado bastante; véte á la puerta y ténla entornada para cuando llegue don Martín, que no tardará; yo voy á hacerle chocolate.

—Me parece muy bien,—dijo Mateo,—porque es muy tarde y el buen señor se interesa mucho por nosotros; no tenemos con qué pagarle.

—¡Mira á la viga, Mateo!

—¡Calla! que se me ponen los pelos de punta.

—Si él no acude tan pronto con toda su caridad, pereces tú, y si tú pereces, perezco yo.

—Bueno, mujer, si así te se acaba de pasar, corriente; yo no volveré á hacerlo más.

—Anda, anda, y abre la puerta, que ya no debe tardar en llegar.

Mateo se bebió de un trago un vaso de vino y salió limpiándose la boca con el revés de la mano.

Filomena acercó la chocolatera al fuego y se puso á desmigajar pan para hacer unas migas con torreznos.

Filomena sabía que este desayuno campestre le gustaba mucho á don Martín, singularmente cuando le ha-

cia Filomena, que según el cura, tenía la gracia de Dios.

El cura sólo tardó algunos minutos.

Y no venía de hábitos, sino con una especie de tabardo ó anguarina que le envolvía completamente, y cubierta la cabeza con un sombrero de alas gachas.

Traía en la mano un nudoso garrote con regatón de acero.

Entró sonriente y benévolo, y dejando ver en su franco y honrado semblante una expresión ardiente de cuidado paternal.

Mateo se apresuró á poner junto al fuego un viejo y ancho sillón tosco, forrado de pieles de cordero, que venía á ser el sillón presidencial, como si dijéramos, la silla señorial de la familia.

El cura dió á Mateo su sombrero, su anguarina y su garrote, quedándose en chaqueta, pantalón largo, chaleco alto, negro como la chaqueta y el pantalón, y alzacuello azul y blanco.

Se sentó en el sillón, miró sonriendo con un afecto profundo á Filomena, y la dijo:

—¿Qué sucedió aquí, hija mía?

—Nada que sea una desgracia para nosotros,—respondió Filomena, que seguía confeccionando su chocolate con acompañamiento de migas con torreznos.

—Pero si á nosotros no nos ha sucedido una desgracia,—dijo Mateo,—porque Dios en su infinita bondad no lo ha querido, les ha sucedido á otros.

—Cállate tú, Mateo,—dijo Filomena,—que tú para

referir las cosas empleas por lo menos tres veces más de tiempo del que es necesario.

—Pues habla tú, mujer, que lo haces todo mejor que yo, porque tienes más talento y más gracia que yo,—dijo Mateo de muy buena voluntad.

—Mi marido es muy galante conmigo, señor cura,—dijo Filomena.

—Eso y mucho más te mereces tú, por muchos conceptos,—respondió don Martín.

—Muchas gracias, señor mío; esos son los bondadosos ojos con que usted me mira; sus ojos de padre, porque usted es nuestro padre.

—Ojos de justicia, y nada más,—dijo don Martín.

—Sigue revolviendo las migas, Mateo,—dijo Filomena,—que yo voy por el cuerpo del delito.

—¡El cuerpo del delito! ¡el cuerpo del delito!—murmuró con una vaga expresión de cuidado don Martín.

Mateo, en cuclillas, delante de la sartén, callaba, y removía las migas.

Filomena volvió á aparecer, trayendo en los brazos al gitanillo dormido.

—Mire usted qué niño tan hermoso, señor cura,—dijo Filomena, presentándoselo.

—En efecto,—dijo don Martín,—hermosísimo y riquísimamente envuelto; ¿y de quién es ese niño?

—No lo sabemos,—dijo Mateo.

—Es un hijo que Dios nos ha enviado,—añadió Filomena.

El interés del cura se excitó.

—Cuéntame, cuéntame, hija mía,—exclamó.

—Bueno,—dijo Filomena,—ya están las migas y el chocolate, y mientras usted se desayuna, yo diré y se acabará pronto, porque el cuento no es largo.

En efecto, Filomena había acabado su relato, y don Martín aun no había dado fin á las migas.

—¿Y qué pensáis hacer?—preguntó el cura.

—Esta, dice,—respondió Mateo,—que quiere que le aprohijemos.

—Sí, señor cura,—dijo Filomena;—yo creo que Dios ha hecho que nosotros nos tuviésemos que amparar de la cueva para que pudiésemos socorrer esta criatura.

—¿Dónde está la carta que se encontró sobre el gitano muerto?—dijo don Martín.

—Yo la tengo en el bolsillo,—respondió Mateo.

—Dámela.

Se la dió Mateo al cura, y éste la abrió y la leyó para sí.

Aquel escrito decía lo siguiente:

«Señor Rector de la Inclusa de Madrid: Muy señor mío y respetable padre en Cristo: circunstancias extraordinarias hacen que se confíe esta criatura á la Inclusa, porque de este modo el secreto es absoluto. No está bautizado. Se desea que tenga por nombre Luis. Sus señas corporales que algunas tiene, las ropas y alhajas que sobre él lleva, la fecha del día en que se le ponga en el torno, y una copia exacta de esta misma carta,

escrita por la misma mano, serán las pruebas de su identidad cuando se le reclame.

»De usted con el más profundo respeto, servidor de antemano, reconocido y afectuoso,

Yo el...»

—Pues le ha faltado poco,—dijo don Martín, al que ha escrito esta carta para firmar:—*Yo el rey*.

—¿Por qué dice usted eso, señor cura?—preguntó Filomena, que había estado mirando con un gran interés á don Martín mientras leía la carta.

—Escuchad,—dijo don Martín.

Y la leyó en voz alta.

—Aquí debe de haber una historia muy grande,—dijo Filomena.

—Y muy negra, añadió Mateo.

—Vosotros no debéis,—dijo don Martín,—mezclaros para nada en una historia que no conocéis, y que pudiera traer un día malas consecuencias para vosotros: habéis cumplido con lo que Dios manda, trayéndoos con vosotros este niño: habéis hecho muy bien, entrando secretamente en el pueblo, y habéis sido prudentes, llamándome para consultarme; debéis guardar un profundo secreto; hay un muerto de por medio: ¿habéis reconocido al muerto? ¿habéis visto si realmente provenía de haber sido despeñado á causa de la tempestad, ó si podía atribuirse su despeñamiento á una herida?

—No, no señor,—respondió Mateo, crispándose;—pero no debió ser herido, porque tenía al niño entre sus brazos y apretado sobre su pecho.

—Sea como quiera, vosotros debéis evitar el veros envuelto en un proceso que se instruirá cuando se encuentre al muerto.

—Me parece á mí que ya lloverá antes de que lo encuentren,—dijo Filomena,—porque se ha quedado en lo más áspero de la sierra, por donde nosotros nos metimos para acortar el camino: á estas horas deben de haberse merendado á aquel pobre los lobos que aullaban como diablos allá en lo hondo del barranco, y ó tenía miedo de estar allí, y ha sido un milagro que no no nos haya sucedido una desgracia.

—Los lobos no podían subir á donde nosotros estábamos, sin un rodeo muy largo,—dijo Mateo.

—Sí, pero los lobos andan mucho en muy poco tiempo,—dijo Filomena;—sobre todo, cuando tienen hambre.

—Sea como quiera,—replicó don Martín;—es necesario que vosotros os quitéis de encima este negocio, y yo os lo voy á quitar.

—Bueno, señor cura, muchas gracias; pero ya dije que no me quedo sin aprohijar este niño; tengo la seguridad de que Dios nos le ha enviado.

—Bien, mujer; tú crees muy bien, y todo se andará, pero por sus trámites. Yo me encargo del niño, y ahora mismo me voy con él; pero no podemos menos de llevarle á la Inclusa, como se dice en esa carta; yo le llevaré, y vosotros no tendréis que aparecer en esto para nada.

—¿Y podemos sacarle?—dijo Filomena.

—Sí, dentro de unos días,—respondió don Martín.

—¿Y si en tanto se muere?—exclamó con gran vehemencia Filomena.

—No, mujer, no,—dijo el cura,—en la Inclusa de Madrid están los niños muy bien asistidos: además de esto, yo soy muy amigo del Rector, y recomendaré esta criatura: en fin, no hablemos más,—añadió don Martín;—ya que nadie nos ha visto, ni á vosotros ni á mí, yo me voy, porque así conviene.

Y el cura se levantó.

—Dame el niño, Filomena,—dijo.

—Que yo quiero aprohijarlo, don Martín,—dijo Filomena;—que no se le olvide á usted.

Y besó al pequeño, con una tal ternura, como si hubiese sido su hijo.

—No me lo despiertes,—dijo don Martín,—si llora por el camino puede comprometerme. Acabemos de una vez, y no temas, que hijo adoptivo tendrás, ya que en vuestra caridad, que yo bendigo, queréis tenerle.

Don Martín, que había guardado la carta, tomó el niño que le dió Filomena, y le abrigó cuidadosamente bajo su anguarina.

Después salió acompañado por los dos esposos hasta la puerta que se cerró.

El cura se alejó en paso furtivo, como si hubiera sido un contrabandista ó un criminal.

Llegó á su casa, abrió la puerta silenciosamente, entró y cerró.

Se metió en su cuarto.

Puso al niño sobre su lecho, y entonces despertó y rompió á llorar.

—Llora ahora cuanto quieras, pobrecillo,—dijo don Martín;—ya no hay cuidado.

Y se desnudó, y se quedó en ropas menores, como estaba acostado, cuando le despertó Filomena llamando á la reja.

El cura, que había encendido luz, salió entonces á un pasillo, por el que se entraba en su cuarto.

—¡Estefanía! ¡Estefanía! —dijo llamando con voz recia.

A poco se oyó una soñolienta voz de mujer, que contestó desde un aposento inmediato, y dijo con gran solicitud:

—¿Se ha puesto usted malo, señor?

—No, mujer, gracias á Dios,—respondió don Martín;—pero no importa: levántate y ven cuanto antes.

Y el cura volvió á entrar en su cuarto, se metió en la cama, tomó en los brazos al niño, que lloraba de una manera ruidosa y desconsolada, y se puso á acallarlo como Dios le dió á entender.

Poco después se oyó un ligero llamamiento á la puerta, y una voz sonora, fresca cadenciosa, y un tanto soñolienta todavía, dijo:

—¿Se puede entrar, señor cura?

—Sí, hija, sí,—dijo don Martín,—¿por qué te he llamado?

Se abrió la puerta, y entró una hermosa mujer á la

que favorecía el desaliño de su peinado y de su vestido.

Era alta, ligeramente morena, pelo negro, de grandes ojos, y como de treinta y cinco á cuarenta años.

Conservaba, sin embargo, toda la fuerza de su juventud, y en su semblante y en su mirada se revelaba la bondad, el candor y la dulzura.

Miró con asombro á don Martín y al niño que éste tenía en sus brazos.

—Supongo que no te escandalizarás, Estefanía,—dijo el cura.

—Yo no puedo escandalizarme, señor, de nada de lo que usted haga,—dijo con un acento de sincera convicción Estefanía:—usted no puede hacer nada malo.

—Mucho decir es eso,—respondió don Martín,—pero en fin, ello es que nos han traído este niño.

—¿Que nos han traído?—preguntó con extrañeza Estefanía.

—Sí,—dijo el cura,—traérmelo á mí ha sido traértelo á tí, aunque transitoriamente: hace poco llamaron á la reja, me levanté y abrí; supuse, aunque sabía que no había nadie enfermo en el pueblo, que había ocurrido algún incidente.

—«Señor cura,—me dijo un hombre que tenía un bulto en los brazos,—á usted vengo en confesión, ó lo que es lo mismo, á entregarle á usted, bajo secreto de la confesión, un niño que debe ser entregado en la Inclusa de Madrid: yo espero que tenga usted la bondad de encargarse en caridad de él.»

—¡Jesús! ¡Jesús! qué cosas pasan en el mundo,—

dijo Estefanía, que había tomado el niño de los brazos del cura y procuraba acallarle.

—En efecto,—dijo el cura;—cosas lamentables producidas por las pasiones humanas: en fin, aquel me habló en confesión de cosas que no puedo revelar, y que me obligaron á encargarme del niño.

—Y qué hermoso es, y qué ricamente vestido,—dijo Estefanía besándole con efusión.

—Mira, Estefanía,—dijo don Martín,—llévatelo y cuida de él como puedas, hasta que amanezca, que se determinará.

—Bueno, señor cura,—dijo Estefanía,—que acabe usted de pasar bien la noche.

Y se fué.

—Y bien,—dijo el cura;—ya hemos empezado á arreglar el negocio: ahora á dormir.

CAPÍTULO VI

Principio de una historia de gitanos

Mientras don Martín se durmió con la conciencia no sólo tranquila sino satisfecha, digamos á nuestros lectores lo que sin duda tienen deseo de saber, la procedencia del niño que de una manera tan extraña y tan terrible había venido á manos de Mateo y de Filomena.

Había por aquellos tiempos en la sierra de Guadarrama, y como á una legua del puerto de Somosierra, en una especie de pequeña vega escondida entre dos montes, pero alegre y fructífera, había, decimos, una magnífica posesión de recreo, compuesta de una casa principal, á la que por su belleza de la forma y el lujo de la construcción pudiera muy bien habérsela llamado palacio, y de extensas dependencias rurales, que habitaban algunos colonos labradores de la vega, en cuyo centro se alzaba el palacio.

Tanto el dueño de la heredad como sus colonos, ó más bien criados y mozos, eran gitanos.

Don Luis, aunque gitano de raza pura, era una excepción.

Una inmensa desgracia de familia, una historia terrible, había arrojado fugitiva de su tribu á su madre y en cinta de él.

Don Luis, matando á su pobre madre, nació entre castellanos.

La infeliz gitana se llevó á la tumba el secreto de su historia.

Eran los señores que la habían amparado un matrimonio noble y rico, sin hijos, y adoptaron al huérfano á pesar de su casta y raza.

¿Y qué importaba esto?

Se propusieron *descastarle*. Le educaron como si hubiera sido su hijo.

Hicieron se le diera una vasta instrucción.

Pero no pudieron borrar los rasgos típicos de su raza de sus poderosos ojos, ni su color moreno con tonos cobrizos, ni la fiereza ingénita de su sangre, ni la altivez incontrastable de su carácter, ni lo primitivo de sus maneras.

El lobezno respondía al lobo.

Se había hecho de él una criatura excepcional, en que la educación había operado grandes y determinantes modificaciones, pero sin borrar, sin ocultar su raza.

Don Luis ignoraba su origen.

Se creía un huérfano protegido por aquellos nobles señores que lo habían adoptado.

Nada le habían dicho acerca de su madre, sino que un día había llegado exánime á su casa de campo que aquellos señores tenían en Madrid, y en la que á la sazón pasaban el verano; que había caído acongojada apenas había entrado; que sin salir de su congoja le había dado á luz, y que, por consecuencia de un alumbramiento anticipado, había muerto sin poder decir quién era, y que en vano se había pretendido averiguarlo.

Esto no era cierto.

María del Amparo había tenido lugar de hablar.

Había contado una historia sombría á sus favorecedores, les había suplicado ampararan á su hijo, y que hasta que llegara á la edad de la razon, le ocultaran su origen.

Se tomó acta de esta historia por ante escribano, se firmaron documentos, se hicieron testimonios, y María del Amparo, teniendo apenas tiempo para escribir lo que nadie leyó, porque ella cerró y selló el pliego, encargando se guardase inviolado para su hijo, murió á pesar de los esfuerzos que se hicieron para salvarla.

Durante veinticinco años, Luis de Ampuero, que tenía este apellido, porque era el de sus padres adoptivos, ignoró la raza de que provenía, y la historia de su madre.

Sus favorecedores, sin hijos, y ya de edad madura, sin esperanza de tenerlos, lo habían adoptado, lo habían amado como si hubiera sido su hijo, y habían otor-

gado testamento á su favor, instituyéndole su heredero universal.

Eran riquísimos, millonarios.

No habían dado á su hijo adoptivo carrera alguna utilitaria.

No la necesitaba.

Pero habían cuidado de la educación de su espíritu.

Habían hecho de él un joven instruido que hablaba el italiano, el francés, el inglés, el alemán, que había viajado mucho, que era un modelo de distinción, de trato de gentes, de cultura.

Todo esto, unido á una hermosísima figura, y á una altivez fácil, que nada tenía de soberbia, ni aun de vanidad.

Sus padres adoptivos, aunque Luis era un joven perfectamente formado, no habían creído conveniente revelarle su origen, y sólo por delicadeza de conciencia, por respeto á la voluntad de su madre moribunda, por culto á su memoria, no habían destruído las pruebas que le revelaban.

Pero después de veinticinco años, creyeron que todo estaba terminado.

Que una especie de prescripción había anulado el origen de Luis.

Entonces le permitieron, que cesando en sus viajes, permaneciera con ellos definitivamente en Madrid.

Eran ya viejos; estaban gravemente achacosos; empezaban á sentir ese frío del alma que precede algún

tiempo al aniquilamiento por vejez del sér humano, y necesitaban el calor del cariño filial.

Luis era noble, generoso, agradecido, y adoraba á sus padres de adopción.

Los señores de Ampuero, que así se llamaba aquel rico matrimonio, aunque no tenían título, estaban reconocidos como ranciamente nobles, hasta el punto de haber llegado á ser clavero de la Orden de Calatrava, el ilustrísimo señor don Juan de Ampuero.

Además de esto los realzaba su inmensa fortuna.

Vivían á lo grande, con más ostentación que muchos grandes.

Luis, como su hijo adoptivo, era recibido con una grande estimación en los círculos más elevados.

Todos le distinguían, especialmente ellas, que veían en él á más de un buen mozo con todas sus condiciones, un partido inmejorable.

Nadie, á pesar de lo acusado de su tipo, había, ni aun siquiera sospechado, que fuese gitano.

Luis tenía una decidida afición á los caballos.

Estaba, pues, en trato y comunicación con chalanes, y por consecuencia, con gitanos.

Y estos gitanos eran de su misma tierra, de la de Madrid.

De la que se dividía en los barrios de las Peñuelas y del Barranco de Embajadores.

A pesar de la diferencia del traje, del peinado, de la manera de la educación, de lo exquisito de su cultura, que atenuaban en gran parte en Luis su sello de ra-

za, habían reparado en él los gitanos que le trataban.

El instinto les decía que entre ellos y Luis había mucho de común.

Algunas veces decían:

—Si no fuera porque don Luis es quien es, se podía jurar que era flamenco y de los finos.

Pero se acostumbraron y se olvidaron de esto.

Todo se reducía á que un castellano tenía color y ojos de estilo gitano.

Una casualidad.

Como también por casualidad hay gitanas blancas y rubias, y aun *desavorías*, como si fueran *castellanas*, y no se puede dudar que son de la *sangre*.

CAPÍTULO VII

La venganza de una bruja.

Reinaba entonces sobre la gitanería un viejo terrible.

Pasaba ya de los ochenta años.

Se llamaba de nombre, Juan; de apellido, Figueroa.

Se llamaba Juan de Figueroa, y por sobrenombre, el *Timují*, esto es, el *Adivino*.

Tenía, además, otro sobrenombre, el *Pergoleto*, es decir, el Peregrino, porque había peregrinado, primero á Roma, y después á Jerusalem.

Juan de Figueroa tenía en su conciencia un gran crimen.

Había asesinado á su hermano de una manera misteriosa.

Su cuñada, en cinta, había desaparecido, y se temía que también la hubiese asesinado.

Había aterrado á la gitanería por su ferocidad, y se había hecho proclamar su rey.

Se había enamorado de una hermosísima gitana, había engañado á su marido y le había hecho caer en una asechanza, donde varios de los suyos le habían matado secretamente.

El gitano apareció un día ahorcado en uno de los árboles del Canal de Manzanares, más abajo del tercer molino, y en vano pretendió la justicia conocer el autor ó los autores del crimen.

Al año, el *Oclai* (rey), asesino, declarándose á la pobre viuda, la obligó á ser su mujer.

La vida del *Oclai*, Juan el Timuji, era un tegido de crímenes, de ninguno de los cuales había sido responsable ante la justicia.

Con tal premeditación, con tal astucia habían sido cometidos.

Los gitanos le miraban con espanto, porque le creían un sér sobrenatural, un *bengorro*, esto es, un demonio, contra el cual no podían hacer nada ni aun pensar en su daño, porque creían también que adivinaba los pensamientos.

Sometíanseles todos, y ni aun pensaban en libertarse de su tiranía, de miedo de que adivinase sus pensamientos y los matase con sus malas artes.

Se llamaba su mujer, la viuda del asesinado, Ana Pérez, la *Barbalí*, esto es, la Rica, porque tenía una

grande hacienda que su padre había ganado malamente, y principalmente con industria y artes menos lícitas.

La desdichada tenía horror á su marido, porque ella no dudaba de que había asesinado al otro, y á la par se abrasaba por él en un amor extraño, por lo que todos creían que el Timují la había hechizado.

Pero como si el horror á su padre hubiese sido un veneno que las pobres criaturas hubiesen absorvido en las entrañas de su madre, uno tras otro, y todos varones, nacieron siete muertos, sin poder ni aun recibir el agua del bautismo.

El Timují se aterró, y creyó al fin en un Poder Superior, cuya maldición caía sobre los réprobos.

La hermosura de la Barbalí, acrecía de día en día y con ella su horror al Timují, en cuyos brazos se retorcía gimiendo, devorándole con un amor de demonio.

El Timují se sintió más y más bajo el peso de la maldición de Dios, el remordimiento le royó de una manera insoportable la conciencia, y dejando en su lugar á su mujer para gobernar la gitanería, fué con hábito de peregrino, y mendigando á Roma, de donde en penitencia, le enviaron peregrinando al Santo Sepulcro.

Pero no bastaba esto para la redención de sus grandes culpas.

Era necesario primeramente, que reparase el mal que había hecho en la parte que le fuese posible, buscando á la esposa de su hermano, asesinado por él, que

había escapado en un estado ya avanzado de maternidad, y si su hijo vivía le repusiese en la hacienda y en la dignidad de Oclai, que había arrebatado con la vida á su hermano, y además de esto, que pasase lo que le quedaba de vida, practicando actos benéficos.

Cuando volvió de Jerusalem, en peregrinación, como había ido, se encontró con que su mujer, la Barbalí había dado á luz una niña que vivía, y que era hermosa hasta rayar en lo prodigioso.

La Barbalí no le miraba ya con encendidos ojos de hiena.

Le recibió como una mujer que ama á su marido y le vuelve á ver después de una larga ausencia.

Aquella hermosa niña y la desaparición del odio de su mujer, hicieron creer al Timují que estaba en el buen camino, por donde debía llegar al perdón de Dios.

Así, pues, y cumpliendo lo que se le había mandado, buscó á su cuñada.

Pero habían pasado diez años, y su rastro se había perdido completamente.

Fueron inútiles todos los esfuerzos del Timují para saber lo que había sido de su cuñada, ó del hijo que en los mismos días de su fuga había debido dar á luz, lo que demostraba la falta de fundamento con que le habían sobrenombrado el *Adivino.*

El misterio más profundo siguió envolviendo lo que había sido de aquella desventurada y de su hijo.

Vivió con su mujer como si hubiera sido su hermana, sufriendo el tormento de los incentivos de su

hermosura, que no amenguaban, gobernó en justicia á los gitanos, castigando á los que incurrían en falta, premiando á los buenos; vivió parcamente, trabajó mucho para sostener, y aun para aumentar sus rentas, y el sobrante de estas le empleó en obras de beneficencia y en funciones de iglesia, y en novenas á todas las vírgenes habidas y por haber, especialmente la Virgen del Carmen, de la que aun en tiempo de sus maldades había sido muy devoto.

Fueron y vinieron años, y Rosa, la hija del Timují, á la que por su extraordinaria hermosura, llamaban la *Esyaquení*, esto es, la Resplandeciente, cumplió dicisiete años.

Reducido á una vida modesta, á pesar de su alta gerarquía entre los gitanos, el *Oclai* había criado á su hija la *Manlayi* (la princesa), de una manera modestísima.

Rosa la Esyaquení, era sencilla, afable, cariñosa, piadosa, caritativa, lánguida, melancólica; un tesoro, en fin, de virtud, de juventud, de gracia y de hermosura.

Pero en sus ojos ardía, aunque sin mancillar su pureza, una voracidad de amor, que revelaba un alma de fuego, y en sus suaves mejillas una palidez densa, parecía representar una vida poderosa, que necesitaba alimentarse de lo candente, de lo embriagador.

Rosa empezaba á demacrarse, á enfermar, á enlanguidecer, lo que hacía más conmovedora, más incitante su belleza.

El Timují y la Barbalí se aterraron, vieron en muy breve plazo muerta á su hija.

Los curanderos más famosos, los gitanos, que rara vez llaman al médico, apuraron en vano sus infusiones de las yerbas de más virtud; en vano fueron las repetidas costosas novenas á las vírgenes; en vano las cuantiosas limosnas á los hospitales; en vano la ciencia de los médicos más renombrados, á los cuales al fin se acudió; Rosa no mejoraba; Rosa empalidecía como una flor que se marchita.

A todo esto, ni curanderos ni médicos, conocían la enfermedad de que Rosa adolecía.

Era para ellos un misterio.

Al fin hizo luz una gitana vieja, la tía *Prejeteñí*, es decir, la Peregila, que era una saludadora que no había más que pedir, bruja veterana, gran conocedora de las enfermedades de las mujeres, que vienen del alma en daño del cuerpo, y esta harpía, á la que se consultó á la desesperada, porque era lo mismo que consultar al diablo, tal reputación tenía la Prejeteñí, dijo haciendo un mohín digno de un mico:

—¿Pero no ven que lo que tiene la *Manclayi* es mal de amores?

—Eso es hablar por hablar,—dijo poniéndose encendida como una guinda Rosa,—porque yo no sé lo que es el amor.

—Pues esa es tu enfermedad, *chavala*,—dijo la Prejeteñí,—que el arrastrao del amor tiene más picardías que un *libanó* (escribano), sin que tú le conozcas te está

dando guerra, y te hará pagar las costas; pero deja, hija, deja, que esta *pureta fulañí* (viejezuela asquerosa), te va á buscar el remedio, y ya verá tu padre, el Oclai, si te mueres ó si sanas; y de aquí á tres días, que es lo que yo necesito para buscar el remedio que te hace falta.

Y se fué.

—La Prejeteñí está loca,—dijo Rosa.

La tía Peregila era una de esas adivinas, una de esas hechiceras que obran con conocimiento de causa.

Profetizaba lo que sabía.

Luis Figueroa, ó mejor dicho, don Luis Ampuero, porque ignorando el nombre de su familia, llevaba el de sus padres de adopción, por su pasión por los caballos, frecuentaba el aduar de las Peñuelas.

Vivía en él la flor y nata de la chalanería.

La Peregila había visto más de una vez en el aduar á Luis.

Ella era tan conocedora de los de su raza, como los de su raza de los caballos.

—¿Por dónde se habrá trasconejado éste?—dijo para sí.

La bruja había venteado al gitano.

Le había conocido.

Más aún: la Prejeteñí, dentro de su cuerpo viejo, repugnante, marcado por todas las pasiones irritantes, corrosivas, que por una perversión del sentimiento, hacen del sér humano un demonio, oscuro, infame, miserable, despojado de todas las grandezas terribles de

Satanás, personificación del dios del mal; dentro, repetimos, de un cuerpo horrible, congénito de todas las fealdades que constituyen lo que se llama, no sin razón, *mal de ojo*, guardaba un alma sensible á todo lo bello, á todo lo candente; un alma joven, un alma inmensa, potente, formidable, que á veces relampagueaba en sus ojos y se transfiguraba, dejando ver durante un momento en ellos el arcángel caído, hermoso siempre, con una hermosura suprema, á pesar de su deformidad.

La Prejeteñí se había enamorado de Luis, pero sin esperanza, como de Dios Satanás.

Le había seguido envolviéndose en la sombra.

No pudiendo alentar la esperanza de poseer á Luis como ella necesitaba poseerle en cuerpo y en alma, había contraído por él un aborrecimiento de amor y una sed de venganza insaciable contra Luis, por el mal que la había hecho enamorándola.

Su perspicacia, su astucia, la procuraron una revelación, cuando habiendo visto á Luis, habiéndose apasionado de él, habiendo insistido en su recuerdo, había hecho de él el objeto de la atención, de la actividad de su alma, del empeño de su deseo, y había tenido necesidad de explicarse quién era, lo que era el ser que la atormentaba.

La Prejeteñí había conocido al gitano bajo su piel castellana.

Además de esto había completado su estudio, adivinando primero, razonando después, que en Luis de Ampuero existía el aire de familia de los Figueroas que

de tiempo inmemorial venían siendo los reyes de los gitanos de su tribu.

¿Y cómo podía ser esto?

La Prejeteñí retrocedió á los recuerdos del tiempo pasado, al momento en que Juan de Figueroa, por la muerte de su hermano, había entrado en posesión del *oclayato*.

¿Qué se había hecho de su cuñada María del Amparo que había huido estando en cinta?

De recuerdo en recuerdo, de hecho en hecho, de deducción en deducción. la Prejeteñí no sólo llegó á la verdad, sino que la comprobó.

Llegó hasta los señores de Ampuero.

Supo que Luis no era su hijo por la naturaleza, sino por la adopción.

Las fechas concordaban.

La Prejeteñí había sabido hacer un proceso, valiéndose hábilmente por medios indirectos de los testimonios de los viejos criados de la casa de Ampuero.

Al fin no hubo duda para ella.

Luis era sobrino del *Oclay*, del *Timují*, del fratricida.

Un sobrino perdido.

Un sobrino olvidado.

El embrión de la venganza en que la Prejeteñí ardía por el horrible sufrimiento en que la tenía la imposibilidad de saciar su alma joven en el amor de Luis, empezó á desenvolverse, á tomar formas, á determinarse en la horrible imaginación de la bruja.

Rosa sentía la necesidad del amor.

Rosa languidecía.

Rosa enfermaba.

La inconsciente voluptuosidad de su alma no podía ser satisfecha sino por un ser extraordinario.

Luis, que á ella la había enamorado, la había enloquecido, no podía menos de satisfacer el ansia incomprendida que sentía Rosa.

Había además averiguado la Prejeteñí que Luis, á pesar de haber cumplido ya sus veinticinco años, no había amado, no había pasado de aventuras galantes sin consecuencias.

Esto demostraba que para enamorar á Luis era necesario una mujer excepcional.

Una criatura como Rosa.

Aproximarlos, esta era la cuestión.

La Prejeteñí estaba segura de que inmediatamente después de conocerse Luis y Rosa, debía empezar un amor que crecería rápidamente, que se convertiría muy pronto en pasión, que se desbordaría al fin.

Y cuando este amor llegase á ser espiritual, y el aliento, la vida de los dos, su única aspiración, su única ventura, emponzoñarle con una revelación, con una sola frase:

«Unete en buen hora á la hija del asesino de tus padres, del que ahorcó á su hermano; del que ahuyentó á tu madre, que murió desesperada al darte á luz bajo la hospitalidad de los que te adoptaron y te educaron, ocultándote tu casta, transformándote, falsificándote.»

Y una de dos: ó por el horror de una alianza con el asesino de sus padres hacía Luis imposible la satisfacción de su amor y se condenaba á un tormento insoportable, ó afrontaba este horror por no morir de la agonía de las agonías, y sublevaba en su alma un remordimiento, otro padecimiento horrible, la continua visión de sus padres irritados que le maldecían.

Y entonces Luis sufriría como ella sufría, y ella saborearía su venganza, que había caido sobre Luis, por la desgracia de haber apasionado á un demonio.

Ella se consolaría con este pensamiento:

«Si yo devoro un sufrimiento, tú también.»

Era aquello, en fin, la acción de un odio injusto.

Del hambre del alma, de la envidia y de los celos envueltos en el misterio.

La fatalidad negra, terrible, que surgía de la sombra.

La Prejeteñí se valió del medio más corto.

Se fué á ver al día siguiente al Timují.

—Oclay, - le dijo: —*Ondivé* (Dios), me ha dado buenos sueños: ya sabes tú que *Ondivé* habla con los suyos cuando duermen.

—¿Y qué es lo que has soñado?

—He visto á la Manclayí en una nube.

—Eso es que Dios me la va á quitar,—exclamó poniéndose mortalmente pálido el Timují.

—No: en la nube no estaba sola la Manclayí: la tenía en sus brazos un hermoso mancebo; ella desfallecía de amor, y él de amor agonizaba.

—¿Y ese hombre,—dijo con acento concentrado y ronco el Timují,—puede ser el esposo de mi hija?

—¿Pues quién lo duda?

—¡Pues entonces ese hombre no es una visión de tu sueño! ¡ese hombre vive!

—Ya lo creo: vive y tú le conoces, Oclay: es el señor don Luis de Ampuero.

—¡Ah!—exclamó el Timují.

Y se calló.

Como si le hubieran enmudecido las ideas que en tumulto habían acometido su espíritu.

Al fin, agitado, con una expresión de angustia, dijo:

—Pero si *Ondivé* quiere que ese hombre y mi hija se unan, quiere una desgracia para nosotros; ese hombre es castellano; es imposible su casamiento con mi hija.

Sonrió de una manera horrible lo Prejeteñí.

—Bueno,—dijo;—pero tú eres el *Oclay*; tú lo puedes todo; escoge entre casar á tu hija con un castellano, ó que tu hija muera.

—Dios me castiga, si lo que me dices es verdad,—exclamó desesperado Juan de Figueroa.—¡Vete!

—¡Tú me buscarás!—dijo acreciendo en lo horrible de su sonrisa la Prejetení.

Y se fué.

En efecto, Juan de Figueroa no tardó en llamarla.

El enlanguidecimiento de Rosa crecia.

Su sufrimiento era horrible.

El Timují sentía un pavor, un tormento; para soportar los cuales le faltaban ya las fuerzas.

Lo afrontaba ya todo.

La violencia, la espantosa trasgresión de las leyes de las costumbres de su raza.

Que su Rosa viviera.

Que fuera feliz contra todo y á pesar de todo.

—¿Has vuelto á tener algún sueño,—preguntó Figueroa á la Prejeteñí.

—Sí: he soñado que casabas á tu hija, á la hermosa Manclayí con el señorito castellano.

—¿Y no has visto más?

—Nada más.

Los horribles ojos de la bruja ardían con un fuego siniestro.

El terrible Timují se rendía á su amor de padre.

Estaba resuelto á todo por salvar á Rosa.

Era crédulo por su inevitable superstición gitana.

El negro espíritu de la Prejeteñí saboreaba ya la desgracia que iba á caer sobre dos inocentes.

Lo horrible se aproximaba ya á Luis.

El Timují dió un puñado de oro á la Prejeteñí y la despidió.

La bruja tiró á un albañal el oro al salir de la magnífica quinta ó más bien palacio del Oclay, exclamando:

—¡Yo no quiero más precio que mi venganza!

CAPÍTULO VIII

La primera fiebre de amor

El Timují escribió inmediatamente á Luis una carta en que le decía:

«Señor don Luis: acabo de recibir un potro ya edu»cado de la buena sangre, ya casi perdida, de la Car»tuja de Sevilla; una alhaja inapreciable. Para la prueba »espero á usted en las Ventas de Alcorcón con algunos »amigos; allí comeremos una *paella*, que á usted tanto »le gusta. Hasta la tarde. Su servidor obligadísimo,

JUAN DE FIGUEROA.»

Envió á uno de los mozos con esta carta, y se fué á buscar á Rosa.

La encontró en la huerta á la sombra de un árbol, rodeada de flores y abismada en su melancolía.

Rosa alzó sus grandes ojos, en que fulguraba una pasión vaga y sonrió levemente.

—¿Quieres que tu padre se alegre, chavalita mía?—le dijo el Timují; que cuando hablaba con su hija parecía una paloma.

—¿Y por qué estás tan triste, padrecito mío?—dijo Rosa con una voz más dulce que el susurro del aura en las hojas de los árboles.

—Porque tú estás mala, hija mía.

—No, yo no estoy mala,—dijo Rosa;—es que no duermo, que no puedo dormir, esto me cansa; pero ya dormiré.

Se estremeció el Timují.

Tal podría llegar á ser el sueño de Rosa que no despertase.

—Eso es porque no te fatigas; porque estás empoltronada; mira, hoy vamos á caballear por largo. He convidado á algunos amigos para dar buena cuenta de una paella y de lo que caiga por encima; nos esperan esta tarde á las dos en las Ventas; luégo nos iremos á merendar allá abajo, entre las espesuras del puente de San Fernando; hace un día muy hermoso, hija mía; no iremos en calesa, que así no harás ejercicio; nó, voy á mandar que aparejen al *Esplandeya* (centella), y como está sobradillo, porque no sufre á nadie más que á ti, y hace un siglo que no le montas, te hará trabajar, y te vendrán las ganas de comer, y comerás y beberás, y ya

verás como esta noche duermes; y así, haciendo todos los días ejercicio, te aliviarás: ¿con que sí?

—Bueno, padre; pero no sé si tendré fuerzas para gobernar al bicho; ya sabe usted que es muy vivo, que tiene un *arate*...

—¡Bah! en diciendo que el Esplandeya te vea se alegra el animal; que no parece sino que está enamorado de ti; y esto es grande, que nadie puede con él más que tú.

—Es que sabe que no le castigo, y además que le quiero, y es muy sentido.

—Calla, chavala, que no parece sino que en este diablo de jaco está escondida una persona que te tiene buena voluntad; pero mira, chavosita, que están convidados forasteros, y que es menester que vean que lo tenemos; á ver si te compones bien.

—Bueno, padrecito, por darte gusto me pondré maja.

—Y le vas á quitar los rayos al sol.

—¡Jesús, que tienes unas cosas! y es el cariño que me tienes y los ojos con que me miras.

—Pues anda, hija mía, anda, que ya es más de medio día, y las mujeres para componerse echan un siglo.

El Timují se separó de su hija, envió á las Ventas una de las gitanas que le servían y gentes que le ayudasen, y mandó á uno de los mejores desbravadores diese un sobo al Esplandeya y le pusiera suave para Rosa, y antes de la una, el valiente bruto, jadeante, poderoso, pero bravo y ardiente, con aparejo y alha-

mares de seda y oro, con freno de plata sobredorada. impaciente y centelleando los ojos, á pesar de su cansancio, estaba á la puerta de la quinta inquieto, como si hubiera conocido que esperaba á Rosa, y el esperar le causase impaciencia.

Otra media docena de caballos, también magníficos y aparejados con lujo, aunque no tanto como el Esplandaya, esperaban también.

De improviso, el Esplandeya lanzó un alegre relincho, y se inquietó.

Había sentido á Rosa.

Giraba levantado, ardiente, en torno del gitano, que le tenía del cabezón.

Apareció al fin Rosa hecha una gloria.

Vestia á lo maja, con todo el esplendor de los buenos tiempos de la majería.

Peinado de castaña y grandes rizos cogidos con alfileres de diamantes; peineta de oro y diamantes, una especie de diadema sobre aquel tesoro de cabellos negros; largos broquelillos en las orejas cuajados de pedrería; su bella garganta estaba cubierta por perlas y pedrerías, con medallas de vírgenes y amuletos.

Vestía una chaquetilla de damasco, color de rosa pálido, con hombreras de oro mate y arabescos de seda negra bordados, de un valor indecible, camisa de encaje, faja de la India, zagalejo de colores vivos á grandes ramos, de una especie de tela semejante al brocatel; medias caladas de seda, color de carne; zapatitos de tafilete del color de la chaquetilla, con adornos ri-

zados de oro y piedras preciosas en el descote; pulseras riquísimas, cuajadas las manos de sortijas; resplandeciente, en fin, pero más resplandeciente por su incomparable hermosura, que por el brillo de las joyas que la cubrían.

—Suéltale, suéltale, Lují (Adorno)—dijo al gitano, que trabajaba por sosegar al Esplandeya; —déjale, que él se vendrá á mí.

Rosa parecía animada.

Un leve color iluminaba sus dulces mejillas, generalmente tan pálidas.

El Timují, que acompañaban cinco de sus parientes, todos gitanos de alto coturno y todos jaques y de rumbo, parecía animado también, viendo algo de animación en su hija.

Lují había soltado al Esplandeya.

Este dió una carrera en círculo, levantado, erguido, poderoso, arrojando un aliento semejante al humo, por sus anchas narices; hizo algunos escarceos, y al fin se vino como un cordero á las manos de Rosa.

—Ven, ven acá, *chaval*,—le dijo ella, recogiéndole las riendas y echándoselas sobre el cuello;—vamos á ver si nos esparcimos, buen mozo; ¡ay!—añadió en voz baja;—¡si tú pudieras más que yo, y me aborrecieras y me mataras!

Esto prueba lo enferma del corazón que estaba Rosa.

Había contraído la más horrible de las enfermedades.

El hastío de la vida.

El ansia de la muerte.

Y esto á los dieciseis años.

Esto por un misterio.

Por una incomprendida hambre del alma.

Por un inconsciente sentimiento no satisfecho del amor.

La sangre de una hija de una raza proscripta, proveniente de un desierto ignorado.

La terrible sangre gitana.

El fuego animado.

Rosa montó de un salto, y con gran facilidad, en el Esplandeya, y le recogió.

El caballo piafó como orgulloso de su carga.

—¡Ea! ¡pues á la aventura de Dios!—dijo persignándose Rosa, y revolviendo el caballo hacia el portón de la quinta.

¿Por qué se había persignado?

¿Qué era lo que temía?

Su padre y los otros gitanos se habían persignado también.

Rosa franqueó al trote la salida de la quinta.

Se lanzó hácia el portillo de Embajadores.

Revolvió dejándolo á la derecha y siguió por la ronda.

CAPITULO IX

La tentativa de suicidio

Era una hermosa tarde del principio de la primavera.

Los transeuntes por la Ronda eran frecuentes.

Al verla pasar, decían unos:

—¡Viva la omnipotencia de Dios!

—¡Pues echa, hembra!—exclamaban otros.

—¡Que Dios la bendiga!—decían las mujeres.

—¡Allá va la gitanería con su rey y su princesa!—decían algunos que los conocían.

Y todos se maravillaban de aquel ángel gitano, que hermosísimo, deslumbrante, pasaba como una exhalación.

El Timují y sus parientes siguieron al trote á Rosa.

Pero ésta iba siempre con una delantera, y por lo menos, de cuatro cuerpos de caballo.

Más allá del puente de Toledo, al entrar en el camino de Alcorcón, Rosa puso al Esplandeya al galope.

El Esplandeya parecía dócil á la voluntad de Rosa.

Pero más allá del cementerio partió de improviso al grande escape.

—¡Ah!—exclamó aterrado el Timují;—¡se le va! ¡se le ha ido! ¡y ella le deja! ¡Madre mía del Carmen! ¡y el bicho tiene la sangre de un demonio! ¡qué va á pasar, María Santísima!

Y el Timují y los otros cinco partieron taloneando á sus jacos, que eran todos de gran raza, y que iban como el viento, vientre á tierra.

Pero el Esplandeya justificaba su nombre.

Iba como un rayo.

Rosa se inclinaba sobre él, y le decía:

—¡Corre! ¡corre! ¡reviéntate! ¡mátame! ¡yo no puedo vivir más!

Sin embargo, había en Rosa vacilación.

Para morir la hubiera bastado dejarse caer del caballo.

El golpe hubiera sido terrible, mortal.

Ansiaba la muerte.

Excitaba el desbocamiento del bruto.

Y sin embargo, la sostenía aún una vaga esperanza.

Un leve aliento que contrastaba la asfixia moral que la ahogaba.

Un resto de apego á la vida.

De lucha de la razón.

De la piedad, del amor filial.

Estaba Rosa en uno de esos terribles momentos, porque pasa necesariamente todo suicida.

Y de improviso, por un acceso de sentimiento, se hizo en ella una reacción.

Pensó en sus padres.

Se los representó desesperados por su muerte.

Por otra parte, le parecía oir la voz de la Virgen del Carmen, patrona de su familia, que le decía dentro de su alma:

—¿Por qué buscas la muerte? ¿por qué te rebelas contra la voluntad de Dios? ¿por qué eres cobarde y pierdes la esperanza?

Sintió Rosa como si sus entrañas se hubiesen fundido en un enternecimiento.

Sintió anticipada toda la angustia horrible que sus padres debían sentir por su muerte.

Le pareció que veía á la Virgen que la miraba airada.

Sintió un vértigo.

Vaciló sobre el aparejo.

Se aterró y el terror la rehizo.

Entonces, sobreponiéndose, alentándose, dominando su perturbación, procuró contener al caballo.

A poca distancia había una ancha cortadura en el camino.

En ella trabajaban algunos hombres.

A los lados del camino había materiales.

Estaban construyendo una alcantarilla.

En vano Rosa pretendió dominar al Esplandeya.

Todo era en vano.

Poderoso, terrible, prepotente, acrecía su velocidad.

Llegó al borde de la cortadura, y los trabajadores lanzaron un grito de horror.

Pasó, sin embargo, el Esplandeya sobre la cortadura como hubiera pasado el viento.

Siguió desbocado con una rapidez siempre creciente á lo largo del camino.

Rosa se mantenía firme.

Al fin se perdieron de vista.

El Timují y los otros, desbocados también, llegaron algunos momentos después.

Pero el obstáculo del camino los obligó á revolver sus caballos por las tierras de sembradura.

Cuando volvieron á ganar la carretera habían perdido algún tiempo.

Ya no se veía nada.

Sólo allá, sobre un altozano, á lo lejos, las Ventas de Alcorcón.

CAPÍTULO X

De la muerte á la vida y de la vida á la muerte

El Timují, más muerto que vivo, aguijó aún más á su caballo.

Los otros gitanos aguijando también á los suyos.

Llegaron á las Ventas.

A la puerta había ocho ó diez personas en otros tantos caballos.

Parecían gente principal.

Hablaban acaloradamente, como de un gran suceso.

El Timují no se detuvo.

Siguió excitando á su caballo.

Sus parientes lo mismo.

Al llegar cerca del puente de San Fernando se le heló la sangre y recogió con tal violencia, y de tal manera á su caballo, que á poco si sale por las orejas.

Había oido á la izquierda, como viniendo de una hondonada, agudos alharidos de mujer.

Alharidos desesperados.

Su caballo, á consecuencia de un refrenamiento poderoso, se había detenido, quebrantándose de una manera grave.

Sintió algo horrible el Timují, y por algunos instantes ni vió, ni oyó, ni aun sintió la vida.

Había visto á Rosa, de rodillas, desesperada, junto á un hombre, tendido é inmóvil.

Mas allá, el Esplandeya, vacilando sobre sus remos, temblorosos y abiertos, arrojando sangre por la boca.

Otro caballo, que estaba en tierra, pugnaba por levantarse.

Los otros gitanos, que habían detenido á sus caballos, acudieron los unos á Rosa, y los otros al Timují.

El Timují se rehizo y bajó.

—¡Hija de mi alma!—exclamó;—¿cómo estás tú?

Rosa se alzó.

—¡Yo nada, padre, nada,—exclamó con un acento indefinible;—¡pero él!...

—Pues si á ti no te ha sucedido nada,—dijo el Timují, sintiéndose curado de su terror al ver sana y salva entre sus brazos á Rosa;—que se lleven á todos los demás los *mengues* (demonios).

—¡Padre, padre!—exclamó Rosa;—¡que es él, el que yo quiero! ¡por el que yo me moría! ¡si por mí se muere yo me voy con él!

—¡El que tú querías!—exclamó el Timují.

—¡Sí, padre; yo le ví contigo un día en la huerta, y él á mí no me vió! ¡pero no se me olvidó! yo le quería, y si no te lo he dicho, es porque es castellano.

—¡Don Luis!—exclamó el Timují examinando al que estaba por tierra y al que acudían los demás gitanos.

Uno de ellos le rociaba con agua, que en su sombrero había traído del río, el semblante.

Luis abrió los ojos y volvió completamente en sí.

Se incorporó, y al fin se puso de pié.

—Soltadme, soltadme,—dijo;—no necesito que me ayudéis; yo no he perdido los sentidos del golpe, sino de terror porque creí que ella se mataba; yo respiro bien; yo no siento dolor ninguno; aquí el terreno es blando; la yerba espesa. ¿Y usted, hija mía, y usted?

Y Luis miraba con un ansia infinita á Rosa.

—¿Quién? ¿yo? yo no sé como estoy... pero yo estoy bien, muy bien. ¡Ay Dios mío, y qué alegría, qué dicha!

Y abarcaba enamorada en una atmósfera de fuego que fluía de sus ojos á Luis.

—¡Un milagro! ¡un milagro de María Santísima!—dijo con su piedad;—¡mi bendita madre que nos ha amparado!

Sonó entonces un ruido sordo.

Era el Esplandeya que caía muerto, reventado, por consecuencia de aquella larga carrera vertiginosa.

El otro caballo se había repuesto.

Pero estaba jadeante y parecía lastimado de una manera grave.

—Vámonos, vámonos de aquí,—dijo el Timují,—allá, al ventorrillo, al otro lado del puente; ven acá, hija mía.

—No, si no necesito que me ayudes, padrecito,—dijo Rosa que parecía animada por una vida inmensa, y que no podía dejar de mirar á Luis;—¡si he caído de piés! ¡cuando te digo que esto ha sido un milagro de la Virgen Santísima!

Todos subieron al camino.

Uno de los gitanos recogió el caballo de Luis que andaba con dificultad.

Cojeaba rudamente de la mano derecha.

—Pero ¿cómo ha sido esto, hija mía?—dijo el Timují mientras avanzaba hácia el ventorrillo.

—Que te lo cuente él, padre,—dijo Rosa;—que yo no sé cómo ha sido.

—Acabábamos de llegar mis amigos y yo á las Ventas,—dijo Luis,—acudiendo al convite de usted, señor Juan, y aun no habíamos echado pie á tierra, cuando oimos el ruido de un caballo que venía escapado: me arrojé á cortarle, pero no llegué á tiempo: entonces me puse en su alcance: yo no sé lo que sentía viendo á esta criatura en peligro. Su caballo estaba ya quebrantado, y aunque iba escapado, como el mío estaba descansado y con más resuello, yo no desconfié de poder cortar el otro, y en efecto, cuando iba á estrellarse me puse de través, y del encontrón caimos por el des-

nivel del camino. Yo temí por esta niña, y de espanto perdí el sentido.

—A mí el encontrón me echó al suelo, y caí de piés, y me quedé en el camino,—dijo Rosa,—¡el pobre *Esplandeya* rodó! este señor y su caballo habían rodado también. Yo creí que este señor estaba muerto. ¡Gracias á Dios que me engañé!

Rosa había logrado ya reprimirse.

—Pues una salve á Nuestra Señora del Carmen,—dijo el Timují.

—Dos,—dijo Luis.

El cuidado y el espanto se convirtieron en alegría.

El pobre Esplandeya, que había quedado reventado más allá del puente, fué el único que pagó las costas.

En las Ventas de Alcorcón, hubo una *juelga* de las grandes, que duró hasta el amanecer del otro dia.

Se envió al barrio por la Barbalí, y por las gitanillas y los gitanos que más gracia tenian para todo, por que así lo había querido Dios, y por los *tocaores* y *cantaores* más finos y de mejor estilo.

Hubo cante y baile á lo *flamenco* por todo lo alto, y todos, viendo á la Manclayí tan amartelada con un señorito, que si no era gitano lo parecía, decían, aunque en voz baja, por respetos al Oclay:

—Esta es una boda antes de la boda.

La tía Prejeteñí, que se había escurrido y se había metido en un rincón, en el cual se atracaba de todo lo que venía, sosegándolo, no con vino, sino con aguardiente, y sorbiéndose frecuentemente una respetable

toma de rapé, decía para sí, encarnizando su terrible mirada en Luis:

—¡Ay, y cómo me vas á pagar el amor que tan sin quererlo yo, y tan sin esperanza, se me ha metido por ti en el cuerpo!

Los amores de Rosa y de Luis, crecieron de una manera inmensa en pocos días.

Llegaron al delirio.

Se desbordaron.

Luis se embriagaba y languidecía.

Rosa se abrasaba en aquellos amores que habían hecho de su vida un poema de fuego.

Un paraíso.

Una cosa inefable.

Algo monstruoso por su exageración, ó más bien por su sublimación.

Una fruición que acrecía en su vida y la atormentaba con venturas insoportables.

Una gloria en un infierno.

Rosa y Luis en su amor, se habían divinizado el uno al otro.

Olvidándose de todo lo que no fuera ellos mismos, habían llegado á la idolatría el uno por el otro.

El casamiento era de todo punto necesario.

La gitanería empezaba á murmurar.

No había verdaderamente de qué, porque de tal manera era el amor que Rosa y Luis se tenían, que se alimentaba de sí mismo.

Pero el mundo ha juzgado, juzga y juzgará siem-

pre por las apariencias, de lo que resulta que siempre ha estado, está y estará en el error.

Pero el error hace situaciones, y las situaciones verdades.

La verdad era, que todos, creyendo en el escándalo le hacían.

¿Pero cómo casar á la Manclayí, á la princesa, con un *corbo*, esto es, con un extraño, con un profano, ó como pudiera decirse, con un infiel?

¿Cómo bastardear la antigua estirpe de los Oclays?

¿Cómo impurificar en su egregia descendencia, aquella sangre tan puramente egipcia ó gitana?

La dificultad era enorme.

Casi insuperable.

El Timují no se atrevía á un acto de tiranía.

Además, á él mismo le repugnaba aquel consorcio monstruoso, herético, por decirlo así, atendidas las arraigadas preocupaciones de los gitanos.

Pero con esto combatía poderosamente su delirio

Para él, antes que todo, era Rosa.

Su *chavala*.

Consultó á los *bato-purós*, ó lo que es lo mismo, á los ancianos, á los santones de la tribu, y estos pusieron muy mala cara.

Cuando el Timují acabó su peroración, ellos permanecieron callados.

Cuando él los excitó para que le aconsejasen, le dijeron:

—Oclay, tú harás lo que quieras: nosotros te obede-

ceremos; pero *Ondive* nos castigará, á ti porque habrás hecho mal, y á nosotros porque te lo hemos dejado hacer.

Y dijeron esto de tal manera, que al Timují le entró miedo.

El sólo no podía con toda la gitanería.

Era muy posible que se sublevase, que le depusiesen, que le arrojasen de la tribu.

Sino era que acontecían mayores desdichas.

Y además se estaba ya en la cuestión.

Tales apariencias tenían los amores de Rosa y Luis, que se les creía más que casados.

Es decir, mal casados, de una manera ilegítima, que sublevaba la alta dignidad de la gitanería.

La Prejeteñí vió llegado el momento.

Luis se encontró un día, debajo de la almohada, con una carta que contenía lo siguiente:

«Vida mía, tú estás pasando la penita negra: el Oclay, aunque quiere no puede darte á Rosa, porque tú no eres *calorró* (gitano), y sabe Dios lo que pasaría si el Oclay te *romandiñara* (casara) con Rosa. Pero yo voy á decirte una cosa que tú no sabes: que tú eres calorró hasta los tuetanitos. Pregúntaselo á los señores de Ampuero, que te han aprohijado, y ellos te dirán.

»Una mujer que te quiere, como no te puede querer Rosa ni ninguna, es la que, porque se le deshacen las entrañas viéndote penar, te dice lo que te sacará de penas. Agradécemelo.»

Tan perdida tenía el alma en Rosa Luis, y de tal manera le impresionó esta carta, que se fué con ella á sus padres adoptivos.

Ellos que estaban ya muy viejos, y con un pie en la sepultura, le dijeron que el empeño que tenía de saber si en verdad era gitano, y el deseo que mostraba de serlo, les quitaba un peso de sobre su conciencia, porque creyendo que iban á aflijirle, si le revelaban su origen, habían callado, faltando á la promesa que á su madre, moribunda, habían hecho de entregarle, cuando fuera hombre, un pliego cerrado que allí había dejado para él.

Y le entregaron el siniestro pliego.

Luis se fué á su cuarto, se encerró, y abrió el pliego con las manos temblorosas.

Palideció á las primeras líneas.

Prosiguió y le acometió una convulsión de desesperación, de ira y de venganza.

El no podía unirse á la hija del asesino de sus padres, ni aun amarla.

Rosa se convirtió para él en una desventura suprema.

Y á pesar de esto, su amor creció y creció, y llegó al paroxismo, poniendo á prueba el temple de su alma.

Y sin embargo, no vaciló.

El debía vengar á sus padres.

Marchó de frente hacia su venganza, aunque esta venganza debía matar su amor.

Guardó la terrible carta, se armó con un par de pistolas, se envolvió en su capa y se fué á buscar al Timují.

Al ver éste el sombrío semblante de Luis, siendo una vez verdaderamente adivino, presagió y se estremeció; y tanto más cuando con la voz trémula, amenazante, en que sonaba la muerte, si se nos permite la frase, le dijo:

—Vente conmigo, donde nadie pueda vernos ni oirnos.

—Sea,—dijo por única contestación el Timují—pero no salgamos juntos, en el segundo molino del Canal podremos encontrarnos.

—Te espero allí con impaciencia,—dijo Luis.

—No tardaré,—respondió el Timují.



Lit J. Palacios Arenal, 27, Madrid

Pasó sobre la cortadura como hubiera pasado el viento.

CAPÍTULO XI

El verdugo de sí mismo.

Una hora después el Timují encontró á Luis en una espesura en el lugar de la cita, que no podía ser más solitario.

El Timují iba absolutamente sin armas.

—¿Es cierto lo que dice este manuscrito de mi madre, que antes de morir dejó á mis padres adoptivos para que me lo entregasen cuando ya llegase á la edad de la razón?—le dijo Luis con la voz cavernosa, horrenda, pálido, desesperado, desencajado y con la muerte en los ojos, mostrándole un pliego amarillento.

El Timují se estremeció.

Sus ojos rodaron en sus órbitas.

Apareció en su semblante una expresión de agonía.

La terrible mirada de Luis, fija en él, le devoraba.

De improviso el Timují arrebató el manuscrito á Luis, y dió un terrible salto, un salto de tigre, no para acometer al joven, sino para escapar.

—¡Ah, miserable!—exclamó Luis echando mano á una de sus pistolas.

Pero el Timují, con una rapidez sin igual, había ganado los árboles y había desaparecido entre ellos.

Luis se lanzó hacia el lugar por donde había escapado.

Le buscó en vano.

Había desaparecido.

La terrible expresión del semblante de Luis había acrecido.

Dejaba ver el paroxismo del furor.

—¡Ah!—dijo:—aunque te escondas en un abismo yo te buscaré: yo vengaré á mis padres.

Y agitado, trémulo de ira, devorado por la fiebre, se volvió al puente de Santa Isabel, donde había dejado su carruaje, y se hizo conducir á su casa.

Había considerado inútil ir á buscar al Timují en la suya.

Tales habían sido las terribles emociones que había sufrido, que su fiebre aumentó.

Se hizo cerebral.

Acudióse inmediatamente, y la fiebre se atajó en un principio.

Pero se vió obligado á guardar el lecho.

Al tercer día de su escena con el Timují, Luis recibió una carta sellada con lacre negro.

La había dejado un gitano.

Luis la abrió ansioso.

«He sentido sobre mí,—decía,—la mano de Dios, y muero porque creo que es necesario que muera para que Dios me perdone.

»Cuando recibas esta carta, ya no existiré.

»Poco después irán á buscarte los santones de nuestra tribu.

»Ellos te reconocerán por su Oclay legítimo, hijo de mi hermano.

»Perdóname puesto que yo hago justicia en mí mismo.

»No aborrezcas á mi pobre hija porque es hija mía.

»Ella es inocente.

»Yo te pido con todas las ansias de mi corazón que te unas con ella.

»Ella morirá si no es tu esposa.

»Muero con esta horrible ansiedad.

»Pero mi espíritu irá á buscaros y reposará si ve que has sido bueno y generoso.

»¿Por qué han de caer las culpas de los padres sobre las cabezas de sus hijos inocentes?

»Tú tienes las pruebas de tu nacimiento.

»Preséntalas á los santones.

»Ellos te harán su Oclay.

»¡Mi hija! ¡mi hija de mi alma! ¡No la mates!

»Unete á ella y no la digas nunca que fuí criminal.

»¿Puedo hacer más que morir para que ella y tú podáis ser dichosos?

»Tú lo estimarás esto en lo que vale.

»Quema esta carta, como yo he quemado el manuscrito de tu madre.»

CAPÍTULO XII

Una luna de miel que parecía inacabable.

Aun no había acabado de leer Luis esta terrible carta, cuando le anunciaron que le buscaban cuatro gitanos.

No se había desconfiado de ellos.

Luis recibía frecuentemente chalanes.

Fueron introducidos.

—Tenemos necesidad de hablar con su merced con la seguridad de que nadie pueda oirnos,—dijo uno de ellos.

—Podéis hablar sin cuidado,—dijo Luis.

—¿Es su merced sobrino carnal del Oclay, hijo de su hermano?

—Sí,—dijo Luis.

—¿Y tiene su merced papeles que eso lo hagan bueno?

—Esperad,—dijo Luis:—voy por ellos.

Y salió, y volvió trayendo toda la prueba que se había preparado para si algún día era necesario un reconocimiento.

Uno de los gitanos *bato-purós* ó santones, el más viejo de ellos, y que era más entendido que los otros, examinó aquellos papeles y comunicó su contenido á sus compañeros.

Los examinaron hasta la saciedad.

—Pues su merced es nuestro Oclay,—dijeron al fin.

—¡Cómo!—exclamó Luis, como si no hubiera sabido la muerte del Timují;—¿pues qué se ha hecho del Oclay?

—¡Calle su merced, que no sabemos en qué hora mala vivimos! el Oclay nos escribió diciéndonos que unos malhechores le habían malherido, que no sabía si cuando recibiéramos esta carta estaría vivo, y que fuésemos al tercer molino, donde le encontraríamos. La carta se la dió á un pordiosero que pasaba por allí, y que nos dijo que el que se la había dado estaba echado sobre la hierba y muy malito; cuando fuimos le encontramos muerto, con un tiro en el corazón y con una pistola descargada al lado, señal clara de que se había defendido. En la carta nos decía, que su merced, señor don Luis, le había dicho, cuando había querido su merced casarse con la Manclayí, que su merced era su sobrino, y que tenía las pruebas: que las había visto, y que eran ciertas, y que era su voluntad que su merced y la Manclayí se casasen; y nosotros hemos venido á

cumplir el último mandato de nuestro difunto Oclay.

Luis no podía exigir más.

Juan de Figueroa había hecho justicia en sí mismo, facilitando con este horrendo sacrificio la unión de su Rosa con él.

Luis, que era noble y generoso, se conmovió.

Comprendió cuánto amor por Rosa, y tal vez cuánto remordimiento por su crimen habían llevado al Timují á aquella justicia sobre sí mismo, providencialmente espantosa

Lo había preparado todo de tal manera, y de tal manera se había hecho obedecer, que Rosa no podía saber aquel terrible secreto.

Su muerte se atribuyó á malhechores.

Hubo, además, una circunstancia extraña que parecía comprobar que los santones conocían aquella determinación de su Oclay.

La Prejeteñí, la vieja horrible, fué encontrada ahogada en el Canal.

¿Se había caido?

¿Se habría arrojado ella, ó la habrían arrojado?

No se sabía.

La justicia no pudo averiguar nada.

La Prejeteñí no tenía enemigos á los que hubiera podido atribuirse su muerte.

Había que reparar en que el cadáver de la vieja se había encontrado en el Canal, no lejos del sitio en que se había encontrado entre la hierba el cadáver del Timují.

Por la muerte de éste hubo gran duelo en el aduar.

Este duelo se hizo mucho más intenso, más doloroso por el terrible efecto que la muerte del Oclay causó en su esposa la *Barbalí*.

No pudo soportar el dolor y sucumbió por una fiebre cerebral que la mató en muy pocos días.

La gitanería había quedado huérfana de Rey, y este estado anómalo no podía prolongarse.

Probada bastantemente la descendencia directa y legítima de Luis de los antiguos Oclays, fué proclamado.

Tras el duelo vino la boda.

Se atropellaba el duelo por interés de la tribu.

El casamiento gitano del Oclay y de la Manclayí se hizo inmediatamente, y por privilegio de la casa real, porque entre los gitanos son muy difíciles los casamientos entre primos hermanos.

Pero no pudo ser inmediatamente el casamiento religioso.

Se necesitaba la dispensa.

La esperaron casados, y no mucho tiempo.

El dinero facilita, abrevia.

Hace casi sin excepción todo lo que está en el poder humano.

Apenas si pasaron quince días.

Hubo, pues, dos bodas.

El espacio que medió entre la una y la otra se llenó con una fiesta incesante.

El alma de Rosa se partía entre una gran felicidad

por la satisfacción de su amor, y en un dolor agudo por la muerte de su padre.

Esto era una compensación saludable, teniendo en cuenta la exquisita sensibilidad de Rosa.

Si el dolor no hubiese atenuado el placer, si éste no hubiese consolado al dolor, su vida, ó por lo ménos, su razón, se hubiera puesto en peligro.

Tal amor, tal hermosura, tal encanto, encontró Luis en Rosa, que se sintió engrandecido, indemnizado de la posición social que había sacrificado á su amor.

De gran señor en el alto mundo, había descendido á un aduar de gitanos.

Pero había encontrado un ángel, que con sus blancas alas le había alzado á una región deliciosa, á la que muy pocos mortales han subido.

Luis encontró muy pronto, en el momento de unirse á Rosa, que teniéndola á ella, había ganado mucho más que lo que había perdido.

Esto representaba una compensación.

La vida no es otra cosa que una continua operación de suma y resta de todo género de valores.

Después de sustraer del valor de Rosa, el valor de lo que por ella había abandonado, se encontró con que el resto era casi la totalidad.

Rosa, por su posición, estaba infinitamente mejor educada que el resto de la gitanería.

La gran fortuna es por sí misma un gran principio de educación.

Preserva de una multitud de pasiones ruines.

Por el contrario, la miseria las produce.

Rosa era una gran señora gitana.

Una verdadera aristócrata.

Estaba acostumbrada al bienestar, al respeto, á los servicios de todos.

Sobre ella no había influído el embrutecimiento fatal de la miseria.

Su inteligencia era penetrante y noble.

Su sentimiento delicado, como el aroma de los primeros jazmines de la primavera.

Tenía por corazón un volcán.

Era piadosa, poéticamente piadosa, apasionada, deliciosamente apasionada, embriagadora de una embriaguez que era un suave y fresco delirio.

Rosa elevaba naturalmente su alma á una región de sueños divinos, y la dilataba en ella.

Hacía participar de su sueño á Luis.

Comprendiendo éste que para ser completamente una gran dama, dada su impresionabilidad y su inteligencia, no le faltaba más que ser transportada, durante algún tiempo, á otra esfera, apenas obtenida la dispensa, apenas celebrado el casamiento religioso, apenas festejada la segunda boda, se la llevó á viajar con el fausto y la ostentación de un verdadero soberano.

Cuatro años invirtieron, que sobraron para que Rosa se saturase de la más alta cultura.

Cuando volvió, los gitanos no la desconocieron, pero la extrañaron.

No vestía ya según el gusto de la magería gitana.

Las chaquetillas con alamares habían desaparecido.

La peineta sobre la castaña, y bajo la peineta la moña, se habían perdido.

Los zagalejos cortos, de vivos colores, con tres órdenes de faralares bordados, el gran pañuelo del Japón atado á la cintura, las gargantillas, los corales, las cadenas, los amuletos, las largas arracadas, las manos cuajadas de sortijas, nada de esto se veía.

Sólo quedaba siempre pendiente de su voluptuosa garganta, reposando sobre su magnífico seno un rico relicario con la imagen esmaltada de Nuestra Señora del Carmen, ya pendiente de una cadena de oro preciosa por su buen gusto, ya de un sencillo, pero valioso collar, y en las pequeñas orejas unos preciosos pendientes, y únicamente en la mano izquierda su sortija de desposada, que era de un valor enorme.

Los trajes, de todo género, estaban perfectamente ajustados á la moda del gran mundo, eran de lo más elegante y costoso.

Rosa los hacía valer por su extraordinaria gallardía, por su fácil distinción.

Era, en fin, una criatura ideal, colocada por su inmensa fortuna en la esfera social más alta, y que sabía tenerse y vivir en ella.

Durante aquellos viajes, por los proyectos y las instrucciones que Luis enviaba sin cesar, la gran huerta de los Oclays se había convertido en una magnífica quinta, en medio de la cual, reemplazando al viejo caserón rural, se alzaba un verdadero palacio.

Un arquitecto de genio, encargado por Luis, había dirigido por las instrucciones y aun por los planos de Luis, la construcción.

Los mejores artistas de Europa, contando, en primer lugar, con los de España, habían ejecutado las pinturas y las ornamentaciones.

Preciosas antigüedades, objetos rarísimos, despojos preciosos de todas las civilizaciones, habían enriquecido y ennoblecido la quinta de Figueroa.

Cuando volvieron Rosa y Luis, nada tuvieron que desear.

Comodidades exquisitas, buen gusto, lujo, arte, suntuosidad, todo lo encontraron.

Habían traido consigo dos ángeles.

Un niño y una niña.

El niño se llamaba Pedro.

La niña Aurora.

Luis no avisó á nadie de su vuelta.

Tenía la seguridad de que todos sus antiguos y altos conocimientos se excusarían.

Esto no le causó sufrimiento alguno.

Tenía el amor de sus padres de adopción, el delirio de Rosa, el encanto de sus hijos.

Además que el gran mundo está plagado de gente de historia.

Pero no es de buen gusto revolver papeles viejos.

Luis recibió al gran mundo cuando este le buscó, y con una gran indiferencia, y pronto á cerrarlos, siempre que quisiese abrir sus salones y frecuentar los agenos.

Dió ostentosas fiestas.

Se tomaba como una escentricidad, de la que nada habia que decir el que viviese en las afueras de la población, junto á un barrio habitado por gitanos.

Todos sabían que vivía allí porque era el rey de aquella gente, y que su magnífica quinta podía y debía ser considerada como un palacio real; pero nadie hablaba de esto ni aun para murmurar, como si de todo punto lo hubieran ignorado.

Pues qué ¿no se frecuentan altos lugares que todo el mundo sabe ocultan en las sinuosidades de su magnífico recinto, la ruleta y el treinta y cuarenta, y toda clase de agencias de toda clase de negocios?

¿Y cómo ir honrosamente á tales lugares sino se afecta que no se les conoce, ni cómo privarse de la utilidad necesaria que allí se encuentra?

Cubrir las apariencias, dorar lo inmundo, perfumar lo pestilente; hé ahí la cuestión práctica de la civilización positivista.

No pongáis de manifiesto las úlceras de los otros para que los otros no descubran las vuestras.

En el palacio del rey de los gitanos no había ni juego ni negocio.

Pero sus salones eran una maravilla de lujo y de buen gusto; sus banquetes y sus cenas y sus *lunchs*, eran dignas de Lúculo; y si algún noble señor se encontraba accidentalmente necesitado, sabía que había en él una caja inagotable y fácil á la explotación de la amistad.

La situación de la egregia morada de los señores de Figueroa era un tanto excéntrica, pero no hay nada excéntrico para los afortunados que poseen un tren.

Además de esto, Rosa era un encanto.

Hacía los honores de su casa de una manera deliciosa.

Encantó á todo el mundo.

La puso de moda.

En cuanto á Luis, no podía darse un hombre de mundo más perfecto.

En él corrían parejas la gran sencillez y la gran distinción.

Luis, por entretenerse en algo y por estar en armonía con sus vasallos y con su raza, se dedicó á la cría caballar, y para dar salida á los productos de sus magníficas dehesas de Córdoba y de Sevilla, abrió cuadras.

Pero se dejó ver en todas partes.

En los paseos, en los espectáculos.

Rosa obtuvo un éxito completo, incalculable.

Enamoró á todo el mundo.

La gitana se transparentaba en la gran dama y la embellecía.

Aquel mismo gran mundo que Luis había evitado, le buscó.

La sangre más azul, la nobleza más estimada, ha sido siempre ese agente universal que se llama oro.

Deslumbra de tal manera, que en el que lo tiene no se vé más que el resplandor.

Respecto á Luis y á Rosa, se hizo como si dijéra-

mos la vista gorda por el gran mundo, y no hay nada tan ciego como el gran mundo cuando no quiere ver.

Se sentían alrededor de Luis los chalanes.

¿Y qué había en esto que rebajase á don Luis de Figueroa?

¿Pues qué no hay grandes señores que venden caballos, toros, ganado lanar y aun de cerda?

De esto, de la agricultura, de las propiedades urbanas y aun del préstamo, se hacen las grandes rentas, y de las grandes rentas las altas posiciones.

Todo está sujeto á la compra venta, al cambio.

Hasta la conciencia.

No hay otro medio de hacer dinero.

Todo se reduce, tratándose de la gente noble, á tener administradores al frente de los negocios.

Pero viven irremisiblemente del negocio como cada cual de los que no son grandes señores.

En cuanto á su situación como rey de los gitanos, Luis fué como no podía menos de ser.

Un hombre recto y justo.

Los señores de Ampuero, sus padres adoptivos, le habían descastado completamente.

Sólo le quedaba el tipo.

Y esto era la parte puramente física.

En cuanto al espíritu, era un hombre completamente civilizado.

Rosa se había asimilado á él.

Había sobrevenido la identificación que por el amor hace de dos séres físicos un sólo ser moral.

Luis había aceptado el puesto que por su nacimiento le venía por herencia, y como un homenaje de respeto, de amor, á la memoria de sus desgraciados padres.

Pero no tomó parte en los excesos, ni en las rapiñas de los gitanos, ni los autorizó.

Antes bien; los reprimió cuanto le fué posible.

No tomó de ellos tributo, lo que hacía que ellos le aceptasen y aun le amasen más que lo que habían amado y respetado á sus anteriores Oclays.

Más aún: cuando un *calorró* ó una *cayí* iban al *estaribel*, esto es, á la cárcel, por delitos, Luis con su influencia ó por su oro, procuraba sacarlos lo mejor librados posible de su desgracia.

Esto era como una obligación que había heredado con el Oclayato, á lo cual no podía faltar, so pena de traición á su raza.

Por todos estos títulos, los gitanos estaban locos por Luis.

Le adoraban.

En cuanto á Rosa, la tomaron por una santa.

CAPÍTULO XIII

El reverso horrible de la medalla

Luis y Rosa educaron á sus únicos hijos Pedro y Aurora, como si no hubieran sido gitanos.

Pedro se hizo un joven admirable, y Aurora una señorita perfecta.

Pero sujetos ambos á la fatalidad de su nacimiento.

A las extrañas leyes de los gitanos.

Las consecuencias fueron funestas.

Ninguno de los dos tenía de gitano más que su raza.

Cuando crecieron, cuando él se hizo hombre y ella mujer, empezaron las desventuras para sus padres.

Eran dos criaturas terribles.

Como si hubieran sido el resultado de una maldición.

Pedro era el menor.

Aurora la primogénita.

Los dos murieron trágicamente, con poca diferencia de tiempo.

Las historias de estas dos catástrofes fueron extraordinariamente dramáticas.

Debemos dar la preferencia á la de Aurora.

Algún tiempo después de la muerte de Pedro, desapareció Aurora.

Se la buscó y no se la encontró.

No tenían los desventurados padres más noticias que una carta que Aurora les escribió pocos días después de su desaparición.

Aquella carta no había venido por el correo.

La había dado un desconocido á uno de los criados de Luis.

Su contenido era el siguiente:

«Padres de mi alma: perdonadme; no he podido »vencer mi destino y he seguido á un hombre, con el »cual vosotros no me hubiérais enlazado, porque no es »de nuestra raza. El amor me ha arrastrado de una ma»nera increíble, y soy desventurada porque siento la »desesperación que vosotros sentís por mí. No me mal»digáis. Yo no tengo la culpa de que el ser gitana haya »sido para mí una maldición.—Vuestra Aurora, siempre »vuestra, Aurora.»

Esta nueva é insoportable desgracia agravó de tal manera la pasión de ánimo que Rosa había contraído por la desastrosa muerte de su hijo Pedro, que poco

después de la desaparición de Aurora y dándola también por muerta, se fué, según su dolorosa expresión, *con sus hijos.*

El amor de Luis, el de su pequeña y adorada nieta Milagros, no pudo detenerla en la vida.

El corazón se le había roto.

Cuando Luis la vió muerta en sus brazos, exclamó desesperado:

—Indudablemente, pesa sobre mí una maldición de Dios.

Sólo entonces pensó en que se había unido con la hija del asesino de sus padres.

Sintió un horrible vacío en el alma.

Le acometió la idea del suicidio.

Pero le quedaba en la vida su inocente nieta Milagros, hija legítima de Pedro.

Vivió por ella y por la esperanza de encontrar á Aurora.

—¡Ah!—exclamó cogiendo á Milagros entre sus brazos y llorando sobre su infantil semblante;—¡no te sujetaré yo á las leyes de nuestra raza, tan bárbaras para la mujer!

CAPÍTULO XIV

En que se ve que un enamorado sin esperanza puede ser la esperanza de una mujer desesperada.

Y no habían terminado todas las desgracias de Luis.

Debía encontrar á Aurora y perder acerca de ella toda esperanza, para guardar otra esperanza ansiosa en el fondo de su alma desesperada.

¿Qué había sido de Aurora?

Vamos á decirlo, para que se comprenda hasta qué punto era natural y necesaria la acerba desesperación de Luis.

Aurora había heredado la espléndida hermosura de su madre y la alta educación que se la había dado, había aumentado los naturales encantos de su belleza.

Se la había tenido en pensión en los mejores colegios de Paris, de Londres, de Viena.

Se había hecho de ella una joya inestimable.

Pero esto había sido un error.

Se la había desnaturalizado como á su hermano Pedro.

Se había hecho para ella una desgracia terrible, su orígen puramente gitano, sin una sola gota de sangre extraña.

Cayí purate, como dicen los gitanos.

Ella no podía unirse con un hombre que no fuera de su raza, sin incurrir en penas terribles.

A este horror de bastardear la sangre, se debe la existencia de ese pueblo misterioso, cuyo origen no puede asegurarse; de ese pueblo disperso, que es indudablemente semítico, y que conserva en sus rasgos fisionómicos algo que representa de una manera indudable los antiguos caractéres de la India ó del Egipto.

Raza proscripta, sin duda allá en una remotísima antigüedad, que tienen un lenguaje especial, y estilos y costumbres extraños.

Que allá en los tiempos ha sido un gran pueblo.

¿Pero cuál es su historia?

Algunos filólogos han encontrado relaciones estrechas entre gran número de palabras del lenguaje gitano ó del *caló*, con el antiguo sanscrito de la India.

Pero esto no pasa de ser un vago indicio.

Los mismos gitanos no conocen su procedencia.

No tienen historia ni aun tradición.

Es un pueblo nómada, que ha vivido siempre sujeto á la religión y á las leyes del país en que se ha encon-

trado, pero conservando viejas costumbres de raza, y ritos extraños y misteriosos, que ellos no explican y que tal vez ellos mismos no comprenden.

Son, en fin, como una superfetación de la sociedad en que se hallan, y cuidan rígidamente de no mezclarse con ella.

No teniendo patria, son en todas partes extranjeros.

Aun los mismos que dejando la vida nómada y errante se establecen en un país cualquiera, aunque hayan pasado muchas generaciones después de haberse establecido en él, no han perdido su carácter de extranjerismo, ni su sello de raza.

Hija de este pueblo Aurora, sujeta á sus leyes y á sus costumbres y desnaturalizada en gran manera por la alta educación que inmeditadamente se le había dado, se encontraba en una situación de todo punto excepcional y difícil.

Había llegado á la edad del amor.

Sentía la necesidad de satisfacerle con toda la vehemencia de su sangre gitana y se encontraba sujeta á una fatalidad.

Una educación infinitamente superior á la de los de su casta, aspiraciones que ellos no podían sentir y que eran naturales en ella, hacía que la causara una invencible repugnancia su unión con un *calorró*, aunque éste fuera pariente suyo, hermoso, y con todas las cualidades necesarias para ser amado por una gitana.

Se ha dicho, y es incontestable, cierto, que la edu-

cación es una segunda naturaleza, y entre dos séres de distinta naturaleza no es posible el amor, por una absoluta diferencia de gustos, de propensiones, de inarmonías de sentimiento; y si á pesar de esto, por una atracción superior se aman, sobrevienen muy pronto los inconvenientes, los disgustos, y tal vez la catástrofe.

La necesidad de amor de Aurora, que de día en día era más exigente, no buscaba á los de su raza, ni los de su raza la buscaban á ella, ofendidos de la altiva superioridad con que ella los miraba.

Las aspiraciones de Aurora buscaban el gran mundo cuyo trato frecuentaba, y en el cual estaba de todo punto á la moda.

Aurora predominaba por la originalidad de su tipo, por su extraordinaria hermosura, por su instrucción, por sus maneras admirables, por su viva inteligencia, por su gracejo, por la atmósfera de fuego que de ella emanaba en un efluvio irresistible, por una avasalladora magia que se hacía sentir en todas las manifestaciones de su vida.

Sus poderosos ojos eran un poema ardiente y á la par purísimo.

La misteriosa luz que producían embriagaba.

Dejaban ver siempre el fondo de su alma, un arcángel glorioso de inefable hermosura.

La *Divina india*, que así la llamaban por no llamarla gitana, traía locos á todos los que la rodeaban y estaban en voz y en estado de merecer, ilustres herederos de grandes casas, empergaminados de los piés

á la cabeza, y con más soberbia cada uno de ellos que don Rodrigo en la horca.

¡Pero su cualidad de gitana!

De aquí resultaba que por enamorados que estuviesen, todos iban con mala intención.

Se puede tratar á todo el mundo, con tal de que su posición sea alta por una gran fortuna y por una gran educación.

Se hace, ya se ha dicho, la vista gorda.

Se aparenta ignorar lo que todo el mundo sabe.

Se tiene la manga ancha, y tan ancha, que ya no es manga.

Pero tratándose de una alianza de familia, es ya diferente.

Se hila más delgado.

¿Cómo mezclar una añeja sangre goda con una sangre gitana?

¡Horror! ¡imposible de todo punto!

Esto, que Aurora comprendía demasiado, la irritaba.

Se vengaba acribillando á irresistibles coqueterías, que aunque fuesen discretas y honestas, siempre eran coqueterías, á aquellos ilustres vástagos de árboles seculares, con sus profundas raices solariegas y sus altivas copas que se levantaban hacia el cielo como desafiándolo á competir con su grandeza.

Esto no puede comprenderlo el que no haya estudiado de cerca á los *gutibambas* españoles.

En resolución, Aurora estaba en el aire como el

alma de Garibay en lo referente á su colocación como mujer.

Rechazaba á sus iguales, y no podía unirse con un castellano.

Las leyes de su raza se lo impedían.

Su padre, por lo mismo que era el Oclay, estaba más obligado que ningún otro á respetar las leyes, las costumbres y aun la religión de aquellos sobre los cuales reinaba.

Y la necesidad de satisfacer su ansia de amor, se hacía de día en día más exigente para Aurora.

Había cumplido ya sus dieciocho años, y había llegado al apogeo de su hermosura y de todas sus irresistibles seducciones, cuando vino á Madrid un joven y bello teniente de fragata que pertenecía á una ilustrísima familia.

Era el hijo primogénito del Conde de Miralrío, título antiquísimo, que según rezaba su ejecutoria, se elevaba allá á los remotos tiempos de la batalla de Clavijo, en la que por primera vez peleó contra los moros con los españoles, su guerrero y glorioso patrón el apóstol Santiago.

Pero la casa de Miralrío en cuanto á fortuna, había venido muy á menos, y era como la casa de Estrarena en Madrid: mucha fachada y poco fondo.

Se vivía de expedientes, entreteniendo á los acreedores, y muy cerca de dar un barquinazo.

Pero bien ó mal se sostenía la representación y se aparentaba lo que no existía.

Cuando le conoció Aurora, se sobrecogió.

Su sed de amor se objetivó, por decirlo así.

Esto es, se enamoró del joven marino.

Este, que había corrido medio mundo, que era un libertino, con un sensual libro de memorias en que estaban inscritos nombres de mujeres de todas las castas y de todas las latitudes, civilizadas ó salvajes, práctico y maestro en el arte de la seducción; ó como sería más propio decir, usando de una locución de nuestro tiempo en todas las malas artes de la *chulería*, que tan bien la chulería se practica, y á la alta escuela, entre la gente noble y espetada, conoció á primera vista que había hecho una nueva adquisición, y una adquisición inmejorable.

Tomó informes, lo supo todo, y lo que más le impresionó fué el saber que el padre de su víctima presunta, era millonario.

Lo de gitano era un hueso duro de roer.

Pero á buen hambre no hay pan ni aun hueso duro.

Valía más caer sobre millones, rompiendo los pergaminos, que mantener los pergaminos cayendo en la ruína, en la última de las miserias.

La gitana se había enamorado con toda la bárbara energía de su sangre terrible, y aquello era para el primogénito de Miralrío como pan comido.

Chulapeó por lo fino á Aurora, la volvió loca y se fué con pretensiones ya decididas á ella.

Pero ella tenía el alma fuerte y la dignidad altiva, y de tal manera, que á pesar de su locura, respondió á

la primera insinuación de don Juan de Arenas de Vadillo y Fuente de la Peña:

—Es necesario que esto que aun no ha empezado se corte antes de su principio: por más que exista entre nosotros una vivísima simpatía, nuestra unión es de todo punto imposible: mi padre, por razones que en manera alguna pueden ofender á usted, no consentiría jamás, y si yo me rebelase á pesar de mi valor, me mataría.

Insistió don Juan, pero siempre en vano.

Crecía la locura de Aurora.

Lo comprendía don Juan.

Apretaba el cerco.

Pero Aurora se mantenía firme.

Desesperado aquel canalla, que no buscaba en Aurora ni la hermosura ni el amor, sino los millones, apeló á una artimaña infame.

Afectó que vencido por las dificultades, renunciaba á sus pretensiones, y se fué á hacer la corte á una señorita de las más en juego que también se había enamorado de él, y que aunque no era ni remotísimamente ni tan hermosa ni tan inteligente, ni tan rica, ni tan pura como Aurora, era todavía, sin embargo, un buen partido, que estaba al alcance del libertino, por no volver á decir chulapo.

El tiro dió en el blanco.

Aurora sintió un dolor insoportable en sus entrañas.

La mordedura venenosa del monstruo de los ce-

los, que ha hecho, hace y hará tantas víctimas, y á más de los celos y agravándolos, se hizo sentir en Aurora una cólera de pantera.

La gitana se sentía herida en su amor y en su altivez.

Entonces se trocaron los papeles.

La que se insinuó, la que procuró atraer, la que suplicó al fin, fué Aurora.

Vino, y no tardando mucho, la rendición absoluta.

La locura se había consumado.

Las consecuencias no se hicieron esperar.

Aurora se sintió perdida.

Era madre.

Don Juan creyó llegada la hora.

Pero previsor y astuto, tanteó á Luis de Figueroa.

El Oclay cuando le habló de una manera indirecta don Juan, sin sospechar que éste fuera la parte interesada, le dijo:

—La extrañeza que usted muestra, señor don Juan, de que mi hija permanezca soltera, va á cesar cuando le diga que está ya destinada á uno de nuestros parientes más inmediatos y por una costumbre inmutable, porque en mi familia desde tiempo inmemorial vienen casándose primos con primas, y no de otra manera: sería una cuestión de vida ó muerte para mi hija y para el que la pretendiera.

—Extraña resolución,--dijo don Juan con un acento tan tranquilo, como si nada le interesase aquella conversación.

—Así se sostiene la pureza de una familia y de una raza,—respondió Luis;—en mi familia las mujeres no tienen voluntad propia, son lo que sus padres determinan.

—Dura ley,—replicó don Juan.

—Será,—dijo Luis con impaciencia,—dura, pero necesaria y obligatoria.

Don Juan cambió hábilmente de conversación.

Luis, que era un hombre de una buena fé, lamentable, no sospechó nada.

Don Juan comprendió, sin que le quedara la menor duda, que el negocio en que se había metido y en el que había comprometido de una manera suprema á Aurora, se había hecho para él extraordinariamente peligroso.

Cogió miedo, un miedo insoportable á Luis de Figueroa, y antes de que la implacable naturaleza denunciase á Aurora, sintió la necesidad de poner tierra, ó más bien, agua de por medio, para precaberse del horrendo peligro que podía venírsele encima.

Se volvió, pues, á su barco antes de que espirase la próroga de la licencia temporal que había pedido.

Cuando en su última cita clandestina con Aurora le reveló que se veia obligado á volverse á su escuadra por orden perentoria del ministro, Aurora, sintiéndose abandonada, estalló en una explosión terrible:

—¡Tú eres un miserable, un infame, un cobarde!—exclamó;—tú me has perdido, y en el momento en que ves que sin que yo pueda evitarlo me va á salir mi

perdición á la cara, tienes miedo y me abandonas; pero has hecho muy mal en decírmelo, en no tener miedo de mí, porque yo soy tan terrible como mi padre, y yo te castigaré.

Y pálida, mortal, furiosa, conociendo de claro en claro, aunque ya muy tarde, á aquel miserable, se arrojó á su garganta, con el terrible propósito de extrangularle.

Don Juan se vió negro para librarse de las terribles manos de Aurora que le oprimían la garganta, lo consiguió al fin, y luego escapó medio asfixiado.

Aurora, irritada, frenética, fuera de sí, exclamó:

—¡Ah! te has escapado de mí, pero no te escaparás de mi padre; ¡él me matará cuando yo, para que me me vengue, le confiese mi deshonra; pero te exterminará también á ti!

Y corrió desolada hacia las habitaciones de su padre desde el jardín, donde para verla secretamente don Juan, tenía que saltar las tapias.

Era en las altas horas de la noche.

De improviso se detuvo por una reacción de su conciencia.

Por un impulso de su noble corazón.

Por su amor de madre y por su amor filial.

Tenía la seguridad, á pesar de que su padre la adoraba, de ser castigada á sangre por él.

Su hijo, al que amaba con toda la energía de su sangre, perecería con ella antes de nacer.

Su padre se comprometería ante las leyes.

Su venganza sería la perdición de su padre y la muerte de su hijo.

—¡Ah! ¡no!—exclamó:—yo sola ¿qué culpa tienen los demás? ¡ah infame! ¡y á pesar de todo le amo! ¡y bien, sucumbiré yo sola en expiación de mi desventurado amor.

Tomó una resolución terrible.

Una resolución monstruosa.

Luis de Figuoroa había comprado una hermosa posesión en la sierra de Guadarrama, á dos leguas próximamente del puerto de Somosierra, y en ella había construido una casa magnífica, con objeto de pasar allí con su familia la temporada de verano.

Al frente de esta posesión había puesto Luis á un gitano, joven todavía, porque aun no pasaba de los treinta años.

Se llamaba Curro el *Taripó*, esto es, el Astrólogo, porque se alababa de leer en las estrellas del cielo como en un libro.

Era concentrado, taciturno y de carácter vidrioso, que llegaba con una facilidad á la más leve provocación, á la violencia.

Se había casado muy joven, había enviudado muy pronto, y aunque habían pasado algunos años desde la muerte de su mujer, no había solicitado á ninguna otra.

Se creyó en el aduar que aquello era que no se le pasaba el dolor por su difunta, y esto interesaba á las gitanas, á las que les parecía muy bien que un hombre

tuviese tal firmeza en el amor, que aun estando su mujer muerta, no la ofendiese queriendo á otra.

Cuando algunos le aconsejaban que volviese á tomar estado para tener hijos que le ayudasen en su vejez y heredasen lo que él había ganado chalaneando, que no era poco, respondía tristemente:

—¿Dónde voy yo á encontrar una chavala que valga lo que mi Toñeta, como no se caiga de una estrella?

Y como insistiesen, decía:

—Las estrellas me han dicho que la primera mujer á quien yo quiera, y es por lo que no olvido á mi Toñeta, me matará.

Se sabía, en fin, la verdadera razón del desvío con que el Taripó trataba á las mujeres.

Era supersticioso, y el temor de que la mujer á quien pusiese en su corazón en el lugar de Toñeta le matase, era un preservativo que le defendía de las tentaciones del amor.

Pero cuando terminada su educación, volvió Aurora á la casa de sus padres, para permanecer en ella, el Taripó se aterró.

Aurora le había inspirado una pasión incontrastable, terrible.

Una pasión sin esperanza.

¿Cómo podría él aspirar nunca á la Manclayí, ya heredera inmediata del poderoso Oclay, por la muerte de su hermano Pedro?

Desde el punto en que el Taripó vió á Aurora, se

le olvidó su Toñeta, como si nunca la hubiera conocido.

Conoció que el amor que á su difunta había tenido, estaba muy lejos de parecerse á la pasión que por Aurora sentía.

Obligado al silencio por respeto y aun por miedo al Oclay, irritado, atormentado, se le agrió el carácter, y como ya lo hemos dicho, se hizo intratable.

Comprendía que si continuaba encargado de las cuadras del Oclay, viendo continuamente á Aurora, enloquecería, y no pudiendo contenerse se perdería y se cumpliría el decreto de las estrellas que le habían dicho que la primer mujer que amase después de Toñeta le perdería, pidió á su señor encarecidamente le encargase de la granja de la sierra, porque él tenía una pasión de ánimo tal, que no podía sufrir á las gentes, y que allí en aquella soledad estaría mejor, y tal vez se curaría.

Luis, que estimaba mucho al Taripó por su grande inteligencia respecto á los caballos, por su grande arte en el chalaneo y por su fidelidad, le concedió lo que pretendía y le envió á la granja, relevando con él al gitano que estaba encargado de ella.

El Taripó se fué á la sierra, dejándose el alma en Madrid.

No hay mujer que no conozca que es amada por grande que sea la reserva del hombre á quien enamore.

El Taripó no podía enamorar á Aurora, que le com-

padeció y acabó por sentir enojoso aquel enamorado mudo y prudente, que sin embargo y sin poder evitarlo, se ponía pálido cuando la veía, y exhalaba por los ojos el relámpago sombrío de una pasión insensata.

Aurora se alegró cuando el Taripó se fué á la sierra.

Pero comprendiendo que se había terrado, y había puesto tierra prudentemente entre ella y él, se conmovió, apreciando en lo que valía el sacrificio del Taripó.

Tal vez este extraño amante la hubiera enamorado si ella hubiera estado á nivel suyo.

Pero si no le amó, le agradeció su sacrificio y no le olvidó.

Con mucha frecuencia pensaba en él como se piensa en un buen amigo.

Cuando llegó la hora de la desgracia, cuando se vió obligada á tomar una resolucion terrible, súbitamente se le vino á la memoria el recuerdo del Taripó.

—¡Ah!—dijo:—él me amparará, y él también me vengará.

El día siguiente un gitano, bien pagado por Aurora para que guardase el secreto, partió para la granja de Figueroa, llevando para el Taripó una carta que contenía lo siguiente:

«Ven al momento, Curro; ven secretamente; te necesito y cuento contigo: procura estar mañana á las

doce aquí: cuida de no ser visto; yo estaré esperándote en el postigo del jardín: haz que con cualquier pretesto se quede allí hasta que tú vuelvas, el que te lleva esta carta.—AURORA.»

CAPITULO XV

En que se ve que Aurora comprendió que vale más que un noble infame, un hombre oscuro que tiene buena alma.

Era entonces á principios de Mayo, cinco meses antes de la fecha en que empieza nuestro relato.

Las noches eran deliciosas.

A las once y media de aquella para la cual había citado al Taripó, bajó Aurora al jardín, que iluminaba lánguidamente la luna llena.

Se deslizó bajo los árboles, llegó al postigo, y esperó muriendo de impaciencia.

Estaba en una de esas situaciones insoportables, que ponen á prueba la resistencia del sér humano más fuerte y más valiente.

Tenía llena de muerte el alma.

Para ella todo había concluido en el mundo.

El pensamiento del dolor que debían sentir sus pa-

dres por su desaparición; la vergüenza, el deshonor que esta desaparición debía causarles, era lo que causaba la agonía mortal de Aurora.

Y por otra parte, su hijo.

El hijo de su deshonra.

Y esta deshonra la irritaba, la enfurecía, la hacía sentir una horrible sed de venganza, contra Juan de Arenas de Vadillo.

Podía disponer de Curro, pero la espantaba la pasión que Curro sentía por ella.

Sus pensamientos se embrollaban.

La angustia la ahogaba.

Aunque la noche era plácida y el aire tibio, fácil, delicioso, sentía frío hasta en la médula de sus huesos.

Cada minuto de los que faltaban para la media noche, á medida que trascurrían, le parecían más eternos.

Al fin, el reloj de los Escolapios de San Fernando dió las doce.

Inmediatamente se oyó un golpe recatado en la parte de afuera del postigo.

—¿Eres tú, Curro?—preguntó Aurora con la voz trémula.

Otra voz de hombre, más trémula que la de Aurora, contestó:

—Yo soy, señorita.

Aurora abrió el postigo.

—Entra,—dijo.

Entró un hombre alto, fuerte, gallardo.

Era el Taripó.

Traía un traje corto, á lo macareno, sombrero calañés y pañuelo en la cabeza.

—Buenas noches, señorita,—dijo el Taripó entrando;—¿y á qué soy yo venido aquí? estoy temblando de miedo: ¿por qué me ha llamado usted? ¡Válgame *Ondivé* y qué grande debe de ser el motivo!

—Calla y sígueme,—dijo Aurora.

Y se lo llevó á un cenador cubierto por una parra.

Estaba oscuro.

Pero la luna, penetrando por entre los pámpanos, proyectaba sobre el césped pequeños espacios pálidamente luminosos, que dejaban, sin embargo, distinguir aunque de una manera vaga, los objetos.

La hermosura de Aurora tomaba en aquella penumbra una apariencia fantástica.

Sus grandes ojos, como si hubieran sido los de una leona, dejaban ver un fulgor pálido.

Aurora se sentó en un banco rústico y dijo:

—Siéntate.

—¿Pero qué es lo que sucede?—preguntó con la voz ansiosa el Taripó;—yo me estoy muriendo.

—Lo que sucede,—respondió Aurora con la voz más firme,—es que yo no tengo ya á nadie en el mundo más que á ti.

—¡Santísima Madre de los Desamparados!—exclamó el Taripó.

Y calló.

A seguida rompió á llorar.

Aurora se conmovió.

No podía ser más elocuente la manifestación de amor que acababa de hacerle el Taripó.

Se estremeció, y al mismo tiempo sintió algo consolador.

Algo que era una esperanza vaga.

—¡Oh! ¡si aquel infame fuera como eres tú!—murmuró.

El Taripó había contenido su llanto.

—Perdone su mercé, señorita,—dijo:—pero hay cosas que harían que soltara el trapo un berrendo de Veraguas.—En fin, sea lo que sea eso en que su mercé está metida, todo mi corazon y mis entrañas, y mi alma y mi vida son para servirla á usted.

La manifestación de la causa que había obligado á Aurora á ampararse del Taripó, no podía ser más difícil.

Sin embargo, Aurora hizo un violento esfuerzo y dijo con una voz indefinible:

—Estoy perdida y me veo obligada á huir de mi casa para evitar una gran desgracia.

—¿Y dónde está el malnasío, el arrastrao, para que yo me *tragele* (me coma) sus entrañas?—preguntó sin pedir más explicaciones el Taripó.

Y su voz era semejante al rugido de una fiera.

—¿Eres tú hombre para secuestrarlo y ponerlo en mi poder?—dijo con acento siniestro Aurora.

—Aunque le tapase todo el puerto de Somosierra;—respondió el Taripó sin vacilar;—de alli lo desente-

rraba yo, lo trincaba y atándolo de piés y manos, se lo entregaba á su mercé.

—Es que yo no quiero que tú des la cara ni te comprometas.

—Descuide usted, señorita, que todo se hará al pelo y como lo manda *Ondivé*; ¿y quién es ese mala sangre?

—El hijo del marqués de Miralrío.

—¡Jesucristo! ¿y por ese pillo se ha puesto su mercé en un comprometimiento?

—Yo me he olvidado de que yo soy *cañí* y de que él es *gachó* (extraño, extranjero),—exclamó con desesperación Aurora.

—Cuando las *echuganís* (estrellas,) *chanacaran* anunciar una esgrasia,—dijo el Taripó;—hay que bajar la *chichí* (cabeza,) y *achantarse* por la güena.

Y pensaba entonces en que había leido él mismo en las estrellas su horóscopo, por el cual sabia que una mujer le había de matar.

Aquella mujer estaba ya á su lado.

Era Aurora.

¿Y cómo le había de matar?

De desesperación, de celos, ó metiéndole en un comprometimiento en que un hombre le matase ó él matase á un hombre de tal manera y tan airado, que por ello la justicia le cogiese y le ahorcasen.

Siempre el oráculo ha sido oscuro.

Las estrellas habian predicho al Taripó que moriría á causa de una mujer.

Pero no le habían dicho de qué género de muerte.

¿Y qué importaba esto?

El Taripó se sentía feliz muriendo por la hermosísima Aurora.

Ella era más que su vida.

Era su alma.

—Pus cuente su mersé á ese *alejao* por *mulé* (á ese maldito por muerto);—dijo el Taripó;—sus entrañitas me las he de comer yo á bocaos.

—No, yo no quiero que le mates,—dijo Aurora;—lo que quiero es que le cojas y que me lo entregues vivo.

—Pus güeno, su mersé lo tendrá atado de piés y manos,—dijo el Taripó.

—Ahora vete, y ven mañana á esta misma hora á contarme lo que hayas hecho,—dijo Aurora.

El Taripó se levantó dócilmente, y despidiéndose con su cerrado y ceceoso y ponderativo lenguaje andaluz, (él era de Córdoba) de Aurora, salió más desesperado que nunca.

Una mujer que de tal manera amaba á otro hombre, no podía amarle á él ni á nadie.

Además, aquella mujer, aunque hubiera sido por una desgracia, por un mal sino, había sido manchada por otro hombre, y esto lo tienen en cuenta los gitanos.

Para ellos es imprescindible la pureza de la mujer de su amor.

La que se impurifica y no se casa con el hombre de su amor, ó la adúltera que ofende á su marido, debe morir.

Y tanto más si su cómplice es *gachó;* esto es, castellano ó extranjero á la gitanería.

Pero la naturaleza no conoce estas leyes y estos fanatismos de raza.

El amor hace siempre de las suyas, causando la locura y el olvido de todo en los que le sienten.

El Taripó salió dado á los mengues, roído por la envidia que le causaba aquel hombre á quien de tal manera amaba Aurora, y ésta se quedó sintiendo un consuelo, en cuyo fondo había una esperanza inconsciente.

Por lo ménos, tenía un corazón que era completamente suyo, hasta los últimos límites del sacrificio.

El inmenso amor del Taripó la había impresionado más que lo que ella misma creía por el momento.

Ella creía agradecimiento lo que era un principio de amor.

—¡Ah!—dijo volviéndose pensativa y triste á su cuarto;—vale más un hombre rudo y osado que tiene buen alma, que un noble infame que comete tranquilo todas las iniquidades. ¡Oh! ¡Dios mío, Dios mío! ¡y estaba loca; me ha perdido la vanidad!

CAPÍTULO XVI

En que Aurora conoce que no sabía lo que era el amor.

Aquella noche descansó algo más Aurora.

Parecía que un bálsamo maravilloso había consolado, ó por lo menos adormecido los dolores de su alma.

Recordaba al Taripó.

La parecía bueno, noble y aun hermoso.

¿Qué importaba su rudeza extrema?

Bajo ella se ocultaba un alma de una delicadeza y de una sensibilidad exquisitas.

Olvidando por el momento á Juan de Arenas del Vadillo, se durmió pensando en el Taripó.

Este había en cambio llegado á la última de las desventuras, sintió tentaciones de ahorcarse, cuando llegó á la posada de la Cava Alta, donde había dejado su caballo.

Pasó una noche de fiebre, de delirio.

Se levantó apenas alboreaba y envió un mozo al barrio de las Peñuelas con recado para el tío *Deltó* (el eterno), de que le esperaba en la posada sin tardanza un grande amigo suyo.

Se llamaba así este flamenco, porque los de más edad del aduar le habían conocido viejo, y se creía que no se iba á morir nunca.

Este honrado sujeto vivía de esquilar caballerías y de robarlas cuando venía á mano, y á pesar de su larga vida, se mantenía ágil y fuerte como el joven más robusto.

El confesaba ciento diez años, y enseñaba los dientes blancos y hermosos, de los cuales no le faltaba uno solo, y que eran tan fuertes que levantaba con ellos pesos enormes.

—Y dime tú, *gachó*,—dijo el tío Deltó al mozo,—¿quién es el que te envía á que me llames tan de mañanica?

El tío Deltó era castellano; es decir, natural de Valladolid, y no ceceaba ni se comía las letras como el andaluzote del Taripó.

—Mire usted, abuelo, que no le conozco,—dijo el mozo: solamente que me parece gitano y de los finos.

—Pues si es un *calorró*, allá voy yo sin más explicaciones,—dijo el tío Deltó.

Y siguió al mozo.

Cuando llegó á la posada y vió al Taripó, exclamó:

—Calla que eres tú, *chorré* (muchacho), ¿y por qué

no has ido al barrio? ¿qué tripa te se ha roto? ¿en qué angosturas te encuentras metido tú?

Hay que advertir que el Taripó había cerrado la puerta, y que el tío Deltó, que era muy prudente, había hablado muy bajo.

—Ha llegao la hora de que osté se gane una osenita de *parpayas*, agüelo (onzas de oro),—dijo el Taripó.

Se le irritaron los ojos al viejo en una expresión de avaricia.

—Eso será por algo,—dijo.

—Pus naturalitamente,—dijo el Taripó:—á naide se le dan cuatro mil riales poique rese el rosario; es menesté secuestrá á un gachó.

—¿Y qué gachó es ese?—dijo el tío Deltó.

—Pues es el hijo del Marqués de Miralrío.

—¿Quién? ¿el que tiene los caballos engordaos con salvao?

—El mesmo, el mesmito: pus á su hijo on Juan es el que es menesté meterle mano y enserrarlo pa que se ponga blanco á la sombra.

—Pues me parece á mí que si no es más que eso, ya está hecho: pero te advierto, chaval, que si se secuestra á don Juan por sacarle archanes á su padre, se da el golpe en vago: el Marqués no tiene un *mais* partido por la mitad: aquella casa va á dar un tronido.

—Si juera cosa é ineros,—dijo el Taripó,—iría osté á la parte y no avería nesesiá de pagarle á osté su trabajo. ¿Conque sí ó no?

—Pues que sí; cuando pasan rábanos hay que comprarlos.

—Pus manos á la obra, y en cuanto tenga osté algo que isirme venga osté á buscarme; y güen viaje, agüelo.

—Pues ahora mismo me voy á casa del marqués á decirle á don Juan que esta noche se va á armar una *uelga*, y que ha venido de Murcia una *cañí* que le corta el resuello de hermosa al mismito *Ondivé*, y que canta como un gilguero. Y que es verdad; y que la niña tiene más ganchos que una carnicería, que á Dios lo enreda, y con estómago para todo con tal de que ande el *loben:* ¡vaya una moza que es un primor, y de mistó!

—Ayá se las componga osté, agüelo; pero enseguía sin levantar mano, y con mucha pruensia y muchísimo secreto.

El tío Deltó se fué muy campante.

Aquello para él era un facilísimo negocio.

Atraer á don Juan con el cebo de una hermosa *cañí*.

Empeñarle en una cita.

Cogerle en ella.

Encerrarle donde no le diese el sol, con el buen fin de que se pusiera blanco.

El tío Deltó servía para todo esto y para mucho más.

Pero volvió con la cara larga y con los ojos tristes y apagados.

—¡A que á jecho osté alguna impruensia, agüelo!—dijo el Taripó al verle volver en aquella disposición.

—Ni que hubiese nacido ayer,—respondió con acento desmayado el viejo:—¿qué imprudencia hay en que ese gachó de señorito haya *chapescao* para Cadiz y se halla embarcao?

Se puso pálido el Taripó.

—¿Quién le ha icho á osté eso, agüelo?—preguntó con una visible ansiedad.

—¿Pues quién ha de haber sido,—dijo el *Deltó*,—más que el portero del marqués, que es un valiente sujeto, que entre copa y copa vomita todo lo que tiene en la pandorga? En fin, chaval, que ese *romané* (castellano), ha olido la tostada y se ha najado, y á la hora que ahora es, estará montado en el burro de madera caminito de la Habana. En fin, yo no lo siento más que por las chinches. Pero tú comprenderás que yo me había consentido en tomar esos *archanes* (dineros), y que aunque la *aratá* no se haya hecho, el *achantar el mirlo* (guardar secreto), vale algo.

El Taripó dió un par de onzas al tío Deltó, que se fué algo consolado.

No se había perdido completamente el viaje.

Aquella noche á las doce el Taripó fué á ver á Aurora, que le esperaba ansiosa en el postigo.

Pero no tan desesperada como la noche anterior.

Había comprendido la abnegación, la inmensidad del amor que el Taripó sentía por ella.

Ya no estaba sola en el mundo.

Aurora amaba ya al Taripó como se ama á una esperanza.

Con ese amor de los tristes y de los desesperados que necesitan un punto de apoyo para sostenerse en una dificilísima situación de la vida.

La noticia de la fuga de su traidor y miserable amante no la sorprendió.

Había huido sin perder un momento.

Esto era de esperar.

Aurora escuchó en silencio al *Taripó*, y luego dijo:

—Hay que tomar por otro camino.

—El camino que hay que tomar,—dijo el Taripó,—es que me vaya á *Cais*, que me embarque pa la Habana, y que allí entrecoja á ese tío, y si no viene conmigo pa darle á su mersé una satisfaisión, comérmelo como á una perdiz.

—No, no; yo no quiero que tú te comprometas hasta ese punto por mí, Curro,—contestó Aurora.

—Es que si á mí me ajorcaran por su mersé, me ajorcarian muy á gusto mío.

—Y yo no podría consolarme, — respondió Aurora.

—Ay, señorita,—dijo el Taripó con toda la elocuencia de su pasión desesperada:—no me diga su mersé eso, por el amor de Dios, que eso es enseñarme el sielo, y yo sé mu bien que no pueo salí del infierno.

—En todo caso,—dijo Aurora,—en él nos estaremos los dos.

—Estar con su mersé en el infierno, seria estar en

la gloria de Dios,—dijo acreciendo en su enamorada elocuencia el Taripó.

Aurora se contuvo.

No se comprendía á sí misma.

El Taripó la atraía.

Pero ella se espantaba de aquella atracción.

Y no era porque la defendiese de otro amor, el funesto amor por don Juan, que la había perdido.

La infamia de don Juan había convertido aquel amor en un aborrecimiento á muerte.

Aurora no sentía, respecto á don Juan, más que una ansiosa sed de venganza.

Había transigido con él por su hijo, pero no hubiera podido volver á amarle.

El amor ultrajado había desaparecido, dejando un vacío doloroso en el alma de Aurora, y aquel vacío empezaba á llenarse con otro amor, pero de una manera lenta, vaga, indeterminada.

—Dime, Curro,—le preguntó Aurora,—¿podría yo estar en la granja de la sierra tan secretamente, que no lo supiera nadie?

—Pues ya lo creo, señorita,—respondió el Taripó, los latidos de cuyo corazón podían oirse.

De tal manera le habían alborotado las últimas palabras de Aurora.

—Pues bien,—le dijo ésta,—toma.

—¿Y qué es esto?—preguntó el Taripó:—¡ah! ¡es un anillo!

Hay que tener en cuenta que el cenador estaba os-

curo, y que sólo había podido el Taripó juzgar por el tacto, respecto al pequeño objeto que Aurora le había dado.

—Sí, un anillo,—respondió con la voz trémula Aurora.

Se le ocurrió que el Taripó podría creer que aquel anillo era un pacto de amor, como una prenda de desposorio.

La sangre se le alborotó más y más al Taripó.

¿Se le había ocurrido á la Manclayí casarse con él para cubrir su falta?

Esta suposición causó una agonía en él.

¿Qué le importaba todo si Aurora era suya?

¿Por qué no dar su nombre al hijo de otro si él mataba antes á aquel otro?

La pasión del Taripó por Aurora era incondicional.

—¿Y pa qué me ha dado su mersé esto?—preguntó con la voz apenas perceptible Curro, dejando conocer una pasión insensata, que en vano se esforzaba por ocultar.

—Necesito dinero para lo que pienso hacer,—dijo profundamente conmovida Aurora, y sintiendo que sin quererlo naturalmente el Taripó se la iba entrando más y más en el alma,—te doy esa sortija que es muy rica, para que la vendas.

—Su mersé no necesita vender nada para tener dineros,—dijo Curro;—todo lo que yo tengo es de su mersé, sin contar con mi vía, que es también de su



Lit. J. Palacios Arenal 27, Madrid

........guarda la sortija en memoria mia.

mersé, y si digo el alma, no es bulería, sino verdá purita de Dios.

—Pues bien,—dijo aturdida Aurora,—guarda esa sortija en memoria mia.

—¡Ay, señorita, por la salud de su güena madre, no me jaga su mersé penar de esta manera! ¡mire su mersé que me estoy muriendo!

—Es menester que matemos á ese hombre,—dijo Aurora en un arranque de emoción; pero hasta entonces no hablemos más de estas cosas.

—¡Ese hombre morirá!—exclamó trasportado Curro:—aunque se meta debajo del manto de la *Debla Manjarí* del Carmelo.

Y calló.

Inclinó la cabeza sobre el pecho y rompió á llorar.

—¡Oh! ¡esto es incomprensible, señor!—exclamó Aurora:—¿quién puede comprender los misterios del corazón?

Y luego añadió en voz alta:

—Tú te atosigas demasiado, Curro: yo te estimo, yo seré para ti una buena hermana; pero ten valor, como yo lo tengo: oye, necesito que lo dispongas todo mañana, y que cuanto antes pueda yo ir á ocultarme á la granja, segura de que no pueden encontrarme.

—Pues ahora mismo me voy,—dijo el Taripó,—y mañana á la noche, á estas horas, estoy de vuelta.

—Pues bien, yo te esperaré prevenida,—dijo Aurora.

Curro salió.

—¡Oh! ¡Dios mío! ¡Dios mío!—exclamó Aurora cerrando el postigo;—¿por qué no le habré yo amado antes?

CAPITULO XVII

De lo que pensaron y sufrieron durante el camino Aurora y el Taripó.

A la noche siguiente, cuando las doncellas dejaron recogida á Aurora, ésta se levantó, abrió un armario, y sacó de él gran número de estuches que contenían riquísimas alhajas.

Hizo con ellas un paquete.

Luego se vistió un traje oscuro muy sencillo.

Mientras hacía esto, lloraba á lágrima viva.

Estaba á punto de herir el corazón de sus padres por salvar la vida de su hijo.

De causar la deshonra en su familia.

Vaciló.

Todo aquello podría evitarse muriendo ella.

Confesando á su padre su falta.

Pero ella creía que en el momento de la confesión, frenético de dolor y de vergüenza, su padre la mataría.

Y mataría con ella á su hijo.

Este temor venció su vacilación.

—No,—exclamó desesperada:—mi hijo antes que todo.

Y al mismo tiempo el recuerdo del Taripó la acometía.

La arrastraba.

—¡Ah!—exclamó al fin;—¡yo le amo! ¡no puedo dudar de ello! ¡ah! ¡también, también para él debo vivir!

Y resuelta ya, pero con el alma llena de un dolor supremo, infinito, hizo un esfuerzo de voluntad, se envolvió en un abrigo que le cubría de los pies á la cabeza, tomó el paquete de las alhajas y bajó al jardín.

Poco después de llegar al postigo sonaron las doce.

Aurora abrió.

—No entres,—dijo Aurora;—yo vengo ya dispuesto; no nos detengamos: ¿dónde está tu caballo?

—Ahí, muy cerquita, entre los árboles,—respondió, alentando apenas de ansiedad y de alegría Curro.

Aurora encajó el postigo y se asió al brazo del Taripó.

Se pusieron en marcha en silencio.

Pero el estremecimiento de sus brazos puestos en contacto, era más elocuente que hubieran podido serlo las más expresivas palabras.

Llegaron á la arboleda que orlaba el Canal del Manzanares.

Se oyó un alegre relincho.

Era el caballo del Taripó que le saludaba á su vuelta.

El Taripó puso en las alforjas de su caballo el paquete que le dió Aurora.

Luego montaron y partieron.

Aurora se asió á la cintura de Curro.

Le estrechaba de una manera fuertísima.

Curro fenecía, se callaba, no sabía qué decir.

Estaba aturdido.

Espoleaba impaciente á su jaca.

Le parecía que le iba á cojer en su fuga con Aurora, la mano del poderoso Oclay.

Y no temía nada por sí mismo.

Pero lo temía todo por Aurora.

Esta iba más muerta que viva.

Era aquella una situación inexplicable.

Todo lo que de ella pudiéramos decir sería pálido, insuficiente.

Eran dos pobres criaturas cojidas por la desgracia, por una extraordinaria desgracia, que jugaban el todo por el todo.

Que sentian el marasmo de su situación.

El Taripó siguió la margen del Manzanares, ganó al fin el camino del Pardo, y siguió hacia la sierra.

Conocedor del terreno, se había metido, apartándose de la carretera, y aun de los caminos vecinales,

por los senderos y por las trochas, por donde sólo van los matuteros, los contrabandistas ó los bandidos, que vienen á ser una misma gente.

Dada la situación en que Aurora se encontraba, era necesario evitar un encuentro con la Guardia civil, que recela de todo, pregunta mucho y no se satisface fácilmente, con las respuestas que se la dan.

El Taripó llevaba un tesoro, y le guardaba con más codicia que un avaro.

El caballo parecía comprender el interés que tenía su amo en poner en seguridad á Aurora, y sin ser excitado, sostuvo una marcha rápida por aquellos vericuetos, que, á medida que avanzaba internándose en la sierra, se hacían más pendientes, más ásperos y más difíciles.

Aurora, dominada por la situación horrible en que la traición, la infamia de Juan de Arenas del Vadillo, la había puesto, guardaba un silencio que sólo interrumpía de tiempo en tiempo en un doloroso suspiro, ó un gemido ahogado, y cuando esto sucedía, Curro el Taripó se estremecía, y cuando ella, que rodeaba con su brazo derecho la cintura del Taripó sentía aquel extremecimiento, se estremecía á su vez, y sentia un dolor en sus entrañas, sintiendo cuán feliz hubiera sido, si don Juan la hubiera amado como la amaba el Taripó.

Ella le había desdeñado por rudo, y llegada la hora de la desventura, encontraba todas las delicadezas, todas las manifestaciones de un amor poético, de un amor

sublime, de un amor práctico, en aquel enamorado sin esperanza, resignado á su desgracia, sintiendo el martirio de ver profanada, injuriada, abandonada por un infame, á la mujer á quien adoraba, y por la que estaba dispuesto á todos los sacrificios.

Si Satanás le hubiera pedido su alma, á cambio de la felicidad de Aurora, se la hubiera dado sin vacilar.

Era el del Taripó un amor verdaderamente gitano, si se nos permite la frase.

Un amor que se parecía á una hechicería, á una idolatría, á una absorción del alma por otra alma, á una esclavitud de la voluntad.

Aurora conocía, como por instinto, este amor, y se sentía acometida por él, como si aquel amor hubiera sido un contagio.

Esto la consolaba por una parte, y por otra aumentaba su desesperación.

Era ya tarde.

No podía ser feliz.

Aunque se uniera á Curro, aunque éste delirase de amor por ella, su delirio no podía hacerla olvidar que había sido burlada por un miserable, que había sido despreciada y abandonada por él, y que al sentir un nuevo amor, al querer alzarse hasta él, se había encontrado con las alas quemadas, como un arcángel caído.

Y por eso Aurora guardaba silencio y gemía, y se estremecía cuando sentía los estremecimientos del Taripó.

Se sentía avergonzada ante él.

Curro, que era extraordinariamente sensible é inteligente, adivinaba los pensamientos de Aurora, y sentía con más y más fuerza, de momento en momento, una idea que se había hecho fija en él.

—¡Le mataré,—decía,—y la purificaré con su sangre!

Y esta idea terrible, alentaba al Taripó.

Muerto aquel hombre podía considerarse como viuda á Aurora.

Casada con él, una reconciliación con el Oclay no sería difícil.

Aurora podía volver á los brazos de sus padres y ser feliz.

Y así preocupado por sus afanosas cavilaciones, no se les hicieron largas las tres horas que duró el camino.

Empezaba á alborear, cuando al salir de un barranco, vieron sobre la cumbre de un monte inmediato, un gran edificio que blanqueaba entre los árboles.

Aquel edificio era la quinta de los Figueroas.

Curro espoleó á su caballo, y tomó de través la subida del cerro, buscando la puerta posterior del palacio.

Llegaron al fin.

Los espesos árboles los encubrían.

Nadie los había visto.

Los de la granja no se habían levantado aun.

El Taripó adelantó hacia una tapia.

Era la que cerraba el jardín del palacio.

Llegaron á un postigo y echaron pie á tierra.

El Taripó abrió el postigo.

—¡Ah! ¡por fin!—dijo entrando Aurora:—¡ya estoy en seguridad!

—Too está preparao, señorita,—dijo el Taripó que no había entrado:—su cuarto e osté, está como cuando vive osté en el palasio: pa cuidiarla á osté y acompañarla, está esperándola á osté una güena criatura: mi prima Soleá, la Quiribí (la comadre), y va á vení enseguía.

Y el Taripó silbó.

—¡Ah! sí, ¡me alegro!—exclamó Aurora que conocía á la prima del Taripó;—la Quiribí es muy buena.

Se sintió en aquel momento el paso precipitado de una persona que se acercaba, y á poco se dejó ver una gallarda figura de mujer.

Era la Quiribí.

El día empezaba á esclarecer y se podía juzgar de ella.

Era una gitana, entre los veinticinco y treinta años.

Pero que conservaba toda la fuerza de su vida.

Todo el esplendor de su juventud.

Lanzó una expontánea y vehemente exclamación de alegría al ver á Aurora.

—¡Ah! señorita,—exclamó;—que la traigan á su mersé la Santísima Virgen y toos los ángeles y toos los santos del Cielo.

—¡Ay! Soledad,—exclamó Aurora;—que las que me traen son mis negras desdichas.

Y se arrojó llorando en los brazos de la Quiribí.

—Bueno será que no nos entretengamos, señorita,—dijo el Taripó;—que los del cortijo estarán ya levantaos, pueé venir alguno por aquí, y es menester que naide sepa que osté está aquí; yo la ejo á osté con mi prima, y me voy á dar un arrodeo y á entrar sólo por el otro lao. Con que, diquiá luego.

Y se puso de un salto en su jaca.

La Quiribí cerró el postigo, y sosteniendo á Aurora, á quien no tanto el cansancio como las penas doblegaban, atravesó con ella el jardín, dirigiéndose á la casa, ó más bien al palacio.

CAPÍTULO XVIII

De cómo el *Taripó* se encontró con que su prima la *Quiribí* le quería más que lo que él creia

Hemos llamado palacio á la residencia de verano que Luis de Figueroa habia hecho construir junto á una magnífica prosesión rural en la sierra de Guadarrama, á dos leguas del puerto de Somosierra, y no hemos exagerado.

Luis, á quien la inmensa fortuna que había heredado de sus padres adoptivos, los señores de Ampuero, le permitia gastar sin duelo, no había puesto tasa á las exigencias del arquitecto.

Este había tirado por largo, como que de estas larguezas le quedaban á él un enorme pedazo, Luis tuvo

en muy poco tiempo una verdadera joya artística, desperdiciada en las soledades de la sierra, y que nadie debía ver más que su familia, sus criados, y los habitantes de los pequeños lugares de la sierra.

Pero acostumbrado al lujo, á lo espacioso y cómodo de las habitaciones y á la ornamentación artística, no podía pasar sin ellos en la casa donde habitaba.

A más de esto, él y su familia debían residir en un palacio.

¡Qué! ¿no era él un rey aunque fuese de gitanos? ¿Qué más daba?

El descendía de la antigua raza de los Oclay.

Sus vasallos, los gitanos de toda España, y aun de allende, le obedecían, le respetaban, le amaban.

Más aún: tenían por él un verdadero culto.

Creían que era más que un hombre.

Su poder, aunque de él no usase Luis, era omnímodo.

Tenía derecho á la hacienda y á la vida de sus vasallos, ni más ni ménos que un califa de Oriente ó un sultán de la India.

Cierto era que ninguna potencia reconocía esta monarquía gitana, ni aun tenían noticia de ella.

Por consecuencia, el poder de estos Oclays, era de todo punto secreto.

Era el jefe supremo de un pueblo disperso, de una sociedad misteriosa.

Porque los gitanos tienen debajo de lo que parecen algo, y aun mucho, de sociedad secreta.

Hablan entre sí un lenguaje que nadie entiende.

Tienen, como ya hemos dicho, costumbres y aun ritos de otros tiempos, y de otras civilizaciones.

Supersticiones que no ha podido arrancarles la cultura de los pueblos en que viven, y aunque aparentemente humildes, miran con un soberbio desprecio todo lo que no es gitano.

La justicia de los Oclays y de los Bato Purós, es decir, los ancianos, y de los duques y de los Condes de los aduares, no era ostensible.

Se encubría en el misterio.

A más de eso, su código secreto es muy reducido.

Les está permitido el hurto.

La venganza contra sus enemigos.

El dominio absoluto sobre su mujer y sobre sus hijos.

Puede decirse que sólo se castiga á sangre entre ellos, la impureza de las mujeres, la desobediencia á sus autoridades gerárquicas.

La *cañí* que se entrega á un *gachó*; esto es, á un extranjero, á uno que no es *calorró*, ó lo que es lo mismo, gitano, incurre en delito capital y se buscan los medios y siempre se encuentran, para que la justicia se cumpla.

Por ejemplo: en una marcha por lugares ásperos, se ha despeñado una gitana.

O se ha caído á un río ó se ha ahogado.

O se ha muerto de un arrebato de sangre á la cabeza.

Ellos hacen pasar estas ejecuciones de su justicia secreta por accidentes desgraciados, y la justicia de la nación en donde viven, no vé porque no tiene la prueba más leve de ello, en estos ajusticiamientos crímenes, sino desgracias.

Se ejecutaba así mismo á los cómplices ó favorecedores de las mujeres impuras que habían adulterado la sacra sangre gitana.

No había para ellos piedad.

De modo que, por aquella terrible ley de su raza, perteneciendo á Juan de Arenas de Vadillo, que no era un *gachó*, había incurrido en un caso de pena capital de que no podía libertarla su calidad de Manclayí ó Princesa, heredera inmediata del Oclay.

Ella, que muerto su padre debía ser la Oclayí ó Reina de los gitanos, por su misma supremacía, debía ser considerada más criminal que otra gitana cualquiera.

Todo el poder de su padre no hubiera podido evitarla el terrible castigo.

Una tiranía del Oclay en este sentido, hubiera causado la formidable insurrección de la gitanería.

Porque todo poder humano tiene sus límites, aun en los pueblos más acostumbrados al despotismo.

El Taripó y su hermosa prima la Quiribí, amparando á Aurora, la impura, la execrable, según las leyes de los gitanos, habían incurrido en la misma pena.

En el Taripó era una razón bastante para comprender su crímen: el amor frenético, delirante, incondicional que sentía por Aurora.

Pero las razones que habían hecho incurrir en el mismo crimen á la Quiribí, eran más altas, más desinteresadas.

Estas razones, ó más bien la razón única, era su buen corazón.

El Taripó la había buscado y la había dicho:

—Hermanita, los dos tenemos que echar una jablá mu jonda; tú tienes muy buena *arate* (sangre), y yo sé que tú jarás por mí too lo que yo te pía.

—Pues ya estás *chimuyando* lo que quieras,—le dijo la Quiribí con los ojos un si es no es encandilados y dulces, porque siempre le había gustado su primo Curro.

—Aquí no,—dijo el Taripó,—que las paredes oyen: esta tardesita te espero al oscurecer más abajito del terser molino.

Se le enrojecieron las morenas mejillas á la Quiribí, y pasó una llamarada por sus poderosos ojos negros.

—Eso no,—dijo,—que mus pueen *diquelar* (ver), y está entoavía muy cerquita de mí la fin de mi probecito *ron* (marido); yo no quiero que me tire esta noche de los *pinreles* (pies).

—Sosiégate,—se apresuró á decirle el Taripó,—que ya sabes que desde que éramos *chavales* (muchachos), mis quereres por ti han sido siempre muy limpios.

—Pus entonces,—dijo aliviándose de su sobresalto, aunque éste le hubiera parecido muy dulce á la Quiribí, ¿á qué viene esa soleá que quieres conmigo?

—Vete tú esta tardecita donde te he dicho y lo sabrás.

—Güeno, por ayá iré yo á la tardecita, y veremos á qué es tanto secreto.

—*Sonsí* (silencio), —la dijo el Taripó, y jasta luego, jermosa.

Y se fué.

Volvió á alborotársele la sangre á la Quiribí, cuando oyó que su primo para despedirse, la llamaba jermosa; pero acordándose del difunto, y temiendo viniese del otro mundo su *ron* á pedirle cuentas y á jugarle una mala pasada por haberse dejado camelar por su primo (de quien siempre había estado celoso, á los tres meses no cumplidos aun después de su muerte,) le echó el agua de la reflexión á su efervescencia, pero no dejó de esperar con una impaciencia fatigosa á que llegara la hora de su cita con su primo.

¡Era tan buen mozo Curro!

Y luego si ella se ajuntaba con él y al año se casaba, ¿qué tenía esto de particular?

¿Pues qué, no tenía ella sangre en las venas?

¿Y quién le había mandado al otro morirse?

Y además que todo el mundo sabe aquello del muerto al hoyo y el vivo al bollo.

No se hacía ningún libro nuevo.

Y si murmuraban, ¿qué le hacía?

Cuanto más que de Dios dijeron.

Soleá esperó con no sabemos qué regocijo en el corazón y con qué alborotamiento de la sangre, á que

se pusiera el sol, y apenas llegó este momento, se salió de su casa, cerró la puerta, se echó la llave en la faltriquera, y tomó el *pendingue* (la marcha) hacia el Canal, *chapescando*, es decir, corriendo, que no parecía sino que llevaba una caldera de vapor dentro del cuerpo.

No quiere esto decir que estuviese *chalá* por su primo, ni mucho menos.

Pero iba camino de ello.

¡La soledad de la viudez!

¡Y no tener un *garlochí*, un corazón que latiese por ella!

Todo esto era lo más natural del mundo.

Y luego que si Curro tenía *archanes*, ella no se quedaba corta en esto de *avillar parnés*, y eran primos y todo se quedaba en casa.

Cuando llegó al tercer molino y se metió entre las alamedas de la orilla, que estaban pomposas de verdura, se encontró al Taripó, que ya la esperaba.

Pero no estaba solo.

Le acompañaba un antiguo compañero.

Al ver al amigo de su primo se alborotó con más fuerza la sangre á Soleá.

—¡*Arrumales*!—dijo;—esto es, ¡caramba! ¿para qué ha traído la jaca este arrastrao?

En efecto, el amigo que acompañaba á Curro, era su jaca.

—Dios te lo pague, *Soleá*, porque no has tardao,—le dijo Curro.

—Y tú pa venir más apriesa te has venío en la jaca,—dijo con un cierto retintín incomprensible la Quiribí.

—Oyéte tú, niña,—la dijo Curro:—¿quies tú vení á onde yo te lleve?

—¡Que malos *chuqueles te tragelen*,—dijo Soleá, dando un respingo, no tan grande como el salto que le dió el corazón;—¡esta es una *aratá* tuya, endino! ¡y agora sales tú con esa esaborición, mal nacío! ¡mia tú para que yo dé ese escándalo! ¿piensas tú que yo no tengo *lacha* (vergüenza)?

—Para los piés, *chabosita*, y no te me esboques tú; tú te has creío que yo te he armao una pa burlarme é tí, como si no jueras mi sangre, la hija del hermano de mi padre, que te tengo yo sobre las niñas de mis ojos, que te respeté mientras tú estuvistes *romandiñá* (casada) con el otro; que si yo no me juera io á serví al rey, no te casas tú con él; y cuando el otro *palmó* ya era impués, que ya estaba yo *amartelao* jasta las entretelitas de las entrañas por la diosa que va á entregarme á los *begorros* (demonios) de desesperao.

Se puso pálida Soleá, cuando Curro, con sus últimas palabras, la desencantó de la ilusión en que había caido de que la quería.

—Pus más vale que sea así, y no lo que yo me había creío,—dijo suspirando:—pero dime tu agora pa qué me necesitas tú á mí? ¿á onde me quies yevar?

—Al palacio que tiene mi amo el Oclay en la sierra é Guadarrama.

—¿Y qué tengo yo que jasé ayí?

—Acompañar y serví á la Manclayí, que está mu comprometía y se tiene que salir é casa é su padre.

—¿Es la Manclayí, Curro, la que te tiene comías las entrañas?—dijo la *Quiribí*,—que se había puesto pálida como una muerta.

—Sí,—respondió con la voz temblorosa Curro.

—¿Y se va á ir contigo la Manclayí?—preguntó con ansiedad Soleá.

—Sí, conmigo,—contestó el Taripó, con la voz apenas inteligible.

—Pero tú y eya estáis *guiyaos*,—exclamó con acento magistral Soleá;—¿pus qué, no tienes tú la *arate* tan *cayí* y tan *purate* (la sangre tan gitana y tan pura), como el Oclay? ¿Pus qué, no semos tú y yo parientes suyos, y no tan esapartaos que no nos podamos dar la mano?

—Es que no he sio yo el que he perdío á la Manclayí; ha sido un castellano.

—¡*Debla Manjarí*! (Virgen Santa)—exclamó con una vehemencia, un escándalo y un dolor inconcebible la Quiribí:—¡ay desventurada, que su padre el Oclay la va á matar!

—Pus para que no la mate se escapa conmigo,—dijo tristemente el Taripó.

—Pero tú eres *calló* (gitano), tú no puees amparar á una *cañí* (gitana) que ha manchao su sangre.

—Pus que me maten con ella,—dijo con acento enérgico y decidido el Taripó.

—A ti te se ha *guiyao* el sentío, Curro; tú te has tomao la gran tajá por la Manclayí, y tú te perderás.

—Mas perdío que estoy...

—En fin, güeno; mira, por otro lao, haces bien, poique la Manclayí merece que se pierda por ella, no digo yo un hombre, sino si es menester, una mujer.

—Por eso te he buscao yo á ti, Soleá, poique tienes tú un buen corazón, hermanita; poique tú te apiadarás de la Manclayí y la acompañarás, y cuando llegue la hora la asistirás.

Debemos decir que á Soleá no la llamaban la Quiribí por apodo, sino porque *quiribí* quiere decir comadre, y en Andalucía, y entre los gitanos, se llama *comadres* á las parteras.

Soleá era partera de profesión, y famosa.

No sólo asistía á las gitanas, sino también á las *gachís*, esto es, á las que no eran gitanas; trabajaba mucho, ganaba bien y estaba riquilla.

—¡Ay Jesús mío, y qué cosas pasan en el mundo!—exclamó Soleá;—¿y quién había de creer que la Manclayí estaba metía en esas tribulaciones! Has jecho bien, muy bien en ampararla, Curro, y en buscarme á mí pa que la acompañe y la ayue, que al fin semos cristianos y tenemos cariá.

—Ya sabía yo que eras más güena que el pan, Soleá; pus mira, agora te quiero más que antes, y me paeses más hermosa que un *arjorí* (arcángel).

—Ese es otro *guiyabar* (otro cantar),—dijo Soleá con

una ironía en que había un fondo de amargura y aun de celos, que pa ti no hay ni en los cielos de *Ondivé* un arcángel que á ti te paesca tan jermosò como la Manclayí, y tienes razón, primo; yo te alabo el gusto y te tengo lástima; porque á la Manclayí la ha criao el Oclay, como los castellanos mu ricos y mu grandes crían á sus hijas, y la Manclayí no tiene é gitana más que la sangre, y á musotros los gitanos mus espresia, y por eso se ha perdío por un castellano y no te ha jecho caso á ti, que te estás muriendo por ella y por ella te comprometes á que te pase una esdicha; pero ya sé yo que eso no se pue remediar, y que toos los nasíos tienen su sino; y que si un hombre no se pierde por una mujer, no sé yo por quién se va á perder en el mundo. y lo mesmo las mujeres que por los hombres se ciegan y no le temen á na; y si no, mira tú la Manclayí.

Cada una de estas palabras de la Quiribí, entró como un puñal en el corazón del Taripó.

—Ya estoy yo viendo,—dijo tristemente,—que tú aborreces á la pobre Aurora, y que yo me he engañao cuando te he buscao pa que me ayúes á ampararla, creyendo que tú tenías güen corazón.

—¡Ay, Jesús mío!—dijo la Quiribí;—¡y cómo tomas tú las cosas y qué mal pensao que eres! yo tengo güen corazón, no igo yo pa la Manclayí; pero el tener güen corazón no quié isir que no se iga la verdá, y ya sabes tú que te pierdes por la Manclayí, y que la Manclayí te lo agraecerá mucho, pero no te querrá nunca como tú la quieres á ella, porque nó; porque una mu-

jer como la Manclayí no quiere más que á un hombre en el mundo, y si el hombre á quien quiere, la engaña, se muere; no igas tú porque yo igo esto, que la aborrezco, que eso no es verdá; que yo tengo el corazón partío por ella, que es una esventurá; y por ti que la quieres y eres tan esventurao como ella; y aquí hemos acabao é jablar, pa esirte que aunque lo sepan y me castiguen, yo me voy contigo á acompañarla y á servirla y á cuidarla; ¡probecita, y en qué mala hora que á nasío la desventurá!

—Pus si eso es así, perdóname lo que te é icho, Soleá, y que Dios te lo pague por el bien que nos jases á ella y á mí; y ya que estás determiná á ello, ahora mesmo te voy á tomar á las ancas y nos vamos á dir á á la granja del Oclay.

—Pero yo no estoy prevenía, Curro.

—Tú no tienes que prevenirte de ná, prima, que ya está tóo prevenío y no se pué perder tiempo.

—¿Lo quieres tú, Curro?—dijo con acento ardiente Soledad.

—Lo quiero, y es menester que sea.

—Pus andando,—dijo sin vacilar Soledad,—y que sea lo que Dios quiera, que too lo haré yo con gusto por ella y por ti.

Montó el Taripó y la hermosa gitana, sirviéndole de estribo un pié de su primo, se puso á las ancas de la jaca.

Al rodear la cintura del Taripó, le estrechó contra él.

—Pas no tienes tú mu alborotao que igamos el *gar-lochí* (corazon) chiquilla,—dijo el Taripó, sintiendo los violentos latidos que agitaban el alto seno de la Quiribí.

—¡Ay Jesú!—exclamó ésta,—que me he arrebatao lo que tú no sabes con lo que hemos jablao.

—No te *achares* (apesadumbres) tú, hermanita,—dijo el Taripó,—que too se arreglará.

—Como lo de Caparrota, y lo ajorcaron,—dijo Soleá.

—Dios no quiere que á nosotros nos ajorquen,—dijo Taripó.

Y arrancó con su jaca.

Había oscurecido ya.

Atravesó el Manzanares, que iba casi seco, y su márgen derecha arriba, tomó el camino de la sierra por los mismos senderos y los mismos vericuetos por donde la noche siguiente llevó á Aurora á la Granja.

CAPÍTULO XIX

En que los duendes ponen de muy mal humor al Taripó

Durante el camino, el Taripó tuvo más de una ocasión de convencerse de que su prima Soleá era una gran mujer.

Y no así como se quiera.

Soleá tenía un alma de un temple extraordinario.

Un alma verdaderamente gitana.

Un alma de fuego.

Y al mismo tiempo un alma buena, excelentísima, excepcional.

Un alma de arcángel.

Se encontró también con que puesta en movimiento, excitada por el amor el alma de Soleá, su enérgica hermosura crecía.

Tomaba algo de sobrenatural.

Algo de divino.

Esto era una desgracia más para el Taripó.

En otra situación el amor de Soleá le hubiera embriagado.

Le hubiera hecho feliz.

Aquel nuevo amor venía demasiado tarde.

Para desesperar al Taripó, que estaba irremisiblemente perdido por Aurora.

El Taripó no había visto nunca en su prima más que el cariño de una parienta inmediata.

La misma Soleá no había conocido que tenía metido dentro del alma á su primo Curro, hasta que éste la buscó y la habló á causa de Aurora.

Entonces, al verle tan apasionado, tan comprometido por la hermosísima Manclayí, por la señorita, como la llamaban los gitanos, los celos despertaron al amor que sin dejarse sentir, dormía por Curro en el alma de Soleá.

Y cosa extraña y que revelaba lo hermoso del alma de Soleá, sus celos no la hicieron enemiga de la Manclayí.

¿Qué culpa tenía ella?

Y además, ella no amaba á Curro.

No podía amarle.

Por lo ménos, así lo creía Soleá.

Una consoladora esperanza la alentaba.

Curro, desengañado, se curaría de su amor imposible y se volvería á ella.

Esto era muy probable.

Ni la Manclayí, orgullosa y altiva se rebajaría hasta Curro, ni Curro, que tenía el alma orgullosa y el corazón demasiado sensible, se casaría con una mujer profanada, doblemente deshonrada como gitana, á causa de haberse olvidado de todo por un castellano.

Soleá soltaba á volar su viva, su ardiente imaginación, como era natural, por el lado de su deseo.

Curro, aunque estaba perdido por Aurora, sentía, como era también muy natural, un soberano deleite esquisito, al verse amado de una tal manera por su hermosa prima.

Había sentido los latidos de su conmovido seno.

Los estremecimientos convulsivos de su brazo.

Habían descansado alguna vez en las soledades de la sierra.

La luna llena y brillante, una luna de color de rosa, había aumentado el brillo febril de los grandes ojos de la gitana.

Había dado no sabemos qué prestigio fantástico á su hermoso semblante, candoroso, enérgico, sensual, atrayente, y un no sé qué de irresistible á la contracción de su deliciosa boca, hambrienta de amor.

Soleá era una hija de la naturaleza.

Revelaba claramente lo que sentía, en su mirada, en la expresión de su semblante, en la agitación de su sér entero.

Y todo esto, sin decir á su primo una sola palabra de amor, ó por pudor ó por altivez.

Bien es verdad que las palabras eran inútiles.

A la media noche llegaron á la granja y entraron en ella secretamente, sin ser sentidos de nadie, por el postigo del jardín.

Curro dejó á Soleá las provisiones que había llevado en las alforjas y volvió á montar á caballo para volverse sin pérdida de tiempo á Madrid.

Dijo á su prima que él no podía volver con la Manclayí hasta el amanecer del día siguiente al que iba á empezar, y partió.

Soleá se quedó sola en aquel mismo palacio y en la magnífica habitación que en él tenía Aurora.

Cuando el Oclay no le ocupaba, el palacio se cerraba y no entraba en él nadie más que el Taripó.

Los otros gitanos de la hacienda, que eran un segundo capataz y cuatro mozos con sus familias, vivían en las habitaciones rurales, á una buena distancia del palacio.

Este estaba situado en la parte más alta del monte, cerca de un gigantesco derrumbadero.

Desde allí se descubría un magnífico paisage, y con un anteojo se veía perfectamente á Madrid.

Los ricos de buena imaginación y de buen gusto, pueden tener estas costosas comodidades.

Soleá, que como buena gitana era supersticiosa hasta los últimos desvaríos de la superstición, sintió miedo cuando se encontró sola en aquel inmenso caserón.

Le pareció que los duendes, los *mengues* y aun los *begorros*, iban á venir á llevársela, y que su marido,

sino venían los malos espíritus, la iba á tirar de los piés cuando se acostara, para recordarla que durando todavía el luto que por él llevaba, no estaba bien, ni estaba decente, el que ya se estuviese muriendo de amores por otro.

Pero en fin, ya no había remedio.

Ya estaba allí y era menester arrostrar lo que viniese.

Comió, porque el amor aviva el apetito, de las buenas provisiones, aunque fiambres, que había dejado su primo, gallina asada, jamón en dulce, pierna de carnero, merluza frita, queso, pastas, empanadas, y postres de frutas y dulces y buen vino.

La había dejado provisión y buena, de lo mejor, á lo menos para cuatro días.

Soleá se acostó en una cama muy limpia y muy cómoda, que encontró en un pequeño cuartito, inmediato al magnífico dormitorio de la Manclayí.

Aquel cuartito estaba sin duda destinado á una doncella.

Soleá encontró la cama perfectamente hecha, y sobre la mesa de noche una palmatoria con una bujía, y una caja de fósforos.

Todo lo había dispuesto antes de ir por su prima el Taripó.

El, antes de volver á Madrid, se había aposentado en la granja.

Soleá abrió el balcón y arrojó una mirada ansiosa al escalonamiento de montes que desde allí se veían

iluminados por la luna, perdiéndose á lo lejos entre las nieblas de la montaña que se levantaban de los valles.

No parecía sino que quería acompañar con el alma en su viaje al Taripó.

Pero nada vió más que una soledad melancólica, fantástica.

Por entre aquella soledad marchaba en aquel momento su Curro, que iba á buscar tal vez una terrible desgracia sacrificándose á otro amor.

En aquellas alturas zumbaba largo, amplio y sonoro el viento, que era demasiado frío.

Soleá cerró el balcón suspirando, se desnudó y se acostó.

Ni los *mengues* ni su marido vinieron á asustarla ni á tirarla de los piés.

Pero en cambio su amor al Taripó, y sus celos, y los temores de lo que podía sobrevenir por el compromiso en que los dos se habían metido, le tiraban del alma.

Fué en fin una eternidad para Soleá el tiempo que tardó Curro en volver con Aurora.

Desde antes del amanecer estaba esperándolos con una ansiedad mortal.

Cuando Curro se fué para dar un rodeo, y entrar solo por la parte de las dependencias rurales, cuando se cerró el postigo, cuando se quedaron solas, atravesando el jardín Aurora y Soleá, ésta miró con ansia á la joven Manclayí.

Era la primera luz del alba blanca y diáfana.

Iluminado por ella el hermosísimo semblante de Aurora, parecía, á pesar de su color moreno, el de una estatua de mármol animada, que hubiera representado el genio del dolor y de la desesperación resignada.

Nunca había visto Soleá una mujer, más bien una niña, tan hermosa y tan conmovedora.

Si hubiera sido dura de entrañas se la hubieran ablandado.

Siendo blanda de ellas para todo el mundo, se la derritieron por Aurora.

Sus celos callaron.

Comprendió que el Taripó amase hasta la perdición á aquella criatura.

Se resignó á su vez.

Podía decirse que la granja del Oclay encerraba á tres desesperados.

Aurora no podía amar al Taripó.

El Taripó no podía amar á la Quiribí.

Atravesaron el jardín, que era bellísimo, y estaba fresco, perfumado, riente.

El viento que zumbaba melancólicamente en las cumbres inmediatas, mecía produciendo en ellos un dulce rumor los follages de los árboles.

Aurora, que estaba más cansada del cuerpo que del alma, se apoyaba indolentemente en el brazo de la Quiribí.

—Dios te lo pague, Soleá,—dijo tristemente Aurora.

—¿Y qué es lo que me tienen que pagar á mi *Ondi-*

ve y la *Manjari Debla?* (Dios y la Santa Virgen),—dijo Soleá.

—Mira,—la dijo Aurora:—no me hables en *caló*, que yo no lo entiendo.

—Pus ahí está el mal,—dijo con vehemencia la Quiribí,—eso es pa su mersé el mal de los males que la ha cogío, que su mersé no *chimuya el chipicayó* (no habla el gitano); su mersé no entiende más que á los señoritos castellanos, que son toos unos arrastraos: pero no se esconsuele su mersé, señorita, que Curro y yo lo arreglaremos too lo mejó que poamos, y el corazón me da, que too va á salir bien.

—Pues yo creo que vengo á mi sepultura, Soleá,—dijo Aurora.

—Eso lo veremos,—dijo con una creciente vehemencia la Quiribí;—ó hemos de poder poco, ó nos ha de ayudar Dios, ó sacamos á su mersé en palmas: las entrañas de ese castellano se las come Curro si no quiere casarse con su mersé; y si á Curro le susediera una esgrasia, quien mataba aunque juese á traisión á ese mal judío, era yo.

—Gracias, gracias con toda mi alma por el interés que os tomáis por mí,—dijo Aurora.

Habían atravesado el jardín.

Habían llegado á una galería acristalada, que venía á ser un invernadero.

De allí, por una puertecilla y unas escaleras de servicio, habían subido al piso superior.

Al fin entró en su rico aposento Aurora.

¡Pero en qué distinta situación que como había entrado otras veces!

Iba con sus padres.

Con una espléndida servidumbre.

Todo le sonreía.

Tenía abierto delante de sí un magnífico porvenir.

Era millonaria, inmensamente millonaria.

Hermosa, maravillosamente hermosa.

Su sello de raza, su alma gitana, que resplandecía en sus incontrastables ojos, la hacía más hermosa aún.

Su origen, puramente gitano, era un gran inconveniente para su enlace.

Pero ella no amaba aun.

Era todavía niña, y no había pensado en esto.

Y cuando entraba fugitiva en su casa, para esconderse en ella, temiendo la ira de su padre, sabía ya que su gran desgracia era haber nacido gitana.

O más bien el no haber conocido que el Taripó, rudo y sencillo, valía más, mucho más que aquel atildado Juan de Arenas de Vadillo, muy noble y muy relacionado, pero que hijo de un título arruinado, había buscado en ella no el amor, sino el negocio.

Sabía además que no había amado á Juan.

Que se había empeñado por vanidad, y que había caido de una manera inconsciente en la trampa que aquel miserable buscavidas la había armado.

Amaba al Taripó, y sentía que aquel amor encontraba su alma virgen.

Y aquel amor era imposible.

Ella no podía ser la esposa de un hombre honrado, por más que este hombre, apasionado de ella hasta el delirio, como lo estaba el Taripó, aceptase la situación dolorosa en que ella se encontraba.

Ella no se sentía con valor para arrostrar la vergüenza del deshonor en que había caido delante de un esposo, ante el cual no podía levantar la frente sin la sombra de una mancha.

Aurora había tomado una resolución terrible, y por eso al entrar secretamente en su casa, había dicho á Soleá que entraba en su sepultura.

Soleá respetó su dolor.

Comprendió que pretender consolarla, era aumentarlo, y la dejó llorar libremente, pero permaneció á su lado atenta por si el dolor la causaba algún accidente, como era de esperar.

Entretanto, el Taripó, dando un rodeo, había entrado ya de día claro en la granja.

Le recibieron alegremente, sin sospechar que hubiese ido acompañado y hubiera entrado secretamente con su compañera en el palacio.

Unicamente después de haber dejado el caballo á os mozos, el tio *Canrias*, esto es, el tio Fatigas, que era el segundo aperador que se quedaba regentando la granja, le dijo:

—?Sabe osté, señor Curro, que por aquí tenemos un poquito de *gindama?* (miedo).

—¿Y por qué? tio Canrias,—dijo el Taripó que se previno.

—Porque la *Braquia* (Oveja), que volvía anoche del pueblo, á onde había ío á mercarse un zagalejo, entró toita asustá la muchacha, isiendo que en el palacio había *mengues* (malos espíritus), porque vió luz en una é las vidrieras de los balcones del cuarto de la Manclayí, y que se veía ir y venir por dentro un *fantasma* negro.

—Y güeno, ¿y qué?—dijo tranquilamente el Taripó,—si en el palacio hay duendes, llamaremos al señó cura pa que los eche.

—Güeno será esperar, señor Curro,—dijo el tio Canrias;—poique la verdá, es que musotros juimos toos á ponernos del otro lado del errumbadero á ver si era verdá lo que la Braquia había icho y no vimos en el palacio ni un resquicio é luz.

—Es que como la cogió la noche en la sierra, la Braquia tuvo *canguelo*, se le encandilaron los ojos y vió visiones.

—Miosté, señó Curro,—dijo sonriendo la Braquia, que era una muchacha como de quince años, muy graciosa, á la que no le parecía costal de paja el Taripó:—que venía yo mu asustá, ¡ay, maresita mía! que había oío aullá á los lobos en el Ronquillo, allá en la jondoná, y yo no sé lo que me dió.

—Vamos, eso es que tú vistes relusir los ojos de un lobo en lo escuro, y te paresieron los balcones del palasio.

—Pus diga osté que sí, señó Curro, que es como su mersé dise,—dijo la Braquia, para la cual era como el

Evangelio todo lo que decía el Taripó:—y eso jué, que á mí con el sobresalto se me encandilaron los ojos y ví visiones.

—Pus anque los *mengues* te jueran *gañipeao* (comido), arrastrá, que no vales tú el susto que mus diste.

—De moo y manera, que si yo he dao un susto una ves,—dijo la Braquia con acento resuelto,—osté es un susto e toos los días, y musotros no mus quejamos.

Hay que advertir que el tío Canrias era viejo y feo de veras, y de los *apretaos*, de los que hacen decir á las mujeres cuando se arriman á ellos: ¡Jesús me valga!

—A ver si voy yo sobre ti, chulapa, desvergonzada que tú eres, y no güelves á ver en toos los días e tu vía ni duendes ni fantasmas,—exclamó el tío Canrias amostazado.

—Haiga pas y grasia e Dios en esta casa,—dijo el Taripó,—y no se güelva á hablar más e eso. Mira tú, Braquia, chiquiya, á ver si mus jases e almorsar enseguía, que traigo un *boquis* que no veo, y tanimientras, yo voy á lavarme y á mudarme á mi cuarto.

Lo que el Taripó llamaba su cuarto, era un pabellón ó casita de guardia, que cerca del palacio estaba adherida á la tapia del jardín, con el cual se comunicaba por una puerta interior.

Desde que había sentido su desesperado amor por Aurora, vivía allí sólo con sus tristezas.

Nadie entraba allí más que la Braquia, á limpiar y á hacer la cama.

El Taripó, por su carácter serio y de pocos amigos,

era muy respetado por toda la gente de la granja, y si él no hablaba, nadie le hablaba á él, ni nadie entraba en su cuarto cuando él no llamaba á nadie.

Esto le venía muy bien en aquellas circunstancias.

Podía comunicarse con el palacio por la parte interior del pabellón, que daba al jardín, sin que nadie pudiera apercibirse.

Le habían sobresaltado los temores de la Braquia.

No podía acusar de descuido á la Quiribí, porque él no le había advertido que de día no se asomase á los balcones, ni sin cerrar las maderas de éstos encendiese de noche luz.

Era necesario que esto no volviera á suceder.

Pero un cuidado mortal se apoderó del Taripó.

Otra casualidad imprevista podía revelar la existencia en el palacio de la Manclayí.

CAPÍTULO XX

En que se ve la desesperada situación en que se encontraban nuestros personajes.

El Taripó se lavó y se mudó de ropa blanca, que bien lo había menester, volvió á la granja, se comió en silencio los huevos y los torreznos que le había hecho para almorzar la Braquia, y se volvió á su pabellón, encargando que nadie le llamara aunque tardara en parecer quince días, porque quería dormir á su gusto sin que nadie le incomodase.

Y amén: lo que el Taripó mandaba, era lo que se hacía.

Cerró con llave la puerta del pabellón, y luego por el jardín entró en el palacio, y se fué al cuarto de Aurora.

Esta se había rehecho, se había resignado á todo, y estaba tranquila.

Pero con una tranquilidad terrible.

El Taripó le aseguraba que nada tenía que temer, y que él esperaba que todo se arreglaría lo mejor posible.

—Oh, sí,—dijo Aurora:—ya he encontrado un medio seguro, inmejorable.

El Taripó se puso pálido y se estremeció.

Miró con ansia á la *Manclayí*.

—¡Ah!... ¡no!—le dijo Aurora,—no temas ninguna resolución desesperada, Curro: para las almas tristes que nada pueden esperar ya en este mundo, está siempre esperando amorosa la casa de Dios: el claustro: para el Señor no hay castas: lo mismo puede ser su esposa una gitana que una castellana.

El Taripó no contestó.

Pero su palidez se hizo más densa, y se estremeció de una manera más violenta.

La Quiribí, que asistía en silencio á la escena, dijo para sí:

—¡Cuánto la quiere!

Y se le apretó el corazón.

—Es necesario,—continuó Aurora,—que los pobres padres de mi alma, tengan noticia de su desventurada hija.

—¡Cómo, señora!—dijo el Taripó,—pus entonses ¿pa qué ha venío aquí? ¿no teme su mersé que el Oclay jaga alguna cosa que se espante el mundo?

—Mis padres no sabrán donde estoy,—dijo Aurora:—pero es necesario que sepan que vivo.

—¡Ah, de esa manera!...

—Voy á escribirles: tú harás que cuanto antes reciban mi carta.

—Descuidie su mersé,—dijo el Taripó.

Aurora escribió la carta que ya conocen nuestros lectores, en que decía á sus padres que había huído con un hombre á quien amaba.

Y no había mentido.

Amaba al Taripó.

Este se encargó de la carta.

Ya sabemos que Luis de Figueroa la había recibido poco tiempo después de la desaparición de su hija.

Empezó para Aurora un período de durísima prueba.

De vacilaciones, de temores, de angustias.

Los días tristes, monótonos, interminables, y las terribles noches de insomnio y de delirio, se sucedían lentamente, siempre más tristes y apenadores á medida que transcurrían.

El Taripó se multiplicaba, se desvivía por servir á Aurora.

Su prima la Quiribí, le ayudaba.

De día no subía al palacio.

Andaba por la granja como de ordinario.

Con frecuencia cogía la escopeta y se iba á cazar.

Por la noche se encerraba en su cuarto.

Salía por el postigo del jardín y recogía la caza que había dejado en los alrededores.

Abastecía la despensa, yendo cada cuatro ó cinco días á Madrid.

Generalmente no tardaba en estas excursiones más que una noche.

Había metido en las cuadras del palacio su caballo, y en él hacía el camino á Madrid, de ida y vuelta, desde que cerraba la noche hasta antes del amanecer.

La única privación que sufría en su mesa Aurora, era la de pan tierno, y la de pescados y carne fresca de vaca.

La Quiribí, que era una excelente cocinera casera, servía bien la mesa.

Tenía además Aurora frecuentes noticias de sus padres, lo que aumentaba sus sufrimientos.

Sabía que estaban sin consuelo, y que la habían buscado, y seguían buscándola por todos los medios imaginables.

La noticia de que su madre se agravaba su enfermedad, la aterraba.

La hacía vacilar.

Había momentos en que se decidía á volverse al techo paterno.

Pero su hijo...

Llevarle tal vez á perecer antes de haber nacido...

No podía darse una situación más horrible, más desesperada, más dolorosa que la en que se encontraba Aurora.

Pero como no hay dolor por incurable que sea, que no tenga algún momento de descanso, y aun de consuelo

y de esperanza, Aurora sentía, á la par que lo agudo de su dolor, un gozo inefable.

El del amor comprendido y compartido, por más que este amor no se manifestase con palabras.

El Taripó callaba.

Aurora callaba también.

Nunca estaba sola Aurora.

La acompañaba siempre la Quiribí.

Y no era porque ésta, por sus celos, vigilase á Aurora.

Era porque Aurora, siempre que Curro estaba en el palacio, la retanía junto á sí.

Temía que la violencia de su amor fuera más poderosa que el respeto de Curro, y se temía á sí misma.

No parecía sino que aquel amor que en las circunstancias en que se encontraban los que le sentían, se había sublimado; y por su misma sublimidad se había hecho imposible de satisfacer, se irritaba, crecía, se desbordaba por su propia imposibilidad.

Entre Aurora y Curro estaba siempre atormentándolos el infame Juan de Arenas de Vadillo.

Su recuerdo debía amargar siempre el amor de aquellos desdichados.

Y pasaba el tiempo.

Al fin la Quiribí, que era una excelente partera, anunció á Aurora que era necesario pensar en la envoltura de lo que iba á venir al mundo.

Bajo las indicaciones de la Quiribí, Aurora hizo una nota, con la cual se fué á Madrid el Taripó.

Volvió con una envoltura completísima y riquísima.

Se acercaba el momento.

El sufrimiento de Aurora crecía, y crecía hasta volverla loca.

¿Qué había de hacerse cuando su hijo naciese?

Las alhajas que Aurora había llevado consigo eran muy ricas; la pedrería, mal vendida, podía producir sobradamente un millon de reales.

Con la renta de este millón podía vivirse modestamente lejos de Madrid, y aun lejos de España.

El Taripó y la Quiribí acompañarían á Aurora.

¿Pero cómo vivir juntos y amándose en silencio, contrariando su amor?

La Quiribí había logrado dominar el amor que la había hecho sentir su primo, ó creía haberlo dominado.

¿Qué esperanza podía tener ella cuando veía á Curro desesperado por Aurora y á Aurora enloquecida por Curro?

La Quiribí comprendía que una extraordinaria delicadeza de amor era lo que separaba á aquellos dos enamorados.

—Náa,—dijo para sí Soleá,—estos dos no tienen más remedio que *romandiñarse* (casarse), y yo los *romandiño:* ¡válgame Dios y qué esventura la mía! ¡y que tenga yo que procurarle á él que se case con otra, recomiéndome la voluntá y estas probes entrañitas que Dios me ha dao, que lo tengo en ellas y cuando creo que le

he echao juera se me agarra á ellas con más juerza! Pero esto no tiene remedio; se quieren que prevarican el uno por el otro, y cáa día están más amarillos y más malos y con los ojos más tristes, y sino se casan se mueren; pus bien, á quitar de en medio el estorbo; Curro es mu hombre pa jasé viua á la Manclayí, y pa que naide sepa que él á amulabao al otro; en siendo la Manclayí viua... se arregla too; en isiendo al Oclay que la Manclayí se ha escapao con Curro porque le quería y creía que él no la permitiría casarla con él, y que se han casao ajuntándose, el Oclay y la Oclayí, que adoran á su hija, los perdonarán; ¿y qué sabe naide si lo que á nasío es hijo del Curro ó del otro?

La Quiribí, resignándose á un sacrificio, se decidió á ser la casamentera de Aurora y de Curro.

Debemos advertir, que la honra de Aurora, según las costumbres y las leyes de los gitanos, no padecía en nada, apareciendo de nuevo entre la gitanería con el hombre con quien había huido.

Una de las maneras que tienen los gitanos de casarse es el rapto de la novia por el novio, cuando el padre de él ó el de ella no les quieren dar la bendición, casándolos, por este mismo hecho.

Para el matrimonio gitano basta con la bendición de los padres de los contrayentes, y aunque no sobrevenga el matrimonio religioso por legitimamento, casados los tienen los gitanos.

Cuando los padres se oponen, el novio, si la novia quiere, la toma en las ancas de su caballo y se la lle-

va; y aunque no hayan tardado más que algunos minutos, como legítimamente casados se les considera.

Esta costumbre, ó esta ley, que casa legítimamente á dos amantes que se fugan, les es peculiar á los gitanos.

Ha existido en otros tiempos, en muchos pueblos, singularmente entre los árabes, y existía, y aun creemos que exista todavía, en Escocia.

Entre los gitanos, cuando han tomado este medio expeditivo de casarse contra la voluntad de sus padres, vuelven á ellos y les piden perdón, generalmente después de una ponderativa escena de recriminaciones, de quejas, los perdonan y se celebran las bodas tan alegremente como si el casamiento se hubiera hecho con el consentimiento de los padres.

Esto mismo debía suceder cuando Curro volviera á caballo al barrio de las Peñuelas, atravesándole públicamente en medio del día, llevando á las ancas de su jaca á la Manclayí.

Una vez tomada esta resolución, y como ya las circunstancias apretaban, la Quiribí emprendió la ejecución de su proyecto.

CAPÍTULO XXI

En que se vé hasta qué punto era una buena criatura la Quiribí.

Era por la noche, ya tarde.

Curro se había ido á su cuarto.

Aurora se había recogido.

Soleá se había recogido también, en la apariencia Se había metido en el cuartito que tenía al lado del dormitorio de Aurora.

Pasado algún tiempo, salió de puntillas y escuchó desde detrás de la colgadura del lecho.

La respiración de Aurora demostraba que dormia.

La Quiribí entonces salió del dormitorio, y por una galería y por las escaleras de servicio, bajó al jardín, le atravesó y llegó á la puerta del pabellón que habitaba Curro.

Llamó.

Curro, que no dormía, se sobresaltó.

Temió que á Aurora la hubiera sobrevenido algún accidente.

No se había desnudado aún.

Combatido por sus penas, se había sentado en la cama y había permanecido inmóvil.

La abrió descuidadamente.

Quien llamaba no podía ser otro que Soleá.

—¿Qué sucée?—la preguntó con la voz trémula.

—No te sofoques, primo,—dijo Soleá;—la Manclayí se queá *sornando* (durmiendo) mu tranquila, y como yo tengo que jablarte á solas de cosas mu jondas, vélo tú ay por qué é venío.

Le entró otro sobresalto de un género muy diferente al Taripó.

—Tú no pues *chanelar* (adivinar) á lo que yo vengo, ni aunque eres taripó (astrólogo), te lo puen isir las estreyitas del sielo,—dijo entrando Soleá.

—¿Es de eya?—preguntó con ansiedad Curro.

—Pus de quién te he jablar yo á estas horas y con este cuidiao, si pa tí no hay en este mundo ni en el otro na más que eya A mí se me an pasao las *ducas* (afanes), que paso por tí, porque lo que no pue ser ay que ejarlo; pero tengo la *arate acharaa* (la sangre quemada), con lo que á ti te pasa por la Manclayí, que estás *muló* (muerto) por eya, y no te atreves á lo que tienes en la mano.

—¡Ay Soleá! —dijo el Taripó;—que eya no me quiere como yo la quiero á eya; pero eya tiene vergüenza é

mí, y no quiere casarse conmigo de *canguelo* (miedo) de que yo la eche en cara un día lo del otro.

—Pus en matando al otro,—dijo resueltamente Soleá,—es como si juera viua, y no la puées echar ná á la *fila* (cara), ¡y qué fortuna, primo! El Oclay creerá que no á tenío más quereres que los tuyos, y sus perdonará, y cuando se muera, tu mujer será la Oclayí y tú el Oclay.

—Que no juera sio tan desgrasiá,—dijo el Taripó;—y aunque juera tan probe que una *carunañí* (rata), yo sería mu venturoso.

—A lo jecho, pecho, y á poner el remedio que se puea.

—¡Eya no querrá!

—Tú eres un *plasnó* (tonto), ¿pus á qué mujer que á sío burlaa, no le entra jambre é la sangre del que la á injuriao? Eya le aborrece, eya no le ha querío, eya se cegó de vaniá, y por darle á otras en la *chichí* (cabeza); era lo que es, una *chavala* (chiquiya), y no supo lo que se jiso: ¡que no querrá que tú le mates! ¡Jesú me valga! ¡eso no será por él, sino é mieo de que él te mate á ti: tú mátale sin que eya lo sepa, y cuando eya vea que á ti no te ha pasao na, y que tú has *merao* (matao), al otro, te quiere doble de lo que te quiere agora, y mira que no puee ser más.

—Si ella me quisiera á mí, como la quiero á eya,—respondió con acento de desesperación Curro;—no miraría en naa; es que ella está agraesía á mí; pero quiere antoadía al otro.

—Pus una de las cosas que le quitan á la Manclayí, que te diga lo que te quiere, es que sabe que tú crees eso agraecimiento, dijo Soleá;—y esengáñate tú, Curro, que por agraesimiento y naa más que por agraesimiento no se casa nenguna mujer con nengun hombre: el amor es más que el agraesimiento, chavó, y lo que no jaga una mujer por amor no lo jará por naa, y mira que la hora se acerca, que no pasa más que un día; eso te lo igo yo que no me engaño nunca, y en cuanto la Manclayí se quée libre, te manda que la lleves á un convento, y se mete en él y se ampara é las monjas, y no la güelves á ver más en toos los días de tu via y de desesperao te ajorcas, que tú estás por eya io del sentío, y sin eya no puees tu vivir; con que no seas *lila*, y aprovecha el tiempo: que si tú la sabes camelar, y que eya confiese lo que te quiere, es tuya, y os quitais de penas, que tú agonizas, por eya, eya se muere por ti, y si no quiere quearse á solas contigo, es del mieo de no poer ocultarte lo *chalá* que está por ti. Y con esto no te igo más, y me voy, no sea que espierte y me llame, y me eche é menos y se crea otra cosa.

—Dios te lo pague, Soleá, que yo voy á seguir tu consejo, y veremos por aonde salimos,—dijo el Taripó.

—¿Pus por aonde hemos de salir?—dijo Soleá,—sino por la puerta de la iglesia?

—Tamién salen por la puerta é la iglesia los entierros,—dijo Curro.

—Aquí no va á haber más enterrao que ese que está entre eya y tú,—dijo Soleá,—porque tú le matarás pa que no sus estorbe; con que buenas noches, primo, no sea que me eche é menos la Manclayí.

Y Soledad se fué, dejando aturdido á Curro, y perdido en un torbellino de pensamientos, de dudas, de temores y de esperanzas.

Soleá se volvió á su cuarto, y entró en él de puntiyas, sin pasar por el dormitorio de Aurora, se desnudó y se acostó.

Estaba apenada.

Había desempeñado al lado de su primo como una actriz consumada, un papel dolorosísimo.

Estaba tan apasionada por Curro como Aurora, porque ésta no podía estarlo más que lo que Soleá lo estaba.

Y sin embargo, Soleá había disimulado.

Había abogado por otra.

Había dado á Curro, sin que éste ni aun siquiera lo sospechase, una prueba de lo infinito á que puede llegar la abnegación del amor.

Ella no tenía ni aun la sombra de una esperanza.

Si Curro no lograba el amor de Aurora, se moría.

No tenía necesidad de matarse.

Había empezado ya á enfermar.

Había empalidecido, se había demacrado, y en el blanco de sus ojos había empezado á marcarse lo amarillo de la ictericia.

Soleá se sacrificó á su amor.

¿Qué importaba lo que fuera de ella, si se salvaba Curro?

Había ido, pues, á aconsejarle, á excitarle, y había tenido bastante fuerza de voluntad para representar su papel.

Pero una vez apartada de Curro, la congoja que había tenido que ocultar, pudo más que ella.

Apenas se había acostado cuando su angustia reventó en lágrimas.

Y aun tuvo que contenerse.

Aun tuvo que hacer poderosos esfuerzos para que sus sollozos no resonasen.

Podrían despertar á la Manclayí.

¿Y qué había de responderle cuando quisiese saber la causa de su dolor?

Y no sólo contuvo sus sollozos.

Contuvo también sus lágrimas.

Sofocó su dolor en sus entrañas.

De improviso oyó, aunque levemente, la puerta que ponía en comunicación su cuarto con el dormitorio de Aurora.

Un momento después, á la luz opaca de la lámpara de noche, vió á Aurora que entraba furtivamente.

Estaba vestida.

Soleá la había desnudado para acostarla.

¿Para qué, pues, se había vestido la Manclayí?

¿Por qué entraba silenciosamente en el cuarto de Soleá?

¿Qué podía ser aquello?

Soleá se fingió dormida de una manera tan perfecta, que engañó á Aurora.

Esta la observó durante algunos minutos.

Luego, creyendo que Soleá dormía, se apartó de su lecho.

Salió silenciosamente del cuarto.

Soleá se deslizó de la cama, y encorvada, arrastrándose casi, llegó á la puerta, miró cautelosamente al dormitorio, y vió que Aurora salía de él.

Salió, la siguió silenciosamente, sin ser sentida.

Aurora atravesó la galería, bajó la escalera de servicio, y llegó á la galería inferior.

Allí dejó la palmatoria que con una bujía encendida llevaba en la mano.

Era ya inútil.

La luna llena inundaba el jardín.

Le atravesó y llegó á la puerta del pabellón del Taripó.

Poco después aquella puerta se abrió.

Entró Aurora.

Soleá, que observaba desde la galería, oyó la delirante exclamación de sorpresa que hizo Curro.

A seguida la puerta se cerró.

—¡Ay madresita mía de los Desamparaos!—exclamó Soleá,—¿y pa qué le he aconsejao yo, si la Manclayí está más loca que él?

Soleá se volvió á su cuarto, y segura ya de no ser oida, rompió á llorar y á sollozar.

CAPÍTULO XXII

En que se vé que el amor de Taripó llegaba hasta el heroismo.

El Taripó no se había acostado.

Se había quedado en la misma silla en que le había dejado sentado su prima.

Y así había pasado media hora calenturiento, aniquilado, perdida casi la conciencia de sí mismo.

Cuando sintió que llamaban á la puerta que daba al jardín, temió que fuese Soleá que viniese á traerle alguna mala noticia.

—¡Ah! ¡que es su mersé!—exclamó con una emoción anhelante, cuando al abrir la puerta vió á la luz de la luna á Aurora.

Aquella fué la exclamación que oyó Soleá.

—Sí, yo soy,—dijo Aurora con la voz temblorosa, y como con violencia;—tengo que hablarte sin que nadie pueda oirnos; cierra.

Curro cerró.

Aurora, que parecía muy fatigada, se sentó en la misma silla que acababa de levantarse el Taripó.

Este permanecía junto á la puerta que acababa de cerrar en silencio, tembloroso, mirando á Aurora con una expresión de ansiedad suprema.

Parecía coartado.

Había en sus ojos dilatados, flameantes, duda, esperanza, terror.

Aurora estaba también perturbada.

La flameaban también los ojos fijos en el Taripó, y como los de éste, revelaban la duda, la esperanza y el miedo.

—Curro,—dijo al fin Aurora con la voz temblorosa, —ha llegado la hora de tomar una resolución decisiva, Soleá me ha dicho, que mañana, á más tardar, nacerá mi hijo.

—Lo que su mersé me mande, eso haré yo,—respondió Curro, que parecía de momento en momento más perturbado.

—No,—dijo Aurora, dominando su emoción;—aquí quien manda eres tú; yo soy la que debo obedecer.

—¡Su mersé, señorita!

—Sí, voy á decírtelo al fin, aunque tú ya lo sabes: yo te amo.

El Taripó no contestó.

No podía contestar.

Al oir el «yo te amo», de Aurora, se le alborotó la sangre, le zumbaron los oidos, se le nublaron los ojos,

se cubrió de sudor frío,y le acometió una convulsión violenta.

El vértigo se había apoderado de él.

Tal era la violencia de su pasión por Aurora.

Vaciló y habría caído por tierra, si Aurora, levantándose rápidamente, no le hubiera sostenido en sus brazos.

El Taripó estaba pálido y frío como un cadáver, y sudaba copiosamente.

—¡Curro! ¡Curro!—exclamó Aurora con pasión, con horror, como si le hubiera creído muerto.

Y al mismo tiempo sentía un placer infinito, inefable.

El de sentirse amada hasta un extremo tal por el Taripó.

Ella le amaba de una manera semejante, y al verle accidentado entre sus brazos, sentía una ansiedad dolorosa que le desgarraba las entrañas.

Unió su semblante al de Curro y no la acometió un vértigo, porque su violenta emoción rompió en llanto.

Sus ardientes lágrimas cayeron como un raudal sobre el semblante del Taripó.

No podía darse nada más conmovedor que aquel grupo hecho por el amor.

Por un amor volcánico: por un amor gitano.

Como si las lágrimas de Aurora hubiesen tenido una poderosa virtud reanimadora, el Taripó gimió y abrió los ojos.

Un momento después volvió en sí.

Sintió el semblante de Aurora unido al suyo.

Sintió sus lágrimas.

Acabó de rehacerse.

La estrechó entre sus brazos por un impulso inconsciente superior á la razón, y por el mismo impulso la besó hambriento en la boca.

Aurora gimió y separó de sí al Taripó.

—¡Ah!—exclamó:—¡yo no sabía lo que era el amor! ¡tú eres mi alma!

—Yo me estoy muriendo,—exclamó el Taripó.

—Yo soy feliz,—dijo Aurora,—y es necesario que tú lo seas también: siéntate y domínate; es necesario que hablemos.

El Taripó se sentó aturdido.

—Acércate más,—dijo Aurora.

El Taripó se acercó.

La mirada con que devoraba á Aurora era inmensa.

—Yo sabía que me amabas,—dijo Aurora,—pero no había creído que me amases tanto.

—¡Mi vía, mi alma, mi eternía, toos los castigos del infierno por su mersé, aunque su mersé no me quiera!—exclamó con un arranque y una vehemencia que llegaban á lo infinito, el Taripó.

—¿Todavía su mersé? ¿No sabes que yo te amo como tú me amas á mí? ¿Por qué tanto respeto?

—Su mersé es la Manclayí,—dijo el Taripó con el mismo respeto que hubiera sentido un ciudadano de un

país constituído en una situación análoga con la primera heredera de aquel país.

—Y tú serás el Manclay (príncipe),—dijo con un acento dulcísimo y apasionado hasta el delirio Aurora.

—¡Yo!—exclamó aturdido el Taripó.

—Sí,—dijo Aurora,—y en prenda y en señal de ello, te doy palabra y mano de esposa.

Y la pequeña, suave y mórbida mano de Aurora asió la membruda y áspera del Taripó.

—Pero no puee ser,—exclamó Curro con acento desesperado:—el Oclay no querrá: nos matará á los dos, y á mí naa; matándome, me jaría un favor; pero su mersé... vamos, esto no puee ser.

—Sólo hay una dificultad, y esa dificultad no consiste en mi padre; consiste en ti, en mi desgracia.

—Pa mí está su mersé más limpia que la nieve en lo alto de la sierra, que no la pisan ni los pajaritos.

—Pero y mi hijo.

—¡Como si juese mío!—exclamó sin vacilar Taripó.

—Si yo no te amara como te amo,—dijo conmovida Aurora,—el amor que me tienes me volvería loca de amor: ahora para que yo sea completamente feliz, si es que Dios lo quiere, resolvamos otra dificultad.

—Lo que es por mí no hay por qué.

—Hay un hombre cuya vida puede emponzoñarte el alma,—dijo con la voz enérgica Aurora.

—¿No le he icho yo á su mersé que pa mí está más limpia que el ampo é la nieve y que los rayitos del sol?

—Y si no matamos á ese infame,—dijo con voz ronca Aurora,—¿no tendrás nunca un tormento que te roa el alma?

—No,—exclamó con acento decidido el Taripó.

—Fué una vanidad mía,—exclamó confusa y avergonzada Aurora;—el infame me daba celos con otra mujer: yo era una inocente, una niña; yo no le amaba; inconscientemente mi padre fué el causante de mi desgracia; ¿por qué me educó como se educa á las castellanas nobles y ricas? ¿Por qué me llevó al gran mundo, si yo no podía ser esposa sino de un gitano? Y casándome yo con uno de los nuestros, ¿quién hay entre vosotros que valga más que tú? ¿qué gitano hay que tenga mejor sangre que la tuya, ni que sea tan noble y tan hermoso? Yo me arrepiento de haber renegado de nuestra casta, y vuelvo á ella, desengañada y convertida. Yo me siento inmensamente feliz siendo tu esposa; yo estoy enamorada de ti hasta la locura; cuando te he conocido, te he amado, y mi amor ha crecido de día en día inflamado por el tuyo; y por eso, porque te amo más que á mí misma, no quiero ponerte en peligro de perderte: tú eres demasiado leal para matar á un hombre á traición: si él no te mataba á ti te castigarían por haberle matado á él. Miremos lo que ha sucedido como si hubiera sido un sueño, y si tú no puedes olvidarte de ello, si has de tenerlo en el alma antes de que nadie me lo eche en cara, yo enviaré á mi padre su nieto, y me iré á encerrarme con mis desventuras á un claustro.

—Más limpia que la nieve y el sol,—repitió el Taripó. Y al mismo tiempo decía para sí:

—Yo le mataré sin que ella lo sepa.

—¡Oh, y cuánto te amo, Curro mío!—exclamó transportada Aurora:—mira, hablemos de lo que es necesario hacer.

—Lo que su mersé mande.

—Mira, yo quiero que mi padre nos perdone con toda su alma. Mi hijo abogará por vosotros.

—¿Y cómo va á ser eso?

—En cuanto nazca te lo llevas á Madrid.

—A Madrid, y ¿para qué?

—Para asegurar mejor el secreto.

—¿Pero cómo?

—Llevándolo á la Inclusa.

—¿A la Inclusa?

—Sí; pero bien señalado; esto es más seguro que buscar una nodriza, y allí estará más oculto. Dentro de dos ó tres días escribiré yo á mi padre, dándole las señales, por las que podrá sacarle de la Inclusa, y mi padre lo hará, estoy segura de ello; le diré que le crie en secreto, y esa prenda mía hablará por mí. No tenemos otro medio para que mi hijo llegue á manos de mi padre, sin que mi padre pueda averiguar dónde me encuentro yo.

—¿Y si el niño muriese en la Inclusa?—dijo el Taripó.

—En tan poco tiempo no es de suponer suceda una desgracia.

—Como su mersé quiera, —dijo el Taripó.

Y al mismo tiempo pensaba para sí:

—Ya sé á donde lo tengo que llevar: á la Inclusa, no; no quiero exponerle á que muera.

El Taripó llegaba por Aurora hasta el heroismo.

—Me siento mal, —dijo Aurora levantándose: —me he conmovido demasiado: no sabía yo que me amabas tanto, Curro; me voy feliz, completamente feliz, porque veo que Dios se ha apiadado de mí.

—Y á mí me paese que estoy soñando que too esto es mentira.

—¡Ah! ¡no, no es mentira, —exclamó Aurora! —¡yo te amo, te amo y te amaré hasta la eternidad!

Y después de una enamorada despedida, Aurora salió.

El Taripó la vió alejarse, ó más bien deslizarse, como una blanca sombra á lo largo del jardín, y cuando desapareció, cerró la puerta, murmurando:

—¡*Ondivé* quiere que too esto acabe con bien!

CAPITULO XXIII

De cómo fué la conmovedora catástrofe en que pereció el malaventurado Taripó.

Al dia siguiente por la tarde, unas dos horas antes de la puesta del sol, Aurora dió á luz, asistida por la Quiribí, un hermoso y robusto niño.

El alumbramiento había sido de todo punto feliz.

Sin embargo, Aurora estaba profundamente agitada.

La Quiribí confiaba en sí misma, en sus conocimientos como partera, lo que no impedía que estuviese cuidadosa y atenta.

Todo estaba preparado.

La envoltura, las joyas que se habían de poner al niño, y sólo faltaba la carta para el rector de la Inclusa que el niño debía llevar sobre sí.

Aurora, aunque con trabajo, la escribió en su mismo lecho.

No se podía perder tiempo.

El niño necesitaba tener cuanto antes quien le amamantase.

La Quiribí le vistió y se lo dió á Aurora.

Entretanto apareció el Taripó, calzadas ya las espuelas.

Dispuesto á partir al momento.

Debía salir con su caballo por el postigo del jardín, y había tomado las precauciones necesarias para que no le viesen los gitanos de la granja.

Había llegado el momento supremo.

Aurora se sintió sin valor cuando llegó el momento de separarse de su hijo.

Pero no había ya medio de retardarle.

Buscar una evasión segura, no era caso del momento.

Aurora, no oyendo más que á su amor de madre, exclamó:

—¡Yo le criaré!

—Lo que se ha pensao,—dijo la Quiribí á quien Aurora había contado lo que había ocurrido con el Taripó en su entrevista nocturna,—ha estao mu bien pensao; si mus vamos á golver atrás, va á ser esto el cuento é nunca acabar; el niño está mu bien; no hay cuidiao; eso lo igo, y es menesté que éste llegue á güena hora á Madrid, y que güelva cuanto antes puea; así recogerá más presto el Oclay al niño, y se acabarán antes nuestros trabajos.

El Taripó estaba de pié junto al lecho, descubierta

la cabeza, con las manos á la espalda teniendo el sombrero en ellas.

Estaba conmovido, sombrío, triste.

En sus ojos había algo que parecía la expresión siniestra del presentimiento de una desgracia.

Aurora hizo un violento esfuerzo.

Abrazó convulsivamente á su hijo y le besó, exclamando:

—¡Hijo de mi alma! ¡que la Santísima Virgen quiera que te vuelva á ver!

—¡Llévatelo, Curro, llévatelo, que me va á volver á faltar el valor!

El Taripó tomó el niño, y sin decir una sola palabra, con el corazón apretado y los ojos llenos de lágrimas, salió.

—¡Que *Ondivé* y la *Debla Manjarí* y toos los *arjorís* del sielo (que Dios y la Virgen Santísima y toos los ángeles) vayan con él,—murmuró Soleá.

Y tenía el corazón apretado como el Taripó y como Aurora, y los ojos llenos de lágrimas.

Entretanto el Taripó había salido por el postigo con el caballo, y había montado en él con el niño.

Descendió cubierto por las accidentaciones del terreno hasta un barranco inmediato.

Allí no podía ser ya visto por nadie.

Iba fuera de todo camino, por las soledades de la sierra.

Era por donde iba y venía durante la noche en sus excursiones á Madrid.

El sol descendía al occidente.

En el horizonte se señalaban todavía indecisas, pero creciendo en intensidad, largas ráfagas cárdenas.

El Taripó se inquietó.

Conocía, aunque sólo prácticamente, la metereología, y vió en aquellas ráfagas la tempestad.

Apretó á su caballo para llegar á un terreno más desembarazado.

Y las ráfagas se fueron ensanchando y condensando hasta que determinaron un negro nublado, avanzando rápidamente por el noroeste.

Se puso el sol.

Un viento largo, frío, húmedo, se tendió sobre la sierra, zumbando de una manera lúgubre en las cumbres y en los peñascales.

El Taripó apresuró su marcha.

La tormenta se venía encima.

En aquellas asperezas de la sierra era muy peligrosa.

El Taripó tomó un sendero que flanqueaba un monte entre un espeso y siniestro pinar, en demanda de una majada de pastores que estaba mucho más cerca que la granja, para volver á la cual, no daba tiempo la tempestad, cuyos sordos truenos se oían ya á lo lejos, y cuyos relámpagos avanzaban como un gigantesco incendio, procedentes del noroeste.

El nublado se extendía más y más, y más oscureciendo el crepúsculo vespertino, apresurando la noche.

Ya apenas si quedaba descubierta hacia el horizonte una pequeña parte del azul del cielo.

Muy pronto el nublado negro lo cubrió todo.

La niebla, una niebla pesada y húmeda, subió de los valles.

La oscuridad se condensó.

Se borró en ella el áspero sendero que seguía el Taripó.

Sólo de tiempo en tiempo le esclarecían los relámpagos que crecían en fuerza.

Los truenos sonaban ya con fragor, y parecía que rodaban, que se despeñaban por las concavidades de la sierra.

Todo era pavoroso.

El Taripó estaba transido de terror, y estrechaba sobre su seno como queriendo defenderle, al ñiño.

El Taripó recordaba las palabras que al separarse de él le había dicho angustiada Aurora, como si el inocente hubiera podido comprenderla.

Ella había temido no volver á verle.

¿Se cumpliría este terrible augurio de su amor maternal?

Las tempestades en la sierra tienen una violencio extraordinaria.

El viento no puede dilatarse extendiéndose como en el llano, y embistiendo con las grandes masas de los montes, estrechándose en los valles, encañonándose en las barrancos y en las quebraduras, aumenta su fuerza en una progresión incalculable.

La electricidad se concentra con más fuerza y con más frecuencia, atraída por los cerros, y los rugidos del viento se hacen gigantescos, y la lluvia se convierte en torrentes, aumentándose en las ramblas, en los barrancos, en las grietas de la montaña.

El lugar en que se encontraba á caballo el Taripó era ágriamente escueto.

Tenía á la derecha el mismo derrumbadero que habían tenido á la izquierda Mateo y Filomena.

A la izquierda, el flanco tajado de un grandísimo cerro.

Estaba justamente encima de la cueva en que los dos esposos se habían refugiado, y como á unos diez metros de altura.

Si el Taripó hubiera seguido el sendero por donde venían Mateo y Filomena, se hubiera encontrado con ellos en la cueva.

Se hubiera salvado.

Filomena hubiera sido con menos terror la primera nodriza del pequeño Luis.

Tal vez los hechos de nuestra historia hubieran cambiado completamente.

A no dudarlo, y atendida la bondad de los esposos, no hubiera habido necesidad alguna de la Inclusa.

El Taripó había cortado más arriba aquel sendero salvador, para tomar el en que se encontraba, que abreviaba el camino á la majada de pastores.

En aquel lugar no había más refugio que un pequeño reentrante de la roca, en el cual no batía completa-

mente de frente el que iba convirtiéndose con una rapidez espantosa en huracan.

El Taripó ganó aquel reentrante que le defendía algún tanto de la lluvia, ó más bien del violento aguacero.

Echó pié á tierra.

Estrechó su caballo contra la roca.

Extendió su manta sobre el caballo, y con el niño siempre adherido á su seno, se fué inclinando sobre sus rodillas bajo aquel reparo, bajo aquella tienda por mitad viviente.

Su angustia crecía.

Su terror se había convertido en pavor.

La tormenta arreciaba.

El Taripó creía oir las voces formidables de legiones de demonios que le amenazaban.

Su alma buscaba el alma de Aurora, al par que oraba con toda su fe á Dios, rogándole que ya que no le salvara á él, salvase al niño.

—Si yo he pecado, señor,—decía,—sálvale tú; él es un inocente; sálvale por su madre, y mátame á mí.

Y no era que el Taripó se aterraba por asustadizo.

Conocía demasiado la gravedad del peligro, y que cuando la tormenta llegase á su apogeo, dado el lugar en que se encontraban, los arrastraría el huracan.

Sólo un milagro podía salvarlos, y este milagro, como saben nuestros lectores, no se realizó más que en parte.

Y el Taripó rezaba con toda su alma, y á medida que acrecía en sus oraciones, la tormenta crecía en furor.

—¡Jesús María y José!—dijo de improviso el Taripó.

Y no dijo más.

No pudo decir más.

Había llegado el momento terrible.

El momento supremo.

Un relámpago deslumbrador había envuelto su cabeza, en torno de la cual había estallado en una explosión monstruosa, algo formidable, algo inconcebible.

El torbellino había caído de la altura sobre la sierra, y rodando como un gigantesco globo de fuego por entre los montes, había cogido al Taripó y á su caballo.

El hombre y el animal fueron arrebatados por las invisibles garras del torbellino y lanzados en el espacio, más lejos el caballo, que tenía más volúmen, y el Taripó, como sabemos, á la entrada misma de la cueva donde se habían refugiado con su hijo, Mateo y Filomena.

Hé aquí explicada en todos sus detalles la historia de la conmovedora aventura que había sorprendido á los dos esposos, y que había puesto en su poder al pequeño Luis.

CAPITULO XXV

En que se cuentan muchas cosas para la mayor claridad de nuestro relato.

Las tormentas de verano, por terribles que sean, pasan muy pronto.

Poco tiempo después de la desgracia del Taripó, habiéndose alejado con el niño Mateo y Filomena, el mísero quedó abandonado en aquel lugar desierto, por donde alguna vez y en muy largo tiempo solía pasar algún huido ó algún extraviado.

El hombre y el caballo estaban destinados á desaparecer en sepulturas vivientes.

En el estómago de los lobos ó en el buche de los buitres ó de los cuervos.

En efecto, estos voraces animales no habían desaprovechado aquellas dos presas.

Esto es terrible.

Pero así lo encontramos consignado en los datos

que nos sirven de guía para ordenar y referir esta verídica historia, notabilísima como lo verán nuestros lectores.

Pasaron seis dias.

Una pareja de la guardia civil, que hizo una batida en la sierra en persecución de un bandido terrible, encontró á la salida de un barranco un caballo devorado por animales carnívoros.

Entre los despojos del pobre jamelgo yacía su montura, señal clara de que había llegado hasta aquellos lugares con su ginete.

Aquel ginete no debía estar lejos.

Acaso él y su caballo habían sido víctimas del tremendo criminal que se perseguía.

La pareja reconoció en todos sentidos los alrededores, y al fin descubrió los miserables restos del Taripó á la entrada de la cueva.

Había sido también devorado.

Su cabeza, corroída, hacía imposible reconocerle.

Junto á él habían quedado girones sangrientos de su traje é intactos, aunque ensangrentados también, su canana, sus botines, sus zapatos y algunas monedas de oro, con el tabaco y los avíos de encender; con todo, en fin, lo que no había sido comestible, esparcido acá y allá.

Las cenizas que restaban de la hoguera encendida por Mateo, y que habían quedado en la cueva, indicaban que allí había habido gente escondida después del crimen.

Porque los guardias debían suponer un crimen por el cuerpo de delito que tenían ante sí.

Los guardias siguieron su batida con más ardor, creyendo haber encontrado el rastro del bandido á quien perseguían, y habiendo llegado por la tarde al pueblo, residencia, como sabemos, de Mateo y de Filomena, dieron por escrito parte circunstanciado al alcalde de lo que habían encontrado.

No era posible dejar abandonados é insepultos los restos ya roidos por bestias, conociéndose un sér humano en ellos, y además la justicia necesitaba tomar acta para castigar al asesino si le había, y se le descubría.

El alcalde con su secretario, con su alguacil, con cuatro vecinos, marcharon, unos á caballo y otros en machos, llevando consigo un ataud al lugar de la catástrofe que estaba sólo á dos leguas del pueblo.

En cuanto llegaron y examinaron los restos que allí quedaban, don Hipólito, que así se llamaba el secretario del ayuntamiento, exclamó:

—Pues ya sé yo quién es el muerto.

—Ojos es menester tener para conocer á quien no tiene cara, ni siquiera carne,—dijo el alcalde algo celoso de la penetración de su secretario.

—Pues en fe de Dios,—dijo don Hipólito,—que nada tiene eso de particular, don Braulio, conque yo viera junto á esos huesos su sombrero de usted, ya sabría aproximativamente, es decir, tendría un vehementísimo indicio de quién era el difunto.

—¡Cáscaras!—dijo el alcalde:—*antes ciegues que tal veas.*

—No lo digo yo por tanto,—respondió don Hipólito,—que no tengo yo motivos para desearle á usted un fin tan desastrado como el del pobre Curro el Taripó.

—¡Ah! ¡el capataz de la granja de los gitanos!

—Sí, de la granja de Figueroa, que como usted sabe, es el rey de los gitanos de esta tierra, y aun creo que de toda la gitanería que se extiende por el mundo.

—¿Y de dónde saca usted que esos son los restos del Curro?

—De los botines que son cordobeses, y no los usa nadie en esta tierra más que los gitanos y no todos; son además nuevos y muy ricos y muy majos; el Taripó era muy buen mozo, y vestía á su usanza: mire usted don Braulio los botones de las mangas y de la chupa con moneditas de oro de premio, de las de veinte y un real y cuartillo; además, cuando é ido de caza y he pasado por la granja y he descansado en ella, le he visto picar un cigarro muchas veces con una navaja de lengua de vaca, con cachas de asta de ciervo y anillo y contera de plata. ¿Cómo después de estas señales no quiere usted que yo diga que esos pobres restos son los del desventurado Curro el Taripó, Dios le haya perdonado?

—A tales razones hay que darse por vencido, don Hipólito,—dijo el alcalde.

—Ya sabe usted que yo no acostumbro á hablar de nada sin fundamento, don Braulio.

—Ya nos consta á todos que es usted un hombre muy formal, don Hipólito.

—A más de eso. ¿No ve usted algo blanco que mueve el viento, agarrado á un espino en lo alto de la entrada de la cueva?

—¡Ah! ¡sí! ¡un trapo!

—No, señor,—dijo el secretario,—es un pedazo de encaje y de lo rico, de lo que cuesta un dineral; apostaría á que es punto de Malinas.

—¡Atiza! y qué buena vista tiene usted, don Hipólito.

—Dios me la conserve.

—¿Y de dónde cree usted que pueda proceder ese pedazo de encaje?

—Como no fuera de la guirindola de la camisa de Curro...

—Es posible; los gitanos ricos gastan muchos arrumacos; pero ¿cómo ha podido quedarse allí parte de la guirindola?

—Pura y sencillamente, por haberse enganchado en los espinos al caer despeñado Curro.

—Pues si eso es así, Curro no ha muerto de homicidio sino despeñado.

—Eso no prueba nada,—dijo don Hipólito;—puede haber caído por la cortadura, después de haber sido herido.

—¿Y han herido también al caballo, cuyos restos están más abajo?

—También es verdad: vamos, ya sé; los cogió la racha atroz de hace cinco días por estas alturas, y se los llevó el viento; por eso el hombre cayó aquí y el caballo allá.

Por esta concurrencia de indicios, don Hipólito había dado al fin con la verdad.

—Es necesario recoger aquel pedazo de encaje,—dijo don Hipólito: á ver, que se suba uno y lo recoja.

Uno de los vecinos armados que acompañaban á la justicia, trepó con facilidad, como si hubiera sido una lagartija, á donde estaba el girón de encaje, lo desenganchó, lo recogió, bajó y lo entregó al alcalde.

—Esto no ha sido nunca una guirindola, —dijo éste examinando el girón.

—No,—dijo don Hipólito:—esto es sencillamente un pedazo de adorno de un traje: ¿vendría el Taripó con una mujer? y si ha sido asi, ¿qué mujer era ésta que gastaba encajes tan ricos? ¿y sobre todo, dónde están sus restos? Es necesario reconocer el terreno.

Se reconoció escrupulosamente durante más de tres horas, y nada se encontró.

La justicia recogió los restos humanos, los girones de traje y la montura del caballo; se fué á su pueblo, libró acta y la envió al juez del partido, manifestándole que al día siguiente iba á ir á la granja de los Figueroas á continuar en sus investigaciones.

Y en efecto, al día siguiente se trasladaron á la granja don Braulio, don Hipólito y el tio Calceta, que así se llamaba de mal nombre el alguacil.

Cuando llegaron encontraron la granja alborotada.

Don Luis de Figueroa, Oclay de los gitanos, y su mujer doña Rosa, acababan de llegar.

Aurora, su hija, la Manclayí, estaba agonizando.

¿Cómo había sido esto?

Pongamos en antecedentes á nuestros lectores.

Aurora y Soleá esperaban á Curro al anochecer del día siguiente.

Pero amaneció y no llegó Curro.

Pasó el día y llegó la noche sin que Curro volviera.

La ansiedad de las dos jóvenes se hizo insoportable.

Ya sabemos que las dos amaban á cual más al Taripó.

Pasaron una noche horrible.

Aurora contrajo una fiebre intensa que amenazaba hacerse cerebral.

Soleá se aterró, y fiando en la práctica que le habían dado su oficio y su experiencia de curandera, acudió á combatir el mal de Aurora con yerbas que ella misma cogió de la sierra, saliendo por el postigo de la huerta.

Logró combatir el mal, pero no pudo vencerlo.

Pasaba el tiempo y Curro no volvía.

¿Qué había sido de él?

¿Qué había sido del niño?

Indudablemente había acontecido una horrible desgracia.

Soleá no sabía qué hacerse.

La fiebre de Aurora no se agravaba, pero tampoco cedía.

Soleá luchaba brazo á brazo con ella, como si hubiera podido hacerlo el médico más sabio.

Ella se sentía también gravemente enferma, sostenida como por un milagro, por una maravillosa fuerza de voluntad, para cuidar de Aurora.

Pero al fin, al sexto día, se sintió desfallecer.

La había acometido también la fiebre.

Entonces, haciendo un último esfuerzo, se fué á la puerta del palacio, la abrió, y no pudiendo adelantar más, dió voces, pidiendo socorro:

—¡Calla!—dijo el tío Fatigas,—parece que en el palacio dan gritos.

—Cuando yo decía,—saltó la Braquia que estaba cerniendo trigo,—que en el palacio había duendes...

—¡Y gritan que se las pelan!

—Pues ir uno allá á ver lo que es.

—¡Y si son los duendes!—exclamó con la voz temblorosa el viejo.

—Aunque sean los *begorros*,—exclamó la Braquia, que ni temía ni debía,—voy yo.

Y dejando su faena, dió á correr hácia el palacio y encontró en su puerta sentada y desfallecida á Soleá.

—Al instante, al instante,—dijo ésta á la gitanilla; —que vayan á avisar al Oclay; la Manclayí está enferma y con riesgo de muerte en el palacio.

Al oir esto la Braquia, que quería mucho á Aurora, se puso á dar gritos desesperados con todos los extremos de los gitanos cuando se impresionan gravemente.

—Ya se están comiendo los *mengues* á la Braquia, —dijo á los otros gitanos el tío Canrias, que temblaba de los piés á la cabeza.

Sobrevino la Bràquia temblorosa, pálida.

Traía los ojos espantados.

—Bien empleado te está,—dijo el tío Canrias,—por atrevía y aelantá que tú eres; y dále gracias á Ondivé porque los *mengues* no te han *tragelao.*

—Güenos *mengues* me dé Dios;—dijo la Braquia;—la Manclayí está en el palacio y se está muriendo de enfermeá; es menesté que uno apareje y *chapesque*, y que le igan al Oclay que la Manclayí está aquí, que se muere, que venga sin pérdia e tiempo.

Se pasó el susto de los duendes.

Pero les entró á los gitanos otro susto mayor.

¡La Manclayí estaba allí y se moría!

Ellos no podían explicarse esto.

Se armó una de alaridos y de exclamaciones y de votos á la virgen y á todos los santos, y allá se fueron todos al palacio.

Entretanto, uno de los gitanos había aparejado y había salido *chapescando* como alma que lleva el diablo á Madrid, á avisar de lo que sucedía al Oclay.

El tío Canrias, que era muy curandero, examinó á Aurora y puso muy mala cara.

Disimuló, sin embargo, y se fué él mismo á buscar una yerba maravillosa, de la cual decía que sino curaba á la Manclayí, no habría nada en el mundo que la curara: y añadió, dirigiéndose á Soleá que quería ayudarle; aparte osté, prenda güena, jaría osté mu bien en acostarse en la cama, que osté no está güena y me paese á mí que las dos van ostés por un mesmo camino; pero aquí estoy yo, que de otras más grandes é salío con palmas.

Entretanto, el *Jucó* (el Flaco), que así se llamaba el gitano que había partido para Madrid, espoleaba á su caballo, y en muy poco tiempo llegó á la quinta de Luis de Figueroa, en las Peñuelas, y le dió parte de que su hija la Manclayí estaba en la granja de la sierra muy enferma y en peligro de muerte.

Luis y Rosa partieron inmediatamente á caballo, acompañados de un médico, provistos de un botiquín y escoltados por algunos gitanos de su servidumbre, y llegaron por la tarde á la granja.

Rosa iba muy enferma, y sin embargo, soportó las fatigas de aquella violenta jornada á caballo, sostenida por su amor de madre.

La escena que siguió inmediatamente á la llegada de los desolados padres, fué desgarradora.

Luis y Rosa se arrojaron en los brazos de su hija, cuya fiebre, gracias á los esfuerzos del tío Canrias, había cedido un tanto.

Nada se dijo.

Nada se preguntó.

No eran aquellos momentos de recriminaciones.

El médico prescribió el más absoluto reposo de la enferma.

La llegada de sus padres había empeorado su situación, que era ya muy grave.

Era cuanta desdicha podía sobrevenir á los ya des venturados padres.

Soleá, que estaba mucho menos enferma que Aurora, los informó de todo.

Pero no dijo quién era el hombre que había perdido á la Manclayí, porque no podía revelarlo.

El secreto había muerto con el Taripó, y Aurora no podía decirlo.

Poco después de la llegada de sus padres se había condensado la fiebre y había sobrevenido el delirio.

Aurora moría de amor.

De amor por el Taripó.

La larga tardanza de éste en volver, la había hecho concebir la idea de que había perecido.

Esta idea se había fijado en ella.

La había causado la fiebre que la mataba.

Inútiles fueron todos los esfuerzos de la ciencia.

Inútiles todos los ruegos y todos los votos de los padres á Dios para que hiciera un milagro.

Aurora murió al amanecer del día siguiente entre los brazos de Luis y de Rosa sin reconocerlos.

Aquella horrible desgracia agravó extraordinariamente la enfermedad del corazón que padecía Rosa.

Luis estaba doblegado.

Se sentía más y más bajo la influencia de una maldición terrible.

Oía constantemente aquella voz formidable que le decía en el fondo de su conciencia:

«Tú estás maldito, y en ti están malditos tus hijos »y los hijos de tus hijos; tú no has vengado á tu pa»dre; tú te has unido dominado por el amor con la »hija de su asesino.»

No podía darse mayor amargura.

La superstición, el fanatismo, hacían que Luis creyese en aquella maldición, porque había perdonado al padre de la mujer que amaba.

Porque no había ejecutado una terrible venganza sobre el Timují, sobre el infame Juan de Figueroa.

Esto era tener la idea de un Dios de ira y de venganza.

Esto era el grito de la conciencia de Luis de Figueroa; porque en efecto, había mucho de nefando, mucho de violencia del sentimiento filial en su casamiento con Rosa.

Pero ¿por qué á Rosa había de alcanzarla aquella maldición?

¿Qué mal había hecho ella á los padres de Luis?

Pero Luis veía en esto un castigo más que Dios le infligía, hiriendo de muerte á la mujer que amaba de una manera tan profunda, á medida que trascurría el tiempo.

Rosa era jóven aún.

Aún no había cumplido los cuarenta años.

Su hermosura, en vez de marchitarse, había crecido.

La delicada niña se había convertido en una magnífica matrona, enriquecida con todos los hechizos de la belleza llegada á su apogeo.

La languidez, la palidez, la dulce demacración que le había producido la enfermedad terrible que se había apoderado de ella, habían espiritualizado su hermosura, la habían hecho casi sobrenatural.

En sus grandes y magníficos ojos se veía la inmensidad de la vida. La ardiente fiebre del amor.

La muerte de Aurora había puesto el colmo á aquella desventura.

En tal situación llegaron á la granja don Braulio, don Hipólito y el tío Calceta el alguacil, á seguir sus investigaciones respecto á la identidad del Taripó.

Se encontraron con que á causa de lo reciente de la desgracia que había sobrevenido, no pudieron ver á los dueños de la casa.

Pero si no podían interrogar á los señores, podían interrogar á los criados de la granja.

El tío Canrias, el segundo aperador, reconoció los botines y los restos del traje que se le presentaron, como pertenecientes al Taripó.

De igual manera los reconocieron todos los otros gitanos.

Lo que ninguno reconoció fué el girón de encaje que se había encontrado en las zarzas, encima de la entrada de la cueva.

Faltaba por declarar Soleá, á la que la Braquia había citado.

Aunque estaba en cama y con calentura, podía declarar.

Es más, pidió que se le tomase declaración.

Así podía saber lo que había sido del Taripó.

Podía, además, fijar la situación de honra de la familia.

Ya sabemos que una gitana que se fuga del techo paterno con un gitano, no se deshonra.

Es que se case con él por su libre voluntad contra la de sus padres, y el que los padres los perdonen, en último resultado, lo arregla todo.

Soleá declaró que la Manclayi había tenido amores secretos con Curro Rodríguez, el Taripó.

Que al sentirse madre la Manclayí, había huído con el que ya era su esposo á la granja, donde había vivido secretamente, sin que nadie de la granja lo supiera.

Que ella era partera.

Que Curro, que era su primo, la había llevado á la granja para asistir en su alumbramiento á la Manclayí.

Que ésta había dado con toda felicidad á luz un hermoso niño.

Que su padre se lo había llevado á Madrid para ponerlo en cría.

Que no habiendo vuelto á tiempo su esposo, la Manclayi se había *arrebatado* de tal manera, que le habían sobrevenido *calenturas negras*, (así las llamaba

Soleá en el lenguaje de su curandería); que habían podido más que ella y se la habían llevado.

Añadió, llorando á lágrima viva, que reconocía como perteneciente á su primo Curro, el Taripó, las prendas que se le presentaban, y que el pedazo de encaje pertenecía á la envoltura del niño.

De modo, que si Curro había perecido, *su hijo* había perecido con él.

Al llegar á este punto de su declaración Soleá, toda la justicia del pueblo de Alcor de la Sierra, incluso el tío Calceta, se crispó.

Sintieron un horror muy natural, porque al fin ellos eran unos buenos hombres de bien.

Ellos habían reconocido cuidadosamente el lugar de la catástrofe y sus alrededores, y no habían encontrado ni el más leve vestigio del cadáver del niño.

Esto se comprendía.

Como los huesecitos eran muy tiernos, los lobos se habían regalado con ellos.

Hasta el traje se lo habían comido, puesto que de él no se había encontrado más que un pedazo de encaje que al caer despeñados el padre y el hijo se había quedado en las zarzas.

La declaración de los dueños de la granja no era ya importante, y la justicia respetó su dolor.

Nada tenían que averiguar.

Todo estaba averiguado.

No había habido crimen ni desgracia.

Todo estaba completamente probado.

La justicia de Alcor de la Sierra se retiró.

En cuanto á Soleá, se quedó en una horrible duda acerca de si el pequeño había perecido ó no.

Aquel mismo día, el conmovedor cadáver de Aurora, acompañándole sus padres, fué trasladado á Madrid.

Tanto el funeral gitano como el religioso, fueron ostentosísimos.

El Oclay y la Oclayí se encerraron á piedra y lodo, y no se dejaron ver de nadie, doblegados por el intensísimo dolor de su desventura.

Pero la Quiribi no podía arrancarse de sí la duda de lo que había sido del hijo de Aurora.

Envió á decir á Luis que para una cosa muy grave que correspondía á la difunta, necesitaba hablarle sin pérdida de tiempo, y que como por estar ella enferma en cama no podía ir á verle, era necesario que el Oclay fuera á su casa.

Luis fué.

Soleá sostuvo la mentira de que los amores que habían matado á la Manclayi, habían sido los del Taripó.

Si hubiera revelado la verdad, una deshonra de las más infamantes hubiera caído sobre la memoria de Aurora.

La de haberse entregado á un castellano y haber huido con él.

Esta deshonra habría alcanzado al Oclay y á la Oclayí.

Los hubiera desprestigiado ante sus súbditos.

Hay que advertir que Luis de Figueroa había creído de buena fé lo de los amores de su hija con el Taripó.

Nada tenía esto de extraño.

Curro era un real mozo, y además de una purísima sangre gitana, que era toda la nobleza que se podía desear.

El pedazo de encaje que Soleá había visto y que era del que había adornado la envoltura del niño, era la clave de la cuestión.

Soleá tenía la imaginación muy viva, muy penetrante, y á pesar de su fiebre, había dado muchas vueltas sobre aquel girón.

Se había puesto en todo.

—Jagámonos cuenta,—dijo al Oclay,—que al caer mi pobre Curro por el espeñaero, llevaba en los brazos á *su hijo*;—(Soleá, sin poder evitarlo, pronunciaba siempre de una manera singular la frase que hemos subrayado);—que el niño se enreó en las zarzas y se queó enganchao en ellas; pué sé que Dios jisiera este milagro y que dimpués pasara una güena arma y recogiera vivo al niño; y mire su mersé, señó, que Curro llevaba una carta pa el retó de la *Cuna* de Madrid, y que esa carta no la ha encontrao la justisia; y dígamosté, señó, ¿no púo el que encontrase al niño registrar á Curro y encontrarle la carta? ¿Y si era hombre de bien no ha podío llevar el niño á la Inclusa pa que allí lo encontraran sus padres?

La hipótesis de Soleá era un tanto violenta, pero no absurda.

Tan no lo era, que se acercaba mucho á la verdad de lo que había sucedido.

El Oclay encontró extraordinariamente bizarra la suposición de Soleá.

Sin embargo, no la desatendió.

Llevando una nota que Soleá le dictó de las prendas que sobre sí tenía el niño, en cuanto salió de casa de la Quiribí, se fué á la Inclusa y preguntó por el rector.

Luis de Figueroa conservaba su aspecto y sus maneras de gran señor.

A lo gran señor vestía.

A lo gran señor era su tren.

Así fué que el buen rector de la Inclusa se apresuró á recibirlo, bien ajeno de que recibía al rey de los gitanos.

—Perdóneme usted si vengo á incomodarle, señor mío,—le dijo Luis.

—Señor, usted no me incomoda en manera alguna; antes bien, me proporciona un placer poniéndome en ocasión de servirle.

—Muchas gracias, señor rector; pero vengamos al asunto que me trae, que es muy importante; ¿ha entrado aquí hace pocos días en este benéfico establecimiento una criatura que haya traído sobre sí las prendas y las alhajas, cuya noticia se contiene en esta nota?

Y la sacó de una cartera y la entregó al rector.

Este se puso pálido y miró profundamente á Luis.

Tomó la nota y la examinó.

—En efecto, dijo; —hace seis ó siete días ha venido un niño que traia sobre sí las ropas y las alhajas á que se refiere esta nota.

Luis se conmovió visiblemente.

—¿Y vive este niño?—dijo con la voz temblorosa.

—Indudablemente vive,—dijo el rector,—puesto que no hemos recibido noticia alguna en contrario.

—¡Cómo! ¿pues qué no está en la casa?

—No, señor.

—¡Que no! ¿y cómo puede ser esto?—preguntó con la voz severa Luis.

—Es necesario que yo cuente á usted cómo ha venido á este establecimiento esa criatura,—dijo dulcemente el rector.

—Veamos, dijo Luis,—sin amenguar su severidad.

—Yo tengo un antiguo compañero, un grande amigo mío,—dijo el rector,—un dignísimo eclesiástico que sirve como párroco en el pueblo de Alcor de la Sierra.

—Le conozco,—dijo Luis, aflojando en su severidad:—don Martín Moscoso, la granja que poseo en la sierra de Guadarrama, está en la jurisdicción del pueblo de Alcor de la Sierra, y por consecuencia es de la feligresía del excelente don Martín.

—Pues bien,—dijo el rector:—hace siete ú ocho días. mi amigo don Martín vino á buscarme.

Le acompañaba doña Estefanía, su buena ama de gobierno.

Esta traia en los brazos una hermosa criaturita de muy poco tiempo.

Casi recien nacida.

—Francisco,—me dijo don Martín;—vengo á buscarte para confiarte este angelito de Dios, que Dios me ha confiado.

—Vamos, y qué tienes tú que ver con esa criatura; Martín,—le dije, chanceándome.

—Anoche,—dijo don Martin,—llamaron muy tarde á la reja de mi cuarto; yo creía que venían á pedir los sacramentos.

Me levanté y acudí á la reja.

—Señor cura,—me dijo una mujer que venía muy envuelta,—vengo á confiar á usted una criatura, de la que sus padres se ven obligados á separarse durante algún tiempo; esperan que usted la lleve á la Inclusa de Madrid con esta carta para el rector.

Yo no creí que debía preguntar.

Pero creí sí que debía aceptar.

Abrí la puerta.

Tomé la criatura y la carta.

La mujer desapareció.

Yo, con la confianza que me daba nuestra antigua amistad, abrí la carta.

Nada más puedo decirle.

Aquí están la carta y el niño.

No pregunté nada á don Martín.

El secreto de estas cosas es inviolablemente respetable.

Además de esto, don Martín me había dicho que nada más sabía.

Yo, para descargo suyo, hice un inventario detallado de las alhajas y de las ropas que el niño traía, que eran de un gran valor, y le firmé y le di como un recibo á mi amigo.

Yo á mi vez entregué aquellos efectos en la administración del establecimiento, y ahí están.

—¿Pero, y la criatura?—preguntó con ansiedad Luis.

—El niño que fué bautizado por mí, y al que se le puso por nombre Luis, según se me prevenía en la carta, fué entregado para que lo criasen por recomendación de don Martín á Filomena, esposa de Mateo Malespina, matrimonio que tiene un pequeño comercio de lencería en el pueblo de Alcor de la Sierra.

—¿Y puedo yo ver esas joyas, esas ropas y esa carta?—dijo Luis.

—Indudablemente, señor,—dijo don Francisco;—la carta está á mano; en cuanto á las ropas y á las alhajas, voy á pedirlas.

Y abrió un cajón de su escritorio.

Sacó la carta y la entregó abierta á Luis.

Este reconoció á primera vista la letra de su hija, aunque aparecía indecisa, como escrita por una mano trémula.

Se estremeció y se le llenaron los ojos de lágrimas.

Don Francisco le miraba atentamente.

Luis leyó la carta, y en silencio la devolvió á don Francisco.

Entretanto, una hermana de la caridad llegó con un paquete que don Francisco había pedido, se lo entregó y se fué.

Aquel paquete estaba numerado, y además sellado.

Don Francisco rompió los sellos y desenvolvió el paquete.

Aparecieron las joyas y las ropas que ya conocemos.

Luis reconoció aquellas joyas.

Pero calló.

Su emoción había crecido.

El llanto reventaba en sus ojos.

Se reprimió, y dijo:

—Señor mío, yo doy á usted gracias con toda mi alma por su bondad; yo me llamo Luis de Figueroa, y habito en una quinta cerca del barrio de las Peñuelas: cuanto soy, cuanto tengo y cuanto valgo, está á la disposición de usted: y yo estimo en lo que vale el que usted me conceda su amistad.

—Yo me ofrezco al tanto, señor mío,—respondió don Francisco.

Hubo una salva de cumplimientos, y al fin Luis, que estaba impaciente, se despidió.

Antes de volver á su quinta, entró en la casa de la Quiribí.

—Diga su mersé, señó,—exclamó con avidez en

cuanto le vió la gitana:—¿ha estao su mersé en la Inclusa?

—Sí,—respondió Luis, mirando con una extraordinaria fijeza á Soleá:—¿me has dicho tú la verdad?

—Pues ya se vé que sí,—respondió Soleá:—así la Santísima Virgen del Carmen y su esposo el bendito señó San José y su divino hijo Nuestro señó Jesucristo, no me asista en la hora de mi muerte, que me paese que no está mu lejos, porque yo me ajogo é pena, si yo he mentío; ¿pero ha paresío el niño?

—Dicen que está en el pueblo de Alcor de la Sierra. Y dime tú, Soleá, y nada temas: ¿no fuiste tú la mujer que lo llevó de noche á entregárselo al cura de Alcor de la Sierra?

—¡Ay maresita mía del consuelo! ¿y por qué no me cree á mí su merse? too lo que yo é icho á su mersé es la purita é la verdá, y lo que no he visto lo he endivinao.

—¿Y amaba mi hija al Taripó?—preguntó, haciéndose una violencia el Oclay.

—Con toitica su alma, señó,—contestó con acento singular en que vibraban los celos, la Quiribí.

—¿De modo que mi nieto es indudablemente hijo del Taripó?

Al Oclay le costaba trabajo creer que dada la educación de Aurora, hubiera podido enamorarse de un hombre como el Taripó, hasta el punto de enloquecer y de atreverse á todo por él.

—¿Pus de quién ha de ser?—exclamó con acento de

escándalo la Quiribí; —no tenía la *arate* tan flamenca y tan *callí* como su mersé, señó?

—¿Y afirmas que no fuiste tú la mujer que llevó el niño al cura de Alcor de la Sierra?

—¿Pero cómo puee ser eso, señó? ¿estaba yo por ventura allí, cuando se espeñó el pobrecito Curro de mi alma, que yo le quería y le quiero, porque era mi primo carnal, hijo del hermano de mi padre? ¿pus qué, puse yo en el espino el peaso é encage que allí se queó? ¿pus qué, no estaba yo cuando sucedió la esgracia cuidiando dela pobrecita Manclayí *Ondivé* la haya perdonao? ¡Ojalá juera así, que yo no juera llevao el niño á onde osté ise, señó, que entonces viviría el pobre Curro, y no hubiese *palmao* (acabado) la Manclayí é mi alma!

Estos últimos argumentos de la Quiribí eran concluyentes.

El Oclay se despidió, dejó dinero á las gitanas que la asistían, y encargándoles cuidasen mucho de ella, se fué á la quinta, y sin perder un momento, montó á caballo, y escoltado por cuatro gitanos, tomó á mata caballo el camino de la sierra y del pueblo de Alcor de la Sierra.

Llegaron en pocas horas.

El Oclay preguntó por la casa del cura, y á ella se fué.

CAPÍTULO XXV

En que se vé que el nieto de Luis de Figueroa se había perdido.

Don Martín no se sorprendió cuando vió al Oclay.

—Le esperaba á usted, señor,—le dijo,—yo lo sabía todo por la justicia de este pueblo; usted viene, sin duda, en busca de un niño que, ignorando de todo punto quiénes fueran sus padres, llevé yo mismo á la Inclusa de Madrid, y lo entregué muy recomendado al rector de aquel establecimiento, que es un antiguo y grande amigo mío.

—Ese niño,—dijo Luis sacando su cartera y de ella un papel,—y consultándolo, fué sacado de la Inclusa, por un matrimonio que usted recomendó.

—Exactamente, señor,—dijo don Martín que estaba muy contrariado;—por Mateo Malespina y Filomena Díaz, vecinos que han sido de este pueblo.

—¡Cómo! --exclamó Luis inmutándose; —¿pues qué ya no lo son?

—Desgraciadamente, señor; han desaparecido hace cuatro días.

—¿Pero se sabe á dónde se han trasladado?—exclamó con ansiedad Luis.

—Si se supiera, señor, no diría yo que habían desaparecido; —observó don Martín, pero con una perfecta cortesía.

El Oclay se irritó.

—Comprendo,—dijo; —se me esperaba y esa gente pretende sacar partido de esa circunstancia.

—Si eso fuera así,—dijo don Martín cambiando de tono y con una severa firmeza,—no tomaría yo parte en esa superchería indigna.

—Muy lejos de mí tal pensamiento,— se apresuró á decir Luis; — pero ellos pueden haberlo hecho y lo han hecho, sin duda alguna, sin conocimiento de usted; es necesario buscarlos, ofrecerles cuanto quieran...

—Tengo el sentimiento de decir á usted,—respondió don Martín siempre con acento severo,—que los dos esposos han desaparecido por una desgracia que les obliga á ocultarse; él ha matado á un hombre y ha huído; poco después ha desaparecido su mujer.

—¡Con el niño!

—Sí, con su niño y con su hija; la justicia los ha buscado; la Guardia civil los ha perseguido, y hasta ahora no se ha podido dar con ellos.

Don Martín hablaba con un verdadero sentimiento de aquella desgracia.

Luis estaba consternado.

Sus grandes y poderosos ojos gitanos ardían.

Relampagueaban á veces, dejando ver una chispa de ferocidad salvaje, inquieta.

Un sello de raza.

Don Martín, aunque severo, le miraba con un gran interés.

Era Luis muy hermoso.

Apenas si contaba cuarenta y cinco años.

Estaba en todo su vigor, en toda su fuerza.

Era un tipo notabilísimo.

Vestido á propósito, hubiera podido parecer muy bien un antiguo rey de Babilonia.

La raza oriental característica de los gitanos, estaba en él perfectamente conservada.

Como lo estaba en Rosa.

Como lo había estado en María del Amparo y en su nieta Aurora.

En Luis se unía de una manera admirable este sello de raza á una gran distinción.

A las maneras de una educación exquisita.

Pero á pesar de esto, cuando se excitaba como entonces lo estaba, aparecía en él la ferocidad ingénita de su raza.

La pantera domesticada se sublevaba.

Y esto era lo que miraba con interés y con cuidado don Martín.

Además de esto, Luis le era extraordinariamente simpático.

—¿Y quién fué la mujer que le entregó á usted el niño?—preguntó al fin Luis.

—La misma Filomena Díaz.

—¿Y cómo tenía el niño esa mujer? ¿quién se lo entregó?

—¡Dios!

—¡Cómo Dios!

—Sí, cuando se despeñó el hombre que llevaba al niño, cayó en la entrada de una cueva donde se habían puesto al abrigo de la tormenta Mateo Malespina y su mujer Filomena.

—¿Y fué por voluntad de ellos el encargarse del niño para criarlo?

—Sí, Filomena es una joven, aunque lugareña, y de una educación humilde, de un corazón sincero y de un carácter á toda prueba; se interesó por el niño que ella creía se lo había enviado Dios huérfano para que ella fuera su madre, y contrajo por él un cariño verdaderamente maternal. Ella no quiso se le llevara á la Inclusa, pero era necesario por si un día lo reclamaban sus padres; se le llevó, pero ella pensó sacarlo para criarle, encargándose de él, respondiendo de él: yo la recomendé porque Filomena era mejor nodriza que otra cualquiera de la Inclusa, y porque yo, mediante Dios, le hubiera educado mucho mejor que como se educa en el hospicio. El pequeño Luis había encontrado una familia, una familia del corazón.

—Y ha perdido la suya; su familia legítima, porque él no es hijo de la deshonra; su padre era el esposo de su madre; circunstancias extraordinarias que son largas de referir...

—Y que yo no pretendo saber, señor.

—Pero en fin, yo creo que no todo está perdido,—dijo como consolado por una esperanza Luis.

—Yo creo,—respondió don Martín,—que cuando ellos estén en seguridad me escribirán, y me dirán el lugar de su paradero.

—¿Y es muy grave el delito que ha cometido el Mateo?

—Yo no creo que haya cometido delito alguno.

—¡Cómo! pues no ha matado á un hombre.

—Indudablemente; pero cuando se mata dentro perfectamente del derecho de legítima defensa, no se comete delito alguno.

—¡Ah! en ese caso volveré muy pronto,—dijo Luis;—yo me encargo de hacer que este negocio se termine rápidamente y con justicia.

—Y así habrá usted pagado, señor, la obra de caridad que tan expontanea y desinteresadamente han hecho los dos esposos. Si ellos no fueran honrados y buenos, atendido el gran precio de las alhajas que sobre sí llevaba el niño, y dadas las circunstancias en que nada más que Dios los veía, para apoderarse de aquellas alhajas hubieran matado ó abandonado al niño sin responsabilidad alguna; pero lo aceptaron como un deber y un amor que Dios les enviaba, me lo trajeron á mí,

y esas alhajas y las señas necesarias para su identidad, fueron entregadas por mí con el niño en la Inclusa con todas las formalidades necesarias.

—Juro á Dios que esa buena obra será largamente recompensada,—dijo con vehemencia Luis.

—Basta con que se la aprecie en lo que vale,—dijo sencillamente don Martín.

—Yo sé lo que debo hacer,—respondió Luis,—y puesto que por ahora nada sabemos, yo me despido de usted, señor cura, pero haré que cuanto antes puedan volver sin temor alguno los fugitivos.

—¿Pero no se detiene usted, á lo menos para descansar?—dijo con su franqueza habitual don Martín;—usted está en su casa, señor mío.

—Mi mujer,—respondió Luis,—se ha quedado esperándome con una gran ansiedad; ya que hemos perdido á nuestra hija, queremos tener esa desdichada prenda suya.

Don Martín no estaba en el caso de insistir.

Podía haberlo tomado como una servil adulación á un hombre rico Luis.

Este salió, montó á caballo y tomó la vuelta á Madrid, tan rápidamente como había tomado su ida á Alcor de la Sierra.

Don Martín permaneció á la puerta de su casa hasta que Luis, con sus gitanos, se perdió en las revueltas de la calle Real.

—Parece un excelentísimo padre,—dijo para sí don Martín;—pero delante de él hay un abismo; algo

maldito; Dios quiera que una maldición no pese sobre nosotros.

Como se vé, don Martín, á pesar de ser hombre de mundo, de talento y de estudios, era un tanto supersticioso.

CAPÍTULO XXVI

En que aparece una recomendabilísima persona que se llama Calambres.

Pocos días antes del en que comienzan estos sucesos, había llegado á Alcor de la Sierra, licenciado del ejército, un llamado Antonio Ramos, mal sujeto, que cuando le tocó la suerte de soldado y se fué á servir al Rey, dejó descansando al pueblo.

Había llegado á sargento primero, y vino mucho peor que cuando se había ido.

Le habían atravesado de parte á parte de un tiro, del pecho á la espalda, y le había quedado una dificultad de respiración que no se hacía sensible sino cuando se fatigaba, y por lo mismo no le permitía continuar prestando servicio.

Había sido valiente hasta rayar en lo temerario.

Había ganado dos veces la cruz de San Fernando, esto, junto al lado que había sabido hacerse con sus

jefes por sus truhanerías, le valió el que al declararle su inutilidad para el servicio, se le señalase una pensioncilla vitalicia de cuatro reales diarios.

Soltero, con una pesetilla por día y en un pueblo de la sierra, *Calambres*, que así se llamaba de mal nombre, Antonio Ramos se hubiera llevado una vida de príncipe, y hubiera podido aspirar á la suprema jefatura de su patria; esto es, de su pueblo, con el título de alcalde.

Pero era el caso, que en los tiempos en que sucedían estas cosas, no ya las pensiones, sino también los sueldos de todo bicho viviente que dependía del Estado, eran fantásticas, invisibles, impalpables, hasta el punto de que cuando de siglo á siglo se daban pagas á las clases pasivas, que por algo tenían este funesto, y aun podría decirse que cicatero nombre, se tomaba como cosa milagrosa y suspirando, porque no había quien se atreviese á predecir cuándo volvería á repetirse el fenómeno.

Esto le importaba muy poco á Calambres.

El se daba buena vida.

Había tomado para sí solo una pequeña casa.

La había amueblado con ciertas comodidades para un pueblo.

Comía á cuerpo de rey en la taberna.

Bebía y triunfaba.

Todos los meses estaba ocho ó diez días fuera del pueblo, y cuando volvía traía regalos de cierto gusto y de cierto precio para las mozas del pueblo que se

desvivían por él, porque al fin era todavía joven y buen mozo y porque aunque le habían licenciado por inútil, ellas no le creían inútil para el matrimonio.

Tocaba, además, la *vigüela* que era un primor, y cantaba, que de allí al coro de los ángeles.

El decía que iba á Madrid á solicitar un empleo que de sí mismo diera algo de sí, y todos lo creían, como que traía de Madrid regalos.

Pero decían también muchos que no iba á Madrid á solicitar ningún empleo, sino á buscarle.

Y que se lo sabía buscar, no tenía duda, porque él volvía siempre con dineros frescos.

Pero nadie reparó en que durante los seis meses que hacía que Calambres había vuelto al pueblo, cada mes, y en los mismos días en que estaba fuera del pueblo, sucedían en la sierra, ya acá, ya allá, robos y asesinatos.

La Guardia civil se desesperaba buscando á aquel facineroso, y no lograba dar con él.

Nadie le conocía, ni podía dar de él señas.

A duras penas, la Guardia civil había averiguado que andaba por la sierra un fraile francisco ceniciento, que llevaba siempre calada la capucha sobre el rostro, y sólo dejaba ver su larga barba blanca.

Pero por más que la Guardia civil había hecho, ninguno de sus individuos había logrado echarle la vista encima al capuchino.

En vano se había encargado á los pastores y á los arrieros y demás gentes que andaba, ya por los cami-

nos, ya por los vericuetos de la sierra, echasen mano al capuchino donde le encontraran, por lo cual, se les daría una buena recompensa.

Pero con esto no se adelantó otra cosa sino que si alguno le encontró, no lo dijo por temor de que le sucediese una desgracia.

En lo tocante á apoderarse de él, todos renunciaron generosamente.

El tremendo fraile les causaba un míedo infinitamente mayor que su avaricia, por pobres y desdichados que fueran.

Este bandido y este fraile, no era otro que Calambres.

Había buscado una guarida en la sierra.

Aquella guarida era cabalmente la cueva donde se pusieron al abrigo de la tormenta Mateo y Filomena.

Afortunadamente para ellos, en aquella ocasión no estaba en su guarida Calambres.

Hubieran perecido los dos esposos y el niño, y el dinero de aquéllos y las alhajas que sobre sí llevaba el pequeño Luis, hubieran pasado á ser la propiedad de Calambres.

Filomena, antes de perecer, hubiera sido injuriada.

No sabemos, en fin, lo que hubiera podido suceder, porque Filomena era en gran parte el móvil de los crímenes de Calambres.

Este, no había podido verla sin apasionarse ferozmente de ella, con uno de esos amores concupiscentes que conducen hasta la locura.

Filomena, en verdad, lo merecía, y no era Calambres el solo que de ella estaba apasionado.

Como todas las mujeres muy hermosas, no podía sonreirse sin que en su sonrisa hubiera algo de provocativo é incitante.

Ella era buena y dulce cuando no se la excitaba, y sonreía á todo el mundo.

Esto era una especie de coquetería inevitable.

Estaba en la naturaleza física y moral de Filomena.

Algunos, engañados por estas apariencias, la habían abordado.

Pero Filomena les había demostrado de tal manera que se habían engañado, que no habían vuelto á ponerse en el caso de recibir una nueva lección.

Acontecía que por desgracia, Filomena era extraordinariamente aficionada á la música.

A la que ella estaba acostumbrada, se entiende.

A la guitarra y al cante flamenco.

Por esta parte le llamaba en gran manera la atención Calambres.

Aunque fuera de una manera honesta, le distinguía.

Las sonrisas para él eran más acentuadas, si se nos permite la frase.

Más fáciles.

Por lo mismo, más irritantes.

Pero Filomena no pasaba de esto.

Ya sabemos que estaba enamorado hasta las entrañas de su Mateo.

Además de esto, su Mateo sabia hacerle hablar á una guitarra, tan bien como Calambres, y cantaba como un *jilguero*.

Era también buen mozo.

Ni por soñación se le ocurrió á Filomena ultrajar ni en lo más leve á su marido á causa de Calambres ni de nadie.

Ni aunque hubiera sido el *rey en presona*, como dicen las lugareñas, para ponderar su querer y su fidelidad á su hombre.

Pero á causa de la música, el guitarreo y el cante, durante las primeras horas de la noches de verano, estaban siempre sentados á la puerta de la tienda.

Acababa Calambres y empezaba Mateo.

Filomena echaba también su cuarto á espadas.

Esta y la otra moza, este ó aquel *endividuo*, lucían tambien sus voces.

El vino andaba á la redonda.

En fin, la gente se divertía sin hacerle daño á nadie y sin ofender á Dios.

Muchas veces asistía á estos sencillos entretenimientos don Martín.

Pero sentado en la parte de adentro de la tienda.

Decorosamente, como convenía á su estado.

Las dos grandes pasiones mundanas del bueno de don Martín, eran la música de aparejo redondo, por decirlo así, y la caza de montería.

El también tocaba la vihuela y cantaba.

Pero en su casa y entre gente de confianza.

Le gustaba la buena tajada y el buen trago, pero no se excedía jamás.

Nadie le vió nunca ébrio.

El médico no tuvo que curarle ningún cólico.

Era francote y campechano.

Pero no había que fiar en esto.

Sus feligreses sabían que no se le podía tentar el bulto á don Martín.

Como capellán de regimiento, había estado en campaña y se había visto obligado á batirse.

Porque hay momentos en la guerra en que hasta los capellanes y los físicos tienen que apretar.

Como que les va el pellejo si no se ayudan.

Así era que sin dejar de ser un ejemplar sacerdote, era divertido y valiente.

Todos le guardaban el aire.

Todos evitaban que se remangase la sotana y metiese mano.

Ya hemos visto que don Martín gastaba navaja.

Si no la hubiera gastado, no hubiera podido cortar tan á tiempo la cuerda de que se había colgado el desesperado Mateo.

Filomena no se hubiera casado con él.

Así es que la navaja de don Martín es uno de los fundamentos de los sucesos de esta historia.

Sin el casamiento de Filomena y Mateo, no hubiera podido ser amparado el pequeño Luis, y nuestra historia sería de otra manera.

Calambres, que era un tunante redomado, ó como

se dice hoy, un granuja, cuando se enamoró de Filomena, reflexionó.

De tal manera se había apasionado de ella, que temió dar un golpe en vago.

La estudió.

Estudió lo que había alrededor de ella.

Vió que Filomena amaba de una manera apasionada y firmísima á su marido.

Que estaba en lo más dulce de la luna de miel.

Acababa de dar á luz á su pequeña Julia.

Las sonrisas y las miradas que á veces le dispensaba Filomena, no eran al hombre, eran al músico.

Calambres tuvo el buen sentido de comprenderlo.

Comprendió además que don Martín era valiente y experimentado.

Un hombre de mundo, contra el cual no valían las más astutas truhanerías.

Que quería á Filomena, que era hija suya de confesión, como si hubiera sido su padre por la naturaleza.

Comprendió, pues, que Filomena estaba difundida, blindada, por decirlo así, no sólo por sí misma, sino por la gente que la rodeaba.

Había, pues, necesidad de un tacto extraordinario para llegar á los fines que Calambres se había propuesto, enamorarla hasta las entrañas.

Disimuló de una manera tan perfecta, que Filomena no vió en él más que un amigo.

Ni nadie vió tampoco otra cosa.

Ni aun el cura, á pesar de su grande experiencia.

Nadie vió en Calambres más que un sujeto muy apreciable.

Le importaba aparecer muy bien.

Acabó por creerse que el dinero que gastaba lo había traido del servic io .

Nada tenía esto de extraño.

Había sido mucho tiempo sargento primero, y los sargentos primeros tienen buenos provechos.

Había sido además de caballería.

Los caballos son muy buenos filtros.

La paja y la cebada son un chorrillo de plata.

Y las monturas.

Y el herraje.

Y otra multitud de cosas menudas, de gotitas de cera, que acaban por hacer un cirio pascual.

Calambres se había propuesto aprovechar una ocasión en que él pudiese despachar para el otro mundo, sin que nadie lo supiese, á Mateo.

Una vez viuda Filomena, él esperaría, él trabajaría la viña hasta que llegase el momento de vendimiarla.

La gran ambición de Calambres era que Filomena le amase.

Así estaban las cosas, cuando Mateo y Filomena recogieron á Luis.

CAPÍTULO XXVII

De cómo Mateo se encuentra en la situación terrible de los que temen persecuciones por la justicia.

Llegó el caso en que por mucha que fuese la fuerza de voluntad de Calambres, su amor por Filomena se desbordó, pudo más que él.

Comprendió que muy pronto no podría humanamente ocultarlo.

Cada día Filomena le parecía más desarrollada, más incitante, más hermosa.

Filomena era un fuego voraz, insoportable.

Los celos que le causaba la felicidad de Mateo, se aumentaban con las confidencias que este rudo y sencillo le hacía, creyéndole su amigo.

—Cada día,—le decía con frecuencia Mateo,—estoy más ciego por mi mujer.

—Lo merece, — decía con la mayor naturalidad del mundo Calambres.

—Es una perla,—añadía Mateo,—y como todavía es una niña, va ganando en perfecciones.

—Es natural.

—Pero esto me mata, decía Mateo:—yo me vuelvo loco.

Calambres, con estas conferencias confidenciales hechas con un naturalismo que no nos es permitido poner de relieve, estallaba.

Las gentes del campo son así.

Demasiado gráficas.

Demasiado al natural.

Como que están más cerca de la naturaleza que los habitantes de las grandes poblaciones.

No le bastaba á Calambres lo que vió con sus propios ojos.

Lo que vió todo el mundo.

Esto es, el creciente y magnífico desarrollo de Filomena, que todavía no había cumplido dieciseis años y ya iba haciéndose una matrona.

Y una matrona, ardiente, gitana.

Sus formas se hacían más puras, más mórbidas, más turgentes de día en día.

Sobre esto venían las confidencias del marido acerca del alma de su mujer.

De los trasportes de su amor.

Y el astuto Calambres continuaba apareciendo tan amigo de Mateo y tan leal para él como si hubiese sido su buen hermano, su hermano del corazón.

Al fin Calambres conoció que le faltaban de todo

punto las fuerzas para continuar en aquel doloroso trabajo, en aquella obra titánica.

Se decidió.

Mateo fué sentenciado.

Algunos días antes de la fecha en que marcha nuestro relato, Calambres dijo á Mateo estando con él en la taberna, bebiendo mano á mano:

—Tengo que hablarte, Mateo.

—¿De qué?

—De una cosa que importa mucho que sea muy secreta.

—¿Es cosa de cuidado?

—No, es una cosa muy buena.

—Pues bien, tú dirás.

—Ahora te vas á tu casa, y yo me voy á la mía.

—Bueno.

—Esta tarde te sales del pueblo y te vas al barranco de los Conejos.

—Bueno.

—Yo estaré allí y te diré.

—Me pones en mucha curiosidad.

—Es que he encontrado una mina de plomo argentífero,—dijo en voz baja Calambres.

—¡Ah!—exclamó, sin poder contenerse Mateo.

—Cállate, que no sospechen; nosotros podemos denunciar solos la mina.

—Pues no faltaré,—dijo Mateo, embriagado ya por el demonio del oro.

Aquella tarde á las dos, Mateo, sin decir nada á

Filomena, porque quería tener noticias exactas, salió de su casa, y luego del pueblo.

Iba de todo punto confiado en Calambres, pero no en el sitio á donde iba á encontrarle.

El barranco de los Conejos era un repliegue sombrío y medroso de la sierra entre dos montes.

Se contaban de aquel lugar leyendas fantásticas de brujas, de aparecidos, de almas en pena.

Y no era esto solo.

Allí se habían cometido también crímenes por bandidos.

El barranco estaba cerca de la carretera, á media legua del pueblo.

Lleno de las sencillas supersticiones de los lugareños, Mateo creyó muy natural que en aquel sitio siniestro hubiera un tesoro.

Se cree vulgarmente que allí donde hay duendes ó malos espíritus, hay escondido un tesoro.

¿Y qué más tesoro que una mina de plomo argentífero?

No podía, pues, sospechar Mateo, aunque hubiera sido suspicaz, de Calambres.

Cierto es que, contra los malos espíritus, no hay otra arma que la señal de la cruz.

Pero el barranco tenía mala fama por el lado del bandolerismo.

A más de la navaja que siempre llevaba, se armó con una pistola de dos cañones, que á más de la escopeta, llevaba en sus viajes.

Y esto, sin sospechar absolutamente de Calambres, su grande amigo.

En media hora llegó al barranco de los Conejos.

Eran las tres de la tarde.

Mateo encontró á Calambres, que le esperaba ya, á la entrada del barranco.

—Así me gusta,—dijo á Mateo;—ya podemos hablar sin cuidado.

—Dí, tú.

—Mira,—dijo Calambres sacando del bolsillo de su chaqueta un pedazo de mineral de plomo.

—¡Ah! — exclamó Mateo con los ojos encandilados.

—Lo he encontrado allí, en aquella altura,—dijo Calambres señalando uno de los lados del barranco.

Mateo examinó el mineral.

Relucía de una manera tentadora.

Calambres se había provisto de él en Madrid.

—¿Y estás seguro de que es una mina?—preguntó Mateo con la voz trémula de avaricia.

—¡Vaya! todo el suelo está lleno de esto; ven y lo verás.

Y echó á andar barranco abajo.

—Por aquí se sube,—dijo Calambres llegando á una cuestecilla por donde se subía al borde del barranco, por su lado derecho.

Mateo, espoleado por la avaricia, trepó por la pendiente, adelantando á Calambres.

Dándole la espalda.

Esto era lo que Calambres quería, para herirle á traición.

De tal manera aborrecía á Mateo, de tal manera estaba impaciente por dejar viuda á Filomena, que apenas le dió Mateo la espalda, se armó.

Había sacado de entre su faja, por la parte posterior de la cintura, un largo cuchillo.

En aquel momento, cuando Calambres iba á herir en el costado derecho á Mateo, éste dió un paso en falso, vaciló, haciendo inútil el golpe que le había tirado Calambres, y vió á éste, al reponerse de su mal paso, al volverse, armado con el cuchillo, demudado, pálido, con la expresión del odio, del exterminio y del asesinato en los ojos.

No se podía dudar.

Calambres se había descubierto.

—¡Ah! traidor,—exclamó Mateo;—¿qué te he hecho yo?

Y tomando distancia, y ganando de un salto el lecho del barranco, se armó á su vez con su navaja y dió cara á Calambres.

Este no respondió más que con un rugido sordo.

Con un rugido de pantera.

Acometió á Mateo.

¿Para qué eran las explicaciones?

Había llegado el momento de enviudar á Filomena.

Mateo era valiente, fuerte y sereno.

Pero Calambres era más tunante que él y le llevaba una gran ventaja.

Mateo se defendia bien.

Pero Calambres se le iba encima.

Le acosaba, le acorralaba.

Al fin lo estrechó contra una cortadura.

Mateo no podía retroceder.

Le acometió el vértigo del instinto de conservación.

Con esa rápidez magnética, maravillosa y atinada del miedo, echó mano á su pistola.

Tenía llena el alma, en medio de su celosa furia, de Filomena, de su hija y aun del pequeño Luis.

De una manera inconsciente, sin voluntad, pero necesaria, extendió el brazo y disparó.

Calambres, herido en la frente, dió media vuelta, dos traspieses, y cayó muerto de espaldas.

Mateo le contempló con espanto.

Mateo no era sanguinario.

Aun dentro del derecho de legítima defensa, le horrorizaba el haber matado á un hombre.

La sangre, que surgía como un raudal violento de la cabeza de Calambres, le embriagaba.

Sintió un pavor insoportable.

Dió á correr maquinalmente.

Siguió corriendo, corriendo, sin saber á dónde iba, sin dirección fija, por instinto de conservación.

Como que había matado.

Pero por fortuna suya, se perdió entre las soledades de la sierra.

Cuando le rindió la fatiga, se detuvo jadeante.



..........estendió el brazo y disparó.

Estaba en una estrecha garganta, por la cual corría un arroyo.

Aquel arroyo formaba un claro y trasparente en un escalonamiento de la garganta.

Un grupo de viejas encinas se alzaba al lado de la charca.

Un espeso césped de color verde perla, era como una blanda alfombra, y el piar de los pájaros, se unía al sonoro rumor que causaba el arroyo que formaba la charca.

Era un lugar delicioso.

Había transcurrido mucho tiempo desde que Mateo se había puesto en fuga.

Caía la tarde.

Era al principio del mes de Octubre, y á aquella hora empezaba á sentirse el frío de una manera aguda.

Tal vez, á causa de esto, Mateo acabó de volver en sí.

Su razón se fué rehaciendo.

Se sentó al pié de una encina, junto á la charca.

Reflexionó.

El había matado á Calambres.

¿Y por qué?

Calambres había querido matarle.

Le hubiera matado si él no se hubiera defendido.

¿Y por qué había querido matarle Calambres?

Esto era lo que no se explicaba.

Y él había visto un odio horrible, un odio á muerte en el semblante, en la mirada de Calambres.

En aquel mismo que momentos antes creía tan amigo suyo.

Hay momentos en que, como un destello misterioso, viene á nosotros una idea que nos pone en camino de comprender lo que no podíamos explicarnos.

Cuando Mateo pugnaba por adivinar la causa del odio de Calambres, de improviso se le presentó la imagen de Filomena, como si la hubiera tenido delante.

—¡Ah!—exclamó;—¿habrá sido por ella?

Esta idea aterró á Mateo, porque le trajo otra idea correlativa.

¿Habría dado ocasión Filomena para que Calambres hubiera pretendido dejarla viuda?

Mateo rechazó esta idea inmediatamente después de sentida.

El no dudaba de Filomena.

El no podía dudar de ella.

Filomena era inocente.

Se lo decía su alma con ese sentimiento de certidumbre de que no podemos dudar.

Pero por este mismo fenómeno del espíritu creía que Calambres había querido matarle por celos desesperados á causa de Filomena.

—¡Ah! ¡bien muerto está,—exclamó.

Y parecía como que esto le daba algún consuelo.

Sentía una sed devoradora.

Se levantó y se acercó á la charca.

Al inclinarse en ella para beber, se vió el semblante como en un espejo.

Se aterró.

Estaba desencajado, descompuesto, lívido.

En una situación espantosa.

Se horrorizó de sí mismo.

—Y bien,—dijo,—si yo no le mato, me mata él á mí.

Se rehizo un tanto.

Bebió con ansia.

Con el ansia de los calenturientos.

Y había sobrevenido el crepúsculo.

El fondo de la garganta estaba envuelto en la sombra.

De las cañadas y de las vertientes de los montes, se levantaba una niebla espesa.

La noche debía ser clara.

La luna, blanca aun como una nubecilla, se levantaba allá en el horizonte, al Oriente, sobre la silueta dentellada, de un azul diáfano de la sierra.

Era necesario ponerse en camino.

Buscar un refugio.

Encontrar un medio de avisar ó de ver al buen don Martín.

¿Y á quién confiarse?

Mateo, aguijoneado por lo terrible de su situación, se puso de nuevo en marcha.

No sabía dónde estaba.

La sierra se mostraba más y más áspera.

La soledad era solemne.

Todo callaba.

Había cerrado la noche.

Sólo se oía el zumbido del viento largo y frío, en las copas de los pinos.

De tiempo en tiempo, por largos intervalos, se oia lejano, saliendo de entre las profundas quebraduras, el aullido de los lobos.

Mateo sentía el pavor horrible de los que se encuentran cargados de una gravísima responsabilidad ante la justicia de los hombres.

El se reconocía inocente.

¿Pero reconocerían su inocencia los jueces?

Nadie había visto el suceso.

Pero allí, en el lugar en que había acontecido, había quedado un indicio gravemente acusador.

La pistola de dos cañones que él había dejado caer horrorizado cuando vió muerto delante de sí á Calambres.

Aquella pistola la conocía todo el mundo en el pueblo.

Mateo se dió por preso.

Por acusado.

Por sentenciado á muerte.

El horror de los horrores.

Y se sentía más y más calenturiento.

Al fin desfalleció y se vió obligado á sentarse en una piedra al comienzo de la escueta vertiente de un monte.

Allí permaneció inmóvil, abatido, anonadado, aniquilado, sin fuerzas ni aun para pensar.

De improviso se reanimó y lanzó un grito de alegría.

Había oido el tañido de una campana.

Mateo la había reconocido.

Era la campana de la iglesia de su pueblo que tocaba la oración de las ánimas.

Sin saberlo, y aunque dando un gran rodeo, Mateo había vuelto cerca de su pueblo.

Se alentó.

Se levantó y se puso en camino con no sabemos qué confianza.

El creía que la campana de la parroquia en que le habían bautizado, no podía llamarle para perderle.

El entendió que la campana le decía:

—Ven á ampararte de don Martín.

CAPÍTULO XXVIII

En que don Martín sigue siendo la providencia de Mateo y de Filomena.

Aunque á aquella hora, y por lo fria que estaba la noche, no era de suponer que en el camino encontrase á nadie, Mateo esperó á que fuese mucho más tarde oculto entre unas espesuras, como á un cuarto de legua del pueblo.

Allí, impaciente, y al mismo tiempo reacio, sufrió todo le terrible de su situación.

¿Qué pensaría Filomena?

¿Cuál sería su cuidado viendo que había llegado la noche, que había avanzado, y que él no había vuelto?

¿Por más que fuese muy solitario el lugar donde se había quedado el cadáver de Calambres le habrían encontrado?

¿Buscaría ya la justicia al matador?

¿Estaría expuesto á que le prendiesen al entrar en el pueblo?

Estos pensamientos y otros no menos apenadores atormentaban al pobre Mateo.

Causaban su indecisión de dejar la espesura de que se había amparado.

Pero no podía permanecer allí de una manera ilimitada.

Ya era muy tarde.

La media noche, por lo menos.

A aquella hora no debía haber nadie en las calles del pueblo.

Al fin Mateo hizo un esfuerzo.

Salió de la espesura y subió por un repecho en dirección al pueblo.

Andaba maquinalmente, de una manera rápida y sostenida.

Como un desesperado, ó más bien como un sonámbulo, porque sin serlo, salvaba de una manera segura las dificultades del terreno.

Al fin llegó á las tapias del pueblo.

Se metió por una calle estrecha, proponiéndose hacer el menor ruido posible.

Apagando sus pisadas.

Deslizándose como una sombra.

El pueblo era pequeño.

Llegó muy pronto á la casa del cura.

No había encontrado á nadie.

Llamó á la reja.

El cura que no se había acostado, ni aun se había desnudado, abrió inmediatamente.

—¿Eres tú?—preguntó con un gran interés.

—Sí, yo soy,—contestó Mateo con la voz trémula.

—Vete á la puerta,—le dijo don Martín.

Un momento despues se abrió silenciosamente la puerta, entró Mateo, y la puerta se cerró.

El portal estaba oscuro.

—Dame la mano,—dijo don Martín.

Mateo se la dió.

—¡Estás temblando!—dijo el cura,—¿qué has hecho tú?

—Es que usted sabe lo que sucede,—dijo Mateo, entrando con don Martín en su cuarto.

Un velón sobre la mesa de despacho del cura lucía de una manera opaca.

—Yo no sé lo que ha sucedido,—dijo don Martín: —sólo sé que hemos estado con mucho cuidado.

—¿Ni nadie sabe nada en el pueblo?

—No, ¿pero qué es ello, Mateo?—exclamó asustado el cura:—acaba de una vez.

—He matado á Calambres,—respondió con la voz ronca y sombría, Mateo.

—¡Que has matado á... Calambres! ¡á tu grande amigo!—exclamó con asombro don Martín.

—No sabemos quién es nuestro amigo ni nuestro enemigo,—respondió lúgubremente Mateo.

—¿Pero por qué lo has matado?

—Porque él quiso matarme á mí.

—¿Y por qué?

—Sin duda para dejar viuda á Filomena.

—¿Viuda á Filomena?—exclamó como escandalizado de una manera gravísima don Martín.

—Sí, señor, sí.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Nadie; me lo he figurado yo.

—¿Y con qué fundamento?

—Con ninguno: una idea que se me puso... qué se yo... la cara que Calambres tenía...

—Pero esto es muy grave,—dijo don Martín,—esto puede ser de una gran transcendencia, esto puede hacerte desconfiar de tu mujer.

—No, señor cura, no; yo sé demasiado que Filomena es buena y honrada, y que me quiere con toda su alma.

—Ella ha estado aquí desolada después de las ánimas, á decirme que tú no habías parecido en toda la tarde, ni habías ido á la hora de cenar.

—Entonces estaba yo sin saber en donde estaba, y la campana me dijo que estaba cerca del pueblo.

—Cuando tú has llegado, Filomena acababa de haber venido á decirme que todavía no habías vuelto: Filomena está mala; temía que te hubiese sucedido una gran desgracia; es necesario, pues, tranquilizarla; voy á decirle á Estefanía que vaya por ella.

El cura salió del cuarto.

Poco después Estefanía, que tampoco se había desnudado, salió para buscar á Filomena.

El cura volvió á su cuarto.

—Cuéntame cómo ha sido eso, mientras tu mujer viene,—dijo á Mateo don Martín.

Mateo se lo contó brevemente.

Verdad era que había poco que contar.

El cura se había puesto mortalmente pálido.

El horrible compromiso en que se encontraba Mateo le aterraba.

Poco después de haber acabado Mateo su relato llegó con Estefanía Filomena.

—¿Qué sucede?—dijo ésta con un cuidado mortal,—¿por qué has tardado? ¿por qué en vez de venirte á casa, te has venido casa de don Martín?

La respuesta era de esas que no pueden darse de improviso.

Mateo vaciló.

Murmuró algunas palabras ininteligibles.

Don Martín acudió en su socorro.

—No hay que aterrarse,—dijo:—todo se arreglará.

—¿Y qué hay que arreglar?—preguntó creciendo en ansiedad Filomena.

—Yo te conozco bien, hija mía,—dijo don Martin:—tú me has abierto tu alma en el confesonario: yo sé que eres buena y valiente.

—Pero yo me estoy muriendo, don Martín; algo muy grande ha pasado, y se teme decírmelo.

—Hija mía,—dijo don Martín;—Dios prueba á sus criaturas; lo mismo les dá el bien que el mal.

—Señor cura,—dijo Filomena;—dígame usted todo

lo que tenga que decirme, para lo que yo estoy ya prevenida: la verdad no ha de ser peor que lo que yo temo.

—¿Y qué temes tú?—preguntó don Martín, ni más ni menos que si hubiera sido un juez.

—¿Y qué sé yo? ¡pero este misterio con que se me habla!... la cara que éste tiene...

En el acento de Filomena sonaba la emoción.

—Pues bien, hija mía,—dijo el cura;—Mateo ha matado en defensa propia á Calambres.

—¡Dios mío!—exclamó Filomena.

Y se asió desesperada á Mateo.

Don Martín acabó de tranquilizarse á causa de la inocencia de Filomena.

Podía tener la seguridad de que ella no había alentado en manera alguna á Calambres.

—¡El maldito vicio!—exclamó Filomena:—el vicio no conoce amigos.

Esto demostraba que Filomena no encontraba otra explicación que la embriaguez.

—Sea como quiera,—dijo don Martín,—Calambres se llevó engañado á Mateo al barranco de los Conejos, y allí le acometió para matarle.

—Pues mira, Mateo,—dijo irritada Filomena,—si él quiso matarte á ti, tú hiciste muy bien en matarle á él.

—Pero esto es una perdición,—dijo Mateo.

—Más perdición habría sido para mí y para tus hijos que te hubieran matado á ti.

Filomena miraba como hijo suyo al pequeño Luis,

al que dos días antes había sacado de la Inclusa por recomendación de don Martín.

—Pero tengo que huir del pueblo,—dijo Mateo.

—Huiremos todos,—respondió Filomena:—tú primero; luego yo con los niños: don Martín, que es muy bueno y muy sabio y que nos quiere mucho, nos amparará.

—Dios nos amparará á todos,—dijo don Martín,—y como no hay que perder tiempo, yo voy á poner ahora mismo los medios para salvar á Mateo.

Don Martín se puso, no sus hábitos, sino el mismo balandrán que llevaba algunas noches antes cuando llamado por Filomena, fué de tapadilla á su casa.

Salió dejando á los dos esposos con Estefanía.

Iba bien armado.

A poco se metió por un espeso y sombrío pinar.

CAPÍTULO XXIX

De cómo un ministro del Señor puede verse obligado á ampararse de un bandido para un acto de caridad y justicia.

Don Martín, como buen cura párroco, conocía la vida y milagros de todos sus feligreses.

Sabía para lo que cada uno servía.

Lo que podía dar de sí.

Atravesando á paso largo el pinar, iba en demanda de una cama de jabalí.

Es decir, de la casilla de un guarda de monte.

Don Martín sabía bien á quien buscaba.

El tío Narices era una bestia brava que creía en Dios.

Creía á su modo, con la conciencia que Dios le había dado.

Pero en fin, creía.

Creyendo en Dios, como era lógico y natural, creía en el cura.

Lo que no disculpaba que él fuese un animal feroz y dañino de tal especie, que no andaba libre sino por una grave injuria contra la justicia.

Pero en fin, nada tenía esto de extraño, porque tenía de su parte con toda su influencia al cacique de la comarca, á quien servía de todas las maneras posibles cuando sobrevenían elecciones de diputados á Cortes.

Don Martín estaba seguro de que el tío Narices le serviría.

Antes de que llegase á la casilla que el tío Narices tenía en medio del pinar, ladró un perro, que debía ser un perrazo, á juzgar por el volumen de su ladrido.

—¡Aquí, Moreno!—dijo al perro, á quien conocía tanto como al tío Narices.

Sonó un gruñido cariñoso, aunque sordo, como si Moreno hubiera querido decir:

—¡Ah! ¿qué es su mersé, señor cura? ¿qué se le ofrece á su mersé?

Y al mismo tiempo un animalote enorme, cruzado de lobo y mastín, llegó y le echó de una manera tal las patas al pecho en señal de cariño á don Martín, que á no estar éste prevenido, le hubiera tirado al suelo.

—Anda, anda, Moreno,—le dijo don Martín,—y dile á tu amo que yo estoy aquí.

Como si Moreno hubiera comprendido perfectamente á don Martín, se fué á la puerta de la casilla y se arrojó contra ella, rascando con las patas, y ladrando

con un estruendo formidable, pero con una marcada expresión de alegría.

Como quien anuncia la visita de un amigo á quien se estima mucho en la casa.

Se abrió inmediatamente la puerta.

—¿Quién es?—dijo una voz brusca.

—Soy yo,—respondió don Martín, que llegaba en aquel momento á la casa.

—¡Ah, que es usted, señor cura!—exclamó alegremente Narices; pero con una expresión de extrañeza y de cuidado;—¡tanto bueno por aquí y á estas horas! ¿qué le sucede á usted?

—Te necesito, Jerónimo,—dijo el cura entrando.

La chimenea estaba de tal manera encendida, que parecía una hoguera.

Esto venía bien.

Hacía un frío crudísimo.

Junto á la chimenea había dos sillas y una mesilla, y sobre ésta una sarten con magras.

Evidentemente, Narices cenaba con otra persona cuando llegó don Martín.

¿Y dónde estaba esta persona?

¿Quién era?

Indudablemente se había ocultado.

Esto contrarió á don Martín.

No sabía quién era la persona que podía escucharle.

—Siéntese su mersé y caliéntese,—dijo Narices,—que hace un gris que debe su mersé venir helado;

échese su mersé un trago y cómase una magra de cerdo, que no le vendrá mal.

—Calentarme, sí; pero comer ni beber, no,—dijo don Martín sentándose junto á la chimenea.

—Pues como su mersé quiera,—dijo Narices;—ya sabe su mersé que está en su casa.

—¿Quién estaba aquí cuando yo he venido?—preguntó con acento de autoridad don Martín.

—Un amigo de confianza.

—¿Y por qué se ha ocultado?

—Porque no sabíamos que era su mersé quien venía.

—¿De modo, que ese amigo no puede enseñar la cara á todo el mundo?

—Según y cómo; pero usted es un sacerdote y además muy bueno.

—Vamos andando; pero en fin, ¿quién es?

—A su mersé se le puede decir todo, como en confesión: es el Visojo.

—¡Cáscaras!—dijo don Martín;—¿en negocios andas tú con ese?

—¿Y por qué no?

—¡Ah! tú y él; pues mira, me alegro; no parece sino que Dios le ha enviado; me sirve.

—¡Vaya! pues yo me alegro mucho de servir á una tal persona como á usted, señor cura,—dijo saliendo de detrás de una puertecilla un buen mozo.

Era alto y cenceño, como de cuarenta años, moreno hasta parecer mulato y de piel curtida.

Miraba atravesado.

Por eso le llamaban el Visojo.

Vestía rudamente.

Un sombrero tendido, de á manera de calañés y muy usado.

La camisa morena, abierta sobre el robusto y cerdoso pecho.

Chaqueta y chaleco burdos.

Faja negra.

Sobre la faja, una canana despellejada.

Calzones cortos y ajustados, y las piernas y los piés calzados por abarcas.

Estaba armado con cuchillo y pistolas á la cintura.

En la mano traía una vieja escopeta.

El Visojo era un bandido peatón.

Decía que los caballos se habían hecho para la gente floja y para estorbo en los terrenos ásperos.

Y luego que cuando un hombre es andarín y tiene fuertes los jarretes, no anda menos y chapesca más que los caballos.

Este buen mozo era soltero, porque decía que como los caballos estorbaban para ganarse la vida, las mujeres no eran más que una carga muy pesada que convierte á un hombre en un animal.

A un buen mozo como él, le bastaba y le sobraba con las mujeres ajenas.

Esta moral del Visojo no era muy recomendable que digamos.

Pero él no tenía otra para su uso, ó mejor dicho, no sabía lo que era la moral.

El vivía á sus anchas, con una vida completamente libre.

Iba sólo, y lo había ido siempre, porque decía que la mucha gente es buena para la guerra, y para cuestiones y disgustos.

Bandideaba en los caminos de Guadarrama.

Cuando la Guardia civil le acosaba, se pasaba á los montes de Toledo.

Así, andando de acá para allá, y dando golpes sobre seguro, había logrado hacer un caudal bastante fuerte, que tenía escondido, enterrado, en una cueva de la sierra.

Se había hecho muchas relaciones, y contaba en todas partes con confidencias y con servidores.

Los caciques de la tierra le protegían y se valían de él para sus negocios.

Era, pues, el Visojo, una persona monstruosa, selvática.

Entre lobo y jabalí.

Dejó en un rincon la escopeta y se sentó junto á la chimenea y la mesa.

—Si usted no lo toma á mal, señor cura,—dijo,—yo voy á seguir cenando, que hoy he trotado mucho y todavía me queda un rinconcillo que llenar.—Entretanto hablaremos; ¿en qué puedo yo servir á usted?

El cura y el Visojo se conocían.

Los curas de los pueblos conocen á muchas gentes,

de las cuales no tienen ni aun la idea los de las grandes poblaciones.

Muchas veces, don Martín había confesado al Visojo, porque el ser ladrón no quita en manera alguna el ser cristiano.

Así, á lo menos, lo entienden los ladrones.

El que no tiene, no peca quitándole á otro lo que necesita, aunque para quitárselo sea necesario matarle.

Hay que buscarse la vida.

Esta es una filosofía tan buena como otra cualquiera, y sobre todo, práctica y positiva.

—Ha llegado la hora de que hagas una buena acción, Visojo, en descargo de tantas malas como has hecho,—dijo don Martín.

—Lo que usted me mande, señor cura, bueno ó malo, eso lo haré yo de cabeza,—dijo el Visojo.

—Se trata de salvar á un hombre de bien, que está muy comprometido,—dijo don Martín.

—Sí, ya sé.—dijo sin vacilar el Visojo. ¡Mateo el Chepa, el lencero de Alcor de la Sierra!

—¿Cómo lo sabes?—exclamó sobresaltado don Martín?

—Lo he visto; y mire su mersé que yo no tenía nada, ni *fá* ni *fó* por Mateo, pero le tengo desde esta tarde muy buena voluntad.

—¿Y eso, por qué?

—Porque ha hecho una faena que tenía yo que hacer; ha matado muy limpiamente y con mucha alma á

ese maldito fraile capuchino, á ese buen mozo que me hacía á mí mal tercio, y al que yo no había podido entrecojer todavía.

—¡Cómo! al capuchino ceniciento.

—Al mismito.

—Tú te engañas, Visojo; á quien ha matado, porque se ha visto obligado á ello, ha sido á Calambres.

—Pues eso es,—dijo el Visojo;—el capuchino ceniciento y Calambres eran una propia y misma persona.

—¿Y puede probarse eso? ¿puede ponerse de claro en claro que Mateo ha matado á ese salteador?

—No, señor; porque nadie más que yo sabe que el fraile y Calambres eran una misma persona, y yo no puedo declarar.

—¿De modo, que si se descubre que Mateo ha matado á Calambres, la justicia le pondrá en cuenta un hombre de bien?

—Cabal.

—¿Y cómo sabes tú?...

—¡Toma! yo tenía que ver á éste para un asuntillo, y para esperar á la noche me fuí al barranco de los Conejos.

Aquel vericueto está entre dos cerros.

No tiene salida y no es camino para ninguna parte.

Ya sabía bien Calambres á dónde llevaba á ese pobre Mateo.

Estaba yo tendido al pié de un quejigo, entre unas

malezas, cuando sentí cerca pasos y dos hombres que hablaban.

Atisbé entre los zarzales, y vi que Mateo subía delante de Calambres.

Este canalla metió mano á su cuchillo para asesinar por la espalda á Mateo.

Pero éste se volvió por casualidad, cogió en la acción á Calambres, y se defendió.

Pero Calambres era más tunante que él y se lo llevaba por delante.

Yo los dejaba hacer, porque decía:

—Si Mateo mata á Calambres, me ahorro de matarle yo; y si Calambres mata á Mateo, entonces mato yo á Calambres, y en paz.

En fin, viendo Mateo que el otro iba á dar fin de él, sacó una pistola y le despachó.

Hizo bien, muy bien.

No hubiera yo esperado á tanto.

—Una desgracia enorme,—exclamó el cura. ¡Y no poder probar la verdad!

—Mire usted, señor cura,—dijo el Visojo,—por una desgracia así, tuve yo que echarme á la sierra y al camino. ¿Qué quiere usted? la suerte de las criaturas; y si es menester ponerle donde no puedan prenderlo á Mateo, ya estamos andando y pueda ser que sea ya tarde.

—Mateo está en mi casa,—exclamó sobresaltado el cura.

—Pueden ir á prenderlo allí,—dijo el Visojo.

—¿Pero quién?

—La Guardia civil.

El cura se levantó.

—Sí, vamos andando, y de prisa, señor cura,—dijo el Visojo;—por el camino yo le adelantaré á usted; á Dios, Narices, hasta la vuelta.

—Hasta la vuelta,—dijo el tío Narices.

—Entonces hablaremos de ese negocillo,—dijo el Visojo;—ande usted, señor cura.

No necesitaba don Martín que le espoleasen.

El peligro en que se encontraba Mateo era para él bastante espuela.

Salieron.

Se pusieron en marcha en paso rápido.

Si el Visojo era fuerte, no era menos fuerte don Martín.

—Pues ha de saber usted, señor cura, que después de haber matado á Calambres, Mateo se escapó espantado, sin acordarse de recoger la pistola.

Los hombres de bien no saben estas cosas.

Cuando se hace una muerte no hay que dejar prendas que sirvan de señal.

A Mateo se le olvidó recoger la pistola con que había matado á Calambres.

Yo volví á echarme al pié del quejigo.

Como que no esperaba que por allí pasara nadie.

No habría pasado media hora cuando oí pasos y voces de personas.

Atisbé y vi una pareja de los del galón blanco.

Los gachós venían registrando la sierra.

Me habían olfateado.

Tropezaron con la carroña que se había quedado allí, la reconocieron y recogieron la pistola que se había dejado Mateo.

—Pues no, esto no lo ha hecho el Visojo,—dijo uno de los guardias;—él no usa estas armas.

—Son de las modernas, de las que están de moda —dijo el otro guardia;—yo juraría que había visto una pistola de dos cañones como esa á un vecino de Alcor de la Sierra, que la estaba enseñando á otros vecinos en la puerta de la taberna.

¿Ve, su mersé, señor cura, si es imprudente el Chepa? Un hombre no debe enseñar las armas que lleva, porque si las pierde en una cuestión, por las armas le conocen á él.

—Tenemos que ir á dar parte al pueblo de Alcor de la Sierra,—dijo el otro.

—Sí,—replicó su compañero;—pero veamos antes si el Visojo está trasconejado por aquí.

—Entonces, yo que me había levantado, me escurrí por un senderito que tenía á la izquierda.

Pero los guardias vieron que se meneaban las matas é hicieron fuego á la maleza.

Yo disparé; pero ellos venían corriendo, y no pude herir al que había apuntado.

Entonces empecé una carrera en pelo.

Ellos detrás de mí.

Yo escurriendo el bulto.

Disparando cuanto podíamos ellos y yo, y siempre sin provecho.

Y así en este jaleo, pasó la tarde, llegó la noche, y yo me ví libre.

Para llegar desde allí donde me atisbaron á la casilla de Narices, he echado hasta la media noche.

Si los guardias, despues de haberme perdido, se han ido á dar parte de la muerte de Calambres al pueblo de Alcor de la Sierra, deben haber llegado ya ó estar llegando.

Con esta indicación del Visojo, don Martín, que iba ya bien de prisa, apretó el paso.

Se puso casi á la carrera.

Apenas si el sacerdote y el bandido invirtieron un cuarto de hora para recorrer la media legua larga que había desde la casilla del tío Narices al pueblo de Alcor de la Sierra.

Al llegar á las tapias el Visojo, dijo:

—Yo me espero aquí, señor cura, no sea que los guardias estén en el pueblo, y me den que hacer; si no han preso á Mateo tráigamelo usted: silbe usted para que yo acuda.

Don Martín partió á la carrera hacia su casa.

CAPÍTULO XXIX

De cómo cuando un hombre se pierde, no sabe su familia dar con él.

No había sido aventurada la indicación que había hecho á don Martín el Visojo.

En efecto, los guardias que le habían perseguido, viendo que se les había escapado, al amparo de la noche, pensaban en el otro deber que tenían que cumplir.

Esto es, el de dar parte á la justicia del pueblo de Alcor de la Sierra, que era la autoridad que tenían más inmediata, de la muerte de Calambres, á quien habían conocido, porque ellos andaban hacía tiempo por aquella jurisdicción y frecuentaban el pueblo de Alcor de la Sierra.

Estaban muy lacios y muy cansados del julepe á que les había obligado el Visojo.

No tardaron menos de cuatro horas en llegar al pueblo.

Se fueron en derechura á la casa del alcalde.

Todos estaban en ella entregados al primer sueño.

El primero que les contestó fué el perro.

Sus desaforados ladridos despertaron al tío Calceta, que á más de alguacil era criado de don Braulio el alcalde.

Abrió cuidadoso una ventana, pero se tranquilizó, cuando habiendo preguntado quién era, le respondieron desde abajo que la guardia civil.

¿Qué podría ser aquello?

El pueblo de Alcor de la Sierra era muy tranquilo y muy honrado, y no sucedían en él cosas en las que tuvieran que ver la guardia civil.

—Espera, que voy á vestirme y á abrir,—dijo el tío Calceta.

Los guardias, que estaban rendidos, se sentaron en el umbral de la puerta.

No tardó menos de diez minutos el tío Calceta en abrir.

Traia un farolillo encendido en una mano.

—¿Qué sucede? ¿por qué vienen los buenos mozos?—preguntó afectuosamente á los guardias.

—Nos hemos encontrado esta pistola en un barranco,—respondió insidiosamente uno de los guardias, sacando la pistola y enseñándosela al tío Calceta.

Este, que no comprendió la intención, exclamó cuidadosamente y con sobresalto:

—¡Ay Dios mío! ¡si le habrá sucedido una desgracia al Chepa!

Ninguno de los guardias contestó.

Habían cogido un indicio.

—Necesitamos ver al señor alcalde,—dijo uno de ellos.

—¿Pero ha sucedido alguna desgracia?—repitió el tío Calceta.

—Cuando usted sea alcalde, tío Calceta,—dijo el otro guardia,—le responderemos á preguntas como esa.

—Ustedes perdonen,—dijo el tío Calceta;—yo preguntaba en confianza, que ya se yo que soy la punta del rabo de la autoridad.

—Importa que demos cuanto antes el parte al señor alcalde,—dijo uno de los guardias.

—Esperen ustedes que voy á avisarle.

Y puso el farol en el suelo, y dejó en el patio á los guardias.

—No te habías engañado, Melito,—dijo uno de ellos:—ya hemos dado con el amo de la pistola.

—Para que me engañase yo, Terrones.

—Al alguacil se le ha ido: estas gentes de los pueblos se tapan los unos á los otros, á los alcaldes no les gusta ponerse á mal con los vecinos, y siempre que pueden nos marean.

Los guardias se callaron y continuaron en silencio.

Ocho ó diez minutos después bajó el tío Calceta.

Tomó el farol que había dejado en el suelo, y dijo á los guardias con acento disgustado:

—Síganme ustedes.

Los llevó al piso superior.

Al despacho de don Braulio.

Estaba éste soñoliento y malcarado.

Era muy comodón, y le había sabido muy mal que le despertasen en lo mejor de su sueño.

—Tan urgente es lo que trae á ustedes,—dijo con acento severo,—¿que no han podido esperar hasta mañana?

—Señor alcalde,—respondió respetuosamente Melito;—se trata de un homicidio cometido en la jurisdicción de Alcor de la Sierra.

—Un homicidio,—preguntó con interés don Braulio.

—Sí, señor,—dijo Mateo que había tomado la palabra;—hemos encontrado el cadáver del llamado por mal nombre Calambres, en el barranco de los Conejos.

—¡Ah! ¡ah! —dijo el alcalde, no ocurriéndosele otra contestación.

—Y tenemos indicios,—continuó Melito,—de que el autor de ese homicidio es el llamado Chepa, el lencero.

—Pues no lo entiendo,—dijo aturdido el bueno de don Braulio, que estimaba mucho á Mateo:—el Chepa y Calambres eran más amigos que borricos.

—Eso es lo que resulta de lo que hemos visto,—dijo Melito.

—Bien, muy bien,—dijo el Alcalde:—dénme ustedes el parte por escrito.

—No hemos tenido tiempo de escribirlo, señor alcalde,—dijo Terrones.

—Bien, muy bien,—dijo el Alcalde,—¡eh, Calceta! ¡entra!

Entró el alguacil que se había quedado fuera.

—Vete á casa de don Hipólito,—le dijo el Alcalde,—y que venga al instante, que ha caído un asunto muy urgente.

—No, pues aunque me comprometa,—dijo para sí el alguacil,—yo voy á avisarle al Chepa.

Como la casa de Mateo estaba cerca, llegó muy alguacil,—yo voy pronto.

Llamó, y no le contestó nadie.

Repitió los llamamientos.

Sucedió el mismo silencio.

No podía contestarle nadie.

Los dos esposos estaban ya casa de don Martín.

—Vamos,—dijo el humanitario Calceta,—la jaula está sin pájaros; han comprendido que debían volar, y han volado; salgamos del primer momento, si se han amparado de la sierra, ya les ayudaremos; ¿pero por qué habrá matado el Chepa á Calambres? si no fuera por lo que le puede costar al pobre Chepa, me alegraría; á aquel maldito de Calambres no se le podía resistir; con su soberbia afrentaba á todo el mundo.

Murmurando de esta manera, llegó Calceta á la casa de don Hipólito, que estaba cerca.

Al secretario le supo también á cuerno quemado el que le despertasen á una hora tan intempestiva.

Se vistió lentamente, y siguió muy de mal humor al tio Calceta.

Una vez en casa del Alcalde, éste le dijo á solas lo que sucedía.

Estaba visiblemente interesado por Mateo.

—Cuando él ha hecho eso,—dijo concluyendo don Hipólito,—razones habrá tenido. Mateo es un hombre honrado, y el otro se me iba haciendo sospechoso. Ya me había pasado á mí por la cabeza que andaba tras la pobre Filomena. ¡Cómo está el mundo, señor! ¡ya no se respeta nada! ¡qué desgracia!

—Yo también lo siento mucho,—dijo don Braulio que era muy severo,—pero por mucho que lo sintamos no podemos comprometernos: esto es muy serio.

—Estoy seguro de que dado el caso de que haya sido Mateo, habrá tenido razón, y que no haríamos nada demás en ampararlo en lo que pudiéramos.

—No podemos dar escándalo ni motivos para que se critique á los que están autorizados,—dijo don Braulio:—se empieza por poco y se acaba por mucho: hay que evitar á todo trance los malos ejemplos, sino queremos que se quebrante la autoridad, sin la cual no se puede gobernar á los hombres.

Don Hipólito no se atrevió á insistir.

Hizo entrar á los dos guardias.

Estos declararon lo que habían visto, de lo cual como secretario tomó acta don Hipólito.

Como era notorio que la pistola encontrada junto al cadáver de Calambres por los guardias pertenecía al Chepa, como que éste cuando la compró se la enseñó á todo el mundo como un niño que luce un juguete, la detención de Mateo fué mandada, é inmediatamente el Alcalde, el secretario, el alguacil y los dos guardias, se fueron á la casa de Mateo.

—Sí, que llamen,—dijo para sí el tio Calceta,—¡como no les responda mi abuela!

Y en efecto, nadie respondió.

Pero de improviso sonó dentro el llanto de uno de los dos niños.

—No, pues del pueblo no se han ido,—dijo Melito,—porque no hubieran dejado ese niño.

—¿Quién sabe?—dijo el Alcalde:—el miedo puede mucho, y con la seguridad de que en el pueblo recogerían á los niños.

—De seguro estará en la casa del cura,—dijo Terrones.

Los dos guardias conocían á las gentes del pueblo, y sabían que don Martín estimaba mucho á Mateo y á Filomena.

Indicada la casa del cura, no tenía el Alcalde medio de negarse.

El uno de los guardias se quedó vigilando la casa de Mateo, y el otro se fué con la justicia á la casa del cura.

Llamaron.

Inmediatamente se abrió la puerta.

Apareció don Martín completamente vestido, pero con la sotana en vez del balandrán con que había ido á la casilla del tio Narices.

—¿Qué trae, señor don Braulio,—dijo perfectamente sereno don Martín,—¿por qué me da usted la grata sorpresa de verle á estas horas en mi casa?

—Siento mucho, señor don Martín,—dijo don Braulio,—que no tenga nada de grato el motivo por el cual venimos. Estos guardias aseguran que no habiéndose encontrado en su casa ni á Mateo ni á Filomena, están aquí: yo me he visto obligado...

—¡Ah! pues entren ustedes, señores,—dijo siempre tranquilo don Martín:—cumplan ustedes con su deber; registren de alto abajo: no encontrarán más que á la pobre Filomena que ha venido á decirme que ha pasado toda la tarde y lo que va de noche sin que su marido haya vuelto á su casa: yo me había vestido y me disponía á ir á casa de usted, señor Alcalde, á darle parte de lo que sucedía, y á rogarle hiciese cuanto antes todo lo que pudiese por su parte para investigar lo que había sido del pobre Mateo.

Entraron.

Encontraron á Filomena junto á Estefanía.

Filomena lloraba desconsolada.

Declaró lo mismo que había dicho don Martín: que desde que salió de su casa aquella tarde su marido, no le había vuelto á ver, y que temiendo que le hubiese sucedido una desgracia, había ido una vez más á casa de don Martín.

Se registró la casa de alto abajo.

Nada se encontró.

Era de todo punto imposible proceder contra Filomena.

La justicia se retiró.

Los dos guardias fueron despedidos.

—Me alegro,—dijo don Braulio,—don Martín ha salvado al pobre Mateo.

—Y yo también me alegro, y tanto más como que por nuestra parte hemos cubierto nuestra responsabilidad,—dijo don Hipólito.

Se dieron las manos y las buenas noches, y cada cual se fué á su casa á continuar su sueño.

CAPÍTULO XXX

De cómo se perdieron como gota de agua que cayó en la mar Mateo, Filomena y los dos niños.

En la casa del cura se habían quedado en una ansiedad mortal.

Poco antes de que la justicia llamara á la puerta de su casa, don Martín había sacado fuera de ella por el postigo del huerto, á Mateo.

Este se había despedido de Filomena de una manera agudamente dolorosa.

—No te desesperes,—la había dicho:—Dios querrá que yo viva para nuestros hijos; te dejo bajo el amparo de don Martín, de nuestro padre.

Todo esto había sido dicho entre lágrimas y sollozos.

Filomena se había desmayado.

Don Martín que había tomado antes de salir algún dinero en oro, llevó á Mateo á donde esperaba el Visojo.

Silbó don Martín, y el Visojo contestó con otro silbido.

Salió de entre unos jarales.

Se reconocieron.

—Toma, Visojo,—le dijo don Martín:—ahí tienes tres mil reales.

—Déselos usted á Mateo, señor cura,—dijo Visojo,—que á usted y á él los sirvo yo de balde. Los facinerosos suelen tener estos rasgos.

—Mañana tendrá usted noticias de Mateo,—añadió el Visojo,—y tú, vamos andando que esos gachós del galón blanco son el demonio.

—No desampare usted á Filomena, señor cura,—dijo Mateo.

—Como si fuera mi hija,—dijo don Martín:—vete tranquilo por esa parte.

El bandolero y Mateo se alejaron á gran paso, metiéndose en las asperezas de la sierra.

Don Martín se volvió á su casa.

Apenas se había quitado éste el balandrán y se había encajado la sotana, cuando llamó la justicia.

Mateo se había salvado por el momento, pero era de temer que la guardia civil, extremando su actividad, hiciera una batida y le cogiese.

Filomena se fué á su casa á cuidar de los dos niños.

La acompañó Estefanía.

Pasó la desdichada una noche cruel.

Una noche horrible.

Hay incertidumbres más dolorosas que la más dolorosa de las agonías.

Al amanecer llegó el acólito y dijo:

—El señor cura dice que vayan ustedes allá, que les tiene que hablar.

Filomena se alentó.

Estefanía sintió que se la aliviaba el peso que tenía sobre el corazón.

Allá se fueron las dos.

Filomena llevaba en brazos á Julia.

Estefanía á Luis.

Llegaron como una exalación á la casa del señor cura.

Se encontraron con que allí había una montañesa.

Una buena moza.

Era joven y parecía acomodada, porque su traje era hasta cierto punto de lujo.

—Esta buena mujer,—dijo don Martín,—ha venido á buscarme á la iglesia cuando yo decía mi misa, y concluída me ha dado esta carta de tu marido. Léela, hija mía.

Filomena la tomó.

La temblaban las manos.

Se la nublaban los ojos.

—No puedo, señor cura,—dijo al fin;—léamela usted.

El cura la tomó y la leyó.

Decía lo siguiente:

«Señor cura:

»Yo estoy en seguridad: es necesario que Filomena se venga con los niños cuanto antes: no le digo á usted, señor cura, dónde estoy, por temor de que esta carta se extravíe: la persona que la lleva es de toda confianza: con ella se puede venir Filomena con los niños, y como es probable que en mucho tiempo no podamos volver al pueblo, y no habiendo quien se ponga al frente de nuestra tienda, se pierdan los géneros, que es la sola hacienda que tenemos, yo le ruego á usted, señor cura, busque en el momento quien quiera hacer el traspaso, que no faltan algunos en el pueblo que lo desean, y siendo la dueña Filomena, con un poder que de á usted, usted puede quedar autorizado para el traspaso, y realizarlo enseguida, de modo que Filomena y yo recibamos cuanto antes el importe en el lugar donde yo me encuentro: en cuanto á Filomena, que se venga en el momento en que haya dado á usted el poder: temo que no encontrándome á mí la echen mano á ella.

»Perdone usted si le molesto, señor don Martín,

pues ya ve usted, que tan sin quererlo yo, me veo obligado á ello: su humilde y agradecido servidor,

»Mateo.»

El cura se quedó profundamente pensativo después de la lectura de esta carta.

Al fin, pasados algunos momentos de silencio, dijo mirando profundamente á Filomena:

—¿Qué dices tú?

—Yo,—contestó con la voz ansiosa y con la mirada ardiente Filomena,—no digo más, sino que en el momento, y sin esperar á más, me voy con mi marido.

Don Martín, que conocía sobradamente á Filomena, como que era su confesor desde que ella hizo su primera comunión, y aun antes, comprendió que su resolución era irrevocable.

Que no había nada que la disuadiese.

Que sin conocer á la mujer que había ido con la carta, se entregaría á ella para ir á encontrar á su marido.

Aquella mujer, aquella buena moza, que lo era de veras, no habitaba en ninguno de los cortijos ni de los caseríos de la jurisdicción del pueblo.

Don Martín no la conocía.

Sin dejar de ser muy simpática y muy llamativa, tenía el aspecto bravo y la mirada serena, como de quien ni teme ni debe.

Vestía, además, dentro de su clase, con elegancia, y aun con riqueza.

Llevaba en la mano izquierda una rica sortija con un solitario, una cadena de oro con un relicario al cuello, y en las orejas broquelillos de diamantes.

—Tú no conoces á esta señora, Filomena, ¿no es verdad?—dijo don Martín.

—Yo no,—dijo brevemente Filomena.

Como si hubiera dicho:

—¿A mí que me importa eso? sea quien sea: lo que á mí me importa es irme con ella, para juntarme con mi marido.

Don Martín se convenció más y más de que era imposible convencer á Filomena.

—Y usted,—dijo don Martín dirigiéndose á la incógnita,—¿conoce usted á Filomena, ó por lo menos á su marido?

—Esta señora,—dijo la morena,—no me conoce á mí, ni yo he tenido el gusto de conocerla hasta ahora: pero conoce á mi marido: todos somos del oficio, comerciantes de géneros: sólo que nosotros vendemos al por mayor y ellos venden al por menor; mi marido le habrá usted oído nombrar, señor cura, porque tiene mucha *nombredía*, y yo la tengo también, porque soy mujer de mi marido: él se llama el *Manazas*, él es de *Caiz* y yo del Puerto, de donde es la buena manzanilla, y me llamo Mari-Moña.

—¡Ah sí!—dijo el cura, mirando ya con menos prevención á la Mari-Moña;—yo conozco á Manazas, y

todo el mundo le conoce en el pueblo: comprendo: los contrabandistas y los bandoleros se conocen, como que igualmente andan al camino.

—Qué quiere usted, señor cura,—dijo la Mari-Moña con su frescura habitual, que no ofendía á nadie, porque no llegaba á la desvergüenza:—cada cual en este mundo tiene su oficio; y luego que en este mundo el contrabando y el robo están en todas partes: sólo que unos contrabandean y roban de una manera, y otros de otra, según.

—No digo que no, ni me meto á redimir el mundo,—dijo don Martín;—pero no perdamos el tiempo: resulta que el bandolero Visojo los conoce á ustedes.

—Pues eso es,—respondió Mari-Moña.

—Bueno,—dijo don Martín:—Narices y el Visojo han buscado á ustedes para que pongan en salvo á Mateo.

—Pues eso es,—dijo la Mari-Moña.

—¿Y tú no esperas?—dijo á Filomena don Martín.

—Ni dos minutos,—respondió Filomena,—que ya estoy tardando.

—Haremos el poder.

—No hace falta,—dijo Filomena,—que se lleve la justicia lo que hay en casa.

—Pero no se apresure usted, señora, que por oir misa y echar cebada, no se pierde la jornada,—dijo la Mari-Moña.

—Y que el poder se hace enseguida,—dijo don Martín.

—¿Y si entre tanto me prenden? — exclamó Filomena.

—A ti no tiene por qué prenderte nadie. Voy á que llamen á don Hipólito.

El sacristán salió disparado en busca del secretario del Ayuntamiento, que era al mismo tiempo escribano.

Acudió al momento.

Se hizo el poder, por el cual, Filomena, como propietaria de la tienda de mercería, la traspasaba al cura, para que él pudiera traspasarla á otro.

Filomena había estimado el valor de las mercancías en diez mil reales.

El cura se los dió en oro.

—Pero señor cura,—dijo Filomena,—yo no acepto eso: cuando usted haya recibido el dinero del traspaso nos lo enviará.

—El dinero lo tengo yo hoy mismo,—dijo don Martín.

—Así es la verdad,—dijo Filomena:—el tío Zame y su mujer están rabiando por la tienda.

Y tomó los diez mil reales que en oro, y en un bolsillo de malla de seda carmesí, le dió el cura.

Filomena entonces, sin tardar más tiempo que el necesario para abrazar y besar á Estefanía, y para besar la mano al cura y despedirse de él, salió y se fué rápidamente á su casa con la Mari-Moña.

En la despedida no había vertido ni una sola lágrima.

Se había mostrado alterada por algo que pudiera llamarse ficción.

Sus magníficos ojos negros, inyectados de sangre, habían dejado ver un alma terrible capaz de todo.

Un alma de loba, en fin, si se nos permite la frase.

En aquellos momentos, Filomena había tenido toda la apariencia de una gitana legítima.

De una hembra brava, capaz de todo, hasta de lo horrible por su amor.

Una vez en su casa, recogió sus alhajas y su dinero.

Hizo dos grandes líos con sus ropas y las de su marido.

Aquellos líos fueron puestos en el macho en que la Mari-Moña había ido al pueblo.

Luego montaron las dos en el macho, y salieron por el portalón del corral.

El sacristán que las había acompañado, se quedó encargado de la casa.

Algunas vecinas y vecinos del pueblo despidieron con una gran conmoción á Filomena.

Había corrido la voz de que el Chepa había matado á Calambres.

Todos veían que Filomena iba á buscar á su marido con su hija y el niño que los dos esposos ha-

bían sacado de la Inclusa de Madrid para aprohijarlo.

Vieron ir á Filomena, pero no la vieron volver.

El cura supo un día, antes de que fuese á buscarle Luis de Figueroa, que Mateo y Filomena, con sus hijos, estaban definitivamente en salvo.

El tío Narices había ido á avisarle.

—¿Dónde están? —preguntó el cura.

—No lo sé,—respondió el tío Narices.

—¿No te lo ha dicho el Visojo?

—No lo sabe tampoco.

—Pero lo sabrá Manazas.

—Manazas le ha dicho al Visojo, que él le ha jurado al Chepa, por la salusita e la Mari-Moña, que él no le ise á naide aónde están: y dise Manazas que anque lo pongan enclavao en una crus no lo ise, no sea que le pase una esgrasia á su Mari-Moña, por haber él faltao á su juramento.

—Y cuando habla así Manazas, y con más ceceo y más flamenquería que otras veses, hay que ejarlo, por no meterse con él en una mala cuestión.

En fin, y pasando el tiempo se vió que Mateo y Filomena, con su hija y el pequeño Luis, se habían perdido como gota de agua en la mar.

No hubo quien le sacase una palabra á Manazas.

Los ofrecimientos tentadores, y aun las amena-

zas del Oclay, no pudieron sacarle una sola palabra.

El había jurado que guardaría el secreto por la salusita de su Mari-Moña, y le guardó de miedo, de que si faltaba á él su Mari-Moña se le moriría.

CAPÍTULO XXXI

—

En que llega la hora de la vuelta á los lares patrios del Mancla y don Pedro.

Y pasó, pasó el tiempo.

Trajo año tras año de tristeza, de desgracia, de angustia y de agonía sin término para Luis y para Rosa.

Esta enlanguidecía lentísimamente, como si un gusano malévolo, cruel, la royese con una delectación morosa la vida.

Tanto Luis como Rosa, tenían siempre delante de sí la sombra triste y macilenta de Aurora, que les mostraba á su hijo.

Ni Luis, ni Rosa, habían creido que Aurora había huído con el Taripó.

Habían afectado que lo creian, por una cuestión de honra gitana.

Ya hemos dicho que la fuga de una gitana con un gitano no la deshonra.

Se la tiene por casada.

Esto se arregla siempre.

Los padres, ya lo hemos dicho, por enemigos que sean, se ven obligados á ceder.

Se reconcilian dos familias.

Se perdona á los rebeldes.

Se hacen alegremente las bodas.

Las jóvenes de *hoy en día*, sin ser gitanas, han tomado este mismo expediente.

¿No quieren los papás que la niña se case con el indivíduo de su elección libérrima?

Se individualiza con él.

Es decir, se une con él insurreccionalmente.

La Guardia civil ó la policía coge á los emancipados, que no han puesto nada de su parte para no ser cogidos.

Se hace la boda.

Nadie ve en el asunto nada de deshonroso.

La tiranía paternal, lo irresistible, lo conmovedor, lo poético de la pasión, lo arreglan todo.

En otros tiempos, los padres ó los hermanos de la impura, mataban ó llevaban ante los tribunales al raptor, y metían en un convento á la raptada.

Aquello era bárbaro.

La escuela intransigente del honor, según la cual Calderón de la Barca, escribió con el temperamento de su siglo, *El Alcalde de Zalamea*, está en desuso.

Hoy el alcalde hubiera casado á su hija con su seductor, en vez de ahorcar á éste y de encerrarla á ella, la inocente.

A cada tiempo sus costumbres.

La honra de Aurora y la de sus padres, según las costumbres, más aún, las leyes gitanas, estaba cubierta.

Pero ni Luis ni Rosa podían creer que el Taripó les había arrebatado á su hija.

La carta de Aurora había sido esplícita.

«He seguido á un hombre, con el cual no me hu»biera enlazado porque no es de nuestra raza... yo no »tengo la culpa de que el ser gitana haya sido para »mí una *maldición.*»

Esta última palabra de aquella terrible carta, zumbaba siempre y cada día de una manera más abrumadora en los oídos de los desventurados padres.

La horrible ignorancia de lo que había sido ó sería de su nieto, del hijo de Aurora, exacervábales sus tormentos.

Y como si esto no bastara, veían que su hijo mayor, su primogénito Pedro se perdía.

Pedro era cuatro años mayor que Aurora.

Se había educado en el extranjero.

Podía decir que apenas si conocía á su familia.

En cuanto á Aurora, no conocía de ella más que el nombre.

Cuando sucedió la trajedia de Aurora, Pedro, acompañado de un ayo, que era un respetable eclesiástico, viajaba completando su educación.

Luis le anunció la muerte de su hermana, pura y simplemente, suprimiendo hasta lo más leve que podía tener relación con su desgracia.

Pedro contestó con una carta afectada en que las frases de dolor no eran más que palabras huecas, de cuya falsedad no podía dudarse.

Como que no conocía á Aurora, y ésta le era de todo punto indiferente.

Lo mismo, sobre poco más ó menos podía decirse respecto á sus padres.

Estas altas educaciones de los hijos que los tienen separados del hogar paterno en el extranjero.

Es lo mismo que arrancar á los hijos de la familia, que desnaturalizarlos.

Luis y Rosa se arrepintieron muy tarde de haber educado á sus hijos como á ellos los habían educado sus padres.

Si Pedro y Aurora no hubieran sido separados de sus padres, si se hubieran criado en las costumbres de los gitanos, no hubiera sobrevenido la desgracia de Aurora.

La carta de duelo de Pedro convenció á Luis de que su hijo no tenía el sentimiento de la familia, y se aterró.

Temió que la desgracia esperase á Pedro cuando volviese al hogar paterno, y retrasó su vuelta de una manera indefinida.

Y así se pasaron cuatro años después de la muerte de Aurora.

Al fin se cruzaron dos cartas en el camino.

Una de Luis y Rosa á Pedro.

Otra de Pedro á sus padres.

Rosa se sentía postrada por una debilidad extraña.

No pasando de los cuarenta años, parecía ya una anciana decrépita.

Un terrible histerismo se había apoderado de ella.

Habían sobrevenido espantosos accidentes epilépticos.

Rosa temía morir sin volver á ver á su hijo.

Se le llamó, pues.

Pedro, por su parte, escribió á sus padres que estaba ya fatigado de tantos viajes.

Hastiado de todo.

Que tenía necesidad de reposar al lado de su familia.

Pedro volvió.

Tenía ya veinticuatro años.

Era hermosísimo.

Por un fenómeno singular, se parecía tanto á Rosa como á Luis.

La vuelta del hijo del Oclay y de la Manclayí, esto es, del príncipe heredero, fué un acontecimiento para la gitanería del barrio de las Peñuelas, del Barranco de Embajadores y de las Vistillas y Maravillas.

Allá se fueron todos siguiendo al Oclay y á la Oclayí, que iban en un coche á las Ventas de Alcorcón, donde hicieron alto ya cerca de las tres de la tarde.

Había llegado mucho antes un propio enviado por Pedro, que anunció que éste llegaría á las cinco de la tarde.

Era verano.

A mediados de Agosto.

Hacía un día hermosísimo y un consolador viento del Guadarrama templaba la atmósfera.

Nunca se había visto en las Ventas tanta gitanería.

Todos los duques, todos los *batos purós* (ancianos) de Madrid y de sus alrededores, habían asistido al gran recibimiento del Manclayí.

Expliquémonos.

La gitanería es una nación, por decirlo así, anónima, pero que no por ser anónima deja de tener su organización particular, sus clases, sus autoridades, su plebe, su aristocracia, y aun puede decirse que su religión y su clero.

El jefe supremo es el Oclay, esto es, el rey, al que se respeta por los gitanos infinitamente más que lo que los reyes provenientes de la tradición, de la historia, del temperamento y de la manera de ser de las naciones, y por el concenso público, quisieran ser respetados por sus súbditos.

El investido de esta altísima dignidad por los gitanos, gobierna con derecho absoluto, absolutísimo, inviolable.

El hace las leyes y las ejecuta.

El impone los tributos y los cobra.

El es el juez supremo con derecho de vida y muerte.

Sus sentencias se cumplen burlando las leyes de los pueblos en que habitan.

Buscando medios para que la muerte de un gitano

ó de una gitana tengan aparentemente el carácter de un sucesó accidental.

La venganza justificada ante el Oclay ó ante un duque ó ante un bato puró, autoriza á un gitano ó gitana para matar á su enemigo.

Si una gitana impura bastardea la sagrada sangre de la raza, entregándose á un *gachó*, esto es, á un extraño, á un castellano, á un paisano, como ellos dicen, esta gitana ha incurrido en pena de muerte.

A muerte se castiga entre ellos también el adulterio, la calumnia y el asesinato sin causa justificada, y la traición ó la denuncia de un gitano por otro ante la justicia pública, constituída, de los países en que habitan.

Entre ellos, el robo reciproco está admitido, aunque rarísimamente sucede.

El robado ó engañado paga la pena de haberse dejado sorprender ó engañar, lo cual no es falta, porque la astucia y la previsión son rasgos característicos y salientes de los gitanos.

Ellos viven de engañar á los extraños ó á los gachós por cuantos medios pueden.

Si un gitano cae en poder de la justicia, todos los otros le ayudan, desde el más chico al más grande.

El Oclay, los *duques*, los *bato purós*, ponen en juego todos sus medios, todos sus resortes.

Y como la principal de sus valentías es el chalaneo, como proveen de bestias á la gente rica, y están en contacto continuo con ella, sus relaciones son influyentísimas.

Así es que en los presidios un gitano es una excepción, y rara vez perece uno de ellos sobre el patíbulo.

Y no es porque no cometan crímenes, y crímenes feroces.

Las cárceles los conocen, y ellos conocen á las cárceles.

Pero una vez en la cárcel, sobreviene la poderosa protección que los salva.

Sus compatriotas, por decirlo así, se consagran á su defensa, y si la cosa es de tal volumen que no permite volcar sobre las declaraciones, la salvadera de los polvos de plata que ponen blanco lo que parece más negro, siempre se encuentra medio para que el *cayó* ó la *cayí* se escapen, aunque estén guardados bajo siete cerrojos ó cargados de cadenas.

Dado caso que no sea posible la escapatoria de la cárcel, siempre queda la del presidio, que es mucho más fácil.

Sostener en todas estas franquicias á sus vasallos es el principal deber del Oclay.

¿Para qué, si no, habían de tenerlo los gitanos?

¿Por qué habían de obedecerle y reverenciarle, hasta el punto de llegar al fanatismo?

Esta altísima dignidad es en su origen y en su razón el ser electiva.

Pero por costumbre y ya de tiempo inmemorial, se ha hecho hereditaria, siendo capaz para ella tanto el varón como la hembra.

Los gitanos saben demasiado que el sér humano es alma, y que las almas no tienen sexo.

La mujer puede llegar, y llega con mucha frecuencia á todos los actos de valor, de fuerza y de heroismo, así como al crimen, de lo que se cree por error, exclusivamente capaz al hombre.

El hombre se olvida de que si la mujer, por algunos conceptos susumbe al hombre, el hombre sucumbe por una multiplicidad infinita de conceptos y de causas y de sucesos á la mujer.

En la raza gitana las pasiones son vehementísimas, y por lo tanto, la influencia de la mujer en ella es mucho mayor que en otras razas.

De aquí que entre los gitanos está llamada de igual manera á la soberanía la hembra que el varón.

El Oclay y la Oclayí reinan generalmente sobre los gitanos de una provincia de la nación en donde habitan, y á veces sobre los gitanos establecidos en toda una nación.

Luis de Figueroa era de estos últimos.

Reinaba sobre todos los gitanos de España y estaba en muy buenas relaciones con los Oclays de la gitanería esparcida por todas las partes del mundo.

Porque allí donde no se les conoce, ni se tiene idea de ellos, sino por referencia, hay gitanería.

En donde más se les siente es en España y en Alemania.

En España se los llama gitanos ó flamencos.

En Alemania, zíngaros.

En Francia, bohemios epziganos.

La autoridad inferior inmediata á la del Oclay, es la de *grañel* ó *grañelí*, esto es, duque ó duquesa.

Gobiernan en nombre del Oclay, y con toda su potestad, tanto social y civil como religiosa, una provincia ó comarca.

Después vienen los *bato purós*, esto es, como si se dijera gobernadores de distrito y de aduar.

Continúa el *Bostridión*, que significa alcalde, que entiende en las cosas de justicia, y viene luego el auxiliar de este último, el alguacil, que se llama *chinel*.

Esta última benemérita clase tiene un jefe respetadísimo, el alguacil mayor, como si dijéramos, el justicia mayor, el presidente del Supremo de justicia.

Este personaje se llama el *Chipovaró*.

Le sirven de asesores otros funcionarios que se llaman *Baojos*, abogados.

Los gitanos se dividen en aduares.

Los unos, los establecidos en las poblaciones, los civilizados, por decirlo así, se llaman *forocallós* ó *forocallís*, esto es, ciudadano ó ciudadana de tal ó cual lugar.

Los que andan errantes, los nómadas, los que no tienen patria, se llaman garandós ó *garandollís*, vagabundo ó vagabundos, y cuando se les nombra en castellano, se les llama *anda-ríos*, porque como los primitivos pueblos nómadas, siguen la corriente de los ríos.

Esto se comprende, porque en las márgenes de los

rios abundan las mimbreras, que dan el material de la cestería, una de las industrias principales de los gitanos vagabundos.

Nos hemos ocupado de las anteriores noticias, para que se comprenda hasta qué punto sería numerosa y abigarrada y jacarandosa y exhorbitante la gitanería que acudía á las Ventas de Alcorcón.

¡Ahí es nada!

Se trataba de una solemnidad nacional.

Don Pedro, el Manclay, el príncipe heredero, á quien nadie conocía, y que era un caballero muy principal que había andado por todo el mundo educándose para bien de la gitanería, volvía para no irse más, para vivir con los suyos, para tomarles ley y ponerse en el lugar de su padre, el Oclay, cuando porque éste era un santo, le llamasen *Ondivé* y la *Manjarí Deble* (Dios y la Santa Virgen) á su gloria.

Todos los pueblos, hasta el gitano, tienen sus creencias, sus tradiciones, sus intuiciones y el sagrado amor de la patria.

Así ha sido la humanidad de todos los tiempos y de todas las razas.

Dentro, y alrededor de las Ventas, había un aduar inmenso.

¡Qué de galas, de alhajas y de flores había en ellas!

¡Qué de majería en ellos!

¡Qué lujo en los arreos de los caballos!

¡Hasta los perros llevaban lazos de colores!

Cuando llegaron el Oclay y la Oclayí en su coche, hubo una aclamación inmensa.

Tocaron un himno extraño las guitarras, las bandurrias, las panderetas, los palillos, y como se viese una nube de polvo que indicaba que ya se acercaba el Manclay, todos se prepararon á recibirle dignísimamente, según el programa en que se había convenido, y una nube de jinetes, cuya bizarría es imposible describir, partió al galope al encuentro de su príncipe.

CAPITULO XXXII

En que se presenta un notable personaje que tiene una influencia relativa en nuestra historia.

Los gitanos pertenecientes á la alta aristocracia de su corte particular, llevando á la cabeza el *grañel* ó duque de las Peñuelas, al que acompañaban los otros *grañeles*, de los diferentes alrededores de Madrid, se encontraron muy pronto con la silla de posta en que venían Pedro y el eclesiástico que le acompañaba, que era un señor bien pasado ya de los sesenta años, y á juzgar por lo bronceado de su tez y por los rasgos característicos de su fisonomía era indudablemente gitano, lo cual nada tiene de extraño, porque en la iglesia de Dios y en el ministerio del sacerdocio, caben todos los hombres, sea cualquiera su raza: éste dijo á don Pedro:

—Ahí tienes los tuyos que vienen á buscarte, á aclamarte, llenos de entusiasmo; ellos te aman sin conocer-

te, porque eres hijo de un buen Oclay y de una admirable Oclayí. Dios ha querido que tú nazcas en nuestra raza, y maldito es de Dios el que reniega de la raza de sus padres; civilízalos cuanto puedas; sigue el ejemplo de tu padre y resígnate á la voluntad de Dios; un gitano es un hombre como otro cualquiera, un alma; el disperso pueblo gitano sigue el camino que el Eterno le ha señalado; trabaja en la obra de su redención; ese es tu deber; no los recibas, pues, con tu aspecto misantrópico, con esa expresión fría del excepticismo de que yo no he podido curarte.

El acento del sacerdote, aunque dulce, había sido severo.

—Tanto me dá,—dijo con indiferencia, pero de una manera amistosa, Pedro;—pero sin embargo, para darte gusto, mi querido padre, haré lo que pueda.

Había en la fisonomía de Pedro, á pesar de que sólo contaba veinticuatro años y de que era hermosísimo, algo indefinible y misterioso.

Algo que representaba una vejez prematura.

Algo de que parecía rebosar el hastío de la vida.

Algo siniestro y lúgubre.

Compuso sin embargo, su semblante, que parecía iluminarse y recobrar algo del esplendor de la juventud.

Esto demostraba que la misantropía de Pedro no era de todo punto incurable.

Llegaron los gitanos.

Se detuvo la silla de posta.

Se asomó Pedro á la portezuela.

Entonces todos los gitanos, quitándose los sombreros y agitándolos, gritaron con un entusiasmo frenético:

—¡Viva nuestro Manclay! ¡Que Dios le bendiga y le traiga con bien!

—Si vosotros me amáis,—dijo Pedro sonriendo y extendiendo los brazos hacia los gitanos,—yo también os amo.

Crecieron las aclamaciones hasta el delirio, y no cesaron hasta que el duque de las Peñuelas, que era la cabeza de ellos en aquella ocasión, les hizo seña de que iba á hablar.

Sobrevino un silencio profundísimo.

Este sujeto, por su tipo, era indudablemente gitano.

Pero tenía una distinción y unas maneras de hombre de mundo que no se encontraban en los otros.

Se llamaba Pablo Mehiermayer, apellido genuina mente alemán.

Y era alemán, en efecto, y natural de Viena, donde había ejercido la profesión de diamantista y joyero.

Algunos años antes había escapado de la acción de la justicia, según él decía, por consecuencia de una calumnia, por la que se le había hecho responsable de un robo de pedrería.

Esto no era una razón para que la gitanería de Madrid le rechazase, y el Oclay le dió en ella carta de naturaleza, y con ella todos los derechos que correspondían á los otros gitanos.

Como entre los gitanos no hay nadie sin apodo, teniendo en cuenta su procedencia le llamaron el *Letri*, esto es, el Alemán.

No tenía familia.

Si la tenía, la había dejado en otra parte.

Nunca se le había oído hablar de ella.

Era joven aun, de treinta y cinco á cuarenta años.

A más de esto, era buen mozo y bravo.

Cuando algunos años antes se acogió al Oclay y éste le acogió y le protegió, los otros gitanos le pusieron á prueba.

Era infinitamente más culto que ellos y le tomaron entre ojos.

Le provocaron, y el Letri salió como un hombre del lance.

Estropeó sin matarle al que le había provocado, y se quedó como si tal cosa esperando una nueva provocación.

Esta no tardó en sobrevenir.

La tenacidad es uno de los caracteres salientes de los gitanos.

Se le calumnió.

Se dijo que él era un *gachó*, que tomaba dinero de la justicia de los castellanos para que vendiera todos los secretos de la gitanería.

Tres gitanos de los graves sostuvieron la acusación.

Eran tres indios bravos, bien prevenidos, y que con sólo toser espantaban al mundo.

Tres *guapos* que tenían metidos en un puño á toda la gitanería.

Habían cogido un odio á muerte al Letri, porque éste, que no temía ni debía, no les hacía la venia, sino que los miraba de alto abajo.

Los despreciaba, en una palabra.

Le acusaban, pues, de traición.

Cuando el Oclay le llamó á juicio, estando delante sus acusadores y un numeroso público que había acudido á la audiencia, el Lentri dijo sin la menor muestra de turbación:

—Esos tres *chusqueles* (perros), tienen la *muy* (lengua), donde la tienen los *buleros* (embusteros), y con arrancársela no volverán á levantar á nadie falsos testimonios.

Y á seguida pidió licencia al Oclay para meterles allí mismo mano.

Los juicios de los gitanos entre sí y delante de la justicia, son verbales y ejecutivos.

Todos los gitanos y todas las gitanas allí presentes pidieron al Oclay se concediese al Lentri lo que pretendía, y tanto más cuanto que Lentri había dicho:

—Yo tomo por testigo de mi inocencia á Ondivé, que lo ve todo y lo sabe todo; si es verdad lo que esos dicen, y peleando conmigo me *mulaban* (me matan) yo habré sido castigado; pero si los *mulabo*, será señal de que han mentido y de que los ha castigado Ondivé.

Este era un juicio de Dios, como el que admitían las creencias y las leyes en los tiempos de la caballería.

El Oclay concedió la petición para en el momento y allí mismo.

El juicio tenía lugar en el gran patio de la quinta que Luis de Figueroa tenía en las Peñuelas.

Aquel de los tres acusadores que llevaba la voz de los otros dos, se presentó el primero á la prueba.

Era un gitanazo fornido como de cuarenta años.

Una especie de atleta.

—¿Y cómo se va á ver eso?—dijo mirando con desprecio al Lentri;—¿cómo vamos á pelear?

—Como tú quieras,—dijo tranquilamente el Lentri, —y prevente ya.

Y acto continuo se lanzó á su contrario, que dió un terrible salto atrás y desenvainó sus enormes y terribles tijeras de esquilador.

El Lentri se salvó del primer viaje de su enemigo con un quiebro que hubiera hecho honor al torero más consumado, se salió como quien dice por la cola, y revolviéndose y acometiendo por la espalda al otro, le cogió en los brazos por la cintura, le apretó haciéndole sacar una cuarta de lengua, le echó la zancadilla, y le hizo dar una voltereta en redondo tendiéndole en el suelo cuan largo era.

Luego se arrojó sobre él, le puso una rodilla en el pecho, le echó una mano á la garganta y se la oprimió.

El vencido sacó lo lengua mal de su grado.

El Lentri le metió los dedos por la abertura de la boca, y á pesar de lo escurridizo de la lengua, se la apretó de tal manera que como si sus dedos hubiesen

sido unas tenazas se la estiró, y se la hubiera arrancado, á no ser porque Rosa, que como Oclayi asistía al juicio, exclamó horrorizada:

—¡Basta, basta, Lentri! ¡Déjalo, que bien clara está la justicia de Ondivé.

En cuanto á la gitanería, ellos y ellas, no habían dicho una palabra.

Querían gozar de aquella cosa hasta el fin.

Paladearla.

Se quedaron con hambre.

El Lentri cesó en cuanto oyó la voz de Rosa.

Soltó la lengua de su enemigo.

Se levantó de sobre él.

Volvió al lugar donde antes estaba y permaneció tan impasible como si nada hubiese hecho.

En cuanto al *Chirricló*, que así se llamaba el ternejal vencido, ó lo que es lo mismo, el Pájaro, que este era el mal nombre con que se le conocía, no meneaba ni pie ni mano, y tenía un palmo de lengua ensangrentada, saliéndole por un lado de la boca.

Los otros dos acusadores, espantados de la desgracia del Chirricló, confesaron que habían mentido.

Por lo tanto el Oclay mandó se les diese allí mismo en el acto una vuelta de azotes.

Fué necesario luego cuidar de los tres, porque habían salido muy malitos de aquella trapisonda.

Al Chirricló le compusieron como pudieron los curanderos del aduar.

Pero siempre quedó con la lengua torcida y tarta-

joso, que el hombre no podía pronunciar con claridad ni una sola palabra.

De allí en adelante nadie volvió á meterse con el Lentri, que además sacó de aquella ocurrencia un premio sabrosísimo.

Este premio fué una mujer, que hasta entonces le había despreciado de una manera irritante.

El Lentri no había podido defenderse del amor formidable que se había apoderado de él por ella en el mismo momento que la vió.

Esta mujer, ó mejor dicho, esta niña, porque cuando el Lentri la conoció sólo tenía catorce años, era la grande hembra barbiana de la gitanería de Madrid, y aun de muchas tierras más allá.

Con su hermosura y con las riquezas de su padre, que era el Duque de las Peñuelas, como si dijéramos, la segunda persona del reino gitano después del Oclay, no había quien resistiese de soberbia y desdeñosa á aquella perla gitana, que se llamaba Flora, y á la que á causa de sus hechos la habían puesto el mote de la *Atarnajalí* (la Magnífica.)

Pues bien, la Atarnajalí, que había vuelto loco á fuerza de desprecios insoportables, irritantes, al Lentri, por esa versatilidad incomprensible de las mujeres, en cuanto vió la brava manera con que el Lentri había puesto hecho una lástima al Chirrícló, que era el único hombre á quien por ser el rey de los valientes de la gitanería había ella mirado con buenos ojos, toda la afición que á éste le tenía se la pasó al Lentri, pero

acrecentada, convertida en pasión exigente, sin espera, en fuego vivo y de tal modo, que fué necesario casarlos á escape para evitar adelantos que no hubieran favorecido á una mujer de circunstancias tales y de unas tales dimensiones como la Atarnajalí.

Puede decirse que aquella fué una boda de golpe y zumbido.

Con este casamiento acabó de acoplarse el Lentri entre la gitanería de Madrid, y como un año después muriese el padre de la Atarnajalí, que era el Grañal, ó Duque de las Peñuelas, Flora por herencia, se encontró *grañolí* ó duquesa, cargo que pasó á su marido porque necesariamente entre los gitanos es propiedad absoluta del marido todo lo que por cualquier concepto ha llevado al connubio la mujer.

Este era el personaje que había salido al encuentro del Manclay con toda la gitanería montada de Madrid.

La soltó como él sabía hacerlo, una plática saludatoria, contestóle gentilmente Pedro, y todos juntos se fueron á encontrar el coche en que venían y estaba ya cerca el Oclay y la Oclayí.

CAPÍTULO XXXIII

En que se vé el principio de la tremenda historia de un arcángel humano.

Delante del coche real, por decirlo así, venía un grupo de más de cincuenta gitanas, todas jóvenes, todas hermosas y todas hechas unas flores, según que estaban de majas y de bien prendidas.

Eran la flor, la espuma, la crema, lo de allí al cielo del sexo hermoso gitano de la comarca.

Y aun las había de Aragón y de Murcia y aun de más lejos, no faltando alguna sevillana, alguna *gaitana*, alguna granadina, alguna malagueña, alguna cordobesa, que los parientes habían hecho venir para que asistiesen al solemne recibimiento del Manclay y á las grandes fiestas que debían hacerse en honor suyo.

Todas eran doncellas, excepto la que por el momento era su *brostirdiani* ó alcaldesa ó capitana, que era una real hembra casada y muy retebién casada,

como que era no menos que la Duquesa, esposa del Lentri, la famosa Flora la Atarnajalí.

No había podido buscarse menos capitana para aquel hermoso coro de vírgenes *cañís*, que armadas cada cual de su guitarra, de su bandurria, de su pandera ó de sus palillos, venían cantando y bailando y tan alegres, tan llamativas y tan hermosas, que no se las podía resistir.

Aquello era una nube de flores y de gloria.

Delante de ellas, alta, esbelta, soberbiamente gallarda, con toda la posesión de sí misma, hecha una maravilla de hermosura, de galas, de prendido, con sus resplandecientes veinte años y con todo el fuego de volcán que tenía en el corazón, saliéndosele por los ojos, venía la Atarnajalí con un magnífico ramillete de flores naturales, sujeto por un ostentoso lazo de seda, bordado de oro y aljófar.

En cuanto á ella venía hecha una diosa.

En el peinado de anchos rizos, bandas ondeadas y opulenta castaña, los rizos cogidos con alfileres, cuyas cabezas eran gruesos rubíes, como los que guarnecían la peineta de oro.

A la izquierda de la castaña una media corona de rosas naturales.

La moña de la castaña ostentaba bordados de oro sobre rojo, sembrados de rubíes.

Anchas arracadas de rubíes también.

En la garganta, morena y mórbida, un collar de tres vueltas que contrastaba como grandes y brillantes

gotas de sangre congelada, con el suave tono de la sedosa y fresca tez, bajo la cual se veía circular la sangre.

Y además en aquella esbelta, robusta y sensual garganta, cadenas de oro, hilos de perlas, de que pendían sobre el alto y turgente seno, relicarios, medallas, amuletos, toda esa profusión de diges, en fin, de que son tan apasionadas las gitanas.

Camisa de riquísimo encaje.

Chaquetilla torera ó de maja, de un valor incalculable.

Riquísimo chal de la India.

Falda ó basquiña de raso, color de sangre de toro, con adornos y triples volantes de encaje negro.

Medias de seda caladas.

Zapatitos de tafilete rojos con lazos de oro y rubíes.

Por último, y para que nada nos falte que decir, las mórbidas manos cargadas de sortijas de gran valor.

Como se vé, la Atarnajalí había sacado para aquella solemnidad el fondo del arca.

¿Pero de dónde había sacado aquella profusión, aquella colección, aquel completísimo aderezo de rubíes brillantes, que por sí sólo valía un tesoro?

Hay que tener en cuenta que el Lentri era diamantista y joyero.

Antes de casarse con la Atarnajalí, su industria era menuda.

Había traído muy pocos dineros de Alemania y se

había reducido á composturas y á pequeñas compras y ventas entre los mismos gitanos.

Pero cuando la Atarnajalí casándose con él, le trajo una gran fortuna, entonces dió á su industria un vuelo gigantesco.

El hacía viajes, venía con grandes y ricos surtidos de pedrería que metía de contrabando y que colocaba con facilidad entre los joyeros de Madrid, que encontraban los precios ventajosos, porque estaban descargados de gastos de comercio y de derechos de aduana.

Así era que continuamente andaba de viaje, y algunas veces tardaba seis ú ocho meses en su recolección de pedrería.

Su principal objeto era hacerse con gran surtido de perlas ó de piedras iguales en calidad y en tamaño, lo cual aumentaba su precio de una manera extraordinaria.

No le había unido con la Atarnajalí el amor verdaderamente dicho.

Lo que había sentido por ella desde el momento en que la había visto, había sido un impulso de concupiscencia, completamente material, una atracción poderosa en que el espíritu se materializaba, y que con la indiferencia, más aun, con los desprecios de la Atarnajalí, se fué irritando hasta llegar á ser una de esas pasiones terribles que enloquecen y hacen capaz á quien las sufre de los actos más terribles y más monstruosos.

La Atarnajalí, por su parte, cuando vió que el Ale-

mán había vencido al Pájaro, el único hombre á quien ella había mirado, si no con afición, sin desprecio, porque era el *barí*, como si dijéramos el matón, el amo por valiente de la gitanería, cuando vió, repetimos, que á aquel *guapo*, á aquel héroe, á aquel invencible, terror del mundo, le venció facilísimamente el Lentri y le dejó con la lengua torcida y estropajosa, renqueando, encogido como una algarroba, inútil como una guitarra sin tapa ó como una pandereta sin pergamino, avergonzado, deshonrado, destronado, hecho una miseria, y que no había tenido el valor de ahorcarse para salir de una vez de tanta desdicha, le entraron por el Lentri una comezón y unos desvelos y unas fatigas de muerte y una pena negra, que si no se lo dice, se muere.

Ya hemos dicho que si su padre el Grañel no la casa á escape, obrando prudentemente, con el Alemán, sucede un escándalo y no hubieran sido tan limpias como debían serlo las bodas.

De aquí resulta que se casaron, no por amor, no por mútuo, perfecto y razonable voluntad, sino por una fascinación recíproca.

La posesión legítima, libre, fácil, sin tasa, vehemente, insensata, fué trayendo más pronto que lo que hubiera sido de desear, el cansancio, la cesación de la embriaguez, la indiferencia, y por último, el hastío.

Pasada la fascinación, descubrieron el uno en el otro defectos enormes.

El Lentri era taciturno, atrabiliario, exigente, irascible, y sobre todo avaro, hasta la adoración, del oro.

Flora veía que Pablo no estaba satisfecho ni con mucho con el respetable dote que ella había aportado al matrimonio, y que miraba al Duque su padre con ojos emponzoñados, como deseándole la muerte que debía hacer riquísima á Flora, y darla además la investidura de Duquesa ó Grañalí, principal de los gitanos, investidura que por las leyes flamencas debía recaer en él.

Flora desconfió de Pablo, temió por su padre, por sí misma.

Conocía bien la avaricia y la ambición de su marido.

Pero á nada se atrevió.

Se sintió esclava.

El Lentri había sabido domarla.

La brava Atarnajalí le temblaba como á una vara verde.

Y en verdad que tenía razón para ello, porque cuando por lo de genio y figura hasta la sepultura, la Atarnajalí se insurreccionaba, el Lentri la hacía sentir todo el peso del principio de autoridad, dándola un sobo que la hacía bailar la danza de San Vito, y que la ponía aquel hermoso y arrogante cuerpo blando como una badana.

Y entonces la Atarnajalí no tenía más que dieciseis años.

Como se vé, el Lentri había empezado á buen tiempo á educarla, á arreglarla para su uso de una manera genuinamente gitana.

Así fué que Flora no sólo se desencantó de su mari-

do, sino que le tomó un aborrecimiento de muerte, y tanto más cuando apenas trascurrido un año después del casamiento, murió su padre de una enfermedad que no supieron decir cuál había sido, ni médicos ni curanderos.

La Atarnajalí no tuvo duda de que Pablo, por el afán de heredarle, había dado malas yerbas al viejo, y aunque no fuese cierto, porque la verdad no la sabían más que Dios y el Lentri, su mujer lo creía por el odio que le tenía.

Pero no se lo dijo á nadie de miedo al Lentri, y por otro cuidado mayor.

El de que la justicia lo supiese, y pusiese en claro el delito y ahorcasen al Lentri.

No hay cosa que más horror, que más terror cause á los gitanos que tener un *fornido*, esto es, un ahorcado en su familia.

Ella disimuló, se doblegó, pero tomando sobre sí la obligación de vengar á su padre, emancipándose al mismo tiempo de la odiosa esclavitud á que se veía sujeta.

A esto había venido á parar aquel matrimonio que se había hecho con tanto empeño, con tanto deseo, con tanta pasión por ambos cónyuges.

La Atarnajalí comprendió que nunca había amado, y sintió la necesidad del amor del alma.

Tenía en ella un vacío doloroso que la atormentaba más de día en día, y que la embellecía dando á sus hermosos ojos un espiritualismo sensual, si se nos per-

mite la frase, que los hacía casi divinos, irresistibles.

¿Pero dónde estaba el hombre de su amor, el sér amado en que ella soñaba sin conocerle?

Tales eran las aspiraciones del alma de Flora, que hacían casi imposible su realización.

Flora, que como Grañalí, como autoridad inmediata del Ocláy frecuentaba el trato de éste y de la dulce Rosa, había tomado á esta última por paño de lágrimas, quejándose hasta donde la era posible, de sus desdichas.

Rosa la consolaba y la daba buenos consejos.

Un día, poco tiempo antes de la vuelta del Manclay Pedro, entre los suyos, reparó Rosa en que al entrar Flora y saludarla, se puso pálida, y á seguida encendida de tal modo, que no parecía sino que la sangre iba á saltar de su suave y delicada piel morena.

La mirada absorta de la hermosa gitana, lúcida, ardiente, estaba fija en un rico medallón orlado de pedrería, que Rosa tenía pendiente de la garganta por una sencilla cadena de oro.

Flora se reprimió y Rosa no hizo ni dijo nada que hubiese podido demostrar que había reparado en la emoción de su joven amiga.

La comprendió sin embargo, y dijo para sí:

—¿Qué nueva desdicha nos trae nuestra mala fortuna?

En aquel medallón había un retrato en esmalte, maravilloso por su ejecución, por su verdad, por la representación admirable del natural.

Era el retrato de Pedro.

Un reciente regalo que éste había hecho á su madre.

Era un esmalte mate, que reproducía á Pedro tal cual era.

La obra de un artista de genio y de estudio á la vez.

La Atarnajalí comprendió que aquel retrato de un joven que la Oclayí tenía sobre el seno, no podía ser otro que el de su hijo el Manclay don Pedro.

Ni Flora preguntó acerca de aquel medallón ni nada á propósito de él le dijo Rosa.

Flora no volvió á ver sobre el seno de Rosa el retrato de Pedro.

¿Pero qué importaba?

La primera impresión había sido profunda.

Había sido un relámpago que había iluminado el alma de la Atarnajalí.

Una revelación.

La ardiente gitana había visto su bello ideal en el retrato de Pedro.

Su imagen se había fijado instantáneamente en su alma, y de una manera indeleble, como se fijan instantáneamente las imágenes en el cristal fotográfico.

Esto explica las pasiones por personas que se han visto una sola vez.

Esto explica también lo del *mal de ojo*, ya produzca el amor, ya el odio, ya el horror.

En el sér humano hay un admirable aparato electro-magnético.

Por esto influye y es influído.

Guardando en su memoria y en su alma la imagen de Pedro, sintiendo su influencia aumentando ésta de día en día, Flora notó en sí misma, algo tan intensamente delicioso, que bien hubiera podido compararse al éxtasis de los santos, por el sentimiento, por el gozo del amor divino.

De tal manera eran estas sensaciones, que Flora acabó por no dudar de que Pedro la amaba ya casi con locura.

Que su alma venía á buscar la de ella.

Que Ondivé los había unido en la eternidad.

Tenía aquello mucho de espiritismo, pero de un espiritismo que está muy lejos de ser, el de los charlatanes buscavidas y de los imbéciles que creen en sus disparates.

Era en una palabra, la situación de Flora un insondable misterio de sentimiento, que se hacía sentir á un mismo tiempo de una manera absoluta en su cuerpo y en su alma.

Era el amor.

Empezó á decirse por entonces, que el Manclay iba á volver.

Que el Oclay le tenía buscada novia y que cuando le casase haría dejación en él, haciéndole rey de los gitanos, retirándose después á una vida tranquila á cuidar únicamente de la Oclayí su esposa, que bien tenía necesidad de cuidados, según estaba de acabada y de enferma.

Con estas noticias se revolvieron pasiones terribles en el alma tremenda de la Atarnajalí.

¿Por qué se había ella casado con el miserable que la esclavizaba?

¿Cómo había ella de ver al hombre de su alma casado con otra?

¡Y Pepita la *Alojé* (la Afable), prima del Manclay Pedro, era un arcángel!

Todas las pasiones trágicas imaginables, todos los delirios del exterminio se apoderaron de la Atarnajalí.

Y sin embargo, nadie, ni el mismo Lentri, que era el espíritu de la perspicacia, vió en el semblante, ni en la mirada de la Atarnajalí, el más leve indicio de la pavorosa, de la tremenda tempestad que se agitaba en su alma.

Por aquel tiempo volvió de uno de sus largos viajes al extranjero en busca de pedrería el Lentri.

Venía muy contento.

Había completado una magnífica colección de brillantes-rubíes.

Eran de un rojo intenso y de unas luces deslumbrantes.

—¡Mira! —dijo á su mujer enseñándole la colección: —parecen gotas de sangre ardiendo.

—Sí que sí, —dijo Flora: —una mujer con un grande aderezo de esas piedras, metería miedo: y si luego el traje era en correspondencia, Jesús mío, habría que hacer á siete leguas siete cruces de Dios.

—A ti te sentaría muy bien, —dijo el Lentri, que

siempre que volvía de un largo viaje, sentía una recrudescencia de afición á su mujer,—estás cada día más *barbali*.

—Los ojos con que tú me miras de siglo á siglo,—contestó friamente y torciendo el bello *jocico* la Atarnajalí.

—Que los *mengues* me lleven si no me pareces una divinidad.

—Eso no me entusiasma,—respondió la Atarnajalí,—que nunca me gustaron á mí las cosas trasnochadas.

—¡Y te estás muriendo por mí!

—Más vale que lo creas, el que no se consuela es porque no quiere.

—Te voy á dar una prueba que va á convencerte de que te quiero.

—No me hace falta.

—Si no tuvieras tan mal genio.

—Así me lo dió Ondivé y no hay remedio.

—¿Y si yo te hiciera con este tesoro de rubíes un aderezo á lo flamenco?

—Creería que se *había despeñao un grel (burro)*.

—Pues por despeñado,—dijo el Lentri;—mañana mismo pongo manos á la obra.

La terminó en quince días.

El resultado fué maravilloso.

El Lentri había hecho que la Atarnajalí se hiciese un traje completo en consonancia con las joyas que para ella preparaba.

Cuando la Atarnajalí, vestida y alhajada como la

hemos visto saliendo á recibir á Pedro, se miró á un espejo, se espantó de sí misma.

Con aquellos rubíes, con aquellas sedas rojas, con su excesiva hermosura, y con lo siniestro de la expresión de sus poderosos ojos negros, lucientes, sombríos, por los que se exhalaba el fuego de pasiones misteriosas y terribles, parecía la diosa del exterminio.

El Lentri se puso pálido como un muerto y sonrió de una manera siniestra.

—¡Ah!—dijo la Atarnajalí para sí misma, interpretando ó mejor dicho, adivinando el impulso del alma del Lentri que no había podido contener su sonrisa siniestra,—tú pretendes dar fin á tu obra; tú acabaste con mi padre y has decidido acabar conmigo.

Esto no podía ser sino porque el Lentri se hubiese apasionado de otra mujer y necesitase enviudar para unirse á ella.

Pero suponer una cosa, por acertada que sea la suposición, no es tener la evidencia de ella.

Flora disimuló, y se valió de los gitanos más astutos para que acechasen al Lentri, para que le vigilasen.

Una especie de policía, en fin.

No tardó en saber que el Lentri había traido de Viena una mujer de una belleza excepcional, una artista coreográfica, una celebridad de aquel tiempo, una aventurera polaca, que mostrando sus magníficas desnudeces, haciendo piruetas y cabriolas, y vendiendo carísimos sus favores, se había hecho fabulosamente millonaria.

Aun no había cumplido los veinticinco años y ya podía retirarse para gozar tranquilamente su opulencia, sin verse obligada á recurrir á nadie ni en público ni en privado.

Vivía con gran fausto en Madrid, apellidándose la princesa Ludovica, y volviendo loco á medio mundo.

Ella, sin embargo, daba muestras de una altiva austeridad, haciendo se la tuviese por una gran señora, autorizada por una respetabilísima tía que parecía una gran persona, y que realmente no era otra cosa que la servidora, la criada de confianza de la hermosa bailarina.

Nadie la conocía en Madrid.

En aquellos tiempos nuestros periódicos no se ocupaban de estas celebridades escandalosas, de estas ilustres aventureras.

La moneda falsa pasaba.

Los polizontes privados de la Atarnajalí no pudieron decirla que la riquísima princesa extranjera á quien visitaba secretamente el Lentri, era una famosa bailarina.

Nadie, además, hubiera podido decírselo.

Ludovica había falsificado perfectamente su posición.

Siempre se ha dicho: *á largas tierras, largas mentiras*.

Lo que á la Atarnajalí le importaba, lo sabía.

Su marido tenía amores con aquella extranjera, y por estos amores necesitaba quedarse libre para contraer un nuevo matrimonio.

¿Y por qué el Lentri, pensando en esto, había procurado aumentar el efecto de la magnífica hermosura de su mujer por medio de espléndidas y riquísimas albajas?

La Atarnajalí era gitana y lo sabía.

Pero tengo la seguridad de que mis lectores casi en su totalidad no son gitanos, y es necesario que lo sepan.

El crimen más horrendo entre los gitanos, para el cual no hay perdón ni excusa, es el adulterio.

La mujer adúltera y su cómplice deben morir, sea cualquiera el medio que sea necesario poner en práctica para la ejecución de la sentencia.

Aunque esta sentencia no pueda cumplirse, el marido ofendido queda libre para unirse con otra mujer.

Además, y como por vía de indemnización, los bienes de la adúltera son suyos.

Flora había adivinado la intención de su marido.

Procurar que el Manclay cuando volviese se enamorase de ella.

Después del decaimiento de Rosa por su edad y por la terrible enfermedad que la habían causado sus extraordinarias desgracias, y muerta en la flor de su edad Aurora, la Atarnajalí era sin contradicción, la hembra más hermosa de toda la gitanería de Madrid.

Y con la resplandeciente juventud de sus veinte años.

Era, pues, muy probable, que el Manclay don Pedro al verla, se impresionase mortalmente por ella.

Era muy probable también que el Manclay ensoberbecido por su poder arrostrase por todo, y que Flora, deslumbrada por los amores del Manclay, sucumbiese.

El Lentri sabía bien que si sorprendía con testigos al Manclay y á Flora en flagrante adulterio, todo el poder del Oclay, aun tratándose de su propio hijo, era inútil para evitar las consecuencias de las costumbres, ó más bien, de las leyes gitanas.

Por lo menos era segura la anulación de su matrimonio con la Atarnajalí.

Se dirá á esto que quedaban los lazos del matrimonio religioso.

Pero les importa muy poco de éste á los gitanos.

Les basta con el matrimonio civil á su manera.

La Atarnajalí había adivinado toda esta trama y la había aceptado.

—Veremos quién á quién,—se había dicho.

Y se había vestido y cubierto de joyas con ansia, para ir á recibir al Manclay.

CAPITULO XXXIV

En que se ve que iban de tantos á tantos el Lentri y la Atarnajalí.

Cuando Pedro, acompañado de los gitanos á caballo á cuya cabeza iba el Lentri, se encontró con las gitanas, de quienes era cabeza la Atarnajalí, al reparar en ésta se aturdió, ni más ni menos que el que se encuentra de improviso una influencia superior á su razón.

Se le nublaron los ojos.

Le zumbaron los oídos.

Se apoderó de todo su cuerpo un temblor insoportable.

Sintió lo que habría sentido si se le hubiera aparecido de improviso un sér sobrenatural.

Y en efecto, había algo poderosamente sobrenatural en la Atarnajalí.

A más de su grande hermosura, de su gran-

de juventud, de su deslumbrante atavío, su alma entera, violenta, volcánica, representando algo divino é infernal á un tiempo que resplandecía en sus ojos, que se acentuaba por la contracción sensual y hambrienta de su hermosa boca, que inflaba las arterias de su voluptuosa garganta y agitaba de una manera visible, su alto, espléndido y mórbido seno, y por su palidez apasionada.

La Atarnajalí no se había reprimido.

Verdad era que la hubiera sido casi imposible reprimir la expresión de situación en que se encontraba.

El Lentri había visto con un placer inefable la impresión que recíprocamente habían sentido Pedro y Flora.

Lo que él había deseado, lo que ardientemente había esperado, se cumplía.

Si no la vida, por lo menos la hacienda de Flora era suya, por la disolución de su matrimonio con ella á causa de su adulterio.

El Lentri veía aquel crimen inevitable.

Pedro, que había bajado del coche para salir á pié al encuentro de los gitanos, al sentir la poderosa emoción, que como hemos dicho, se apoderó de él á la vista de la Atarnajalí, acometido por una especie de vértigo, vaciló, y hubiera caido por tierra, si la Atarnajalí, arrojando rápidamente el ramillete que para él iba prevenido, no hubiera acudido á él y lo hubiera sostenido en sus brazos.

El ramillete arrojado era inútil.

¿Qué mejor ramillete podía darle la Atarnajalí que su propia persona, su refulgente y conmovida hermosura, sus dulces brazos y su seno palpitante?

Pasaron algunos momentos: ella sosteniéndolo en sus brazos, él abandonado en ellos.

Aquello pasó rápidamente, pero no sin ser reparado por todos.

Pedro se recobró al fin.

Se separó de los brazos de Flora, y la dijo:

—Gracias, señora mía: he sentido un vahído... no sé... pero si usted no acude, hubiera caído.

—Señor,—dijo la Atarnajalí,—yoví que su merced se ponía más amarillo que la cera, y que se caía y acudí.

En efecto, Pedro estaba mortalmente pálido y miraba de una manera ansiosa á la Atarnajalí.

Parecía que á Pedro le importaba muy poco el qne reparasen en que la emoción que le había cogido y cuyas consecuencias duraban aún, había sido por la hermosísima gitana.

Esta, por su parte, se había rehecho.

Había dominado su emoción.

Había usado con éxito de esa fuerza de voluntad que tienen generalmente todas las mujeres para disimular lo que sienten.

Pero en una mirada rápida había visto el gozo inefable que aparecía en el semblante del Lentri, y le había comprendido.

—¡Ah! te veo,—dijo para sí Flora:—pero veremos quién puede más.

Luego añadió en voz alta, dirigiéndose á Pedro:

—Manclay, yo tenía para su merced un ramillete de flores, y no sé lo que he hecho de él: ¡ah! ¡sí! ¡aquí está! le tiré para sostener á su merced.

Y le recogió y lo presentó á Pedro, añadiendo:

—Con la caída se han deshojado algunas flores; pero eso no le hace; la buena voluntad mía y la de las gitanillas que conmigo han venido á recibir y á festejar á su Manclay, no se han deshojado, ni les ha pasado nada, sino que están más firmes y más deseosas de servir á su merced.

Y cuando decía esto la Atarnajalí, su acento era más dulce que el gorjeo de un ruiseñor, y sus grandes ojos negros lucían como si dentro de cada uno de ellos hubiese habido un volcán.

Pero esto podría tomarse á afección, á lealtad por el príncipe heredero de aquella monarquía gitana.

—Yo,—dijo Pedro,—que había tomado el ramillete,—guardaré sobre mi corazón esas flores deshojadas por mi causa.

—¡Ay, señor!—dijo la Atarnajalí,—que si sobre su corazón pone su merced esas flores, volverán á echar hojas, y más hermosas y más olorosas que las que antes tenían.

—¡Hojas del alma!—dijo Pedro.

Todo esto hubiera podido pasar por cumplimientos

exagerados, y más tratándose de gitanos que son de suyo ponderativos.

Pero la Atarnajalí impuso silencio á Pedro con una furtiva, rápida, pero elocuentísima mirada.

Con aquella mirada le había dicho:

—Entendido todo, todo aceptado; pero hay tiempo para hablar sin participantes; así, pues, *sonsi vela*, que *gachó diquela*. (Esto es: silencio, que el tal mira).

Pedro contestó con otra mirada no menos significativa á la Atarnajalí, y con su ramillete empuñado marchó al encuentro de sus padres, que ya se acercaban.

Los gitanos y las gitanas le siguieron.

Su ayo, aquel sacerdote gitano que le había acompañado en todos sus viajes, iba á su lado, silencioso y severo, como por consecuencia de la escena que había presenciado.

No había él educado á Pedro para que diese en tales desafueros.

El diablo había recibido á su educando al llegar éste á Madrid, y el buen don Antonio estaba, no sólo escandalizado, sino gravemente temeroso por las consecuencias que de aquello podrían sobrevenir.

El encuentro de Pedro con sus padres fué conmovedor.

Luis y Rosa se disputaron su hijo para devorarlo á caricias.

La pobre Rosa se sintió reanimada.

Cobró una forma de vida momentánea.

Se galvanizó, por decirlo así.

Hubo un momento en que por la alegría de volver á ver á Pedro, se olvidó de su desventurada hija Aurora.

Se fueron á las Ventas, donde hubo banquete, baile, jolgorio.

Bien entrada la noche, toda la gitanería de Madrid y de algunos pueblos inmediatos, se entró con su Oclay, la Oclayí y su Manclay por el barrio de las Peñuelas, y luego por la quinta, por no decir palacio de Luis, donde duró la *juelga* por todo lo alto hasta muy cerca del amanecer, en que cada cual se fué á su casa indispuesto y con una borrachera en el cuerpo.

El Manclay valía un mundo y volvía hecho un buen mozo del todo.

Un *barbián* que no había más que pedir.

¡Y luego tan señor!

La Atarnajalí, que antes de conocerle personalmente, sólo por haber visto una vez su retrato en el medallón que Rosa tenía al pecho, se había impresionado terriblemente por él, al verle en cuerpo y en alma comprendió con pesar suyo lo que va de lo vivo á lo pintado y se la abrasaron por él las entrañas.

Conoció que hasta entonces ella no había sabido lo que era amor, gracias al odio que había contraído por el Lentri.

Este, que á cada momento estaba más satisfecho de la marcha precipitada que tomaba el negocio de que pensaba aprovecharse, se había echado fuera del lado

de su mujer durante toda la fiesta, se había espontaneado, había hecho *mutis*, como se dice en el lenguaje de bastidores para expresar que un actor sale de la escena, había dejado, en fin, ocasión larga para hablar á los dos enamorados, al contrario de otros maridos que ni viven ni pueden sufrir, cuando ven que en una *soirée* las mujeres mantienen una conversación tirada con algún amigo.

Andando andando por los salones bajos de la quinta, que estaban iluminados y ornamentados como para la gran fiesta del regreso definitivo del Manclay, se encontraron éste y Flora en la puerta de una galería que daba al jardín.

Estaba éste tenebroso y oscuro.

Pedro tiró hacia él.

La Atarnajalí se detuvo.

—Yo no paso de aquí, —dijo,—yo no quiero dar pie á ese *arrastrao* para que haga lo que quiere: si tú estás loco por mí y yo por ti *guillaa*, es menester ser prudentes y que no nos la den de primos: y aluego, que no siendo yo tu mujer, no hay nada de lo dicho: cuando él se las *guille* con los *bengorros* (cuando él se vaya con los diablos), y nos hayan echado las bendiciones, romandiñaos (casados) yo, entonces, alma de mi alma, tuya hasta las entrañas con el *garlochí* (corazón) abierto por ti.

Como se ve Pedro y Flora habían tenido ya una conversación íntima bien aprovechada, y en ella se había llegado hasta los proyectos de un crimen.

Estorbaba el Lentri y era necesario quitarle de enmedio.

No se debían pues, nada el uno al otro, los dos esposos.

Estaban al par de odio á odio, de traición á traición.

Cuando volvieron á su casa el Lentri y Flora, aquél dijo á ésta:

—Vida de mi vida: voy á decirte una cosa que no te va á gustar.

La Atarnajalí se puso en ascuas, pero contestó sonriendo:

—¿Y qué me puedes tú decir que á mí no me guste, corazón mío? ¿he hecho yo algo que te haya enojado, luz de mis ojos?

—¿Quién piensa en eso ni por sueños, vida mía, cuando tú estás cada día más en fatigas por mí? —contestó el Lentri.

Y dió á su mujer un beso hambriento en los entreabiertos labios.

Un beso tal como el primero de un enamorado loco.

Aquel beso supo á tártagos á la Atarnajalí, y le hizo pensar desesperada en Pedro.

Y sin embargo, le pagó con otro beso no menos expresivo.

—Pues la mala noticia que voy á darte, es que mañana me voy.

La Atarnajalí se puso pálida.

—¡Que te vas!—dijo:—¿y por qué? ¡esto es una

muerte! ¡esto es estar siempre una apartada de su marido y sin sosiego y celosa! tú te has echado por allá en tierra de extraños algún apeo, y te estás con ella más que conmigo: siempre que te vas me parece que no voy á volverte á ver.

—¿Y cómo había yo de vivir sin ti, alma mía?—dijo el Lentri con la misma expresión de un recién casado en los primeros días de su luna de miel:—pero no podemos olvidar por el amor el negocio: el Conde de Prieto se va á casar, y necesita una ostentosa colección de pedrería para su regalo de bodas, que no se puede encontrar sino en el extranjero.

—¿Y por qué no dejas tú ya esos tratos?—dijo Flora,—¿no somos ya ricos en grande? ¡pero la familia que venga... es que tú eres un *desastrao* y tienes por allá algún belén, á mí no me lo quita nadie de la cabeza: un día me voy tras de ti, te celo, y en conociendo que yo conozca á la que sea la *amulabo* (la mato). Jesús mío! ¡y cuándo podrá una por fin vivir en paz!

—Te prometo que este será mi último viaje,—dijo el Lentri,—pero estoy ya comprometido y no puedo pasar por otro punto.

—Si te vas,—dijo la Atarnajalí,—yo me najo por otro lado y no me vuelves á ver en todos los días de tu vida: mejor para ti: así te quedas libre para tus picardías.

—Bien está el que lo quieran á uno,—dijo el Lentri,—pero esto es ya demasiado: esto no se puede sufrir.

—Pues no lo sufras: ¿te quedas ó no?

—¡Me voy!

—Pues entonces hemos acabado ya: como si no nos hubiéramos conocido en todos los días de nuestra vida.

Y dando un franco revoleo á su gentil persona, la Atarnajalí se metió en su cuarto y se encerró dando dos vueltas á la llave.

—¡Y vaya si hemos acabado ya!—dijo al encerrarse:—yo no puedo ser ya de nadie hasta que sea suya en cuerpo y en alma: yo no tengo más esposo que él; yo no ofendo ni aunque me hagan cuartos, á este querer tan grande que por él se me ha metido en las entrañas.

—Pues mejor,—dijo el Lentri mientras ella se encerraba,—ni como con la mano: no parece sino que el diablo la aconseja como yo quiero.

Y como era ya cerca del amanecer, y por haberse encerrado en su cuarto su mujer, no tenía donde acostarse, se puso á hacer los preparativos de su viaje improvisado.

CAPÍTULO XXXV

En que se prepara una trajedia que debia influir en gran manera en los sucesos de esta verídica historia.

Y el Lentri se fué.

Cuando se despidió de la Atarnajalí, ésta ni aun le permitió que le diese un abrazo.

—Tú haces tu gusto, —le dijo, —tú te vas á donde quieres; pero no te des prisa á volver, porque cuando vuelvas no vas á encontrar más que las paredes.

Nadie extrañó la brusca partida del Lentri.

Estaban acostumbrados á los repentinos viajes del diamantista y sus ausencias de seis ú ocho meses.

Pero la Atarnajalí se aterró.

Vió que su marido huía el bulto.

Que la dejaba libre y en lucha con un amor que tal vez no podría resistir.

Que podía volverla loca.

En la larga conversación que había tenido con Pedro la noche de su llegada, había comprendido que era voluntarioso, exigente, violento.

Que tenía el corazón ansioso de amor, de felicidad.

Que estaba cansado del mundo y que buscaba en el amor algo que le hiciese grata la vida.

Había comprendido que ella le había embriagado.

Que le había hechizado.

Por lo que ella sentía por él, interpretaba lo que él sentía por ella.

Aquello podía ser muy bien una fascinación.

Temiéndose á sí misma, la Atarnajalí tuvo la idea de encerrarse en un convento durante la ausencia del Lentri.

Pero no lo había hecho durante otros largos viajes de aquel.

¿Qué importaba?

De aquella manera destruía los malos propósitos del Lentri.

Cuando volviese no tendría ya pretexto para otro viaje.

Se le podía armar una trampa.

Hacerle caer en ella.

Acabar con él.

Quedarse completamente libres.

Entonces ella sería la esposa del príncipe heredero.

La Manclayí de la gitanería.

Aunque la Atarnajalí no pensase en esto, entraba

por mucho la ambición en el amor violento que la había empeñado por Pedro.

Este no pudo verla, aunque sin pensar en consideraciones fué á visitarla al día siguiente.

La Atarnajalí no había perdido el tiempo.

Se había ido apenas puesto en marcha el Lentri al convento de Santa Catalina, había llevado una cuantiosa limosna, y á pretexto de que importaba á su honra y á la de su marido el que ella se encerrase en un claustro durante una ausencia de aquél, se llenaron rápidamente las formalidades necesarias, y la Atarnajalí no volvió á su casa.

Ella había dicho á su marido que cuando volviese no encontraría más que las paredes.

El que no encontró más que las paredes cuando fué á visitarla, fué Pedro.

Esto le irritó de una manera indecible.

Juró que si para sacarla del convento no había otro medio, llegaría hasta pegarle fuego.

Su sangre gitana no se detenía ante ningún obstáculo, ante ninguna responsabilidad, ante ningún peligro.

La incitante hermosura de la Atarnajalí, se le había metido en la sangre.

Le había causado un hambre canina insoportable.

Una fiebre abrasadora.

Y era no sólo la belleza material de la Atarnajalí lo que le ponía en ansias.

Ansias más de muerte causaba en él el espíritu de fuego de la gitana.

De su hechicera prima.

Porque ya sabemos que la Atarnajalí era prima hermana de Pedro.

Esto hacía que se sintiese más empeñado por ella:

Como que sentía en su sangre la sangre de ella.

Enérgico, acostumbrado á satisfacer todos sus deseos y poco sufridor de esperas, la noche del mismo día en que Flora se encerró en las Catalinas, Pedro cogió una guitarra, se envolvió en una capa, y acompañado de cuatro de los mejores cantaores de la flamenquería, se fué á la media noche al convento y le dió á su adorada una serenata tal y con tales cantares, que las monjas se escandalizaron y á la Atarnajalí se le derritieron las entrañas.

Pedro le daba sin perder tiempo pruebas evidentes de que por ella era capaz de todo.

Fué prudente, y cuando la superiora escandalizada la pidió explicaciones, la respondió que por algo se había ella encerrado en el convento por el tiempo que su marido estuviese ausente; pero que para evitar que el escándalo de la noche anterior se repitiese y no dar ocasión á escenas tal vez mayores, ella se volvería á su casa, y se defendería con el valer de su propia honra.

La abadesa, que estaba deseando quitarse de encima aquel perjuicio que con la hechicera gitana se le había metido en su santo y pacífico convento, la elogió mucho su virtud, y se apresuró á abrirla las puertas de la clausura, quedándose tan satisfecha y tan completa como si hubiese echado fuera al mismo demonio

en persona, proponiéndose no recibir en adelante sino con su cuenta y razón y con grandes informes y formalidades, á toda mujer hermosa que se la presentase huyendo del mundo.

Asunto concluído.

La Atarnajalí se había perdido, huyendo de Pedro.

Le había demostrado que no tenía fuerzas para resistir á su amor.

Que estaba tan loca por él, como él por ella.

Y la locura se consumó.

Pero secretísimamente.

Con una gran prudencia.

Esto, no obstante, como había una indispensable persona intermediaria, y el Lentri había dejado estrechamente vigilada á su mujer por amigos de confianza, y no lerdos, supo muy pronto en Berlín, que á poco, casi inmediatamente desde su partida de Madrid, al mediar todas las noches, entraba un hombre embozado y recatadamente en su casa por el postigo del huerto, que volvía á salir antes del amanecer, y que aquel hombre era don Pedro el Manclay.

El Lentri dejó pasar algún tiempo.

Esperaba, y con razón, un suceso qne no tardó en sobrevenir.

La vieja gitana, que había quedado al servicio de Flora, y que estaba vendida al Lentri, y que servía traidoramente de intermediaria en los amores de la Atarnajalí y del Manclay, manifestó á los amigos del

Lentri, y estos lo comunicaron á aquél que Flora estaba en cinta.

Calculó el Lentri y vió en claro que el estado en que su mujer se encontraba, era una prueba indudable de adulterio, puesto que compulsado el tiempo de su ausencia, lo que la Atarnajalí produjese no podía en manera alguna pertenecerle.

Cierto era que sabiendo el Lentri que Pedro pasaba todas las noches al lado de la hermosa Flora, podía haber venido secretamente á Madrid y haber sorprendido, acompañado de la justicia, en flagrante delito de adulterio á los dos amantes.

Pero era demasiado alta la persona del Manclay para que el Lentri se atreviese á comprometerle.

Esto hubiera tenido para él fatales consecuencias, atendido á la veneración fanática que los gitanos sienten por su rey y por las augustas personas de su familia, especialmente por su Manclay, que por el derecho hereditario debe ser su rey.

Aunque acometiendo á su mujer, acometía casi directamente á Pedro, su delito no era público, y por consecuencia tan peligroso.

El Manclay, por decoro propio y por no ofender la moralidad gitana, se vería obligado á tener paciencia.

Por lo menos el arreglo del negocio no sería difícil.

Entre los gitanos, ya lo hemos dicho en otro lugar, el delito de adulterio es de muerte, y ellos encuentran

siempre el medio de cumplir sus leyes de raza, á espaldas de las del país en que viven.

El Lentri, resuelto á llevar á su mujer ante el tribunal gitano, y convencerla allí de adulterio, emprendió secretamente su vuelta á España, ocho meses después de haber partido.

Pero no contaba con la huéspeda.

La Atarnajalí, que era tan astuta como él, y que como buena gitana tenía algo de adivina, había tomado sus medidas, y como era rica, tenía al Lentri tan vigilado en Berlín, como él la tenía á ella vigilada en Madrid.

Flora supo muy á tiempo que el Lentri volvía á España, y dió aviso á Pedro, manifestándole sus temores.

Pedro era violento: se irritó, y tomó el asunto por su propia cuenta y personalmente.

Así fué que supo el día en que el Lentri entró disfrazado en Madrid, y la posada de la Ronda de Embajadores, donde se había metido y ocultado, para desde allí emprenderla contra su mujer.

Supo además que la noche del mismo día de su llegada había ido recatadamente á una casa del Barranco de Embajadores, donde le esperaban amigos y parientes suyos, entre los cuales había muchos que pertenecían á la justicia gitana.

Pedro no perdió tiempo.

Se armó, se embozó en su capa, y se fué á la casa donde se celebraba el conciliábulo.

CAPÍTULO XXXVI

En que se vé el trájico desenlace que tuvieron los negros proyectos del Lentri.

Era la noche fría y tempestuosa.

Zumbaba el viento huracanado, lanzando de través la lluvia torrencial sobre los muros de las casas, y las pendientes callejas del barrio de Toledo eran cada una un pequeño río turbio y espumoso.

Era una noche de perros lo más apropósito, para que cada cual se estuviese en su casa al amor de la chimenea, y si no la tenía al abrigo de las calientes mantas del lecho.

Todas las casas estaban oscuras, cerradas sus puertas y ventanas, á excepción de las tiendas de comestibles y de las tabernas, en las que no se veía un alma.

Había una casa cercana al Portillo de Embajadores, casi aislada, con un huertecillo, con tapia y puerta á la calle.

Era esta tapia de poca elevación.

El Manclay, que había sido educado á la moderna, había aprendido hasta la saciedad, la gimnasia, y era muy fuerte y muy diestro en ella.

Escaló con suma facilidad la tapia.

Nadie pudo verle.

El Barranco de Embajadores estaba desierto.

Una vez dentro, el estruendo del temporal contribuyó á cubrir lo recatado de sus pasos.

Se acercó silenciosamente á una ventana del piso bajo, que aunque cerrada, dejaba ver por sus rendijas el interior.

Era una extensa cocina.

En la chimenea un montón de leña ardía, produciendo una alegre llama.

Alrededor de este fuego había como una veintena de gitanos, entre varones y hembras, jóvenes y viejos.

Todos estaban replegados sobre sí mismos.

Sentados en el suelo, encojidos.

Todos cantaban á media voz, con un tono monótono y triste, y en una lengua desconocida para el que no fuese gitano.

Es decir, en gitano puro.

En *chipicalló*.

Lo que se llama sentir entre los gitanos, es deplorar un acontecimiento funesto, que importa á toda una familia, á todo un aduar.

Es una especie de responso, por medio del cual se ruega á Ondivé por el eterno descanso de un muer-

to querido, ó porque aparte una desgracia de una familia, ó de una tribu, ó la remedie.

Este es uno de los ritos de la religión secreta de los gitanos.

Los gitanos para *sentir* se ocultan de todo el mundo, y *sienten* en voz baja, para que nadie los oiga.

Grave, muy grave debía ser el asunto que hacía *sentir* á los gitanos que estaban allí reunidos.

En el momento en que Pedro se puso en observación, tocaba á su fin el *sentir*, que terminó por un largo gemido de todos.

Hubo algunos momentos de silencio, en que pareció que todos oraban interiormente.

Al fin todos se alzaron.

El Lentri estaba entre ellos.

Aparecía ceñudo, sombrío, siniestro.

Parecía ejercer un gran predominio sobre todos los demás.

Todos se sentaron alrededor del fuego.

Sólo quedó de pie el Lentri, que se paseaba agitado á lo largo de la cocina, con el mismo aspecto terrible de una fiera encerrada en una jaula.

Dos gitanas jóvenes y hermosas sirvieron copas de vino en bandejas á los concurrentes.

A todos los consejos importantes de los gitanos, precede el *mostagán*.

Porque ellos dicen que donde no hay vino no hay talento, y se necesita mucho talento para resolver las situaciones difíciles.

Así que, cuanto más difícil la situación, más vino.

No parece sino que tienen fe en que Dios inspira á los borrachos.

Y si no, ¿por qué permitió que viniese al mundo Noé, el Baco del Antiguo Testamento, el cultivador de la viña, el inventor del vino?

¿Para qué mostagaron á su padre las hijas de Lot? Indudablemente para cumplir un decreto de la Divina Providencia.

De lo que resulta, que el espíritu del vino, es de derecho divino.

A pesar del estado de excitación en que se encontraba Pedro, no pudo menos de reparar con una emoción que neutralizaba en gran manera, su situación de amores, en una de las dos gitanas que servían el vino.

Era una joven como de quince á dieciseis años.

Sus grandes ojos negros, lucientes, de mirada intensa y profunda, en que aparecía un alma excesivamente impresionable y apasionada, contrastaba con una extraordinaria fuerza de encanto, con lo blanco, blanquísimo y nacarado de su tez, y de sus cabellos rubios, sedosos y brillantes, con el brillo delicado del oro virgen.

En la mirada abstraída de aquellos hermosos ojos, había una marcada expresión de infortunio del alma, de aburrimiento y de desgano de la vida.

¿Y qué desgracias podían ser las que amargasen á aquella criatura tan joven?

No podía ser la miseria, porque su traje, elegantísimo y sus alhajas, revelaban ser una gitana rica.

Eran sin duda penas del corazón.

Para completar la belleza de esta criatura, era alta, esbelta, de una gallardía sobrenatural, de una elegancia distinguida, y había en todos sus movimientos una languidez embriagadora.

Todo esto realzado por su mirada tranquila y sentimental.

Una gitana, en fin, romántica á su manera.

Una poesía idealizada.

Un idilio incitante.

Pedro sintió vibrar en su corazón algo inmenso, algo extraordinariamente atractivo, irresistible á la vista de la joven gitana.

Y no era tan hermosa ni con mucho como la Atarnajalí.

Mejor dicho, eran dos grandes hermosuras de carácter distinto, entre las cuales había sin embargo, muchos puntos de contacto.

Las otras gitanas, aunque muy estimables, eran tipos vulgares dentro de su raza.

Acabada la primera *ronda* de *mostagán*, el Lentri detuvo su paseo, se volvió hacia la chimenea y dijo á los que estaban alrededor de ella:

—Ya lo veis, hermanos; el pueblo de *Ondivé* está sujeto á una tiranía sacrílega: el Oclay nos desprecia: no es *calló* sino porque proviene de un *calló* y de una *callí*, se crió entre castellanos y renegó de su casta: entre castellanos y extranjeros ha criado también á su hijo, y el Manclay es más déspota y más descreído que

su padre: somos esclavos hermanos; nuestro rey soberbio, amigo nuestro príncipe de grandes señores castellanos que nos envilecen nos tratan como bestias, nos explotan, y manchan nuestras costumbres, corrompiendo nuestras leyes; el gran *Bengorro* (Satanás), se apoderará de nosotros, y sino nos rebelamos contra tanta tiranía, contra tanta impudicia, contra tanto escándalo cundirá el mal ejemplo, nos corromperán los vicios, y la casta de los *callí* desaparecerá de la tierra.

—Vamos, poquito, á *espasio*,—dijo un gitano viejo y encorvado como una algarroba, á causa del rehuma que le habían traído sus setenta años;—tú estás *furibundis*, Lentri, porque según tú dices tu mujer ha *pegao* la *jebra* con el Manclay; pero una cosa es decir y otra hacer *güeno* lo que se dice: ¿dónde tienes tú los testimonios de que la Atarnajalí te ofende con su primo el Manclay? verdad es que á las mujeres las tienta el diablo á todas horas del día y de la noche, cuando están despiertas y cuando duermen, y que el Manclay es mucho más joven y mejor mozo que tú, y que al fin es el Manclay y quitándote á ti de en medio y quedándose viuda la Atarnajalí, ella podría ser la Manclayí, y todo esto hay que suponerlo y atenderlo; pero también es verdad que tú le has metido á la Atarnajalí por los ojos, y que te has ido y los has dejado solos y á sus anchas; y también es cierto que hace pocos años, te has venido de extranjis entre nosotros, y has querido dominar y que no valiera nada más que lo que tú dijeras; tú le tienes *tirria* y poca voluntad al Oclay, sólo

porque es el Oclay, y al Manclay porque es su hijo, y puede ser que quieras rebelarte contra ellos para alzarte tú con el santo y la limosna.

—Si yo fuese ambicioso,—dijo con acento profundo y amenazador el Lentri,—no hubiera tomado para lograr mi ambición el camino de la afrenta; y mídanse las palabras, no sea que las que sobren se las vuelva yo al cuerpo como sé hacerlo á quien las suelta.

—Lo que de aquí resulta,—dijo un gitano joven como de veintiocho á treinta años,—es que el que no quiera que le miren afrentado, no le cuente á nadie su afrenta hasta que haya tomado venganza de ella.

—Eso está bien, Paquiro,—dijo el Lentri,—cuando el que nos afrenta es un cualquiera igual á nosotros, pero cuando se trata del Manclay á quien todos debemos obediencia y sumisión, so pena de traición, se trata de un acto de tiranía que ejercido contra un súbdito, ofende igualmente á los otros súbditos y los pone en el caso de una insurrección justa.

—Yo no entiendo de esas primacías,—dijo con acento bravío Paquiro;—lo que yo entiendo es que si á mí, mi parienta la *Cugiñí* (la Rosa), me afrentase á mí, no digo yo con el Manclay, sino con el sol que sale, no iría yo á quejarme á nadie, sino que me tomaría la justicia por mi mano, que el que mata á su mujer si le ofende, y á aquel con quien le ofende, sabe bien lo que le sucede.

—Yo no sé á qué se sacan en estas malas conversaciones, personas que en nada se meten y á las que

sería *güeno* respetar,—dijo la hermosa joven que antes hemos descrito y en la cual se había fijado la atención de Pedro.

Ella era Antonia la *Cugiñí*, recientemente casada con Paquiro.

—Ha sido un decir,—exclamó éste,—y tienes razón, Antonia; de sólo haberlo pensado, se me ha ido la cabeza, y de haberlo dicho se me han quemado los labios.

—Lo que resulta de esta disputa,—dijo con arrogancia y desprecio el Lentri,—es que nosotros nos hemos corrompido como los castellanos, y que como ellos nos acostumbramos á todas las tiranías y á todas las iniquidades; yo me arrepiento de haber venido á vosotros á pediros ayuda, y sin necesidad de ella yo haré que el infame y cobarde Manclay pague la pena del crimen inicuo que contra mí ha cometido.

Pedro, que estaba ya sobradamente irritado, Pedro, que tenía el corazón extraordinariamente irascible, que adoraba á la Atarnajalí y que la veía en peligro, no pudo contenerse.

Forzó de un violento puñetazo la ventana, y saltó dentro, con grande asombro de los gitanos, que no esperaban una tal visita por tan desusada parte, y quedó en medio de la cocina enfrente del Lentri, que, al reconocerle, se inmutó y echó mano al bolsillo para sacar una arma.

Había visto la muerte, la resolución irrevocable y rápida del exterminio en los ojos del Manclay.

Este no le dejó tiempo.

Se lanzó á él.

Le cogió por la garganta.

Lo tiró al suelo ya extrangulado á medias.

Luego se arrojó sobre él.

Le agarró con ambas manos la cabeza, se la levantó y luego la hizo chocar contra el suelo con una fuerza tal, que abierto el cráneo por la parte posterior, el Lentri sucumbió instantáneamente.

Todo esto había sucedido en mucho menos tiempo que el que hemos necesitado para decirlo.

Pedro se levantó de sobre el cadáver, descompuesto de ira, lívido, desencajado, con los ojos inflamados de furor, trémulo, terrible.

—Todos sois unos traidores,—dijo,—y todos vais á morir aquí á mis manos.

Pedro era un príncipe digno de la Edad Media.

Y es que todas las malas pasiones, todas las atroces violencias existen en el sér humano en todos los tiempos en igualdad de circunstancias.

Y viniendo instantáneamente de las palabras á las obras, el Manclay disparó dos pistoletazos, pero por fortuna á bulto y con la mano trémula de ira, y las balas no agarraron á nadie.

Se armó una *bronca* de quince mil y más diablos.

Los gitanos, por instinto de conservación se lanzaron á Pedro.

Pedro se lanzó como un toro entre ellos.

Gritaron horriblemente las mujeres.

Pedro se revolvía contra ellos poniéndoles á raya.

Ellos se sentían cohartados, por temor á las consecuencias que sobrevendrían de seguro si mataban ó herían al Manclay, que era para ellos una persona sagrada.

Querían únicamente sujetarle.

Pero esto no era cosa fácil.

Pedro, que era muy valiente y muy fuerte, estaba fuera de sí.

Paso tiempo bastante para que acudiesen los vecinos y dos parejas de la Guardia civll que hacían su servicio en aquellos sitios.

Entonces todos los gitanos, y con ellos Pedro, hicieron causa comun, y se volvieron contra los del galón blanco.

Empezó una verdadera batalla.

Los guardias cumplían bravamente con su deber, y los gitanos se defendían como lobos.

Sobrevinieron más gitanos y más guardias.

Había ya algunos heridos por una y otra parte.

En un momento supremo, en que ya algunos gitanos se habían puesto en fuga, la *Cugiñí* asió por la cintura á Pedro, y con una fuerza que nadie hubiera supuesto en ella, le arrastró hacia una puerta.

Pedro había sido herido.

Perdía mucha sangre, y sus fuerzas se estenuaban.

Antonia seguía arrastrándole.

El tumulto, la zalagarda de los gitanos con los

guardias y con las autoridades que habían acudido, ayudaron á los dos esposos á salvar á Pedro.

Le sacaron del huerto que rodeaba la casa.

Le llevaron á una cuadra que en el huerto había habitada por un caballo muy grande, muy flaco, pero al parecer muy fuerte.

Un verdadero caballo de contrabandista.

Entretanto, se oía estruendosa, terrible, la zalagarda que en la casa mantenían los gitanos con los guardias civiles y las autoridades que habían acudido.

El tumulto era horrendo.

Pedro estaba herido en varias partes, y la pérdida de la sangre le había causado un vértigo.

Paquiro le puso en el suelo, y dijo á su mujer:

—Antonia, anda y mira si hay alguien en la callejuela.

Y al mismo tiempo descolgaba de una escarpia un aparejo, y se lo ponía al jaco.

Le puso asimismo un cabezón.

La Cugiñí volvió.

—En la callejuela no hay nadie,—dijo.

—Pues andando,—exclamó Paquiro,—ayúdame á poner al Manclay en el Lebrel, abre el postigo, y cuando nosotros hayamos *chapescado*, *chapesca* también tú, y vete á buscarme al ventorrillo de la Gran Morena.

—Pero al Manclay se le va la sangre,—dijo con un verdadero acento de agonía la Cugiñí.

—La sangre es muy escandalosa,—dijo Paquiro,—

yo le llevaré por el aire y llegaremos á tiempo; no te detengas, que el Manclay está en peligro y *Ondivé* nos manda mirar por él.

No podía darse más lealtad que la del honrado Paquiro.

Antonia le ayudó á poner á Pedro sobre el Lebrel.

Le sacaron fuera.

Montó Paquiro en el jaco y retuvo en sus brazos á Pedro.

Antonia abrió el postigo.

Pedro salió por él á una callejuela estrecha, tortuosa y oscura.

Paquiro lanzó el caballo al trote, y se alejó.

Antonia encajó el postigo, y haldas en cinta, con la agilidad y la rapidez de una cierva, se puso en fuga, siguiendo la misma dirección que Paquiro había tomado.

CAPÍTULO XXXVII

En que se hacen noche para la justicia Pedro y sus dos favorecedores Paquiro y Antonia.

Estaba Nicolasa la Zurda muy repantingada al fuego en su ventorrillo de la pradera del Canal, muy cerca del tercer molino, ó lo que es lo mismo, de la tercera esclusa.

Zumbaba largo y sonoro el viento, se oía el recio caer de la lluvia, al que se unía el ruido de la corriente del Manzanares, engrosado por el temporal.

Buena noche para contrabandistas y matuteros.

Nicolasa estaba sola.

Su marido, Pablito el Nene, había salido una hora antes con la jaquita para aprovechar la noche.

Nicolasa era una hembra brava.

Una buena moza por todo lo alto.

Era lozana, fresca, rolliza, morena, candente, de

ojos grandes, negros y decidores, y con brazos y caderas monumentales.

Era una de estas hembras tiradas para atrás, que tanto sirven para lo bueno como para lo malo.

Para un fregado como para un barrido.

Ella conocía á toda la gente de la vida airada de Madrid y de sus alrededores.

Con ella vivía y con ella medraba.

El ventorrillo de la Gran Morena era no sólo un refugio de todo aquel que tenía necesidad de tomar el olivo para no sufrir una cogida de la justicia, sino también un centro en que se preparaban *entierros*, falsificaciones, secuestros y otra multitud de industrias lucrativas, con las cuales no está de acuerdo el código penal.

La policía vigilaba este ventorrillo como tantos otros de su misma importancia, pero el caso era que jamás se prendía á sus dueños ni á ninguno de los ilustres personajes que le frecuentaban.

Esto significaba una de dos: ó que la policía era ciega, ó demasiado sagaces aquellos que la policía había de vigilar.

La Nicolasa había cerrado la puerta y la había atrancado: no era aquella noche para esperar á nadie.

Había cenado tranquilamente, se había arrellanado al fuego y empezaba á disponerse para meterse en la cama, entregándose gratamente al sueño de los justos, cuando sonaron golpes fuertes y apresurados á la puerta del ventorrillo.

—¡Calla!—díjo la Zurda;—pues el que llama viene de prisa y quiere entrar: vamos á ver quién es.

Se recogió rápidamente el pelo, salió al despacho y luego á la puerta.

—Nicolasa,—dijo una voz de mujer;—abre enseguida.

—¡Ah! que es la Cugiñí,—dijo la Zurda;—¿qué quieres á estas horas?

Y desatrancó y abrió la puerta.

Era, en efecto, Antonia, que se lanzó dentro.

Venía aterida, y su traje chorreaba.

Antonia era una sopa viviente.

—¿No ha venido mi marido?—pregunto Antonia, metiéndose en el trasdespacho, en busca de la chimenea.

—No, mujer,—dijo la Zurda;—¿pero qué te pasa que vienes toda *alteraa* y amarilla como una difunta?

—¡Jesú y qué desavíos que se vienen encima sin avisar! ¡qué perdición, madrecita mía del Carmelo! ¡la fin del mundo! ¡tú no sabes, Nicolasa! ¡y no haber venido mi marido! ¡vamos! ¡es que yo he corrido más que el Lebrel! ¡ya se vé! como el Manclay viene *malgerío*, Paquiro no le habrá querido apretar el jaco.

En aquel momento sonaron otros estruendosos y apresurados golpes á la puerta.

—¡Vamos!—dijo la Cugiñí animándose;—tanto hemos andado como hemos corrido: ya están ahí.

Y se lanzó á la puerta con la Nicolasa.

Era, en efecto, Paquiro que dijo:

—Tomad entre las dos al Manclay, que viene transpuesto, y en seguida al escondite y á curarle.

—¡Válgame *Ondivé* y qué desgracia!—exclamó la Cugiñí;—no faltaba más sino que el Manclay se nos quedara entre las manos.

Y ayudada por la Zurda, tomaron del aparejo al Manclay y lo metieron adentro.

Paquiro metió también el caballo y cerró y atrancó la puerta.

Pedro fué trasladado á una pequeña habitación entarimada.

Paquiro alumbraba.

La Zurda, puesto en el suelo Pedro, que estaba de todo punto desmayado, se fué á un rincón del cuarto, se inclinó, apretó con fuerza un clavo en el entarimado, é inmediatamente se oyó un áspero rechinamiento y se abrió una larga trampa, bajo la cual apareció una estrecha y pendiente escalera.

Paquiro bajó delante alumbrando.

Le siguieron las dos mujeres conduciendo á Pedro, la una por los piés, la otra por debajo de los brazos.

Bajaron á un aposentillo subterráneo, en el cual había una cama limpia y cómoda, una mesa, una silla y un pequeño armario.

Aquel armario era un botiquín, que estaba siempre provisto de todo lo necesario para curar á un herido.

Como se ve aquel cuarto de encierro estaba perfectamente preparado para todo lo que pudiera ofrecerse.

¿Se trataba de un huído? se le ocultaba.

¿Se trataba de un herido? se le curaba.

¿Moría el herido? se le sepultaba en otro escondite, al que podía llamarse muy bien el cementerio de aquella comunidad secreta.

—Yo creo,—dijo Paquiro,—que esto no es cosa de cuidado, pero á bien que ya está aquí, y la Nicolasa hará lo que se pueda hacer: yo me voy á buscar ahora mismo al Oclay y á avisarle de lo que sucede.

—Mira no te pierdas, Paquiro,—dijo la Cugiñí.

—Cuando á mí no me cogieron antes,—dijo Paquiro,—no me cogen nunca: el Oclay verá lo que hay que hacer para sacarnos del aprieto en que nos han metido el Lentri y la Atarnajalí: ea, y hasta que yo vuelva, que no tardaré.

Paquiro subió, dejando á las dos mujeres encargadas de Pedro, cerró la trampa, salió al despacho, abrió la puerta del ventorro y sacó de él al jaco.

Cerró la puerta, que era fuerte y de rastrillo.

Esto era otra previsión.

Saltó sobre el Lebrel y le puso al galope, en dirección del barrio de las Peñuelas.

Llegó en pocos momentos.

Rodeó la tapia de la quinta de Luis de Figueroa, esto es, del rey de los gitanos, y por la puerta de las cocheras llamó á su gran portón.

Aquel portón se abrió inmediatamente.

Apareció uno de los gitanos que pertenecía á la servidumbre inmediata del Oclay.

—Ah, que eres tú, Paquiro,—dijo,—pues ya sé

á lo que vienes: aquí te dábamos ya en el *estaribel* (cárcel): el Oclay y la Oclayí están más muertos que vivos: no se sabe lo que ha sido del Manclay.

—Pues yo vengo á decírselo,—dijo Paquiro,—y á quitarles de encima todo lo que puedan sentir.

—Pues ven conmigo,—dijo el otro gitano.

Paquiro fué conducido delante de Luis y de Rosa.

Estaban éstos en una situación angustiosa, insoportable, indefinible.

Sabían lo que había sucedido.

La autoridad y sus agentes y la guardia civil, habían reducido al fin á los gitanos.

Pero había habido heridos y muertos.

El asunto era de lo más negro y de lo más desesperado que podía darse.

Había motivo bastante para llevar al palo á algún gitano, y para enviar á todos los gitanos que habían armado la zalagarda, á presidio.

Y lo que era más desesperante para Luis y para Rosa: no se sabía lo que había sido de Pedro.

Cuando habló Paquiro se reanimaron.

Pero les quedó la ansiedad de si Pedro estaba mortalmente herido ó no.

Luis montó á caballo, y guiado por Paquiro, y escoltado por algunos gitanos bravos y bien armados, resueltos á todo por defender á su Oclay, se trasladó al ventorrillo de la Gran Morena.

Nadie los vió.

Habían ido por fuera de camino, y los había protegido el temporal, que seguía.

Vió á Pedro y se tranquilizó.

Pedro había vuelto en sí.

La Zurda aseguró á Luis que Pedro no tenía más que cuatro puntazos de ningún cuidado, y una herida punzante en una nalga, que por fortuna no había interesado ninguna arteria, pero que había producido la pérdida de la sangre que había trastornado á Pedro.

Aseguró también, que Pedro podía ser trasladado sin peligro alguno.

Luis se volvió á tranquilizar á Rosa, á la que había dejado agonizando.

Inmediatamente se preparó un lecho muy cómodo en un gran coche de camino, que tirado por ocho vigorosas mulas, y con una escolta de gitanos montados, fué á buscar á Pedro al ventorrillo de la Gran Morena.

Poco tiempo después el coche se ponía en camino para la magnífica granja, que tenían en Guadarrama, y que ya conocemos bastantemente, los Figueroas.

En el coche acompañaban á Pedro Paquiro y Antonia, que tenían también necesidad de ocultarse.

Al día siguiente por la tarde llegaron á la granja.

Pedro fué acomodado en el mismo aposento donde cuatro años antes había muerto su desdichada hermana Aurora.

CAPITULO XXXVIII

De cómo puede falsificarse la legitimidad de una criatura.

El proceso de los gitanos dió un grande escándalo.

Pero todo se arregla en este mundo.

Como se arregló lo de Caparrota, aunque le ahorcaron.

Luis tenía grandes, poderosísimas influencias, y la valiosa ayuda de sus millones.

Respecto á Pedro, se probó de tal manera su inocencia, que resultó que él no podia ser el responsable de la muerte del Lentri, puesto que en el día y hora en que ésta aconteció, se encontraba en los montes de Toledo en una partida de caza.

Respecto á los gitanos presos, la justicia no había podido sacar ni un destello de luz.

Todos negaron de igual manera.

Todos decían en una y otra declaración, que no sa-

bían cómo había sido aquello, ni por qué se había armado la bronca.

Que ninguno de ellos ni de ellas habían matado al Lentri, sino que lo habían matado los guardias.

Que ellos se habían defendido porque habían creído que los guardias los iban á matar.

En fin, aquello era un lío que no había quien lo desenvolviera.

Cuanto más querían ponerlo en claro, más oscuro aparecía.

A la Atarnajalí no la había nombrado nadie.

Pasó el tiempo, y aquel escándalo se perdió entre el indiferentismo público.

Mediaron entre tanto las influencias, y sólo fueron sentenciados á cuatro años de presidio tres gitanos, que al fin, y no muy tarde, fueron indultados, volviendo á sus tareas, y se alegraron por la gran indemnización que les dió su Oclay.

Pero si para la justicia se habia cubierto el expediente, no había sido lo mismo para los gitanos.

Con Flora la Atarnajalí, no se había metido nadie.

Ni aun se la había tomado declaración.

Nadie la había citado.

Ella estaba tranquilamente en su casa cuando se armó la zalagarda.

La justicia no había podido sacar nada en claro.

Pero para los gitanos era patente, fuera de toda duda, el adulterio de la Atarnajalí con Pedro.

Es más: creían todos, y no se engañaban, que entre Pedro y ella se había tratado y preparado el asesinato del Lentri.

El escándalo era formidable.

La moral de la gitanería estaba rota, hecha pedazos, arrojada al lodo.

El mal ejemplo podía dar funestísimos resultados.

Y había que dejar el crimen impune.

Para castigar á la Atarnajalí, era preciso castigar al Manclay.

Y el Manclay era inviolable.

Tanto á él como á su padre el Oclay, sólo podía juzgarlos y castigarlos *Ondive*.

La inmoralidad y la trasgresión de las leyes caían de lo alto en torrentes fétidos.

La vida, la honra y la hacienda de los gitanos estaban á merced de la tiranía.

¿Qué se podía esperar de un príncipe que antes de ser rey daba en tales y tan enormes desmanes?

Aunque Dios le castigase, ¿qué iba á ser de sus vasallos, sujetos á su imperio, mientras no le castigase Dios?

Aunque la Atarnajalí, por ser prima de Pedro, era, como si dijéramos, princesa de la sangre, infanta de la gitanería, y aunque había quedado libre por la muerte del Lentri, las circunstancias de la muerte de éste hacía imposible su casamiento, que hubiera sido el colmo de la desvergüenza, lo supremo de la tiranía, lo infinito del escándalo.

A más de esto, en el término preciso, la Atarnajalí debía dar á luz una criatura, concebida durante la ausencia del Lentri.

¿A quién, pues, atribuir la paternidad de esta criatura?

En todo esto pensó Luis: era necesario cubrirlo todo de la mejor manera posible.

Restablecer el imperio de la moralidad de los gitanos, y cubrir las apariencias.

A más de esto, lo que diese á la vida la Atarnajalí, era directamente de la sangre del Oclay.

Luis pensó en la suerte de esta criatura.

¿Qué culpa tenía ella, la inocente, de la falta de sus padres?

El estado de la Atarnajalí aún no era visible.

Sólo le conocían algunos íntimos.

El Oclay se acordó entonces de la partera que había asistido á Aurora, que la había amparado, que la había visto morir.

La interesante gitana se mantenía fiel á la memoria del desventurado Taripó.

Hacía una vida retirada.

Había renunciado de todo punto al mundo.

Pero tenía fanatismo por el Oclay.

Creía que la voluntad del Oclay debía obedecerse como la misma voluntad de Dios.

Luis la llamó, y se encerró con ella.

—¡Hija mía!—la dijo;—yo tengo la seguridad de que tú harás lo que yo deseo que hagas.

—Toito lo que su grandeza me mande, señor,—dijo decididamente la Quiribí;—lo haré yo de cabeza, aunque sea tirarme por un tajo.

—Yo no te mandaría eso,—respondió el Oclay;—lo que yo quiero es que te cases.

Se puso la Quiribí pálida como una azucena, se estremeció, y en sus ojos apareció una expresión de agonía.

—Pues me pide su mersé la cosa más grande y más negra que yo puedo hacer,—exclamó;—yo no tengo mi corazón en este mundo, señor mío; lo tengo en el otro: yo estoy casada con un muerto.

—Los muertos están con Dios,—dijo el Oclay,—y la vida llama á los vivos.

—Es que yo no estoy viva más que para penar,—dijo con los ojos bañados de lágrimas la Quiribí.

—El bien que puedes hacer casándote, te consolará de tus desdichas: tú eres buena, Soledad, y el marido que yo te he buscado, no solamente es un buen mozo, que está loco por ti, sino también un buen hombre.

—¿Y qué bien puedo yo hacer, casándome,—dijo con la cabeza inclinada y con la voz apagada y casi imperceptible la Quiribí.

—Tú sabes la desdichada historia de los amores de mi hijo el Manclay con mi sobrina la Atarnajalí.

—Señor,—dijo la Quiribí;—el gran *Bengorro* (Satanás) anda siempre suelto, y no descansa; se mete en el alma de las criaturas, y las vuelve locas.

—Mi mujer y yo,—dijo Luis,—te agradeceremos

con toda nuestra alma el que tú te prestes á que se enmienden en alguna parte los tristes resultados de la locura de mi hijo: la Atarnajalí es madre: dentro de algunos meses nacerá una desventurada criatura, que es sangre mía.

—¿Y qué tengo yo que hacer en eso?—preguntó alentándose la Quiribí.

—Tú puedes ser para el mundo la madre de esa criatura.

—¡Jesús me valga!—dijo la Quiribí,—¿y cómo puede ser eso?

—Casándote con Quirico.

—Y aunque eso sea,—dijo la Quiribí:—no comprendo bien.

—La boda, si tú consientes, se hará sin pérdida de tiempo; luego Quirico y tú os iréis á Murcia y allí permaneceréis hasta que la Atarnajalí dé á luz secretamente á su hijo; todo se arreglará de manera que ese niño sea bautizado como hijo vuestro de legítimo matrimonio, y en el término preciso os volveréis á Madrid, Quirico y tú.

—¿Y si yo me muero antes de que venga al mundo lo que ha de venir si Dios quiere?—dijo abatida la Quiribí.

—¿Y por qué te has de morir?—dijo el Oclay.

—¡Ay María Santísima! ¡Ay Madre de la Misericordia! que yo no puedo ser de nadie más que del amor que tengo en la eternidad!—dijo de todo punto desfallecida y como si hubiese estado agonizando la Quiribí.

—Quirico sabe lo entregada que tú estás al recuerpo del Taripó, —dijo Luis, —y esta misma firmeza tuya por esos amores imposibles, le hace quererte más; él me ha dicho: —«Yo sé que la Quiribí se está muriendo por el difunto á quien quería; que piensa que con sólo mirar á otro hombre le ofende, y que vá á venir de noche á tirarle de los piés; pero yo no quiero más que vivir con ella, junto á ella, mirar por ella; yo quisiera bien ser su marido, daria la mitad de lo que me queda de vida, pero me contento con ser su hermano.

—Entonces bien, —dijo después de algunos momentos de meditación la Quiribí, —pero si después de que nos echen las bendiciones Quirico se vuelve atrás, ó le mato yo á él ó él me mata á mí.

La verdad era que el rendimiento de Quirico, había variado en alguna manera, sin que ella se diese cuenta de ello, la voluntad de la Quiribí.

Que ella, dominada por una idea fija, se hacía ilusiones y consagraba de buena fe sus sentimientos á un hombre que no le había amado, y que había muerto por el amor de otra.

Consintió en fin la Quiribí, y la boda con Quirico se hizo con grande ostentación, siendo sus padrinos el Oclay y la Oclayí.

Inmediatamente después de la boda y cubiertas todas las apariencias, los dos esposos, á pretexto de negocios se fueron á Murcia.

A Murcia fué también conducida secretamente la

Atarnajalí, que desapareció de entre la gitanería del barrio de las Peñuelas.

Muchos creyeron que á la Atarnajalí se la había castigado secretamente y que no pertenecía ya á este mundo.

Y en efecto, las consecuencias de su falta, no tardaron en matar á la Atarnajalí, que murió en Murcia, dando á luz entre un profundo misterio, á una niña.

Se hizo de manera que esta niña apareciese ante el mundo como hija legítima de Quirico el *Jorro* (el honrado) y de la Quiribí, y fué bautizada con el nombre de María de los Dolores Luisa Petra y Rosa.

Esta niña debe figurar más adelante de una manera importantísima, en la historia de LA REINA GITANA.

Diez meses después de la partida de Quirico y de la Quiribí á Murcia, volvieron estos al barrio de las Peñuelas.

Nadie dudó de que la pequeña María fuese hija legítima suya, aunque á algunos les pareció muy crecida.

Pero se hicieron cargo de que hay chiquillos que nacen muy grandes,

Que parecen de seis ú ocho meses cuando sólo tienen seis ú ocho días.

Fenómenos muy comunes.

En cuanto á la Atarnajalí, nadie volvió á ocuparse de ella.

CAPÍTULO XXXIX

En que se vé la buena caza que Pedro hizo sin esperarla.

Hemos dejado en su tiempo y lugar á el Manclay Pedro, salvado por Paquiro y su mujer Antonia, y amparado y oculto en el ventorrillo de la Gran Morena, en la pradera del canal, junto al tercer molino.

El curso de nuestro relato ha hecho que no nos volvamos á ocupar de él hasta ahora.

Importa que retrocedamos, porque durante la ausencia de Pedro, se prepararon sucesos gravísimos.

Allí, acompañados de un médico cirujano de gran confianza, se quedaron cuidando de él Paquiro y Antonia su mujer, que tenían también necesidad de ocultarse, puesto que en su casa había tenido lugar el desavío en que había perecido el Lentri con algunos otros que le habían acompañado en el viaje.

Paquiro había cumplido con su deber.

Era un gitano de la raza más pura que podía darse en la flamenquería.

Un *calló* que creía en Ondivé á puño cerrado, y en que el Oclay, y por consecuencia su heredero legítimo el Manclay, eran la representación de Dios sobre la tierra.

Había salvado al Manclay Pedro, pensando en él antes que en sí mismo y en su mujer.

No se le había ocurrido que la trajedia que había tenido lugar en su casa, había sido á causa del adúltero amor del Manclay con la hermosa Atarnajalí, ni en que Antonia era por lo menos tan hermosa como aquella, ni en que podía sobrevenir algo que le pusiera en la misma situación en que se había visto el Lentri.

Y esto que no se llevaba bien con su mujer, y que ésta le dejaba ver claro que si se había casado con él no había sido por amor, sino obligada á obedecer á sus padres.

En efecto, aquel había sido un casamiento de conveniencia.

Paquiro era un contrabandista arrojado que se había enriquecido con su ilícito comercio, y había, como quien dice, comprado á Antonia, dotándola en una cantidad que había hartado la avaricia de su padre.

Antonia quiso resistir; pero por primera razón de convencimiento la arrimaron una paliza, de resultas de la cual estuvo quince días en la cama, descoyuntada, y á más de esto la advirtieron que si persistía en su rebeldía la despeñarían, ó la despacharían de otra manera

por el horrendo delito de desobediencia á la suprema potestad paterna que entre los gitanos no tiene límite.

Antonia, aunque era brava, se aterró, se resignó con su mala fortuna, y fué al altar como una víctima que llevan al sacrificio.

Pero consumado éste, Antonia se resignó y comprendió que para hacer menor su infortunio, debía contentarse con el materialismo del amor, ya que no podía gozar del inefable amor del alma.

Pero supo ser honrada y resistir á la tentación de todo amor ilegítimo.

Paquiro sufría de una manera inexplicable.

Comprendía que Antonia no era para él más que una esclava resignada.

Tenía hambre de su amor, de su ternura, y Antonia era demasiado altiva para poder fingir lo que no sentía.

En vano le hacía regalos de costosas joyas, de ricas perlas.

Antonia se las ponía, dejando ver claro que no era por su gusto, sino por obedecer á su marido como á un señor, contra cuyo dominio no podía rebelarse, por no ofender á Dios ni manchar la honra en su familia.

Era tal la firmeza de su carácter, de tal crueldad el tormento que con ella hacía sufrir á Paquiro, que éste llegó á arrepentirse de haberse casado con ella.

No hay mayor tormento que amar con delirio, tener la posesión del ser amado, y no ser correspondido, sino obedecido.

Así era que Antonia tenía el alma triste y ansiosa, sedienta de amor.

Lo que indudablemente la hubiera consolado, lo que tal vez hubiera creado en ella en favor de Paquiro, un amor, por decirlo así, de reflejo, el amor de madre, que no puede menos de extenderse en alguna manera hasta el marido, no había sobrevenido.

Ondivé no había querido que de aquel enlace en que se había violentado el alma ardiente y enérgica de Antonia, naciesen hijos.

Esto aumentaba el tormento de Paquiro.

Antonia no tuvo que hacer esfuerzo alguno para ser honrada.

Los castellanos, esto es, los *gachís*, los que no eran gitanos, la repugnaban, como á un católico por regla general le repugna un hereje, y por misterios de raza, y en cuanto á los *callís*, no había en el barrio de las Peñuelas, ni en todo Madrid, ni en muchas leguas á la redonda ninguno que pudiera satisfacer las aspiraciones del alma vehementísima de Antonia.

Pero volvió de sus viajes Pedro para establecerse definitivamente en los lares patrios.

La hermosa Antonia la Cugiñí, iba con las gitanas que se habían adelantado á saludarle, acaudilladas por la hermosísima Atarnajalí.

Antonia se sobresaltó al ver á Pedro, y sintió un despecho penoso, nuevo de todo punto para ella, al ver la violenta impresión que se habían causado el uno en el otro Pedro y la Atarnajalí.

Desde aquel momento supo Antonia, ó más bien empezó á saber, lo que era amar á un hombre y aborrecer á una mujer.

Supo, en fin, lo que eran celos.

Quiso arrojar de sí aquella tentación, y cuanto más la resistió se sintió más impelida por ella, hasta que se convirtió en pasión dominadora.

En tal situación estaba enloquecida ya por Pedro, cuando sobrevino la camorra, por consecuencia de la cual fué necesario huir, salvando al Manclay.

Antonia había disimulado el estado de su espíritu, de tal manera, que Paquiro no pudo ni aun remotamente sospechar que en su mujer había algo que la perturbaba poderosamente el alma.

De otro modo hubiera impedido que su mujer hubiese cuidado al herido.

La asiduidad y el interés de Antonia por Pedro los interpretaba Paquiro como obligación en una buena *callí*.

Ciertamente delante de Paquiro no demostraba Antonia otra cosa, ni tampoco delante de los que la ayudaban á asistir á Pedro.

Pero durante las noches, que eran de las más largas del invierno, cuando todos, sabiendo que la vida del Manclay no corría peligro, se entregaban al sueño, Antonia se quedaba velando por él, y segura de no ser observada, absorvía en una intensa mirada de fuego de una manera deleitosa que expresaba las fruiciones inefables de un amor delirante hasta el sacrificio, de sueños

del alma enamorada, la pálida y varonil belleza de Pedro, que á causa de la debilidad que le había producido la pérdida de la sangre, no podía aún darse cuenta de nada de lo que había en torno suyo.

Pero la infinita, la abrasadora mirada de la Cugiñí, producía un efecto magnético en Pedro.

Le vivificaba.

Le causaba vagos delirios deliciosos.

Se infundía en él como un misterio.

. Y el amor de la Cugiñí iba creciendo.

Convirtiéndose en una llama intensa.

Un aborrecimiento mortal se iba apoderando de ella en daño, ó más bien en peligro, contra Paquiro.

Ella comprendía con esa sagacidad del instinto que es superior á la razón, y que nunca nos engaña, que el amor que ella sentía por el Manclay encontraría en él un amor semejante, cuando él, vencida su debilidad, volviese á la plenitud de su sentimiento.

Ella tenía la seguridad instintiva también de que sin el obstáculo de Paquiro, el Manclay la haría su esposa.

¿Y por qué no?

Ella era por su descendencia de tal manera *callí purate*, esto es, gitana noble, gitana ilustre, que no había que temer que una diferencia de clase impidiese al Oclay el consentir que su hijo el Manclay se enlazase con ella.

El crimen empezó á germinar en el alma enamorada y desesperada de Antonia.

Y con mucha frecuencia durante aquellas largas veladas solitarias, cuando horribles proyectos sombríos se revolvían en el cerebro calenturiento de la Cugiñí, á veces, cuando ella delirante devoraba con un beso de fuego la entreabierta y ardorosa boca de Pedro, el viento zumbando ronco ó silbando siniestro, volando de cumbre en cumbre, y arrojando de través copos de nieve sobre las vidrieras de los balcones del dormitorio, daba á aquel cuadro un aspecto triste, fantástico, é influía de una manera terrible en el sér extraordinariamente impresionable de Antonia.

Muy pronto tuvo ésta que ponerse en una prudente situación de reserva.

Pedro empezaba á darse razón de las cosas.

Era necesario poner fin á aquellas veladas, en que había para Antonia tanto de delicioso como de terrible.

Antonia se había decidido á desembarazarse de Paquiro.

Por lo mismo era necesario evitar todo lo que hubiese podido denunciar una inteligencia amorosa, y aun una afición, entre ella y el Manclay.

Antonia dijo á su marido, que puesto que ya había cesado toda la gravedad del estado del Manclay, era justo que ella descansase y que se encargase otro de asistirle durante la noche.

Que era necesario además que ella fuera secretamente á Madrid para ver en qué estado se encontraba el proceso de los gitanos, y para estimular á los que no estaban comprometidos en él, á hacer todo lo que es-

tuviese de su parte en favor de los que penaban en la *trena*, y amenazados de parar en la *viuda*, esto es, de morir colgados de la horca.

En fin, la Cugiñí hizo lo necesario para poner terreno de por medio entre ella y el Manclay, antes de que vuelto á su estado natural Pedro, pudiese sobrevenir un indicio que reparado por Paquiro, imposibilitara sus propósitos ya decididos.

Así fué que cuando Pedro pudo juzgar con exactitud de las cosas, no vió á su lado á la Cugiñí.

Entretanto se arregló á costa y coste, como ya se ha dicho por el Oclay, aquel enmarañado proceso, se sacrificó por el momento y para satisfacer lo que se llama *vindicta* pública, á algunos gitanos y pudieron volver libremente y sin temor alguno á su quinta-palacio el Manclay Pedro, y á su casa Paquiro y Antonia.

Luis y Rosa comprendieron que en su hijo había un hastío mortal é incurable, que le impulsaba á buscar empresas terribles.

Era aquella una especie de monomanía extraordinariamente peligrosa.

En Pedro había algo de la ferocidad de la bestia brava.

Era un enfermo cuya curación había que buscar á todo trance.

Un remedio, ó por lo menos una esperanza de remedio, en el cual no se había pensado, se presentó por sí mismo.

Había en la familia del Oclay, una sobrina tercera

ó cuarta de éste, una rica doncella muy joven aun, como que apenas contaba quince años.

Se llamaba Pepita la *Arjorí*, esto es, el Angel.

Su belleza y su bondad justificaban su apodo.

Era hija única de Pablo Ruipérez de Figueroa, llamábase el *Pachirrimini*, como si dijéramos el *Afamado*.

Rico por sus padres y por sus abuelos, el Afamado había aumentado enormemente su fortuna, tanto con la de su mujer, que había muerto algunos años antes, como por el tráfico en grande escala de toda especie de ganados.

Vivía retirado con su hija, que era el único sér que de su familia directa le quedaba, en una grande posesión situada entre Vallecas y Arganda.

Esta posesión que era muy extensa, tenía junto á ella un no menos extenso coto cerrado, en que hervía la caza tanto mayor como menor, y que era muy frecuentado por los grandes señores de la corte, con quienes á causa de su tráfico de caballerías estaba en relaciones directas don Pablo, que no podía menos de tener el tratamiento de *don*, á pesar de ser gitano, un hombre veinte ó treinta veces millonario.

Además, hoy á causa de los irremediables principios democráticos, todo el mundo es don Fulano.

El derecho común no ha suprimido el *don*, pero le ha generalizado.

Solamente en la curia se ha conservado el *Fulano* á secas para los pobres de solemnidad, para los desheredados, para los que se llaman por un privilegio in-

verso *hijos del trabajo*, pero aun ante la curia, en teniendo un ciudadano cualquiera profesión que no sea la de simple jornalero, ya se llama don Fulano de tal.

El Afamado, al que se llamaba así porque había sido uno de los más grandes valientes de la gitanería, hacía con su hija la hermosa y dulce Pepita una vida muy retirada.

Tenía el alma amargada y estaba indispuesto con su pariente Luis de Figueroa el Oclay, porque creía y alegaba que en buen derecho hereditario el oclayato le pertenecía á él.

Era pues, un pretendiente á la corona de la gitanería, como cualquiera otro de los que no son gitanos.

Solamente que él no había podido producir una guerra civil, aunque lo había intentado.

La gitanería en masa había declarado con mejor derecho al oclayato á don Luis de Figueroa.

El Afamado no había podido contar con un solo partidario.

¿Cómo pues, hacer la guerra?

Pero á causa de aquella rivalidad los dos primos ni se veían ni se entendían.

Un día en que Pedro aburrido, había salido á correr liebres á campo abierto con algunos gitanos de su servidumbre, acertó á pasar por el coto de don Pablo, al que sólo conocía de nombre.

Concebir la idea de cazar dentro del coto, y saltar dentro lanzando su caballo por encima del vallado, no muy alto en aquel lugar, fué obra de un momento.

Sus servidores con las jaurías le siguieron sin vacilar, como era su obligación.

Acudieron los guardas.

Quisieron expulsar á los invasores.

Se armó una zalagarda.

Se cambiaron tiros.

Afortunadamente apareció un ángel de paz antes de que nadie fuese herido.

Este ángel era Pepita.

Se puso bravamente entre los contendientes.

Cesó el fuego por ambas partes.

Se arregló todo.

Pedro se quedó estático.

Hecho una algarroba.

Su prima, sin saber él que tal prima suya fuese, se le metió en el alma sin pretenderlo.

Ella no quedó mejor parada.

Se le encandilaron los ojos al ver á Pedro, y se le agitó el corazón.

Era la primera vez que esto le sucedía al ver á un hombre.

Estaba tan virgen del alma como del cuerpo.

Las gitanas son muy precoces, tanto en la parte material como en la espiritual.

Pepita, á pesar de sus pocos años, era ya una real hembra, soberbiamente desarrollada, y se exhalaba de su sér un perfume de seducción y de encanto irresistible.

Pedro se transformó.

Se curó.

Dejó de sentirse hastiado.

Un espíritu de vida, y de vida fresca, fácil y halagadora se había infundido en su sér.

Pepita, por su parte no disimulaba el efecto que en ella había causado su ignorado primo.

Sus ojos resplandecían asombrados.

Lanzaban fuego.

Hubo algunos momentos de silencio.

Los dos primos continuaron contemplándose absorvidos el uno por el otro.

Al fin Pedro se quitó el sombrero, y dijo con la voz trémula de emoción:

—Perdone usted, señora, mi atrevimiento por haberme metido en este coto, sin más licencia que la de mi voluntad: que á haber yo sabido que una tal criatura como usted había de encontrarme por consecuencia de mi atrevimiento, yo excusaría el enojo que debe usted sentir por él.

—Yo no sé qué decirle á usted, señor mío,—dijo la hermosa *Arjorí*, encendida como una amapola;—pero á lo que me parece, creo que es usted una tal persona, que bien ha podido excusarse de pedir licencia de cazar en nuestro coto, en la seguridad de que mi padre se la hubiera concedido.

Como á una señora le había hablado Pedro á la Arjorí, y ella como señor le había contestado.

Esto consistía, primero en su carácter natural, benévolo y comedido, y después en que su padre, como

hombre rico le había dado la educación de una señorita, y había viajado con ella y la había hecho correr mundo y tratar gentes.

A más de que toda mujer hermosa, por la sola razón de serlo, es distinguida, y de que la siguiese otra razón de distinción, Pepa tenía la de la instrucción.

En todo ello era muy semejante á Pedro.

Como Pedro, no vestía á la usanza de los gitanos, sino completamente á la moda de la alta sociedad.

Lo único, aparente que de gitanos tenían, era el tipo acusador, enérgico, indudable.

Un extraño, un *gachó* no hubiera reparado en ello.

Pero un *calló* ó una *callí* no hubieran dudado un sólo momento.

Así fué que Pepa y Pedro en el mismo punto en que se vieron se reconocieron como hermanos de raza.

Aun no había tenido tiempo Pedro para contestar al cumplimiento de Pepa, cuando sobrevino el padre de ésta.

Había oído los tiros y acudía.

Venía lanzado, y al ver á Pedro se contuvo de improviso.

No le había visto nunca, y sin embargo, le reconoció.

Pedro tenía los rasgos determinantes de las fisonomías de su padre y de su madre.

El Pachirrimini se puso verde de pálido, y exclamó con la voz ronca y agresiva:

—Tú eres un Figueroa.

A pesar de la fascinación que en él causaba Pepa, Pedro sintió un impulso de irritación y de orgullo, y exclamó:

—Yo soy el Manclay.

—Por usurpación,—exclamó creciendo en lo provocativo de su acento el Pachirrimini.

Pedro se irritó más y más, pero contenido por la influencia de Pepa, dijo dominando lo terrible de su voz:

—Por lo que usted dice, señor, usted debe ser don Pablo Ruipérez de Figueroa, nuestro pariente.

—Yo soy el Oclay legítimo,—dijo con altivez don Pablo;—mi hija la legítima Manclayí.

—Dios me ha traído,—dijo Pedro;—esta señora, si tal es mi fortuna, será la Manclayí.

Esto representaba una declaración de amor á Pepa y una petición de su mano á su padre.

—Yo no cedo mi derecho,—dijo el Pachirrimini.

—Le juntaremos en uno,—dijo con firmeza Pedro.

Pepa tenía los ojos inclinados al suelo, estaba pálida como una muerta y temblaba de los piés á la cabeza.

Temía que la disputa entre su padre y Pedro llegase á muy malos términos.

Pedro comprendió la situación de Pepa.

Se sintió amado por ella.

Se contuvo, pues.

—Nuestras diferencias de familia,—dijo respetuosamente,—pueden terminar de una manera muy grata, si esta señora...

—¡A qué es traer á la conversación á mi hija!—exclamó con altanería el Pachirriminí;—te prohibo vuelvas á nombrarla, y te prevengo que ni aun pretendas verla, porque si vuelvo á encontrarte dentro de mi propiedad ó cerca de ella, te mato.

—La voluntad de Dios,—dijo Pedro conteniéndose, —aun puede más que los odios de los hombres.

—Ondivé no quiere más que lo justo, y no es justo que los usurpadores dispensen protección y gracia á los desposeídos.

—Usted será mi padre, don Pablo,—dijo con el acento de la más profunda emoción Pedro.

—Lo veremos, dijo el Pachirriminí.

—Por visto,—dijo Pedro con acento decidido,—entretanto adiós; pronto nos volveremos á ver.

Y sin decir más, saltó en su caballo, y se lanzó por un sendero que atravesaba por aquella parte el coto.

Los gitanos saltaron en los suyos y le siguieron.

Los perros se fueron tras de sus amos.

—Dejadlos ir,—dijo don Pablo á sus guardas,—que salgan como sin duda han entrado; tú, ven conmigo.

Y asiendo de la mano á su hija que estaba doblemente perturbada, se alejó con ella, siguiendo en sentido inverso el mismo sendero que Pedro había tomado para salir.

CAPITULO XL

En que se vé cuán de prisa se arregló el negocio de los amores de Pedro y de Pepita la Arjorí.

La casa del Pachirriminí, sin dejar de ser de campo, era bella, elegante, de un gusto y de un lujo extraordinarios.

Una verdadera casa de placer, en que se habían apurado las comodidades.

El Pachirriminí adoraba á su hija y la había hecho una residencia digna de ella.

Con ella se metió en un cuarto, que hubiera envidiado la señorita más encopetada, y cuando estuvieron encerrados le dijo:

—¿Conocías tú á ese que se llama el Manclay?

El acento del terrible gitano era extraordinariamente severo.

Sus ojos amenazaban.

—Yo no le he visto hasta ahora,—le respondió con la voz cobarde Pepa.

—Y entonces, ¿por qué estás tan aturdida? ¿Por qué él se refería á ti con una tal seguridad?

—¿Lo sé yo acaso? Yo acudí al ruído de los disparos y me encontré con él...

—La impresión que en ti ha causado, es para mi una verdadera desgracia,—dijo con despecho el Pachirrimini.—Yo no quiero que seas desventurada; podría suceder que por amor á ti me viese yo obligado á humillarme: por lo mismo, y para que se gaste esa primera impresión que has sentido, hoy mismo nos vamos á Murcia.

—¡Cómo usted quiera, padre!—respondió con acento sumiso Pepa.

Pero los ojos se la arrasaron de lágrimas.

Don Pablo, que la adoraba profundamente, se conmovió.

—No hablemos más de esto,—dijo,—prepara tu equipaje; esta tarde nos vamos.

—Bueno, padre.

El Pachirrimini salió del cuarto de su hija con el corazón apretado por un lado y ensanchado por otro.

La daba de *vidente*, esto es, de adivino, como su pariente el Timugí, que no habrán olvidado nuestros lectores, y su instinto profético le decía que entre su hija y el hijo del usurpador había *conjunción de luminares*, es decir, una estrella común, una predestinación, un sino, un decreto del Altísimo.

Para él, la unión de Pepa y de Pedro, era inevitable.

Estaba escrita.

Era una verdadera temeridad pretender rebelarse contra un decreto de Dios.

¿Pero cómo se haría aquella unión?

¿Por un arreglo honroso entre el que pretendía ser el Oclay legítimo de la gitanería española, y Luis á quien él llamaba usurpador?

¿Se realizaría de una manera voluntaria?

Era necesario dejar venir los sucesos.

Ganar tiempo.

Poner tierra en medio de aquellos dos súbitos enamorados.

El Pachirriminí preparó también su equipaje.

Al principio de la tarde, un gran coche de camino muy cómodo y muy rico, en cuya parte posterior se habían acomodado los equipajes de don Pablo y de su hija, al que estaban enganchadas ocho poderosas mulas esperaba en la puerta principal de la quinta que daba al camino.

Cerca estaban los caballos de los gitanos que debían escoltar al coche.

Se acercaba la hora de la partida, cuando hé aquí que un jinete que venía á rienda suelta, llegó á la quinta y echó pie á tierra delante de ella.

Era uno de los que podían llamarse de la alta servidumbre del Oclay don Luis.

Traía una carta de éste para el Pachirriminí.

Le fué entregada la carta y leyó en ella lo siguiente:

«Pablo: temo que para separar á nuestros hijos, te

lleves á Pepa; mi hijo Pedro me ha hablado de ella, como habla un insensato resuelto á todo; yo le he escuchado en silencio; yo no he podido responderle nada mientras los dos no hablemos; yo voy detrás del portador de esta carta; espérame.

»Luis.»

Esta cortés manera de anunciarse el Oclay usurpador, dejó perplejo al Oclay legítimo.

Al fin tomó un papel, y escribió en él con la mano trémula:

«Te espero, Luis.

»Pablo.»

Aquella brevísima carta fué entregada al gitano que había traído la otra y que partió en el momento.

Media hora después se vió una espesa nube de polvo en el camino y á poco una tropa de gitanos llegó á la puerta de la quinta.

Delante de ella venía Luis de Figueroa.

Pablo se adelantó á recibirle y llevó su dignación hasta el extremo de tenerle el estribo para que se apease.

Le saludó de una manera seca y reservada.

Luis le contestó cortés y afablemente.

Pablo guió á Luis á un magnífico gabinete que estaba á un extremo de un salón del piso bajo.

—Ondivé me trae,—dijo Luis,—y es para que nos entendamos; yo pondré para ello cuanto esté de mi parte.

—Yo no esperaba que hablásemos en todos los días de nuestra vida,—dijo violentamente contrariado el Pachirriminí.

—Los sucesos de nuestra vida,—dijo dulcemente Luis,—están en las manos de Dios.

—Y bien; ¿qué vienes á decirme?—preguntó agriamente Pablo.

—Vengo á pedirte la mano de tu hija Pepa para mi hijo Pedro.

—¡Para el Manclay! ¿No es esto?—dijo con sarcasmo el Pachirriminí.

—Tanto dá: vengo á pedirte la mano de la Manclayí para mi hijo Pedro.

Tanta mansedumbre, tanta benevolencia, coartaron á Pablo, que dijo con la voz insegura:

—Explícate: no te comprendo bien.

—Ondivé quiere que las diferencias que nos separan, se acaben de una gratísima manera.

—¿Y mis derechos?

—Se refundirán en nuestros hijos.

—¿Y si mi hija muere?

—En nuestros nietos.

—¿Y si no tienen hijos?

—Concluyamos de una vez,—dijo Luis, siempre dulce y benévolo:—en tiempo de nuestros abuelos, nuestra nación gitana decidió en junta cuál de los pretendientes debía ser reconocido como Oclay: tu padre volvió á consultar á nuestros ancianos, y ellos mantuvieron la resolución anterior, tú los has consultado tam-

bién, y han decidido que yo sea el Oclay: que hoy nuestros ancianos decidan este asunto.

—Hay derechos que no pueden ponerse en duda, ni sujetarse al juicio de nadie,—dijo el tenaz Pachirri-miní.

—Todo en el mundo es una cuestión de fuerza,—respondió reposadamente Luis.

—Cuestión de intrigas.

—Sea: pero los derechos por sí mismos no prevalecen si no se les reconoce.

—Pero ni tú ni tu padre, en vuestra conciencia, habéis debido reconocer un derecho injusto.

—Tanto para los *gachós* como para nosotros,—dijo siempre conciliador Luis,—los tiempos han cambiado: los reyes de derecho divino han muerto: hoy no se reconocen más poderes que los que emanan de la soberanía nacional.

—Es decir, de la *ley brutal* de las mayorías.

—Sea en buen hora la ley de la mayoría una fuerza brutal, pero es una fuerza mayor, predominante y fatalmente se impone.

—Yo protesto.

—Estamos perdiendo el tiempo: yo me someto á lo que nuestros ancianos determinen, en cuanto á los derechos que puedan fundarse en la unión de nuestros hijos: yo reconozco la voluntad del Señor: ¿te sometes tú á ella como me someto yo?

—¡Sea!—dijo bruscamente y como por una decisión repentina el Pachirriminí.

—Entonces adios: yo voy á convocar inmediatamente á nuestros *Batopurós* (Ancianos).

Y Luis se levantó.

Pablo le acompañó hasta la puerta y le despidió ceremoniosamente.

Luis montó á caballo y partió.

Pablo mandó retirar el coche de camino.

La Arjorí, al ver que su padre, después de haber tenido una conferencia con el Oclay suspendía el viaje, alentó una esperanza.

Se le dilató el alma en una inefable esplosión de alegría.

De felicidad.

Estaba enamorada de Pedro.

Como si únicamente para amarle hubiera nacido.

Esperó con una ardiente ansiedad que acabase la tarde.

Que sobreviniese la noche.

¿Qué esperaba ella con la noche?

La noche es la protectora del amor.

Ella esperaba que Pedro hiciera lo que ella hubiera hecho estando en el lugar de Pedro.

Y no se engañó.

Pedro, alentado por lo que su padre le había dicho de vuelta de su visita al Pachirriminí, empleó la tarde en buscar una cohorte de *cantaoras*, de *cantaores*, de guitarristas, de bandurristas, todos flamencos, todos buena gente, donde la había, y á puestas del sol, montados todos, cuál en caballo, cuál en macho, cuál en

burro, la alegre tropa, bien provistas las alforjas y las botas, y capitaneados por Pedro, que llevaba consigo uua buena escolta de gitanos bien armados, por lo que pudiera sobrevenir, tomaron el camino de la rica y extensa posesión del Pachirrimini.

Había dos leguas de camino.

¿Qué importaba esto?

Aquellas dos leguas se recorrieron cómodamente al son de una alegre zambra de voces é instrumentos.

Ya había cerrado la noche cuando llegaron.

La Arjorí, que como ya hemos dicho, esperaba, estaba puesta al balcón de su gabinete.

Cuando oyó el acordado estruendo de la música que se acercaba, se le alborotó el corazón.

No se había engañado.

Pedro hacía lo que ella había deseado que hiciera.

Pedro estaba empeñado por ella, como ella lo estaba por él.

¿Pero cómo lo tomaría su padre?

Perdida estaba en esta ansiedad, cuando vió á la luz de la luna, que la turba de los *cantaores* se detenía y que de ella se destacaba un jinete solo, que llegaba á la quinta y desmontaba á su puerta.

Aquel jinete era Pedro.

Entró.

Algunos momentos después salió.

Se fué á buscar su gente.

Adelantó con todos ellos.

Todos entraron en la quinta

Poco después el Pachirriminí entraba en el gabinete de la Arjorí y le decía:

—Ven conmigo, hija de mi alma, tu esposo viene á festejarte.

CAPÍTULO XLI

En que la Cugiñi por sus celos temerarios pone á su marido escamado hasta lo peligroso.

Se reflexiona mucho en algunas horas, y el Pachirriminí había reflexionado largamente, después de la visita de su enemigo el Oclay, viniendo á buenas disposiciones por el amor de Pedro á Pepa.

El Pachirriminí había perdido completamente la esperanza de que lo que él llamaba su derecho indiscutible fuese reconocido por la gitanería.

Del agua perdida la recogida.

Ya que él no podía ser el Oclay, su hija, andando el tiempo, sería la Oclayí.

Las dos ramas por aquel enlace volvían á ser una sola.

Así es que estaba en las mejores disposiciones cuando Pedro pudo hablarle y luego le suplicó le permitiese dar música á su hija.

—Sea en buen hora,—dijo don Pablo;—pero lo que había de ser música fuera, sea fiesta dentro.

Por esta razón había entrado la tropa de Pedro en la quinta del Pachirriminí.

La gente alegre que venía de afuera, había encontrado una no menos alegre gente dentro.

Aquella fiesta improvisada prometía ser espléndida.

Pero con ellos había ido la fatalidad.

Esta fatalidad estaba representada por Antonia la Cugiñí.

Ella había olido que el Manclay andaba buscando con gran prisa, *tocaores* y *cantaoras* y *cantaores*.

¿Para qué podía ser esto sino para festejar á una mujer?

Una legión de *mengues* se le metió en el cuerpo á la Cugiñí.

La abrasaban sus celos.

¿Quién era aquella mujer?

Se propuso averiguarlo.

Pero ninguna vecina ni comadre le pudo dar razón,

Sólo se sabía que el Manclay estaba preparando una *juelga* en grande.

Y bien, la Cugiñí era la *cantaora* y la *bailaora* más famosa del barrio de las Peñuelas.

Tratándose de dar música el Manclay, no podía prescindir de ella.

Por otra parte, Paquiro era el rey de los tocaores de *vigüela*.

Esto lo sabía el Manclay.

En efecto, aquella tarde, al volver, entró muy contento en su casa.

—A ver si te avías y te pones maja, que le quites los rayos al sol,—le dijo á su mujer.

—¿Y para qué eso?—dijo la Cugiñí.

—Me he *encontrao* en el Barranco al Manclay, que anda *aperreao* buscando gente de *groma* para festejar á su novia.

Cogió de improviso la Cugiñí la terrible noticia, y se puso pálida como una muerta.

Afortunadamente Paquiro, que estaba buscando en su arca sus galas de majo, no reparó en ello.

Antonia tuvo tiempo para reprimirse.

—¡Calla!—dijo con acento de todo punto natural;—pues tan pronto se le han ido al Manclay los amores de la triste, de la Atarnajalí.

—El muerto al hoyo y el vivo al bollo,—respondió con una perfecta indiferencia Paquiro.

—¡Lo que son los hombres, Señor!—dijo Antonia,—¡y que haya mujeres que se pierdan por ellos!

—Nadie pierde á la que no ha nacido para perderse,—dijo broncamente Paquiro.

—Nadie sabe la suerte de las criaturas,—contestó friamente Antonia.

Había logrado reponerse completamente.

Pero la procesión andaba por dentro.

En su alma revivían los celos más negros y más siniestros del mundo.

—¿Y quién es la novia del Manclay?—dijo como quien se desliza Antonia.

—Yo no lo sé, —dijo Paquiro, que había acabado de sacar sus galas.

—¿Pero es novia de veras?—preguntó la Cugiñí?

—Pues hombre, sino fuera de veras, ¿cómo había de ir públicamente á festejarla el Manclay?

—Entonces tendremos boda.

—Eso me parece á mí.

—Y qué callado lo han tenido.

—Sin duda el Oclay casa á su hijo, para que no vuelva á dar escándalos como el de la Atarnajalí.

—Me parece á mí que el Manclay es poco de fiar, y que le ha de dar mala vida á su mujer. ¿Y quién es ella?

—Yo no lo sé, pero no tardaremos en saberlo; anda, anda y avíate, mujer, que á las cuatro tenemos que estar reunidos todos en el Portillo de Embajadores.

Los dos esposos se pusieron de tiros largos.

Ella se cubrió de seda de los piés á la cabeza, entrando en el atavío un mantón de la China que valía por lo menos doce mil reales.

Se colgó collares, cadenas, relicarios, arracadas.

Se cuajó las manos de cintillos.

Se puso, en fin, hecha una diosa.

El se había puesto de majo que daba las *todas*.

Aparejó á la jerezana el jaco.

Tomó su mejor *vigüela*, como Antonia su mejor pandereta.

Las moñas de ambos instrumentos valían cada una un puñado de duros.

¿Para qué quería Paquiro el dinero que ganaba largamente en el contrabando y en el matute, sino para disfrutarlo y para que su mujer fuese hecha una reina?

A las cuatro de la tarde, llevando á Antonia á las ancas de su jamelgo, Paquiro estaba en el Portillo de Embajadores.

No tardó en reunírseles Pedro que, como ya se ha dicho, estaba vestido á lo terne, con un lujo extraordinario y montaba uno de los mejores y más bravos caballos de las caballerizas de su padre.

Un cartujeño de seis años, seis dedos de alzada, tordo flor de lino, cabos negros, cabeza acarnerada, fino de remos y respirando fuego.

Una prenda de rey.

Iba aparejado á la jerezana, con riquísimos caireles de seda y oro, y bocado, hevillaje y estriberas de plata.

Acompañaba al Manclay una turba de gitanos montados y vestidos de gran lujo.

La cabalgata, compuesta de más de cien indivíduos entre hombres y mujeres, éstas á las ancas de los caballos de los otros, se puso en marcha arrojando de sí bizarría, hermosura, lujo y poder, y con gran estruendo de guitarras, panderetas y castañuelas.

Siempre había en el aire una copla lanzada con toda la fuerza de una garganta masculina ó femenina.

Las gentes se paraban para verlos pasar, y se asombraban de ellos.

Aquello era deslumbrante, mareante.

Muchos decían:

Eso es una boda.

Y otros, viendo á un sujeto, crudo, gitano, que sobresalía de los otros y que ocupaba un lugar preferente, decían:

—Es el príncipe de los gitanos que vá á pedir á su novia.

No se engañaban.

Todo aquello olía á matrimonio flamenco.

Ya hemos visto cómo los recibió en su magnífica posesión el señor don Pablo Ruipérez de Figueroa, alias el Pachirriminí.

Todo el gran piso bajo de la magnífica casa de la quinta estaba con tal profusión iluminado, que no hacía falta la luz del sol.

Dejadas las caballerías que fueron llevadas á las extensas cuadras, la tropa gitana fué conducida por el Pachirriminí, que llevaba al Manclay de la mano en señal de bienvenida y buena amistad, á un extenso salón en que todo era grandioso.

Un verdadero salón regio.

Don Pablo no había perdonado gasto para que su hija, ya que no fuera Manclayí de hecho, lo fuera por la grandeza del boato.

Tenía en fin, su casa mejor amueblada, si esto era posible, que la suya don Luis el Oclay reinante.

Pero faltaba en aquel magnífico salón, algo que cuando apareció, lo completó.

Pepita la Arjorí.

De improviso se abrió una gran puerta, y apareció la hada gitana deslumbrante de juventud, de hermosura y de pedrería.

La acompañaban sus doncellas, también ricamente engalanadas.

Al aparecer Pepita, la gitanería acudió de súbito á sus instrumentos y resonó desordenada una especie de marcha real, en medio de una multitud de vítores y aclamaciones.

Pepita no podía contener su emoción.

Latía violentamente la sangre en las arterias de su hermosa garganta.

Se alzaba y se deprimía de una manera poderosa su alto y turgente seno de una forma á la par casta y voluptuosa.

Sus movimientos eran desmayados y lánguidos.

Sus incomparables ojos negros parecían como adormecidos por una deleitosa aspiración de amor, y ardientes, lucientes, llenos de una vida infinita y aun podría decirse que sobrenatural, buscaba un algo que parecía ser la causa de sus ansias.

Cuando vió á Pedro que adelantaba hacia ella llevado de la mano por el Pachirriminí, se detuvo, hizo un poderoso esfuerzo para contener la expresión de su alegría, y saludó á Pedro ceremoniosamente, con toda la gravedad de su raza en las ocasiones solemnes.

Pero como el alma es soberana é independiente y no reconoce reglas ni ceremonias, se la salió toda entera por los ojos y fué á confundirse en el camino con el alma de Pedro que también por los ojos de éste se había salido.

—No os gozaréis mucho tiempo,—dijo por lo bajo y casi imperceptiblemente una voz cruel y sañosa.

Aquella voz había salido del pecho abrasado de celos y de envidia de Antonia la Cugiñí, que estaba á espaldas de Pedro y á poca distancia de él, y había visto el paroxismo que había cogido á la Arjorí á la vista del Manclay.

Este y la Arjorí cambiaron algunas palabras turbadas, entrecortadas, que probaban bien lo poseídos que los dos estaban el uno por el amor del otro.

—Si vuestro casamiento no estuviese convenido entre tu padre y yo,—dijo el Pachirriminí á Pedro,—no te recibiría yo como te recibo; pero lo que está escrito en las estrellas se cumple, y la voluntad de Dios no puede faltar; considérale tú, hija mía, como al que dentro de muy poco ha de ser tu marido y el señor de tu alma.

La Arjorí murmuró algunas palabras ininteligibles.

Pero lo que no pudo decir su voz lo dijeron mucho más expresivamente sus ojos.

El Pachirriminí los condujo á un testero del salón en el que había formando una especie de estrado, algunos grandes sillones dorados, cubiertos de un riquísimo brocatel.

En dos de ellos, en el centro, se sentaron Pedro y Pepita, y en los otros don Pablo y los gitanos y las gitanas principales, parientes todos más ó menos próximos tanto del Oclay legítimo, como del Oclay pretendiente, cuyas diferencias iban á terminarse definitiva y favorablemente por el enlace de sus hijos.

La gitanería estaba contenta.

Por aquella parte se acababan los odios de partido.

El Pachirrimini, después de haber manifestado á todos la avenencia que había sobrevenido entre don Luis de Figueroa y él, y después de haberles anunciado el próximo enlace del Manclay y de la Manclayí, y de haberles dicho que aquella fiesta era una ante víspera de la de bodas, les dió licencia para que empezase el jolgorio.

Empezó enseguida el templar de los instrumentos, el arrullo, por decirlo así, de los palillos ó castañuelas y las sonajas de las panderetas.

Al fin contentos todos, rompió al unísono el jaleo flamenco, y algunas bizarras parejas, con gran repiqueteo de palillos y panderetas y sonajas, se pusieron en baile.

Y fueron y vinieron coplas laudatorias y húmorísticas en honor de los novios, y una argentina voz de mujer, respondía la viril y jacarandosa, aunque á veces aguardentosa voz de un hombre, y no parecía sino que todos tomaban á grande empeño el hacerlo mejor que el ó la que le había precedido.

Aquello era la gloria.

Y en medio de todo este alegre estrépito, los dos novios metidos en una conversación íntima, parecía que completamente ocupados de sí mismos, entregados á sí mismos, no veían ni sentían nada de lo que les rodeaba.

De improviso una voz de mujer, sonora y extensa, de un timbre delicioso, pura, fresca, joven, pero al par triste y como despechada, cantó con una expresión infinita, con una elocuencia conmovedora la siguiente copla:

Las venturas y las penas
en manos de Dios están,
y cuando se alegra uno
otro tiene que llorar.

Aquella copla, cantada con brío, y aun pudiera decirse con coraje y con intención marcada, causó en todos una extraña impresión.

La que la había cantado había sido Antonia la Cugiñí.

¿Por qué la había cantado con tanto poder y tanta intención?

Su marido, que estaba junto á ella descuidado y acompañando con toda su alma con una guitarra, sintió que la copla de su mujer le caía encima como un peso enorme, que le detenía, dejó de acompañar, y dijo con la voz turbada, y si se nos permite decirlo, lóbrega:

—Oye tú, Antonia, esa copla es nueva.

—Güeno, ¿y qué?—dijo con un marcado desabrimiento la Cugiñí.

—¿Qué, tú te la has sacado de la cabeza?

—No es la primera,—dijo con un acento que se parecía algo al de la vanidad de una poetisa satisfecha de sí misma la Cugiñí.

—Es verdad, dijo Paquiro;—pero también es verdad que tú no sacas una copla sino para rajar á alguno, y malos *mengues* me lleven, ¿á quién hay que rajar aquí? ¿quién tiene aquí que penar por las venturas de otro?

—Tú también acabas de sacar media copla.

—¡Media copla!—dijo Paquiro.

—Sí, tú has dicho:

¿Quien tiene aquí que penar
por las venturas de otro?

—Es verdad,—dijo Paquiro.

—Pues mira, yo voy á sacar la copla entera,—replicó la Cugiñí, que estaba excitada y tenía la mirada vaga, atraída y repelida á un tiempo por el grupo que formaban Pedro y la Arjorí, que metidos en amorosa conversación, parecían ajenos á todo lo que no era su amor.

—Anda,—dijo á la Cugiñí su marido.

—Pues allá va,—dijo la Cugiñí.

Y soltó la copla siguiente, que venía á ser una insolencia, disparada á quemarropa sobre su marido:

Me tienes puesto en un potro
y no me puedo aguantar;
¿quién tiene aquí que llorar
por las venturas de otro?

—¡Válgame Ondivé y la *Manjarí Debla* (la Santa Virgen) que yo *churino* (doy de puñaladas) á alguno,—exclamó descompuesto Paquiro, echando mano á un bolsillo de su chaqueta.

—*Sonsi*, que nos *diquelan* (silencio, que nos miran, —dijo friamente Antonia.

—Se ira el *gachó*,—dijo con voz siniestra Paquiro,—y nos *tragelaremos* el gallo,—dijo con la voz amenazadora y lúgubre Paquiro.

—Tú estás *guillate* (loco),—dijo con desdén Antonia.

—Y tu *chalaa* (ida),—replicó Paquiro reprimiéndose para que no reparasen en él.

—¡*Guillate*! sí, *guillate*,—dijo siempre sarcástica la Cugiñí;—yo tengo la sesera más arreglada que un reloj, y de repetición.

—De verdad que estás muy repetida, y que yo no entiendo,—dijo Paquiro.

—Pues poco tiene que entender: es que los mengues me mueven el *garlochí* (corazón) y á la *chichí* (cabeza) se me suben.

—¿Y eso por qué?—preguntó siempre sombrío Paquiro.

—¿Pues qué, no era parienta nuestra la pobre de la Atarnajalí?—dijo con acento conmovido Antonia.

—¿Y ahora sales tú con eso?—dijo con extrañeza Paquiro.

—¿Pues no? ¿Quién llora aquí mientras que otros gozan? ¿Pues qué, no sientes que anda por aquí, por el aire, dando gritos de celos y de dolor el alma en pena de la desventurada Flora?

—Con tal de que no haya aquí otra celosa más que ella: ¿y qué te importa á tí? Una arrastra que injurió á su marido y que castigó Ondivé.

—Pues porque fué mala y pagó su maldad, era menester compadecerla; vamos, las cosas feroces y de malas entrañas me pudren á mí y me irritan. ¿Pues tanto tiempo hace que el Manclay mató al Lentri por los quereres de su mujer? ¡Pues qué, no está todavía caliente el pobre cuerpo muerto de la difunta, y mira ya al Manclay chalao, guillao por otra, y hablándole de tú á Ondivé. ¡Hombre! Esto es para *chiflar* al Padre Eterno y para que se le salga á uno del alma, no ya medio corazón, sino entero.

—Dejemos la conversación,—dijo Paquiro,—y á vivir para ver.

—Lo que hay que ver, ya está visto,—dijo la Cugiñí,—un Padre Nuestro para que Dios dé descanso al alma en pena de Flora, y otra copla:

El amor es como un duende
que en todas partes está,
y que al que piensa cogerle
le deja loco y se vá.

Esta fué la última copla de la primera parte del jol-

gorio, porque empezaron á entrar los criados y las criadas de la casa con grandes bandejas en que traían el *gaudeamus* de vinos generosos y de ricas conservas, que no habiendo habido tiempo para preparar una cena, ofrecía don Pablo á sus huéspedes.

El suculento jamón, los sabrosos embutidos, las delicadas pastas andaban á la redonda, mostrando lo opulento de la despensa del rico Pachirrimini.

Comieron y bebieron todos hasta la saciedad, y aun más de lo justo y después de otro divertimiento de *cante* y baile, y siendo ya las doce de la noche, el Manclay con los suyos se volvió loco de amor á la quinta de las Peñuelas, dejando á la Arjorí embriagada en un paraíso de dulzuras.

CAPÍTULO XLII

En que se ve de qué medios puede valerse una mujer para hacerse amar de un indiferente.

Se reunieron los *batopurós*, esto es, los ancianos convocados por el Oclay.

Aquello fué una especie de cortes de la gitanería.

Se propuso el negocio por el Oclay.

Hubo largos y empeñados debates.

Los partidos se acometieron con todos las armas conocidas y aun no conocidas en las prácticas parlamentarias.

Al fin, y para no dilatar inútilmente nuestro relato, después de un mes largo de debates hablados y aun de hechos, porque en algunas sesiones hubo palos, y estuvo á punto de estallar una guerra civil entre la gitanería, se acordó que se refundiría el derecho de las dos ramas en una sola, por medio del casamiento del

Manclay Pedro con la Manclayí María Josefa, y que el padre de ésta abdicaría en ella todos sus derechos.

Sobrevino la boda.

Una boda regia.

Una boda que alborotó, no sólo al barrio de las Peñuelas, sino á todo Madrid.

Las bodas, las tornabodas y los jolgorios duraron más de un mes.

Pedro fué extraordinariamente feliz esos días.

Pero al fin de ellos recayó en un mortal aburrimiento.

Pepa no había sido para él más que una novedad.

Un paliativo.

Aconteciale á Pedro lo que á los enfermos que tienen perdido el estómago.

A la vista de un manjar nuevo, de un manjar apetitoso, sienten un impulso de hambre que los engaña, que les hace creer que han recobrado el apetito, sintiendo la imposibilidad absoluta de tragar el segundo bocado.

Se encuentran con que su inapetencia en vez de desaparecer se ha aumentado.

Pedro estaba moralmente estragado.

Su razón se iba resintiendo.

Empezaban á indicarse en él propensiones feroces.

Se había hecho taciturno, irascible.

Los gitanos miraban con inquietud que el que había de ser su Oclay, se les echaba á perder.

Pepa era profundamente infeliz.

Se encontraba con que el hombre á quien había amado desde el momento en que le había conocido, al que amaba con delirio, la relegaba, la miraba con un marcado hastío, que no podía ni quería disimular, y se entregaba á todo género de excesos, desórdenes y aun ferocidades.

Se había hecho matón, y no podía sufrir que se le replicase sin armar una camorra.

La Cugiñí veía con placer lo apartado y aun lo indispuesto que estaba el Manclay con la Manclayí, y preparaba en silencio un plan horrible.

Muchas veces se la veía alejarse desde el barrio de las Peñuelas á lo largo de la pradera del canal.

Si se la hubiese seguido, se la hubiera visto adelantar por la arboleda que al canal, que ya no existe, bordeaba, y buscar en los puntos fangosos una yerba bulvosa, muy semejante á la que se llama uvas de gato; y guardarlas cuidadosamente en un bolsillo de su delantal.

Después daba un rodeo, y se volvía á su casa, donde colmaba de atenciones á su marido, ni más ni menos que si le hubiera amado con toda su alma.

El propósito de la Cugiñí era, no sólo deshacerse de su marido, sino también de Pepa.

De este modo podía hacer posible su casamiento con Pedro.

Como era gitana noble, y parienta, aunque lejana, de los Figueroas, tenía entrada franca é íntima en la

casa del Oclay, y la frecuentaba con una actividad y una asiduidad extraordinarias.

Astuta y falsa, fingía á Pepa un cariño firmísimo.

Pepa creía en él, y había cobrado un profundo cariño á Antonia.

La confiaba sus penas.

Lloraba en su seno.

La llamaba su hermana.

Yendo cotidianamente casa del Oclay, y permaneciendo en ella un largo espacio de tiempo, estaba muy en contacto con Pedro.

Este, que no se acordaba de que ella le había cuidado durante el tiempo que había estado herido en su granja del Guadarrama, que no había podido conocer el apasionado interés con que había estado junto á su lecho, al conocerlo después de recobrado ya el uso de su sentimiento, se aficionó de ella, pero de una manera débil.

La Cugiñí no había tenido ocasión bastante para sacarle de su monomanía, de su hastío.

La Cugiñí tuvo trastienda suficiente para no aumentar su indiferencia, mostrándose enamorada de él.

Pedro la trataba con algo más de interés que á otras.

Pero no pasaba de los límites de una no muy extraordinaria simpatía.

La Cugiñí había comprendido á Pedro.

Lo único que podía sacarle de su eterno aburrimiento por todo, eran las contrariedades.

Así era que á las ligeras muestras de simpatía que Pedro la daba, contestaba con desvío, y como si le hubiera costado un gran trabajo soportar su conocimiento y su frecuente roce con él, á causa de las continuas idas y venidas á la casa del Oclay.

Este trasteo, por decirlo así, fué produciendo lentamente su efecto.

Pedro fué contrayendo un empeño formal por la Cugiñí.

Se irritó al fin, y la solicitó de una manera superlativa, exigente.

La Cugiñí se puso en veinte uñas como hubiera podido hacerlo la casada más honrada y más decente del mundo.

Con esta excitación esperaba llevar hasta la locura, el empeño de Pedro por ella.

Este manejo pasaba desapercibido para todos, menos para una persona.

Esta persona era Paquiro.

CAPÍTULO XLIII

En que se vé con cuánta sangre fría puede cometerse un crimen.

Paquiro fingía á su vez con una perfección infinita.

Trataba á la Cugiñí como si hubiera recaído en su luna de miel.

Ella creía de buena fe en las solicitudes, y el amor de su marido, porque para que un marido se vuelva á su mujer y la trate como si verdaderamente estuviese enamorado de ella, no hay cosa como los celos.

Mientras creemos que nadie codicia lo que poseemos, podemos despreciarla.

Pero cuando vemos que otro lo desea, nos entra un recrudecimiento voraz, por coger lo que antes casi nos era indiferente.

Porque los celesos no se obstinan con sus mujeres por su honra, sino por una exigencia de amor, de empeño rabioso.

Por lo que podría llamarse la pasión de los celos.

Una pasión que engendra en el marido engañado ideas de exclusivismo.

Paquiro disimulaba á su vez.

Y de una manera tan perfecta, que engañaba á Antonia.

Pero no la perdía de vista.

Desatendía sus negocios.

La seguía á lo lejos sin ser notado.

Cuando Antonia iba á casa del Oclay, Paquiro se quedaba oculto cerca de ella y en observación.

El primer día que la Cugiñí, después de haber estado gran tiempo en la casa del Oclay, se alejó por la pradera hacia el Canal, Paquiro la siguió.

La vió vagar entre los árboles.

Inclinándose de tiempo en tiempo.

Cogiendo yerbas que examinaba con gran atención y que guardaba cuidadosamente en un bolsillo de su delantal.

Aquel día Paquiro no fué á comer á su casa.

Pretestó que le habían entretenido sus amigos, cuando volvió muy tarde por la noche.

La Cugiñí no le dió la más leve queja.

Sirvió la cena.

Paquiro pretextó que había pasado el día de broma.

Que había comido demasiado, y que no tenía ganas.

Tampoco se incomodó la Cugiñí.

Cenó con muy buen apetito.

Después los dos esposos se acostaron en buena armonía.

Apenas se durmió Antonia, Paquiro, después de convencerse de que verdaderamente Antonia dormía, se levantó, fué á la silla donde Antonia había dejado sus ropas y registró los bolsillos del delantal.

En uno de ellos había una buena cantidad de las yerbas que Antonia había cogido en el Canal.

Tomó parte de ellas, y las guardó en un bolsillo de su chaqueta.

Por la mañana muy temprano, y mientras Antonia dormía aún, se levantó, se vistió, y sin despertar á su mujer, salió y se fué al puente de Segovia en busca de un famoso curandero, á quien llamaban el *Castañero.*

—¿Cómo tanto bueno por aquí?—dijo el Castañero á Paquiro con las muestras de la mayor amistad.

—Pues nada, compadre,—dijo Paquiro,—que me he acordado de ti y me he venido á tomar la mañana contigo.

—Más vale así,—dijo el Castañero;—yo había creído que tenías algún enfermo en casa.

El Castañero era el médico de cabecera de Paquiro y de Antonia.

—Mi mujer está sana y hermosa,—dijo Paquiro,—y á mí, gracias á Dios, no me duele nada.

A todo esto el Castañero había dejado su puesto, y se dirigía con Paquiro á uno de los tabernáculos inmediatos al puente.

Se metieron en la trastienda, donde no había nadie, y á vueltas de buenos tragos de aguardiente Paquiro sacó de su bolsillo la yerba que había tomado del delantal de su mujer, y mostrándosela al Castañero le dijo:

—¿Esta yerba es dañina?

Apenas la vió el Castañero, cuando sin ponerse amarillo ni colorado, dijo á Paquiro de la manera más natural del mundo:

—¿Y á quién quieres tú matar?

—Con que es decir, que con esta yerba se puede matar á una persona,—dijo Paquiro, que se había puesto mortalmente pálido.

—No enseguida, sino poquito á poco,—dijo el Castañero,—con dos ó tres tomas empiezan á enfriarse el estómago, á perderse las ganas de comer, y al fin se muere de ahogo.

—¿Y no hay remedio para esta yerba?

—¡Vaya! contra toda cosa hay su cosa.

—Pues yo necesito una cosa que me libre si me echan de esto en la comida.

Miró profundamente el Castañero á Paquiro, y le dijo:

—¿Y quién te tiene que echar á ti nada en la comida para matarte?

—Eso no te importa á ti,—dijo Paquiro; lo que te importa es darme algo que me guarde á mí de morir, aunque coma algo que esté emponzoñado con esta yerba.

—Pues por eso no quede,—dijo el Castañero;—vente conmigo á mi casa, y yo te daré un licor que te resguarde del veneno sólo con que tomes una copa como las del aguardiente.

Salieron de la taberna.

Se fueron á la casa del Castañero, que estaba al principio de la calle de Segovia.

Entraron en una planta baja que á nada se parecía más que á la tienda de un herbolario.

En un rincón había un hornillo, semejante á los que se ven en los laboratorios de química.

El Castañero lo encendió.

Puso en él una tartera con agua.

Cuando ésta hirvió puso en ella en infusión algunas yerbas que produjeron un olor gratamente aromático.

Luego echó la infusión en una redoma de vidrio como de un cuartillo.

—Toma,—dijo á Paquiro,—ya estás despachado: tómate una copa de esto una hora antes de comer, y no tengas cuidado.

—¿Y qué te debo?

—Nada, hombre; que te salgan las cosas como deseas, y en paz.

—Dios te lo pague,—dijo Paquiro; no sabes tú de lo que me sacas.

Paquiro se volvió á su casa, llevando en su bolsillo el precioso antídoto.

Antes se metió en una taberna del Barranco de Embajadores y compró una copa de las de aguardiente.

Se la vendieron con extrañeza.

¿Para qué podía querer Paquiro aquella copa?

La guardó en el mismo bolsillo en que llevaba la redoma.

Luego, en una rinconada de una callejuela desierta, sacó la redoma y la copa, llenó ésta del líquido que la redoma contenía y bebió.

El sabor era delicioso.

Luego se fué á su casa.

—¿A dónde has ido tan temprano?—le preguntó buenamente y sin el más leve acento de disgusto Antonia.

—Te diré; con la *jumera* que tomé ayer,—la respondió Paquiro,—he dormido muy mal, me dolía esta mañana mucho la cabeza, y he ido á que me dé el aire y á despavorizarme.

—¿Y te has aliviado, hijo?

—Sí, hermanita, y me han entrado unas ganas de almorzar que me comería un buey con cuernos y todo.

—Pues por eso no quede,—dijo Antonia,—que gracias á Dios hay de qué gastarlo.

Mientras se hacía el almuerzo, los dos esposos sostuvieron una conversación lo más cariñosa del mundo.

Hecho el almuerzo y puesta la mesa y servido un gran plato de sopa á Paquiro por la Cugiñí, ésta le dijo:

—¡Válgame Dios! que se me ha olvidado el vino; anda á la despensa que allí está, y tráelo.

Paquiro fué á la despensa, y por un resquicio de la puerta observó lo que su mujer hacía.

Vió que ésta sacaba del seno un pequeño frasco de vidrio y lo vertía en la sopa de que él debía comer.

Luego rápidamente volvió á guardarse el frasco en el seno.

Paquiro trajo la botella, se sentó tan tranquilo como si nada hubiese visto, y la emprendió con su plato de sopa con las muestras del mejor apetito.

Notó que la sopa tenía un leve sabor amargo y nauseabundo.

Sin embargo, siguió comiendo tranquilamente.

Tal confianza tenía en la ciencia y en la buena amistad del Castañero.

Sin dar muestras de cuidado, Paquiro observaba profundamente á Antonia.

Esta comía con muy buen apetito.

Estaba decidora.

Respectivamente tranquila.

Se le amargaba el alma á Paquiro.

En cuanto terminó el almuerzo fueron irremisiblemente sentenciados Antonia y el Manclay.

Y á pesar de lo enferma que tenía el alma ni una sola oscilación de ella salió al semblante de Paquiro.

Y al par de esto, un amor desmesurado le abrasaba el corazón por la miserable que de una manera tan traidora y tan á sangre fría, ponia los medios para asesinarle.

El almuerzo acabó tranquilamente.

Paquiro salió á sus negocios.

—¡Ah!—exclamó cuando se vió en la calle,—esto

no puedo yo perdonarlo; ¡los dos, y luego yo! ¡Yo no podría vivir sin ella! moriré, pero me habré vengado antes y no se gozarán con mi muerte esos dos malditos.

Entretanto la Cugiñí se había quedado murmurando:

—Dentro de un mes ya no me estorbarás tú, y entonces le habrá llegado la hora á la Arjorí.

CAPÍTULO XLIV

En que se comienza una horrenda trajedia

Pero pasó un mes largo y Paquiro no dió señal alguna de enfermar.

Antonia estaba inquieta.

No sabía cómo explicarse la salud de su marido.

Ella tenía la seguridad de que el veneno que le administraba periódicamente de tres en tres días era seguro, mortal.

¿Cómo, pues, no enfermaba Paquiro?

Sin duda por alguna razón, aquel veneno no producía en él efecto alguno.

Antonia no podía figurarse que su marido estuviese provisto de un antídoto.

La conducta de Paquiro para con su mujer, era cada día más afectuosa.

Parecía que de todo punto se había convertido.

Que para él no había más Dios ni más Santa María que su mujer.

Era necesario empezar de nuevo.

Buscar otro medio más seguro.

Y la Cugiñí no conocía otro veneno.

Le había enseñado aquella yerba por una casualidad una vieja gitana.

Iban un día por la margen del Canal.

De improviso la vieja se inclinó y cogió una yerba.

—Con un poquito de simiente de esto, lo que quepa en una copa de aguardiente, que se dé á una persona cada tres días, se le enfría el estómago, pierde las ganas de comer, y al mes va á ver á Ondivé,—dijo la bruja.

Antonia estaba ya mal casada, y miró con una afición instintiva aquella yerba que podía librarla de su tirano.

Acabó de informarse de la vieja, reconoció bien la yerba, que por otra parte era muy fácil de distinguir, y cuando llegó el momento pensó en aprovecharse de ella.

Pero se habría equivocado, ó aquella yerba, como ya se ha dicho, no tendría acción alguna para Paquiro.

Era necesario empezar de nuevo, y la situación en que se hallaba la Cugiñí era ya apremiante.

El Manclay se mostraba de día en día más empeñado por ella.

Ella enloquecía más y más por el Manclay.

La era ya imposible el mostrarse esquiva.

Él desfallecía.

Ella agonizaba.

El Manclay la seguía á todas partes buscando una ocasión propicia.

Paquiro, sin ser notado, seguía también á su mujer y al Manclay.

Los celos, la rabia, la desesperación, impulsaron al fin á Paquiro.

Pretextó un viaje á Murcia con el objeto de comprar ganado.

Paquiro, á más del contrabando, se empleaba en la chalanería.

El viaje debía durar más de quince días.

La Cugiñí despidió á su marido llorosa.

Como hubiera podido haberlo hecho una mujer enamorada.

Pero apenas cerró la noche, deshizo lo andado y se metió secretamente en Madrid.

Se fué á vigilar su casa.

La encontró cerrada y oscura.

Era más de la media noche.

Nadie transitaba por la calle.

De improviso Paquiró distinguió entre las sombras un bulto.

Aquel bulto adelantó.

Ya hemos dicho que la casa de Paquiro estaba aislada dentro de un huertecito y que tenía una tapia con puerta á la calle.

El bulto que Paquiro había apercibido se acercó á la tapia y la salvó con suma facilidad.

Cuando hubo descendido, pasados algunos momentos, Paquiro salvó á su vez la tapia.

Cruzó el huerto y se acercó á aquella misma ventana donde el Manclay había acechado la noche en que mató al Lentri.

La ventana estaba abierta.

Desvencijada.

Con visibles señales de haber sido forzada.

Indudablemente Antonia no había citado al Manclay.

No le esperaba.

De otro modo, ¿á qué había de haber violentado la ventana el Manclay?

Cuando Paquiro se puso en observación en la parte de afuera de la ventana, oyó un agudo grito de sorpresa.

Un grito de mujer.

Aquel grito había salido de la alcoba que daba á la cocina.

Poco después, saliendo de la alcoba y medio desnuda, apareció en la cocina Antonia.

El Manclay, con todas las muestras de un frenesí espantoso la amenazaba.

Al fin, la cogió en medio de la cocina.

Se empeñó una lucha terrible.

—Suéltame,—decía Antonia,—no, imposible, imposible, mientras ellos vivan. Déjame,—exclamaba.

—¡Yo desfallezco por tí!—exclamó el Manclay,—tú eres la única mujer á quien yo he amado,

Y continuaba luchando con ella.

Paquiro temblaba de furor y de dolor, y tenía desenvainado el cuchillo en la mano derecha.

—Suéltame,—decía Antonia,—suéltame y escúchame; si no me matarás, y sólo muerta seré tuya. Óyeme, yo te quiero, yo te quiero que me muero por ti; pero es necesario que mueran ellos antes; que yo sea tu mujer.

Pero el Manclay nada oía rugía de furor.

Continuaba la empeñada lucha con Antonia, que era fuerte y resistía.

—¡Ah, no puedo más!—exclamó al fin Antonia;—pero te advierto, que si me dejas, si me abandonas, te mato.

Paquiro lanzó un rugido.

Saltó como un tigre dentro de la cocina.

La lucha de los dos amantes había cesado.

De improviso Paquiro cayó sobre ellos.

Su primer golpe fué para Pedro.

Este cayó partido el corazón de una puñalada.

No pudo ni aun exhalar un gemido.

Con una rapidez furiosa, Paquiro asió por los cabellos á su mujer.

La Cugiñí no tuvo tiempo más que para exhalar un grito de horror y de espanto.

Paquiro la había tirado una terrible cuchillada en la garganta y la había cortado la arteria yugular.

La muerte fué instantánea.

La Cugiñí cayó sobre el cadáver de Pedro.

Paquiro, terrible, absorto, permaneció durante un breve espacio como anonadado, terrible, mirando los dos cadáveres.

Luego fué á una mesa que en la casa había.

Se sentó junto á ella.

Sacó la cartera que le servía para los papeles, que eran de interés para sus negocios, cortó de ella una hoja y escribió con lápiz lo siguiente:

«Así toma venganza de una mala mujer y de un mal hombre un marido ofendido. Yo no puedo vivir sin ella, y me mató también.»

Luego se levantó.

Puso el papel sobre Antonia que estaba cruzada sobre Pedro.

Despues con una serenidad terrible, con una mirada de demonio, se puso el cuchillo en la garganta, y se tiró un violento golpe.

Se degolló.

Cayó junto á los otros.

Un momento después era cadáver.

CAPITULO XLV

Que es el último del prólogo y en el que se vé que Luis de Figueroa se queda solo en el mundo con su nieta Milagros.

Esta horrorosa trajedia puso el colmo á las horrendas desventuras de Luis de Figueroa y de la pobre Rosa.

Nunca creyeron con más terror que estaban malditos de Dios.

Sus dos hijos habían perecido de una manera terrible, y por consecuencia de la educación que se les había dado.

Educación funesta que les había puesto fuera de su raza y los había colocado en una situación excepcional.

El desdichado hijo de Aurora había desaparecido, y en vano Luis había apurado todos los medios para encontrarlo.

El buen cura don Martín había muerto, sin poder averiguar por su parte lo que había sido de los honrados lenceros Mateo y Filomena, que obligados á huir y ocultarse, se habían llevado consigo al hijo de Aurora.

Estaban cortados todos los caminos para descubrir el paradero de éste.

Sobre estas desdichas cayó la trajedia de Pedro.

Aquel fué el golpe de gracia para la infeliz Rosa.

Su tísis se agravó de tal manera, que un mes después de la catástrofe de su hijo acabó como una luz que se apaga por falta de pábilo.

Para que todo se armonizase al tono de la desdicha, el díscolo don Pablo Ruipérez de Figueroa, álias el Pachirriminí, puso en estado de revolución á la gitanería y al borde de una guerra civil.

Entre los gitanos, contaminados por los principios políticos y sociales de nuestro tiempo, andaba muy por tierra el prestigio monárquico.

De todo lo malo que de la cosa pública provenía se le echaba la culpa al rey.

Hasta de los años secos, de las epidemias y de los temporales.

Se decía que todo esto era castigo de Dios á los pueblos que consentían las tiranías de los reyes.

La calumnia y la difamación atacaban con sus armas más graves y más hediondas á los que otras veces en otros tiempos perfectamente contrarios á los nuestros en costumbres y en creencias, se les había

considerado como representantes de Dios sobre la tierra.

Necesariamente lo contrario de una exageración de fe á otra exageración.

Al derecho divino de los reyes debía suceder el no menos divino derecho de la soberanía nacional.

El Pachirriminí, desde el momento en que produciendo un escándalo formidable entre los gitanos, se hizo pública la venganza de Paquiro contra la adúltera Antonia y su amante el Manclay Pedro, protestó, entablando por ante la opinión gitana uno que pudiera llamarse proceso hereditario, respecto del oclayato.

La justicia, en vista de que el responsable del doble asesinato de Antonia y de Pedro se había hecho justicia por sí mismo, y en la imposibilidad de procesar á un difunto, había reducido á muy pocas actuaciones el proceso y le había archivado.

Pero el Pachirriminí, en vez de desistir del suyo, le agrió, poniéndose en abierta rebeldía del ya tristemente desventurado Luis.

Alegaba éste que él no había renunciado sus legítimos derechos al oclayato, trasmitiéndolos á su hija, para que viuda ésta á causa de los vicios de su marido que le habían llevado á su perdición, continuase aquella bajo la tutela y el dominio del Oclay usurpador.

Citaba además una antigua ley gitana, todavía en vigor, por la cual la mujer viuda volvía á la patria potestad, quedando sujeta á ella como si no se hubiera

casado, abarcando esta potestad á los hijos del matrimonio disuelto por la muerte.

Así, pues, y con arreglo á esta ley, Pepita la Arjorí debía volver al dominio de su padre, con lo que de una manera ya muy avanzada tenía en su seno, y que nacido que fuera, debía quedar bajo la tutela de su abuelo.

Ahora bien, las Cortes gitanas, ó si mejor queremos, el consejo supremo de los *Bato purós* ó ancianos de la gitanería, habían instituído para dirimir la antigua contienda entre los dos Oclays, el poseedor y el pretendiente, que ambos resumían los derechos en sus hijos respectivos, y que doña Josefa Ruipérez de Figueroa, la Arjorí, fuese reconocida por Manclayí tan legítima como el Manclay don Pedro, y que ambos á dos, ya por la falta del uno ó de la otra, fueran llamados á la sucesión del oclayato.

Fundándose en esta ley reciente, forzándola, tergiversándola, el Pachirriminí afirmaba que tanto él como don Luis habían renunciado sus derechos en sus hijos respectivos, y que si bien don Luis había seguido gobernando á la nación gitana, no había sido propiamente dicho como Oclay, sino como regente á causa de la muerte de su hijo, marido de la Arjorí era la verdadera Oclayí, de lo que resultaba que debiendo volver como viuda á la patria potestad, don Pablo de Ruipérez y Figueroa era el regente del oclayato, en nombre de su hija, no ya la Manclayí, ó princesa del reino gitano, sino su Oclayí ó reina.

Todas estas eran suposiciones gratuitas de que la verdad salía tuerta, manca y perniquebrada; pero como no hay cuestión por sencilla y clara que sea, de la que no pueda surgir un pleito enrevesado y perdurable, divididos en contrarios pareceres los gitanos, trabajados además por dádivas y por ofrecimientos, aparecieron dos partidos: uno para seguir la causa del Pachirriminí, y otro que se mantuvo leal al Oclay don Luis.

No paró aquí el disturbio, sino que á causa de él apareció un tercer partido, cuyos principios eran la soberana asamblea del pueblo gitano, representado por sus ancianos.

Es decir, había aparecido la república flamenca.

Era débil en verdad.

Pero como es débil todo lo que nace.

Empezaron las reyertas, los odios políticos, las trabacuentas, los golpes de acial, y las dobles puñaladas de las tijeras esquiladoras; se convirtieron en armas de combate los pacíficos martillos destinados á forjar herraduras y clavos, tenazas y parrillas; los cordones para el pelo estuvieron á punto de convertirse en dogales, los libritos de los Santos Evangelios en maldiciones, las cestas de mimbre en cubas para descuartizados y la buenaventura en augurio de condenación.

La influencia de la atmósfera revolucionaria de nuestro tiempo se hacía al fin sentir entre los gitanos españoles dependientes del oclayato de Luis.

Todo era perdiciones y camorras, y heridas y es-

tropeamientos, y el no darse á la mano la justicia constituída para fulminar procesos contra los gitanos, en medio de los cuales no parecía sino que andaba suelto Lucifer ó el *Bengorro* mayor, como ellos dicen.

Pero como según dice el refrán, «muerto el perro se acabó la rabia», el miserable fin del Pachirriminí terminó muy pronto aquellos disturbios, que á durar mucho tiempo hubieran dado fin y remate en España á la nobilísima nación flamenca, no dejando en ella ni aun la semilla.

De tal furor estaban emponzoñados y animados los unos contra los otros.

Y aconteció de esta manera:

Habiendo reclamado el Pachirriminí su hija, á Luis, con sujeción á aquella ley gitana que determinaba que la hija viuda con hijos ó sin ellos, volviese á la patria potestad, Luis se negó, alegando que la Arjorí estaba en cinta de una manera avanzadísima, que lo que naciera debía ser en lo porvenir el Oclay ó la Oclayí legítimo, y que altas razones de conveniencia en la casta gitana impedían en aquel caso el cumplimiento de la ley en que se fundaba el Pachirriminí.

Irritóse éste.

Congregó en su quinta á sus parciales,

Les dió de comer opíparamente.

Se bebió más de lo que hubiera sido menester para conservar el buen acuerdo.

Se trató del negocio abultándole en la medida de la embriaguez de la que cada cual tenía una porción

más que razonable, y se decidió *in* de improviso, sin más examen, que en aquel mismo punto y hora se fuesen todos juntos, y bien armados á irrumpir en el domicilio del Oclay usurpador, y arrancarle por la fuerza la Oclayí legítima: esto es, la Arjorí.

No faltó alguno que menos poseído del vino que los otros, y pensando en la recompensa que podía darle, y sin duda le daría el espléndido y generoso Luis, se adelantase y le avisase de la conspiración que ya en vía de hecho se venía sobre su casa para allanarla y llevarse de ella á viva fuerza á la Arjorí.

Así, pues, Luis se previno contra todo evento, avisando al Alcalde de barrio, que oportunamente, lo que no siempre sucede, fué á resguardar con algunos de policía y de la guardia civil, su casa amenazada.

No tardaron en llegar los conjurados, que con descompuestas voces anunciaron su presencia, y como al pretender forzar las cerradas y aun atrancadas puertas de la verja, el Alcalde de barrio les amenazase para que se fuesen, ellos, no entendiendo de razones, se pusieron al asalto en una refriega en la que hubo tiros de la una y de la otra parte, y á poco, uno de ellos vino á dar entre los dos ojos al Pachirriminí, que cayó de espaldas cuan largo era, y sin mover pie ni mano finiquitó la cuenta de sus negocios en este mundo, sin necesidad de que para ello le ayudasen ni médico, ni boticario ni clérigo.

Con la muerte del capitán de los unos se declaró como sucede siempre, la victoria por los otros.

Huyeron los vencidos.

Se prendió por los vencedores á los que habían quedado heridos y á los que por la mucha carga del vino no habían podido correr tanto como era necesario.

Se prendió después á otros en sus casas.

Por último, con aquella batalla acabó por la misericordia de Dios aquella guerra civil gitana, se volvió á los antiguos usos de las verdaderas leyes flamencas, y se olvidaron los odios tanto y de tal manera como si jamás hubiese andado por el mundo el Pachirriminí con sus intrigas y sus ambiciones.

Se había desengañado el pueblo y había visto que no le tenían cuenta las revoluciones, que sólo se hacían en provecho de unos pocos y en perjuicio de todos.

Sin sus desgracias de familia, Luis de Figueroa hubíera podido gozar algunos años de reposo.

Pero había perdido de una manera desesperada á su hija Aurora, á su nieto, hijo de aquélla, á su hijo Pedro, á su adorada Rosa, aniquilada por tanto sufrimiento, y como si esto no hubiese sido bastante, la conmovedora Pepita la Arjorí, desolada, herida de muerte, por la desastrosa catástrofe de Pedro, á quien había adorado vivo y al que veneraba doblemente muerto, se extinguía rápidamente, amenazando llevarse consigo al hijo que tenía en su seno.

No podía darse desventura mayor al lado de tanta riqueza.

Pero la eterna ley de la santa justicia de Dios, ha hecho iguales á todas las criaturas, probándolas á to-

das, á las unas con los sufrimientos de su miseria material, y á las otras con las agonías de su desventura moral.

Al fin llegó el plazo del alumbramiento de Pepita la Arjorí.

Pero estaba tan enferma, tan débil, que no pudo sufrir aquel durísimo trance, y murió dando á luz en los momentos de espirar, y casi milagrosamente, á una hermosísima niña, á quien en memoria del terrible trance en que había venido al mundo, se puso por nombre María del Milagro.

Esta Milagros, fué andando el tiempo, una de las principales heroínas de nuestra historia.

FIN DEL PRÓLOGO

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

En que aparecen dos antiguos personajes de nuestra historia, de los cuales no debe haberse olvidado el lector.

Han pasado veinte años.

Estamos, pues, en 1866, y á bordo de una hermosa fragata acorazada que ostenta la bandera española, anclada en la bahía del Hudsón ó (Nuewa York) cerca del muelle llamado de la Batería.

Un número incalculable de barcos, un espeso bosque de mástiles impiden ver la gigantesca población de que se enorgullecen con justicia los Estados Unidos de América.

La tarde es apacible y lánguida.

El sol se pone en un horizonte límpido, iluminado por vivos y refulgentes colores, desde el de fuego inten-

so al amarillo luminoso, al verde pálido, al amaranto indeciso y al cárdeno intenso.

Una fresca brisa riza las ondas, y las lleva con su murmurio sonoro á romperse blandamente en las playas.

Se oyen acá y allá los silbidos de los buques que entran ó salen, y al fondo el rumor de vida de la gran ciudad que no ha terminado aun las horas de trabajo,

Todo es animación.

Afluyen los barcos de carga á los muelles.

Todo representa allí la vida moderna fundada sobre la industria y el comercio.

En un crucero español, á proa, sentado en el extremo de la cureña de un cañón, se ve á un joven marino, á un contramaestre como de veinticinco años.

Está replegado sobre sí mismo.

Como abstraído en recónditos pensamientos.

En su semblante, fuertemente moreno, se vé algo que parece representar una fatalidad.

Un alma triste, pero al par enérgica y resignada.

Singularmente sus ojos negros, negrísimos, rasgados, enormes, de una forma hermosísima, son de esos cuya mirada no puede sentirse sin una especie de estremecimiento del alma, si se nos permite la frase.

Hay en ellos una fijeza incontrastable, y en su profundidad, que parece perderse en un abismo sin fondo, la inmovilidad magestuosa de un león en reposo.

Se comprende que aquellos ojos, encendidos por la ira, hagan sentir la muerte.

Y en efecto, *Ojos-de-muerte* es el apodo que los marinos, sus compañeros, han puesto al joven contramaestre.

Y sin embargo, nada más dulce ni más benévolo que él cuando no hay nada que le irrite.

Nada más noble y más leal.

¿En qué piensa, tan profundamente abstraído, nuestro joven marino?

En su mirada hay una tristeza profunda.

Algo que parece el sentimiento de la nostalgía.

El sufrimiento de la separación de la familia, que es su patria.

Y allá en Europa, sentada en un banco, al pie de una estátua, en una solitaria avenida del jardín de Luxemburgo de París, hay una mujer en aquel mismo instante, una mujer, en cuyos hermosos ojos negros, luminosos y brillantes, produce lánguidos destellos el sol poniente.

Es de esa edad seria ya para la mujer, los cuarenta años, y sin embargo, conserva todo el brillo y toda la frescura de una poderosa juventud acentuada ya por una belleza incitante, seductora, conmovedora.

Su traje es sencillo, pero elegante.

El traje de una mujer distinguida de la clase media.

De la clase que sin ser obrera, es todavía trabajadora.

En una palabra: una burguesa distinguida, que tanto pudiera pasar por dama como por menestral.

La civilización ha confundido las clases por ante las apariencias.

Nada dice el traje acerca de la condición de las personas.

Es necesario conocerlas.

En las grandes capitales, si nos atenemos al traje y al aparato, podría muy bien tomarse por una gran dama á una gran perdida.

Por una persona altamente honorable á un bandido escapado de presidio.

En el bello semblante de aquella monumentalísima mujer, había la misma expresión de melancolía y profunda tristeza que en el del marino que hemos presentado á bordo de un crucero español en la bahía del Hudsón.

No parecía sino que á través del espacio, aquellas dos almas, aquellas dos miradas, se buscaban y se sentían.

Que era común su pensamiento el uno por el otro.

Que en los dos se hacía sentir de igual manera el dolor y la tristeza.

Y no eran madre é hijo.

Nada pierde en interés nuestro relato porque digamos á nuestros lectores lo que sin duda ya han adivinado.

Aquellos séres, separados por una tan larga distancia, y tan unidos por un igual sentimiento, eran Filomena Díaz, viuda hacía ya años, del buen Mateo de Malespina, y él Luis, el pobre hijo de Aurora de Fi-

gueroa,el nieto perdido del Oclay don Luis, el primo hermano ignorado de María del Milagro.

¿Por qué estaban Filomena en París y Luis en Nuewa-York á bordo de un crucero español?

Eso lo diremos más adelante.

Filomena sufría un tormento indecible separada de Luis.

Luis se desesperaba separado de Filomena.

El uno condensaba en el otro su sufrimiento, un sufrimiento semejante á la nostalgía.

Por eso sus pensamientos, sus almas, se buscaban y se sentían.

En el momento en que los presentamos á nuestros lectores, Luis pensaba en Filomena.

Filomena en Luis.

Pero de cuán distinta manera.

La relación de amor que existía entre Flomena y Luis, la conoceremos muy pronto.

Volvamos á bordo del crucero español.

Abismado estaba Luis en su tierno recuerdo por Filomena, cuando una sombra opaca se interpuso á él y al sol poniente.

Alzó los ojos Luis y se puso rápidamente en pie y se cuadró, tomando la actitud de respeto de un militar ante sus superiores.

En efecto, había encontrado delante de sí al comandante y á los oficiales del buque.

Acompañaban éstos como en cortesía á dos extraños que aquella tarde habían ido á visitar el crucero.

Eran un hombre y una mujer.

Mejor dicho, un caballero y una señora, que causaban envidia, que apestaban á ricos.

El uno era como de sesenta años.

La otra como de veinte.

Parecían padre é hija.

El tenía la traza más rara y más estrafalaria del mundo.

Un tipo de todo punto inglés.

Rubicundo, blanco encendido, rostro prolongado, nariz prominente y afilada, ojos entre verdes y azules, cuello largo, hombros estrechos, pecho deprimido y brazos y piernas inconmensurables.

Tenía toda la fría y antipática prosopopeya de un inglés neto, que cree que Dios no ha hecho á los ingleses, sino para que desprecien á todo el mundo.

Ser inglés: todo lo demás nada: esta es la cuestión.

Cubría sus cabellos cobrizos, con un inconmensuble sombrero de gipijapa, y su cuerpo escuálido con un terno de seda blanco para ir fresco.

Hacía la figura más rara, más original y más absurda del mundo.

Ella, por el contrario, era una divinidad.

Una de esas hijas de Albión en que la vida, la juventud, tienen una fuerza inconcebible, irrresistible.

Un encanto omnipotente.

Un poder de fascinación suprema.

Era blanca, rubia, pálida, nacarada, voluptuosa,

esbelta, y de una morbidez y una pureza, una gracia y una corrección de formas extraordinarias.

Vestía simplemente un traje de seda de color violeta claro, y su sombrerito de paja sencillamente ornamentado de flores.

La expresión de su fisonomía revelaba además de una pureza indudable, un sentimentalismo poético, delicado, suspirante, apasionado, ardiente.

Un idilio.

Mister-James Tripork, era un extravagante, una persona del género bufo.

Su hija mis-Fanny una especie de arcángel humano.

Mister-James ni siquiera reparó en Luis.

Su atención estaba absorvida por el enorme cañón de veinticinco centímetros, de la extremidad de cuya cureña se había levantado respetuosamente Luis á la vista de sus superiores.

No así Fanny.

Al ver á Luis, sus magníficos ojos azules dejaron ver una expresión de asombro, de sorpresa, de fascinación.

Inmediatamente irradiaron un relámpago terrible.

Un relámpago de pasión fulminante.

Al mismo tiempo los purpúreos y húmedos labios de su hermosa boca, dejaron salir un suspiro, que fué semejante á un gemido.

Los terribles ojos de Luis, fijos de una manera impasible en ella, la habían fascinado.

La habían hecho un caso fulminante, de la enfermedad que se llama amor.

Se alteró toda.

Vaciló.

Se apoyó visiblemente en su padre.

—¿Os ponéis mala, señorita?—le dijo solícitamente uno de los jóvenes oficiales del barco que estaba junto á ella.

—Sí,—dijo Fanny poniéndose visiblemente encendida,—me trastorna el mareo.

—¡Ah! yo irme de aquí súbitamente con mi hija,—exclamó en muy mal español mister James,—ella no tener hábitos de la mar.

El inglés decía *hábitos* por decir costumbres.

En fin, llevándose casi en peso á su hija y sin más cumplimientos, se fué hacia el portalón.

Al pie de la escala estaba atracado el bote en que habían ido á visitar el crucero.

Casi sin despedirse el inglés descendió con su hija hasta el bote, que tomó inmediatamente la dirección del muelle de la Batería.

El comandante y los oficiales se volvieron hacia popa.

Luis volvió á sentarse en la cureña del cañón murmurando:

—Es una magnífica criatura, pero no es tan hermosa como mi madre.

CAPÍTULO II

Lo que eran Luis para Filomena y Filomena para Luis.

Cerró la noche.

El tambor del jardín del Luxemburgo tocó retreta anunciando á los paseantes que era llegada la hora de retirarse.

Filomena, que había permanecido en el banco abstraída y como ajena á todo lo que la rodeaba, se levantó, y con paso lento se dirigió á la puerta que dá al boulevard de San Miguel.

Siguió con paso vago la verja del jardín, torció luego á la izquierda y otra vez á la derecha, se metió en la iglesia de San Germán de los Prados, y allí se estuvo rezando delante de una imagen de la Inmaculada, hasta que el suizo, acercándose acompasadamente á ella y marcando los pasos con los golpes de su alabarda sobre el pavimento, la advirtió que se iba á cerrar.

Filomena salió de la iglesia.

Ganó por un costado de ella la solitaria calle de la Abadía.

Al fin de ella, á la izquierda, se detuvo delante del postigo de una tapia de poca altura.

Abrió con una pequeña llave el postigo.

Entró y cerró.

Atravesó un jardinito.

Al final de él había una habitación que sólo constaba de piso bajo.

En esta habitación no había más que tres piezas.

Dos cuadradas y de poca extensión, colocadas á la derecha y á la izquierda de la entrada con grandes ventanas acristaladas al jardín, y otra al fin de un pasillo angular que recibía la luz de una reja que daba á una callejuela inmediata.

La habitación de la izquierda servía á Filomena de dormitorio y de tocador.

La de la derecha de comedor y cuarto de trabajo.

Porque Filomena era una obrera, aunque de alto coturno, á la que casi casi podía llamarse una artista, en el buen sentido de la frase, se entiende.

La tercera pieza era la cocina.

Filomena entró en el dormitorio.

Encendió luz.

Se quitó el sombrero y los guantes.

Se fué luego al comedor y sacó del aparador ó del *bouffet*, como se dice en francés, un medio pastel de

ternera de á cincuenta céntimos, y una botella y una copa.

Comió distraída sin muestras de apetito aquel pequeño resto de pastel, y bebió un sorbo de vino.

No podía darse una cena más parca.

Filomena era muy sóbria.

Y sin embargo, estaba llena de carnes y de salud.

Filomena vivía de una manera independiente en aquella alegre casita, libre de miradas suspicaces é impertinentes, y de enojosos vecinos.

El alquiler, además, era muy módico.

Se sostenía y ahorraba más de lo que gastaba del sueldo de Luis que éste la enviaba casi íntegro, y de los artísticos, de los prodigiosos bordados que ella hacía en batista y *nipis*, que en nada desmerecían de los que vienen del Japón, antes les aventajaba en buen gusto y en belleza de realce y de dibujo.

Un pañuelo de Filomena, se pagaba en los grandes almacenes de los Dos Gigantones, calle de Bugí, de doscientos á quinientos francos, para revenderlos con un ciento por ciento de ganancia.

Pero éste era un trabajo largo, pesado, inmenso, que con una aplicación asídua, no la producía más de cien francos al mes.

Para evitar ser robada, Filomena dejaba en la caja de los Dos Gigantones en cuenta corriente el producto de su trabajo, y se mantenía y aun todavía ahorraba, de lo que Luis la envíaba.

Era necesario tener un fondo de reserva para poder

ir á abrazar á Luis y vivir á su lado todo el tiempo posible, cuando el crucero donde Luis navegaba venía á recalar en algún puerto de Europa.

Cuando esto sobrevenía, Filomena era de todo punto feliz.

Cuando el crucero partía para América ó para Asia, Filomena se volvía triste y acongojada á París, á su casita de la calle de la Abadía, en el Cuartel Latino.

El día anterior al en que la presentamos de nuevo en escena cargada, pero no perdiendo por sus cuarenta años su belleza, había recibido una larga y apasionada carta de Luis en que éste le decía al final:

—«Alégrate madre: antes de quince días habremos fondeado en el Havre.»

¡En el Havre, á pocas horas de París!

¡Un paseo en tren!

¡Y al fin de este paseo los brazos y las caricias de Luis después de un doloroso, de un horrible año de ausencia.

Esto era para que Filomena se volviese loca de alegría.

¡Pero todavía quince días!

La terminación de una espera sufrida en el alma, es su período más doloroso, más insoportable.

Filomena agonizaba.

Cada instante la parecía un siglo.

Tenía sus proyectos.

A la vuelta de tres meses Luis debía ser licenciado por terminación de su tercera campaña.

A Filomena se le hacía ya insoportable la separación de Luis.

Le adoraba.

Era la suya, por su hijo adoptivo una pasión frenética.

Una pasión que valía lo que una locura.

Ella, viviendo penosamente trabajando como una negra, había ahorrado quince mil francos.

Con esta suma y los intereses acumulados, Filomena contaba con crear un establecimiento de modas que, siendo ella tan apta para este género de comercio, produciría lo bastante para poder vivir modestamente con Luis.

A más de esto, Luis había aprovechado sus horas de ocio y de fastidio de las largas travesías en estudiar la pintura á la aguada, y en este género se había hecho casi un artista.

Había envíado á Filomena algunas aguadas, que ella había presentado al examen de algunos de los artistas parisienses más reputados en este género, y habian sido muy estimadas, no sólo por su colorido, por su finura, por su entonación, por su sentimiento de la luz, del espacio, sino también por la precisión de los más pequeñas partes de los buques y por la verdad de los tipos de los hombres de mar, sus compañeros.

Filomena no quería vender aquellas aguadas aunque se la ofrecía por ellas precios increibles.

—Siempre será tiempo,—se dijo;—esto es una cantidad más que tenemos ahorrada.

Y puso en bellos cuadros aquellas acuarelas y adornó con ellas su dormitorio.

Esta cualidad de artista, y de un género muy á la moda y de mucha salida, entraba en los proyectos de Filomena.

Dos ó tres años de estudios, servirían en el taller de un grande artista para hacer de Luis otro gran artista cuyos cuadros se pagasen á precios fabulosos.

¡Miles y miles de francos por un lienzo!

¡La fortuna! ¡La gloria!

Filomena se adormecía en estos sueños, y gracias á ellos soportaba lo doloroso de su separación.

Después de su exigua cena, se fué á su dormitorio, se desnudó, se soltó los negros y espléndidos cabellos, los volvió á recoger en una redecilla, se acostó, apagó la luz, y á poco dormía tranquilamente.

No tenía de qué inquietarse.

Ella no se daba cuenta del género de la pasión delirante que la inspiraba Luis.

Su idolatría por él le parecía la cosa más natural, más lógica.

No la había quedado nadie en el mundo más que él.

Necesario es que digamos, mientras duerme soñando en sus proyectos, lo que había pasado por ella y su familia desde el día en que, huyendo de la justicia, dejaron el pueblo de Alcor de la Sierra, amparados por el buen párroco don Martín y encargados al contrabandista Manazas.

Éste cumplió honradamente con su compromiso.

Por medio de sus relaciones con otros contrabandistas, hizo que aquella desventurada familia pasase el Bidasoa.

Una vez en tierra de Francia, ni Mateo ni Filomena quisieron decir dónde iban á fijar su residencia.

Así fué que se perdieron para don Martín.

Se fueron á San Juan de Luz, donde con los dineros que debían á la solicitud del bueno don Martín, pusieron una tiendecilla de lencería, con cuyos productos vivieron estrechamente, pero tirando y esperando mejores tiempos.

Nadie habían dejado en España sino su patria.

Eso que no se olvida nunca, y cuyo recuerdo nos atormenta en el destierro.

Les tiraba por amistad y por agradecimiento don Martín; pero no se atrevían á escribirle, no fuera que por mal del diablo las cartas dijesen á la justicia de España dónde se habían trasconejado, y aquella pidiese á la de Francia la extradicción de Mateo.

Habían además cambiado de nombre, provistos por los contrabandistas que los habían salvado, de un pasaporte falso.

Los favoreció la fortuna, que la merecían.

Les fué mucho mejor en San Juan de Luz que lo que les había ido en Alcor de la Sierra.

Pero les acometió la desgracia en la familia.

El sarampión mató á la pequeña Julia cuando ya tenía dos años y estaba hermosa como un ángel.

Este rudo golpe desesperó á los dos esposos, y es-

pecialmente á Mateo, que casi triplicaba la edad á Filomena, y que estaba muy acabado por sus trabajos, por su destierro y por su remordimiento por haber matado á un hombre, aunque dentro del derecho de legítima defensa, y esto produjo en él funestísimos resultados.

Contrajo una hipocondria incurable, perdió el estómago y se extinguió un año después de la muerte de su hija.

Filomena se quedó sola con Luis.

Estaba á punto de perder el juicio.

Pero su maravillosa fuerza de voluntad y su sana y robusta constitución, la salvaron de la crisis.

Necesitaban vivir para Luis.

Le habia criado á sus pechos como á un hijo.

Le amaba como á Julia.

Y Dios nos perdone; pero casi nos atreveríamos á decir que creía que como á Julia le había tenido en sus entrañas.

Con la muerte del pobre Mateo cesaron de todo punto las causas del destierro de Filomena.

A ella no podía en manera alguna hacérsela responsable de la muerte de Calambres.

Así, pues, determinó recobrar su nombre é ir á establecerse en San Sebastián, donde su comercio debía ser mucho más productivo que en San Juan de Luz.

Traspasó con una respetable ganancia su tienda, y después de perpetuar la sepultura en que yacían juntos su marido y su hija, y de poner sobre ella una lápida

conmemorativa, se trasladó con Luis á San Sebastián, donde abrió otra tienda de lencería y se consagró completamente á Luis.

Bien pudo escribir á su pueblo para informarse de lo que había sido de don Martín.

Pero se la ocurrió que sabiéndose dónde ella paraba, podrían parecer los padres de Luis y quitárselo.

Esto precisamente la retrajo espantada.

Luis no tenía más padres ni más familia que ella.

Así lo quería ella, y así había de ser.

Luis creció hermosísimo, mimado á su lado.

Amaba apasionadamente á Filomena, y su amor de niño, este amor delicioso para las madres, causaba en Filomena inefables deliquios.

Había quedado viuda, y sola con un huerfano, casi niña, y á medida que pasaba el tiempo su desarrollo maravilloso la hermoseaba y la hacía una mujer de primer orden.

Aumentaba su belleza la poética melancolía de su espíritu que aparecía en su semblante.

Su mirada se había hecho incontrastable.

Tan incontrastable como la del pequeño Luis.

Medianamente establecida, laboriosa, honrada, joven, hermosa á pedir de boca, la llovieron pretendientes, que al fin la dejaron en paz en vista de la inutilidad de sus pretensiones.

Luis se crió robusto y fuerte, y á medida que pasaba el tiempo, más apasionado de la que creía su madre.

Era inteligentísimo y de una precocidad extraordinaria.

Había hecho admirablemente su primer examen á los doce años, estudiando el latín, obteniendo en el examen la nota de sobresaliente.

Todo iba bien.

Filomena estaba decidida á sufragar los gastos de una carrera que hiciese de su Luis un hombre notable.

Lamentable error de las gentes del estado llano, pero error muy natural que nace del infinito amor á los hijos, y que es necesario disculpar.

Filomena hubiera podido destinar al comercio en su misma casa á Luis.

Pero era más ambiciosa.

Una carrera podía llevar á su hijo á la política, á los altos cargos, á la gran fortuna.

Pero era necesario saber cuál había de ser su carrera.

Preguntó á Luis, y éste la dijo sin vacilar:

—¡Marino!

Filomena se puso pálida como una muerta.

Entregar su hijo á los terribles accidentes del mar.

¡A la rígida disciplina de á bordo!

¡Separarse de él, dudando de volverle á ver!

¡Oir estremecida los rugidos del Océano, y no saber si en aquellos momentos la tempestad tragaba á su hijo!

Filomena se negó rotundamente, y dijo á Luis que en todos los días de su vida consentiría en ello.

Luis se rebeló por la primera vez, y afirmó que si no se lo consentía su madre, él sentaría plaza de grumete.

El mar era la pasión de Luis.

Le llamaba.

Por otra parte, él no creía que la mar le separaba de su madre.

¿No la llevaba él en el corazón?

¿Qué podía evitar que volviese á verla?

La juventud no teme el peligro, porque no le comprende.

La juventud es el exceso de la vida y el exceso de la confianza.

Lo adverso no existe para ella.

Por otra parte, los hijos no aman á los padres, como los padres aman á los hijos.

El hombre no sabe lo que es el amor paternal hasta que es padre.

Hasta que prácticamente vé que sus hijos le aman á él, y le tratan como él amó y trató á sus padres.

Los nietos son generalmente los vengadores de los abuelos.

Por el eterno decreto que dice con la voz de la experiencia: «Vuestros hijos serán para vosotros lo que vosotros hayáis sido para vuestros padres.»

La eterna justicia es inevitable, y se cumple siempre.

Filomena se convenció de que era inútil luchar con la voluntad de hierro de Luis.

Vió que sin dejar de amarla con toda su alma, se le ponía enfrente.

Que acabaría por hacer su voluntad á todo trance.

Al fin, después de una lucha tenaz, prolongada, Filomena cedió, y al cumplir sus doce años fué matriculado y filiado como grumete en la fragata *Blanca.*

Entonces empezaron las agonías mortales para Fiomena.

Enfermó y no atendió, como hubiera sido necesario, á su comercio.

La ausencia de Luis y el miedo por su vida se la hacían insoportables, y se sentía revivir cuando recibía carta.

Aquellas cartas leídas, releídas, besadas, acababan por ser borradas por sus lágrimas.

En fin, comprendió que su comercio iba mal, y que si continuaba en él sobrevendría irremediablemente una quiebra que la reduciría á la indigencia.

Se apresuró, pues, á traspasar su comercio y salvó algunos miles de reales que puso á interés, pensando en Luis.

Se redujo á vivir del trabajo de sus manos, y se consagró á sus admirables bordados.

Una dama francesa que había ido á pasar un veraneo á San Sebastián, y que tuvo ocasión de admirar sus bordados, la aconsejó que fuera á establecerse á París, donde sus trabajos serían triplemente pagados.

Aquella señora la protegió, haciendo que trabajase para ella y pagándola mucho más que lo que hasta entonces la habían pagado.

Terminada la temporada de verano, aquella señora se la llevó consigo á París.

Filomena retiró los restos de su pequeña fortuna de la Sociedad de Crédito, donde los había impuesto, y los impuso en la Caja de Ahorros de París.

Se estableció en la pequeña casita de la calle de la Abadía, y recomendada por su protectora, empezó á trabajar, y siguió trabajando sin interrupción, para el grande almacén de los Gigantones.

Ya hemos dicho que siempre que el barco en que navegaba Luis arribaba á algún puerto de Europa, Filomena, sacrificando una pequeña parte de sus ahorros y haciendo el viaje de la manera más económica posible, había ido á pasar alguna temporada al lado de Luis.

Esto había tenido lugar una vez por año.

Y así habían transcurrido doce.

Luis se había ido desarrollando y se había hecho un soberbio mozo, un mozo magnífico, apartado de Filomena.

Esto había influído poderosamente en el género de sentimiento que Filomena experimentaba por Luis.

Cada vez que de año en año le veía, le encontraba más desarrollado, más hermoso.

Cuando Luis cumplió sus dieciseis años, era ya un hombre robusto, precoz, atezado por el ambiente marino, un bravo hijo de las olas y del huracán.

Sus besos y sus caricias primeramente, y con toda la efusión del alma prodigados, abrasaron las entrañas á Filomena, que se inundó de pudor, se aterró.

El amor de madre continuaba intenso en su alma, pero sobrecargado con otro amor voraz, con otro amor ansioso, hambriento, apenador, abrasador, impaciente.

Con el amor de la mujer frenéticamente enamorada, sedienta de una refundición suprema y absorvida con el sér de su amor.

Filomena empezó por aterrarse.

Pero después de una larga lucha consigo misma, y vencida por la fuerza incontrastable de su pasión, llegó á una solución del problema, recordando su propia historia.

¿Qué? ¿era acaso su hijo Luis?

¿No la había amado á ella Mateo como ella á Luis amaba?

¿No habían acabado por ser marido y mujer?

¿No habían consagrado aquella unión la religión y las leyes?

¿Qué había, pues, de pecaminoso, qué de impuro, qué de abominable en aquel amor que por Luis sentía?

La situación era idéntica.

Como ella había podido ser mujer de Mateo, Luis podía ser su marido.

El alma de Filomena se abrió á una consoladora esperanza.

A una esperanza encantadora, embriagadora.

Su amor no creció, porque no podía ser mayor.

Y así pasaron otros siete años, durante los cuales se reunieron por una breve temporada Filomena y Luis.

De año en año Filomena había ido á encontrarle, resuelta á venir á la solución de aquella situación para ella inevitable.

Pero cuando pretendía hacer la revelación de su origen á Luis, un poder incontrastable la sellaba los labios, la desconcertaba, la anulaba, y volvía á separarse de Luis más empeñada, más enamorada, más loca.

Pero al fin Luis estaba próximo á cumplir su tercera campaña.

Ella le obligaría á retirarse del servicio.

Vivirían juntos.

Después Dios diría.

Ella encontraría siempre valor bastante para decir á Luis:

—Yo no soy tu madre, y yo te amo; yo muero por ti con el amor de la mujer.

CAPITULO III

En el que se vé lo que puede hacer un inglés por amor á su hija.

Después de un penoso insomnio, Filomena se durmió al fin, rendida por el cansancio, y se levantó más tarde que de ordinario.

Apenas si almorzó; tal la tenían de desganada sus cuidados, y se puso con muy malas disposiciones al trabajo.

Aquello no era vivir.

El ansia la mataba.

Los quince días que debía tardar en abrazar á Luis la parecían interminables.

Al mediodía un factor de telégrafos le llevó el siguiente despacho expedido con urgencia una hora antes en Nueva-York:

«Madre mía, yo no soy el que debo ir al Havre; tú

eres la que debes venir á Nueva-York, sin pérdida de tiempo; preséntate con este despacho en la casa de Rodríguez y Compañía, bouvelard Sebastopol, 85, y te entregarán diez mil francos; sin perder tiempo, vete al Havre y toma pasaje en el primer buque que salga para Nueva-York, comunicándome el nombre del buque y el de la casa á que venga consignado, á fin de que yo pueda acudir á recibirte; alégrate: Dios ha tenido compasión de nosotros, y nos ha dado una gran fortuna.—Tu Luis.»

Filomena se sobresaltó.

Se la oprimió el corazón.

Sintió un frío insoportable que la penetró hasta la médula de los huesos.

¿Cómo, por dónde su Luis había podido encontrar en América una gran fortuna?

¿De qué género sería el filón que esta fortuna representaba?

Filomena estaba enamorada, y el primer filón que supuso fué el de una mujer enamorada de Luis.

Alguna millonaria.

¡Era su Luis tan hermoso!

Los celos, unos celos horribles acometieron á Filomena.

Y no se detuvo.

Hubiera querido partir para Nueva-York por el hilo del telégrafo, convertida en su electricidad.

Llegar instantáneamente.

Impedir lo que la espantaba.

¿Qué le importaba á ella todos los millones del mundo sin su amor?

Salió.

Tomó un carruaje.

Se trasladó al boulevard Sebastopol, número 85, donde á la presentación del despacho le entregaron diez billetes de á mil francos.

Volvió á su casa.

Hizo rápidamente su maleta.

Incluyó en ella un paquete que contenía la envoltura y las alhajas que veinticinco años antes, recién nacido, llevaba sobre sí Luis, cuando Mateo le levantó de sobre el cadáver del despeñado Taripó, y una copia del testimonio, que por sí y por aquellas prendas podía ser una prueba de la identidad de Luis.

Dejó encargada de su casita á la conserje de la casa inmediata y dos trimestres de alquiler adelantado.

Se trasladó á la estación.

Cuatro horas después llegaba al Havre.

Una hora después, aprovechando la salida de un vapor con dirección á Nueva-York, telegrafiando á Luis el buque en que había tomado pasaje, y la casa á que iba consignado, entraba en la primera cámara del *Rápido*, magnífico paquete trasatlántico, que ocho días después debía arribar á Nueva-York.

Veamos ahora cuál era el filón de la gran fortuna que había encontrado Luis, y si Filomena había tenido razón para sentir en el alma la mordedura de los celos.

Algunas páginas antes, hemos dado cuenta á nues-

tros lectores de la visita que habían hecho al crucero en que servía Luís, mister James Tripork con su encantadora hija, mis Fanny.

Hemos dejado consignada también la volcánica impresión que aquella señorita había esperimentado al ver de improviso á Luis, y que su padre se había visto obligado á llevársela casi accidentada.

Pues bien: al día siguiente, apenas amaneció, el inglés se presentó en un bote al costado del crucero y solicitó con un tal encarecimiento hablar con el comandante, que al fin fué recibido á bordo.

Estando á solas el inglés con el comandante, le dijo:

—Caballero, yo tener una hija.

—¡Oh! ¡sí! ¡lo recuerdo! ¡una admirable criatura, en cuerpo y alma, que visitó el crucero ayer!

—¡Caballero! ella ser mi vida y mi alma,—dijo gravemente mister James.

—Lo comprendo,—contestó el comandante.

—Yo ser capaz de perder por ella la vida.

—Perfectamente.

—Mi hija haberse enamorado, y yo venir á buscar el hombre de quien haberse enamorado ella.

El comandante se puso pálido, y dejó ver un marcadísimo interés.

El era joven y buen mozo.

Estaba en estado de merecer.

Le había causado una impresión monstruosa la gran rubia.

Era viudo.

¿Sería él por buena ventura, el afortunado mortal, del cual la incomparable rubia se había enamorado de una manera tan fulminante?

Se quedó estático.

—Un millón, dos millones, cuantos millones quiera de indemnización,—dijo mister James con una ansiedad fenomenal.

El comandante cayó de todo lo alto de sus suposines soñadas á todo lo bajo de lo positivo.

Puesto que se trataba de indemnización, no era él el objeto de los amores de la adorable hija del inglés.

—No comprendo,—dijo el comandante rehaciéndose y procurando volver á su aspecto anterior.

—Yo necesitar llevarme todo, todo enseguida, un hombre del equipaje.

Abrió enormemente los ojos el comandante.

La situación iba haciéndose extraña para él.

Se hacía ridícula.

—Yo regalar, yo estar dispuesto á indemnizar á la marina española.

—Yo puedo dar licencia por algunas horas á ese hombre del equipaje y nada más,—dijo ya con acento serio el comandante.

—Mi hija querer ser su esposa.

El ridículo se iba acentuando.

Pasaba lo equívoco y sólo quedaba lo excéntrico.

—¿Y quién es él?—dijo el comandante no sin un ligero acento de envidia.

—Yo no saber su nombre,—dijo mister James,—pero yo reconocerle: él es negro.

—Comprendido, moreno.

—Ser lo mismo.

—Pero casi todos los hombres de á bordo son morenos...

—Ser él el más negro de todos: él tener negros ojos, negros cabellos, él tener semblante antiguo.

—No comprendo.

—El tener lo carácter de rey de Babilonia, él parecerse á raza morisca, egipcio.

—¡Ah, ya! ¡sí!—dijo el comandante.

Y tocó un timbre.

Acudió un paje de cámara.

—Que inmediatamente se me presente el contramaestre Luis de Malespina,—dijo.

El paje desapareció.

—Efectivamente,—dijo el comandante dirigiéndose á mister James,—tenemos un contramaestre que yo he tenido siempre por gitano, aunque esto no consta en su filiación: comprendo: en ese diablo de chico hay mucho de excepcional: sus compañeros le han puesto un apodo extraordinariamente expresivo, le llaman Ojos-de-muerte.

—Yo llevarme á Ojos-de-Muerte, yo indemnizaré.

—Haré todo lo que esté de mi parte,—dijo el comandante,—pero ya lo tenemos ahí.

Había aparecido en la puerta Luis, que se quitó la

gorra, se cuadró y permaneció á una respetuosa distancia del comandante.

—¿Es éste?—preguntó al inglés.

—¡Oh! ¡sí! ser él,—dijo con una viva alegría mister-James.

—Bien, basta, permítame usted,—dijo el comandante. Y luego, dirigiéndose á Luis le dijo:

—Contramaestre Malespina, desde ahora hasta las seis de la tarde está usted á disposición de este caballero.

—Muy bien, mi comandante,—dijo Luis con la impasibilidad de un marino que responde á su jefe.

—Caballero,—dijo el comandante á mister-James: —hago todo lo que puedo, y tengo el honor de ofrecer á usted, no sólo mis respetos, sino también mi amistad.

Y le tendió la mano.

El inglés la estrechó con efusión.

Pero estaba sobresaltado, inquieto, impaciente, y después de haber balbuceado algunos cumplimientos se apresuró á salir seguido de Luis.

Este iba tranquilo é indiferente.

Creía que sólo se trataba de un asunto del servicio.

No comprendía lo que podía ser.

Pero le importaba muy poco.

—Diablo de gitano,—dijo el comandante cuando se quedó solo,—no sabía yo que algún día había de envidiarle: ¡caprichos de inglesa! ¡y bien, es necesario ayudar á este pobre chico: es un hombre excelente, y sobre todo un bravo marino, puesto que se le ha caido

encima una fortuna hagamos que no la pierda: bien es verdad que si desertara entre España y los Estados Unidos, no hay tratado de extradición: pero él no desertará, aunque por no desertar pierda una mujer como esa y una fortuna como la suya: y bien, si esto no es un capricho que se va por donde ha venido, yo lo arreglaré.

No podía darse un comandante más benévolo.

El inglés se había llevado como robado á Luis.

Desembarcaron en el muelle de la Batería.

Allí esperaba un magnífico carruaje, que apenas entraron en él el inglés y Luis, marchó al trote largo.

Luis permanecía impasible.

Ni aun se acordaba de haber visto al inglés.

Estaba profundamente preocupado, con el recuerdo de Filomena, cuando la tarde anterior se habían detenido delante de él mis-Fanny y su padre.

La pasajera impresión que la joven rubia había causado en él, había pasado rápidamente.

El carruaje llegó al número 150 de la 5.ª Avenida.

Atravesó un inmenso parque.

Al final de este parque, se veía un edificio de una extensión enorme, sobre el cual se levantaban gran número de altísimas chimeneas, cada una de las cuales lanzaba una espesa nube de negro humo.

Se oía á lo lejos el ruido de las máquinas, de los martinetes.

Era una de las más importantes fundiciones de Nueva-York.

Al otro lado del parque, independiente de los talleres y rodeado de un bellísimo jardín, había un grande y magnífico hotel.

Más bien un palacio.

A la puerta se detuvo el carruaje.

El inglés condujo á Luis á un suntuoso salón del piso bajo.

—Vos estar en vuestra casa,—dijo mister James, que como ya hemos dicho, hablaba con suma dificultad el español.

—No os molestéis en hablarme en español,—le dijo en correcto inglés Luis.

—¡Ah!—exclamó con una grande alegría mister James:—vos hablar el inglés como si haber nacido en Lóndres: esto es el colmo de la fortuna, así podéis comprenderos perfectamente.

—Perdonad, señor,—dijo cortesmente Luis,—yo no comprendo por qué estoy aquí; yo no sé para qué mi comandante me ha puesto á vuestra disposición.

—¿Pero vos no os acordáis?—dijo con extrañeza mister James.

—Yo no me acuerdo sino de que mi comandante me ha mandado que os siga.

—¿Que nos os acordáis?—repitió acreciendo en estrañeza el inglés:—¡y la visteis! ¿Y habiéndola visto la habéis olvidado? ¡Esto es inconcebible! ¡Y la estáis ahora mismo mirando con interés!

En efecto, Luis miraba con el interés con que mira un artista una obra maestra, un magnífico retrato de

cuerpo entero que representaba una mujer muy joven, casi una niña.

El pintor había hecho de ella una encantadora alegoría.

Representaba la Primavera.

No podía haberse encontrado un modelo más perfecto.

Aquel retrato embriagaba.

Era mis Fanny, vestida de blanco, coronada de flores, destacada sobre un bellísimo paisaje inundado de luz.

La obra artística atrajo á Luis, que se acercó al retrato.

—¡Ah! ¡Os impresiona!—dijo con un vivo interés mister James.

—¡Es una obra extraordinaria!—dijo Luis,—y tengo interés en conocer la firma del autor.

—¡Winteralter!—exclamó con despecho Sir James;—¡pero si mi hija no fuese infinitamente más bella que como está ahí representada, porque las obras de Dios no pueden reproducirlas los hombres, Winteralter no hubiese podido hacer esa obra maestra!

El acento del inglés había tomado una entonación extraña.

Le hacía infeliz, le atormentaba, el que Luis no admirase en aquel retrato más que la parte artística.

—¿Esa señorita es hija vuestra?—dijo con la mayor naturalidad Luis.

—¿Y no os acordáis de ella?

—¡No!

—¡Ah!—exclamó con un creciente despecho el inglés;—¡entonces estabais ciego ayer tarde! ¿Habéis olvidado que visitando conmigo el barco en que habéis servido, ella se detuvo delante de vos?

—Yo pensaba con tristeza en mi patria; recuerdo, sí, que nos visitasteis pasando por delante mí, pero no reparé.

—¡Pensando en vuestra patria! ¿Habéis dejado allí tal vez una esposa?

—Yo no he amado más que á una mujer en el mundo,—dijo tristemente Luis.

—¿Una amante?

—¡No! ¡Mi madre!—respondió ardientemente Luis;—estoy próximo á volver á verla, y no pienso más que en ella.

—¡Ah! ¡Vuestra madre! ¡No habéis amado más que á vuestra madre!—exclamó con una extraña alegría mister James:—¡una madre anciana!

—Una madre hermosísima.

—¡Pero pobre!

—Su hijo hará para ella una fortuna.

—La ha hecho ya.

—¡Cómo!—exclamó Luis asombrado.

—El modelo de ese cuadro que de tal manera contempláis, os ama;—dijo con acento solemne el inglés.

—¡Que me ama... esa señorita!—exclamó con estupor Luis.

—Y ella tampoco había amado; ¡oh! si hubiera ama-

do, no hubiese podido contraer por vos esa pasión que la devora.

—¿Me ama esa señora?—dijo creciendo en estupor Luis.

—No os ha visto hasta ayer tarde.

—Y en un sólo momento...

—¡Y qué encontrar de extraño! en un sólo momento un golpe mata.

Luis se sintió entonces atraído por el retrato y se estremeció.

Le pareció que la pintura se animaba.

Que de sus ojos celestes fluía un torrente de vida, un torrente de amor.

Entonces recordó á Fanny.

Pero como la tarde anterior al fijarse en ella, dijo para sí:

—Es más hermosa mi madre.

Pero en fin, el amor á la madre, no excluye el amor á la mujer.

Luis se sintió conmovido, y miró ya con un verdadero interés al retrato.

No le enamoraba.

Pero le refrescaba el alma.

Le hacía sentir una fruición deleitosa.

Por otra parte se le representó que Filomena trabajaba y sufría más por él que por sí misma.

Que una fortuna inesperada, una inmensa fortuna se detenía delante él.

El, aparte de su afición á la mar, había querido ser

marino para aliviar de una carga á su pobre madre.

Para emprender una carrera que le prometiese hacer una fortuna que ofrecer á su madre.

Y no se había engañado al atravesar los mares.

La mar le había llevado de una manera extraña é inesperada, á la fortuna.

Pero al mismo tiempo se le oprimía el corazón á Luis.

Temía que lo que le acontecía y lo que le parecía un sueño, como un sueño se desvaneciese.

Por otra parte, él no podía permanecer en Nueva-York.

Su barco debía partir para el Havre dentro de ocho días.

Siguiendo en la conversación, Luis hizo reparar en esta circunstancia á mister James.

—Pues que se vaya el barco sin vos,—dijo éste;—vos no volvéis más á él, vos estáis ya en vuestra casa.

—¡Para que yo no volviese á mi barco,—respondió severamente Luis,—sería necesario que yo desertase!

—¿Y qué os importa?—dijo el inglés,—vuestro gobierno no puede reclamaros; entre España y los Estados-Unidos no hay tratado de extradición.

—Yo no deshonro el nombre de mis padres,—respondió con altivez Luis,—ni por ninguna mujer, ni por ninguna fortuna, renuncio á mi patria.

—¿Cuánto tiempo os falta para cumplir vuestro servicio y ser libre?

—Tres meses.

—¿Y no se os puede eximir de ese servicio por dinero?

—Indudablemente, pero mi comandante no está facultado para ello; sería necesario recurrir al gobierno y no hay tiempo.

—Pero en último resultado, en ocho días hay tiempo para que os caséis.

—¿Pero y mis papeles que tienen que venir de España?

—No importa, yo lo arreglaré todo: no ha de pasar el día de mañana sin que seais el esposo de mi hija. ¿De qué servirían los millones sino se pudieran hacer milagros con ellos? Yo vuelvo inmediatamente á vuestro barco; yo me entenderé con vuestro comandante; permaneced aquí, pero no quiero que permanezcáis sólo; vuestra esposa os acompañará. Esperad.

Y se fué á una puerta.

Al abrirla vió que no había necesidad de buscar á su hija.

La inpresionable Fanny había aparecido al abrirse la puerta.

Sin duda había estado escuchando tras ella.

—Tu voluntad es para mí inviolable,—la dijo su padre:—tu felicidad la única aspiración de mi alma, puesto que amas, y que tu amor es tu felicidad, yo voy á haceros felices.

Y se fué dejando solos á los jóvenes.

Luis, aturdido, se pasó las manos por la frente como para librarse de una pesadilla.

No podía dar crédito á lo que veía.

Le parecía un sueño.

CAPÍTULO IV

En que se vé de cuán rápida manera se terminan los negocios, aun los más graves, en los Estados-Unidos de América.

Y no era un sueño.

Fanny estaba allí, en el dintel de la puerta, inmóvil, pálida, vaporosamente vestida de blanco, hermosísima, mirando atónita á Luis.

Luis adelantó cortesmente hacia ella.

Ella avanzó lentamente hacia él.

Aparecía confusa, excitada.

Un vivo color había sustituído á su densa palidez.

—Me parece un sueño lo que me sucede, señorita,—la dijo Luis en correcto inglés.

—¡Oh! ¡qué felicidad!—dijo Fanny, juntando sus pequeñas manos:—¿vos habláis inglés?

—Afortunadamente,—respondió Luis.

—¡Oh!—dijo ella,—entre nosotros hay algo de predestinación: ¿no creéis vos en la predestinación?

Y adelantaba hacia un canapé, donde se sentó.

—Sentaos,—dijo.

Luis se sentó junto á ella en un sillón.

La situación era excepcional.

Fanny había logrado dominarse.

Miraba con un vivo interés á Luis, pero sin extravío.

—Decís,—dijo después de algunos instantes de silencio,—que os parece un sueño lo que sucede; decís bien: esto es muy extraño; yo no lo comprendo: vos habreis creído que yo soy una loca, una caprichosa, y mi padre un estrafalario, sometido á los caprichos de su hija, fueren los que fueren. ¡Ah! ¡sí! mi padre es un hombre serio, y yo... yo no sé lo que son caprichos, y en cuanto al amor, hasta ayer me había creído incapaz de él; la razón de lo que nos sucede hay que buscarla fuera de lo vulgar, en lo excepcional: el espíritu humano está envuelto en un misterio impenetrable, yo he leído mucho, singularmente filosofía, y me creo profundamente conocedora del sentimiento explicado por la razón: ayer comprendí que la experiencia que se adquiere en los libros es de todo punto falsa.

Luis empezaba á sentirse impresionado.

Fanny se transformaba para él.

No era la niña voluntariosa, caprichosa, que él, juzgando por las apariencias, había creído.

Era pura y simplemente una excepción.

Pero seria.

Su hermosura no podía ir más allá.

Estaba poderosamente conmovida.

Sus ojos de un celeste oscuro y de una fuerza tan poderosa como la de los más negros y más lucientes, abarcaban fascinados á Luis.

Y Luis sentía la influencia de aquella mirada candente y severa á la par.

A la par sensual y casta.

Hambrienta y poderosa.

Tímida y audaz.

Fluía de Fanny el perfume de la doble virginidad del alma y del cuerpo.

Latían las arterias de su voluptuosa garganta, moviendo levemente un hilo de gruesas perlas que lanzaba destellos tornasolados, y bajo la plegadura del peinador de batista bordado, se agitaba su delicioso seno.

Los cabellos, de un rubio delicado, la caían en rizos á los costados del semblante oval y nacarado y sobre los amplios y redondos hombros.

Su boca de labios purpúreos, frescos, sensuales, parecía como entreabierta por un persistente suspiro, y dejaba ver una dentadura admirable.

Lo repetimos: Luis se iba mareando.

Y aquello no era amor.

Era fascinación.

—Ahora comprendo,—dijo ella,—que para algunos seres afortunados, inmensamente afortunados, pueda ser la vida un paraíso, el paraíso perdido por Adán y Eva.

—De seguro que Eva no fué tan hermosa,—dijo Luis, cuya fascinación crecía.

—Cada cual vé las cosas como puede verlas,—dijo Fanny sonriendo: el amor fascina: de seguro si se evocase á Adán y se le preguntase, diría que su mujer fué de tal manera hermosa, que ninguna de las otras no ha podido igualarse á ella: si se evocase á Eva, diría que su marido fué el hombre más hermoso del mundo, y si me preguntasen á mí, diría... perdonad; pero ya podéis comprender lo que diría yo.

Y Fanny se puso encendida como una guinda.

Sus ojos brillaban con un fuego que hubiera podido llamarse satánico.

Envolvió á Luis en una mirada que le abrasó las entrañas.

Los ojos de Luis ardían á su vez.

Fanny arrojó un grito.

Había visto en los ojos de Luis la voracidad de la fiera.

Pero una voracidad fascinadora.

Una voracidad en que había aparecido su alma de fuego.

Luis se había transfigurado.

Nunca sus terribles ojos habían tenido una fuerza mayor.

—¡Ah! las influencias, la fascinación,—exclamó Fanny, exhalando un gemido.

Y se dejó caer traspuesta sobre el respaldo del sofá.

—¡Oh! sí, sí,—exclamó:—el amor es una verdad divina; el paraíso existe sobre la tierra.

Cuando volvió mister James, se encontró empeñados en una dulce conversación á los que ya podía llamarse sus hijos.

Venía muy contento.

La alegría le rebosaba hasta por encima del jipijapa.

—Todo está arreglado, hijos míos,—exclamó con sobrealiento:—tu comandante, Luis, es la persona más bella del mundo; se ha interesado por nosotros de una manera que provoca nuestro eterno agradecimiento; tú no volverás ya al barco, Luis; estás ya definitivamente en tu casa: hé aquí una licencia de tu comandante para que esperes en Nueva-York á las órdenes del cónsul de España á que pasen los tres meses que te faltan para cumplir el tiempo de tu tercera campaña y recibir la licencia absoluta; al diablo la mar: aquí tienes un océano de felicidad; ¡oh, y cuánto he sufrido hasta que he arreglado este negocio, hijos míos!

—¡Y yo que había escrito á mi madre que dentro de quince días llegaríamos al Havre!—dijo Luis que se había rehecho de su fascinación, y en cuya alma había vuelto á predominar Filomena.

A pesar de la conversación que con Fanny había tenido, de las delirantes pruebas de amor que le había dado, Luis siempre desde el punto de vista del amor filial, había exclamado para sí mismo:

—Esta criatura es un ángel; pero mi madre es más hermosa que ella.

Por pura que fuese la pasión que por Filomena sentía Luis, era la que en él predominaba sobre todo.

No parecía sino que el alma de la pobre Filomena se hacía sentir en Luis.

—Pero si tú no puedes ir en tu barco al Havre,—dijo mister James,—tu madre puede venir en otro barco á Nueva York.

—¡Oh! ¡Sí!—dijo Fanny,—tengo ansia por conocerla; la amo ya.

—Inmediatamente un despacho recomendando la urgencia,—dijo mister James.

Inmediatamente se redactó el despacho que horas después recibía en París Filomena.

Todo estaba convenido.

Podía decirse que Luis había hecho definitivamente fortuna.

Que su fortuna se había fijado.

Que estaba en su casa.

CAPÍTULO V

De cómo se iba complicando la situación de nuestros personajes.

Diez días después llegó Filomena á Nueva-York.

Mister James, Fanny y Luis, fueron á buscarla en un bote, poco después de haber fondeado el barco donde había ido.

Filomena iba enferma.

Tanta había sido la ansiedad que había sufrido en la travesía.

Pero la palidez de su quebranto la hacía infinitamente más hermosa.

Al verse Filomena y Fanny se cruzó entre ellas una mirada instintiva.

Una mirada incalificable.

Fanny se puso pálida.

Se estremeció y exclamó:

—¡Oh, qué mujer tan hermosa!

Y dominado por su emoción dijo estas palabras en voz alta:

—¡Oh! ¡Sí!—dijo Luis:—á lo menos puedo decir, ¡mi madre es hermosa como un arcángel!

—El amor con que tú me miras,—dijo Filomena;—pero tratándose de esta señorita...

—¡Ah!—dijo Luis,—mi esposa.

—¡Tu esposa! —dijo Filomena con un acento indefinible.

—O al menos la que debe serlo muy pronto,—exclamó Luis.

—En efecto, señora,—dijo mister James,—Dios lo ha hecho: estaba determinado en sus altos juicios que mi hija fuese feliz, y para que lo sea más la ha dado por madre del corazón una criatura tal como vos.

Filomena había podido entender la exclamación de Fanny: ¡oh, qué mujer tan hermosa! porque en una ocasión estando el barco de su hijo estacionado en Liverpool, había ido á verle, había permanecido seis meses, y había aprendido suficientemente el inglés para entenderle y hacerse entender.

Por Filomena había pasado una tempestad.

Un odio infinito contra Fanny había emponzoñado su alma.

En cuanto á Fanny, tampoco se le había hecho simpática Filomena.

Entrambas, sin embargo, disimulaban de una manera perfecta.

Con esa facilidad y esa naturalidad que tienen ge-

neralmente las mujeres para encubrir lo que sienten.

Las dos se abrazaron con las muestras de la más apasionada simpatía.

Los celos entre la mujer y la madre, á causa del hijo y del marido, son casi inevitables.

De origen natural.

Como si dijéramos, de derecho divino.

Las madres ven en sus hijos, y con razón, un pedazo de su sér.

Sus entrañas.

Su alma.

En su seno se han formado, en su seno se han nutrido.

Con horrible dolor los han dado á luz.

Con su seno, con su sangre, los han alimentado.

El amor de las madres por los hijos es inconmensurable.

Es un amor divino.

El amor de los amores.

Es un amor avaro que no puede partirse con ningún otro sin sentir una especie de despedazamiento del alma.

El amor que un hijo tiene á su mujer le parece á la madre que se lo roba.

La mujer por su parte, no puede sufrir que su marido ame con ternura á su madre, y la considere y la acaricie y la mime y permanezca, como si dijéramos, bajo su potestad.

Así es, que salvas no frecuentes excepciones, las

suegras y las nueras, bajo un mismo techo, son como perro y gato metidos en un costal.

Respecto á Filomena, Fanny iba más allá.

Había visto en Filomena algo que parecía un amor de un género infinitamente más interesado que el amor de madre, por Luis.

Las mujeres en las cosas del amor no se engañan.

Han sido hechas por el supremo Hacedor para vivir del amor y sólo del amor.

Tienen extraordinariamente sensible el instinto del amor.

Fanny vió en la manera de mirar Filomena á Luis, lo que Luis no veía.

Un amor carnal hambriento.

Un amor irritado.

Un amor ébrio.

En una palabra, un amor incestuoso.

Y como todas las pasiones son posibles en el corazón humano, este amor exagerado de las madres, que tiene mucho del amor absoluto, son raros.

La naturaleza es múltiple en sus causas y en sus efectos.

Está por encima de todos los dogmas, de todos los preceptos, de todas las conveniencias sociales.

De aquí la inmoralidad.

Los delitos.

Los crímenes.

De aquí lo que parece ahora inmoral, porque está en contradicción con el pacto social, y que sin em-

bargo no es sino perfectamente lógico por ante la naturaleza.

Influencias misteriosas.

Fuerzas que predominan.

Fuerzas que se acumulan.

El más y el menos.

Lo que es y no puede dejar de ser.

Pero esta inarmonía que comunmente existe entre el pacto social y las exigencias de la naturaleza, de lo que es y no puede dejar de ser, es lo que constituye el drama de la vida, el triste problema que nunca se resolverá.

Fanny no sabía, no podía saber lo excepcional de la situación en que se encontraba colocada Filomena.

En su amor por Luis, no había nada de monstruoso, nada de criminal, nada de repugnante.

Luis no era su hijo.

Le había criado, y andando algunos años le había cuidado con un verdadero amor de madre.

Poco después el niño se había hecho adolescente.

El adolescente, hombre.

El amor de madre se había convertido en Filomena en amor de mujer.

Más aun; se había acrecido.

La amante no había matado á la madre.

La madre no se había sobrepuesto á la amante.

Se había hecho, pues, un amor sin ejemplo.

Un amor purísimo.

Una pasión infinita.

Por consecuencia, en el martirio que sintió Filomena cuando no pudo tener duda de que Luis estaba empeñado en un compromiso que no podía tener otra salida que su casamiento con la mujer por él gravemente empeñada, sintió el tormento de un martirio sin nombre.

De un martirio comparadas con el cual eran nada las penas del infierno.

Ella pudo haberse librado de aquel martirio.

Ella pudo haber dicho á Luis:

—«Yo no soy tu madre.»

Yo soy una mujer que niño te adoptó.

Te crió á sus pechos.

Te amó como si hubieses sido su hijo.

Pero tú creciste.

Tú te hiciste hombre cuando después de una larga viudez yo no tenía en el corazón más que un amor de madre, y mi amor se trocó por ti en amor de mujer.

Yo te adoro.

Tú eres mi vida y mi alma.

Tú eres á un tiempo mi corazón y mis entrañas.

Ámame como el esposo ama á la esposa, ó mátame.

Porque si tú no me matas, me matará la desesperación de que tú no me ames como yo te amo á ti.»

Si Filomena hubiese dicho esto á Luis en el primer momento en que se hubiese encontrado á solas con él después de su llegada á Nueva-York, el resultado hubiera sido precioso.

Ya hemos visto que por sus cartas, Luis estaba

tan enamorado de Filomena como Filomena estaba enamorada de él.

Que á Luis no le parecía ninguna mujer tan hermosa como Filomena, ni mucho menos.

Sólo que Luis creía aquel amor apasionado que por Filomena sentía, amor filial.

Y no había reparado en que aquel amor filial suyo le había preservado del amor de todas las mujeres que se habían enamorado de él, que habían sido infinitas.

Filomena pudo, pues, haber triunfado de Fanny á pesar de lo gravísimo del compromiso que Luis con Fanny tenía, á pesar de todos sus millones.

Luis lo hubiera arrostrado todo.

Hubiera preferido la pobreza y el afán con Filomena.

Pero Filomena calló.

Se doblegó.

Fué sublime.

Comprendió en la fisonomía, en la mirada, en el ser entero de Fanny, que entre ella y Luis existía una situación irregular cuyos resultados probables era necesario legitimar por medio de un inmediatísimo matrimonio.

Se le puso también por delante la inmensa fortuna de Fanny.

—«¡El oro es la vida!»—dijo para sí,—yo no puedo por egoismo sentenciar á mi Luis á los azares de la miseria; ¿qué importo yo? Sobre todo que mi martirio es tan amargo, tan horrible, que no puede durar mucho. ¡Que se cumpla la voluntad de Dios!

Y llegó á lo supremo del amor.

Calló, se sacrificó.

El matrimonio se hizo quince días después de la llegada de Filomena á Nueva-York.

Todo fué bien al principio.

Filomena disimulaba.

Se encubría Fanny.

Parecían madre é hija apasionadas la una de la otra.

Mister James creía feliz á su hija.

Él mismo gozaba de una ilusión.

Había mostrado una afición más que mediana por Filomena.

Se creía todavía bien conservado.

Capaz de inspirar sino una pasión delirante, á lo menos un amor tranquilo.

El amor de la familia.

Un amor espansivo y dulce.

Obsequiaba á Filomena.

La colmaba de atenciones.

Ella le trataba como si hubiese sido un hermano, y se le mostraba afectuosa y agradecida.

Mister James no podía ser más feliz.

Halagado por esta felicidad, se había consagrado á enseñar mecánica á Luis, que hacía progresos.

La situación no podía ser mejor en la apariencia.

CAPITULO VI

En que se vé lo que son los ojos de una mujer celosa.

Habían pasado seis meses en una situación que hubiera podido llamarse muy bien ficticia.

Seguía el disimulo entre Filomena y Fanny.

Fanny no perdonaba la menor observación para estudiar el alma de Filomena.

De día en día iba adelantando hacia una solución.

Hacia la demostración indudable del género de amor que Filomena sentía por Luis.

Esto irritaba á Fanny.

La hacía sentir unos celos horribles.

Pasada la primera fascinación, Luis se había desencantado.

Su mujer no le embriagaba ya.

Parecía un marido aclimatado después de muchos años al matrimonio.

Pero respecto á Filomena, no se habían entibiado sus solicitudes.

Por el contrario, parecían haber crecido.

Y no es esto decir que no se mostrase galante y espansivo con Fanny.

Fanny le devoraba.

Tenía además un incentivo para él.

Fanny estaba en un estado de maternidad muy avanzado.

Luis sentía ya el amor paternal.

Sin embargo, Fanny se veía relegada á un lugar secundario.

Para Luis lo primero que había en el mundo era Filomena.

Un día enloquecida, desesperada ya por sus celos, Filomena dijo á Luis:

—Es necesario que yo te hable de una cosa muy grave.

—¿Y de qué cosa grave puedes hablarme tú?—dijo poniéndose en cuidado Luis.

—Es necesario que la que se llama tu madre se separe de nosotros, ó que de vosotros me separe yo.

—¡La que se llama mi madre, dices!—exclamó aturdido Luis:—¿pues qué, no es mi madre?

—¡No!—respondió categóricamente Fanny.

Luis sintió un aturdimiento semejante al que hubiera experimentado, si de improviso le hubiera caído un peso enorme sobre la cabeza; ¿qué, mi madre no es mi madre?

—¡No!—repitió con más energía Fanny.

—Pero esto es horrible,—exclamó;—¿en qué fundas tu dicho?

—En una observación día por día, hora por hora, minuto por minuto, instante por instante.

—Mis cuidados por mi madre te han hecho llegar á unos celos monstruosos.

—Las mujeres conocemos á las mujeres,—dijo Fanny:—tengo la seguridad de lo que te digo: en tu vida hay un misterio.

—¡Un misterio!

—Sí, tú no eres hijo de Filomena: el amor que Filomena te tiene no es de madre; es un desesperado amor de mujer, un amor delirante que no tardando mucho te dirá: «Mírame bien: mira mis ojos fijos en los tuyos: compréndelos; ellos te dirán que yo no soy tu madre, sino una mujer que te ama, que te ama hasta el frenesí, que no puede ya resistir el martirio de su amor.»

—¡Imposible!—exclamó más y más aturdido Luis.

—Eso te lo han dicho alguna vez sus ojos, y tú no lo has comprendido; pero lo he comprendido yo.

—¡Imposible! ¡imposible!—repitió Luis.

—Pregúntaselo,—dijo en el colmo de sus celos Fanny;—ella te responderá y no podrás dudar.

Y después de esto dejó solo á Luis.

Pero devorado por un infierno.

¿Qué razones podía tener Fanny que justificasen las graves revelaciones que le había hecho oir?

¡Que Filomena no era su madre!

¿Cómo podría ser esto?

¿Cómo él á sus veinticinco años no había conocido más que un amor de madre en Filomena?

Sin duda Fanny había llegado á la exageración de los celos.

En el apasionamiento natural de Filomena había visto sin duda el apasionamiento de la mujer.

Esto era extraordinariamente grave.

Luis era un hombre de imaginación y de corazón.

Pero no de tal manera, que la imaginación y el corazón le hubiesen engañado y no le dejasen ver la verdad de las cosas.

Mezclado desde muy joven con los numerosos equipajes de los buques, en los cuales, habiendo hecho grandes viajes, había adquirido lo que podía llamarse un espíritu marino.

Experiencia de mar, de *charrán*, que sin embargo, no había matado en él al hombre digno, al hombre honrado, al hombre de corazón.

Se perdía en congeturas.

Si los ojos celosos de Fanny habían visto más que los suyos, si Filomena no era su madre, había en el fondo de la situación en que él se encontraba colocado, respecto á Filomena, un misterio.

Era necesario que este misterio se desvaneciera.

Los celos de Fanny habían producido su efecto.

Habían perturbado el alma de Luis.

Le habían obligado á reconcentrarse.

Como si dijéramos, á hacer examen de conciencia.

¿El tiernísimo amor que él sentía por Filomena era solamente amor filial?

¿En qué consistía que ninguna mujer le parecía tan hermosa y tan digna de ser amada como Filomena?

¿En qué aquel recuerdo persistente de ella, aquel recuerdo dulcísimo, aquella vida, por decirlo así, de sentimiento por ella?

¿En qué, que él nunca, respecto á ninguna mujer, incluyendo á Fanny, había podido ir más allá de un sentimiento sensual que se había gastado en el hastío?

Luis acabó por no entenderse, por embrollarse, por aturdirse.

Ultimamente, por aterrarse.

Había sentido de improviso un abrasamiento del alma y del cuerpo, por Filomena.

Ella se había trasfigurado para él.

Veía en ella la hermosura de las hermosuras, el amor de los amores.

Era aquella una felicidad abrumadora, abrasadora, insoportable.

Sintió un hambre rabiosa de ver á Filomena.

De provocar una explicación.

Y la buscó.

La buscó anhelante.

No la encontró en la habitación particular que tenía en el hotel.

Bajó al jardín.

El jardín era extensísimo, compuesto con un arte y con un gusto, admirables.

Se había procurado reproducir en él todas las bellezas de la naturaleza.

Había en él una profusión de parterres verdaderamente á la inglesa, lugares de todo punto deliciosos, en que se habían buscado todos los contrastes.

Un paisajista no hubiera echado allí nada de menos.

Era el principio de una tarde hermosísima.

Un sol brillante resplandecía en un cielo diáfano.

Las lujuriosas plantas americanas dejaban sentir el fuerte tono de su verdura.

Las flores más opulentas, su vivísimo esmalte y su fuerte fragancia.

Una brisa leve producía un dulce murmurio en las hojas de los árboles.

Una atmósfera de molicie lo inundaba todo.

Aquello era un paraíso que prometía una Eva.

Pero la Eva que Luis buscaba, esto es, Filomena, no parecía.

¿En qué recóndito seno del parque se ocultaba?

Luis había recorrido gran parte de él.

Había llegado á una gruta, en cuyo interior se despeñaba una espumosa cascada.

La sed de su alma, trasmitiéndose á su cuerpo, se había hecho abrasadora, insoportable.

Entró en la gruta con el ansia de beber.

Llegó á la orilla de una pequeña laguna que á la en-

trada de la gruta formaba la cascada, se arrodilló y bebió de bruces.

Al levantarse, se quedó de improviso inmóvil, y palideció.

Había oido un profundísimo gemido.

Un gemido de mujer que parecía arrancado de las entrañas.

Uno de esos gemidos que no pueden oirse sin estremecimiento, porque revelan un gran infortunio.

Un infortunio supremo.

En seguida de aquel gemido resonó una voz tristísima, conmovedora y hechicera á la par.

Una voz en que hablaba un alma deliciosa.

Un alma enamorada.

Un alma que hacía sentir una inmensidad de amor.

Luis reconoció la voz de Filomena, que parecía estar detrás de uno de los dentellones de roca que erizaban el interior de la gruta.

—¡Ah! ¡yo no puedo más!—había dicho Filomena, —¡este martirio es superior á mis fuerzas! esto es una condenación sin esperanza! ¡una sed insoportable! ¡oh, dadme más fuerzas, Señor, ó matadme pronto, por piedad!

Nunca un corazón de hombre se ha agitado tan violentamente como se agitó el de Luis.

Estuvo á punto de morir asfixiado por falta de respiración.

O de congestión, á causa del agolpamiento de sangre á su cabeza.

Se aniquilaron sus fuerzas, y se dejó caer casi sin sentido sobre una piedra.

—¡Filomena! —gritó de una manera desesperada, como quien sintiéndose morir se adhiere á la vida.

Se oyó un grito desolado al otro lado de la peña que ocultaba á Filomena, é instantáneamente apareció ésta demudada, ardiente, ansiosa.

Vió á Luis doblegado y se abalanzó á él.

CAPITULO VII

En que una espantosa catástrofe corta una situación dificilísima entre Luis y Filomena.

—¿Qué te sucede á ti, vida mía?—exclamó agonizando.

Filomena llamaba muy comunmente vida mía, á Luis.

¿Y por qué había de extrañarlo Luis?

¿Qué madre no llama «vida mía» á su hijo?

—¡Ah!—exclamó Luis incorporándose.

Y tomando las manos de Filomena, se quedó mirándola amoroso con toda el alma en los poderosos ojos negros, en aquellos ojos terribles, que por lo incontrastable, por lo majestuoso de su mirada, le habían valido el apodo de Ojos-de-muerte.

Pero entonces aquellos ojos formidables no expresaban la muerte, como en los momentos en que irritado por una disputa, surgía de ellos la cólera.

Lo que entonces revelaban los ojos de Luis era una vida infinita.

Una felicidad sin límites.

Y este exceso de vida, esta felicidad, nacían de que ya no tenía dudas.

Fanny no se había equivocado.

Sus celos la habían revelado el secreto.

Filomena no era su madre.

No era posible la duda.

Una madre, aun suponiéndose extraviada, enloquecida, caida en una aberración del sentimiento, no hubiera mirado á su hijo como en aquella situación excepcional, miraba Filomena á Luis.

Había en sus ojos una pasión inmensa, llegando á su colmo, pero franca, noble, sublime.

Una pasión que no tenía por qué avergonzarse.

Lo culminante de la pasión de la mujer al hombre.

—Oh, Dios mío,—exclamó Luis como sino hubiera tenido necesidad de explicación alguna,—¿por qué no he conocido yo antes este secreto?

Y devoraba con su mirada ansiosa á Filomena.

Esta sonrió de felicidad.

Luego se encendió con el fuego del rubor.

Pero no con el rubor de la vergüenza, sino con la emoción del pudor de una virgen, que siente en el alma el primer beso abrasador, doloroso, y al par divino del amor.

Luego separó dulcemente de sí á Luis que la estrechaba entre sus brazos, y le dijo:

—Dios lo ha hecho: esto debía suceder un día, y ha sucedido al fin.

Con la efusión, con la mirada encendida, indescribible, excepcional, Filomena se había embellecido de tal manera, que podía decirse que para Luis se había divinizado.

Hubo algunos momentos de silencio.

Los dos se contemplaban extasiados.

Si hubiera sido necesario una simple explicación, la mirada, la pasión con que se contemplaban, la hubiera hecho inútil.

Filomena fué la primera que se rehizo y que cortó muy á tiempo el delirio.

—Vuelve en ti, Luis,—dijo Filomena con acento fatigado y lánguido,—y escúchame.

—Te escucho demasiado tarde,—dijo Luis,—te escucho para morir; tú has debido hablar antes.

—Me ha faltado valor,—contestó Filomena bajando la cabeza,—me he desgarrado las entrañas y he callado.

Y después de algunos momentos de silencio añadió:

—¿Pero quién te ha dicho que yo no era tu madre?

—¡Ella!—exclamó con acento indefinible Luis.

—¡Ella!—exclamó con un acento no menos indefinible Filomena:—¡sus celos! ella, que ha comprendido en momentos en que yo no he podido ocultar mi amor: ella que ha visto lo que tú no has visto, porque tú, á causa de la costumbre, no veías en mi amor mas que el amor de una madre: ella ha visto el amor de una mu-

jer: más que el amor de una mujer: el amor de la mujer es el alma y el cuerpo: el amor del sensualismo, de la fascinación: el amor único, incomparable: el amor que mata si no se satisface.

Filomena decía esto de una manera dulce, tranquila, resignada y triste.

Aparecía en esta tranquilidad, en esta dulzura, en esta tristeza, el valor sin límites, incontrastable, que siempre la había alentado.

Estaba resignada al sacrificio, y se iba á él de frente, sin detenerse, sin palidecer, sin temblar.

Luis estaba demudado, absorto, absorviendo toda la hermosura, toda la magia que fluía de Filomena.

Esta había llegado á una de esas bellezas que hacen que una mujer á sus cuarenta años llegue á todo su apogeo.

Que adquiere turgencias embriagadoras, languideces hechiceras, espíritu apasionado y sensual, un exceso de vida, en fin, un cúmulo de encantos, que no aparecen sino con el completo desarrollo de la mujer; juventudes fuertes, que se prolongan y embelleciéndola, la dan á conocer en toda su plenitud, que se sobreponen á los años, haciendo imposible fijar una edad.

De esas mujeres, aunque no abundan, las hay por todas partes, y son por lo común las que inspiran las más violentas pasiones, porque tienen para ayudar á su hermosura, la experiencia de los años, y tal vez el conocimiento de la verdad de la vida, por desengaños de amor.

Porque hay muy pocos hombres que codiciosos por este género de mujeres, en que generalmente la pasión es poderosa, que no maten sus ilusiones, que no conviertan en prosa vulgar la poesía sublime del amor.

Filomena no tenía más que una historia y un desengaño de amor: Mateo.

Ya conocemos la historia de su unión con el hombre que había creído su padre.

Mateo era un hombre honrado, pero vulgar.

Viudo cuando Filomena estaba ya en su adolescencia y era una ilusión, viviendo sólo con ella, había contraído por ella un afecto puramente sensual, pero poderoso.

Había pretendido dominar aquella pasión que estaba muy lejos de ser amor de padre, se había escandalizado de sí mismo, y sólo había logrado irritar más sus deseos.

Filomena estaba en ese momento psicológico, como se dice ahora, en que la niña se convierte en mujer.

En que su naturaleza se hace impresionable hasta o infinito, y se contagió fatalmente, sintiendo de continuo la ansiosa mirada sensual de Mateo.

Ya conocemos aquella historia.

Traída la situación á una solución por don Martín, sobrevino el casamiento.

Filomena fué feliz con Mateo.

Pero con una felicidad que podría llamarse muy bien vulgar.

¿Qué sabía Filomena de amor?

¿Ni qué experiencia tenía para comprenderse á sí misma?

Cuando murió Mateo Filomená le lloró con toda su alma.

Se sintió huérfana y desesperada.

Pero su extraordinario valor la sostuvo.

Resistió las dos terribles pruebas de las pérdidas de su marido y de su hija, y concentró toda el alma de su alma en aquel huérfano que no era hijo suyo.

En Luis.

Pero Filomena se encontró con que en el fondo de su alma había una necesidad imperiosa que ella no comprendía.

Un malestar sordo, continuo, que la mataba, que la enlanguidecía.

Su dolor por la pérdida de su marido y de su hijo se había ido calmando lentamente.

Al fin se convirtió en un recuerdo dulce y triste.

Filomena se consolaba con el amor de Luis.

Fuera que á pesar de haber sido muy solicitada, sus pretendientes no hubiesen sido bastante para impresionarla, fuera por su espíritu de independencia por no dar padrasto á Luis, Filomena se había mantenido pura de todo amor, hasta que llegando Luis á su adolescencia, comprendió, espantándose, que se había enamorado de él.

Y no por tenerle á su lado, sino cabalmente por haberse separado de él.

Esta había sido la causa de la situación dificilísima en que ambos se encontraban.

Durante trece años habían sido extraños el uno al otro.

De año en año, en cada breve reunión, en cada nueva visita, se habían sorprendido el uno al otro.

Luis había crecido y se había hermoseado.

Ella, por un privilegio de su poderosa naturaleza, parecía de año en año más joven y más hermosa.

Sin que ellos lo comprendiesen, habían influído el uno en el otro.

Luis no olvidaba á Filomena.

Los encantos de la que creía su madre se hacían sentir en él, y el creciente amor que por ella sentía, lo atribuía él á su amor filial.

Sin embargo, no se enamoraba de ninguna otra.

Ya hemos visto que por hermosa que fuese una mujer con quien él se pusiese en contacto, decía siempre:

—Es más hermosa mi madre.

Ella sentía con más conocimiento de causa y alentaba aquel amor que le llenaba el alma y le irritaba los sentidos,

Por consecuencia, no podía ser sensible á las solicitudes de sus enamorados.

Se había propuesto, ya lo hemos dicho, hacer suyo á Luis en cuanto quedara libre por haber cumplido su tercera campaña.

Pero el hombre propone y Dios dispone.

Luis era muy propenso al sentimiento sensual.

La belleza de la mujer le transportaba.

Había tenido muchas aventuras, en las cuales había tomado parte, no su alma, sino su deseo.

Fanny, que era hermosísima, un admirable tipo inglés americano, le había conmovido de una manera profunda, pero exclusivamente material.

Se había casado con ella pensando en Filomena.

Por procurar á Filomena la vida de las comodidades y aun de la opulencia.

De otro modo, Luis, que no era en manera alguna interesado, no hubiera sacrificado su libertad á Fanny, á pesar de sus millones.

La vida de marino le enamoraba y tenía abierta por delante una hermosa carrera.

Era necesario concluirla, y de la marina real hubiera pasado necesariamente á capitán mercante, puesto que por las condiciones de la marina de guerra no podía pasar á la escala de oficiales.

Finalmente, Filomena no se había atrevido á revelar el secreto de su origen á Luis.

A decirle, yo no soy tu madre.

Si hubiera sobrevenido en tiempo oportuno la revelación, Luis se hubiera casado con ella, como ella se había casado con Mateo.

Los sucesos de la historia de que nos ocupamos, hubieran cambiado.

Nuestra Reina Gitana hubiera tenido otra historia.

Pero se comprende la resistencia y aun el pudor

que influyeron en Filomena é impidieron revelar en tiempo oportuno á Luis la verdadera situación en que se encontraba.

Los sucesos se habían enrevesado.

No podía darse una situación más desesperada.

La pasión de Filomena al ver casado á Luis con otra, llegó á lo monstruoso.

Llegó hasta el punto de que ella, que era esencialmente buena, llegase á la tentación del crimen.

La rechazó bravamente apenas la sintió.

Pero ella se sintió sentenciada.

Ella no podía vivir viendo á su Luis en los brazos de otra.

En esta situación la había encontrado en la gruta.

Luis la había oido pedir á Dios cuando creía que nadie la escuchaba, la matase ó la diese fuerzas para soportar su desventura.

Después había sobrevenido la escena que ya conocen nuestros lectores.

—Pues bien, dijo Luis:—cuando los sucesos ponen á dos criaturas en la situación en que nosotros nos encontramos, el dolor que sentimos nos obliga á tomar una resolución decisiva, á todo trance, atropellando por todas las consecuencias.

—No,—dijo Filomena;—antes de faltar á nuestro deber, debemos resignarnos al martirio.

—¡El martirio! ¡la vida desgraciada y la muerte horrible!—exclamó Luis.

Y le relampagueaban los ojos que devoraban ávidos la belleza de Filomena.

—¡Ah! —exclamó Filomena espantada:—aquí no hay más víctima que yo.

En los ojos de Luis apareció el delirio.

—No es mía la culpa,—exclamó: —tú no eres mi madre: yo puedo amarte, tú puedes devorarme con el amor que Dios ha puesto en el corazón del hombre y de la mujer.

—¡Ah! Luis,—exclamó Filomena sobreexcitada:—yo no te conozco; tu voluntariedad cierra los ojos á todo, atropella por todo; te olvidas de que eres esposo y padre.

—Por ti, por hacerte feliz, cuando te creía mi madre,—exclamó Luis.—¡Oh! ¡si yo hubiera podido explicarme la razón del eterno recuerdo por ti, que ardía en mi alma y que una voz misteriosa me decía sin que yo la comprendiese: tu sangre no es su sangre. puede ser tuya, puedes saciar la sed que sientes por su belleza, por esa belleza que hace que sean para ti indiferentes todas las otras mujeres.

—Tú no has amado aún,—dijo con desesperación Filomena;—tal vez no ames jamás; tú no comprendes aún lo que es el amor, el que únicamente puede y debe llamarse amor; el amor del alma; apenas si sabes que no soy tu madre, y ya quieres hacerme tuya.

—Es que ha caído una venda de mis ojos y he visto la realidad.

—Sabes que no soy tu madre,—dijo Filomena acre-

ciendo en su dolor,—y no me has preguntado quién fué la triste madre tuya.

—Yo no he sentido otro amor en el mundo más que el que siento por ti.

—Tú y yo,—dijo Filomena, —debemos estar malditos de Dios.

—¿Y por qué culpas ha podido Dios maldecirnos?—exclamó con un soberbio acento de protesta, en que había mucho de blasfemia, Luis.

—Los gitanos tienen mala sangre,—dijo Filomena desesperada,—y tú debes ser gitano.

—¡Yo gitano!—dijo Luis:—¿pues qué, no sabes tú quiénes fueron mis padres?

—¡Dios lo sabe!—respondió Filomena.

—¿Pero cómo vine yo á tu poder? ¡habla, responde!

—Cálmate, Luis, y escúchame,—exclamó Filomena juntando las manos y fijando sus hermosos ojos, velados por las lágrimas, en Luis.

Los terribles ojos de éste aparecían á cada momento más extraviados.

La locura aparecía en ellos.

—Hace veinticinco años,—dijo Filomena, después de algunos instantes de silencio,—nos sorprendió, á mi marido y á mí una terrible tormenta en la sierra de Guadarrama, cuando nos volvíamos de Madrid á nuestro pueblo.

Nos amparamos en una cueva.

A poco cayó delante de la entrada de la cueva, des-

peñado de una altura que sobre la cueva había, un hombre.

Aquel desventurado murió instantáneamente del golpe.

Pero quedó ilesa, por fortuna, una criatura recien nacida que entre los brazos traía.

Aquella criatura eras tú.

El despeñado era un hombre joven como de treinta años, gitano indudablemente, si se había de juzgar por su traje, y por los rasgos de raza de su semblante.

—Mi padre tal vez.

—¡Quién sabe!

—¿Pero aquel hombre procedería de alguna parte?

—No lo pudimos averiguar.

Aquí llegaba con su relato Filomena, cuando se dejó oir, proveniente de los talleres, una detonación formidable.

Tembló la tierra.

Se oyeron á lo lejos alaridos humanos.

Alaridos de esos en que la voz humana se produce con un acento que hiela la sangre de espanto.

Alaridos que sólo se escuchan cuando sobrevienen las grandes catástrofes.

Filomena y Luis permanecieron durante algunos segundos como aniquilados, y luego se lanzaron instintivamente fuera de la gruta, como si hubieran temido que ésta se desplomase sobre sus cabezas.

Estáticos vieron, que una densa nube de humo, se levantaba del centro de los talleres.

Se veía á lo lejos, hombres y mujeres que huían despavoridos del lugar del suceso.

Filomena y Luis corrieron hacia ellos.

Cuando llegaron el incendio ya se había difundido y aparecía formidable.

Una enorme caldera de vapor habia reventado, y su esplosión había incendiado una cantidad enorme de materias combustibles.

El incendio se había propagado rápidamente.

Mister James, que había asistido á la prueba de la caldera, había sido literalmente hecho pedazos.

Fanny, que también había asistido á la prueba, había escapado milagrosamente, pero no sin sentir una conmoción extraordinariamente peligrosa.

Luis corrió á las habitaciones de Fanny, á donde ésta había sido trasladada.

Luis no vió á su lado, como era natural que estuviese, á Filomena.

Mandó que se la buscase, y volvieron diciendo que no se la encontraba.

Luis sintió algo desesperado, imposible de decir.

Comprendió que Filomena, fugándose, desesperada, cortaba la situación intrincada en que se encontraba colocada, respecto á Luis.

A éste le retuvo su deber al lado de Fanny, que estaba accidentada en su lecho.

Los médicos decían, que estando muy avanzado el estado de maternidad de Fanny, se precipitaba el alumbramiento.

No podía darse una situación más horrible.

Fanny no tuvo fuerzas para el alumbramiento, y murió antes que éste terminase.

La criatura fué extraída viva.

Pero sólo vivió algunas horas.

Lo suficiente, para que con arreglo á las leyes, heredase Luis la inmensa fortuna de mister James.

Fanny era su hija única.

CAPITULO VIII

En que aparece monsieur y madame Coucardet.

Esta horrible desgracia que había arrancado de una vez á Luis cuatro seres queridos, y le había dejado sólo en el mundo, causó en él una tan violenta sensación, que adoleció de una fiebre cerebral, que le tuvo durante un mes entre la vida y la muerte.

Los médicos le prescribieron la vuelta á su país natal.

Había quedado muy débil y muy amenazado de una recaída que hubiera sido funesta.

Por otra parte, era para él de absoluta necesidad ir á París para buscar allí el rastro de Filomena, que no se encontraba en los Estados-Unidos.

En vano Luis, gastando á manos llenas, había puesto en movimiento la policía.

Filomena no parecía por el mundo.

No se había podido tener de ella ni la más leve noticia.

Filomena había huído sin duda, con el propósito de hacer cuanto estuviera de su parte para no ser encontrada.

¿Y por qué había huído Filomena?

¡Si se amaban, si él había quedado completamente libre, si ella no era su madre, qué podía impedir que pasado el luto por Fanny se uniesen?

Abrumado de dudas Luis había consultado el único documento á que podía recurrir.

Su licencia absoluta.

En ella estaba filiado como hijo legítimo de Mateo Malespina y Filomena Díaz, nacido en el pueblo de Alcor de la Sierra, en la provincia de Madrid.

Pero esto había podido ser un amaño de Filomena cuando él sentó plaza de grumete, para que no apareciera como hijo de padres desconocidos, aceptado por su marido y por ella.

Para su casamiento con Fanny, y para no perder tiempo en esperar que llevasen de España los papeles, había habido también amaño.

El agente universal que todo lo puede, había hecho se tuviese por bastante la filiación de Luis que existía en la fragata donde había servido.

Un suceso terrible había ocultado á Luis la verdad de su origen: ¡Gitano!

Filomena le había contado una historia breve, pero terrible.

Un día de tormenta, un hombre despeñado que le tenía vivo en sus brazos, indudablemente por su traje y por su tipo, gitano.

¿Había sido esto una invención de Filomena para que su amor por Luis no tuviese para éste lo horriblemente repulsivo del incesto?

¿Horrorizada tal vez ella misma de su amor monstruoso, viendo libre á Luis, y temiendo la arrastrase la locura de un amor imposible, había huído para no volver á parecer jamás?

¿Habría buscado tal vez desesperada, su defensa en la muerte?

¿Y si no se había suicidado, con qué recursos había huído? ¿con qué contaba para vivir?

Debía haber ido á buscar sus ahorros á París.

En cuanto al viaje, podía hacerlo procurando vender las alhajas que él y Fanny le habían regalado.

Era, pues, de todo punto necesario, ir á buscar el rastro de Filomena á París.

Realizó la gran fortuna que había heredado de aquel pobre hijo suyo, que sólo había vivido algunas horas.

Esta fortuna ascendía á diez millones de *dollards*.

Un *dollard* tiene próximamente el valor de un duro de nuestra moneda.

En los Estados Unidos, donde abundan las fortunas monstruosas, escandalosas, íbamos á decir, increíbles, inverosímiles, son muy comunes las fortunas como la que había heredado Luis.

Los anglo-americanos han encontrado el secreto de convertir la actividad de la inteligencia, en un filón explotable.

Esto es, hacer del tiempo oro.

Un sólo instante no empleado en un negocio utilitario, sería un despilfarro y un remordimiento para un inglés de Ultramar.

Hasta durmiendo sueñan en lo que han de hacer al día siguiente.

Añádase á esto la multiplicidad de los negocios.

La importancia progresiva de los negocios á medida que el capital aumenta.

La acumulación de los intereses.

El no vivir.

El no reposar.

La ciega pasión del *Yankee* por el oro.

Así se comprenden esas fortunas gigantescas, increibles, que por su inmensa enormidad vienen á ser imposibles de realizar.

¿Para qué se quiere una suma de dinero que no puede gastar humanamente un hombre, como no lo tire por la ventana?

Es necesario convenir en que hay gentes que se condenan á un trabajo continuo é insoportable, solamente por el placer de acumular un capital para ellos inservible.

De lo que resulta que los Estados-Unidos de América son la patria de la avaricia.

La república materialista del oro.

Luis no era ciertamente avaro y sintió no sabemos qué hastío por aquella fortuna que de una manera tan dolorosa para él, se le había venido á las manos.

Impuso los valores que había realizado, y por partes iguales en los bancos de España, de Inglaterra, de Bélgica y de Amsterdam, y después de erigir en el cementerio católico de Nueva-York un ostentoso panteón para mister James, para Fanny y para su hijo, y de dotarlo con una cuantiosa renta perpétua, impuesta en el banco de Nueva-York, para la dotación de un capellán y de su servidumbre á fin de que fuesen continuos los sufragios por los difuntos, compró un magnífico *yak* de hierro, montado en corso y artillado con cuatro piezas, le puso por nombre el *Desdichado*, le tripuló con doble dotación que la que necesitaba, y partió de Nueva-York para el Havre, tres meses después de la catástrofe que le había dejado solo en el mundo.

Diez días después descendía del tren en París y decía á un cochero subiendo en su carruaje:

—Calle de la *Abaye*, núm. 50.

Algunos minutos después, el carruaje se detenía delante de la puerta de la tapia que cerraba el jardín de la casita donde durante diez años había vivido Filomena.

Llamó una, dos, tres veces.

Nadie le contestó.

La casa estaba abandonada.

Un vecino servicial, como lo son generalmente los

parisienses y especialmente con los extranjeros, acudió y le dijo no sin emoción al ver su enérgica y varonil hermosura, y sus poderosos ojos:

—Señor, en la casa no hay nadie; madama Filomena estuvo aquí ya hace tres meses, y á poco volvió á desaparecer; pero el conserje de la casa inmediata, número 48, puede informaros.

Y después de responder con un cortés cumplido á las gracias que le dió Luis, se volvió á su tienda.

Luis se trasladó á la casa inmediata y entró en lo que en España se llama portería y en Francia *loge du concierge.*

Una mujer joven, bella, delicada, con maneras que pudieran decirse de dama, coqueta, aunque sencillamente vestida, con un collar de azabache sobre el prominente seno, con una cofia encintada que caía muy bien sobre sus cabellos rubios rizados, le salió sonriendo al encuentro.

Esta afable manera, consistía en que á primera vista había visto el corte correcto del extranjero.

El traje de viaje de Luis era extrictamente á la moda, de un gusto perfecto, y llevado con una envidiable distinción.

Se trataba, pues, de un gran *monsieur.*

De un monsieur *riche et comme'il faut.*

De aquí la afabilidad de madama de Coucardet, que así se llamaba la conserje.

Pero apenas vió de cerca á Luis, se impresionó de una manera grave.

Palideció y se le agitó el corazón.

En primer lugar la había parecido extraordinaria y típica de una manera extraña, pero atractiva y aun portentosa y radiante la varonil belleza de Luis; y por otra parte, Luis, que estaba muy mal templado, tenía de tal manera impenetrable la mirada que madama Coucardet no pudo menos de exclamar para sí con sobresalto y con miedo:

—¡Qué hombre, buen Dios! ¡Qué hombre y qué ojos! Los ojos de este hombre matan.

—¿En qué puedo serviros, señor?—le dijo con la voz un tanto trémula.

Debemos decir que las parisienses son muy impresionables, y que para coger un tartego inconcebible por un hombre las basta un solo momento.

Verdad es también que con la misma facilidad con que se impresionan se desimpresionan.

—He llamado con insistencia,—respondió Luis,—á la casa de madama Filomena, y un sujeto, sin duda de la vecindad, me ha dicho que madama Filomena no está en su casa, pero que la ha dejada encargada al conserje del número 48, que yo creo que es éste.

—¡Ah! ¡Si!—exclamó madama Coucardet que parecía más y más impresionada y que miraba de una manera extraviada á Luis;—¡Vos sois sin duda el señor hijo de madama Filomena!

—Precisamente, señora,—contestó Luis, que á pesar de lo grave de su situación había reparado en que madama Coucardet era buen bocado.

Sin esperar á más la conserje se avanzó al pié de la caja de las escaleras, y dijo con una voz de un timbre argentino y delicioso:

—Augusto, Augusto, baja á toda prisa; aquí tenemos al señor hijo de madama Filomena.

Se oyó arriba un gruñido semejante al que hubiera producido un mastín.

Esto representaba una incomodidad.

En efecto, monsieur Coucardet, que conocía perfectamente á su mujer, había comprendido por su acento, que había recibido cumplidísimamente al extranjero.

Y monsieur Coucardet era más celoso que Otelo.

Pero sin las terribles consecuencias de los celos de Otelo.

Su cara cónyuge Ernestina tenía siempre medios de reducirle á las buenas formas.

De hacerle comprender que los celos son un romanticismo que no cabe en el espíritu positivista de nuestro tiempo.

Se oyó después otro gruñido un tanto cascarreño.

Después pasos precipitados que descendían por las escaleras.

Arribó al fin monsieur Coucardet.

Era un hombrecillo obeso, panzudo, con la cabeza gorda, casi escondida entre los hombros, y su fisonomía mezquina y vulgar.

Un pedazo de materia pura.

Al ver á Luis se sobresaltó.

Sintió miedo.

Ojos-de-muerte le miraba de una manera fija y profunda.

—¿Vos me podréis decir lo que ha sido ó lo que es de mi madre?—le dijo, sin esperar á que lo saludara.

—Señor,—dijo monsieur Coucardet que se había quitado respetuosamente la gorra, más que por respeto por miedo;—yo no puedo deciros precisamente lo que en estos momentos es de vuestra señora madre, la muy respetable madama Filomena; sólo sé deciros que hace tres meses vino muy enferma de Nueva-York; que permaneció ocho días en cama: que parecía muy inquieta y que al despedirse me dijo:

—«Yo voy á hacer un largo viaje; no sé cuándo volveré; es muy posible que mi hijo venga á buscarme, entregadle las llaves de la casa y las de los muebles que os dejo encargados; tomad un año adelantado de los alquileres, por si mi hijo tardare, que no lo creo.

Al día siguiente partió sin decirme á dónde se dirigía: si vos sois, como no lo dudo, su hijo, seguidme.

Luis había previsto esto, y sacando su cartera mostró algunas cartas y algunos telegramas que había recibido de Filomena, á monsieur Coucardet.

Esto basta en Francia para probar la identidad de la persona.

—Perfectamente,— dijo monsieur Coucardet;—estoy á vuestras órdenes, señor.

Y abriendo un armario buscó en él, sacó unas llaves, y dijo á Luis:

—Seguidme si gustáis, señor.

Un instante después Luis estaba en la que durante tanto tiempo había sido la morada de Filomena.

Quedaba allí su perfume.

—Os suplico que me dejéis solo,—dijo Luis.

—¿Vais á permanecer en la casa?—dijo monsieur Coucardet.

—Ciertamente,—contestó Luis.

—En ese caso es necesario poner esto en orden,—dijo monsieur Coucardet.

Y luego añadió después de un tosido y con acento un tanto cascarreño: mi mujer se encargará...

—Como gustéis.

—A vuestras órdenes, dijo monsieur Coucardet tosiendo de nuevo y de una manera más expresiva.

—¡Oh! ¡este hombre!—murmuró al salir:—este hombre es altamente peligroso; y qué ojos tiene este hombre; cuando mira parece que dice: ¡acordaos de que habéis de morir!

CAPÍTULO IX

—

En que se conoce á madame Coucardet.

Cuando se quedó solo Luis, se sintió profundamente conmovido.

Todo era bello en aquella pequeña habitación.

En un ángulo del dormitorio un pequeño lecho blanco.

Un lecho que hubiera podido llamarse virginal.

Sobre la cómoda una imagen de la Inmaculada Concepción, y á sus lados dos macetas con flores naturales que ya se habían agostado.

Un lavabo elegante.

Un armario de espejo.

Un diván y algunas sillas.

Sobre la chimenea un péndulo del gusto Luis XV y dos candelabros de bronce con bujías.

Una alfombra unida, imitando césped.

Y en las paredes y lo que más conmovió á Luis, las acuarelas y un retrato suyo hecho por él mismo, y que él había enviado á su madre.

En el comedor un mueblaje sencillo, pero elegante, y junto á la ventana, en un bastidor, un bordado, suspendido, como estaba cuando Luis llamó á Filomena á Nueva-York.

Se le comprimió más y más el corazón á Luis.

Se dejó caer sobre el sillón de trabajo de Filomena.

Besó el bordado.

Lloró sobre él, como Jeremías sobre las ruinas de Jerusalen.

Lloró largamente.

—¡Oh! ¡no debemos entregarnos de tal manera al dolor!—dijo de improviso una voz dulcísima junto á él.

Una voz insinuante.

Querenciosa.

Conmovedora.

Casi amorosa.

Era Ernestina.

Su marido se había llevado la llave de la puerta exterior para poder servir con más solicitud y sin necesidad de ser llamado, á Luis.

Indudablemente tosía en aquellos momentos en la portería á más y mejor, monsieur Coucardet.

¿Pero á qué estamos?

El ganarse la vida no deja de tener sus inconvenientes.

Luis levantó la cabeza y enjugó sus lágrimas.

Mejor dicho, sus lágrimas se secaron, como si los ojos y el semblante de Luis hubiesen sentido el calórico de un metal candente.

Madame Coucardet estaba inmóvil á alguna distancia de Luis, pálida, absorta, ansiosa.

Luis la miraba de una manera severa y grave.

Los ojos de Luis aturdían á la Coucardet.

La atraían, la fascinaban como á un pájaro la mirada de una serpiente.

Luis callaba.

Ella permanecía aturdida.

Se la agitaba el seno que era de gran relieve, de una manera extraordinariamente visible.

Se la encandilaban los ojos.

Tenía la boca entreabierta y trémulos los labios.

Ernestina era extraordinariamente impresionable.

No sabía lo que la pasaba.

Pero en fin, era necesario decir algo.

—¿No le ocurre nada al señor en que yo pueda tener el placer de servirle?—dijo con la voz dulce, querenciosa, insinuante.

—Ya que habéis tenido la bondad de venir,—dijo afablemente Luis,—quería haceros algunas preguntas.

—¡Oh, señor! —dijo Ernestina;—yo seré muy feliz si mis respuestas os complacen.

—Sois muy amable, señora.

—No merecéis vos menos.

—Sentaos si os place.

—Con vuestro permiso, señor.

Y la Coucardet se sentó á cierta distancia de Luis, por respeto á las conveniencias.

Luis se levantó y acercó su silla.

Volvió á sentarse y quedó inmediatamente al lado de Ernestina, que se sobresaltó.

Creyó que había impresionado á Luis tan violentamente como Luis la había impresionado á ella.

Estas emociones súbitas entre un hombre y una mujer que algunos minutos antes no se conocían, son moneda corriente en París, donde la civilización, la fermentación de un amontonamiento de seres humanos producen una impresionabilidad irritada, inverosimil.

La Coucardet miró de una manera anhelante á Luis, y no pudo contener un suspiro demasiado expresivo.

En sus ojos que eran grandes y hermosos, aparecía una expresión que decía claramente:

—Estoy ansiosa por saber lo que me vais á decir.

Ernestina se había equivocado.

Había supuesto á Luis en una situación en que estaba muy lejos de encontrarse.

Su amor propio ayudaba á su engaño.

Se tenía por una mujer irresistible.

Esto había creado una situación de tal manera endiablada y con tales ribetes de cómico, que Luis se apresuró á salir de ella.

—Tened la bondad de decirme, señora, quién servía

á mi madre,—dijo de una manera de todo punto agena de lo que esperaba la Coucardet.

Esta hizo un gesto de extrañeza y aun pudiéramos decir que de despecho.

Todas las románticas suposiciones de una pasión súbita y fulminante se convertían en prosa.

Y en prosa vil.

—¡Servir! ¡Servir!—dijo con un tono indefinible;—os diré: servir precisamente no; en realidad éramos buenos vecinos; vuestra señora madre vivía sola; nosotros, mi marido y yo la auxiliábamos; ella tenía necesidad de todo el tiempo para sus trabajos, y yo, considerándola como de mi familia, hacía aquí la comida para todos, arreglaba la casa, cuidaba á vuestra señora madre cuando estaba enferma, era, en fin, una reciprocidad; era...

—Lo comprendo, y os doy las gracias por los cuidados que habéis dispensado á mi madre,—dijo Luis interrumpiéndola porque la veía aturdida,—y espero que seais para mí tan buenos amigos como lo habéis sido de mi madre.

—¡Oh señor, y cómo no! ¡Para nosotros será un honor y un placer complaceros! ¿Qué necesitáis? ¿Qué deseáis?

—He dejado mi maleta en la estación.

—¡Oh! ¡Perfectamente! ¡Mi marido, tendrá el honor de ir por ella! Esperad, señor, un momento.

La Coucardet se disparó.

Salió al jardín.

Llegó á la puerta.

Desde allí gritó con una voz sonora y extensa:

—¡Augusto! ¡Augusto!

El preclaro nombre del mes de Agosto entre los romanos y calificativo también, no sabemos por qué, de los césares y emperadores, había venido á dar en un conserje ó portero de París.

¡Profanación!

La puerta de la casa inmediata estaba muy cerca.

Monsieur Coucardet (Augusto), oyó perfectamente la voz de madama Coucardet, que no tenía de augusto más que su hermosura.

Nosotros respondemos de ello.

Ernestina era muy hermosa, á pesar de ser la mujer de un conserje.

Tan hermosa, que había hecho mella hasta cierto punto en Luis á pesar de la situación álgida en que se encontraba,

Porque digámoslo de una vez:

Luis, sin dejar de ser un hombre de corazón y de grandes pasiones, era un libertino.

Estaba viciado.

Las mujeres le habían echado á perder.

¡Era tan buen mozo!

¡Tenía una tal fuerza de atracción!

¡Eran de tal manera poderosos sus ojos!

Mareaban á las mujeres y aterraban á los hombres.

Tenía además Luis una doble, una triple, una múltiple, una asombrosa actividad de sentimiento.

Tenía además una fuerza de vida imponderable.

Dominado por una impresión violenta, esta impresión no le absorbía por completo.

Era capaz de impresiones simultáneas.

Tenía además una sensibilidad irritada.

De tal manera le habían tratado las mujeres.

Luis estaba muy sobre sí.

Tenía además la ruda franqueza de los marinos.

Sobre todo esto un valor ingénito.

Era sensible á la belleza de la mujer de una manera absoluta.

Era además hombre de imaginación, y no había mujer que no tuviese para él algo bello y digno de ser amado.

Hasta las viejas.

Madama Coucardet, era parisien *tout á fait*, es decir, completa.

Tenía una mirada deliciosa, atrayente.

Sabía hacer la comedia á la perfección.

Sabía llevar con una exquisita elegancia el traje más sencillo.

Era hermosa con una hermosura excepcional.

Además de esto un gran atractivo dulcificaba lo severo, lo clásico de sus formas estatuarias.

Estas formas eran incitantes.

Unía á esto una impresionabilidad de la que ya han podido juzgar nuestros lectores.

Y todo este pedazo de hembra parisien, era la esposa de un conserje.

De un pedazo de vulgo en lo moral y en lo físico.

Anomalías de la vida.

Y consecuencias de la fortuna.

Cuando Ernestina salió á llamar á su marido para que tuviese el honor de ir á buscar á la estación la maleta de Luis, éste se quedó murmurando:

—¿Pero Señor, cómo son aquí las mujeres? ¡y es guapa como un diablo esta madame Coucardet! ¡una gran mujer! ¡una hembra de órdago! y me devora con los ojos, y se pone á punto de accidentarse: mejor, esto me distraerá de mis penas.

Esta última frase demostraba que Luis era evcesivamente egoista.

Estaba agonizando con el recuerdo de Filomena, y sin embargo, no había dejado de reparar en que Ernestina era hermosa, y que se había *chalado* por él con una prontitud verdaderamente frenética.

Entretanto monsieur Coucardet había acudido rápidamente al llamamiento de su mujer.

Venía tosiendo de una manera grave.

La tos en monsieur de Coucardet, era un indicio de irritación.

—Estamos en el caso de una explicación ardua,—dijo en cuanto llegó á su mujer.

—*Vous m' embetez*,—contestó Ernestina,—(es decir, vos me fastidiáis.)

—Vos os habéis salido de cauce, señora,—contestó Augusto después de toser de una manera más enérgica:—¿qué habéis visto en ese extranjero que se

parece á las momias *egipcias* del museo del Louvre?

—*¡Oh! que vous etez bien degoutant* (estáis bien repugnante),—respondió con desdén Ernestina:—entrad pronto: se trata de que vayáis á buscar la maleta del señor á la estación.

—Acabaré por convertirme en un tigre,—dijo monsieur Coucardet:—¡alejarme!

—Vos estáis alejado siempre de todo lo que no sea una necedad. Entrad os digo.

Monsieur Coucardet acabó por bajar la cabeza, como sucedía siempre á poco espacio de entablar una cuestión con su mujer.

Ernestina le hacía sentir siempre su superioridad.

Augusto se contentaba con toser.

Su mujer le metió á remolque en el comedor donde se encontraba Luis.

En la puerta le acometió un acceso de tos.

—Constipado estáis,—le dijo Luis.

—Mi marido es muy propenso, señor,—dijo Ernestina.

—Un parche al costado,—dijo Luis.

Y luego añadió sacando una cartera y de ella un papel amarillo:

—Tomad: hé aquí el talón de mi maleta; id á buscarla á la estación del Havre, yo os lo ruego: tomad para ello un carruaje por mi cuenta.

—Muy bien, señor,—dijo Augusto tomando el talón é inclinándose profundamente.

Y luego añadió dirigiéndose á su mujer:

—Os advierto que la portería se queda abandonada.

—Avisad á la *Du escargot*,—dijo Ernestina,—yo necesito acompañar al señor.

Sobrevino otro acceso de tos á monsieur Coucardet. Voltearon sus ojos con una expresión vaga, y envuelto con su tos, soltó un saludo casi ininteligible, y se fué.

—Sois muy amable,—dijo Luis.

—¡Ah, señor!—dijo Ernestina sonriendo como si hubiera gozado una fruición celeste:—vos lo merecéis todo; más aun, todo es poco para vuestros merecimientos.

—Es una fortuna para mí la distinción incomparable con que me tratáis, de seguro acabaremos por ser grandes amigos.

—¿Qué, no lo somos ya?—dijo toda hecha mieles Ernestina y disparando una mirada á fondo, á Luis.

—¡Qué diablo de mujer!—murmuró éste: y luego dijo en voz alta:

—Desde esta mañana no he comido, y siento apetito.

—¡Oh, señor!—dijo Ernestina:—yo os prepararé... pero más pronto tenemos ahí cerca el restaurant Carón, uno de los más aristocráticos de París: yo iré.

—¿No es más cómodo que vayamos los dos?

—¿Los dos, señor?

—Sí: no me gusta comer solo: vos me haréis un inestimable favor acompañándome: ¿no tenéis apetito?

—En cuanto á apetito,—dijo Ernestina envolviendo

en otra ojeada volcánica á Luis,—eso depende... pues según... os acompañaré.

—Vamos, pues,—dijo Luis.

—Esperad un momento: yo no puedo ir así de cualquier manera á un restaurant como el de Carón, con un señor de vuestras circunstancias: cinco minutos.

Y se fué saltando como una corza.

—¡Ah!—dijo Luis:—por lo menos esta mujer me ha distraído: ¡oh, Filomena! ¡Filomena de mi alma!

CAPÍTULO X

En que se da á conocer, aunque no completamente, una mujer excepcional.

Apenas si tardó los cinco minutos Ernestina.

Luis se maravilló de la prontitud con que había cambiado de traje.

Cuerpo, sobrefalda y falda de *satín* leonado, guarnecidos de encajes negros.

El cuerpo abierto por delante hasta la cintura, y debajo un *fichú* de encaje de Bruselas, por decencia, pero que en realidad dejaba ver la juntura de los voluptuosos globos de su seno.

A la garganta una serpiente de oro, de cuya boca, que formaba la parte inferior del collar sobre el seno, pendía un pequeño medallón, en el cual, en una placa esmaltada, aparecía un cupidillo sonriente, y poniendo un dedo en la boca como para recomendar el secreto.

Cubría la parte superior de sus rubios cabellos con una toquita ó pequeño sombrero de *satín*, igual al del traje, y como él adornado de flores.

Venía enguantada y con bellas pulseras de oro.

A otras tierras otras costumbres.

Decimos esto, porque á muchos de nuestros lectores que no hayan estado en París, ó que aunque hayan estado no le hayan conocido, puede parecerles inverosímil una conserje ó portera hasta tál punto elegante y distinguida.

París es el muestrario de las cosas excepcionales.

Porteras por el estilo de Ernestina las hay en París á centenares.

Las hay aún, y esto es más extraño, que son propietarias de la casa cuya portería sirven.

La civilización confunde las clases.

En un pueblo tan civilizado como París no se puede juzgar de las personas por las apariencias.

El traje, el aspecto, las maneras, no significan nada.

—¡Oh!—exclamó Luis:—¡maravillosa! ¡elegantísima!

—¡Ah! ¡os parezco bien!—dijo poniéndose vivamente encendida Ernestina.

—Sólo os falta una cosa para estar mejor,—dijo Luis.

—¡Cuál!—exclamó con un vivo interés la Coucardet.

—Niove hubiera envidiado vuestra garganta alabastrina.

—¡Adulador!—dijo conmovida y volviendo su encendido color á su semblante Ernestina.

—No he visto hasta ahora una garganta semejante á la vuestra.

—¿Ni la de vuestra madre?

—No se trata ahora de mi madre,—dijo Luis, volviendo sobre sí.

Ernestina, sin saberlo, le había llamado al orden.

Le había recordado á Filomena.

Pero era necesario seguir el impulso anterior.

—En cuanto á vuestra garganta está pidiendo... ¿no lo adivináis?

—¡Ah, señor! ¡yo no me atrevo á pensar en ello!

—Pues bien, está pidiendo antes que otra cosa, un doble hilo de perlas gruesas.

—¡Oh, buen Dios! no soy yo tan rica que pueda usar tales prendidos, á no ser de imitación, y las imitaciones son ridículas: suponen una vanidad que no puede reprimirse.

—Es temprano para comer,—dijo Luis.

En efecto, aun no eran las siete de la tarde.

Se estaba en pleno verano.

En esta estación es de día en París á las ocho y media.

—Y bien, ¿qué deseais?—preguntó Ernestina.

—Soy nuevo en París, y quiero dar una vuelta antes de comer; ¿queréis servirme de guía?

—¡Ah, señor! ya os he dicho que mi marido y yo sólo deseamos complaceros.

—Os ofrezco, pues, mi brazo, y en marcha.

Ernestina tomó estremecida el brazo de Luis.

Salieron.

Ernestina cerró y Luis guardó la llave en uno de sus bolsillos.

—He oido hablar mucho del Palacio Real,—dijo Luis.

En efecto, el cocinero del último buque en que Luis había servido, era parisién, y estaba siempre hablando de las excelencias, de las grandezas, de las maravillas de su villa natal.

Innumerables veces le había oido hablar de las riquezas que estaban expuestas al público en los escaparates de los joyeros de las galerías del Palacio Real.

Al oir hablar á Luis de su deseo de ir á visitar el Palacio Real, se le alborotó el corazón á Ernestina.

¿Querría el hermoso extranjero regalarla el *doble* hilo de gruesas perlas?

Pero esto era demasiado.

Sobre todo, tan pronto.

¿Y cómo si no había estado nunca en París, sabía que había grandes joyerías en el Palacio Real?

Y suponiendo que se lo hubiesen dicho, había que suponer también que el hermoso extranjero había contraído por ella una pasión máxima, desbordada, y que era muy rico.

La Coucardet sabía por Filomena que Luis era un marino de una clase inferior.

Filomena, además, trabajaba para vivir.

¿Cómo se comprendía esto siendo rico su hijo?

Ernestina se aturdía.

Luis, que apoyaba su codo bajo el globo izquierdo del seno de la Coucardet, sentía los violentos, los precipitados latidos del corazón de ésta.

Temblaba además su mórbido brazo, que se apoyaba en el de Luis.

Recorrieron la calle de la Abadía, ganaron la de Bonaparte, atravesaron el malecón Voltaire, el puente de los Santos Padres, el Corrousel, la calle de Rívoli y por la plaza del Teatro Francés, entraron en el Palacio Real.

Habían hablado poco por el camino.

Ambos iban profundamente preocupados.

Ernestina se creía en la situación más grave de su vida.

A Luis el recuerdo de Filomena le enturbiaba aquella aventura, que en otra situación le hubiese parecido deliciosa.

Al volver á la izquierda, á poco que anduvieron por la galería, se encontraron junto al deslumbrante aparador de una joyería.

—¡Ah! ¡sí! dijo Luis,—monsieur Lecoq no me había engañado.

—¿Quién es monsieur Lecoq?—preguntó con extrañeza Ernestina.

—El jefe de cocina de mi crucero, — respondió Luis:—pero entremos.

—¡Ah! yo no sé si debo...—dijo Ernestina encarnada como un pavo.

Se habían resuelto sus dudas.

Se había llegado al momento álgido.

Se estaba en la situación psicológica de aceptar ó de no aceptar un regalo.

Las mujeres de París saben lo que esto significa.

Las de España no tanto.

O á lo menos, innumerables de ellas hacen como si no lo supiesen.

Luis sintió que los latidos del corazón de Ernestina acrecían.

Resistía ella.

—Nos vamos á hacer reparar,—dijo Luis.

—¡Y bien, sea! —exclamó con acento decidido y dramático la Coucardet.

Suspiró profundamente.

Pero fué aquel un suspiro de emoción y de consuelo.

La situación estaba ya de claro en claro.

Ella había aceptado el pacto.

Los judíos del Palacio Real de París, esto es, los joyeros, tienen olfato é instinto.

Presentaron á Ernestina las más hermosas perlas que tenían.

La Coucardet se encontraba en una situación anormal.

Se sentía mala.

No se decidía.

No se atrevía á decidirse por cortedad, por pudor.

Luis anotaba en su conciencia estas buenas cualidades de la Coucardet.

Surgía de ella algo que se parecía al pudor de una virgen que hace su primera excursión en el paraíso del amor.

Estaba muy lejos de ser una aventurera.

Una mujer indigna.

Había en ella algo de singular que Luis no podía explicarse.

Sacó de su indecisión á Ernestina.

Eligió un collar de dos vueltas, unos pendientes y dos brazaletes de perlas gruesas como garbanzos y de una igualdad admirable.

—¿Qué os he de pagar?—preguntó Luis al joyero.

Ernestina afiló el oído.

—Sesenta mil francos,—contestó sonriendo suntuosamente el hebreo.

Luis no dió la más pequeña señal de emoción; sacó su libro talonario del Banco de Francia, escribió la cantidad en un talón, le cortó y le entregó al joyero, que le recibió saludando.

Ernestina sacó perdida la cabeza de la joyería.

Tenía los ojos nublados.

Andaba automáticamente.

—¡Ah! yo no puedo más,—dijo cuando salieron á la plaza del Teatro francés.

Pasaba un faetón.

Luis hizo detener al cochero.

Al ir á entrar Ernestina en el carruaje, se interpuso un hombre melenudo.

Vestía descuidadamente y se cubría con uno de los excéntricos sombreros que usaban entonces los artistas, pintores, escultores, arquitectos, y que les servía de divisa.

—¡Ah! no, jamás,—exclamó.

Y asió brutalmente por un brazo á Ernestina.

—¡Cien rayos! —exclamó Luis, dándole un puñetazo en el pecho que hizo caer de espaldas al artista.

Este se levantó rápidamente.

Se vino sobre Luis con un roten en alto, que por su grueso enorme y su pesado puño de hierro, era tan formidable como una maza de armas.

—¡Sangre mía! que yo mato á ese hombre,—dijo Luis, yéndose demudado hacia él.

Al verle él, apenas se detuvo, lanzó un grito de espanto, y huyó.

Había visto la muerte en los terribles ojos de Luis.

CAPÍTULO XI

Una manera de todo punto original de contar una historia sin palabras.

Durante esta breve escena, Ernestina no había dado muestras de debilidad ni de temor.

Por el contrario, se había ido hacia los contendientes con la visible intención de ayudar á Luis.

El cochero se descolgó también del pescante al suelo y había acudido con la fusta en alto.

La agresión había sido inopinada, manifiesta y brutal.

Pero la fuga del agresor hizo inútil el auxilio que Ernestina y el cochero habían querido dar á Luis.

—¡Ah, el canalla, cobarde!—exclamó Ernestina indignada y con el rostro descompuesto de ira.

Había dejado ver otro rasgo de su carácter.

Era una *jembra barbiana*; como hubiera dicho un andaluz.

De las de *alta barba*, como se dice en París.

Una vaca brava.

De las que envisten con los ojos abiertos.

Luis se había quedado sereno.

Sólo en sus ojos aparecía una fiereza mortal.

Había visto el arranque decidido de Ernestina.

Esta se le había hecho más simpática.

Los valientes estiman mucho á las mujeres que no se achican.

Que cuando llega el caso dicen: aquí estoy yo.

Que son tan buenas para un fregado como para un barrido, si se nos permite esta vulgarísima frase proverbial.

En París cualquier suceso, por insignificante que sea, produce como por arte de magia un agrupamiento de gente.

Una multitud de personas habían rodeado el carruaje.

Algunas otras al escapar el artista cabelludo del bastón maza, le habían seguido.

Pero iba que volaba, y se les perdió á la vuelta de la calle de Rívoli.

No se sabe lo que corre un hombre acometido por el pánico.

Habían acudido dos sargentos de villa, é informados, y viendo que no había motivos para detener á Luis ni á Ernestina, los dejaron entrar en el carruaje, y disolvieron los grupos con la frase de costumbre:

—¡Circulemos, señores, circulemos!

—¡Al restaurant Carón!—dijo Ernestina al cochero con la voz un tanto trémula de ira.

El auriga restalló la fusta, y el armatoste de alquiler se puso en movimiento al trote largo de su penco.

Algunos curiosos siguieron durante un breve espacio al carruaje.

—¡Ah, Luis, Luis!—exclamó Ernestina ya con el acento de una intimidad hechicera,—¡y qué magnífico que sois, qué irresistible!

Y se dejó caer en sus brazos.

—¿Quién os ha dicho que yo me llamo Luis?—le preguntó éste.

—¡Pues quién sino vuestra madre, que os nombraba un millón de veces al día, y me hablaba de tal manera de vos, que yo tenía hambre y sed de conoceros!

Luis separó dulcemente de sí á Ernestina.

Esta retiró sus brazos, y cuando él iba á abandonarse á lo lógico de la situación, le había llamado otra vez al orden, recordándole á Filomena.

—Vos os habéis irritado contra mí,—dijo incomodada y quejosa Ernestina al verse rechazada, aunque dulcemente por Luis.

—¡Ah! de ninguna manera,—se apresuró á decir Luis.

—Vos habéis juzgado por las apariencias, y las apariencias engañan siempre: debajo de toda apariencia hay algo que la destruye, ó que á lo menos la modifica.

—¡Ah, yo no he juzgado!...

—Vos habéis debido extrañaros de la soez acometida de ese triple bruto,—dijo con altivez Ernestina,—vos habréis interpretado...

—Yo no tengo derecho alguno.

—Oh, que sí,—dijo Ernestina:—yo os he dado ese derecho, yo os he aceptado: vos, al hacerme un magnífico regalo me habéis dicho: «Yo os amo»: yo al acatarlo, he aceptado vuestro amor: yo no quiero creer que vos hayáis querido comprarme, y vos no debéis pensar que yo he consentido en venderme: rechacemos todo lo indigno, creamos más bien en las simpatías, en las influencias, en la predestinación, en la fatalidad, en que hemos nacido el uno para el otro: ¡oh! sí, yo tengo la certidumbre de ello: yo estoy pura como una inmaculada: yo estoy libre; yo puedo ir á vuestros brazos como el ampo de la nieve: yo puedo unirme legítimamente á vos, y os amo, os amo hasta el delirio: esto es una fascinación.

Toda esta avalancha la había lanzado Ernestina con una volubilidad y una energía extraordinarias.

Era de todo punto imposible no creer en su sinceridad.

—¡Qué diablo de mujer!—dijo para sí Luis sintiéndose otra vez cogido por la tentación.

En aquel momento se detuvo el carruaje en la calle de los Santos Padres, esquina á la de la Universidad, delante del restaurant Carón.

Luis despidió al cochero.

En aquel mismo momento empezaba el crepúsculo vespertino.

Las luces del café estaban ya encendidas.

El comedor de la planta baja estaba atiborrado de gente.

El aroma culinario era incitante.

La concurrencia era escogida.

Había entre ella muchas señoras.

Al atravesarle para tomar la escalera de los gabinetes, Ernestina que guiaba y Luis que la seguía, causaron sensación.

El por su tipo, por su distinción, por su gallardía.

Ella por su elegante sencillez, por su notabilísima belleza, y por su juventud.

Ernestina sólo tenía veinticuatro años, y apenas si representaba veinte.

Era alta y gallarda, y de un desarrollo excitante.

Parecían los dos un matrimonio flamante.

El traje de viaje de Luis, y el de Ernestina, que podía ser también de viaje, parecía indicar que acababan de llegar á París para pasar en él la luna de miel.

Nadie pensó mal de ellos.

De Ernestina fluía algo que trascendía á dignidad.

Subieron por una escalera de hierro, en espiral, á un corredor largo y estrecho, iluminado fuertemente por bujías de gas.

A ambos lados había una porción de pequeñas puertas.

Aquellos eran los gabinetes.

Apareció un garzón de frac y corbata blanca.

Abrió una de aquellas puertas.

Encendió el gas.

Salió y se inclinó profundamente.

Ernestina y Luis pasaron.

Era un gabinete muy pequeño.

Cuanto cabía una mesa capaz para dos personas, un canapé y dos sillones.

Estaba ornamentado con un lujo extraordinario.

No tenía otro defecto que era bajo de techo.

Como que estaba en el entresuelo.

Pero este defecto se compensaba con ventaja por la techumbre pintada al temple, llena de encantos y de luz que en él aparecía.

Representaba á Venus saliendo de la mar.

Neptuno y Anfitrite en su carro de nácar rodeado de trítones y de nereidas, miraban él con apasionado asombro, y ella con unos celos muy razonables á la diosa que aparecía inundada de belleza y de seducción en el fúlgido espacio ornada de su cíngulo misterioso.

El símbolo del amor y de la reproducción por el amor.

El desnudo de la diosa era incitador.

Pero fuerza es decirlo.

En Ernestina la naturaleza vencía al arte.

Era ella aun vestida, mucho más bella que la Venus acariciada por el pincel de un pintor sensual.

Las paredes del gabinete estaban vestidas de seda.

El pavimento cubierto por un tapiz de los govelinos.

El canapé y los sillones forrados de un delicado brocatel y excesivamente blandos y cómodos.

Sobre la chimenea había un magnífico espejo de Venecia con un ostentoso marco del gusto del Renacimiento, un péndulo Luis XV, y dos candelabros góticos de bronce cincelado y dorado.

En cuanto á la mesa, mantel y servilletas flamencos, un ramillete de flores naturales en un *pot* ó maceta de porcelana de Sevres, cristalería de Bohemia, cubiertos de *vermeille* ó de plata dorada, y vajilla legítima del Japón.

Había un capital en aquel pequeño templo del amor.

¡Oh, y cuántas historias interesantísimas, y cuántos amores vulgares hubiese podido referir aquel gabinete!

Nuestro tiempo que se jacta de práctico, de positivista, es exencialmente romántico.

¡Cuántos dramas terribles, cuántos excesos de la pasión saltan en él por todas partes!

¡Cuánta miseria y cuánta grandeza!

¡Cuántas consecuencias inexplicables de la fermentación de las grandes masas sociales.

¡Cuánto horror y cuánta esperanza!

¡Cuánto excepticismo y cuánta fe!

¡Cuánto ir todo el mundo por el tenebroso camino de lo desconocido!

¡Cuánta confusión!

¡Qué torre de Babel!

. . . .

Luis y Ernestina dejaron el uno la gorra de viaje, la otra la toquita, sobre un sillón.

Se sentaron en el canapé.

Ernestina se encargó de elegir la comida.

—Pocos platos,—dijo,—para acabar pronto.

Y en presencia de la lista, pidió ostras, un potage, pavo con arroz, lenguado á la mayonés con almejas, *hors d'eouvre*, postres en conserva, queso, y frutas, vino de *Sauternes*, de Burdeos, de Jerez, del Puerto.

El garzón se fué, cerrando la puerta.

Las puertas de estos gabinetes son de rastrillo.

No se pueden abrir por dentro.

La administración francesa lo ha previsto todo.

Si en uno de estos gabinetes ya sean los de una taberna, ya los de un gran restaurant se comete un crimen, el criminal se queda encerrado allí con su víctima, ó se vé obligado para escapar á forzar la puerta, lo cual produce un ruido que da la alarma.

En consecuencia, una vez ocupado uno de estos gabinetes, el garzón no entra en él si no se le llama, ó si no se produce un ruído que haga necesaria su intervención.

Todo el que toma uno de estos gabinetes está en su casa mientras permanece en él.

Aquí sucede lo mismo en muchas partes.

Aquí copiamos todo lo francés, con la singularidad de que traducimos mal, y de que tomamos antes lo malo que lo bueno.

Ernestina hizo servir de una vez todo lo que había pedido.

La mesa era bastante capaz para que cupiese todo.

Cuando se quedaron solos despues de la segunda ostra, llenó de Sauternes las dos copas, y chocando la suya con la de Luis, dijo:

—¡Por nuestro amor! ¡Por nuestra unión eterna! Porque no pueda separarnos nada ni aun la muerte.

Ernestina estaba sobreexcitada de una manera terrible.

—¡Por tu hermosura, y por tu alma! —dijo Luis.

Ardieron los ojos de Ernestina.

Había en su mirada un delirio estático.

Latían las arterias de su garganta.

Su seno se agitaba violentamente y parecía querer escaparse del corsé.

Producía un efluvio de mujer, digámoslo así, que embriagaba.

Luis se sentía influído, empeñado de una manera inminente.

Ernestina se agrandaba á sus ojos.

Se trasfiguraba.

Tomaba formas fantásticas.

Era vida, vida pura, un exceso de vida.

Una parisien, en fin, y de las buenas, montada en la exageración, en el delirio, perdido el *pesquí* como se diría en gitano, puesta en el disparadero y capaz de poner en el resbaladero y dispararle en la tentación al mismo San Antonio Abad el del Yermo.

Aquel que se revolcaba en un zarzal cuando se le aparecía el diablo en figura de mujer.

A Luis se le olvidó Filomena.

Aquella mujer le había ido transformando rápidamente.

Primero había sido la conserje de París coqueta y servicial y atenta á lo positivo.

Después una mujer excitada, aturdida.

Muy pronto una mujer enamorada.

Por entonces una grande hembra loca de amor.

Esto era perder la cabeza.

Y más siendo Luis tan terriblemente tentado de la risa.

Después de haberse tragado las ostras que son unas grandes amigas de los enamorados, de haberse bebido una botella de Sauternes que abriga el estómago, excita la fuerza y alegra la cabeza, después de haberse contemplado con delicia y haberse requebrado con avidez, Ernestina dijo:

—Yo necesito ocupar á tus ojos mi verdadero lugar: yo soy una víctima de los accidentes de mi vida que me han desnaturalizado, que me han dado unas apariencias de todo punto falsas; yo no soy realmente madama Coucardet; yo soy de hecho la señorita María Ernestina Angélica de Fleurdevie, hija única del difunto notario de Angulema monsieur de Fleurdevie; yo puedo anular cuando quiera mi matrimonio con ese miserable hombre de Coucardet; yo puedo quedar libre; yo puedo ir á tus brazos pura, purísima; yo no he

amado hasta que te he conocido; yo no he pertenecido ni aun con el pensamiento á ningún hombre; yo puedo ser dignamente tu esposa y llevar á tus brazos toda mi alma pura y enamorada, todo mi corazón virgen.

—¡Oh! ¡Oh! Esto es extraordinario,—dijo Luis completamente aturdido por la pasión delirante de Ernestina.

—Historias de historias,—dijo lánguida y tristemente ella;—historias que el vulgo no comprende porque todo el mundo se calla y no cuenta su historia á nadie; ¡oh la vida! ¡La vida! ¡La multiplicidad de las pasiones! ¡La diversidad de los sucesos! ¡El misterio perpétuo!

—¡Oh!—exclamó Luis,—¡tú me fascinas!

—¡Y tú me enloqueces! ¡Cuánto te amo! Y esto tiene su explicación; la simiente no brota en el momento en que se la arroja sobre la tierra: es necesario antes el trabajo de la agricultura; á mí me atraía el retrato que tú enviaste á tu madre y que está colgado en su dormitorio puesto á la cabecera de su cama.

—¡Oh, mi madre, mi madre!—exclamó Luis.

Y sintió un escalofrío.

Era la tercera vez que Ernestina le llamaba al orden recordándole á Filomena.

Y Filomena vencía á Ernestina á pesar de todas las fuerzas de seducción de ésta, en el alma, en el corazón y aun en los sentidos de Luis.

Filomena le parecía infinitamente más hermo-

sa, más jóven, más incitante, más pura que Ernestina.

Luis se sentía transportado entre aquellas dos mujeres.

Pero la ventaja estaba de parte de Filomena.

Desgraciadamente auxiliaban á Ernestina la proximidad, el contacto, los suculentos manjares, los exquisitos vinos.

Y Luis estaba muy lejos de ser un santo.

El incendio había prendido y avanzaba rápidamente amenazando convertirse muy pronto en un volcán y devorarlo todo.

Ya habían consumido la segunda botella, y acudieron al Jerez.

Al diabólico Jerez.

Al vino de los enamorados.

Ambos perdían la cabeza á todo trapo.

Ernestina dijo:

—Voy á ser muy breve en cuanto á mi historia: mi padre era un hombre honrado, se comprometió en negocios que le fueron funestos.

Se vió obligado para pagar sus deudas á vender su notaría.

Me trajo á París donde creía encontrar medios de vivir modestamente.

Vivimos, en verdad, de una manera trabajosa.

Enfermando mi padre por exceso de trabajo.

Yo tenía diez años.

Era necesario pensar en procurarme una profesión.

Tenía una gran disposición para la música y una voz privilegiada.

Entré en el Conservatorio.

Progresé rápidamente.

Gané los primeros premios.

A los quince años entré de segunda de madama Carbalhó en la ópera cómica.

Obtuve un grande éxito.

Me llovieron pretendientes.

Se me ofrecían palacios, tesoros, cuanto puede dar el vicio de los ricos, por obtener la primacía de los favores de una actriz á la moda.

Pero mi dignidad, mi independencia, la delicadeza del amor que dormía en el fondo de mi alma, se sobrepusieron á todo.

Pero yo me canso Luis, yo desfallezco; se me enredan las ideas.

Yo no vivo mas que para ti.

Me pareces un dios.

A Luis le pareció que algo poderoso estallaba en su corazón y en su cerebro.

Que le envolvía un torbellino de fuego.

Cuando volvió en sí exclamó:

Indudablemente hay cosas que son incomprensibles.

—Conoces ya mi historia,—exclamó delirante Ernestina.

—¡Oh sí, y yo te amo!

. . . .

Eran las diez de la noche cuando los dos amantes abandonaban el restaurant Carón.

Iban ébrios.

Más que por Baco por el amor.

Ernestina se apoyaba lánguidamente en el brazo de Luis.

CAPITULO XII

Dé cómo no para todos tiene el mismo valor el dinero.

Ernestina permaneció todavía una hora larga en la casa de Luis.

Cuando salió de allí era cerca de la media noche.

Llamó á la puerta de la suya, que se abrió inmediatamente.

Monsieur Coucardet la recibió de una manera terrible.

Una maleta voluminosa aparecía en un ángulo de la portería.

Era sin duda la maleta de Luis.

—Seis horas, señora, seis mortales horas, seis horas terribles de las que tenéis que darme una extricta cuenta,—dijo monsieur Coucardet con los ojos inyectados en bilis, y con las mayores apariencias de un furioso dispuesto á todo.

—¿Y con qué derecho me pedís esas cuentas, mon-

sieur de Coucardet?—dijo con un frío desden Ernestina.—¿Qué tenéis que ver conmigo?

—¡Sois mi esposa!

—Aparentemente,—dijo Ernestina;—y esta apariencia va á cesar; os anuncio que voy á pedir la anulación de nuestro matrimonio.

—¡Cómo! ¡Qué!—exclamó Coucardet,—desmontado un tanto de su ira y como quien entra en terreno de miedo.

—Sí, monsieur Coucardet; mañana mismo, lo entendéis; y con circunstancias agravantes, porque se os acusará de falsedad, de estafa, de difamación, de yo no sé cuántos delitos de que me habéis hecho víctima, é iréis á Tolón ó á Cherburgo á arrastrar la cadena.

—Vos habéis cenado fuerte,—exclamó con menos soberbia Coucardet;—ese maldito extranjero, ese egipcio, os ha vuelto loca.

—Es necesario que yo, repuesta en mi posición,—dijo Ernestina,—me llame señorita de Fleurdevie.

—¡Vuestro nombre de soltera!

—Precisamente.

—¿Pero qué es esto?—Yo no había reparado; ¿qué joyas traéis sobre vos?

Luis, en medio de su idilio de amor, había prendido á Ernestina las perlas que le había regalado.

—Esto es una parte de mi regalo de boda,—dijo Ernestina.

—¡Una parte!—exclamó monsieur Coucardet, aturdido por el valor de las alhajas.

—Sí, una pequeña parte,—dijo Ernestina;—un poco antes de despedirme de Luis, me decía:

—Es necesario que yo asegure tu posición; compraré la casa de la cual has sido hasta ahora conserje.

—Pero esta casa vale dos millones de francos, amiga mia.

—¿Y qué es eso comparado con el amor que nos tenemos?

—Vos no estáis en estado de discutir, amiga mía,—dijo Coucardet ya de todo punto asombrado;—estáis extraordinariamente excitada, estáis pálida, sufrís; es necesario que reposéis; cuando os hayáis repuesto, cuando hayáis recobrado la serenidad de vuestro juicio, hablaremos. Las cosas que á primera vista parecen imposibles, suelen venir generalmente á una solución razonable cuando se las estudia.

—Esa maleta le está haciendo falta,—dijo friamente Ernestina;—ahí tenéis la llave: buenas noches.

Y encendiendo una bujía se fué al cuarto particular que tenía ella en las altas regiones de la casa que á causa de su aventura con Luis, debía ser muy pronto suya.

—¡Un aderezo que vale por lo menos cincuenta mil francos!—exclamó murmurando para sus adentros monsieur Coucardet;—¡una propiedad valuada en dos millones!... ¡Diablo, diablo! Esto merece meditarse; pero es duro que vaya yo á estas horas cargado con la maleta de ese diablo de hombre á buscarle á su casa; y y bien, la vida está accidentada por peripecias dificilí-

simas; hay que soportarlas como se pueda. Esto merece meditarse.

Coucardet se pasó las manos por la frente sudorosa, tomó la llave de la casa de Luis, que Ernestina había dejado sobre la mesa, cargó luego con la maleta y salió dejando no más que encajada la puerta de la casa.

Dos pasos mas allá estaba la puerta de la casa de Luis.

Coucardet abrió.

Atravesó el jardín.

Antes de llegar á la puerta de la casa, se abrió ésta.

Apareció en ella Luis.

Coucardet no había tenido necesidad de llamar.

Su tos, aquella especie de tos ferina que le acometía cuando se excitaba, lo había anunciado.

Iba doblegado con el peso de la enorme maleta.

Había descendido hasta la baja y aflictiva condición de *hombre de pena.*

Así se llaman en Francia á los mozos de cordel.

¿Pero qué importaba?

Era ya tarde.

Nadie le veía.

París á la media noche, singularmente en el cuartel Latino, está desierto.

París no trasnocha.

París es un pueblo esencialmente industrial.

Un pueblo de trabajo.

Es necesario descansar para trabajar.

Monsieur Coucardet en aquella hora no hubiera encontrado quien condujese la maleta.

Además es necesario hacer lo imposible, lo incomprensible por un hombre que apenas conocido por él y por su mujer, la regalaba perlas por valor de sesenta mil francos, y la anunciaba que la iba á regalar una casa, cuyo valor ascendía á dos millones ó más de francos.

Esto era enorme.

Excepcional.

Increíble.

Aturdente.

Era lo inverosímil de lo inverosímil.

Una de dos: ó Ernestina había vuelto loco al tal *monsieur*, ó este era de tal manera millonario ó de tal manera pródigo, que le importaba muy poco tirar el dinero.

Y decimos pródigo, porque hay millonarios á quienes se le va un ala del corazón tras cada céntimo que gastan.

Por grandes que fuesen los encantos de madama Coucardet, y por excepcional é interesante que fuesen las aventuras en que se encontraba colocado, la prodigalidad de aquel extranjero, de aquel cobrizo, de aquella momia egipcia, era de todo punto inexplicable.

Sin duda el hijo de madama Filomena, pobre algunos meses antes, había encontrado en el Nuevo Mun-

do otras nuevas Californias y se había apoderado de ellas.

Era necesario hacer hasta lo imposible por complacer á aquel gigantesco personaje.

Creemos que dada la moralidad de nuestra buena época, la gran mayoría del género humano, aun los menos necesitados, haría en iguales circunstancias lo que hacía monsieur de Coucardet.

Luis se apartó para que el marido de su mujer entrara.

—Buenas noches, señor, —dijo Coucardet con sobresalto,—y haciendo esfuerzos para que pasase la enorme maleta que apenas si cabía por la puerta.

—Muy buenas noches, amigo mío,—dijo Luis con un acento no muy favorable á la dignidad de Coucardet:—por aquí, á la derecha; esperad, os voy á ayudar.

En efecto, Luis era un hombre de grandes fuerzas; ayudó á Coucardet á meter la maleta en el comedor.

—Sentaos, dijo Luis.

—Con vuestro permiso, señor,—dijo Coucardet, quitándose la gorra.

—Cubríos, tratadme con confianza,—dijo Luis.

—Con vuestro permiso, señor,—dijo Coucardet, volviendo á ponerse la gorra.

—Tomad, fumad,—dijo Luis, sacando la petaca, y de ella un magnífico habano que dió á Courcadet.

—¡Oh! ¡gracias! ¡tanto honor!—respondió Coucardet.

Pero no se le quitaba la tos.

—Tenéis un resfriado enorme,—dijo Luis encendiendo indolentemente un cigarro en la bujía;—cuidaos, monsieur de Coucardet.

—Es inútil,—dijo éste encendiendo á su vez su cigarro: esta afección que me hace toser á veces con una insistencia terrible es crónica.

—Yo creo que todo se cura.

—¡Ah! no, no, señor; hay cosas que no tienen remedio.

Y tosió con mucha más fuerza.

—Veo que tenéis necesidad de reposar,—dijo Luis,—y voy á terminar brevemente.

—Como gustéis, señor; pero no estoy tan afectado como vos creéis.

—Vuestra mujer me ha entretenido extraordinariamente.

Sobrevino un formidable acceso de tos á monsieur de Coucardet, se estremeció visiblemente, le voltearon los ojos.

Pasó al fin el acceso.

Dejó ver una aparente serenidad Coucardet y dijo:

—Gracias, un millón de gracias, señor, por mi mujer y por mí.

—Vuestra mujer merece todas las consideraciones imaginables.

—No sé cómo demostraros nuestro agradecimiento, señor.

—Yo soy el que debo mostrarme profundamente

agradecido; vuestra mujer ha sido para mi madre, á quien yo amo con delirio, una buena hermana.

—¡Oh! mi mujer tiene una verdadera pasión por vuestra señora madre.

—Por lo mismo, yo quiero fijar la posición de vuestra mujer; esto es un deber imperioso para mí: me haréis el favor, monsieur, de Coucardet de traerme mañana temprano un notario: necesito para mí esta casa en que durante trece años ha vivido mi madre, y la de que vosotros sois conserje, para regalársela en muestra de mi agradecimiento á vuestra mujer.

En este punto acometió una tal tos á Coucardet, que á poco más se asfixia.

—¿Pero sabéis, señor,—dijo á secas, pasado el acceso Coucardet,—que la casa en cuestión da una renta anual de cien mil francos?

—¡Ah! ¿no más?—dijo Luis.

—¡Un capital de dos millones de francos!—exclamó completamente aturdido monsieur de Coucardet,—y pueda ser que el propietario, que es muy avaro, la ascienda á los tres millones.

Monsieur Courcadet se buscaba un buen corretaje para sí.

—No importa,—dijo Luis:—traed mañana por la mañana al notario, y buenas noches: vos estáis enfermo, y yo extraordinariamente cansado.

—No quiero molestaros,—dijo levantándose monsieur de Coucardet:—buenas noches... nuestro agradecimiento...

—Bien, bien, basta, monsieur de Coucardet: hasta mañana.

—Hasta mañana, señor.

Y Coucardet salió llevándose la llave de la puerta del jardín y la de la casa, para no molestar por la mañana á aquel Creso excéntrico é incomparable que le había caído encima como llovido del cielo.

—¡Oh, el infame dinero!—exclamó con hastío Luis, entrando en el que había sido dormitorio de Filomena, —el Dios del mundo: el vulgo no comprende que haya criaturas que le nieguen su culto, que le desprecien, que se deshagan de él con placer: ¡oh, esa mujer se me ha subido á la cabeza! mi funesta, mi irresistible propensión á la hermosura! ¡ha habido un momento en que lo he olvidado todo por ella! ¡su fuerza de seducción, su extraña historia! ¡y qué confianza puedo tener en su pasión, en sus transportes! ¡y sin embargo, no puedo dudar de la veracidad de una parte de su historia! ¡oh, maldito sea el dinero! donde él interviene, la fe huye: ¡oh, Filomena, Filomena, y yo te he olvidado tal vez por una farsante!

Luis gimió y se acostó aturdido, ébrio de Ernestina, en el mismo lecho en que durante algunos años antes, se había desvelado y llorado por él Filomena.

Entretanto, monsieur Coucardet había llegado á la puerta de su casa y había entrado murmurando:

—¡Oh, era necesario que la fortuna viniese un día ú otro; yo no me había engañado; pero no había esperado que fuese tan grande: ¡oh, cien mil francos de renta!

Y se metió en la portería.

—¡Oh, el miserable!—exclamó un hombre, cuyo bulto apenas si se apercibía entre la sombra, al pie del muro de la Abadía de San Germán de los Prados, junto á las dos casas.—¡Sangre y fuego! es necesario que yo me sacie de venganza, ya que no he podido saciarme de amor.

A poco se perdió en la sombra.

Aquel hombre era el artista cabelludo, al que había ahuyentado Luis en la plaza del Teatro Francés.

Después había seguido á la carrera el carruaje.

Había esperado en la calle de la Universidad todo el tiempo que los dos amantes permanecieron en el restaurant Carón.

Luego los había seguido, y había esperado hora y media larga en la calle de la Abadía.

CAPÍTULO XIII

En que monsieur de Flourdevie cree una desgracia lo que su hijo juzga una fortuna.

Mientras Luis dormía inquieto, soñando en Filomena y en Ernestina embrollándolas en sus sueños, encontrándose con la una, cuando creía estar consagrado á la otra, perdido en las imágenes fantásticas, ya deleitosas, ya apenadoras de su tenaz pesadilla, digamos lo que no acabó de decir Ernestina á Luis, porque en la situación de pasión en que se encontraba no podia ocuparse de historias.

No había tiempo.

Nosotros aprovechamos el sueño de Luis, para contar á nuestros lectores la historia de Ernestina.

Sabemos, porque Ernestina nos lo ha dicho, que su padre se había arruinado, que había ido á París para buscar ocupación, que la había encontrado como tenedor de libros de una fábrica de fósforos, que ella ha-

bía entrado en el Conservatorio, que había obtenido los primeros premios de canto y piano, y que había entrado en el teatro de la ópera cómica como segunda de la Carbalho.

Se había hecho, pues, una posición envidiable.

Entonces tenía Ernestina diecisiete años.

Era una hermosísima criatura.

Había llegado al apogeo de su desarrollo.

La primera vez que se presentó en la escena, á su salida, antes de abrir la boca, obtuvo un éxito espontáneo, ruidoso.

Fué aclamada unánimemente, hasta por las mujeres.

Aquella ovación no era ciertamente á la artista á quien no se conocía más que por los reclamos que la empresa del teatro había hecho para preparar su salida á escena.

Aun no podía juzgarse de la artista.

Lo que había aclamado con frenesí el público, había sido á la mujer hermosa, fresca, joven, gallarda, simpática, encantadora.

Se desprendía de ella además, un incitante perfume de pureza.

Los golosos de las beldades de teatro se excitaron.

Salía al mercado una gran cosa.

Era cuestión de honra y de vanidad el obtener la preferencia.

Dios nos perdone, pero suponemos sin engañarnos,

que se hicieron apuestas sobre cuál sería el favorecido.

Como si se hubiera tratado de una yegua en una carrera de caballos.

Nuestro tiempo es así.

La vanidad figura en primera línea.

Detrás de la vanidad se agitan misteriosos los más repugnantes, los más hediondos, los más abominables vicios.

No parece sino que la humanidad entera ha perdido el alma y ha embrutecido la materia.

La presentación de la joven artista, producía una especie de fluído sensual, inflamable, que amenazaba con nna explosión.

Así acabó el bajo Imperio hollado por los cascos de los caballos de Atila, el azote de Dios.

¿Cuál será el Atila de nuestro bajo Imperio?

Si Dios no lo remedia, si no toca en el corazón y en la cabeza á los insensatos, podridos y embrutecidos, que nos pierden, el socialismo será el gran bárbaro, que con su puñal rojo hará aparecer la justicia de Dios, sobre una inmensa catástrofe.

Nosotros los viejos, nada esperamos: no vemos cuando pensamos en el porvenir de nuestros hijos, más que desolación y miseria; porque progresamos, es cierto, y rápidamente, pero progresamos hacia el mal, hacia la destrucción.

Hay progresos que aterran.

A la sola vista de Ernestina sobre la escena, el vicio y la vanidad se habian enlazado.

Cuando cantó, el delirio fué más allá de todo lo ponderable.

En el horizonte artístico, según dijo algún diario de gran tirada, había aparecido y se había elevado rápidamente al zénit, un astro deslumbrante.

En un rincón de un palco, escondido en la sombra, había un viejo.

Aquel viejo era el notario arruínado, el pobre tenedor de libros de una modesta fábrica de fósforos.

Monsieur de Flourdevie.

El padre de Ernestina.

El llanto del pobre anciano era conmovedor.

Inmenso.

De una transcendencia infinita.

La fortuna abría de par en par sus puertas de oro para su hija.

Ya podía bajarse de su mezquino alojamiento, de su ruin cuarto del quinto piso de la calle del Echiquier á un ostentoso departamento del boulevard Montmartre ó de la Chausseé d'Antín.

Ya podía él renunciar sin cuidado á sus cinco francos diarios, como tenedor de libros de una fábrica de fósforos.

La gran casa, el gran mobiliario, la gran servidumbre, el gran tren, todo lo tendría.

Tendría aun para grandes imposiciones en el banco.

Los millones se entraban por la ventana con pintadas alas de mariposa.

Esto es París.

Un éxito como el de Ernestina en París, es una gran fortuna.

¿Pero á qué precio?

En las localidades del palco anteriores á la humilde y oscura que ocupaba monsieur de Flourdevie, ya la infamia y la corrupción hincaban el diente en su hija, excitadas por la envidia.

—Hé ahí una subasta pública,—decía una *cocote* ya en ruína:—mañana habrá coche en la puerta de la *diva*.

—El público es lo más caprichoso y lo más imbécil del mundo: todo consiste en saberle servir el manjar: en Menilmontam y en la Villette las hay mucho más bellas,—decía una.

—Como cantatriz,—decía una cantante de café,—está muy lejos de ser la Patti ó la Nilson.

—Pero monsieur Carbalho,—decía una *ecuyere* del circo Napoleón,—sabe presentar el género.

—Después de haberlo probado, bien entendido,—añadía una vendedora de legumbres de la grande Halle.

—Pues por supuesto, otra cosa sería una imbecilidad,—añadía una florera de la plaza de San Sulpicio: —el primer bouquet (perfume), de una diva, es inapreciable.

Y tras esto otras muchas cosas que no eran para dichas ni para oidas.

Y todo esto lo oía el padre de Ernestina.

Y callaba y lloraba.

Y maldecía su buena fe que le había entrometido en negocios ruinosos.

Sin la miseria su hija no hubiera sido cantante.

No hubiera excitado el vicio de los viejos ricos.

No hubiera afilado las lenguas de la envidia.

En el fondo del deslumbrante y doble triunfo de Ernestina como mujer y como cantante, había un sedimento amargo.

Ponzoñoso.

¿Se corromperia Ernestina?

En el primer entreacto, monsieur de Flourdevie fué á ver á Ernestina en el *foyer* del escenario.

La encontró rodeada, codiciada, por decirlo así, por galanes de alto coturno.

El vicio zumbaba ya alrededor de la joven.

Había ojos que se salían de sus albéolos, devorando la garganta y los hombros desnudos de Ernestina.

Se la dirigían frases ingeniosamente veladas, pero por lo mismo más inconvenientes.

Ernestina se había puesto en defensa.

A la altura de las circunstancias.

Aparecía altiva, seria, reservada.

Sin ser descortés, rechazaba con un tacto exquisito las galanterías un tanto neutras que se la dirigian.

Los otros actores estaban acá y allá en grupos.

No era aventurado decir que hincaban el diente.

Monsieur de Flourdevie se arrojó llorando en los brazos de su hija.

—¿Por qué ese llanto?—dijo Ernestina.

—Déjame que llore,—dijo el anciano,—si no quieres que se me rompa el corazón.

—¡Bah!—dijo Ernestina que adivinaba lo que había en el fondo del llanto de su padre.

Aquel ¡bah! había sido inmenso.

Pronunciado en alta voz, todos lo habían oido.

El llanto del padre y la exclamación de la hija habían sido tan elocuentes, que nadie dejó de comprenderlo.

El apretado círculo de libertinos que estrechaba á Ernestina, se fué ensanchando.

Al fin se alejaron.

Era todavía temprano.

—Lo mismo que ha sucedido ahora, sucederá siempre, hasta que se cansen,—dijo Ernestina:—está tranquilo, padre mío.

—Se volverá contra ti la prensa.

—Tengo de mi parte al público.

—Hoy puede ser: quién sabe si mañana...

—Jamás, padre mío, jamás.

Al terminar el espectáculo, el caprichoso público se excedió así mismo.

Cubrió literalmente de ramilletes la escena.

A una aclamación sucedía otra.

Ernestina se cansaba de presentarse en escena.

De improviso, apareció monsieur de Carbalhó con una bandeja que presentó galantemente á la diva.

Aquella bandeja venía cargada de joyas de que una multitud de damas se habían desprendido para rendir un

homenage de admiración y de entusiasmo á la nueva artista.

París, siempre el caprichoso Paris.

Él hace la fortuna del que durante un momento hace su favorito.

Es muy posible que al día siguiente le vuelva la espalda.

París vive de impresiones, como todo el que está hastiado de una manera incurable.

Una impresión es su vida de un momento, y la busca con verdadera avaricia.

Aquel es un mundo aparente.

Un mundo monstruoso.

Su Dios es el capricho.

Su alma la locura.

Su destino lo imprevisto.

Monsieur de Flourdevie se llevó á su hija en un modesto fiacre á su pobre y altísimo aposento de la calle del Echiquier.

Ernestina sacó de los bolsillos y echó sobre la mesa como dos centenares de alhajas, sortijas, brazaletes, broches, collares, pendientes.

Monsieur de Flourdevie, con su práctica de notario, por cuyas manos había pasado tanta pedrería, dijo tasando aquello á ojo de buen cubero, como vulgarmente se dice.

—Aquí hay por lo menos trescientos mil francos.

—¿Qué rentan?

—Doce mil.

—¡Ah!—dijo Ernestina:—una fortuna sólida; el pedestal de nuestra independencia; ¿por qué lloras, pues, papá?

—Tengo un peso en el alma que no comprendo; un peso que me aniquila.

—Mil francos mensuales bastan para asegurarnos una existencia modesta, pero decorosa: yo me doy por satisfecha: y aun hay que contar con lo que venga.

—París cambia.

—Pero es un buen amante, un amante espléndido hasta que siente el hastío.

—¡Amante! ¡amante!—dijo con una amargura infinita Flourdevie.

—Amante colectivo, amante platónico,—dijo con viveza Ernestina.

—Tú eres una niña, una inocente.

—Niña, sí, inocente no.

—¡Ernestina!

—¿Has leido tú á Balzac, papá?

—No he tenido tiempo de leer novelas.

—Pues en una de las suyas, dice Balzac una gran verdad.

—¿Cuál?

—Que las jóvenes salen del colegio vírgenes, pero no puras; no te escandalices, papá; yo he llegado hasta los doce años en un colegio, y por complemento he asistido durante seis á las clases del Conservatorio; calcula tú: y que los maestros del Conservatorio no enseñan solamente música: ¿para qué tienen empeño en

formar el corazón de sus discípulas? ¿Crees tú que el Conservatorio no es tan peligroso como la escena? Pues lo es mucho más; ten en cuenta el afán natural de las alumnas por obtener buenas notas. por ganar premios; para esto es necesario tener propicios á los maestros. que no son generalmente preceptores de moral.

—Te estoy oyendo con asombro, Ernestina.

—Ha llegado la hora de que yo hable, y lo hago para que te tranquilices; tu hija ve claro y sabe por dónde va.

—¡La atmósfera de nuestros días!—exclamó escandalizado monsieur de Flourdevic;—la epidemia está en la atmósfera.

—Tienes razón, papá; hoy todo está viciado; hasta el aire que se respira.

—Las novelas, ¡tu afición por las novelas!—exclamó desesperado Flourdevie.

—Sí, la novela de la vida.

—Tú te has hecho extraordinariamente sensible de una manera falsa, leyendo esos librotes.

—Sí,—dijo Ernestina con un grande aplomo:—me he hecho romántica, es decir, tengo pasiones extraordinarias y el exceso de la pasión es lo que se llama el romanticismo. Yo amo, amo desde que en la niña empezó á hacerse sentir el corazón de la mujer.

—¡Que amas! ¡que amas!—exclamó espantado monsieur de Floudevic;—¿y á quién amas tú?

—A un sueño, á un bello ideal; amo al amor.

—Las novelas te han saturado y estoy oyendo una novela.

—Si la novela no es la verdad, no es nada; yo amo al amor... pero no creo en el amor.

—¿Y quién te entiende? ¿quién ama lo que cree que no existe.

—Pero existe la aspiración, y lo imposible de realizar la aspiración la hace más grande. Víctor Hugo dice en *Nuestra Señora de París*, que el amor *es ser dos, y no más que uno*; *un hombre y una mujer que se confunden en un ángel, es el cielo* ¡frases! palabras y no más que palabras; el amor no es eso; el amor es un sentimiento incomprensible é inexplicable, algo tan misterioso como la existencia del universo; el amor es la vida; ¿y quién puede decir lo que es la vida?

—Metafísicas y sutilezas y nebulosidades y palabrerías de los filósofos que traen de cabeza á todo el mundo, y sin seso, sin saber de dónde vienen, dónde están ó adónde van; yo soy hombre práctico, yo considero la vida tal cual ella es en sí, y yo te veo mal colocada, en un lugar peligroso, en un lugar donde puedes perderte.

—Está tranquilo, papá, ni la gloria ni el dinero pueden hacer que yo me envilezca.

—¿Y qué entiendes tú por envilecerte?—preguntó alarmado monsieur de Flourdevie.

—Ser la esclava personal, soportadora de los vicios de esos hombres famosos en la crítica que con sus

juicios extremados levantan á las nubes á un artista ó la hunden en un abismo, ó de esos millonarios asquerosos, que cueste lo que cueste, necesitan lucir la artista á la moda, como se hace con la posesión de una cosa rara y codiciada; yo estoy inmensamente por encima de todas esas vulgaridades.

—Sin embargo, el amor propio empeñado... la seducción del oro.

—No, mi querido papá; yo he entrado á sangre fría en la escena, más por ti que por mí; pero yo soy joven y fuerte; tú estás triste, viejo, cansado, sujeto á una condición que te contraría; obligado á un trabajo de que no tienes costumbre: yo he entrado en la escena por mejorar nuestra situación, por salir de la horrorosa miseria en que nos encontrábamos; la fortuna nos ha ayudado; ya ves, ya ves, he tocado sin pretenderlo, sin esperarlo, la fibra sensible del público, que nos ha dado una pequeña fortuna que nos hace relativamente ricos; yo no pretendía tanto; sólo deseaba ser aceptada, hacerme una honrada posición de artista y asegurar un sueldo; por lo demás, lo repito, que estés tranquilo; el vicio que envilece, insisto en ello, no se cebará en mí; tal como le concibo, no creo que el amor existe sobre la tierra.

—Eres apasionada de una manera violenta.

—Sí, pero me defiende un bello ideal; si mi ideal se realiza, no respondo de mí; seré capaz de todo; pero ¡bah!—añadió Ernestina sonriendo;—no hay que asustarse; ese bello ideal mío no existe más que aquí y aquí.

Y la joven se señaló resueltamente con su rosado dedo el pecho y la cabeza.

—Locuras que el día menos pensado desvanecerá la realidad.

—Mira papá, estamos cansados por las violentas emociones que hemos sufrido, y aturdidos por la fortuna inmensa que, digámoslo así, se nos ha metido por la ventana; vamos á descansar, que mañana será otro día.

Buenas noches, mi pobre papaíto: ¡qué contenta estoy porque te he rescatado de tu teneduría de libros y del olor de los fósforos!

Y Ernestina besó en la frente á su padre.

Monsieur de Fleurdevie gimió.

Abrazó á su hija, la besó en la boca.

Las lágrimas del viejo mojaron sus bellas mejillas.

—¡Oh, horrible!—exclamó Ernestina en una reacción del raciocinio,—pero descuida, yo te curaré.

Y escapando se metió en su cuarto.

—¡Oh! —exclamó el anciano: —¡Una Fleurdevie divirtiendo al público sobre la escena; nuestra honra sino manchada por ella, despedazada por la calumnia; ¡la vida del teatro! Era la última humillación que debíamos soportar; y yo he consentido por ella. ¡Yo no podía sentenciarla á la miseria que la mataba! ¡Y bien, que se cumpla la voluntad de Dios!

Por lo que sé vé creía en Dios el bueno de monsieur de Fleurdevie.

¿Ni cómo podía dejar de ser cristiano, si él se jactaba de descender de un nobilísimo cruzado de los que fueron con Pedro el Ermitaño á la conquista del Santo Sepulcro.

CAPÍTULO XIV

En que se vé que Ernestina había llegado á un casi absoluto indiferentismo por todo.

Durante ocho días no se habló en el París militante que espera con avidez todo lo extraordinario, de otra cosa que de la magnífica segunda que había aparecido radiante como un astro en la escena de la Opera Cómica, por la que han pasado tantas celebridades, de las cuales ya nadie se acuerda.

Después un charlatán italiano que descubría todo lo oculto, refería las historias de todo el que le autorizaba para ello, como si hubiese leído en su conciencia, y que por último, se tragaba una víbora y con ella en el cuerpo tocaba el violín y hacía bailar en su jaula á un león y á una pantera, cantando al mismo tiempo de una manera tan limpia que se conocía claramente que nada tenía en la boca, y que después de esto volvía á

arrojar la víbora viva, la enroscaba y se la metía en el bolsillo, con otras mil extravagancias maravillosas, reemplazó por otros ocho días á Ernestina.

Ésta se había entablado.

Era una adquisición para los adoradores del arte divino de la música.

Aunque podía descender de las alturas donde tenía su modestísimo albergue, y tomar una ostentosa habitación en el París á la moda, permaneció allí.

—Yo no he de recibir gentes; esta habitación es muy alegre, muy ventilada,—decía ella,—se goza la vista de un panorama inmenso, hay dormitorio para la doncella que mi vida artística me obliga á tener, y luego ¿qué me había yo de hacer sin mi jardincito?

En efecto; aquel nido de águila tenía delante de sí una pequeña terraza, de la cual Ernestina había hecho un jardín en miniatura, al cual daban las tres únicas ventanas del aposento, de las cuales la del centro servía de puerta.

Las paredes laterales que formaban las caídas del techo de la casa estaban cubiertas de enredaderas, de jazmines, de rosales trepadores.

A los costados había tiestos de flores, y el suelo estaba enarenado.

Era aquella una morada deliciosa, donde se aspiraba un fresco y perfumado ambiente las noches calurosas que en París son sofocantes.

Ernestina se redujo á aumentar su guardaropa, á comprar camas más cómodas que las que tenían, á

mejorar el servicio de mesa y el menaje de cocina.

Lo indispensable, en una palabra.

El único lujo fué comprar el mejor piano que encontró en los almacenes de música de París.

Cuando estudiaba, su voz de arcángel se extendía por los tejados inmediatos, é iba á encantar á los vecinos de aquellos á veinticinco metros sobre el nivel de la calle.

A pesar de los consejos de Ernestina para que se pusiese en renta el dinero que había producido la venta de las alhajas que la habían regalado la noche de su primera salida á escena, monsieur de Flourdevie se obstinó en emplearle en especulaciones que serían más productivas.

Ernestina no insistió.

Amaba extraordinariamente á su padre y no quería afligirle.

Pero la mala fortuna había tomado por su cuenta al pobre monsieur de Flourdevie.

Fracasó en sus especulaciones.

Le cogió un pánico de la Bolsa y quebró.

Los trescientos mil francos, mas los ahorros de sueldo de Ernestina, desaparecieron.

El pobre viejo no pudo resistir á este golpe.

Cayó como herido por un rayo, y á pesar de todos los esfuerzos de la ciencia, á los cuatro días sucumbió.

Ernestina se quedó sola en el mundo.

Sin un solo pariente.

A lo menos conocido.

Ella era la última descendiente del ilustre Cruzado que fué á *libertar* con Godofredo de Bullón *el gran sepulcro de Cristo.*

¡Ella, una cómica!

Así son las alcurnias.

Salen de la sombra y en la sombra acaban.

Los Flourdevie habían empezado en un poema heroico, y habían acabado en la Opera Cómica.

Entre el principio y el fin había una relación sarcástica.

Jóven, hermosa, pura, encumbrada, á la moda, pudo elegir para hacerse una familia, á alguno de entre sus numerosos pretendientes.

Ni aun pensó en esto Ernestina.

Continuaba en su ateismo respecto al amor.

Ninguno de sus adoradores había logrado convertirla.

Su bello ideal no se realizaba.

Mas aun: ella no esperaba que se realizase.

Se concentró en sí misma, y tomó la vida, por decirlo así, á beneficio de inventario.

Y á excepción de su hermosura, de su romanticismo y de sus maravillosas facultades como cantante y como actriz, estaba muy lejos de ser una mujer superior.

No tenía de filosofía más que la parte que necesariamente tienen los seres racionales.

Su romanticismo no era el resultado de la elevación de su espíritu.

Era, por el contrario, su propensión irritada.

Hacia lo candente, hacia lo sensual.

Ella había dicho bien: amaba el amor; pero le amaba de tal manera, que era dificilísimo encontrar un individuo del sexo feo que pudiese concretar el amor que Ernestina sentía como aspiración de su deseo.

Tan indiferente se mostraba y tan á salvo de todo género de seducciones, que acabaron por suponer—era necesario que supusiesen algo,—que estaba enamorada de sí misma.

Son muy comunes, mujeres de este género.

Que endiosadas por su hermosura, encuentran feo todo el resto de la humanidad.

En Ernestina había algo de esto.

Cuando se levantaba se miraba á un grande espejo que era la puerta de un rico armario que estaba frente á la cama.

A poco que se contemplaba en su media desnudez, la flameaban los ojos y aparecía en ellos una expresión de extravío y de doloroso despecho.

¿Era ella el bello ideal de sí misma?

No lo sabemos.

Sea como fuera, Ernestina estaba aquejada por una dolorosa tristeza que amenazaba por convertirse en hipocondria.

Sentía ya el hastío de todo, la indiferencia por todo, sin haber gozado de nada.

Estaba resignada á su vida monótona, sin emociones.

Y sin embargo, esperaba de una manera dolorosa.

No sabía lo que esperaba.

Su esperanza era vaga, indefinida.

Se perdía en un misterio.

En el misterio de la vida.

Porque la vida es la esperanza.

Cuando se pierde la esperanza, se muere.

Cuando su organismo resiste, el desesperado se suicida.

CAPITULO XV

En que se habla largamente de monsieur do Coucardet y de los proyectos de éste, respecto á Ernestina.

Y hemos llegado al punto en que necesariamente hemos de ocuparnos de la historia de monsieur de Coucardet, al que conocemos como marido nominal, ó dígase aparente, de Ernestina.

Este individuo, como posición social, no era solamente conserge del inmenso caserón inmediato á la casita en que había habitado Filomena.

Era además cornetín de pistón en la orquesta de la Opera Cómica.

Clarinete de la música del segundo batallón de la Guardia de París.

Era además, cuando apareció en la escena Ernestina, estanquero en la calle Jacob.

Pero aun no era todavía conserge en la de la Abadía.

Coucardet (Antonio Felipe) tenía cuarenta y cinco años bien cumplidos cuando conoció á Ernestina y se enamoró perdidamente de ella.

Pero no anticipemos los sucesos.

Había nacido sobre el Sena, por obra y gracia del llamado Coucardet, mozo del lavadero, y de su amiga Anastasia la *Brunne*, es decir, la Morena.

Coucardet padre, no había tenido nombre.

Había aparecido ya de diez años listo y despierto, como buen pillete de París, en el lavadero, donde, andando el tiempo, ascendió á mozo ó garzón.

Pidió una plaza cualquiera.

Colocarse, en una palabra; porque, como él decía, estaba cansado de caminar errante á través de la vida y ansioso de fijar su posición.

—¿Cómo te llamas?—le preguntaron.

—Coucardet,—respondió con desenfado y con cierta prosopopeya, como pronuncia su nombre, un hombre célebre.

Nadie dió muestras de conocer la celebridad del pillete.

Su nombre, ó más bien su apodo, era allí absolutamente desconocido.

—Courcardet bien,—le dijeron;—pero los pronombres.

En Francia se llama pronombre lo que nosotros llamamos nombre, esto es, Juan, Pedro ó Diego.

—Coucardet sólo,—respondió el granuja, sin desaparecer de su tono la importancia.

—¿Quiénes son tus padres?

—No los he conocido.

—¿Dónde has nacido?

—En el universo, pero yo no puedo precisar el punto de lo infinito en que he aparecido hace diez ú once años, á juzgar fisiológicamente.

—¿Tu domicilio?

—La superficie de nuestro planeta.

—¿Tu profesión?

—Todas y ninguna.

—¿Tus conocimientos?

—Todo el Temple: (el Temple en París es lo que en Madrid el Rastro ó las Américas Viejas), y todas las estaciones de ferrocarriles y todos los vendedores responden por mí: decid Coucardet y está dicho todo.

—¿Y tus antecedentes judiciales?

—Yo he sido siempre un individuo honorable; no se me ha infligido ni dado el más leve castigo correccional.

Interesó á todos este originalísimo huérfano, se pidieron informes, y se encontró que era dócil, trabajador, inteligente y honrado.

Se le admitió, pues, y se le aplicó á las dependencias menores del lavadero.

Cuando se hizo hombre, esto es, á los veinte años, ocupó una plaza de garzón.

Una noche sentado en la borda del barco lavadero, fijaba abstraído una mirada melancólica en el Sena—Coucardet sentía ya la necesidad de una familia—de

improviso una parte de las aguas en que rielaba de una manera mate, pálida, y aun podía decirse siniestra, la luna, vió flotar algo blanco que se agitaba, produciendo un violento chapaleteo, y que provenía del inmediato Puente Real.

Era una mujer.

Sin duda al arrojarse al Sena la suicida, el aire había inflado sus ropas que habían hecho sobre la corriente una especie de aparato neumático que la había sostenido á flote, y como sucede frecuentemente á los suicidas, al tocar la muerte se había horrorizado, y por instinto de conservación pugnaba por libertarse de ella.

Coucardet no vaciló.

Se arrojó al Sena, nadó vigorosamente y llegó á punto en que la desdichada se sumergía.

La puso en salvo en el lavadero.

La suicida quedó aturdida, desmayada por completo bajo la luz de la luna.

Había acudido el guarda con su familia, únicos que con Coucardet se quedaban de noche en el lavadero.

La suicida era una joven, casi una niña de quince á diez y seis años.

A pesar de que la huella de una horrenda miseria aparecía en ella terriblemente acusada, la dominaba y la hacía conmovedora una notabilísima belleza.

A pesar de que la palidez, doble ó triple, de la miseria, de la enfermedad y del desmayo, y de que la luz de la luna la emblanquecía, no podía dudarse de que era densamente morena.

Tenía los cabellos opulentos, riquísimos, ondeados y bellos en su desorden.

Su traje no podía ser más exiguo, ni más pobre, ni más viejo.

Cuantas desgracias puede sentir una criatura sobre la tierra, aparecían en ella.

Sobre todo esto, que era ya bastantemente doloroso, la hacía extraordinariamente simpática la expresión de sufrimientos, sin esperanza, de dulzura y de bondad que no había podido borrar el desmayo, y al mismo tiempo la expresión de un horror infinito.

Los parisienses han nacido para conmoverse.

Precisemos: con la necesidad de las emociones fuertes.

Son avaros de ellas.

Por lo mismo, cuando se impresionan, son capaces de todo.

Tanto de la gran virtud como del crimen abominable.

Así hemos visto que en un momento de entusiasmo las damas que habían asistido al *debut* de Ernestina se habían despojado de sus joyas, haciéndola en algunos instantes una fortuna.

Coucardet y el guarda y su familia, esto es, su mujer y sus dos hijos, se impresionaron monstruosamente y tomaron á su cuenta y cargo, no sólo salvar á aquella desventurada, sino también el ampararla después que la habían salvado.

En cuanto á Coucardet, le había acometido una idea grave.

¿Le había enviado el Sena á la media noche, á la hora fantástica de los aparecidos, al mismo tiempo que sonaban vagas acá y allá, más cerca ó más lejos, una multitud de relojes, á aquella infeliz para que él la salvase, para que hiciese de ella una compañera, para crear con ella una familia?

Esta idea imprevista, que por sí misma como por resultado de la necesidad que sentía Coucardet de dejar de estar solo en el mundo le había acometido, se fijó en él, y muy pronto se convirtió en un amor que no tardó en elevarse á pasión.

Anastasia la Brunne, que era solícitamente cuidada, escapó con vida.

Luego, poco á poco, fué arrojando de sí su miseria, su anemia, y la pena cruel de su abandono y recobró la turgencia de sus formas, el brillo de su juventud y el encanto de su hermosura.

El lavadero en masa la había adoptado.

Se había tenido la delicadeza de no interrogarla acerca de su historia.

¿Y para qué?

Ella había resucitado en el Sena, que había sido como un Jordán de su vida pasada.

El suicidio, esto es, la expiación por la desesperación la había purificado.

Había tocado las puertas de la eternidad y desde ellas había caído otra vez sobre la tierra.

Había revivido en los brazos de Coucardet que la había salvado.

Por consecuencia, corte de cuentas.

Así á lo menos pensaban las buenas comadres del lavadero flotante del Puente Real.

Aquello acabó como debía acabar.

En casamiento.

De aquel casamiento vino al mundo el Coucardet de nuestro cuento.

Sus padres le educaron bien.

Querían que su hijo tuviese una profesión más productiva y menos penosa que la de mozo de lavadero.

Coucardet padre era muy aficionado á la música, y á los siete años metió á su chiquillo de aprendiz, por decirlo así, de niño de coro.

Aprovechó el rapaz, y á los nueve años era una delicia escuchar su voz argentina, sonora, purísima, extensísima, bajo las viejas bóvedas de Nuestra Señora de París.

El muchacho era travieso y díscolo y no muy bien intencionado.

No se le ocurría nada que no fuese ingénitamente malo.

Pero estaba bajo la triple férula de su padre, de su madre y del maestro de capilla, y mal que bien se le iba aleccionando, y esperando que cuando tuviese más años mejoraría de condición.

No habían pensado aquellas buenas gentes en lo de que: condición y figura hasta la sepultura.

Llegó el muchacho á los doce años, y no era sólo

niño de coro de la capilla de Nuestra Señora, sino que tocaba admirablemente el violín, el clarinete y el cornetín de pistón.

Desgraciadamente para él murieron sus padres del cólera asiático, con la sóla diferencia de algunas horas, cuando Coucardet acababa de cumplir los trece años.

Acompañó á sus padres al cementerio, lloró sobre la tumba, se enjugó al salir del cementerio las lágrimas, y en vez de ir á ponerse bajo el amparo del buen anciano maestro de capilla; se fué á un cuartel de infantería, se presentó al músico mayor, le dijo que acababa de quedarse huérfano, que era niño de coro de Nuestra Señora de París, que tocaba dos iustrumentos de viento, que á él no le tiraba la iglesia, y que iba á ponerse bajo el amparo de la bandera francesa, seguro de que había de ser contratado en la música.

Se le examinó.

Satisfizo cumplidamente.

Se tomaron informes.

Nadie tenía derecho á reclamar al huérfano, y la bandera francesa le tomó bajo su protección.

Coucardet fué contratado.

Esta predilección por la música militar, fué funesta y de una terrible transcendencia para Coudardet.

En el ejército acabó de picardearse.

Se hizo un mal bicho del peor género posible.

Sagaz, astuto y adulador con los jefes, era al par malévolo, camorrista, jugador, libertino y apegado á cualquier fechoría contra el prógimo, pero teniendo

siempre en cuenta fuese una de esas que pueden cometerse á espaldas de la ley.

Era hipócrita, y sabía hacerse aceptar por todo el mundo.

Llegó la guerra de Crimea, y con ella la expiación de todas sus picardías para Coucardet.

Había cumplido ya los cuarenta años.

Era un buen militar y un músico consumado.

Un día cornetín en boca, formando parte con un batallón de una columna de ataque, un obús que reventó en el aire, le alcanzó con uno de sus cascos, diagonalmente de arriba abajo, le hizo un destrozo en el vientre que le interesó la parte superior interna del muslo izquierdo, y le puso en términos que escapó milagrosamente con la vida después de tres meses de padecimientos crueles.

Se quedó completamente inútil para la familia, para el ejército, porque aunque al andar disimulaba su cojera, no podía correr, ni por consecuencia maniobrar.

En remuneración de sus servicios se le dió entrada en los inválidos.

Pero Dios ó el diablo no habían hecho á Coucardet para tal situación.

A más de esto un buen negocio le había solicitado.

Un estanco de tabacos en París es una excelente industria.

Para esta industria, como para otra cualquiera, es necesario un buen capital.

Pero le faltaba el estanco.

Coucardet, por sus buenos servicios tenía probabilidades de que se le concediese.

Se puso en contacto social.

Coucardet, con sus picardías y con su buen arte para captarse el aprecio de las gentes se buscó recomendaciones, por las cuales el estanco le fué concedido.

Y hé aquí, pues, en actividad á Coucardet.

Y no fué esto solo.

Aprovechó la vacante de una plaza en la música de la guardia municipal.

Hizo sus ejercicios como cornetín de pistón.

De una manera brillante.

La plaza se proveyó en él.

Para esto estaba útil.

La guardia municipal de París no maniobra.

No forma más que en raras ocasiones.

Se puede decir que tiene música por lujo

No sirve más que para dar conciertos públicos al aire libre, y gratis durante el verano dos días á la semana, durante dos horas por la tarde.

Puede decirse que es la gran orquesta de París.

La primera orquesta del mundo.

Verdad es que no hay en ella instrumentos de cuerda.

Pero no importa.

No hacen falta.

Pertenecer á la música del segundo batallón de la guardia municipal de París, es un honor, porque para ello es necesario ser un profesor de primísimo orden.

Podía llamarse á esta banda la Academia Real ó

Nacional (según la monarquía ó la República), de música á cuatro vientos, y en beneficio de los pobres que no pueden pagar ni aun los deleites del oído.

De donde resulta probado que la banda de música del segundo batallón de la guardia municipal de París, es no sólo filántropa, sino civilizadora, por aquello tan sabido de que *la música á las fieras domestica.*

De modo, que fuera de sus propensiones, el pícaro de Coucardet venía á ser una parte de un elemento humanitario y civilizador.

No hay libro malo que no tenga algo bueno.

De la misma manera no hay canalla por despreciable y depravado que sea, que no sea útil para algo.

Aunque no sea más que para satisfacer la vindicta pública cuando le ahorcan.

Coucardet había llegado á ocupar cierta posición, que le permitía vivir con desahogo y ahorrar.

Tenía dos ganancias: una como músico.

Otra mucho mayor como estanquero.

Podía comer suficientemente, beber más que suficientemente y jugar su piqué en el café Jacob, calle del mismo nombre.

Pero Coucardet era insaciable.

Su traquea estaba siempre dispuesta á todo lo que viniese.

El Océano, el Firmamento, es poco aun, el Universo, cabían por ella.

Vacó la consergería, ó la portería del gran casarón de la calle de la Abadía, con ciento cincuenta francos

mensuales, más otros tantos que prudencialmente podían atribuirse á los provechos dados por las vecinos.

Coucardet, con su buena manera y su don de gentes, obtuvo la portería.

Pero el hombre trabajaba como un azacán, y temía desgastarse.

Necesitaba una ayudante que le reemplazase en la portería la noche que trabajaba en la Grande Opera, las horas que le retenían los ensayos, ó los conciertos al airè libre.

Le dolía además el sueldo un tanto exagerado de dos buenas mozas que servían en el mostrador del estanco, y los trajes de éstas, que debían estar vestidas extrictamente á la moda, para ser más llamativas.

Su sócio capitalista se indemnizaba en parte, siendo el amante de una de ellas.

Pero Coucardet no podía tener esta compensación.

En fin, Coucardet estaba disgustado, porque decía que todo lo que tenía era menudo, de poca monta, y aflictivo por el trabajo que costaba.

Todo lo que no fuese una renta sólida de doscientos ó trescientos mil francos le parecía una bagatela.

Y el hombre tenía la seguridad instintiva de que un día poseería aquella renta tan anhelada.

Cuando Ernestina Flourdevie entró á formar parte de la compañía de la Opera Cómica, al verla en el primer ensayo, Coucardet sintió una emoción que se explicaba por estas palabras que se dijo á sí mismo con ansia:

—¡Oh! ¡la brava! ¡la buena hija! ¡si esa criatura fuese mía, habría yo hecho mi felicidad!

Y no sabemos si para que le ayudara al logro de su deseo, Coucardet le rezó al diablo.

Pero la verdad es que las cosas vinieron de una manera tal para la pobre Ernestina, que el deseo de Coucardet se realizó.

Seis meses después de la muerte de su padre, Ernestina cogió un catarro laríngeo, de resultas del cuál perdió la voz.

Los médicos la comieron sus ahorros, y acabaron por declarar cuando vieron que los recursos de la pobre joven habían dado fondo, que su afección era incurable.

Ernestina oyó impasible aquella sentencia de muerte.

Muerta para el arte, no había ante ella más que la indigencia ó la deshonra.

La indigencia era la muerte física por el hambre.

La deshonra era la muerte civil, más horrible aun para ella, dada la altivez de su carácter.

En el sentimiento moral de Ernestina había un fondo filosófico, un realismo inverosímil, extraño en ella, que propendía á todo lo poético, á todo lo soñador, á todo lo romántico.

—Y bien, —dijo, —nuestro destino definitivo es la muerte: no podemos escusarnos de ella: no sabemos cuándo sobrevendrá, ni si será soportable ó terrible: todo se reduce á saber cuándo se va á morir, y de qué muerte: cuando haya vendido mi último mueble, cuando haya gastado mi último franco, el Sena me ha-

rá el inestimable servicio de libertarme de todas mis necesidades.

Estas ideas no eran ciertamente muy católicas.

Pero representaban una dignidad intransigente.

Ernestina había sido criada en la opulencia y había empezado á estudiar la música, porque forma hoy parte de la educación de toda señorita ó de toda la que sin serlo, por pertenecer á familias humildes enriquecidas por el negocio, van á colegios de alto bordo.

Es lo más natural del mundo que un *hijo del trabajo*, como se llama hoy á los que, habiendo nacido desheredados han hecho con sus economías, con sus fatigas ó con su inteligencia una fortuna, quieran elevar la posición de sus hijos, dándoles una educación esmerada, ó dedicándolos á una carrera científica.

Esto tiene sus inconvenientes.

Pero lo repetimos, es muy natural.

Tiene por fundamento el amor paternal.

El más grande y á veces el más irreflexivo de los amores.

Nuestros hijos son nuestra alma.

Todo por ellos.

Cuando arruinado monsieur de Flourdevie fué á París á someterse á una posición servil, Ernestina entró, como se ha dicho, en el Conservatorio para perfeccionarse en la música, no ya como una cuestión de adorno, sino para hacerse de ella una profesión.

Había llegado á su objeto.

Delante de ella se había abierto una posición brillante.

Al perder la voz de una manera incurable, la había cogido una ruína total.

La indigencia.

Ernestina no conocía ninguna otra profesión.

Si hubiese sido tan fuerte en el piano como en el canto, hubiese podido dar conciertos.

Pero esto también es precario.

Sola en el mundo, joven y hermosa, estaba colocada en esta disyuntiva horrible: ó la muerte por la miseria ó la vida por la infamia.

Se decidió, pues, por el suicidio.

Y se resignó á su horrible suerte, como se había resignado á sus anteriores desgracias.

Pero no estaba escrito que el Sena la libertase de su desventura.

Por aquello de que el hombre propone...

Cuando se supo en la Opera Cómica que la pérdida de la voz de Ernestina era definitiva, sin remedio, hubo un hombre que sintió llena su alma de una alegría de demonio.

Ernestina indudablemente se ahogaba, y debía agarrarse ansiosa á un clavo ardiendo para salir otra vez á la ribera.

Coucardet con su don de gentes, con su hipocresía y con su larga esperiencia, había logrado hacerse estimar de Ernestina.

Pero por lo mismo que le estimaba en mucho, no

se había aventurado á probar hasta qué punto llegaba para él la estimación de la joven.

No encontraba en ella mas que una sencilla afabilidad, y de esto no se podía deducir nada, porque era afable para todo el mundo, aun para los que de una manera inconveniente la buscaban el bulto.

Esto sirvió de lección á Coucardet, que estaba atento á todo, para mantenerse en una prudente línea de reserva.

Pero cuando la vió sola en el mundo, sin recursos, perdida, repitió para sí aquella frase cínica que rueda constantemente por el mundo:

«Cuando la necesidad llama á la puerta, la virtud se vá por la ventana.»

Fué á visitar á Ernestina.

Esta, que era muy inteligente, le recibió de una manera cortés pero seria.

Y al mismo tiempo expeditiva.

Había dejado ver á Coucardet de una manera clara, hasta tal punto transparente que hubiera podido llamarse diáfana, que se ponía en guardia.

Coucardet se desconcertó un tanto, cosa rara en él, que no se desconcertaba por nada.

Se rehizo y dijo tendiendo la mano á la joven:

—Señorita, estoy desolado, desesperado por la terrible desgracia que la ha sobrevenido.

—Muchas gracias por vuestra buena voluntad, monsieur Coucardet,—dijo sencilla y naturalmente Ernestina.

—Yo siento por vos un afecto verdaderamente paternal,—dijo Coucardet,—y una profunda admiración como artista.

—Yo os lo agradezco con toda mi alma, monsieur Coucardet,—respondió siempre afable Ernestina.

—Creo de mi deber ofreceros mi amistad y mis más decididos servicios,—dijo Coucardet, metiéndose por desconcertado, en un terreno en que no hubiese debido entrar tan pronto.

—Vos sois muy bueno,—dijo Ernestina, que conservaba toda su sangre fría,—pero yo he tomado ya mi partido.

Hubiera sido una impertinencia indigna de Coucardet, el haber insistido.

Abrevió su visita, y se fué, murmurando al bajar las altísimas escaleras:

—No le basto yo; mira á más alto.

Al llegar á la portería, se metió en ella y dijo á la conserge, que era una respetable matrona de diez arrobas largas y de tal manera protuberante, que para verse los piés tenía que ponerse frente á un espejo de cuerpo entero.

—Necesito vuestros servicios, señora.

Y al mismo tiempo, y sin andarse en ambajes, la puso en la mano una moneda de oro de veinte francos.

La conserge hizo una grotesca reverencia, y dijo contrayendo sus gruesos labios y sus crasos mofletes en una mueca que quería parecer una sonrisa:

—¡Oh, y qué amable que sois, señor! Señor, yo estoy completamente á vuestras órdenes.

—Es necesario que vigiléis á una de las inquilinas.

—¿Cuál?

—La señorita de Flourdevie.

—¡Ah! exclamó la conserge, haciendo un gesto que parecía decir: «¡comprendo!»

Y al mismo tiempo aquel gesto dejaba ver otra frase: «¡buen bocado, pero muy caro, sino imposible!

—No importa,—dijo comprendiendo Coucardet,—vigiladla; necesito saberlo todo, todo; quién la visita, cuándo sale, cuándo no sale, á dónde vá, de dónde viene, cómo vive, cuál es su posición; lo que no podáis vigilar vos, mandad que lo vigilen otros, ponedme la cuenta, y servidme en cuanto os encargue; pedidme, pero servidme bien.

—Convenidos, señor,—dijo la conserge;—no quedaréis descontento de mí.

Durante ochos días madama Gibuyer, que así se llamaba la conserge, no tuvo nada que decir á Coucardet.

Iba á comer Frnestina al restaurant de siempre, y luego se iba al jardín de Luxemburgo y se volvía al oscurecer.

Y estas noticias, que no lo eran, le costaban su dinero á monsieur de Coucardet.

Monsieur Gibuyer y su obesa cónyuge, estaban de enhorabuena.

Habían encontrado un filón.

Pero á los ocho días Coucardet tuvo una noticia de sustancia, y de tal sustancia, que se le indigestó.

Un monsieur, alto, moreno, melenudo, que tenía todas las trazas de artista pintor por su traje, por su sombrero y por la manera de llevarlos, y que además usaba un bastón monstruoso, había visitado á Ernestina.

—¡Ah! ¡Turbot!—exclamó con acento rugiente Coucardet, conociendo á aquel individuo por las señas que de él le dió madama Gibuyer.

Y después de haberse enterado de que la visita había sido breve y al parecer no grata, porque el tal en cuestión había bajado renegando, Coucardet, trémulo de ira, salió disparado de la portería y se fué al taller de decoraciones de la Opera Cómica, donde trabajaba como ayudante del pintor, su jefe, el llamado Turbot.

CAPÍTULO XVI

En que se vé cómo se iban deslizando los sucesos para Ernestina y Coucardet.

Monsieur Turbot era otro tipo que debemos presentar á nuestros lectores.

Ya le hemos visto acometiendo á Ernestina en la plaza del Teatro Francés, y huyendo aterrado por la expresión de muerte de los terribles ojos de Luis.

Monsieur Turbot llevaba melena, sombrero y traje á la manera de los pintores, y la echaba de artista; pero en realidad, no era otra cosa que un oficial que molía colores, batía tintas, tiraba líneas, y hacía lo gordo, siempre bajo la dirección del maestro, del verdadero artista, que era uno de los más famosos pintores escenógrafos de París.

Turbot la echaba también de valiente.

Pero respecto al valor era tan nulo como respecto á la pintura.

Pero era un mohemio de primer orden.

Esto no se le podía disputar.

Era feo como un diablo.

Aumentaba su fealdad una gran mancha violada, rugosa, acosturonada que tenía en la mejilla izquierda, que le llegaba hasta el ojo del mismo lado, y que se lo remellaba, haciéndole parecer vizco.

Esta mancha, ó más bien esta cicatriz de quemadura, había sido causada por los celos de una cantante de café á quien Turbot había abandonado por una *ecuyere* del Circo Napoleón, que levantaba con los dientes cuatro quintales de hierro, y con ellos en la boca, hacía admirables ejercicios ecuestres.

Los celos de la abandonada, eligieron como medio de venganza el vitriolo, y un día en que Turbot pasaba triunfante por el boulevard, llevando del brazo á la heroína de la portentosa dentadura, sacó dos botellas de vitriolo y las estampó sucesivamente en los rostros de él y de ella.

Él escapó, quedando señalado para mientras viviera.

Ella fué mucho más lesionada.

La quedaron la mejilla derecha perdida y destrozada, y completamente perdido el ojo derecho.

Aquella venganza petrolera fué horrible.

La hermosa ninfa, destruída su hermosura, se vió reducida á bajar de las alturas del Circo Napoleón á las barracas de los saltimbanquis que recorren las ferias de las poblaciones pequeñas.

El amor ofendido y sañoso había destruído de dos

golpes y en un sólo momento, una gran belleza femenil y un expresivo semblante masculino.

Había cambiado trascendentalmente el destino de dos criaturas.

Los amores de París son terribles.

Verdad es que aquí hay también mujeres de alta barba que se vengan á puñaladas de sus amantes traidores.

Pero esto es porque la moda nos ha venido de París.

Turbot no escarmentó con esto, y siguió en su vida airada y echándola de buen mozo.

Coucardet y él, que podían llamarse compañeros, puesto que trabajaban en un mismo teatro, aunque en distinto género, habían sido y lo eran grandes camaradas de pesca, y con frecuencia se les encontraba en tabernas, en cafés, braserías y lugares mal afamados á donde sólo concurría la gente de bronce.

Desde el momento en que apareció en la escena de la Opera Cómica Ernestina, estos dos galafates se apasionaron de ella.

Pero estaban fuera de alcance y fueron prudentes.

Se consolaban hablando de ella, y no tenían celos el uno del otro.

—¡Bah!—decía Coucardet á Turbot,—me importa muy poco de tu pasión por esa hada; tú eres muy feo.

—A mí me importa menos tu locura por ella,—decía encogiéndose de hombros Turbot;—yo no sé por qué te has de enamorar tú.

—¡Oh! ¡El alma! ¡El alma!—decía suspirando Coucardet.

—Los amores espirituales me importan muy poco: si ella fuese capaz de enamorarse de ti, yo no tendría celos.

Pasó el tiempo.

Sobrevinieron las desgracias de Ernestina.

Turbot fué, como poco antes había ido Coucardet, á ofrecerla su protección.

Pero Ernestina ni aun siquiera recibió á Turbot.

Le dió con la puerta en las narices.

Sabía que se trataba de un hombre del peor género posible.

Se obstinó Turbot.

Ernestina le amenazó con que gritaría pidiendo socorro, si no se iba.

A esta intimación, Turbot dejó el campo y bajó echando sapos y culebras por la boca, como había dicho á Coucardet madama Gibuyer.

Coucardet se presentó airado en el taller de decoraciones del teatro.

Por acaso estaba en él sólo Turbot, en mangas de camisa, y moliendo colores.

Coucardet iba hecho un basilisco.

Sus pequeños ojos de color indefinible volteaban centelleando.

Una expresión de odio á muerte y de exterminio cruel, aparecía en ellos.

—¿Tú crees que puedes atreverte á todo?—dijo á

Turbot, extendiendo hacia él los brazos con los puños cerrados.

Turbot dejó su molienda, miró con extrañeza á Coucardet y echó ojo al rincón donde tenía su bastón ó más bien su maza de armas.

—¿Qué perro rabioso te ha mordido?—dijo poniendo el rostro más feroz que le fué posible.

—¡Tú has ido á verla!—dijo con acento trágico Coucardet.

—¡Ah! ¡tienes celos!—exclamó Turbot, dejando su aspecto amenazador y volviendo á su faena.

—Vengo resuelto á exterminarte.

—¿Y por qué causa? Si te ha recibido á ti como me ha recibido á mí, no sé qué derechos puedes alegar.

—Al que la posea le mato.

—Lo mismo digo yo; somos á lo que parece compañeros de desventuras; nuestra causa, pues, es común, formemos una estrecha alianza; muerte al que la posea.

—¡Tú renuncias!

—Me someto, lo cual es lo mismo: tengo el convencimiento de que es imposible para mí: ¡el maldito vitriolo! tú también puedes decir: ¡el maldito obús de Sebastopol!

—¡Ah! ¿por eso? y bien, yo no la amo, pero la codicio.

—¡Explícate!—dijo Turbot recogiendo con el cuchillo el azul cobalto que habia molido y poniéndolo en un platillo.

—Teniéndola yo bajo mi dominio, dirigiéndola, yo haría mi fortuna.

—Pero eso es enorme, monstruoso,—dijo Turbot, lavándose las manos.

—Ese es un negocio como otro cualquiera: mi estanco triplicaría, cuadriplicaría su venta.

—¡La quieres para ponerla en el mostrador de tu estanco! á propósito, dame tabaco; hace dos días que no fumo.

Coucardet sacó la vejiga y se la dió á Turbot, que se puso á cargar su pipa.

—Seamos razonables, y entendámonos: ¿crees tú que ella consentirá en rebajarse hasta tal punto?

—Ella será mi mujer.

—¡Tu mujer!

—Por lo menos, mi esposa.

—¿Pero qué esperanzas tienes?

—Espero en su desesperación.

—Una mujer como ella tiene siempre la fortuna delante de sí; y ahora que está de moda... ¿para qué ha hecho el buen Dios á los millonarios que saben darse la gran vida?

—Esa es una grosería de sentimiento, de que no es capaz otro que no se parezca á ti,—dijo indignado Coucardet:—tú no la conoces; ella se resignaría á todo para vivir honestamente: hasta pasaría hambre; pero tratándose del amor, es espiritualista como un diablo; ¿pues qué, no ha tenido ya ocasión? ¿no se la han hecho deslumbrantes proposiciones?

—Yo creo que todo consiste en que está enamorada de sí misma.

—No, es que sueña con un bello ideal.

—¿Y eres tú el bello ideal de su sueño?—dijo con un altísimo sarcasmo Turbot.

—No; pero yo puedo ser la tabla de salvación de su naufragio.

—¡Ah, monstruo! —exclamó Turbot: —te conozco, y creo muy posible que ella consienta; pero escucha, y escucha con atención: si no encuentra ella su ideal y te pertenece... ¡oh! ¡entonces ella y tú! yo puedo devorar mi pasión por ella, pero no podría dominar los celos que me causaría un hombre favorecido por ella: ó mía ó de nadie: yo tengo la certeza de la inutilidad de mi empeño: el vitriolo me ha puesto fuera de combate; pero puedo matar: ¡oh, desventurado de aquel á quien ella ame! ¡Ay de ella por haberle amado! ¡ay de ti porque no habrás sabido guardar el tesoro que yo te habré dejado en depósito.

Turbot hablaba con un verdadero trasporte y su abundante melena se encrespaba como la de un león irritado.

Era en aquellos momentos un actor trágico, en toda la extensión de la palabra.

—¡De modo que tú renuncias! —dijo Coucardet.

—Me resigno á mi desgracia, pero no me resigno á los celos. Cásate en buen hora si puedes con ella; pero guárdala, ó ¡ay de ti!

Esta extraña conversación de aquellos dos canallas

era la medida infame de la inmensa desgracia de Ernestina.

Los dos dignísimos camaradas se fueron á tomar un *bok* á la cervecería de la Camelia Imperial.

Los esposos Gibuyer siguieron prestando sus servicios de policía á Coucardet.

Esto le costaba un ojo de la cara.

¿Pero qué importaba?

Todos los negocios tienen sus gastos de preparación.

Tres meses después madama Gibuyer dijo á Coucardet:

—La señorita de Flourdevie ha apurado todos sus recursos; en su habitación no hay un solo mueble; al parecer no tiene más traje que el que lleva puesto; hoy no me ha enviado á buscar el almuerzo al restaurant.

—Ha llegado la hora de que yo vigile por mí mismo,—dijo Coucardet.

Y se metió en una taberna situada frente á la casa en que vivía Ernestina.

Era la caída de la tarde.

Sobrevino el crepúsculo.

De improviso salió de la casa una mujer, esbelta, gallarda y elegante, aunque sencillamente vestida.

Era ella.

Coucardet la había visto detenerse en la portería y dar un objeto á la Gibuyer.

Sin duda la llave de la habitación que abandonaba para no volver.

Era necesario seguirla sin ser notado.

Coucardet la siguió á la larga.

La marcha de Ernestina, aunque un tanto rápida, era serena.

No se notaba en ella ni debilidad, ni vacilación.

Siguió en un largo trayecto por las calles y llegó al fin al Puente Real.

Había cerrado ya la noche.

Coucardet vió clara la intención de Ernestina.

No había momento que perder.

Corrió.

Pero por mucho que corrió, cuando llegó, ya Ernestina se había sentado sobre el borde del puente vuelta hacia el Sena, y se inclinaba sobre él.

Coucardet estaba todavía á algunos pasos de distancia.

La situación era suprema.

—¡Deteneos en nombre de Dios, y por la memoria de vuestra madre!—gritó verdaderamente conmovido Coucardet.

Ernestina hizo un movimiento brusco.

Vió á Coucardet que se había lanzado á la carrera y que ya casi tocaba á ella. y se dejó caer.

Sonó el golpe en el agua.

Inmediatamente sonó otro golpe semejante.

Coucardet se había arrojado también al Sena.

Se había sumergido.

Nadaba con la firmeza de la desesperación.

Buscaba á Ernestina.

Al fin cogió sus ropas.

Hizo un esfuerzo prodigioso y logró subir con ella á la superficie.

La sostuvo con el brazo derecho, primeramente porque Ernestina estaba sin conocimiento, inerte, tal vez ya axfixiada, y valiéndose del otro brazo y de las piernas nadó con ella hacia un barco lavadero que estaba á la izquierda por la parte de abajo del puente.

Aquel era el mismo lavadero flotante del cual Coucardet padre, se había arrojado hacía ya treinta y cinco años al Sena para salvar á la que algún tiempo después fué su esposa y la madre del Coucardet de nuestro cuento.

Sin saber de dónde habían podido venir tan pronto, se había reunido un crecido número de curiosos sobre el puente y sobre los parapetos.

El espectáculo era extraordinariamente interesante y conmovedor.

El lavadero estaba todavía lejos.

Los bordes del Sena no estaban mas cerca.

Ernestina se había arrojado por la parte media del puente.

Coucardet, embarazado con su carga, nadaba penosamente y parecía muy fatigado.

Próximo á sucumbir.

Los espectadores gritaban pidiendo socorro.

Pero nadie se arrojaba al agua.

No se pagaban ya los cien francos que antes se daban por un salvamento en el Sena.

Se había abusado de esto.

Se había hecho de ello una industria.

Dos pícaros se convenían.

El uno se arrojaba al Sena y el otro le sacaba.

Cincuenta francos por cabeza, valían bien la pena de un remojón.

Sin duda porque había cesado esto ó más bien porque era el período más cruel del invierno y el agua debía estar muy fría, nadie se arrojaba á socorrer á los que se ahogaban, aunque en París abundan gentes que saben nadar.

Como que en el Sena hay numerosas escuelas de natación.

Al fin se destacó una lancha del lavadero flotante.

Iban dos hombres á los remos, otro al timón y sobre la negra superficie del agua se reflejaba la llama rojiza y luminosa de una acha de viento que tenía en la mano otro hombre que aparecía de pie en medio de la lancha.

Aquello era fantástico y siniestro.

En cuatro estrepadas llegó la lancha á los náufragos que fueron recogidos en el momento en que éstos iban á sumergirse.

Una exclamación inmensa y un largo aplauso, resonaron sobre el puente y los parapetos.

Los de la lancha saludaron levantando sus gorras.

Poco después estaban tendidos sobre el puente del lavadero y casi exánimes, Ernestina y Coucardet.

CAPÍTULO XVII

En que termina la historia de Ernestina, anterior á los sucesos corrientes de nuestra historia.

Restablecidos Ernestina y Coucardet, éste volvió á la carga pero de una manera grave.

Pidió formalmente á Ernestina su mano.

Ella le escuchó impasible y le dijo cuando hubo concluído:

—Vuestra soy, yo no puedo negaros nada, pero sabedlo; vos no tendréis de mí más que el cuerpo que sin vos, se hubiera convertido en un cadáver en el Sena; yo no os amo, no puedo amaros, no os amaré nunca, porque sois genialmente, espiritualmente, y de todas las maneras posibles, opuesto á mi modo de ser y sentir; la intimidad con vos será para mí un tormento.

—No sufriréis ese tormento, Ernestina,—dijo Coucardet mirándola de una manera hambrienta y deses-

perada; —ese tormento os mataría, y yo no he contribuído á salvaros para mataros; yo lo seré para vos todo; padre, hermano, amigo, todo, menos vuestro marido.

—Sea lo que fuere y cumpláis ó no lo que decís,—respondió Ernestina,—vuestra soy.

El casamiento se hizo.

Cuando las doncellas y los garzones de honor llevaron á la cama nupcial á los esposos y los dejaron en ella, Coucardet quitó la corona y el velo de desposada á Ernestina.

Besó luego aquellas prendas.

Las estrechó contra su corazón.

Luego las guardó en un armario.

Dió la llave de éste á Ernestina.

Después la estrechó la mano, la dió las buenas noches y salió sollozando por una puerta de servicio.

—¿Me amará este hombre hasta lo sublime?—exclamó Ernestina que no tenía confianza alguna en la buena fe de Coucardet;—es capaz de un tal sacrificio, ó es que hace la comedia para convencerme? y bien, yo no puedo amarle, me es repugnante, me parece un miserable, yo no comprendo esto; yo siento un misterio que no puedo explicarme; y bien, esto no es más que un compás de espera; en todo caso siempre hay lugar de morir.

Y Ernestina se acostó y durmió tranquila.

Los amigos de Coucardet, que fueron al día siguiente á visitar á los recién casados, notaron que Er-

nestina estaba *fraiche comm la rose* —fresca como la rosa,—y que Coucardet estaba pálido, lívido, macilento como un cadáver.

Aquel mismo día recibió Ernestina un anónimo.

Aquel anónimo la explicaba el motivo de la conducta de Coucardet.

Aquel anónimo concluía con estas palabras:

«¡Pero ay de ti si un día amas! ¡Ay de ti y de él si perteneces al hombre á quien tú ames!»

Esto nos revela que el autor de aquel anónimo era Turbot.

Ernestina se tranquilizó.

Quemó el anónimo y se resignó á su mala fortuna.

A lo menos no estaba ya desamparada, y nada tenía que temer del amparo que la dispensaba Coucardet.

No podía dudar de que Coucardet la amaba.

Así á lo menos lo creyó durante algún tiempo Ernestina.

Pero muy pronto los hechos la demostraron que no había en Coucardet nada que no fuese sórdido y miserable.

Apenas transcurrido un mes desde la fecha de su casamiento, Coucardet la dijo que para velar por los intereses de la casa era necesario que ella, como esposa de uno de los dos socios asistiese al mostrador, en el cual no podían estar por sus otras ocupaciones ni su socio ni él.

Ernestina comprendió que la utilizaba y que para utilizarla se había casado con ella.

¿Hasta qué límite irían los cálculos utilitarios de Coucardet respecto á ella?

Una de las dos buenas mozas tan pintarrajeadas y emperifolladas que servían el mostrador, fué despedida.

En su lugar, y como estanquera propietaria, apareció Ernestina.

Al día siguiente, uno de los diarios más populares y de mayor tirada de París, publicó en su primera plana un *entrefilet* ó suelto que decía así:

«Entre las historias inverosímiles, y las transformaciones bizarras de nuestro tiempo, hay que contar las que se refieren á la famosa *diva* que nos encantó por su belleza y por sus raras cualidades para el canto en el teatro de la Opera Cómica; nos referimos á la señorita de Flourdevie, desgraciadamente retirada de la escena por la pérdida de la voz, que todos los esfuerzos de la ciencia no han podido devolverla; sola en el mundo, sin más recursos que su genio musical que no podía utilizar, la señorita de Flourdevie prefirió la muerte á la miseria ó á la deshonra, y hubiera perecido en el Sena á no ser por la afección y por la apasionada solicitud de monsieur de Coucardet, bravo militar de Crimea, que con peligro de su vida, la salvó de una muerte segura; en agradecimiento de esta bella y conmovedora acción, la señorita de Flourdevie se ha transformado en madama de Coucardet, y de la escena lírica ha pasado al mostrador del estanco del despacho de tabacos que el gobierno ha dado al inválido monsieur de Coucardet en recompensa de sus servicios á la

Francia, situado en la calle Vivienne, 120. Es indudable que el tabaco que pase por las manos de la malograda *diva*, se impregnará del triple perfume de su belleza, de su juventud y de su genio artístico, etcétera, etc.»

Este reclamo, que costó á Coucardet un ojo de la cara, veinticinco francos por línea, produjo su efecto.

Coucardet se había desprendido de un billete de á mil.

Había gastado además un dineral en trajes y galas para Ernestina.

¿Pero qué importaba?

Era necesario instalarla dignamente.

Aquellos eran los gastos preparatorios de un gran negocio.

París es muy novelero.

La prensa reprodujo gratis el reclamo que había costado tan caro.

Se dió, pues, una gran campanada por la que acudió París en masa.

Todos necesitaban conocer á madama Coucardet, antes señorita de Flourdevie.

Ernestina estuvo durante quince días puesta en berlina.

Como si dijéramos, á la vergüenza.

Ella no vendía.

Pero estaba en la caja, á la vista de todo el mundo.

Fué necesario elevar á seis el número de las señoritas de mostrador que despachaban.

Se vendía de una manera enorme.

La afluencia de gente era considerable.

Y había que contar, no sólo á los que penetraban y hacían gasto, sino también la multitud de curiosos que formando un gran grupo se estacionaban delante del estanco.

En vano los sargentos de villa (agentes públicos), penetrando trabajosamente en aquel grupo que entorpecía la marcha de transeuntes y de carruajes, decían de tiempo en tiempo con voz monótona y pausada:

—¡*Circulons, messieurs et mesdames circulons!*—Esto es: ¡circulemos, señores y señoras, circulemos.

A los que se iban reemplazaban los que venian, y el agrupamiento no se aminoraba.

Esto es París: cualquier cosa le atrae.

Si la prensa dice que por el boulevard van á pasar en día y en hora señalados dos ratas blancas, de seguro que le boulevar se llena en toda su extensión de una multitud apiñada de seres racionales, que no quieren quedarse sin ver á los dos bichitos.

En todas partes sucede lo mismo.

Pero en mucha mayor escala en París; París es impresionable por excelencia.

Durante los quince días en que estuvo de moda Ernestina, Coucardet y su socio realizaron un portentoso negocio.

Se vendió tabaco por una fabulosa cantidad de francos.

Pero todo se gasta.

Todo pasa.

De improviso descendió la venta.

Fué necesario despedir á tres de las despachantes.

A los ocho días, de las otras tres sólo quedó una, que ayudaba á Ernestina.

Esta no se había prestado á acrecer el negocio.

Aun no había descendido de su educación y de su altivez hasta el punto de atraer.

Había permanecido ante la curiosidad pública seria y grave.

Había cortado en seco, y muy á los principios, los diálogos á que los concurrentes habían querido someterla.

Muy pronto se convencieron todos de que allí no había *pan partido*, como se dice vulgarmente.

Todo volvió á su situación normal, y al mes de la presentación en él de Ernestina, el estanco no vendía ni más ni menos que como había vendido antes.

Así pasó un año.

El socio de Coucardet que se había metido en otros negocios, quebró, envolviendo en su quiebra al estanco.

Coucardet no pudo sostenerse.

Le faltó capital.

Renunció al estanco.

Entonces llevó á Ernestina á la portería en que la hemos conocido.

Ernestina descendía rápidamente en la gradación social.

Cierto es que en las porterías de París hay también una gradación.

Que hay conserges de tal manera bien educadas y elegantes, que vistas en la calle ó en los espectáculos, parecen grandes damas.

Pero en el uso de sus funciones una conserge es al fin una conserge.

Por encopetada que sea, tiene que descender á una posición, que no se avienen bien ni con la educación ni con las costumbres de una dama.

El ser racional es un animal de costumbre y sentimiento: se va modificando á causa de la situación en que se encuentra.

Ernestina sólo conservó el espíritu de independencia de alma respecto al amor, ó mejor dicho, la ilusión de su bello ideal.

Por lo demás, se hizo avara y servicial como Coucardet.

Fué, en fin, una verdadera conserge.

En la portería travó conocimiento con Filomena, que vivía ya en la casita en que la hemos conocido.

Ella y Ernestina simpatizaron.

Se hicieron amigas.

Ya Ernestina, ya la criada de ésta, ayudaban á Filomena, le arreglaban la habitación y le hacían la comida.

Cuando Luis envió á Filomena sus marinas y su retrato á la acuarela, Ernestina se fijó en el retrato.

Era la primera vez que le llamaba la atención la imagen de un hombre.

Verdad era que Filomena no dejaba de ponderar las cualidades del que llamaba su hijo.

Ideas vagas, indeterminadas, acometían á Ernestina á causa de Luis.

Pero sin que se diera cuenta de ello.

No pasaba de serle simpático el joven moreno retratado.

Sea como fuere, la semilla había caído, por decirlo así, en el corazón de Ernestina y germinaba.

Pero cuando vino Luis, Ernestina al verle, se sobrecogió.

Sus ojos la abrasaron el alma.

De improviso se le presentaba el bello ideal en que había soñado durante tanto tiempo.

La explosión sobrevino.

Ya sabemos cómo fué aquella explosión.

CAPÍTULO XVIII

—

En que Luis comprende que pueden ser funestas las impremeditaciones tratándose del amor.

Luis pasó una noche agitadísima.

Todo lo que desde su llegada á París había pasado por él, había sido tan excéntrico, tan extraño, que su razón no podía explicárselo ni persuadirle de que no había sido un sueño.

Y sin embargo no podía dudar de la realidad.

Ernestina acababa de separarse de él.

Aun sentía en sus ojos, aun le conmovía poderosamente la mirada de fuego, encantadora y delirante de Ernestina.

Ernestina había resucitado.

Mejor dicho, se había restaurado.

Había dejado de ser la conserge resignada á su humilde situación.

Afable y servicial con todo el mundo.

Viviendo de una manera pasiva.

Había vuelto á ser la joven bien educada, espiritual, soñadora.

La había reintegrado en su verdadera naturaleza el amor.

Todas las violencias del sentimiento á que la había llevado el género de vida á que se había visto sujeta por su casamiento con Coucardet, habían desaparecido.

Ernestina se había olvidado radicalmente de ellas.

Había tomado su partido, aunque no se lo hubiese dicho á Luis.

Le había parecido prematuro.

Estaba resuelta á pedir civil y canónicamente la anulación de su matrimonio con Coucardet.

Inmediatamente se uniría de una manera legítima á Luis.

Ernestina no dudaba de que Luis sentiría una inmensa felicidad en unirse con ella.

Ernestina no conocía á Luis.

Es necesario conceder que cualquiera otra mujer se hubiese engañado como se engañaba Ernestina.

Luis le había dejado sentir transportes delirantes.

Estos transportes habían sido el resultado de su temperamento volcánico, si se nos permite esta frase, de Luis.

De su irreflexiva y voluntariosa é invencible propensión de Luis por la belleza.

Toda mujer hermosa no poseída por él, era para él una novedad imperiosamente incitante.

Un misterio irresistiblemente tentador.

Pero pasada la novedad, esclarecido el misterio, pasaba la influencia y sobrevenía el hastío.

Y era que lo que hasta entonces había sentido Luis por las mujeres con quienes había tenido aventuras, no había sido el amor, que únicamente puede llamarse amor el amor del alma.

Luis no había llegado aun, á causa de una mujer, más allá de los límites del materialismo.

Podía decirse, que sentía una especie de locura, de la cual no podía defenderse, por toda mujer incitante, locura que inmediatamente después que la poseía, se curaba.

Esto que le había sucedido con todas, le sucedía también respecto á Ernestina.

Pero ésta era la mujer de más valía que en sus aventuras más extrañas había conocido y poseído al poco tiempo de conocerlas.

Ernestina se le había revelado como una mujer singular.

Otras aventuras habían sido pasajeras, sin trascendencia.

Amores de marino.

Una vez levada el ancla, ahí te quedas costa amarga, y ojos que te vieron ir nunca te verán volver.

Ernestina había enloquecido por él; le había de-

mostrado de una manera indudable, que sentía por él una pasión completa, absoluta.

La fruición inefable de los sentidos, el amor del alma, de las entrañas.

Ella le había dicho trasportada:

—Yo he nacido para ti: para ti solo: por eso no he podido amar á nadie: yo sin conocerte, tenía tu alma en mi alma, y cuando te he visto, te he conocido, no he dudado de que tú eras el ser que yo ansiaba: el ideal de mi esperanza: por eso me he arrojado delirante de amor en tus brazos, como si te hubiera conocido, y te hubiera amado muchos años, muchos; ¿qué digo? una eternidad: en el momento en que te ví, en que me miraste, me sentí absorvida por ti, sometida á tu voluntad, ansiosa de confundir mi ser en el tuyo: ¡oh! ¡tus ojos! yo no puedo explicar lo que siento cuando tus ojos mezclan su mirada absorta, con la absorta mirada mía: ¿No es verdad que tú has sentido lo mismo que yo? ¿No es verdad que tú, como yo, no creías que hubiese en la vida, en esta miserable vida de aquí abajo una felicidad tan suprema, tan infinita?

Y no se podía dudar de que Ernestina lo decía esto con toda su alma, y de una manera vehemente.

Esto era serio.

Enmedio de todo, Luis era un hombre honrado, y sentia los deberes que impremeditadamente había contraído respecto á Ernestina.

Abandonarla, convertir en una desesperación horrible aquella inmensidad de amor, hubiera sido lo mismo

que cometer un crimen infame: uno de esos crímenes que no pueden perdonar ni Dios ni los hombres.

Y él estaba muy lejos de sentir la más pequeña pasión por Ernestina.

Lo más que sentía por ella era una excitación de los sentidos aun no completamente calmada.

Esto era hasta el punto de haber llegado en Luis la reacción á la razón.

Se sentía acometido por un arrepentimiento íntimo.

Habiendo adquirido derechos sobre él Ernestina, estos derechos se ponían entre él y Filomena.

Había llegado la hora de que él hiciera examen de conciencia.

De que investigara qué género de afecto ó de afectos sentía por la que hasta hacía tan poco tiempo había considerado su madre.

Empezaba para él una lucha terrible.

Mientras había creido su madre á Filomena, había sentido una pasión por ella de todo punto filial, exenta completamente de naturalismo.

Filomena había tenido en él el culto de una locura deliciosamente espiritual.

El no había sentido otra cosa.

Sin embargo, había dicho siempre cuando se había sentido impresionado por una mujer hermosa:

«Más hermosa es mi madre.»

Esta observación inconsciente no había alarmado la conciencia de Luis.

¿Qué tenía de extraño que él encontrara á su madre

más hermosa que todas las otras mujeres hermosas que había conocido?

No la veía más que de año en año; faltaba la costumbre, y cuando la veía, Luis se sentía impresionado.

Lo mismo le acontecía á Filomena.

Pero con la diferencia de que Filomena sabía que Luis no era su hijo.

Que le amaba de una manera doble, como madre y como amante.

Cuanto puede amar una criatura en la vida.

Luis creía su madre á Filomena, y su sentimiento moral le hacía creer que sólo como hijo la amaba.

Pero cuando la celosa Fanny sospechó la verdad, investigó y adquirió la certeza, cuando hizo la revelación de este secreto á Luis, y más aún, cuando la misma Filomena, confirmando esta revelación, le dijo: —«Tú eres un huérfano criado y amparado por mi marido y por mí,—Luis se sobrecogió.

Sintió, comprendió que la hermosura de Filomena le parecía incomparable, no por su piedad filial, no por su amor propio, sino porque sin saberlo estaba enamorado de ella, como si instintivamente la naturaleza le hubiera dicho:

—«No es tu madre; por eso la amas como mujer; y porque te crees su hijo, no sientes en todo la extensión el amor que ella te inspira, que ella te infunde, porque ella sabe que no eres su hijo, y te ama como una amante.

Por eso no puedes sentir por ninguna otra mujer más que una pasajera afección sensual.

No se pueden tener dos amores en el alma.

Tú eres el alma de Filomena, y Filomena el alma tuya.»

Se comprende, pues, la horrenda batalla que se libraba en el pensamiento, aturdido por Ernestina, de Luis, mientras ocupaba inquieto el mismo lecho de Filomena.

Un lecho purísimo que pudiera decirse conservaba aun el delicioso perfume del cuerpo y del alma de Filomena, de su hermosura y de su amor.

Luis comprendió entonces por qué Filomena había huido de él.

Había desaparecido.

¿Dónde estaba?

Era necesario de todo punto buscarla, encontrarla.

Ernestina había sido relegada.

El apasionado cariño de Luis por Filomena anulaba á Ernestina.

Luis maldecía su funesta propensión á la sensualidad.

Pero Filomena era antes que todo.

Luis tenía fiebre.

Llegó un momento en que no pudo resisiir aquel lecho en que durante tantos años había dormide, ó tal vez velado, pensando en él Filomena, como pensando en Filomena estaba desvelado y calenturiento él.

Al fin la fatiga de sus nervios, después de tantas

horas violentamente excitado, le rindió, y le hizo caer en un insomnio pesado, en una especie de sopor de calentura.

Por la mañana á las nueve una mano suave le movió dulcemente, y una voz conmovedora, enamorada, dijo:

—¡Luis!

Luis despertó, y cuando se desvanecieron en sus ojos las últimas sombras del sueño, vió delante de sí á Ernestina que le miraba enamorada.

CAPÍTULO XIX

En que se vé cómo se hizo más y más fuerte la unión de Luis y de Ernestina.

Le miraba como mira una mujer al hombre que es para ella su amante, su felicidad, su vida y su alma.

Con una mirada en que había alegría, deleite, trasporte, locura.

Y sobre todo, una expresión infinita.

La expresión de todos los amores que pueden enamorar el alma de una mujer.

Había en el semblante de Ernestina todo lo ardiente, todo lo puro y lo sensual á un tiempo; todo lo dulce y lo poético de una deslumbrante luna de miel.

Pudiera haber sido el admirable modelo de un pintor de genio que hubiese querido representar la infinita felicidad en la infinita hermosura.

Venía en un hechicero *deshabille* ó desaliño, como mejor queramos.

Una simple bata color violeta con adornos negros por traje y mal cogidos en una cofia de encaje las opulentas ondas de sus cabellos rubios.

Un traje íntimo, por decirlo así.

El de acabar de dejar el lecho.

—¡Oh, qué noche tan larga,—dijo con acento lánguido y fatigado:—¿cómo la has pasado: yo creí que no iba á amanecer nunca?

Luis se sintió de nuevo cogido por la influencia de Ernestina.

—Yo no sé si he dormido ó si he velado, ó lo que ha sido de mí: una embriaguez.

—¡Un delirio! el sufrimiento de una felicidad superior á las fuerzas humanas: yo no suponía... no podía suponer: tú me has llevado más allá, infinitamente más allá, de la realización de mi bello ideal: tú me has hecho sentir un amor que no podía adivinar; ¡oh! yo no me cambiaría por un angel: yo estoy glorificada.

—Yo tampoco tenía idea del amor que me has hecho sentir,—dijo Luis.

Sonaron en aquel momento golpes retumbantes, fuertes, repetidos, violentamente, al otro lado del tabique, en el cual se apoyaba la cabecera del lecho.

—¿Qué es eso?—dijo Luis.

—Eso es que trabajan,—dijo Ernestina,—son los albañiles, que abren una comunicación interior por la medianería de las dos casas: rompiendo un tabique habrá una puerta, que dará paso á la portería de la otra casa por el pasillo de la cocina de la tuya; esto será

más cómodo y más conveniente: tu madre y yo habíamos pensado en esto; pero como las casas eran de distintos dueños, no pudo hacerse: ha desaparecido la dificultad, puesto que las dos casas son ya nuestras.

—¿Cómo? ¡tan pronto!—dijo Luis.

—¡Ah!—dijo Ernestina de una manera singular:—tú no sabes hasta dónde llega la actividad de ese hombre, cuando se trata de un negocio: ha buscado á un notario, ha ido con él á ver á los dueños de las dos casas, que se han aprovechado de la ocasión: millón y medio la casa grande; cien mil francos ésta.

—Lo habíamos creído más caro,—dijo indolentemente Luis, como si sólo se hubiese tratado de desprenderse de una moneda de cinco francos.

Tenía un capital que le producía una renta de diez millones; no tenía la costumbre y no sabía qué hacer de tanto dinero.

Era fuerte, sobrio, desinteresado.

Sintió una especie de placer al saber que iba á soltar un millón, seiscientos mil francos.

Un placer semejante al que siente un hombre pletórico cuando le hacen una sangría.

En fin, que hay de todo en este mundo.

La avaricia infinita se toca con la infinita prodigalidad.

Sobre todo, así era Luis.

Y así son otros, que no paran sino hasta que se quedan sin un céntimo.

Pez con pez, como un pellejo vacío.

O más bien, como el gallo de Morón, cacareando y sin pluma.

Ernestina era una cosa semejante, aunque por distinto estilo.

Todo lo que no fuera realizar su bello ideal, satisfacer su insaciable sed de amor, le era indiferente.

Los golpes del trabajo de los albañiles continuaban.

Se oia la caída de los pedazos de la medianería.

—Dentro de tres horas,—dijo Ernestina,—la puerta estará terminada, y yo no tendré que salir á la calle para venir á servirte.

—¿Pero por qué continuar en la misma situación?—dijo Luis, viniendo á una observación lógica.

—¿Te olvidas de que yo llevo el nombre de un hombre, aunque este hombre no sea mi marido más que en el nombre, y aunque yo pueda hacer anular nuestro casamiento? Vivimos en un mundo que lleva su intransigencia mucho más allá de adonde lleva su corrupción: la hipocresía es la diosa de nuestro tiempo, y es necesario evitar, siendo hipócritas, que nos clave sus garras y sus dientes.

Más adelante pensaremos en lo que se debe hacer: continuemos como estamos por el momento: por lo mismo, y como yo soy todavía la conserge de mi casa, y mi marido anda en negocios, es necesario que yo haga mi servicio; te dejo, pues, por poco tiempo; ahí tienes en la otra pieza tu café con leche; vístete, y espera á Coucardet, que no tardará en venir con el notario: adiós.

Ernestina, envolviendo en una mirada de fuego á Luis, y mirándole de una manera enloquecedora, se fué.

Luis se quedó aturdido.

Su situación, respecto á Ernestina, se iba acentuando más y más.

Se enredaba.

Más aún, se enmarañaba.

¿Cómo burlar la buena fe, la confianza de aquella mujer que había guardado para él todas las virginidades, todos los encantos, todas las armonías, todas las poesías, todas las bellezas de su cuerpo y de su alma?

¿Qué había conservado un tesoro inestimable á través de los tristes y azarosos sucesos de su vida?

Ella en el candor de su creencia, segura de sí misma, se consideraba unida á él de una manera indisoluble, por la gracia, por la virtualidad del amor.

¿Y cómo prescindir de Filomena?

Filomena, á pesar de todo, continuaba siendo la pasión predominante de Luis.

¿Y cómo no?

¿Qué mujer en el mundo podía tener más derechos al amor de Luis?

La situación de éste era endiabladamente compleja, como dicen los políticos, cuando se encuentran en situaciones feroces, de las cuales no saben cómo salir.

Luis acabó de darse á los diablos.

Se vistió y salió á la otra pieza.

Los golpes de los albañiles, que continuaban trabajando para establecer la comunicación con las dos casas, seguían y decían á Luis:

—Tu intimidad encubierta con Ernestina se facilita; tú te casas.

—Eso será lo que Dios quiera,—exclamó Luis, procurando sobreponerse á la situación.

Sobre la mesa del comedor estaba sobre una estufilla para que no se enfriase el café con leche que había traido Ernestina.

Además en una cestilla muy coqueta había abundancia de pastas exquisitas.

El servicio era de plaqué argentado, de muy buen gusto, de porcelana del Japón y de cristalería de Bohemia.

El coñac relucía como topacio líquido en una botella.

En una cigarrera había una media docena de tabacos habanos de primera calidad.

Se le servía bien.

Estos detalles son muy apreciables.

Adornan lo necesario.

Están en carácter.

Luis tomó distraído el café.

Distraído encendió un cigarro.

Cuando hé aquí que se presentó monsieur Coucardet.

Venía vestido de una manera conveniente.

Como un hombre de ciertas circunstancias.

Le acompañaba otro hombre, en el cual se revelaba simultáneamente el tipo judicial y servicial.

—Buenos días, monsieur Luis, — dijo saludando profundamente Coucardet:—¿cómo os vá? ¿habéis pasado buena noche? tengo el honor de participaros que he cumplido vuestras órdenes: he buscado al honorable notario monsieur de la Hierviche, (aquí un característico saludo de monsieur de la Hierviche), que os presento: hemos visto á los dos propietarios, y el negocio está arreglado, concluído.

Todo esto había sido dicho con precisión, sin interrupción, con el acento y la manera correctas, animado el semblante por una sonrisa servicial é insinuante.

Y á pesar de esto había algo que protestaba, que mordía, que lastimaba y que ofendía, comprendido y transparentado, en la expresión y en el acento de monsieur de Courdadet.

Le sabía á diablos que Ernestina hubiera encontrado su bello ideal, y no lo podía disimular completamente.

Los hizo sentar Luis.

Se enteró del negocio.

Se convino en que á las dos irían á formalizarle.

Luis dió al notario un talón de un millón seiscientos mil francos contra el banco de Francia.

A las once Ernestina se le presentó elegantísima.

Hecha una diosa.

Había entrado por la comunicación secreta que estaba ya espedita.

—Yo creo que hoy almorzaremos,—dijo Ernestina, —vámonos al restaurant Cairón.

Algunos minutos después estaban en el mismo gabinete que la noche anterior.

Es inútil que asistamos al almuerzo que duró dos horas.

A las dos se concluía el negocio de la compra de las dos casas.

La una en millón y medio de francos.

La otra en cien mil.

La primera á nombre de Ernestina.

La segunda á nombre de Luis.

A Ernestina le parecía que para ella la desgracia había dado fondo.

¿Qué había de hacer Luis?

¿Estaría á su lado siendo siempre inmensamente feliz?

Se podía tener la seguridad de la aquiescencia de Coucardet.

Sobre todo, si cerdeaba siempre era tiempo de pedir la anulación del matrimonio.

Coucardet, á pesar de ser el marido de la propietaria de la casa, continuaba sirviendo la portería.

Esto no tiene nada de extraño en París.

Hay en él muchos conserges que son dueños de la casa cuya portería sirven.

Aquel es otro mundo.

Toda profesión, toda ocupación lícita, es allí honorable.

Un portero puede ser allí un señor.

¿Y por qué no?

Todo consiste en la educación y en la conducta.

Sobre todo en el dinero.

Monsieur de Coucardet no cambió de traje ni de costumbres, á pesar de ser el marido ostensible de una hermosísima mujer, que tenía noventa mil francos de renta, y un tesoro en alhajas, en encages, en trajes, porque Luis no cesaba en sus gastos á caño abierto en obsequio de Ernestina.

Tampoco dejó Coucardet ni la orquesta de la Opera Cómica, ni la banda de música del segundo batallón de la guardia de París.

Ni tenía tampoco mejor mesa.

Su vida era igual á la que tenía antes de que Ernestina conociese á Luis, se volviese por él loca y realizase su unión con él.

Tenía, es cierto, unos celos feroces.

Pero se los tragaba.

Una horrible envidia de Luis.

Pero se la sufría.

En compensación había llegado á hacer fortuna, aunque aquella fortuna no fuese realmente suya, sino de su mujer.

Pero él la administraba.

El la manejaba.

El tenía el placer de gozar perpetuamente, con la

fruición de este pensamiento: «Tengo en caja tantos ó cuantos miles de francos: esto va como la espuma: estoy en aptitud de emprender todo género de negocios: dentro de algunos años banquero: ese diablo de egipcio vomita oro sin cesar: indudablemente tiene alguna mina que no se agota: esto es un trasiego: Ernestina lo entiende: el zíngaro vomita de día en día con más fuerza y con más abundancia.

Pero Ernestina no se cuidaba de que Luis vomitase oro.

Esto le era de todo punto indiferente.

La bastaba su amor.

En cuanto á la portería, Ernestina no había vuelto á aparecer por ella.

Se había tomado para que fuese la ayudante de Coucardet, á madame Grandemére, una vieja todavía bien conservada, y aun con pretensiones, y coquetona, soltera, costurera en máquina de oficio, que vivía hacía un siglo en uno de los innumerables cuartuchos del piso más alto de la casa, y que desde que los conoció fué grande amiga de los Coucardet.

Cuando Coucardet se iba á sus ensayos, ó á los espectáculos, ó á sus negocios, madame Grandemére, no se movía de la portería, y desempeñaba todas las obligaciones anexas á la consergería.

Ernestina había ocupado y alhajado con gran lujo, el mejor cuarto principal de la casa, y no bajaba á la portería, sino para pasar por la puerta de comunicación á la pequeña casita de Luis, cuando Coucardet había

vuelto del teatro á la media noche, y madame Grandemére se había subido á las sublimes regiones en que tantos años había gozado de la existencia más ventilada del mundo.

En cuanto á Ernestina se daba una vida deliciosa.

A la hora del desayuno, iban á buscarse en sus carruajes, que los conducía cerca del lugar donde la noche anterior había indicado Luis á Ernestina la esperaría.

Bajaba de su carruaje, y se iba á pie á encontrar á la vuelta de la primera esquina, el carruaje en que la esperaba Luis.

Desde entonces hasta la media noche, los dos amantes permanecían juntos, almorzàban y comían juntos, concurrían á los espectáculos, hacían escursiones á los alrededores de París.

No se separaban más que algunos momentos por la noche, lo que tardaba Ernestina en cambiar de traje, en bajar á la portería y pasar por la comunicación interior al cuarto de Luis, y pasar en él la noche separándose antes del amanecer, en que Ernestina se volvía cada día más enamorada y más feliz á su cuarto, hasta la hora del almuerzo en que los dos amantes volvían á unirse.

De esta manera había trascurrido un mes.

Mes de tal manera dulce, que Luis se empalagaba ya de una manera insoportable.

Sus remordimientos ante su propio amor, ante su conciencia, por el delito de poseer á otra en el lugar en

que por su voluntad, por su pasión, por predestinación sólo debía estar Filomena, se le hacía de día en día más atormentador.

Sin embargo, Ernestina, sin pretenderlo, perfectamente confiada, le hacía conocer cada día un nuevo encanto que le retenía.

Luis no se comprendía á sí mismo.

¿Cómo podía amar al mismo tiempo á Filomena y á Ernestina, aunque fuesen de una manera distinta aquellos dos amores?

Luis no dejaba de avisar á la policía, y de poner en juego todos los recursos imaginables, sin reparar en los gastos, para averiguar el paradero de Filomena.

Ernestina le ayudaba.

No tenía celos.

No podía tenerlos.

Creía á Luis hijo de Filomena.

Por lo mismo deseaba que ésta apareciese.

La felicidad de Ernestina hubiera sido entonces completa.

Había estimado siempre, desde que la había conocido á Filomena, pero desde que conoció á Luis, su estimación se convirtió en amor.

En amor filial y apasionado.

En un amor reflejo, por decirlo así, del que sentía por Luis.

Pero Filomena se había perdido en un misterio impenetrable.

Al fin, no pudiendo pasar Luis más tiempo sin sa-

ber lo que de Filomena había sido, y no teniendo energía bastante para separarse de Ernestina, sintiéndose triste por su ignorancia, acerca de la situación de Filomena, propuso á Ernestina que se fuesen juntos á España á continuar allí sus investigaciones.

Esto debía embrollar más y más la situación de Luis, si se descubría el paradero de Filomena.

Pero en fin, Luis se propuso averiguarlo, por lo menos hasta el último punto posible.

CAPITULO XX

De cómo no hay felicidad que no tenga una nube negra que la oscurezca.

Ernestina era feliz de una manera absoluta, y podía decirse que Luis lo era á medias.

Gozaba de la gran vida de París al lado de una mujer deliciosa.

Pero no hay felicidad por segura que se la crea que no esté amenazada por sucesos inesperados.

La desventura acechaba de cerca á los dos amantes.

El artista Turbot no había escarmentado.

Tenía sed de venganza.

No podía dudar de la felicidad de Luis.

No había cesado de espiarlos.

¿Y por qué?

Todos los días su misma idea.

Había llegado la hora de destruir.

Pero Turbot no se atrevía.

Le causaba un espanto cerval Luis.

No había podido olvidar la terrible mirada de sus ojos.

Sentía á causa de él un pavor persistente.

Pero todo se modifica.

Todo se compensa.

Todo se nivela.

Los celos, la desesperación, la rabia, determinaban una nivelación en Turbot, con el terror que Luis le inspiraba.

Iba perdiendo la reflexión.

Sobreponiéndose á todo.

Siguiendo aquel combate de pasiones, los celos debían vencer al miedo.

Todo consistía en premeditar bien un golpe.

En asegurarlo.

Las dos tórtolas estaban muy lejos de pensar en una asechanza semejante.

Sobrevino además otro suceso, que más tarde debía ser de una trascendencia suprema para Luis.

Una tarde se le pasó á Ernestina ir á comer al restaurant de la *Porte Jaune*, esto es, de la Puerta Amarilla, en el bosque de Viccennes, junto al lago.

Era una hermosísima tarde de primavera.

Se ponía el sol.

Los dos enamorados se paseaban transportados el uno por el otro, á las orillas del lago.

Cerca del restaurant.

Era jueves.

Día de recreo para los estudiantes, los colegiales y colegialas de París.

El cielo estaba resplandeciente.

El lago azul y cristalino.

Los ramilletes de verdura, con su primaveral y fresco follaje se movían blandamente por una aura tibia y perfumada.

Los ánades, los cisnes, los patos, nadaban en las orillas con sus blancas alas levantadas y tendidas como las velas latinas de las barcas.

La luz del sol poniente, penetrando por entre las aberturas de la arboleda, producía cambiantes caprichosos de un efecto mágico.

A cada momento, á la aproximación de Luis y de Ernestina, un gamo ó un corzo, saltaban sobre el felpudo de tupida yerba en que pastaban, y se alejaban tranquilos porque estaban seguros de que no habían de perseguirlos.

A veces sobrevenía un aleteo de palomas que se levantaba de sobre el denso felpudo.

Estaban allí en un encantador consorcio la naturaleza y el arte.

Todo convidaba á la molicie, al amor, al placer.

París, cuida sus seducciones, sus encantos para atraer á los extranjeros ricos y sensuales, y arrebatarles dulcemente su dinero, hasta dejarles si pueden en calzoncillos blancos, ó sin calzones de ningún género.

París es una tela de araña deslumbrante.

¡Ay de la mosca que se enrede en ella!

De improviso, y al ir á volver un recodo de la orilla, se oyeron cerca deliciosas voces femeniles, voces de niñas.

Al volver el recodo, Ernestina y Luis vieron un islote cubierto de una tupida arboleda.

Entre aquel islote y el lugar de la orilla en que se encontraban, pasaba un canal cuya anchura no era menor de sesenta metros.

El sol hería de través su superficie límpida, arrancando de ella destellos dorados, luminosos.

Sobre aquella brillante superficie trasparente, había algunas lanchas que en el lago de Viacennes están á disposición de los paseantes que quieren alquilarlas.

Mas allá, en la otra parte del lago, había otras cuatro ó seis lanchas á bastante distancia.

Todas estaban tripuladas por colegialas del Sagrado Corazón de Jesús, según dijo á Luis Ernestina que las reconoció por sus trajes.

La lancha que estaba dentro del canal y en la parte media de su longitud, había sido llevada allí por una ligera corriente.

Era pequeña y remaba en ella una de las colegialas.

¿Por qué esto?

Un capricho sin duda.

Era hermosísima.

Llevaba con una elegancia snprema su traje de colegiala.

Parecía cuidadosa por la corriente que la arrastraba y hacía esfuerzos con los remos para virar en demanda de las otras lanchas que se veían á lo lejos, que eran mayores y en cada una de las cuales iban ocho ó diez colegialas.

Apenas vió Luis la maniobra de la joven de la lancha, se soltó del brazo de Ernestina, y se quitó apresuradamente el levita, el chaleco, los zapatos y el sombrero.

—¿Por qué haces eso?—dijo Ernestina.

—Porque esa criatura es muy mala marinera, quiere virar en redondo, maneja muy mal los remos, la lancha vá á *chavirar* y á echarla al agua; sino sabe nadar, antes de que puedan llegar á socorrerla desde allá si la ven, habrá tenido muy bien tiempo de ahogarse.

Aun no había acabado de decir esto Luis, cuando ocurrió el fracaso.

Se volcó la lancha.

Sonó un grito desgarrador de ¡socorro! y se vió á la colegiala flotando á penas y á punto de sumergirse.

Luis se arrojó al agua, y en tres brazadas llegó á la náufraga, la cogió, la puso sobre sus espaldas y nadó hacia la otra orilla que estaba más próxima.

Ernestina veía esto con un despecho instintivo.

Luis llegó á la otra orilla.

Cargó sobre sus hombros á la colegiala.

Esta quedó inerte.

Estaba sin duda desmayada.

Luis se metió con ella entre los árboles.

Ernestina sintió un impulso de lanzarse al agua y de seguirle.

Pero no sabía nadar.

Sabía ya lo que era ahogarse.

Conocía el terror de la muerte.

Esperó con ansiedad.

Pasaron algunos instantes.

Al fin volvió á aparecer Luis.

Venía solo.

Se arrojó al agua, nadó y llegó á donde demudada y trémula le esperaba Ernestina.

Luis venía desencajado, sobrexcitado.

—¿Y bien?—dijo Ernestina con un acento singular en que parecía vibrar algo sordo semejante al preparativo del rugido de la leona.

—La he dejado allí;—respondió Luis, que se ponía los zapatos;—he procurado en vano hacerla volver en sí; me he venido porque mira, han visto el suceso, y las otras lanchas vienen á buscarla; vámonos, quiero excusarme de demostraciones de agradecimiento.

—Sí,—dijo secamente Ernestina,—vámonos, es necesario que enjugues tus ropas.

Se volvieron al restaurant, delante de cuya puerta estaba un carruaje.

Tomaron un gabinete.

Mandaron encender la chimenea.

Luis secó sus ropas.

Después de esto comieron.

Ernestina se había dominado.

No volvió á hablar á Luis de la educanda.

Luis tampoco habló más de ella.

Pero entrambos, aunque querían disimularlo, tenían el semblante contraído.

La comida fué triste.

Silenciosa la vuelta á Paris.

Ninguno de los dos, cada cual por su razón, podían olvidar á la educanda del Sagrado Corazón de Jesús.

CAPITULO XXI

Que termina en una trajedia que era de esperar.

¿Pero en fin, qué podía decir Ernestina á Luis?

¿Qué cargo podía hacerle?

Salvando á la náufraga había cumplido con un deber.

¿Pero por qué estaba tan ceñudo?

Sin duda porque había visto una expresión de celos en el semblante, en la mirada, en el acento con que le había hablado y le había observado.

El mal humor de Luis podía ser una protesta de su amor lastimado

Porque al grande amor se ofende extraordinaria, inconmensurablemente los celos injustificados, y le irritan.

¿Y luego, á qué título aquellos celos?

Debía haber ofendido á Luis, porque estos celos, á

ser infundados, presuponían en Luis una acción infame de que Ernestina no le creía capaz.

Se arrepintió Ernestina de sus celos.

Se curó de ellos.

Se propuso contentar á Luis.

Lo logró completamente.

Renació la buena armonía.

Luis se fué á su casa á cambiar de vestido.

Ernestina cambió también de traje.

Luego se fueron á la Grande Opera.

Después cenaron en la *Maison Dorée*.

El incidente del lago de Viacennes había sido completamente olvidado.

Volvieron á sus casas á las doce de la noche.

Poco después Ernestina, como de costumbre, entraba en el cuarto de Luis por la comunicación de la portería y cerraba la puerta con llave.

Aquella noche se habían retirado muy tarde.

Ernestina acababa de llegar cuando sonó la una en el péndulo del dormitorio.

Aquel mismo péndulo en el cual tantas veces había oído sonar todas las horas de la noche Filomena desvelada, con el ardiente y ansioso recuerdo de Luis en el pensamiento.

¿Quién sabía dónde estaba Filomena, ni con qué ansia pensaría en Luis?

Y si es cierto que el pensamiento de los que nos aman, cuando nos busca atrae nuestro pensamiento por ellos, Filomena en aquellos momentos debía estar

poseída por un infinito sentimiento por Luis, porque Luis sentía llena su alma y su ser entero por Filomena.

Ignoraba lo que de ella había sido.

Temía no volver á encontrarla.

Si la encontraba, los excesos de su vida dificultaban más y más su unión con ella.

Y bajo el sentimiento que Filomena le causaba, había otro sentimiento reciente pero poderoso, cuya misteriosa influencia atormentaba á Luis.

El recuerdo de la educanda del Sagrado Corazón de Jesús.

Aquella criatura le había fascinado á pesar de estar dominada por un desmayo, cerrados los ojos, y por consecuencia sin el poder ni la fuerza de su mirada.

El recuerdo de esta criatura le atormentaba de una manera extraordinariamente poderosa.

Dominado por la fascinación que le causaba la grande hermosura en la mujer, embriagado por la de la joven desconocida, transportado, enloquecido, había cometido una iufamia.

Uno de esos enormes pecados para los cuales no hay perdón posible.

Inmediatamente después, había sobrevenido la reacción.

Luis se había avergonzado de sí mismo.

El remordimiento de su mala acción le había acometido.

Le había hablado de una manera imperiosa.

Y se oían las voces de los que se acercaban en busca de la educanda.

Luis para proveerse de pruebas que demostrasen su responsabilidad de aquella mala acción, había quitado rápidamente á la desmayada la cinta de seda azul que con la medalla del Corazón de Jesús llevaba á la garganta y uno de sus brazaletes.

Luego había huido.

Había atravesado de nuevo el canal y había llegado hasta Ernestina, celosa por su desaparición entre los árboles con la educanda.

Después Luis había disimulado y había logrado, como se ha dicho, desvanecer los celos de Ernestina.

Todo esto combatía á Luis cuando Ernestina sobrevino.

La expresion de su semblante estaba en armonía con la perturbación de su alma.

Ernestina lo notó y volvieron sus recelos.

Era inmediata una explicación.

El amor de Ernestina era bravo é intransigente.

De improviso se oyó, partiendo al parecer de la portería, una voz desesperada que gritó:

—¡Socorro! ¡al asesino!

Aquella era la voz de Coucardet.

Pero aquella voz no se repitió.

Inmediatamente después de haber cesado se restableció el silencio.

Uno de esos silencios que espantan, porque están llenos de un misterio terrible.

Luis y Ernestina se habían quedado absortos.

Dominados por ese estupor que cansan las terribles emociones inesperadas.

Aun duraba su sorpresa, cuando interrumpido el silencio, sonaron grandes golpes apresurados, formidables, en la puerta de comunicación, que instantáneamente se abrió con el crujimiento de sus astillas y el estridor de la cerradura forzada.

Ernestina y Luis acudieron.

Pero antes de que llegasen á la puerta del dormitorio, se lanzó en él un hombre descompuesto, frenético.

Venía con la cabeza descubierta.

Revuelta y erizada la melena.

El semblante pálido, lívido y contraído como el de un espectro sanguinario.

Extraviados y relampagueantes de un furor mortal los ojos.

Blandiendo un bastón monstruoso, cuyo puño era un martillo enorme.

Nuestros lectores han reconocido indudablemente á Turbot.

Turbot había acabado de enloquecer de celos, de desesperación.

Había sentido la necesidad rabiosa de vengarse, exterminando á los que de tal manera le atormentaban con su felicidad.

La pasión se había sobrepuesto en Turbot al pavor que le hacían sentir los terribles ojos de Luis.

Sus ojos de muerte.

Aquel día, ó más bien aquella noche, como tantas otras, había acechado la puerta de la casa de Ernestina, envuelto en la sombra, al pie del muro de la Abadía de San Germán de los Prados.

Llegaron.

Ernestina se apoyaba indolentemente en el brazo de Luis.

Su voz deliciosa estaba conmovida.

Una decisión formidable empezó á germinarse en el enloquecido pensamiento de Turbot.

Pasaron algunos minutos antes de que la decisión le condensara.

Al fin Turbot, puesto fuera de sí, se lanzó á la puerta de la casa, y tiró del llamador.

Coucardet, que estaba metido en la alcoba de la portería y acostado, y que acababa de ver pasar en medio de un furor sordo á Ernestina por la puerta de comunicación á la casa de Luis, creyendo que quien llamaba era uno de los inquilinos, tiró del cordón que pendía junto á la cabecera de su cama.

La puerta se abrió inmediatamente.

Turbot se lanzó furioso en la portería y llegó á la alcoba.

—Ya es hora de que me pagues tu deuda,— exclamó con voz ronca:—tú te has vendido de una manera infame.

Y levantó su maza sobre la cabeza de Coucardet.

Este gritó.

Pero no pudo repetir el grito.

La maza de Turbot había caído desaforadamente sobre su cráneo y le había fracturado horriblemente.

La muerte había sido instantánea.

A seguida, con una rapidez vertiginosa, Turbot forzó la puerta de comunicación, introduciéndose furioso en la habitación donde se encontraban Luis y Ernestina.

—¡Ah! ¡miserable!—exclamó Ernestina al reconocerle.

Pero no pudo decir más.

Cayó por tierra herida en la cabeza por un golpe de maza de Turbot.

Pretendió enseguida herir á Luis.

Pero éste con la bravura de una fiera, se arrojó sobre él.

Le cogió el bastón.

Se lo arrancó.

Luego le hirió con él de tal manera, que Turbót cayó como herido por un rayo, sin producir ni siquiera un gemido.

Luis quedó entre los cuerpos de Ernestina y de Turbot.

Luis se precipitó á socorrer á Ernestina.

No había muerto.

En cuanto á Turbot, Luis no se ocupó de él.

Al ver que Ernestina vivía, Luis corrió á la cama, cogió una sábana, la rasgó y procuró contener la sangre que corría en abundancia de la cabeza de Ernestina.



LIT. PALACIOS. ARENAL. 27. MADRID.

Se arrojó sobre él...

Al mismo tiempo gritaba de una manera desaforada, pidiendo socorro.

No tardaron en acudir algunos de los vecinos de la casa y algunos sargentos de villa.

Sobrevino á poco el comisario del distrito.

Se encontraron muertos á Coucardet y á Turbot, y gravísimamente herida á Ernestina.

A la primera pregunta que el comisario hizo á Luis, éste respondió:

—Él ha matado á Coucardet y ha herido á su muger, y yo le he matado á él por el derecho de legítima defensa.

Luis fué conducido al Depósito, esto es, á la prisión preventiva.

Ernestina al hospital de la Caridad.

Turbot y Coucardet á la Morgue.

El juez se incautó de los efectos y muebles existentes en la portería y en la casa de Luis.

CAPÍTULO XXII

En que se vé que la fatalidad continuaba persiguiendo airada á la familia de Figueroa.

Había en el colegio del Sagrado Corazón de Jesús de París por aquellos tiempos una educanda singularísima por lo característico de su tipo, por su inteligencia y por sus grandes prendas morales.

Tenía veintidos años, y era la de más edad con mucha ventaja de las pensionistas.

Se la consideraba mucho por la superiora, por las otras religiosas y por las profesoras.

Contribuía á esto en gran manera la gran fortuna de su abuelo, que era millonario, y los espléndidos regalos que frecuentemente hacía al establecimiento.

Catorce años antes, cuando su nieta sólo contaba ocho, se presentó con ella á la superiora del Sagrado Corazón un caballero, por su tipo y por sus maneras, un gran señor.

Había en él algo de egregio.

Algo de la expresión que representa la posesión de una autoridad suprema, una inveterada costumbre del mando absoluto, algo de eso que en el sér humano revela indudablemente una potestad, sea del género que fuere, y que se impone á todos y se hace respetar de todos.

Este señor, á pesar de su avanzada edad y de sus cabellos y de su barba blancos como la plata, era esbelto, gallardo, y por decirlo así, de una grande vitalidad y de una gran fuerza física.

Era alto, enjuto, nervioso, y vestía con fácil distinción; pero según la moda de algunos años antes, como conviene á los hombres de edad.

Su tipo era excepcional, así como el de su nieta, magnífica niña de ocho años, con la cual se presentó á la superiora del colegio.

El color de ambos era moreno intenso, pero límpido y encendido en la niña y de un tono delicioso, mientras que en el viejo tenía algo de atezado, de cobrizo, de terroso.

La superiora se sorprendió al verlos.

Creyó que se habían levantado de sus viejos sarcófagos del museo del Louvre un viejo rey y una joven princesa de Babilonia.

Dos representantes de la dinastía de los Faraones.

Tales eran de puramente típicos y originarios los rasgos egipcios del viejo y de la niña.

Y en ambos la hermosura y la distinción eran extraordinarias.

En la niña fresca, hechicera, incitante, á causa de su desarrollo prematuro y poderoso.

En el viejo, grave, dominadora, imponente, con esa potestad de los años que hace monumentales las bellas obras artísticas.

Las cabelleras ricas.

Negra con tornasoles azulados la de la niña: blanca como la plata, así como su barba, la del viejo.

Las frentes altas, espaciosas, serenas, en que parecía trasparentarse una gran inteligencia y una gran fuerza de carácter.

Los ojos enormes, rasgados, de una forma hermosísima, de mirada llena de vida hasta la exuberancia, misteriosos, dominadores, dejando ver de tiempo en tiempo una expresión bravía, luciente, ardiente, fascinadora, llena de aspiraciones en la niña, de melancolía y de tristeza en el viejo.

Y luego bellamente conformados, esbeltos, ágiles, fuertes.

Sobre todo esto rebosaba su distinción una distinción por sí misma, una misma expresión heredada de generación en generación.

Acompañaban al anciano y á la niña otras tres personas, en quienes se revelaban los mismos rasgos típicos, pero en una relación muy inferior.

Los dos primeros tenían el carácter indudable de grandes señores.

Los tres últimos el sello de la servidumbre, aunque esta servidumbre fuese tolerable y aun honorable.

Eran un eclesiástico, un seglar y su mujer.

El primero era el director espiritual de la joven princesa, que así podía llamársela sin impropiedad.

Los otros dos, la mujer y el hombre, esto es, el matrimonio, el ayo y la aya.

El anciano se dió á conocer á la superiora como español, bajo el nombre de don Luis de Figueroa, y como abuelo de la señorita doña María de los Milagros de Figueroa, que debía quedarse en pensión en el Sagrado Corazón de Jesús.

El eclesiástico fué dado á reconocer como confesor y encargado superior de Milagros.

Los otros dos como su ayo y como su aya.

Milagros iba ya bastante instruída por uno de los principales colegios de Madrid.

Pero su abuelo quiso que perfeccionase su educación, y que durante las vacaciones viajase por Europa.

Sobrevino la muerte de Pedro de Figueroa.

Abrumado por las horrendas desgracias que habían pasado por él y por su familia, había pretendido Luis arrancar de la maldición que él creía pesaba sobre él á su nieta Milagros.

Había pretendido descastarla, por decirlo así.

Apartarla por lo menos de la gitanería.

Modificarla, darla otra educación y otras costumbres.

Así fué que á los tres años Milagros salió de la

casa paterna para ser confiada á un excelente matrimonio que tenía uno de los primeros colegios de señoritas de Madrid.

Desde que salió de ella Milagros, no volvió la Manclayí á la quinta ó palacio de su abuelo el Oclay en el barrio de las Peñuelas.

Los *bato-purós*, ancianos ó alcaldes que constituían lo que podía llamarse el estado, la dirección, el gobierno de la gitanería, celosos por el bien de su pueblo y amantes de su ley, preguntaban á Luis qué pensaba hacer de la Manclayí.

—No la volveréis á ver hasta que yo muera,—les decía siempre con estas ó semejantes palabras el Oclay; —pero entonces, cuando ella me herede, cuando la proclamemos, os alegraréis de que yo la haya educado bien, como debe educársela para que os gobierne en justicia para que sea una esclarecida Oclayí.

Los alcaldes de la gitanería se callaban, porque no tenían otro remedio que callar.

El imperio del Oclay sobre ellos, era autocrático, absoluto.

Cuando llegaban las vacaciones del colegio de Madrid, Luis se llevaba á su nieta á un puerto del Cantábrico ó del Mediterráneo, acompañado siempre de eclesiástico, del ayo y de la aya, todos gitanos, y que eran personas de su absoluta confianza.

Milagros no volvía de su expedición veraniega más que para volver á entrar en el colegio.

Ignoraba absolutamente que pertenecía á una raza

característica, que conservaba su carácter originario, que venía á ser excepcional entre las otras razas, y á la cual podía considerarse como la israelita, proscripta.

En fin, que era gitana.

Ni aun lo observaban sus compañeras, á pesar de que el tipo de Milagros era enérgicamente diferente del de las razas españolas.

¿Qué? era muy morena y muy hermosa.

Tenía los ojos grandísimos, poderosos, lucientes.

Los cabellos larguísimos y rizados.

Era esbelta, fuerte y brava.

Esto era todo.

La amaban por sus inapreciables prendas de carácter, por su apasionamiento por todo lo que era bueno, grande y bello, por lo expresivo y por lo ardiente de su amistad.

Confiada por Luis al Sagrado Corazón de Jesús, sucedió lo mismo.

Cuando llegaban las vacaciones, Luis se trasladaba á París, y se iba con Milagros, acompañada de su confesor, de su aya y de su ayo, ya á esta, ya á otra capital de Europa.

Luis quiso completar el trabajo del descastamiento de su nieta.

¿Pero qué pueden todos los esfuerzos humanos ante la influencia de los azarosos sucesos de la vida?

Segregada de su raza había vivido Milagros durante diecinueve años.

Lo que nos pasa durante los tres ó cuatro ó cinco años primeros de nuestra vida, lo olvidamos completamente, y si nos queda algún ligero recuerdo, es vago y nebuloso como el de un sueño.

Pero la raza, el temperamento, un no se qué, que podría llamarse un *quid divinum*, heredados por la generación, y cuya razón es un misterio, no hay nada que pueda cambiarlos ni aun modificarlos en el sér humano.

El lobezno, criado y desarrollado entre perros, se revela un día lobo.

El cachorro de tigre, educado entre gatos, dice un día por un acto de ferocidad terrible: tigre soy.

Milagros no sabía que era gitana.

Más aun, ignoraba que hubiese gitanería en el mundo.

Y sin embargo, por su tipo, por su carácter, por su apasionamiento, por su bravura, por su imaginación volcánica, sublimado todo esto por una educación superior, era una gitana excepcional, una gitana de primer orden, una gitana terrible que debía manifestarse muy pronto en todo su esplendor.

La tarde en que la hemos visto naufragar, dando á Luis la ocasión de salvarla de la muerte, era la de un día de salida y de recreo de las educandas del Sagrado Corazón.

La de un jueves.

Las señoritas habían tenido el capricho de solazarse en el lago con las lanchas que allí, como aquí en Ma-

drid, en el grande estanque del Retiro, están á disposición del público.

Sobre el capricho de sus compañeras, Milagros había tenido el de ocupar sola una pequeña lancha y capitanear la flotilla.

Se tenía por una buena marinera.

Ya sabemos lo que sucedió.

Las educandas que tripulaban las otras lanchas, que habían visto desde muy lejos, al accidente, que un hombre había sacado del agua á Milagros, que con ella desmayada había desaparecido entre los árboles, que algunos minutos después aquel hombre había vuelto á aparecer solo, que habia atravesado á nado el canal, y que había desaparecido con una dama que le había esperado, forzaron los remos, llegaron al islote en que indudablemente estaba Milagros, saltaron en él, y registrando entre los árboles, encontraron á Milagros que empezaba á volver en sí.

Las religiosas que acompañaban á las jóvenes, que todo lo habían visto, que todo lo habían temido, que habían buscado con ansiedad á Milagros, cuando la vieron se aterraron.

Sintieron sobre sí el peso de una responsabilidad enorme.

Las ropas de Milagros estaban en desorden, rasgadas en parte.

La faltaba la cinta y la medalla del Sagrado Corazón, y uno de sus ricos brazaletes.

Indudablemente habia tenido lugar una infamia.

Se apresuraron á reparar como pudieron la descompostura del traje del Milagros.

Alejaron á las otras educandas que estaban atónitas.

Dos de las religiosas se quedaron solas con Milagros para auxiliarla.

Las otras con las educandas volvieron á las lanchas.

Ya á este tiempo los marineros que servían al público, tripulando las lanchas de los que las alquilaban que no sabían tripularlas y no se habían apercibido de lo que sucedía, acudieron remando vigorosamente en dos lanchas.

Llegaron al islote, saltaron en tierra y encontraron á Milagros y á las dos religiosas que la socorrían.

A la llegada de los marineros, después de haber conferenciado como hoy se dice, determinaron que la una de ellas en una de las dos lanchas fuesen á decir á las otras que con las educandas estaban, se volviesen con ellas al Sagrado Corazón.

Inmediatamente la delegada se inclinó y se alejó.

La otra se quedó con Milagros, que ya empezaba á volver en sí.

Los marineros de las otras lanchas esperaban órdenes.

Ayudaron á la religiosa á socorrer á Milagros.

Cuando ésta volvió de todo punto en sí, cuando se esclarecieron completamente sus ideas, dejó oir una exclamación inarticulada en que se sentía la sorpresa, el dolor, el espanto, la ira, la desesperación.

Sus ojos tenían una tal expresión de fiereza, de indignación, de venganza sanguinaria, que hasta los mismos marineros se sintieron dominados.

Milagros, al recobrar completamente la actividad de sus facultadas intelectuales, había conocido, había sentido toda la gravedad de su situación.

Lo que la pesaba en el alma no podía explicárselo, se lo revelaba su instinto.

En el primer momento se puso pálida de una manera mortal, y luego la vergüenza hizo saltar toda su sangre á sus mejillas.

La religiosa estaba asustada.

No sabía qué decirla.

Los tres marineros callaban.

Milagros comprendió la perturbación de la religiosa, y dijo:

—Ni una palabra, ni una sola palabra, señora; yo no vuelvo más al Sagrado Corazón; pero os suplico que me acompañéis hasta la casa de mi encargado el padre Pérez.

—Sí, sí,—dijo aturdida la religiosa;—me parece que eso es lo mejor.

Milagros estaba en una situación lamentable.

En una de esas situaciones que hay necesidad de mejorar cuanto antes en la parte posible, para evitar gravísimas consecuencias.

Lo que en la parte física podía hacerse era librar á Milagros de la nociva influencia de sus ropas mojadas que se pegaban, que se ceñian á su cuerpo y que

la hacían mucho mal, causándola una especie de espasmo.

Los marineros de la otra lancha que allí se habían quedado, condujeron á Milagros y á la religiosa delante del restaurant de la Porte Jaunes, donde servicialísimos, con esa solicitud proverbial de las gentes de París, se apresuraron á mudar de ropas á la educanda náufraga, por lo cual acabó, por decirlo así, de salir del Sagrado Corazón de Jesús, despojándose hasta de su traje reglamentario.

La señorita del mostrador del restaurant, que era muy elegante, á más de ser muy bella, y que venía á ser del mismo empaque que Milagros, la proveyó de ropas interiores y exteriores.

Hay que advertir que en esto había, no sólo solicitud y benevolencia, sino también cálculo.

El brazalete que conservaba Milagros y sus pendientes, aunque muy sencillos, eran de gran precio.

Era indudable que se trataba de una señorita rica.

Tal vez á juzgar por su color moreno y por sus rasgos típicos de una criolla, de una peruana, de una chilena ó de una mejicana.

En fin, de la hija de una casa millonaria.

Y los millonarios pueden estar seguros de ser siempre extraordinariamente servidos.

Se la puso junto á una chimenea encendida.

Se la hiza tomar una tisana tónica.

Pero el estado de Milagros era alarmante.

Se había manifestado en ella una fiebre intensa.

No tardó en venir el carruaje de alquiler que se había ido á buscar.

Se metieron en él Milagros, la religiosa, y para ayudar á ésta en el cuidado de Milagros, la señorita de mostrador del restaurant.

Al frente de la caja se quedó, mientras ella volvía, la dueña del establecimiento.

¿A quién acompañaba aquella caritativa señorita, á su traje ó á Milagros?

A ambas cosas al mismo tiempo.

—Calle de Nuestra Señora de las Victorias,—dijo con voz ronca y febril Milagros al cochero:—hotel de Europa.

El carruaje partió.

Milagros se replegó en uno de sus asientos y guardó silencio de una manera significativa.

Como dejando entender que estimaría mucho que no la hablasen.

La religiosa y la señorita del restaurant hablaron muy poco durante el trayecto, que duró más de media hora, á pesar de que el cochero llevaba el carruaje, como vulgarmente se dice, por el aire, contraviniendo las ordenanzas municipales.

Le había dado en el olfato una buena propina.

Había visto que se trataba de un grave accidente, acontecido á una señorita muy rica.

A más de esto, Milagros había dado delante de él al entrar en el carruaje dos luises de oro á las camareras del restaurant que la habían servido.

Al detenerse el carruaje en la puerta del hotel de Europa, Milagros dijo á sus acompañantes:

—Os ruego, señoras, que os bajeis, que os volvais desde aquí; mi encargado irá mañana á entenderse con la superiora del Sagrado Corazon, y en cuanto á vos, señorita, tomad en memoria mía y en muestra de mi agradecimiento: mañana os llevarán vuestras ropas al restaurant.

Y dió á la señorita de mostrador de la Porta-Jaune sus pendientes, que eran de gran precio.

La señorita se deshizo en hiperbólicas manifestaciones de reconocimiento.

La religiosa alegó que ella no podía dejar de ver al encargado de Milagros para cubrir su responsabilidad.

Fué llamado el padre Pérez, que acudió á la puerta del hotel, sobresaltado, acompañado de los ayos de Milagros, marido y mujer.

Estos últimos se encargaron de Milagros.

Subieron con ella.

En cuanto al padre Pérez, tal como se encontraba, en sotana y solideo, se metió en el carruaje.

Este padre Pérez era aquel mismo gitano que por una rarísima excepción había seguido toda la carrera de la iglesia y llegado al sacerdocio, y que todavía joven había sido ayo de Pedro de Figueroa, padre de Milagros y le había acompañado en sus viajes.

La señorita de mostrador, por no perder tiempo, salió del carruaje, se metió en otro de alquiler que pasaba y se volvió á la Porte-Jaune.

En el Sagrado Corazón de Jesús, el padre Pérez, informado durante el trayecto por la religiosa, se dió por entregado de la superiora de la señorita Milagros de Figueroa, dejando á salvo la responsabilidad de aquel establecimiento de educación, y se volvió todo aterrado en busca del hotel de Europa.

Se dice que el último mono se ahoga.

El cochero que había traginado desde la Porte-Jaune, y sirvió más de dos horas, no obtuvo más que el precio de su servicio y una propina.

Nada en fin, lo que le puso de muy mal humor, que vino á recaer en el desdichado jamelgo: esto es, en el verdadero último mono.

Al día siguiente, la superiora del Sagrado Corazón de Jesús, recibió un fuerte donativo para el convento.

La cajera de la *Porte Jaune* sus ropas y el nuevo regalo de un bellísimo y rico aderezo.

Quince días estuvo gravemente enferma Milagros.

Durante estos quince días se cambiaron dos cartas entre el padre Pérez y Luis de Figueroa, abuelo de Milagros, que se apresuró á ir á París.

Ni una sóla palabra dijo á su nieta referente á la inmensa desgracia que le había acontecido.

No había ido, dijo, más que á causa de la enfermedad de Milagros.

Cuando ésta se restableció completamente del cuerpo, si no del espíritu, su abuelo se la llevó á Madrid.

Pero no la puso en contacto con los gitanos.

Se fué á vivir con ella en una casa que el padre

Pérez que había partido con anterioridad habia comprado en nombre de Luis, y había puesto con gran lujo en una de las principales calles del centro de Madrid.

Tal horrible perturbación había traído á Luis de Figueroa este suceso, que cada día creía más que sobre él pesaba una maldición de Dios, una predestinación funesta, á causa del terrible temperamento de Luis de Figueroa, se le había ocultado absolutamente la terrible infamia que había cometido, sin saber que la víctima era su prima hermana, Luis de Malespina á quien aquel suceso no le hacía ni aun sospechar la terrible transcendencia que debía tener en la historia de ambos.

CAPÍTULO XXIII

—

De cómo salieron de entre las garras de la justicia Ernestina y Luis.

Luis había sido conducido al Depósito de la Prefectura, ó prisión preventiva de París, donde se le había encerrado en una celda, dejando con él un vigilante.

El crimen ó crímenes de que podía ser responsable, según resultaba del proceso, eran de una graveda extraordinaria.

Era necesario evitar, que agoviado por su responsabilidad se suicidase el preso.

La justicia en Francia es muy previsora, muy ingeniosa.

No se deja suelto ningún cabo.

El comisario de policía, que había hecho las primeras diligencias judiciales, las había entregado al Prefecto.

Este las había pasado al Juez de instrucción.

En Francia hay para todo una grande actividad.

No ya sólo para los casos importantes, sino aun para los que no lo son.

Para la administración francesa no hay nada que no tenga una importancia relativa.

El mismo celo, el mismo empeño se muestra para lo leve que para lo grave.

Es una administración que apura hasta los últimos detalles, y que llena cuidadosamente el deber de la precisión gubernamental.

Luis, que no había pronunciado una sola palabra desde que había sido encerrado en la celda del Depósito, en otro tiempo prisión de la Consergería, y que se habia mantenido abstraído y sombrío, fué trasladado á la sala de declaraciones, donde le esperaba ya el juez de instrucción, á pesar de lo intempestivo de la hora.

Eran las cuatro de la mañana.

Luis respondió al interrogatorio con la verdad de los hechos, sin ocultar nada: ni aun siquiera el género de relaciones que tenía con Ernestina.

El sabía que esto no importaba nada.

Que era imposible una acusación de adulterio.

Primero, porque el único que aparecía con derecho para entablar aquella acción, monsieur de Courdadet, había muerto.

Después porque podía demostrarse por el reconocimiento que el adulterio era imposible.

Luis tuvo muy en cuenta al manifestar que conocía

esta imposibilidad, el quitarse de encima una circunstancia agravante.

El juez dictó el mandamiento de prisión con incomunicación y vigilancia inmediata de Luis, y el reconocimiento judicial en la Morgue de los cadáveres de Coucardet y de Turbot.

El juez se trasladó al hospital de la Caridad, donde se encontraba Ernestina, que no estaba en estado de declarar.

El pronóstico era gravísimo y reservado.

Luis fué conducido á Mazas.

Le raparon la cabeza y la barba, le pusieron el traje reglamentario, y le guardaron como se hubiera guardado una fiera.

Dos vigilantes permanecieron á su lado.

No sólo para guardarle, sino también para coger al vuelo cualquier palabra suya, cualquier indicio, que pudiera arrojar alguna luz sobre el proceso.

La prensa se había apoderado del terrible acontecimiento, y no teniendo datos concretos sobre él, á causa del secreto de las actuaciones, que en Francia es una verdad, cada periódico podía dar un desayuno sabroso á sus lectores, ó una comida excelente; habían inventado novelas con el mismo aplomo que si se hubiese tratado de una historia verdadera.

No se hablaba en París de otra cosa que del espantoso drama de la calle de la Abadía.

El telégrafo había difundido la noticia, no sólo por toda la Francia, sino por el mundo entero.

Los dibujantes de actualidades de los periódicos ilustrados afilaban sus lápices y sus inspiraciones, para ofrecer al público grandes escenas conmovedoras y horribles hasta la última exageración.

Había caído tela.

Se trataba de un crimen de gran calibre, en que se encontraba envuelta aquella admirable artista, llamada Ernestina de Fleurdevie, de la que no se habían olvidado los amantes del divino arte de la música, y que desgraciadaménte, por la pérdida de su hermosa voz, había descendido hasta casarse con el músico Coucardet, profanada por esto hasta el punto de ponerse en el mostrador de un estanco, y más tarte, lo que era más horrible descendiendo hasta la posición poco honorable, de conserge de un casarón, que podía muy bien compararse á un Arca de Noé según era de inmenso, y la diversidad, el género de sus habitantes.

En una palabra: París tuvo por algún tiempo un pastel sabroso.

De primera clase.

Más de un novelista y más de un dramaturgo, se aprestaba ya para escribir la novela y el drama sobre aquel proceso.

La literatura patibularia estaba de enhorabuena.

Pero se fué haciendo luz en el proceso, se redujeron sus proporciones, y la gran novela romántica, quedó reducida á un crimen vulgar.

Cuando Ernestina pudo declarar, estuvo perfectamente conteste con Luis.

Del examen pericial resultó, primero: que las heridas que habían causado la muerte de Coucardet y Turbot, y que habían estado á punto de matar á Ernestina, habían sido causadas por el puño de hierro del bastón ensangrentado de que se había apoderado la justicia.

Multitud de testigos declararon, que aquel bastón era propiedad de Turbot, y de su uso continuo.

Que no llevaba nunca otra arma.

Que cuando producía alguna camorrra, lo cual era frecuente, con él se defendía ú ofendía.

Algunos que habían sido íntimos de Turbot, declararon, que le habían oido decir muchas veces, que Coucardet no era marido más que aparentemente de Ernestina.

Que él no se satisfaría hasta que matara al miserable Coucardet, á Ernestina y al criollo.

Que este propósito se había hecho para él una idea fija.

Una especie de locura.

Demostró además el examen pericial, que la puerta que ponía en comunicación la portería con la casa de Luis, había sido forzada por la parte de afuera, es decir, por la que correspondía á la portería, y que la forma que había quedado en los golpes se adaptaba á la del bastón de Turbot.

En algunos de aquellos golpes se veían señales de sangre, prueba evidente de que ya había ensangrentado Turbot con el asesinato de Coucardet, su bastón cuando forzó con él la puerta de comunicación.

Resultaba, pues, probado, que Turbot había sido el autor del asesinato de Coucardet y de las graves heridas de Ernestina, y que si Luis había matado con su propio bastón á Turbot, había sido arrancándoselo bravamente y en uso perfecto del derecho de legítima defensa.

Así, pues, y descontando la muerte por adulterio, por la imposibilidad de él, llevados ante el jurado Luis y Ernestina, que estaba completamente restablecida, el fiscal declaró irresponsables á Luis y á Ernestina, y sólo por no quedarse sin pedir alguna pena, les pidió algunos meses de prisión correccional, á causa del escándalo por relaciones amorosas entre Ernestina y Luis, que habían ofendido ostensiblemente á la moral.

El jurado se desentendió de esto último, y declaró no culpables á los procesados.

Pero en la tramitación del proceso se habían gastado seis largos meses, durante los cuales, Ernestina y Luis apuraron en sus respectivas cárceles los tormentos que sufren los que en ellas se encuentran bajo la responsabilidad de un delito capital.

CAPÍTULO XXIV

Fin de la primera parte.

Luis no volvió á su casa, sino para abrir la cómoda, á la cual, como al armario, había ya quitado sus sellos la justicia.

De un rincón del primer cajón tomó un objeto envuelto en un papel.

Le desenvolvió.

Aparecieron la cinta azul con la medalla del Sagrado corazón de Jesús y el brazalete de pedrería que él había quitado á Milagros desmayada.

Los besó con el corazón violentamente agitado y con una emoción semejante á un espasmo.

Le parecía que aquellas dos prendas que mudamenmente le acusaban de una infamia involuntaria, cometida en un momento de fascinación, de locura, conservaban aun algo del perfume de la belleza, de la pureza de Milagros.

Aun duraba lo violento de su emoción, cuando sintió pasos precipitados de mujer en el pasillo de la comunicación interior.

Luis guardó apresuradamente en un bolsillo las dos adoradas prendas de Milagros, y cerró el cajón de la cómoda.

Un momento después, pálida, estremecida, desatentada, Ernestina se arrojaba en sus brazos.

Los violentos latidos del corazón de Ernestina eran semejantes á los del de Luis.

Ernestina, en el delirio de su pasión, creyó que el estado convulsivo de Luis era á causa de ella.

—¡Oh, qué felicidad tan inmensa!—exclamó—¡ya somos libres!

Y de tal manera la afectó su delirante alegría, que acometida por un vértigo, se desplomó en los brazos de Luis.

La situación de éste no podía ser más excepcional, más penosa, más inestricable.

¿Cómo salir de ella, sino cometiendo una nueva infamia sin excusa, puesto que debía cometerse, no como la otra, por una fascinación, por un impulso superior á la voluntad, á la razón, sino á ciencia y conciencia, con un perfecto conocimiento de ella?

Luis durante su prisión había acabado por odiar á Ernestina.

Ella, aunque sin culpa, había sido la causa del crimen que le había puesto en la imposibilidad de buscar á la educanda del Sagrado Corazón, de saber quién era

y de ser inmensamente feliz, reparando la enormidad que contra ella había cometido, de la única manera que podía repararse.

Milagros había sido para él una revelación.

La revelación de su alma.

Mejor dicho, el sentimiento del amor que se había revelado con toda su inmensidad.

Un sentimiento inexplicable.

Un misterio.

Al depositar sobre el césped entre los árboles, á Milagros desmayada, habia creído ver en ella su propio ser, reproducido en una mujer.

Como algo que había sido su hueso, su sangre, su carne.

Se sintió como absorvido no sólo por la hermosura de aquel ser inerte, sino por algo supremo, por un *quid divinum*.

Una emoción semejante á la que puede suponerse sintió Adan al ver de improviso á Eva.

Una atracción de tal manera poderosa que dominó su razón, que anuló su voluntad, que le llevó fatalmente á la locura, al olvido de todo.

Luis había meditado mucho durante las insoportables, las desesperadas horas de su prisión y había acabado al fin por convencerse con dolor de que Filomena no era la mujer de su destino, y que Ernestina se había quedado relegada á la condición de una mujer que ha inspirado una de esas fascinaciones pasajeras que terminan, que se borran, que se pierden en el hastío.

Por el contrario, la influencia de la educanda desmayada, crecia y crecía en él cada día más poderosa, más invencible, infinita.

Y por un fénomeno inexplicable del espíritu, por una fe misteriosa, Luis tenía la evidencia de que la pasión que sentia por Milagros, era el ser de su ser, el alma de su alma.

Que Milagros no influía en él, como habían influído otras tantas, solamente por su belleza material, sino por su identificación absoluta, suprema, que hacía que él la sintiese como si ella fuese una parte integrante, inseperable, indisoluble de su mismo ser.

Abrasada su alma por Milagros, Luis se había acordado de Filomena para meditar sobre aquellas palabras que le había dicho en Nueva-York: «*¡Ah, sí, sangre gitana!*»

Pues bien, atendido el color de la tez, los rasgos característicos de raza, lo singular de su extraordinaria hermosura, la expresión típica de la fisonomía de la educanda, resultaban iguales á los suyos propios.

Luis había de tal manera fotografiado, por decirlo así, en su alma, en su memoria á Milagros, que la veía de una manera clara, detallada, precisa, como si la hubiese tenido delante de sí.

Sentía perpétuamente en sus ojos y por éstos en su alma, el fuego recóndito que se exhalaba, cuando la contemplaba desmayada, por entre los entreabiertos párpados de los ojos negrísimos de Milagros, inmóviles por el desmayo.

Milagros lo había dominado todo en él.

Filomena estaba muy por bajo.

En cuanto á Ernestina, sólo la recordaba para odiarla, para maldecirla.

Ernestina había sido la causa de su prisión.

De la imposibilidad en que estaba de buscar á la vida de su vida, al alma de su alma.

¿Qué habría sido de ella?

¿Se habría salvado?

¿Habría perecido?

Había momentos en que dudaba de si la hermosa criatura á quien había sacado del agua cuando estaba ya sumergida, era un cadáver ó un ser viviente.

Su experiencia de marino le atormentaba horriblemente.

Recordaba á muchos náufragos que con la misma apariencia de la educanda, conservando en sus ojos entreabiertos una luciente chispa de vida, no habían podido salvarlos.

¿Amaba él á un alma del otro mundo que á él venía, á atormentar, á abrasar su alma con un amor imposible, ó una viviente víctima de su locura, que sin duda le maldecía y pedía para él venganza á Dios?

Luis había querido salir de esta duda, de esta agonía.

Saber lo que había sido de la educanda del Sagrado Corazón de Jesús.

Había pretendido servirse de los vigilantes que continuamente de día y de noche estaban á su lado, en su

celda que era de las dobles, como lo son siempre en Francia las de los grandes criminales á los que se cree necesario vigilar y guardar de cerca.

Los vigilantes le habían seguido la corriente.

Pero nada habían hecho.

No le habían dado ninguna noticia.

Le habían entretenido.

Habían informado palabra por palabra al juez de instrucción de las solicitudes de Luis.

Y como éste no les había dicho por qué causa quería tener noticias de una educanda del Sagrado Corazón, el juez de instrucción se había encogido de hombros, considerando el empeño del procesado como unos amoríos con los cuales nada tenía que ver la justicia.

Lo único que logró Luis fué que se le vigilase con más cuidado.

Los vigilantes habían manifestado al juez que el preso les había ofrecido montones de oro para que le informasen sobre una educanda morena y española,—él la creía española,—del Sagrado Corazón, cuyas señas les había dado minuciosamente.

Para que los vigilantes no dudasen de que podía cumplirles las tentadoras promesas que les había hecho, les había dicho se informasen en el Banco de Francia de si podía ó no cumplirlas.

Esto fué lo único que no desatendió el juez de los relatos de los vigilantes.

Se informó y obtuvo la certidumbre de que don Luis de Figueroa, procesado por presunción de doble

homicidio y heridas graves, tenía abierta en el Banco cuenta corriente por diez millones de francos.

Esto era muy grave.

Era necesario vigilar estrechísimamente á un procesado que tenía unos tales medios para corromper á sus guardianes.

Pero éstos eran verdaderamente héroes del deber.

Engañaban, entretenían á Luis, y no le servían.

¿Qué interés tenía la justicia en que el preso tuviese ó no tuviese noticias de una mujer á causa de unos amores que nada tenían que ver con el proceso?

Es necesario tener en cuenta que en Francia los presuntos reos de un crimen capital, están en una celda absolutamente incomunicados, sepultados, secuestrados, apartados de todo trato exterior, afligidos por todo género de severidades, tratados como bestias bravas, sujetos si se enfurecen por la camisa de fuerza, tratados, en fin, como si fueran cuerpos sin alma, cadáveres vivientes, mal alimentados, y sometidos á todo género de sufrimientos hasta embrutecerlos, hasta hacerles perder la conciencia de sí mismos, y hacerles confesar, lo que teniendo la razón firme, no confesarían.

Esto es la terrible cuestión del tormento, ley de otros tiempos, conocida por todos, aplicada con arreglo á las leyes por mandamiento de juez, honrada pues, aunque terrible, y que hoy subsiste, pero solapada, oscura, escondida tras los muros de un calabozo y sin forma alguna legal.

Dicen los grandes jurisconsultos criminalistas cuando se arguye con ellos sobre esto, que sin la cuestión del tormento no se podría hacer justicia sobre la mayor parte de los grandes criminales.

Concedámoslo, pero quitense de lleno de las antiguas legislaciones la nota de bárbaras y aun de tiránicas y criminales, porque aplicaban conforme á derecho la cuestión del tormento para hacer hablar á los procesados inconfesos.

El mundo es siempre el mismo.

Lo que era necesario ayer, es necesario hoy y será necesario mañana.

Sólo se varía en la cuestión de forma.

Los que persiguen una idea nueva, ó están locos ó son unos charlatanes.

El hombre siempre es el mismo.

No hace otra cosa que variar de traje y de costumbres.

Los sufrimientos á que Luis estaba sujeto, le probaron hasta la evidencia que el dinero no es omnipotente, como lo creen los que no le tienen.

El, que había sido siempre desinteresado, llegó á despreciar y aun á odiar al dinero.

Por consecuencia la avaricia es una de las más terribles enfermedades que puede sufrir el ser humano, se entregó en fin valientemente á su destino, y para justificar los sufrimientos que le abrumaban, se durmió lleno de fe, pensando en Milagros, y murmurando:

—Yo he cometido una imperdonable infamia, y Dios no me hace esperar el castigo.

Así fué, que en el momento en que por el veredicto del jurado le soltaron las garras de la justicia, corrió á aquella pobre casita en que tanto había sufrido por él Filomena, olvidado de todo, desolado, sin tener otra aspiración en el alma más que Milagros.

Y de improviso, cuando acababa de buscar y de guardar las prendas que había robado en el bosque á la educanda del Sagrado Corazón, había sobrevenido otra prenda para la cual era él lo que para él era Milagros: ¡Ernestina!

Ella, al verse libre, ante Luis, libre también, creyendo que la agitación que en él veía era por ella, como la suya era por él, había perdido el conocimiento acometida por un grave síncope.

Por un síncope de alegría, de felicidad.

Y Luis, que la sostenía en sus brazos, la miraba con una intensidad, con una ferocidad, que daba espanto.

Que hubiera causado la muerte por congestión, de Ernestina, si la hubiese visto.

—¡Oh!—exclamó Luis en quien la pasión no se sobreponía á la conciencia; ¡cómo me adora, oh, una nueva infamia! ¡Esta mujer! ¡Esta mujer, es un obstáculo á mi amor! yo estoy decidido; ¡pues bien, sea! ¡Ella, antes que todo! ¡Ella antes que la salvación de mi alma!

Y sin perder tiempo, puso sobre el sillón en que

durante tanto tiempo había trabajado delante del bastidor Filomena, á Ernestina, que continuaba profundamente desmayada.

Abrió de nuevo la cómoda.

Buscó su libro talonario.

Cortó un talón y escribió sobre él: «Dos millones de francos.»

¿Qué le importaba el dinero?

Pretendía satisfacer con oro los impulsos del alma de Ernestina.

Dejó el talón sobre la cómoda.

Se metió el libro talonario en el bolsillo y escapó para perderse en la inmensidad de París, para evadirse de Ernestina y buscar á Milagros.

Ernestina quedó sola.

Su lívido semblante estaba rígidamente contraído y dejaba ver una expresión poderosamente dolorosa.

No parecía sino que en el interior de su alma sentía su nueva desgracia.

De tiempo en tiempo le agitaba una convulsión violenta.

Aquellas convulsiones fueron haciéndose menos frecuentes, menos graves.

Al fin cedieron del todo.

Del mismo modo se fueron dulcificando la contracción y la expresión inerte de su semblante.

Al fin apareció como tranquilamente dormida.

Por último, suspiró, se movió, abrió los ojos.

Había vuelto en sí.

Para esto había pasado más de media hora.

Cuando Ernestina recobró completamente el uso de la razon, lanzó un gritó de espanto.

Un grito indefinible.

Se encontró abandonada.

Estuvo á punto de accidentarse otra vez.

Se pasó las manos por los ojos como dudando de la soledad en que se veía.

Como si hubiera creído que la turbiedad de su vista la hubiese impedido ver á Luis.

Vió el primer cajón de la cómoda abierto y se puso mortalmente pálida.

Era indudable, pues, que Luis había abierto aquel cajón para buscar en él algo que le era necesario y escapar.

Ernestina, con los ojos dilatados, espantados, dejando ver en ellos la expresión de su agonía, desesperada, se acercó á la cómoda.

Vió sobre ella el ta'ón.

Leyó en él: «Dos millones de francos.»

Lanzó un grito de dolor, de angustia, de desesperación de horror, de protesta, de ira, de venganza, todo á la par.

Un grito imposible de describir.

Luego quedó inmóvil, como aniquilada, con la mirada absorta y fija en el talón infame.

—¡Oh!—exclamó al fin,—¡abandonada! ¡Despreciada! ¡Pagada! ¡Pagada como se paga á una mujer que se ha devorado por ansia y por capricho! ¡Oh, le sobra in-

famia! ¡Y yo le adoraba! ¡Yo adoro aún á ese miserable! ¡Y yo había creído encontrar en él la realidad del sueño de mi alma! ¡Ah! ¡Ah! ¡La locura es nuestra herencia y nuestra maldición! ¡Ah, tú has querido satisfacer mi alma con oro! ¡Y bien, sí, yo lo acepto! ¡El dinero es la fuerza! ¡Tú darás tu nombre al hijo tuyo que llevo en mi seno, ó mi venganza le dejará huérfano! ¡Oh! ¡Sí! ¡Sí! ¡Yo te buscaré, yo te encontraré, yo te acometeré, yo te rendiré, ó vengaré á mi hijo; me vengaré á mi misma!

Y guardando el talón, salió triste y sombría.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

PARTE SEGUNDA

CAPÍTULO PRIMERO

En el que empiezan á dibujarse dos princesas de la gitanería.

La población de las Peñuelas en las afueras de Madrid é inmediatamente próxima á la Ronda de Embajadores por la parte del Norte y por la del Mediodía al canal del Manzanares, del cual no queda hoy más que un largo surco á manera de foso relleno, cubierto de yerba y orlado de árboles, con su puente y su embarcadero y algunos molinos inútiles y en seco, la población extramuros de las Peñuelas, repetimos, no era en 1867, fecha en que se encuentra nuestro relato, ni una parroquia, ni siquiera un barrio, sino un gran caserío habitado por gentes de baja talla y *non sancta*, tales como gitanos, matuteros, contrabandistas, traperos y otras castas de bichos vípedos é implumes, que de su aduar, que tal nombre podía darse entonces al ca-

serío, salían á merodear de día y de noche dentro de Madrid y en sus alrededores.

Las casas esparcidas acá y allá, eran en su mayor parte de un solo piso bajo, pobres, denegridas, desaseadas; pero todas ventiladas inundadas de luz, alegres, y con el desahogo de su corral ó de un huertecillo.

Ya comenzaban á delinearse algunas calles alrededor del emplazamiento de lo que hoy es plaza y donde se levantó la iglesia de parroquia.

El antiguo caserío ha progresado sériamente, puesto que en veinte años ha llegado á convertirse en un barrio populoso, con una extensa parroquia y se ha animado y se ha enriquecido con muchas fábricas, talleres y establecimientos industriales.

En cuanto á los habitantes ha cambiado también, y notablemente han mejorado.

Ya los gitanos, los matuteros, los traperos, están en él en minoría, abundando los obreros, la mayor parte de ellos, dependientes de las fábricas del barrio.

No es raro encontrar en él alguna gran casa semejante á las buenas de Madrid, y algún bello y cómodo hotel como los que pueblan el barrio de Argüelles, de Monasterio, de Chamberí y de la Fuente Castellana y Salamanca.

Madrid se desarrolla, se esparce buscando anchos espacios y aire libre, y dentro de algunos años, siguiendo al paso que va, será una de las más importantes capitales de Europa.

Tiene cuantos elementos son necesarios para ello y sólo falta el que en ello se repare y de ello se cuide.

Bien es verdad que en este nuestro hermoso país todo se hace por sí solo y por la iniciativa particular, impulsada por la necesidad y arrastrada por la civilización.

También es verdad que este procedimiento es lento y que sin unidad de plan, adolece de defectos que se evitarían si la iniciativa fuese inteligente y gubernamental.

Pero en fin, se progresa como se puede, y vamos andando.

En lo que más ha progresado el barrio de las Peñuelas es en tabernas.

No hay calle en que no haya una, dos ó tres de ellas.

Además, en las tiendas de comestibles, vulgo ultramarinos, está en venta el líquido producto del fructífero y espirituoso arbusto de Noe.

¿Y qué mucho?

Los españoles dicen con un aplomo y una convicción dignos de mejor objeto, que donde no hay vino no hay talento.

Y como todos los españoles quieren ser tenidos por talentudos y listos, hasta el punto de agarrar de los cuernos al diablo sin que lo sienta, de aquí su pasión por el vino y el que la industria tabernera sea una de las que más rendimientos dan al Estado y más inquilinos á las cárceles y más ocupación á la curia, y á los cabos de vara y al *buchí*.

Esta última palabra es *callí* ó flamenca ó gitana, y quiere decir verdugo.

Puede haber en una aldea diez vecinos.

No haber párroco, no haber médico, no haber botica, no se conocerá ni aun el nombre de escuela.

Se vivirá de una manera casi primitiva.

Pero no faltarán ni el cacique que sea el tirano, ni la taberna para que puedan consolarse de las tiranías del cacique, que con mucha frecuencia lo es el mismo tabernero, y generalmente cosechero á la par si su localidad es de viñedo.

Por aquellos tiempos no había en las Peñuelas más que cuatro ó cinco tabernas, y la primera de ellas, situada en una acera de lo que es hoy la plaza, era la conocida por la del Quirico ó de la Lolita la Zumají, esto es, la hermosa.

Quirico y Lola eran hermanos.

Flamencos, pues, de una misma raza, y hermosísima ella, y buen mozo él, que no había más que pedir.

Lola tenía veinticuatro años, y aventajaba en dos á su hermano Quirico.

Lola sin ser alta, era más que de mediana estatura, y de una gran arrogancia, voluptuosidad y turgencia de formas, sin dejar de ser esbelta.

La severa corrección estatuaria de su semblante, estaba dulcificada por una gracia infinita, poderosísima, poética, atractiva, y por una gran fascinación, por una gran fuerza de juventud.

Era morena intensa, pero de un tinte límpido, y

tan suave y deliciosamente encendido, que parecía blanquísima, y hacían resaltar sus cabellos ondeados, sus cejas y sus pestañas azulados, á fuerza de negros y con tornasoles como la pluma del cuervo.

Sus ojos, tan grandes como su boca, eran de una dulzura tan célica, y de un fulgor tan vivificante, que al par que abrasaban cuando miraban inflamados, consolaban y deleitaban, dando paz al alma, alegría al corazón y fuego á la sangre.

Decían algunos de sus apasionados, que eran infinitos, que para que un muerto resucitase, no había necesidad sino de que la Zumagí consintiese en darle un beso.

Lola era gallarda, sin afectación, altiva, sin ser soberbia, y elegante, y fina, como por cualidad nativa.

Vestía ricamente y sin vanidad, á lo macarena con mezcla de gitana, y llevaba siempre joyas, collares y cintillos, pero riquísimos.

Podía ser esto un exceso de relumbrón.

Pero esta es la costumbre de las gitanas ricas, y aun de las pobres.

Todo consiste en que los collares, las arracadas, las cadenas, los relicarios, los amuletos y las sortijas, y las piedras en las gitanas ricas sean finas y de mucho precio, y las de las pobres de quincalla, no siempre de la mejor.

Cuando Lola andaba se llevaba detrás los corazones y hasta las piedras, en los faralares de su falda, y de-

trás de sus piececitos calzados con zapatitos de tafilete amarillo ó de color de rosa.

Era mucho el querencioso desmayo y la languidez y la gracia del movimiento de sus caderas y de su andar, y mucho el poder del sensualismo que de ella resaltaban.

Vamos, Lola era una enormidad que Dios había permitido para que hubiese á cada paso puñaladas y disgustos por ella.

Y eso que ningún masculino tenía razón fundada para pelearla, ó si se quiere mejor, pelear para tomarse por ella una puñalada con un prógimo, porque ella no hacía caso de nadie.

Ni siquiera era coqueta, de la manera que es lícito serlo á toda mujer bonita.

Y aun diremos coquetería necesaria, porque la coquetería aumenta la gracia natural de una chica preciosa.

Más aun: es la misma gracia.

Se la creía invencible.

Lola aparecía concentrada en sí misma.

Rebosaba de ella esa melancolia deliciosa, que representa en una joven la necesidad de amar y de ser amada.

Pero nadie, lo repetimos, podía jactarse ni aun de haber sido el objetivo de una mirada de la Zumají.

Quirico era una especie de canalla de buen trapío.

Todo lo que á Lola le faltaba de presuntuosa lo tenía él.

Para él no había ni hembra que se le escapara, ni valiente que no le matase; ninguno meneaba como él una vihuela, ni como él jaleaba unas seguidillas ó un zapateado.

Era alto, esbelto, fuerte, de un tipo purísimo y originario, tan originario, que si se le hubiera vestido á la usanza de los antiguos Faraones, en nada hubiera desmerecido de ellos.

Era dominador, soberbio y pendenciero, y á más de la industria de la taberna tenía la del contrabando.

Cuando él salía con la jaquita, Lola se quedaba regentando la taberna, y entonces demostraba que sin parecerlo y sin presumirlo era más brava que su hermano y más capaz de contener los excesos de los borrachos, de los pendencieros y de los alborotadores.

Era mucha mujer la Zumají.

Mucho tesoro.

Había que añadir á esto que era rica, así como su hermano, por sus padres, que hacía algunos años habían muerto, y amenazaban con serlo mucho más, y aun millonarios, por el lado que les hacía, por lo tiernamente que á ella la quería su padrino el Oclay don Luis de Figueroa.

Cuando ella no estaba en la taberna, estaba casa de su padrino, en la cual campaba como en su casa propia.

Luis de Figueroa, el Oclay, estaba solo en el mundo, ya lo sabemos.

Su pobre Rosa había muerto hacía muchos años,

devorada por sus desventuras, y su nieta Milagros se educaba en París, ignorante de que era gitana y de que hubiese gitanos en el mundo.

Figueroa había educado á su nieta Lola;—ya sabemos que Lola era su nieta por los amores de su hijo Pedro con Flora la Atarnajalí: pero Soledad la Quiribí y Quirico el Jorro, que como sabemos, se habían casado para hacer pasar por hija legítima á la ilegítima nieta de su Oclay, lo ocultaron de tal manera á la niña, que si hubieran dicho á Lola que no eran aquellos sus padres, que Soledad no la había llevado en sus entrañas, habría tenido por ello una *desavorición* con el lucero del alba.

Ambos declararon redondamente al Oclay que no querían estar separados de su hija.

El Oclay comprendió cuánto amor había en aquella rebeldía, y les dejó su nieta.

Inútil es decir que Lola ignoraba que descendía de una manera tan directa del Oclay, que era una especie de infanta bastarda, y que la hija única del Oclay, la Manclayí, á la que nunca había visto, á la que no conocía más que de nombre, y que se educaba en París, era su hermana.

La amaba, sin embargo, por su sensibilidad ingénita, porque amaba tiernamente á su padrino, y este amor purísimo y profundo que por el viejo sentía, se dilataba hasta su nieta Milagros, á la que el Oclay adoraba, á la que no dejaba de recordar nunca, y de la cual hablaba continuamente á Lola.

Nadie cuidaba del Oclay más que Lola.

Si se indisponía, por leve que su malestar fuese, ella no se apartaba de su lecho, y con su buena gracia siempre encontraba medio para consolarle.

Era, en fin, el ángel de Luis de Figueroa, que sentía por ella un amor tan apasionado como el que sentía por Milagros.

¿Y cómo no, si ambas eran su sangre, sus nietas, las hijas de su desventurado hijo Pedro?

Cuando Figueroa volvió con Milagros de París y se fué á habitar con ella á la casa que en Madrid le había prevenido el padre Pérez, Figueroa prohibió á éste, así como á los ayos de Milagros revelasen á nadie, ni á sus más próximos parientes de la gitanería, que Milagros estaba en Madrid.

Todos debían suponerla en París.

Para evitar extrañasen que estando la Manclayí en París, estuviese en Madrid su confesor el padre Pérez y sus ayos, Figueroa los alejó, enviándolos á su granja del Guadarrama, donde debían permanecer mientras fuese necesario.

Sólo para Lola no hubo secreto.

Figueroa no podía pasar sin ella.

La había tenido desde niña á su lado.

La había criado como quien dice.

Había formado en gran parte su alma.

La amaba, pues, con delirio.

¿Y por qué la dejaba en la humilde categoría de tabernera?

Entre los gitanos, la profesión no hace la condición. Tienen creencias y costumbres aparentes.

Entre ellos, ser *calli* de *arate purate*, esto es, gitano de sangre pura, es cuanto hay que ser.

Además de esto, era necesario conservar el secreto del nacimiento de Lola para cubrir la memoria de Pedro, y que no pesaran sobre ella sus calaveradas y su mala vida.

Lola, pues, Quirico y toda la gitanería creían que su Oclay no pasaba de ser su padrino.

Cuando Figueroa volvió á Madrid con Milagros, envió á la taberna de Quirico uno de los de la nueva servidumbre que el padre Pérez había buscado.

Esta servidumbre, era de todo punto extraña á la gitanería, y ninguno de los que la componían conocía al Oclay, y creían que era un señor mejicano muy rico que había ido á establecerse á Madrid.

El criado entregó á Lola una carta de Figueroa, en que éste le decía:

«Ven á verme; he llegado hoy; vivo en la calle de Fuencarral, número 120: ven al momento; te espero con urgencia.»

Lola entregó al criado que la había llevado la carta, la misma carta, con esta lacónica adición, escrita en una letra muy pequeña, muy igual, muy clara y muy bonita:

«¡Padrino de mi alma! allá voy con las alitas del corazón abiertas.»

Se fué el criado, y Lola corrió desalada á la quin-

ta-palacio que el Oclay tenía en las Peñuelas, mandó enganchasen al momento una berlina, y se fué á la calle de Fuencarral, número 120.

El Oclay la abrazó con efusión.

Las lágrimas corrían por el pálido y macilento semblante de Figueroa.

—¿Oye tú, padrinito mío?—le dijo Lola;—¿por qué lloras tú?

—Porque vuelvo á verte,—respondió Figueroa, limpiándose los ojos.

—¡Ah! ¡sí! ¡de alegría!—respondió melancólicamente Lola;—pues mira, yo también siento así, no sé por qué, ganas de llorar.

—Dios te lo premie, hija mía,—dijo Figueroa, sentándose un una gran butaca; tu amor es para mí un consuelo.

—¿Y de qué tienes tú que consolarte, viejecito mío, —dijo Lola sentándose sobre la alfombra á los pies de Figueroa, y apoyándose con sus hermosos brazos sobre sus rodillas.

Figueroa puso su descarnada mano sobre los negros cabellos de Lola, la levantó dulcemente la frente, y la besó en ella de una manera suspirante.

La joven estaba hermosísima.

Con los ojos radiantes, dilatados, en una mirada ansiosa, fijos con una ansiedad infinita en el viejo.

Veía en él algo inexplicable, algo que la inquietaba.

—Me juras guardar un profundo secreto acerca de lo que voy á decirte, —le dijo el Oclay.

—¡Pues vaya! cuándo he sido yo indiscreta, padrinito.

—Es verdad, hija mía,—repuso Figueroa;—prepárate, pues, porque vas á tener una grande alegría.

—Pues no me la dilates, no me la ocultes, y venga.

—Vas á conocer á tu hermana.

—¡A mi hermana!

—¿Pues no eres tú mi ahijada? ¿no te llamo yo mi hija? ¿no te amo, como si lo fueras? ¿qué eres tú sino la hermana de mi nieta Milagros?

Pasó algo rápido, poderoso, como una chispa eléctrica y casi sobrenatural, por los magníficos ojos de Lola.

La iluminó el semblante una alegría que aumentó imponderablemente su belleza, y exclamó con la voz trémula y conmovida:

—¿Es que me vas á llevar á París, para que conozca á la Manclayí?

—No; Milagros es la que ha venido á verte á ti.

—¡Ay, *Debla Manjarí* del Carmelo (Virgen Santa del Carmen), y lo que me has dicho así de sopetón, y sabiendo el deseo que yo tenía de abrazar á la Manclayí,—dijo Lola levantándose de un salto en un movimiento nervioso de los piés de Figueroa:—¿dónde está? ¡yo no espero! ¡yo no me sufro!

—Espera un momento,—dijo el Oclay,—es necesario que nadie sepa que Milagros está en Madrid.

—Nadie lo sabrá por mi boca, á fe de doncella hon-

rada,—dijo Lola dejando ver en su conmovido semblante una expresión de extrañeza.

No podía explicarse por qué su padrino no quería que se supiese que la princesa Milagros estaba en Madrid.

El Oclay se levantó, y apoyándose en uno de los mórbidos brazos de Lola, atravesó en paso lento un salón, y entró en un gabinete.

Lola ahogó un grito de emoción.

Había visto á Milagros.

Estaba replegada en una butaca, ensimismada, abstraída, apoyado el brazo derecho en el de la butaca, y la cabeza en la mano.

Había algo de tristeza dolorosa, de desolación profunda en el semblante de la Manclayí.

Lola, que iba ya bastante impresionada, se impresionó más y más.

Milagros los sintió, salió de su abstracción, y al ver á Lola, se levantó como impulsada por una atracción poderosa, y luego dijo con acento lánguido y conmovedor:

—¡Ah! tú eres sin duda la ahijada de mi abuelito.

Y se fué á ella con los brazos abiertos.

—¡Ah, señora!—exclamó Lola, recibiéndola con trasporte en los suyos.

El Oclay, dominado por la situación, lloraba.

—¿Por qué me llamas señora?—dijo Milagros después de haber besado ardientemente á Lola:—¿pues qué, no eres tú la ahijada de mi abuelito, de la que me

ha hablado él siempre con tanto amor? ¡hermana querida, ven!

Y volvió á besarla.

—Bueno,—dijo Lola,—pero siempre su mersé será la Manclayí de todos nosotros los gitanos de Madrid y del mundo entero.

Figueroa se sobrecogió.

Se había olvidado de advertir á Lola que delante de Milagros no hablase nada que oliera á gitano.

Ni aun había pensado en esto.

Aquello había sido un *lapsus*, una impremeditación.

Aturdido no se le ocurrió por el momento nada que reparase su olvido.

—Yo no te entiendo,—dijo Milagros con extrañeza.

—Ah,—dijo Lola,—pues yo he dicho que su mersé es mi señora, porque es la princesa, nieta del rey de los gitanos.

—¡Oh! ¡calla, Lola!—dijo al fin Figueroa, á quien no se le ocurrió otra cosa que decir.

—¡Ah! ¡no, no!—dijo con una grande energía, con la energía de su raza Milagros:—yo te ruego que me expliques esto: si tú eres... rey de los gitanos, si yo por ser tu nieta soy su princesa... soy... ¡gitana!

Aunque Milagros había dicho esto con una gran firmeza, su acento había sido dulce y afectuoso.

Figueroa se sintió aniquilado, se dejó caer sobre una silla, y abatió su cabeza, cubierta de canas blanquísimas, sobre su pecho.

—¡Dios lo quiere!—dijo,—¡el sino de las criaturas escrito en las estrellas, es inevitable!

—¡Y bien!—dijo Milagros con acento reposado y grave:—¡gitana!... ¡y qué importa!

—Y con toda la honra, y todo el poder de Dios y del mundo,—dijo Lola irguiendo con una fiera altivez la cabeza:—¿pues qué, todos los castellanos juntos valen más que el más ruin de los gitanos? ¿no somos nosotros los hijos queridos de *Ondivé*, que tenemos por nuestra toda la tierra que Ondivé ha hecho?

Lola, tratándose de su raza, no podía contenerse.

Se rebelaba contra su mismo padrino á quien tanto amaba.

—Tienes razón, hermana,—dijo Milagros,—la que se avergüenza de sus padres es una infame, que merece la maldición de Dios, y yo estoy muy lejos de serlo: yo me siento orgullosa de la raza de que por voluntad de Dios provengo, y puesto que por mi nacimiento estoy llamada á ser la reina de mi pueblo, seré digna de esta alta investidura, sean cuales fueren de graves, de difíciles los deberes que ella me imponga.

Y luego acercándose á su abuelo, le dijo:

—¿Por qué tu abatimiento? ¿crees que yo sufro por ser lo que tú eres? ¿dudas de mi amor, ó me crees indigna ó incapaz de sucederte en tu alta dignidad cuando Dios te llame á sí? ¿por qué has pretendido que yo ignore que soy gitana? si ser gitana es tener el alma brava, la sangre de fuego y la voluntad de hierro, yo soy gitana por naturaleza. ¡Ay del miserable que me

injurie, que me hiera en mi dignidad, que emponzoñe mi destino; aunque lo envuelva el misterio, aunque el infierno le defienda, yo sabré encontrarle, yo sabré vengarme horriblemente, aunque tenga todo el poder de Satanás... si ser implacable contra los enemigos es ser gitano, yo soy gitana, yo reconozco en mí mi raza, y me enorgullezco de ello.

Estas palabras de Milagros, y la energía, la vehemencia con que las había pronunciado, demostraban la saña que sentía contra el culpable de la vileza de que había sido víctima, durante su desmayo.

Estaba magnífica.

Sus ojos resplandecían con una expresión de muerte.

Estaba pálida como una muerta.

Su emoción aumentaba de tal manera su hermosura, que la hacía deslumbrante.

Figueroa, que se había erguido al escuchar estas palabras, miraba á Milagros de una manera fija, profunda, absorta, inquieta.

Lola miraba, absorta también, á Milagros.

—¿Por qué te enfureces y hablas de injurias?—dijo Figueroa: —¿quién te ha injuriado á ti?

—Mis palabras,—dijo Milagros reponiéndose,—no han sido más que una suposición de que me he valido para darte á conocer el temple de mi alma, lo que yo sería capaz de hacer si alguien se atreviera á mí, ó á ti, ó á mi hermana, tu ahijada, á quien me basta conocer para amarla: tranquilízate, pues, mi querido ¡abuelito: tu nieta es digna de ti y de su raza.

Figueroa ignoraba completamente la desventura de su nieta.

El padre Pérez, á quien Milagros se lo había contado todo en confesión, había sido prudente.

Para justificar la repentina, la brusca salida de Milagros del Sagrado Corazón de Jesús, había hablado de una áspera cuestión, por un motivo de dignidad, por una disputa, entre la superiora del convento y Milagros.

La superiora había pretendido castigarla, sin razón, y Milagros se había rebelado.

Su permanencia en el colegio se había hecho imposible.

Hé aquí todo, según el padre Pérez.

Figueroa lo había creído.

Había reconocido en aquella supuesta rebelión de Milagros, la altivez de su raza.

Nada más verosímil.

Figueroa supuso á Milagros irritada aun por su cuestión con la superiora del Sagrado Corazón de Jesús.

Reconoció á los suyos por la tenacidad en el odio, en Milagros.

Por más que la había separado de la gitanería, y de sí mismo, haciéndola ignorar que había gitanos en el mundo, no había podido descastarla.

Milagros era la gitana más neta y más pura que podía darse.

Una gitana de primer orden.

Una gitana brava y hermosísima, digna, moral y físicamente de ser la augusta Manclayí del pueblo gitano.

Figueroa se resignó é inclinó la cabeza bajo el peso de su destino.

Pero con el corazón oprimido y atormentado por un dolor inexplicable, y con el alma helada por un penoso misterio.

Una vez conocedora y contenta á lo que parecía Milagros con su naturaleza gitana, venía á ser inútil el tenerla separada de la gitanería.

Sin embargo, Figueroa comprendió que Milagros, tal como estaba educada, debía aparecer extraña á sus súbditos.

Era necesario que Milagros fuera sintiendo, que conociese la manera de ser de los *callís*, su lenguaje, su dogma y sus ritos secretos, sus leyes, sus usos y sus costumbres, antes de ser presentada como la Manclayí, que un día debía ser su Oclayí, á la gente flamenca.

Para esto no había ninguna profesora mejor que Lola.

Lola era una *callí* perfecta.

¡Y qué gitana!

No podía pedirse más.

Figueroa encargó de nuevo á Lola, guardase el más profundo secreto, acerca de la existencia de Milagros en Madrid.

Lola juró solemnemente que por ella no se sabría *ni esto.*

Y señaló con la uña de su dedo pulgar una parte diminuta del pequeñísimo dedo meñique de su mano derecha.

Coincidió con esto una respetuosa representación de todos los aduares, ya civilizados ó sedentarios, ya *andaríos*, ó nómadas sujetos al gobierno y á la autoridad augusta de Figueroa.

Los *bato-purós*, esto es, los ancianos ó alcaldes de aquellos aduares, se presentaron á Figueroa, investidos de plenos poderes, y le manifestaron de la manera más reverente, que siendo ya viejo, y estando desgraciadamente acabado por los achaques irremediables en su edad, le suplicaban tuviese á bien traer entre ellos á su egregia nieta, á fin de que los conociera y los estimara como á sus leales vasallos, y de que éstos la juraran su Manclayí, heredera indisputable de su esclarecido abuelo el Oclay, y á fin de evitar pretensiones ambiciosas, que podrían producir una lamentable guerra civil, cuyas funestas consecuencias podían muy bien, si no destruir, bastardear el pueblo querido de Ondivé.

—¡*Adonai* (Dios) lo quiere!—dijo el más caracterizado de los ancianos, que había llevado por todos los otros la palabra.

Y se calló, esperando respetuosamente inclinado, la respuesta del Oclay.

Este les respondió, agradeciéndoles su lealtad y su patriotismo, y les prometió que pasados algunos meses la Manclayí vendría entre ellos para no separar-

se de ellos en todo el tiempo que le quedara de vida.

Con esto se fueron los *bato-purós* muy contentos, y continuó por entonces el misterio de la presencia de Milagros en Madrid.

Figueroa se había tomado el tiempo que había creído necesario para instruir en todos los misterios de la gitanería á Milagros.

Lola empezó desde el momento la enseñanza del *caló*, y de todo lo referente á la gitanería, de la que ella miraba de una parte como á señora, de otra como hermana del corazón, ignorando que eran hermanas por la naturaleza.

CAPÍTULO II

En que se vé la verdad del proverbio que dice: Bien vengas mal, si vienes solo.

Así se pasaron cinco meses.

Bajo la enseñanza de Lola, Milagros, sin pervertir en manera alguna su alta educación de gran dama, había aprendido á ser gitana.

Hablaba el *caló* correctamente.

Tocaba la vihuela y repiqueteaba las castañuelas que era un primor.

Cantaba la *caña* como un ruiseñor gitano y bailaba el ¡olé! y el zapateado que no había más que pedir.

Se había hecho nigromántica ó conocedora de la buena ventura de las criaturas.

Estaba al corriente de todos los misterios, de todas las supersticiones de los de su raza.

En una palabra, Lola la había hecho apta para re-

cibir el grado de doctora en gitanería, con la nota de *némine discrepante.*

Lola se había duplicado, transmitiendo toda su gitanería hasta la perfección á Milagros.

Al mismo tiempo, y por la razón natural del roce y de la compenetración, Milagros había trasmitido en gran manera su distinción de dama á Lola.

Las dos jóvenes se amaban extremadamente.

No vivían bien separadas.

Las dos sufrían cuando Lola se veía obligada á servir durante todo un día la taberna, porque no podía dejarse solo al medidor para que no abusara, y tal vez por falta de tacto, comprometiera la casa, porque el señor Quirico se había ido al contrabando, ó lo que era peor ó más frecuente, de *juelga* y de *turama*, porque el hermanito de Lola era de los de la cáscara amarga y de los más revoltosos del mundo y *esprovaos* de la flamenquería.

Todos le guardaban el aire, y cuando tomaba la *tajada*, no había ni una legión de diablos que le resistiese.

Por lo demás, el ilustre hermano de la ilustrísima Lola, que ambos eran de lo más noble de la gente flamenca, era un buen mozo que *desmerelaba* á las mujeres, ya fuesen *callís* ó castellanas, altas ó bajas; era rumboso, campechano, de *güen trapío*, y como contrabandista y como otra cosa un poquito más allá, tenía una reputación envidiable.

Los contrabandistas han sido siempre primos her-

manos de los *güenos mozos de las jaquitas* que andan al camino.

Es decir, que el señó Quirico el *barí*, esto es, el valiente, no tenía en todo su ser ni la más mínima rozadura.

No había quien con él se barbease más que Lola, que si cuando le reprendía agria y desembarazadamente por algún exceso, le replicaba con la voz opaca y concentrada y entornando los ojos:

—Tengamos la fiesta en paz, *chavó*, y *á achantar el mirlo* (á callarse), que si te tiendo la mano de un *taire* (sopapo), te *apabuyo* (te reviento).

Y Quirico, á pesar de todo su genio, se *achantaba*, no por condescendencia ó cariño, sino por la cuenta que le tenía, porque sabía bien cómo las gastaba Lola.

Cuando la niña se ponía amarilla y la relampagueaban los ojos y se la contraía la hermosa boca, era necesario ver por dónde se escapaba para no sufrir una avería.

Fuera de aquellas separaciones forzadas, las dos jóvenes estaban siempre juntas, y aun muchas noches Lola permanecía casa de su padrino y en el mismo dormitorio que Milagros.

Nadie en el barrio de las Peñuelas extrañaba esto, porque todos sabían que el Oclay estaba enfermo, y que no quería que le cuidara nadie mas que su ahijada la Zumají.

Llegó un día, cuatro meses después de haberse co-

nocido Milagros y Lola, cabalmente por el mismo tiempo en que Luis y Ernestina eran absueltos en París por el jurado.

Llegó un día, decimos, en que Lola se inquietó gravemente á causa de Milagros.

Esta, que desde algunos días antes se había mostrado sombría, irritada y como conocedora de algo muy grave, y que no podía adivinar, había pedido con insistencia al padre Pérez, que como ya se ha dicho, estaba con los ayos de Milagros, escondido con ellos en el puerto de Guadarrama, en la granja de los Figueroas.

Daba por pretexto Milagros á su abuelo que hacía mucho tiempo que no había confesado, que esto contrariaba en gran manera sus creencias religiosas, sus hábitos piadosos, que esto la inquietaba y aun la mortificaba, y que no quería confesarse con otro que con el padre Pérez.

Nada más natural ni más recomendable que el deseo de Milagros.

El padre Pérez vino secretamente á Madrid.

Milagros le dijo en confesión, arrodillada á sus pies, y con la voz trémula, torpe, cobarde, como luchando con una inmensa y dolorosa contrariedad:

—Padre mío; usted conoce el crimen que tan sin culpa mía me hizo su víctima; yo no tengo experiencia, triste de mí, pero no soy tan ignorante que no tenga motivos para aterrarme: y en los colegios las educandas que han tenido malos ejemplos en sus casas, ó que por

descuído de sus padres han sido abandonadas al grosero trato de las criadas, despiertan la inocencia de las otras que son puras como el armiño: yo soy pura, si no de cuerpo, de alma y de sentimiento; pero no soy inocente, completamente inocente, y entreveo, adivino; me estremezco.

Milagros se detuvo confusa y cobarde.

El padre Pérez, que la escuchaba pálido y anhelante, exclamó con la voz sombría:

—¿Y qué es lo que temes, lo que adivinas, lo que te espanta, hija mía?

Milagros hizo un esfuerzo y dijo con la voz casi ininteligible:

—Yo no sé... yo no sé... padre mío; pero desde hace algunos días yo siento revolverse en mi ser, de tiempo en tiempo... algo que vive.

—¡Oh! ¡Dios misericordioso!—exclamó el padre Pérez, levantando sus ojos al cielo con una suprema expresión de dolor y de súplica.

—¡Oh! ¡hija de mi alma! ¡resignación! ¡valor y esperanza en Dios! ¡tú eres madre!

Milagros saltó de los pies del padre Pérez con la misma fiereza y con la misma ligereza terrible con que hubiese podido saltar una pantera herida de improviso.

—¡Oh! ¡y esto más! ¡venganza y sangre! ¡yo le buscaré! ¡yo le encontraré, aunque se esconda en el centro de la tierra! ¡yo lo exterminaré!

—Tú no puedes destruir al padre de tu hijo,—exclamó con una severa vehemencia el padre Pérez:—tú

no puedes, no debes hacer otra cosa que poner tu esperanza en Dios.

—¡Dios! ¡Dios! ¡no hay Dios!—exclamó blasfemando en su furor Milagros;—¡si hubiese Dios no permitiría tales y tan inmerecidas desdichas!

—¿Quién puede comprender los inexcrutables designios del Señor?—dijo acreciendo en la expresión de su fe el padre Pérez;—tu desventura te disculpa, hija mía; pero vuelve en ti, arrepiéntete de tu blasfemia; ven, ven, dime, ven á mis piés y escúchame.

Milagros vaciló un momento.

Luégo se acercó lenta y sombría al padre Pérez, se arrodilló de nuevo á sus piés é inclinó la cabeza sobre su seno.

No lloraba, no gemía.

Respiraba de una manera violenta.

Su alentar tenía algo de rugido sordo y amenazador.

Se estremecía de una manera tan terrible como la tierra cuando la amenaza el fuego que hierve en sus antros ocultos.

—¡Resignación y valor, hija mía!—repitió el padre Pérez.

—¡Las honradas canas de mi abuelo! ¡la honra mía! —exclamó Milagros con acento blasfemo aún.

—El Oclay no sabrá nada: nada sabrá nadie,—exclamó el padre Pérez,—yo no sé, pero yo buscaré un medio... ¡Dios me ayudará!... ¡Dios me inspirará! yo encontraré un pretexto plausible para separarte de tu

abuelo; pero mantente separada de él todo el tiempo que sea necesario: este terrible secreto quedará entre Dios, tú y yo; pero ayúdame, hija mía, con tu humildad y tu resignación á la voluntad de Dios: no provoques su santa cólera con tu rebeldía.

—¡Pero esta criatura que vive ya en mi seno, que es mi sangre y mi alma!—exclamó abatiéndose al fin Milagros y rompiendo á llorar desconsolada.

—¿Pero es que,—exclamó el sacerdote con acento de dulce reprensión,—no tienes confianza en mí, hija mía? ¿no puedo yo ser el amparo, el guía, el padre del corazón de tu hijo?

—¡Que se cumpla la voluntad de Dios!—dijo Milagros que era muy exageradamente piadosa, apagada de todo punto la llamarada de furor que había ardido en ella al conocimiento de su última y más terrible desdicha.

El padre Pérez con su elocuencia puramente evangélica, con su ardiente caridad, con una verdadera solicitud de padre, logró al fin que el alma de Milagros se abriese á la esperanza.

¡La esperanza! ¡el gran consuelo de los tristes, con mucha frecuencia, por desgracia, falaz como los sueños!

La confesión fué larga y dolorosa.

Cuando Milagros salió del oratorio parecía tranquila.

Sólo se notaba en ella una densa palidez y una vaga amargura que en sus hermosos ojos había dejado el llanto.

Sin embargo, Lola se impresionó.

Tenía motivos para creer que en Milagros había un dolor recóndito.

Al verla salir de su confesión, exclamó:

—¿Qué misterios son estos? ¿Qué es lo que pasará en el *garlochí* (corazón) de la Manclayí que tanto la entristece?

CAPITULO III

En que se ve lo serviciales que suelen ser las gentes de policía.

Pero no tuvo necesidad el padre Pérez de poner su imaginación en aprieto para encontrar un medio plausible de separar á Milagros de su abuelo.

Esta separación se hizo sin intervención suya y muy pronto, como se verá un poco más adelante.

La confesión de Milagros había tenido lugar por la mañana.

Había empezado dos horas antes de la del almuerzo.

Cuando terminó, cuando aparecieron de nuevo el padre Pérez y Milagros, Figueroa y Lola esperaban ya.

El almuerzo estaba servido.

Tanto el eclesiástico como Milagros, para no dar que sospechar á Figueroa, comieron, haciendo mara-

villosos esfuerzos, como si no hubieran sentido nada bastante y aun sobrado para quitarles el apetito.

A los postres, Lola recibió un recado urgente de su hermano Quirico que la llamaba para un asunto importante.

Algunos momentos después Lola partía en carruaje.

Iba cuidadosa.

—¿Si le habrá pasado algún desavío á ese indino?—dijo para sí;—con él no se tiene hora de sosiego.

No extrañaban en el barrio el que se parase un elegante carruaje tirado por dos soberbios caballos delante de la taberna de Quirico, y que de él saliese Lola.

Estaban acostumbrados.

El Oclay era un gran caballero que gastaba tanto lujo como el más grande de los señores castellanos, lo que los tenía orgullosos, y Lola era la queridísima ahijada del Oclay.

—¡Benditos sean los piececitos de las hembras ricas!—dijo al bajar del carruaje Lola un funcionario público á juzgar por su uniforme y por su bastón de inspector de policía, que estaba á la puerta de la taberna acompañado de Quirico.

—¡Que siempre haya usted de ser tan pegajoso, don José,—dijo Lola torciendo con una expresión de fastidio su bello *josico*;—vamos, quítese usted de enmedio para que yo pueda pasar, don José.

Y luégo añadió dirigiéndose al lacayo:

—Vuélvete á casa y dí que no es nada.

Lola entró en la taberna y el carruaje partió.

En la taberna no había nadie.

—Vamos,—dijo Lola,—¿por qué está usted aquí á horas que usted no acostumbra, don José?—dijo cuidadosa Lola,—¿ha hecho alguna de las suyas este *arrastrao* y viene usted á prenderlo?

—¡Prendían!—dijo Quirico.

—Hay graves, gravísimas novedades, señora Lola, prodigio, lucero.

—¡Vaya, déjese usted de requiebros y vengan esas graves novedades,—dijo con un gran desparpajo Lola.

—Pues nada,—dijo don José,—que los franceses se nos echan encima; un *chavó*, ¿qué digo yo *chavó*? un *flamencate purate* (gitano puro), por todo lo alto, tan señorón y tan rico ó más, á lo que parece, que el Oclay.

—¿Qué me cuenta usted?—dijo con desdén Lola,—¿y de dónde sale ahora tan de *supito* ese *esperpento*?

—¡Esperpento! ¡que si quieres!—exclamó el inspector que sino hablaba ceceaba como los andaluces;—como usted le vea, con mucho sentimiento mío, se va usted á quedar frita: ¡vaya unos ojos que meten miedo, y vaya una *fila* (cara), de gitano de toda legitimidad, y vaya una elegancia y un olor á señorón que no engaña! ¡vamos la mar!

—Pero acabe usted, hombre, que me está usted dando torniquete,—dijo Lola que se echó á pensar si aquel señor que parecía tan gitano y tan rico sería por ventura la causa de las tristezas de Milagros.

—Deja tú hablar á *on* José, que él te dará la explicación.

—Pues eso es lo que yo quiero, que hable,—dijo con impaciencia Lola.

—Pues allá voy,—dijo don José,—estaba yo en la Puerta del Sol, en la esquina de la calle de Carretas, junto al ministerio de la Gobernación, atisbando á dos timadores que se ocupaban en trabajar á un inglés muy grande y muy rubio, cuando se me acercó uno de los de la ronda de capa, y me dijo:

—Señor inspector, el mayordomo del hotel de París, me ha dicho que un señor que parece muchísima persona, le ha mandado llamar al instante al inspector de policía del distrito, y le suplica vaya á verlo para un asunto que á ese señor le interesa mucho.

Dejé al agente vigilando á los timadores y me fuí al hotel de París.

El mayordomo me llevó al piso principal y me presentó un señor que había tomado para sí sólo el mejor cuarto del hotel, que cuesta un dineral y que sólo ocupan príncipes ó millonarios.

En cuanto yo ví á aquel señor, dige para mí.

—Pues *menuo* flamenco que nos hemos echado á la cara.

Ya lo verán ustedes y por eso no les digo á ustedes cómo es.

Vamos al negocio.

—Déjenos usted solos,—dijo al mayormo aquel caballero.

Y digo caballero, porque de caballero era, y elegante y rico su traje de viaje.

Cuando se fué el mayordomo, aquel señor me dijo con el mismo modo con que hubiera podido hablar á un criado.

—Cierre usted las puertas para que no pueda oir nadie lo que tengo que decirle.

Si se hubiera tratado de otro hombre, sabe Dios cómo le hubiese respondido.

Pero el tal *endividuo* tiene una manera tal de hablar y de mirar, que de verdad me dominó, y eso que yo habia creído hasta ahora que no había en el mundo un nacido que á mí me dominase.

—Bueno,—dijo Lola con impaciencia,—pero no sea usted pesado, don José, y vamos al negocio: ¿qué tenemos nosotros que ver con eso?

—Deje usted, señora Lola,—dijo el inspector,—y no sea usted tan vehemente; que á veces sino se dicen las cosas con su sal y pimienta, no se dice nada.

Ya llegaremos.

Yo cerré las puertas y él me dijo:

—Le tomo á usted á mi servicio.

—Permítame usted,—le dije yo con acento de autoridad,—yo estoy al servicio del gobierno.

—Pero el gobierno no le dará á usted lo que le daré yo si me sirve bien: tome usted, para hacer boca.

Y sacó una cartera, y de ella, y de entre otros, sacó dos billetes de á mil francos y me los entregó.

Yo no supe que contestar.

No sé cómo sin pensar en ello, me guardé los dos billetes.

Era ridículo volverlos á sacar.

Sobre todo si aquel caballero pretendía algo ilícito ó criminal, siempre había tiempo de echarle mano, llevarle al Gobierno civil y presentar los dos billetes como cuerpo del delito de soborno á la autoridad.

—¡Válgame Dios, don José!—dijo Lola, cuya impaciencia crecía,—¿y qué nos importa todo eso?

—Ya vamos llegando,—dijo sin salir de su calma el inspector,—pero échame un medio, Quirico, porque tengo la lengua seca.

Quirico se fué al mostrador y llenó un vaso que dió al inspector.

Este tosió, escupió, bebió lentamente y con delicia, y dijo devolviendo el vaso á Quirico:

—De amigos, añejo y sabiendo á la pez, como á mí me gusta. Allá voy, allá voy, señora Lola.

Aquel sujeto me dijo:

—Necesito ver cuanto antes á un caballero que se llama don Luis de Figueroa; yo soy nuevo en Madrid, no he venido á él hasta ahora, no conozco á nadie, y por eso he pedido me busquen un inspector de policía: es cuanto por ahora necesito de usted; usted debe, como de la policía, tener medios para saber el domicilio de ese señor.

—No necesito hacer averiguaciones para complacer á usted,—le dije,—conozco personalmente al *Oclay*.

—¡Cómo al *Oclay*!—me respondió con extrañeza,—¿qué quiere decir eso?

—¡Que usted no sabe lo que quiere decir *Oclay!*—respondí yo mirando con asombro á mi hombre.

—Yo sé lo que es *Ocla*,—me respondió,—ya sabe usted, la yerba submarina que el mar echa fuera sobre la costa durante la tempestad; pero no sé lo que es *Oclay*.

—Pues yo creía que era usted *flamencate purate*,—le respondí.

—Tampoco entiendo eso.

—Pues eso quiere decir, gitano de los finos.

—Yo no sé si soy ó no soy gitano,—me respondió,—lo que sé es, que usted no me ha dicho nada acerca de lo que yo le he preguntado.

—Perdone usted,—respondí yo,—ya he dicho á usted que conocía personalmente al *Oclay*, usted no entiende lo que esa palabra significa; pues bien, significa rey de los gitanos; cabalmente el rey de los gitanos de Madrid y aun creo yo que de toda España, es un don Luis de Figueroa, por quien usted me ha preguntado.

—Acabaremos,—me dijo,—yo voy á cambiar de traje; mientras tanto, vaya usted á anunciar mi visita á ese señor.

Y me dió esta tarjeta.

Y el inspector sacó una de su cartera.

Lola se la arrebató.

Era grande, elegante.

En ella se leía en una hermosa letra inglesa:

«Luis Malespina.»

Y por bajo: *rue de l' Abaye*, número 50 ó lo que es lo mismo, calle de la Abadía.

Luis no se había entretenido ni aun en hacerse tarjetas en Madrid.

Traía las de París.

Esto demostraba su impaciencia.

Ya por aquel tiempo se hacían en Madrid, como hoy, las tarjetas al minuto.

—Bueno, bien,—dijo Lola,—resulta que ese sujeto á quien usted cree de nuestra casta, necesita ver al *Oclay* ó mi padrino.

—Justitamente, *seña* Lola; y como el *Oclay* está retraído y no se deja ver de nadie ni á tres tirones, ni yo se dónde vive en Madrid, he venido á verla á usted, y á suplicarla sirva de introductora de embajadores, á ese señor.

—Que venga á verme y veremos,—dijo Lola.

—Echame otro medio, Quirico, que se me ha vuelto á secar la lengua,—dijo el inspector,—y ya estoy saliendo de piés, que á quien paga tan bien como ese señor don Luis de Figueroa, es necesario darle gusto y no hacerle esperar.

Se tragó su nueva ración de vino el inspector, y sin despedirse escapó, se metió en un carruaje pesetero que le esperaba, y dijo al cochero:

—A escape al Hotel de París.

CAPÍTULO IV

En que se vé que los amores desesperados cambian notablemente la moral de los que los infunden.

En el momento en que Luis dejó como ya sabemos, desmayada y abandonada á Ernestina, tomó un carruaje y dijo al cochero:

—A la estación del Havre.

Como se vé, Luis huía el bulto.

Temía, y con razón, que al volver Ernestina de su desmayo, al verse abandonada, le buscara.

En efecto, Ernestina se había dirigido con este propósito á la puerta que comunicaba con la portería de la gran casa que la había regalado de una manera tan espléndida Luis.

Pero al llegar á aquella puerta se detuvo.

Lanzó un grito ahogado.

Retrocedió.

Había encontrado delante de sí una mujer alta, gallarda, hermosísima, elegantemente vestida de negro, casi de luto.

—¡Cómo!—exclamó asombrada Ernestina:—¡vos, madama Filomena!

—Sí, yo,—respondió la señora, que era en efecto Filomena.

—Si venís á buscar á vuestro hijo,—dijo aturdida Ernestina,—tengo el sentimiento de deciros que no está.

—Ya lo sé,—dijo Filomena;—acabo de verle salir.

—¿Y no le habéis detenido?

—No: yo velo por él desde la sombra.

La voz de Filomena era lenta, grave, firme, incisiva.

—¡Me ha abandonado cobardemente!—dijo Ernestina rompiendo á llorar.

—Vos le habéis puesto á punto de perecer en un patíbulo; vos nos habéis hecho sufrir á él y á mí cuatro meses horribles: y los terribles debates ante el tribunal; ¡oh! yo estaba allí, envuelta en la multitud, agonizando, sufriendo lo que yo no hubiese creído se podía sufrir sin morir; pero entrad, entrad; yo no os permito que le sigáis: vos no le seguiréis; es necesario que él tenga tiempo para poner entre él y vos una gran distancia.

—¿Y vos impedís que él repare el mal que me ha hecho?—exclamó irritada Ernestina.

—Antes que veros su esposa, prefiero perderme, ser sentenciada por la justicia,—dijo Filomena.

Y le ardían los ojos.

Su voz amenazaba.

Tenía algo de cavernosa.

Se parecía á un rugido sordo.

Ernestina tenía miedo.

—¡Y vos sois su madre! —exclamó con toda la vehemencia de su amor y de su desesperación.

Filomena no respondió á la exclamación de Ernestina.

La impulsó hacia el interior de su habitación.

Luego cerró por dentro la puerta.

La llevó hasta el comedor.

—Sentaos,—la dijo.

—¿Y no teméis? —exclamó con acento trágico Ernestina,—que Dios os maldiga por el crimen de impedir que vuestro hijo cumpla con su deber?

—¡Mi hijo! ¡mi hijo! —exclamó Filomena con un acento indescribible:—¡mi alma! ¡mi alma dolorida, abrasada!

Ernestina no pudo comprender en su verdadera significación estas palabras de Filomena.

No concibió la menor sospecha de que ella no fuera su madre.

Una madre podía muy bien llamar su alma á su hijo.

Nada tenía de extraño que una madre tuviera el alma abrasada, dolorida por su hijo.

—Vos le habéis seducido, vos le habéis hechizado, vos le habéis perdido,—exclamó Filomena, que fijaba una mirada de fuego, una mirada cruel, en que aparecían unos celos horribles, en Ernestina.

Esta, sin embargo, nada sospechó aún.

Continuaba creyendo madre de Luis á Filomena.

—¡Ah! ¡señora!—exclamó, arrojándose á sus pies Ernestina:—yo le amo; mi vida sin su amor será un infierno; ¡tened compasión de mí! ¡tened compasión del desventurado ser que ya alienta en mis entrañas, que es vuestra sangre!

Y pretendió asir las manos de Filomena.

—¡Mi sangre!—exclamó ésta rechazando fieramente á Ernestina:—¡mi sangre habéis dicho! ¡oh! ¡sí! ¡sangre! ¡sí! ¡toda vuestra sangre infame!

Y Filomena estaba descompuesta de una manera espantosa, desencajada, lívida, contraída, con la actitud de una pantera que se prepara para arrojarse sobre su presa.

Ernestina se aterró.

Quiso gritar y no pudo.

El espanto ahogaba la voz en su garganta.

Se creyó irremisiblemente despedazada por Filomena.

Pero ésta se rehizo.

Retrocedió y dijo á Ernestina con acento imperativo, con uno de esos acentos supremos que imponen la obediencia:

—Sentaos.

Ernestina se sentó temblando.

Hubo algunos segundos de silencio.

—¿Pero por qué vuestro furor, señora?—exclamó Ernestina, fijando una mirada suplicante en Filomena.

—¡Por qué mi furor!—exclamó Filomena:—yo había huído espantada de él; sí, espantada; ¡no me miréis con asombro! yo le amaba, yo le amo con un amor que vos no podéis comprender; vuestro amor es el amor del materialismo, el amor de los sentidos: su hermosura os ha fascinado: si encontraseis otro que os pareciera más hermoso que él, le olvidaríais como si no le hubiéseis conocido jamás, á pesar de ser el padre de vuestro hijo, y os entregaríais ébria á otra nueva sensualidad que también os enloquecería y de la cual os olvidaríais para devorar otra nueva pasión bastarda.

—¡Ah, vos no sois su madre!—exclamó Ernestina, comprendiendo al fin, porque tal era la emoción, la expresión del sentimiento que de Filomena surgían, que no había lugar á la duda.

—¡No, no soy su madre!—exclamó Filomena, que continuaba mirando de una manera abrumadora, amenazadora, implacable á Ernestina:—pero él me cree su madre: mi difunto marido y yo lo recogimos reciennacido, huérfano, abandonado, y le criamos como si hubiera sido nuestro hijo; yo no he vivido, yo no he alentado, yo no he trabajado más que para él; de mi se separó á los doce años, porque le llamaba el Océano: sobre la mar, á bordo de un buque de guerra, se ha hecho hombre; yo no le veía más que muy de tiempo en tiempo, y cada vez que iba á verle, le encontraba más grande, más gallardo, más hermoso: yo me aterré cuando comprendí que le amaba, no como ama una madre á su hijo, sino como ama una mujer á un hom-

bre: yo me abrasé en su amor, yo me abraso en él, yo le adoro; pero yo no he sido impura como tú; yo me aparté de él cuando mis celos por una mujer que le amó y que se unió á él, le revelaron que yo no era su madre: entonces él enloqueció: me amaba: yo huí: él pertenecía á otra que murió y que por su muerte y la del hijo que de ella había tenido, había heredado una inmensa fortuna, de que tú tienes una pequeña parte: yo volví á Francia, y vine aquí y me despedí de ti, sin decirte adónde iba, y recomendándote asistieses á... *mi hijo* como me habías asistido á mí: ¡ah! yo te creía una mujer honrada; yo no pude ni aun sospechar que habías de poner á punto de perdición á *mi hijo*. Yo fuí á pedir asilo en un convento, á ocultarme en él: mi propósito era tomar al fin el hábito: él no me necesitaba ya... yo buscaba silencio, alejamiento del mundo. Pero el mundo lanza el escándalo de sus miserias, de sus pasiones, y aun de sus crímenes y de sus horrores al fondo de los claustros, y ¿quién sabe si también hasta el fondo de las tumbas? un día la noticia de un doble asesinato, que por sus circunstancias había conmovido á París, llegó hasta mi silencioso retiro: unido á aquel crimen, iba un nombre para mí muy querido, un nombre grabado en mi alma; el de mi Luis y el de una mujer adúltera, tú...

—Adúltera no,—gritó levantándose violentamente Ernestina;—pura como un rayo del sol, yo he caído en sus brazos virgen de cuerpo y de alma.

—En buen hora: pero cuando corrieron las prime-

ras noticias de aquel crimen te se llamó adúltera; yo salí aterrada, desolada, desesperada de mi retiro; yo quería protegerle, y ni aun verle pude; los jueces se mostraron inflexibles; se le creía responsable de un gran crimen y se le apartaba de todo trato, hasta del de... su madre; estos hombres de justicia son muy crueles; ellos cumplen con su horrible deber desgarrando el corazón de los padres, de los hijos, de las esposas, de los hermanos; el procesado es un cadáver viviente al cual sólo pueden acercarse los que le guardan; yo he tenido que esperar para verle á que viniese su proceso ante el jurado; yo he escuchado estremecida la acusación, las declaraciones de los testigos, las defensas de los abogados; yo, durante los debates... ¡tres días mortales!... he sentido más de una vez en mi garganta el frío de la cuchilla de la guillotina que á él le amenazaba; ¿qué sabes tú lo que es sufrir? ¿Qué sabes tú lo que es aborrecer? Yo he sentido por él centuplicados todos los tormentos del infierno, y por ti todo el aborrecimiento y toda la sed de venganza que pueden caber en el corazón de una criatura desesperada; tú eras la causa de la situación horrible en que se encontraba él, y del terror que por él me aniquilaba; cuando el presidente anunció el veredicto del jurado que os absolvía á los dos, yo sentí una alegría, una felicidad insoportables: ¡vivía! ¡Vivía! pero vivirías también tú que eras un hermoso demonio, y era necesario salvarle de ti; yo no le seguí á él cuando él salió; te esperaba á ti para seguirte y te seguí; á poco le ví salir á él

desatentado, y le dejé ir; yo te buscaba á ti, á ti que eres su peligro, y ante ti estoy; después ya le encontraré á él, y me uniré á él... porque yo estoy ya rendida, rendida... resuelta á todo por su amor.

—Y él te arrojará de sí, él te matará con su desprecio, como me está matando á mí por su abandono; él está loco por la hermosa náufraga á quien salvó en el lagó de Vincennes; por la educanda del Sagrado Corazón de Jesús.

—¡Oh! ¡Cuéntame!—exclamó terriblemente demudada Filomena,—¡cuéntame esa nueva locura suya!

—¡Ah! ¡Una joven educanda! ¡Una diosa humana!—dijo con una expresión sañuda Ernestina;—zozobró la lancha en que iba y sin él hubiera perecido ella; la sacó á la opuesta orilla, se perdió con ella entre los árboles, cuando volvió solo al lugar donde yo estaba, venía enloquecido; yo no sé lo que hubiese acontecido entre él y yo si aquella misma noche no hubiera tenido lugar el suceso, por el cual fuimos presos los dos y juzgados; pero él está loco por ella; por ella, sin duda, para ir á buscarla, me ha abandonado infame y cobardemente aprovechándose del desmayo que causó en mí la emoción de mi alegría cuando me ví libre con él; ¡oh, estamos solas! ¡Abandonadas por otra, las dos!

—¡Ah no, abandonada yo no!—dijo Filomena en el paroxismo del delirio; él se embriaga durante un momento por toda mujer que excita su sensualidad; pero vuelve á mí; yo soy su alma, como mi alma es él; yo le adoro; yo siento su alma en la mía! ¡Ah! Una edu-

canda del Sagrado Corazón, salvada del lago de Vincennes hace cuatro meses por un hombre! ¡Ah, yo sabré quién es esa educanda! ¡Yo la apartaré de él, como le he apartado de ti! ¡Ah! ¡Qué me importas! ¡Yo te abandono, yo te dejo entregada á tu desesperación!

Y transportada, loca, salió.

Llegó á la puerta de comunicación.

La abrió y escapó.

Llegó á un carruaje que la esperaba á alguna distancia, y dentro del cual había estado escondida, esperando el momento de la salida de Luis de la casa de Ernestina.

—Al Sagrado Corazón de Jesús,—dijo al cochero, —apretad cuanto podáis; contad con un franco para beber.

En francés no se dice propina, sino *pour boire.*

El jamelgo, vigorosamente arreado, salió al trote largo.

Poco después llegaba Filomena al Sagrado Corazón, y se hacía anunciar á la superiora.

Inmediatamente fué recibida por ésta en el locutorio.

Filomena, por un poderoso esfuerzo de voluntad, había logrado revestirse de una calma aparente.

Su maravillosa hermosura, su atractiva mirada irresistible, pusieron de su parte desde el momento en que la vió á la abadesa.

—¿En qué puedo complaceros, señora?—la preguntó la religiosa con una exquisita finura.

—Vengo á cumplir un deber de conciencia, señora, —respondió Filomena,—y á preveniros para que no caigáis tal vez en un caso de responsabilidad.

—¡Cómo!—exclamó, borrando su benévola sonrisa, y cambiándola en una expresión de reserva la superiora:—¡un caso de responsabilidad en que yo pueda caer!

—Sí, se trata de una de vuestras más hermosas educandas, de una joven que fué salvada hace cuatro meses de una muerte segura por un hombre, en el lago de Vincennes.

Se enrojecieron las pálidas mejillas de la religiosa, como á impulso de aquel para ella enojosísimo recuerdo.

—Aquella joven señora,—se apresuró á decir la superiora,—no está ya entre nosotras: salió de la pensión en la noche del mismo día de aquel suceso.

—Os felicito con toda mi alma, señora—dijo Filomena, porque os veo libre de consecuencias terribles: hay un hombre funesto que no se detiene ante nada; ese hombre es el mismo que ha sido absuelto hoy, aun no hace dos horas, de la acusación que pesaba sobre él por el espantoso crimen de la calle de la Abadía.

—¡Ah!--dijo la superiora.

Y guardó silencio.

—Pero,—añadió Filomena,—mi deber continuaba excitándome á que procurase impedir nuevos crímenes que podrían llevar el deshonor y la desgracia á una familia verdaderamente ilustre: yo debo advertir al jefe

de esa familia, é ignoro quién sea: ¿tendréis la bondad, señora, de decirme quién es, para que yo pueda advertirle de palabra ó por escrito?

Miró profundamente la religiosa á Filomena.

Pero el aspecto de ésta era tan tranquilo, expresaba su fisonomía tal lealtad, tal bondad, y aun pudiera añadirse tal virtud, que la superiora, confiada por estas falsas apariencias, la dijo:

—¿Me juráis, señora, que dais este paso cumpliendo extrictamente con vuestro deber?

—¡Oh! ¡sí! ¡por mi alma!—respondió Filomena con el acento y la fisonomía de la más ingénua sinceridad.

—Dios os ha oido, señora,—dijo severamente la religiosa;—vos responderéis ante él; y puesto que vuestras intenciones son buenas, sabed que esa joven, tan querida de nosotras por sus virtudes y relevantes prendas, que no podemos recordar sin sentimiento, es doña Milagros de Figueroa, y está en España, en Madrid, bajo la protección de su abuelo don Luis de Figueroa.

De tal manera había sabido confiar y engañar Filomena á la religiosa.

Escribió Filomena los nombres del abuelo y de la nieta en su libro de memorias, y después de un mútuo cambio de cumplidos, salió.

El carruaje la condujo á un modesto hotel en la calle del Sena.

Aquella noche Filomena, con un reducidísimo equipaje, partía de París para Madrid de la estación de Orleans.

CAPÍTULO V

De cómo Luis de la manera más natural del mundo se quedó solo con Lola la primera vez que la vió.

Apenas llegado al Havre, Luis, é instalado en el hotel de la María, dijo al camarero que le servía:

—Conocéis á álguien, que, cueste lo que cueste, me traiga brevísimamente de París mañana mismo, informes exactos acerca de una persona.

—Ninguno mejor que yo, contestó el camarero:—tengo muchos y buenos conocimientos en París, especialmente entre la policia de seguridad, en la cual he servido.

—¿Os encargáis, pues, de mi asunto?

—Con toda mi voluntad, señor; pero como me iré inmediatamente á París, tengo que dejar mi plaza, aunque no me darán licencia, me veo obligado á pediros una indemnización.

—Señaladme vos una cantidad.

—Mi plaza vale más de tres mil francos.

—Tomad cinco mil,—dijo Luis, sacándolos en billetes de su cartera.

—Perfectamente señor, dijo el camarero, inclinándose profundamente:—¿y cuándo partiré?

—Al momento: id á prepararos, mientras yo os escribo mis instrucciones.

—Muy bien, señor.

Un cuarto de hora después, el camarero que había pedido licencia y la había obtenido por una semana, á pretesto de un negocio importante, volvió y recibió de Luis las instrucciones que éste había escrito.

Partió para París en el tren de las nueve.

A la noche siguiente volvía.

Traía informes completos, precisos.

La policía se los había suministrado.

No había tenido necesidad para ello de investigar en el mismo convento del Sagrado Corazón.

No había tenido necesidad tampoco de consultar el registro policiaco, referente al Sagrado Corazón.

Entre las educandas inscriptas, constaba doña Milagros de Figueroa, española, hija de don Luis de Figueroa, español, encargando en Paris á sus ayos don Juan Gonzalez y doña Ana Garrido y á su confesor el padre Pérez.

Por la persona que se decía en las instrucciones de Figueroa, constaba la salida del convento de la señorita de Figueroa, y por la inscripción del hotel de Europa en la calle de Nuestra Señora de las Victorias la salida

para España de la señorita de Figueroa con sus ayos y su confesor.

De tal manera está montado el servicio de vigilancia en París, que se pueden tener en minutos noticias seguras de la persona que se busque si en ella está.

En cuanto á la viuda Coucardet, esto es, Ernestina, estaba gravemente enferma en la casa de la calle de la Abadía.

A Luis se le apretó el corazón.

Había sido verdaderamente cruel con Ernestina.

Pero Milagros predominaba en él.

Tenía lleno de ella el alma.

Su impaciencia no sufrió espera.

Se puso inmediatamente en el tren para París.

Y apenas llegado, tomó el tren de España.

No se había detenido más que para realizar el billete, su libro talonario del Banco de Francia y componer su equipaje.

Ya hemos visto que apenas llegado á Madrid, había continuado las investigaciones por medio de la policía.

Explicado lo anterior, continuemos la marcha de nuestro relato.

Don José, que estaba avispado con la buena fortuna que se le había venido á las manos, fué á avisar á Luis para que fuese á la plaza de las Peñuelas, donde el ahijado del Oclay consentía en recibirle.

Luis, acompañado de don José, llegó por la tarde en un carruaje de alquiler de lujo á la taberna de Quirico.

Lola le recibió en una salita que pertenecía á su cuarto.

Al verlo se demudó.

Luis miró con asombro á Lola.

Pasó por él algo semejante á un conato de vértigo.

Había reparado en Lola algo que podía llamarse aire de familia entre ella y Milagros.

Había habido un momento en que había creído tener delante de sí á la desmayada del lago de Vicennes.

Pero esto se había borrado, como se borra en la linterna mágica un cuadro disolvente.

Al fijar más su atención había encontrado diferencias notables.

Lola era hermosísima, pero la aparición de su aventura del lago era infinitamente más hermosa, más delicada, más distinguida.

No había visto los ojos de Milagros, sino á través de los párpados entreabiertos y aquellos ojos que tenía como fulgurados de una manera indeleble en su mirada, era infinitamente más poderosa que los poderosísimos ojos de Lola, demasiadamente claros y fijos, con una expresión de atonía en Luis.

Porque si ella en Luis había causado una impresión profunda en el momento en que lo había visto, él había producido en Lola una sensación completamente nueva para ella, una perturbación de sentimiento, un placer constante y deleitoso á la par, la pérdida de la

pura virginidad de la mujer, esto es, el momento en que un alma elevada sin mancilla, se inflama con el vehemente espíritu del amor.

De aquí la atención por lo que los magníficos ojos de Lola se fijaron absortos en Luis.

Don José el inspector no se había engañado cuando lo había dicho, cuando valiéndose de una frase vulgar acababa de expresarle en un flamenco de los finos, que *se iba á quedar frita.*

Pero la crítica situación en que se encontraron colocados el uno por el otro Lola y Luis, pasó rápidamente en cuanto á la aparición.

Ella y él se reprimieron.

Pero á pesar de lo instantáneo, Quirico la cogió al vuelo y frunció el gesto.

Era muy celoso de su hermana y muy mal pensador.

Se le ocurrió la idea de que don José, haciéndole mucho favor, servía de intermediario á aquel señor para acercarlo á Lola é introducírlo en la casa, tal vez con un fin no muy católico.

Así fué que como era violento y camorrista y mal criado, rompió el primero la conversación de una manera brusca y no muy amistosa.

—Y bueno, dijo;—¿qué es lo que á usted se le ofrece, amigo?

—¡Eh! ¡qué!—dijo Luis herido por el acento rudo y descortés de Quirico.

El acento con que Luis pronunció estas palabras,

fué altivo, imperativo, concentrado, dominador, imponente.

Y al mismo tiempo fijó en él los ojos tan terribles, cuando su impresionable espíritu se irritaba y se manifestaba en ellos.

Quirico se hizo instintivamente atrás, como si hubiera pretendido evitar un golpe.

Sintió pavor.

Lo había dominado.

Lola respiró.

El éxito no podía ser más completo.

Se había impuesto, se había dejado ver en ellos á los dos hermanos.

El se había inspirado su respeto, ó más bien su miedo.

Ella sentía su amor fecundizado, lleno de veneración, de algo misterioso que ella no comprendía por qué le trasportaba, porque causaba en cambio su sér en otro sér poderoso y vivífico.

—Decía yo,—dijo Quirico ya sometido y tan servicial,—que en qué podríamos servir al señor.

—Yo tengo una necesidad imperiosa,—dijo Luis ya con acento natural y cortés,—de tener una entrevista con el señor don Luis de Figueroa, que, según me ha dicho don José, es el rey de los gitanos.

—¡Mi padrino!—dijo aprovechando la ocasión para hablar.

Lola levantó la cabeza que había inclinado sobre el voluptuoso seno.

Estaba vivamente encendida.

—En efecto, eso me ha dicho don José,—añadió Luis,—y que su señor está de tal manera delicado, que es muy difícil viva.

—Es anciano y está muy sufrido,—dijo Lola con acento indolente y dulcemente sonoro, aprovechando esta ocasión para volver á mirar á Luis.

—Pero me aseguró don José,—dijo Luis,—que á pesar de lo difícil que era ver á ese señor, tiene usted tal influencia sobre él, que siendo usted el intermediario, yo lograría verle.

—Y por eso yo he traído á este caballero,—dijo el inspector que se había puesto al cabo de la situación.

—De modo y manera,—dijo Lola,—que siendo para bien, yo no tengo inconveniente.

—Eso es si le dan á usted licencia, señora, —dijo á la puerta de la salita una voz cínica de matíz grosero, que al entrar había oido las últimas palabras de Lola y las había interpretado de una manera celosa.

Entre la gente flamenca, y la de planta que no es flamenca, cuando un enamorado declara su *atrevido pensamiento* á una joven, suele esta contestar: «No digo que no, si viene usted con buen fin, ó si es para bien.»

El invasor que encontrando desierta la taberna y la trastienda se había metido sin ceremonia en la salita, no había oido las últimas palabras de Lola y había creído que se trataba de un enamorado que se presentaba, que solicitaba honestamente á Lola delante de su hermano.

Era un hombre entre los veinte y cinco y los treinta años, ostensiblemente gitano, alto, feo, apretado, si se nos permite la frase, con la nariz partida por un chirlo que se prolongaba por su mejilla izquierda, cruzándole diagonalmente, pero con unos ojos grandes, negrísimos, y que hubiesen parecido hermosos á no ser de de una mirada hosca y aviesa.

Vestido á lo jaque, esto es, sombrero calañés, sobre un pañuelo de seda anudado atrás, y cuyas puntas pendían sobre su espalda, chaqueta burda con toques y coderas de pana, camisa cerrada en el cuello por unos pequeños botones de oro, chupa franciscana con agremanes negros, faja teñida de encarnado, de lana, calzones también de paño ceniciento franciscano, botitas blancas cordobesas y zapatos de becerrillo de su color.

Calzaba una grande espuela vaquera en el pie izquierdo, ceñido á la cintura una canana corrida, y sujetaba en ella á la espalda un largo cuchillo de monte y dos pistoletes ó cachorrillos.

Olía á cien leguas á bandido y de los legítimos de los *cruos*.

Lola se levantó de una manera nerviosa y exclamó:

—¡Ah! que eres tú *Mulatán* (matador). ¿Y quién te mete á tí á darte licencia para nada á quien no te la pide, *bocarón*? ¡Ea! lárgate, y cuando te llamen vuelve, que ya habrá llovido.

—Hasta ahora no se ha acabado el mundo,—dijo el

Mulatán, dando un paso hacia Lola y con el brazo derecho y la mano en la actitud de darle una bofetada de veras.

Pero le atajó en el camino una tremenda bofetada por derecho de Quirico, que le hizo vacilar.

Al mismo tiempo Quirico dijo:

—Échate para afuera *chavó*, que me tienes ya harto y te voy á reventar.

Y él tiró delante.

El *Mulatán* rugió.

Miró ferozmente á Lola y á Luis, de una manera amenazadora y como diciendo: «Luego volveré y nos veremos», y escapó delante de Quirico.

Luis se lanzó tras él.

Pero de una parte don José el inspector, y por otra Lola, se interpusieron.

—Usted no tiene nada que ver con esto, señor don Luis.

Y ella dijo al mismo tiempo con un altivo acento despreciador de hembra brava:

—Deje usted, señor, que mi hermano le castigue que es á quien le toca, y que es muy hombre para ello; pero vaya usted, don José, que Quirico tiene muy mal *arate* (sangre) y se puede perder.

Don José salió desesperado, mostrando su bastón de autoridad, y resuelto á impidir una *desgracia* si le era posible.

Lola y Luis se quedaron solos.

Lola estaba pálida, trémula, irritada.

Le habia llegado á lo vivo la audacia del *Mulatán*. En otras circunstancias la hubiesen importado muy poco lo que había dicho el *Mulatán*: «*Eso será si le dan á usted licencia para ello!*» Delante de Luis, la había puesto furiosa.

Todo era que el *Mulatán* andaba tras ella como tantos otros y enamorado hasta las entrañas, y que ella le despreciaba.

El *Mulatán*, como ya hemos dicho, se había equivocado.

Había creído que Lola respondía á un pretendiente favorecido, y lo había tomado por la tremenda, lo que había producido que saliesen desafiados Quirico y él.

—¿Qué había usted dicho, señor?—dijo Lola,—¿había usted creído que yo daba alas á ese mal ladrón de *Mulatán* para que me amase, yo que en mi vida en esto de noviajos le he dado la palabra á nadie?

—¿Y quién piensa en eso?—dijo Luis,—pero permítame usted que yo vaya... Usted está inquieta... agitada...

—No, lo que yo estoy, es que me llevan los *mengues* (diablos), porque nadie hasta ahora ha sido osado á poner en mi sus cinco lugares; así malos *Mugeles* (perros) se *tragelen* (se coman) la de ese *mal nasío*. ¡Jesús Madrecita mía del Carmelo, que estoy yo más limpia que los copitos de nieve de la sierra cuando acaban de caer de las nubes!

—¿Y quién lo duda?—dijo Luis,—sus ojos de usted, todo su ser de usted, rebosa pureza á torrentes.

Lola sintió algo delicioso que le anunciaba el alma por aquel requiebro forzado de Luis.

Porque ¿qué había de decir Luis, dada su situación?

—Muchas gracias,—dijo Lola,—aunque no hay que agradecer el que nos hagan justicia; por lo otro, se tenga entendido: el *Mulatán* es un *fulero* (embustero), un tremenda, mucha fachada y poco fondo, como la casa de Estrarena, y en cuanto haya salido á la calle habrá salido *chalando* (á escape) para que no le coja mi hermano, que ya sabe él como Quirico las gasta. ¿Lo vé usted? ya viene don José muriéndose de risa; sabe Dios dónde estará ya el *Mulatán*; ¡Vaya hombre, ni el viento!

En efecto, habían sonado grandes carcajadas muy cerca.

Un instante después, entró en el salón don José, que mediante un vigoroso esfuerzo contuvo su hilaridad.

—La cosa ha sido como de encargo,—dijo don José

Y volvió á su risa.

—Ya lo sabia yo,—dijo Lola;—el *Mulatán* no tiene *lacha*, y allá habrá ido como un gato estorreado. ¿Pero dónde está Quirico?

—El que corría que no se le veían los piés, y que no va á parar de correr hasta la fin del mundo es Quirico,—dijo el inspector.

—Vamos, eso no puede ser,—dijo saltando ofendida Lola,—ni aunque me lo contara á mi el mismito Padre Eterno, con todas sus barbas, así me perdone.

—Espere usted á que las cosas se expliquen, señora Lola, y se convencerá usted de que el señor Quirico tenía razón para correr, cuanto más mejor.

—Acabe usted, hombre,—dijo con impaciencia Lola.

—Iba yo á escape para alcanzarlos,—dijo el inspector,—cuando de repente me detuve por un impulso natural, al oir que el *Mulatán* decía con voz angustiosa:

—«¡Ay María Santísima, que me has matao.»

Entonces oí la carrera de un hombre que huía.

Volví á correr y ví un bulto que iba que volaba, y que se perdió muy pronto entre las sombras de la noche.

Seguí creyendo encontrar herido únicamente al *Mulatán*, y de improviso ví que un hombre que pasaba junto á mí de prisa era el *Mulatán*.

—¡Alto á la autoridad! le dije presentándome delante de él y creyendo que estaba herido.

—¡Ah! ¿Es usted, don José?—me dijo.

—¿Estás herido?—le pregunté.

—Quiá, no señor,—me respondió.

—Pues yo te he oído decir:—«¡Ay María Santísima, que me has matao!

—Mire usted, don José,—me respondió;—eso ha sido porque no llorase esa mujer, porque yo la quiero tanto que sus lágrimas me caerían sobre el corazón y me matarían de repente. Quirico venía hecho una furia, con el cuchillo *enristrao*, me tiró un viaje, yo hice un quiebro y me dejé caer al suelo, diciendo lo que usted ha oído. Quirico creyó que me había matado y

salió de prisa; y ha sido por ella, por ella, por esa ingrata, que no me quiere y que á desprecios me va á quitar la vida.

—Ya sabía yo que no tenía él resolución para ponerse delante de mi hermano;—dijo Lola con desprecio;—pero mire usted, don José, hágame usted el favor de ir á buscar á Quirico, y decirle el engaño, para que se le quite el miedo de la justicia y se vuelva á casa.

—¿Y dónde voy á encontrarle yo, Lolita?—dijo el inspector,—si sabe Dios dónde el mozo estará á estas horas.

—Yo voy á decírselo á usted; Quirico á la fuerza se ha ido á la dehesa de la tía Micaela.

—¿Y qué Micaela es esa?

—Una gitanilla con más flores, hija del *Bato-puró* (anciano, jefe elegido), de unos *callós anda-ríos* (gitanos honrados errantes) que poseen hace un mes su aduar junto al tercer molino del canal: el abuelo Botanas le quiere mucho, aunque le niega á su hija Micaela por mujer porque ya está *apalabrao* con otro: pero Quirico sabe que fuera aparte de eso el abuelo Botanas le amenazó; y mire usted, don José, yo tengo interés en que Quirico se vuelva cuanto antes porque el *chavó* con quien quiere el abuelo Botanas casar á la Micaela, es muy malo y vá á cojer celos, y puede haber allí una perdición de vidas.

—Pues basta con eso, señora Lola,—dijo el inspector,—y voy á servirla á usted y á quitarle de cuidados.

—Ya sabe usted que aquí agradecemos las cosas como ellas se merecen.

—Yo soy el que estoy agradecidísimo á ustedes,—dijo el inspector.

Y saludando respetuosamente á Luis, se fué.

Lola y Luis volvieron á quedarse solos.

CAPÍTULO VI

En que un error que se hace y se deshace por sí mismo pone en una situación gravísima á Lola y á Luis.

Luis hizo un movimiento como para despedirse.

—No,—dijo Lola deteniéndole con un ademán con el que le indicaba que se sentase: usted no comete una indiscreción permaneciendo aquí: una mujer nunca está sola cuando está acompañada de su dignidad.

—Indudablemente,—dijo Luis, sentándose.

—Además, nosotros los gitanos estamos muy lejos de la hipocresía que tanto se usa en el mundo civilizado; para nosotros la cuestión de formas no existe: nosotros vivimos siempre dentro de lo positivo, y lo más cerca posible de la naturaleza: el pan pan y el vino vino: la gitana que se olvida de su dignidad y avergüenza á su familia, no va por la penitencia á Roma.

—Pero usted no habla como gitana, señora mía,—

dijo Luis,—sino como una señorita perfectamente educada.

—¡Ah! ¡Sí!—dijo Lola sonriendo de una manera hechicera,—usted no puede comprender que una gitanilla y á más de esto tabernera, hable sin ceceo, sin ponderaciones, sin aspabientos; la educación que me han dado mi padrino el *Oclay* y mi buena madrina la *Oclayí*, que en santa gloria esté; yo hago á pelo y á lana; es decir, yo tengo lo que entre la gente común se llama los *dos caracteres*. Mi padrino aunque es gitano de pura raza como yo, es un gran señor que en su juventud viajó mucho, estudió mucho; tiene también los *dos caracteres* cuando se trata de chalanerías, no hay chalán que le iguale y cuándo tiene necesidad de parecer culto y correcto, no hay gentilhombre que le aventaje por estirado que sea. Entre nosotros los gitanos la profesión, sea cual fuere, no es incompatible con la posición de unas familias sobre las otras, ó como podría decirse con nuestra nobleza de abolengo: por ejemplo, mi padrino el *Oclay*, que se llama entre los castellanos don Luis de Figueroa, y viene de una dinastía egipcia que se pierde en la noche de los tiempos, comercia como sus antepasados en caballerías, y es muy buscado como chalán, porque tiene los mejores bichos que pueden apetecerse ya de las dehesas de Córdoba y Sevilla, ya del extranjero; y que á más de ser su ahijada, soy cercana parienta suya por parte de mi madre. Yo, tabernera soy lo que podría llamarse un infinito sobre todo,—añadió melancólicamente Lola,—

yo soy una mujer como cualquiera otra; para mí la razón no hace al caso: todas las criaturas humanas somos iguales por ante el sentimiento racional: impuesto por el ser humano, sea hebreo, indio, árabe... Cada parte del mundo tiene sus castas peculiares, pero todos los seres que ven en sí mismos el sentimiento de sí mismos así como su razón y su condición, son almas iguales ante Dios.

Luis se aturdió más y más.

Se embrollaban sus recuerdos.

Se confundía.

Acabó por no saber si la magnífica mujer que tenía delante, honesta á veces, recelosa otras, tan pronto chula, tan pronto bravía, tan pronto señorita, tan pronto gitana, era ó no la víctima del lago de Vicennes.

Tal vez si no la había reconocido completamente al verla, era á causa de su traje, completamente de gitana.

De su peinado de rizos sobre las redecillas, y castaña y graciosamente caido sobre su espalda.

De la peineta y de los alfileres.

De las cadenas y de los collares.

La diferencia de traje y de peinado, en mayor ó menor género, en mejor ó peor estado de salud, podía ser bastante para embrollar el recuerdo de una mujer que sólo se ha visto una vez y en condiciones en que la pasión ha convencido al espíritu.

A la primer idea de que Lola podía ser la educanda

del Sagrado Corazón de Jesús, Luis se impresionó tal y de tan visible manera, que á Lola se le nublaron los ojos, los entornó y gimió de una manera suspirante.

Luis fijaba en ella una mirada candente, ansiosa.

Aquella mirada había acabado de *marear* á Lola.

La había hecho encenderse de pudor y entrecerrar los ojos.

Pero en la abertura de los párpados fluía fuego.

No podía darse una situación más franca, más elocuente, más esplícitamente representada.

Toda declaración era inútil.

La *declaración* se había hecho por sí misma.

La Naturaleza había producido su lenguaje, que nunca miente.

Luis no dudaba ya.

Para él Lola era la del Bosque de Vicennes.

Ardía de pasión, que se le salía por los ojos.

Pero no se atrevía á revelar de improviso.

Era necesario preparar un momento que tardaba.

Que impacientaba á Luis.

En cuanto á ella no tenía nada que revelarla.

Creia saber todo lo que necesitaba saber.

Esto es, que sospechaba, que aturdía, que volvía loco á aquel hermoso ser, que al fin le habia hecho sentir las angustias y los deleites del corazón.

—Es usted admirable,—dijo al fin Luis rompiendo su silencio significativo.

—¿Sí?—dijo sonriendo de una manera irónica Lola.

No dijo más.

Pero dijo lo bastante por la acentuación que dió á aquel monosílabo: Luis se encontraba más y más emocionado.

—Permítame usted,—dijo Lola,—entiendo que en la taberna hay algunos hombres que acaban sin duda de entrar en ella: voy á llamar á la *Curplajaí* (espurgo), para que sirva á esa gente corriendo,—añadió.

—Ya estoy aquí, hija,—respondió desde el despacho una voz ya madura de mujer.

—¡Ah! ¡bueno!—dijo Lola.

Y se quedó mirando con los ojos adormecidos á Luis.

¿Y por qué era aquel adormecimiento cariñoso y fascinador de ojos?

Todo estaba dicho y todo estaba aceptado.

Las dos medias naranjas se habían adaptado.

—Usted debe de haber viajado mucho,—dijo Luis, por abreviar más una esplicación.

Por venir á una situación verdaderamente decisiva.

—Sí,—dijo Lola,—he viajado mucho por los espacios imaginarios: esto es, por los libros: mi padrino tiene una magnífica biblioteca, en la que abundan los *viajes* alrededor del mundo, sumamente ilustrados.

—Pero á lo menos habrá usted estado en París.

—Yo conozco mucho á París, por decoraciones, por cuadros de costumbres, por novelas, por fotografías; pero no he estado jamás en él. Mis padres, que en paz descansen, no quisieron que yo me separara de ellos,

y se opusieron á los deseos de mi padrino, que quería que yo fuera á educarme como mi prima Milagros, en el Sagrado Corazón de Jesús.

La emoción que Luis experimentó al oir esto, estaba fuera del alcance de toda emoción.

Fué un sacudimiento brusco, formidable, que le despertó de una manera horrorosa.

—¿Con que usted tiene una prima, nieta de su padrino?—dijo maquinalmente.

—Sí, una gitanilla de oro y plata,—dijo sencilla y candorosamente Lola:—yo no he visto nunca una mujer tan hermosa como mi prima Milagros: ni aun creo que la haya en el mundo: ni tan buena, ni tan inteligente, ni tan señora, ni al mismo tiempo, tan valiente: yo estoy orgullosa de ella, y la quiero como á mi alma: ella no sabía que era gitana, tenía muy mala idea de los gitanos, y cuando ha sabido que era de su raza, la ha aceptado bravamente y con altivez.

—¿Pero cómo ignoraba su origen su prima de usted?

—Porque mi padrino quería descastarla: también había pretendido descastarme á mí, y lo hubiera puesto entremanos de alguien, si mis padres no se hubiesen opuesto. No sé por qué mi padrino ha querido que mi prima y yo ignorásemos nuestro origen.

—¿Pero cómo ha podido ignorarlo su nieta?

—Mi padrino la envió á París á que se educara muy bien; mi prima no ha vuelto nunca de París; su abuelo iba á verla todos los años.

—Pero entonces, si ella no ha salido de París, ni

usted ha ido á él, ¿cómo sabe usted que su prima es la mujer más hermosa del mundo, y que se ha conformado brava y altivamente con ser gitana!

Lola recordó entonces que había jurado al Oclay sobre su alma, que no revelaría á nadie que Milagros estaba en Madrid.

Se puso encendida como el fuego, y dijo con voz segura:

—Toma: he visto su retrato: he tenido noticias suyas.

—¿De modo,—dijo Luis, no menos trastornado que Lola, que esa señora no ha salido de París?

—Indudablemente no,—se apresuró á decir Lola.

Luis comprendió que no era prudente insistir en aquello.

Se rehizo por un esfuerzo de voluntad y dijo:

—Yo me entrometo en lo que no debo.

—De ninguna manera,—dijo Lola,—usted es muy dueño.

—Y usted muy amable, señora; pero volvamos al objeto que me ha traído. Yo tengo una necesidad imperiosa de hablar con el señor don Luis de Figueroa.

Lola se había alarmado instintivamente, se le había amargado el alma, y se había puesto en una situación de reserva.

—Mi padrino,—dijo,—está muy retraído á causa de sus achaques, y no se deja ver de nadie: sin embargo, basta con la recomendación de don José, y con lo que usted se ha recomendado á sí mismo, para que le

vea: es necesario que yo se lo diga y él consienta: don José le avisará á usted.

Lola dijo sus últimas palabras, con el acento que usan los reyes, para indicar á los que reciben en audiencia, que la audiencia ha concluído.

—Yo mismo,—dijo Luis,—tendré el honor y la satisfacción de venir á esta casa á saludar á usted.

—Siempre que usted venga,—exclamó violentamente Lola,—será usted bien recibido.

Luis tendió su mano á Lola.

A pesar de que las gitanas no dan la mano á ningún hombre, es excepción no darla hasta ser casada, Lola dió su mano á Luis.

Aquella hermosa, delicada y suave mano ardía y temblaba.

Luis se despidió y salió.

Lola no se levantó para despedirlo, ni más ni menos que si hubiese sido una dama perfectamente instruída en las buenas formas sociales.

Apenas había salido Luis, cuando Lola exclamó con la voz convulsiva, en que vibraba algo terrible:

—¿Qué es esto madrecita mía? ¡Ese hombre conoce á Milagros! ¡Sí, la conoce! ¡Por Milagros quiere ver á mi padrino! ¡Mi padrino se ha puesto mucho peor de sus achaques desde que trajo de París á Milagros! ¡Milagros está triste! ¡Parece desesperada! ¡Cuando duerme gime, como si le afligiese un dolor oculto! ¿Qué es esto, Señor? ¿qué desgracia es esta? ¿por qué esto ha de ser una desgracia para mí? ¿qué tiene ese hombre, qué

me ha dado ese hombre, que de una manera tan rápida, tan profunda me ha impresionado, me ha aturdido, me ha hecho conocer el amor que yo ignoraba completamente? ¡Ah! ¡aún es tiempo! ¡aún es tiempo! ¡Es necesario que me arranque este sueño de la cabeza, esta convulsión del corazón, y me lo arrancaré.

Lola gimió, inclinó la cabeza sobre el seno, y quedó inmóvil, como aniquilada.

¿Cuánto tiempo pasó así?

Ella no hubiera podido decirlo.

Pasaron bien dos horas que ella no sintió pasar, dominada por una especie de marasmo.

De improviso le hizo volver de aquel estado anormal una voz muy conocida.

Era de Quirico.

—¡Eh, Lola!—había dicho, tocándola en un hombro y moviéndola:—¿duermes?

Lola se extremeció.

Irguió la cabeza.

Miró y vió que su hermano no venía sólo.

Le acompañaba una magnífica gitana, de dieciseis á dieciocho años.

—¡Micaela!—exclamó Lola.

Y se levantó.

—¡Hermana!—exclamó Micaela.

Y se arrojó en los brazos de Lola.

CAPÍTULO VII

De como muchas veces ocurre que en vez de oazar es uno cazado.

Veamos cómo y por qué Quirico, creyéndose matador del *Mulatán*, se había puesto en fuga por miedo á la justicia y volvia tranquilamente á su casa, acompañado de una real hembra.

Lola no se había engañado.

Quirico había ido á ampararse del padre Botanas, de un gitano viejo que era el *Batopuró* ó jefe, ó más bien rey de un aduar de gitanos *anda-rios*.

Estos *anda-ríos* son, como ya lo hemos indicado, la parte nómada, errante, transeunte de la gitanería.

Son los más ladrones, los más ávidos y los más malos.

Por donde quiera que pasan dejan tras sí un largo trecho de sucesos desagradables y á veces terribles.

Los gitanos sevillanos establecidos en las poblacio-

nes, miran con un tanto de desprecio á estos flamencos errantes.

Dicen que ellos son los que deshonran la gitanería.

Los *anda-rios* á su vez no miran bien á los establecidos.

Dicen que alardean de los vicios de los castellanos.

Que pagan tributo á un rey que no es el suyo.

Que se someten á leyes que no son las suyas.

Que han bastardeado, en fin, y echado á perder la gitanería.

Que á ellos, á los *flamencate purate*, los ha hecho *Ondivé* para que no se paren en ninguna parte, sino para que vayan siempre adelante, por donde más les convenga, viviendo á costa de todo el mundo, sin que nadie viva á costa suya.

Su grande cuestión y al mismo tiempo su negocio, es la chalanería, ó arte de la compra, venta y cambio de caballerías.

El arte de esta gente, que encuentra medios de hacer otros hechos y aun robos á mano armada como verdaderos bandidos, consiste en aparecer que no los ponen en práctica.

Van generalmente por caminos extraviados para evitar el encuentro de la guardia civil, de féria en féria, para vender las caballerías que han robado á su paso durante el viaje.

Acampan donde mejor les parece, y pásanse acampados hasta que la guardia civil ó los dueños de los puntos en que se detienen los obligan á dejarlos.

Acampan con predilección en los viveros de los rios, por lo cual *anda-rios* se los llama.

Esto tiene su razón.

En los viveros tienen agua y pasto fresco para sus ganados, y generalmente mimbreros que aprovechan para hacer todo género de cestas, que luego venden en los pueblos.

De estas tribus nómadas las hay menestrales y las hay ricas.

Los individuos de las unas van desarrapados y sucios, y no llevan consigo más que las caballerías que montan, y los hay ricos, bien portados hombres y mujeres, bien comidos y bien bebidos, ricamente vestidos, y que llevan consigo gran número de sirvientes, caballerías y carros entoldados, y tiendas que les sirven para acampar cómodamente, y colchones y aun muebles, y aun menajes de cocina.

Ellos se tienen, no ya por la aristocracia, la crema, el *sumum* de la gitanería, sino por los primeros seres de la creación que tienen por suyo todo el terreno que pisan.

A este género de kabilas ó aduares pertenecía el del padre Botanas hombre viejo, de luengos cabellos blancos como la plata y todavía fuerte y buen mozo y capaz de cualquier fatiga y cualquier empeño á pesar de sus setenta y cinco años.

No se tenía por menos que el *Oclay* Figueroa, y no le pagaba tributo como lo hacían todos los otros *anda-rios*.

Era, pues, un vasallo rebelde.

Figueroa le toleraba, porque como sabemos era rey de los gitanos á la fuerza, y los gobernaba blandamente dejándoles hacer lo que mejor querían.

De modo que siendo por la tradición y las leyes gitanas un rey absoluto, señor de vidas y haciendas, había llegado á ser en la práctica un rey esencial y extraordinariamente constitucional.

Sus súbditos, á los que no podía llamar sus vasallos, estaban en completo uso de todas las libertades y aun de todas las licencias.

El padre Botanas, viniendo de huída de la Mancha, donde los suyos habían hecho pequeños hurtos de caballerías y aun habían dado algún golpe de mano á feriantes, habían venido á caer sobre Madrid, y habían acampado por derecho propio en la pradera del canal del Manzanares, cerca del tercer molino.

El padre Botanas ni aun se tomó el trabajo de anunciar su presencia al *Oclay*.

¿Y para qué?

El no le reconocía.

Un día, un mes antes, cabalmente cuando acababan de acampar cerca los de el padre Botanas, como ya se ha dicho, Quirico, el ilustre hermano de Lola, que entre sus aficiones inofensivas ó perniciosas tenía la de cazar pájaros con red y cimbel, cogió sus avíos y sus pajareras y se fué campechanamente al tercer molino del canal, donde tenía la seguridad de hacerse con buenas bandadas.

Al acercarse al punto de su parada, le sorprendió el ver á lo lejos en la pradera algo que blanqueaba como si hubiera sido ropa tendida.

Se acercó más y vió que lo que le había parecido ropa, no era otra cosa que toldos de carros, tiendas y que ocupaban una gran extensión.

Era el campamento de los gitanos del padre Botanas.

Quirico que despreciaba los *anda-ríos* y que no tenía confianza en ellos, se detuvo á cierta distancia, tendió sus redes, estableció sus cimbeles ó pájaros de reclamo, ataditos por una de las patas á una estaquilla doblada en el centro, y con los tiros de las redes en las manos fué á echarse á la sombra de un álamo negro, al mismo borde del canal.

Esta es una caza de paciencia, aunque no de tanta paciencia como la pesca, y que necesita mucha práctica.

Quirico esperaba pacientemente una ocasión de cerrar provechosamente sus redes.

Los cimbeles saltaban y piaban llamando traidoramente á los pájaros, que sin duda picardeados no acudían al reclamo.

Quirico pacientemente recostado en el tronco del álamo negro, chupaba una negra tagarnina del estanco y se desquijaba para hacerla arder, cuando hé aquí que le alborotó todo unos agudos, unos desesperados gritos de mujer que sonaban muy cerca y que se aproximaban rápidamente, como si aquella mujer hubiese corrido cuanto podía correr y aún más.

Miró Quirico al lugar de donde partían aquellas voces desesperadas y vió una mujer que haldas en cinta corría desalentada de un toro que la seguía encarnizado y que estaba ya próximo á cogerla.

Otra de las aficiones de Quirico y tal vez la más grande después de la del contrabando, era el toreo.

Había toreado en la plaza de Madrid una tarde con su tio el señor Eustaquio, que fué en su tiempo un picador de los primeros, y no lo había hecho del todo mal.

Había demostrado por lo pronto que era un buen ginete y que tenía un brazo de hierro.

Pero con un revolcón que le dió un retinto de Veraguas, que medio le reventó, le hizo ascos al oficio, y se retiró con sus honores; pero sin perder su afición y sin dejar absolutamente el toreo.

Quirico echó pié á tierra.

Es decir, se hizo banderilleador y aun matador en las novilladas de los pueblos.

Los de á pié tienen en defensa de ellos el trapo y están más desembarazados que los picadores, los cuales en un santiamen pueden ser reventados sino viene oportunamente un capote al quite.

Así, pues, Quirico era completamente á propósito para la aventura que se le presentaba.

Más por afición á los cuernos que por compasión á la fugitiva, porque Quirico era malo y de corazón duro, y más aún porque la que huía del toro y el toro no se le metiesen en las redes, hácia las cuales venían, y

se las descompusiesen, soltó los tiros de las redes, se levantó y dió á correr cuanto podía, no hácia la fugitiva, sino hácia el toro, yéndose hácia él de través, con el fin de cortarle el terreno para llegar más pronto.

Pero por mucho que corrió, el toro corrió más que él, cogió á la mujer, la enganchó por las faldas y la volteó, haciéndola caer hácia la cola.

Afortunadamente el pitón no la llegó al cutis.

El terreno de la pradera era muy blando.

Estaba además cubierto de espesa yerba.

La mujer se levantó apenas cayó, y aprovechando la fortuna de que el toro, habiendo visto á Quirico, hiciese por él, allá fué, hácia el punto donde los gitanos tenían el aduar.

Entre tanto Quirico, viendo ya al toro escampado, se había plantado, se había encunado, dando todo el campo al toro, y en el momento oportuno, se había abrazado á los cuernos, y con un violento y vigoroso esfuerzo, de rotación, de arriba abajo, lo había tirado patas arriba y le había manoseado.

Al mismo tiempo llegaron á todo el correr de sus jacas y con los correspondientes cabestros á los flancos, dos vaqueros de la cercana dehesa de la Muñoza, de donde se había escapado el berrendo que había volteado á la gitana y que Quirico había manoseado.

Los vaqueros se entregaron de su vicho, y se lo llevaron, dando rudamente las gracias á Quirico, y éste se volvió lastimado del esfuerzo que había hecho al fin de lo cual encendió otra nueva tagarnina

para reemplazar á la que se le había caido de la boca en la brega, tomó después los tiros de las redes y esperó silenciosamente á que algún pájaro cayese en ellas.

Y hé aquí que enterados los gitanos por la fugitiva, que era nada menos que la hija única que le quedaba al padre Botanas, y que se llamaba Micaela la Churrumini de Sorna, esto es, la Pájara de Oro, del peligro que había corrido y de que la había salvado un hombre derribando al toro mientras ella se escapaba, se convino en ir todos en reunión á buscar á aquel hombre para darle, si le encontraban, las gracias y festejarle como era su obligación, por haberse aventurado á que se salvara su princesa, á la que así como á su padre tenían en gran veneración y estima.

Micaela no había tenido los ojos en disposición para coger las señas de quien tan á tiempo la había socorrido.

El miedo no la había dejado facultades para ello.

Así fué que ella y el tio Botanas y toda la horda, hombres, mujeres, viejos y niños, perros y gatos, se fueron hácia el cazador aquel que creyeron fuese el que había amparado como había podido á su manclayí.

Quirico al ver la turba que hácia él iba se puso de pié y esperó sereno.

Llegó al fin la taifa.

Micaela la Churrumini de Sorna, iba delante. tan desembarazada, tan aquel y tan resuelta, como si algunos minutos antes no la hubiera volteado un toro.

Era, como ya se ha dicho, una real hembra de diecisiete á dieciocho años, fresca, rolliza, salada, morena de color y muy compuesta y muy atractiva, aunque de educación un tanto ruda y práctica.

Era, en fin, muy hermosa.

Quirico se quedó hecho una algarroba cuando la vió.

Le hizo tilín, le dió flechazo, se quedó con él.

Ella también se impresionó más de lo que era menester para que no se lo conociese Quirico, y después porque estaba tratada de casar, y cabalmente si el padre Botanas había traido su aduar á Madrid, había sido para comprar en él ricas galas y hacer las bodas lo más lujosamente posible.

Inmediatamente después de Micaela iba el tio Botanas, y junto á él un gitanazo muy hombretón y muy cargado por los años de dolamas y tachas, que podía decirse ya entrado en cuarenta y cinco á cincuenta años, que se llamaba el señor Juan Malarate, es decir, Malasangre, y que era ya viudo de cuatro gitanillas á las que había matado á desazones y á palizas.

No obstante esto, el padre Botanas lo casaba con la hermosa Churruminí, porque le tenía, aunque no lo confesase, un miedo cerval á Malasangre, que era uno de los gitanos más valentones, más bravos y más capaces de todo en la vida.

Micaela se echó á temblar cuando le conoció, y estaba desesperada porque la casaban con él.

—A mí me parece,—dijo Micaela con la voz no muy segura,—que ese buen hombre ha sido el que ha entretenido el toro mientras que yo me he escapado al aduar.

—Pero para decir eso no es menester que te tiemble la barba, chavala,—díjo con tono agresivo Malarate, mirando de una manera hosca y matona á Quirico.

—Que le tiemble la barba que no le tiemble,—dijo Quirico con altanería y con acento no menos agresivo que el de Malarate,—esa bendición de *Ondívé* ha dicho la verdad. Yo he sido, y al que le pese...

Quirico se detuvo.

Micaela, que era muy lista, le había guiñado significativamente un ojo como diciéndole:

—Aguántese usted, hombre, y no arme usted la bronca que eso no es decente, y tiempo al tiempo que ya se verá.

Todo esto había dicho á Quirico el significativo guiñado de la Churruminí, y por eso se había detenido en su *decle*, ó lo que es lo mismo en su jerga.

—¿Y qué le vá á pasar al que le pese?—dijo Malarate con insolencia.

Un segundo guiño de Micaela, mucho más expresivo que el primero, contuvo á Quirico.

Este comprendió que si la muchacha se le había metido en la voluntad y en el deseo hasta las entrañas, él la había interesado con no menos poder.

Aquello había sido un flechazo recíproco.

Habían consumado el desposorio de sus almas apenas se habían visto.

Era necesario que se consumase el desposorio de sus cuerpos.

Esto sucedió después y sin tardar mucho.

—De modo y manera, —dijo Quirico que no sabia qué contestar,—que yo no he dicho nada para que usted ni nadie se ofenda, comparito.

—Me parece á mí que visto osté todo entero no es más que fachada,—dijo creciendo en insolencia Malarate,—y que yo le voy á volver á osté del revés como si juera una media vieja, si me sale usted ahora mismito chalando para no volver más en todos los dias de su vida.

Y Malarate echó mano á las grandes tijeras de esquilar que llevaba al cinto.

Quirico se puso pálido de cólera.

Le ardían los ojos.

Tembló de los piés á la cabeza.

Se esperaba el momento de una explosión.

Pero un tercer guiño de Micaela, más expresivo, más querencioso, más provocativo, más dominador que los anteriores, contuvo á Quirico.

Afortunadamente el tio Botanas, padre de la Micaela, sintió, conoció que estaba menospreciado en su propia y misma *geta* su autoridad de *Oclay*, ó por lo menos de *dùque* de aquella horda de anda-ríos, por el brutal Malarate que se atrevia á mandar en jefe delante de él y como quien no reconoce superior.

Esto era un delito de gravísimo desacato y aun podía decirse que de lesa majestad.

Así fué que estando el tio Botanas en la confianza de que se le respetaba por sus años, dijo con la voz severa y amenazando castigo:

—No parece sino que no hay aquí nadie que mande en tí, y que tú dispones y haces y deshaces, Malarate, como si yo me hubiese muerto y no hubiese aquí quien te sentase la mano; y yo te digo que por lo mismo que tú le has mandado á este mozo que se largue pitando y que no vuelva en todos los dias de su vida, yo le digo que vuelva cuando quiera y se esté con nosotros el tiempo que le dé la gana, con la seguridad que yo le doy de que nadie será osado á meterse con él mientras él no se meta con nadie y le toque al más minimo pelito, yo le *espatalgo* al que con él se atreva: y él tiene razón, que aunque el toro cogió á la hija de mis entrañas y la soltó por la cola, sin hacerla más daño que el susto, si este mocito no alegra al toro y le llama con exposición de su vida, el bicho se revuelve sobre mi niña y me la hace astillas: y quédese esto así y vamos templando la cosa, no sea que yo me atufe, porque si me atufo, no vá á pasar nada, pero se vá á caer alguna estrella del cielo.

Pasó una conmoción violenta por Malarate.

Se puso azul, verde y negro.

Rechinó los dientes, como hubiera podido rechinarlos un lobo, y se le salió por los ojos toda la ferocidad de su alma.

Pero se contuvo.

Temía que el tio Botanas echase sobre él toda la

gitanería allí presente y de la cual era rey, y que le pegasen una paliza que podía ser tal que fuese á contárselo á San Pedro.

El principio de autoridad no se había quebrantado aún entre los gitanos.

El tio Botanas era para sus *anda-ríos* un verdadero rey absoluto con derecho de vida y muerte, honras y haciendas.

Así terminó este incidente, dándose el asunto por suficientemente discutido.

Malarate, bajó la cabeza, se sometió y disculpó bajamente.

Era cobarde á pesar de su ferocidad.

Porque no hay ferocidad comparable á la de un cobarde de mala sangre cuando toma la cuesta arriba y cree que puede con el enemigo que tiene delante de sí.

Debemos por otra parte decir que allá en sus interiores se alegró de que la cosa se hubiese arreglado, porque á pesar de que Quirico se habia achicado, cediendo á los significativos guiños de Micaela, Malarate había olido en él á todo un buen mozo y le había cogido *gindama* aunque lo había disimulado.

Pero estaba celoso porque había visto que la Micaela le hacia buena cara al mocito, y con mala intención se propuso desembarazarse de él de la manera que pudiese y sin darle la cara.

Después de esto y ya que todo se pasó, en la apariencia, el tio Botanas obsequió cariñosamente á Qui-

rico, y éste, con la satisfacción de volver cuando quisiera, seguro de ser bien recibido, se volvió ya bien entrada la noche con sus redes y sus cimbeles á su barrio y á su taberna, con el alma enredada y cogida por los encantos de Micaela.

Verdad era que la muchacha se había quedado no menos enredada y cogida por la buena gracia que había tenido para ella el señor Quirico.

Por consecuencia de este conocimiento y amistad que se había hecho gracias á un toro picado que se había escapado del corral, el tio Botanas, que era más aficionado que un mosquito al *mostagán* y *pipaba* que era una bendición de Dios, no dejaba la ida por la venida á la taberna de Quirico, y tanto más cuanto que Quirico no le interesaba nada por la *bebía.*

Si Quirico y su hermana Lola no hubieran tenido el riñón bien cubierto, en cuatro días y á trago limpio, el tio Botanas los arruina.

Y era lo peor, que el *Oclay* de los anda-ríos no se ponía nunca *matagagnó*, es decir, ébrio, ni siquiera *bulele*, es decir, peneque, y que cuanto más bebía estaba más fuerte y con más aplomo y más discretamente discernía.

La Micaela no dejaba la ida por la venida á la taberna, con el pretesto de tratar con Lola cuando iba ó venía de Madrid de vender cestas, serones, paquetitos de los Evangelios y de decir la buenaventura.

Muy pronto esta franca amistad había unido á las

dos *callis*, amistad que inmediatamente se convirtió en fraternidad.

Como que Quirico estaba frito por Micaela y Micaela *jachará* y muerta por Quirico, todo en evidente y grave perjuicio del señor Malarate, á quien el tlo Botanas tenía formalmente ofrecida por mujer á Micaela.

Ella aborrecía de muerte á Malarate, pero no había opuesto la más leve réplica, cuando su padre la anunció que iba á ser su mujer, porque los gitanos no tienen voluntad propia y están obligados á obedecer ciegamente á sus padres ó á los maridos, so pena de terribles castigos.

Castigos bárbaros, grandes, singularmente cuando se trata de gitanos nómades, errantes, *anda-ríos*, ó como si dijéramos, salvajes, capaces de todo crimen por formidables que fueran.

Verdaderas bestias bravas y astutas que no se detienen ante nada cuando se les atraviesa una idea ó un sentimiento en la cabeza ó mal corazón.

En cuanto á los gitanos establecidos en las poblaciones civilizadas, como ellos mismos dicen, son buenos ó malos con las gentes entre los que viven, como todos los demás.

Tan apretado se vió el enamorado Quirico por el ánsia de hacer suya á Micaela, que un día, apenas tres cuando se conocían, Quirico la pidió formalmente á su padre, como si no hubiera sabido que el tio Botanas la tenía formalmente prometida á Malarate.

—Mira tú, chaval,—le dijo gravemente el tio Bota-

nas,—de veras que á mí me echas un nudo en el corazón que me ahoga el no poderte dar el sí para lo que me pides; pero has llegado tarde, hijo mío, porque mi *chavocita* está ya, como si dijéramos, casada, y yo no me vuelvo atrás de mi palabra.

—Pues en matando yo á ese fachón, mal nacido de Malarate,—dijo Quirico,—no tiene usted que cumplirle palabra ninguna.

—Eso allá vosotros,—dijo el tio Botanas, á quíen deslumbraron los dinerillos que tenía Quirico.

—¿Es que usted, padre, me da licencia para que yo le avie?—dijo Quirico dejando ver un hombre feroz por quitar de enmedio el obstáculo que se oponía á su unión con Micaela.

—Aunque yo no te le de,—dijo el tio Botanas,—tú harás lo que más te apriete, sea lo que quiera *Ondivé* como ha sido siempre.

—¿Pero si yo le *mulabo*,—dijo Quirico,—me dará usted á Micaela?

—Hombre, tú te la habrás ganado.

Con estas alas Quirico buscó á Malarate resuelto á tomarse con él una *puñalá.*

Pero no le encontró porque unos días antes andaba metido en un empeño de honra con el capitán Manazas, célebre bandido, que unas veces se asomó por los puertos de Guadarrama y de Somosierra ó por los montes de Toledo, viniendo á veces á Despeñaperros y cobrando tributo como rey á todo bicho viviente.

Malarate era materia á propósito para todo.

Por esto el tio Botanas le había elegido por esposo de Micaela.

Cabalmente en el día que sucedió esto, fué la aventura que Quirico tuvo con el *Mulatán* por su hermana Lola.

Creyendo haber muerto, como ya se ha dicho, al *Mulatán*, Quirico se había ido á la pradera del canal, junto al tercer molino, al aduar de los *anda-ríos* para ampararse del tio Botanas.

Iba Quirico que volaba y con el miedo de que la justicia le cogiese, y estando ya á poca distancia del aduar, cuyos hogares brillaban entre la sombra, cuando oyó una extensa y deliciosa voz de mujer que con acento apenado cantaba la siguiente copla:

¡Ay de mí que yo no se
Cómo salir de mis penas,
Que me dan á quien no quiero
Y aquel que quiero se aleja.

Se detuvo jadeante y palpitante Quirico.

Había reconocido la voz de Micaela.

La gitanilla volvía de Madrid, donde había pasado toda la tarde vendiendo.

—¿Eres tú, Micaela?—Quirico la dijo.

—¡Ay, Quirico, que eres tú!—dijo con una apasionada sorpresa la muchacha.

A poco se encontraron.

La noche era oscura.

Un viento bastante fresco, un viento de otoño, mo-

vía pesadamente los follajes de los árboles que orlaban las orillas del canal.

Fuera de este rumor vago, no se oía ningún otro ruído.

La soledad era absoluta.

El sitio era extraviado.

Ninguna situación más tentadora para dos amantes enloquecidos el uno por el otro.

Y sin embargo, ni la sombra de un pensamiento impuro pasó por el alma de ninguno de los dos.

Se amaban de veras.

Además de esto, los dos eran muy jóvenes.

El apenas si tenía veintitres años y ella aún no había cumplido los diecisiete.

—¿De dónde vienes tú, corazón mío, vida mía?—la dijo Quirico.

—De vender de Madrid,—dijo sencillamente Micaela.

—¿Tan tarde?

—Me ha entretenido una señora que estaba celosa de su marido y quería ligarlo: no me ha salido mal la cuenta porque me ha dado una monedilla de cien reales: ¿y tú, por qué vas ahora al aduar?

—Voy á que tu padre me ampare.

—¿Y qué necesidad tienes tú de que te ampare mi padre?

—Me he perdido.

—¿Y por qué te has perdido tú?

—He partido de una puñalada al *Mulatán*.

—¡Al *Mulatán*! ¡qué has partido tú al *Mulatán*!—exclamó con extrañeza Micaela;—¡qué si quieres! ¡tú no sabes lo que te dices, Quirico!

Quirico se irritó.

Creyó que Mícaela le faltaba al respeto.

Que se burlaba de él.

—¿Crees tú,—dijo de muy mal talante que no soy yo capaz de abrir en canal al *Mulatán*?

—Yo no digo eso,—se apresuró á responder Micaela,—lo que digo es que no hace tres credos que he visto yo al *Mulatán* tan sano como yo y como tú.

—¡Te se habrá figurado: habrás visto visiones!

—¡Qué no! ¡qué no! era él mismito en persona. Acababa yo de pasar el puente de Santa Isabel y atravesaba la pradera, cuando oí las pisadas de un caballo: iba muy de prisa: de repente dijo una voz:

«—Alto al resguardo.

Y el caballo se paró.

»—Lo que es esta noche,—dijo otra voz,—que era sin quitar ni poner la del *Mulatán*;—se quedan ustedes con la gran desazón; yo no llevo más contrabando ni más matute que mi persona y mi caballo.

»—Eso está por ver,—dijo otra voz que era sin duda de alguno de los de la ronda,—echa hácia aquel merendero.

»—Con mil amores,—dijo el *Mulatán*,—aunque estoy de prisa.»

Y allá se fueron todos.

Ninguno había reparado en mí por la oscuridad de la noche.

Yo, por curiosidad, seguía hácia el merendero, y desde alguna distancia y á la luz que había dentro, ví al *Mulatán* en cuerpo y en alma, y tan campechano, hablando con los del resguardo.

—Pero señó,—dijo Quirico:—si salimos desafiáos de mi casa en donde se metió queriendo armar la bronca, así que nos vió á Lola y á mí hablando con un forastero, y yo salí detrás y los seguí, y al revolver la esquina, los llamé, y él se volvió y le tiré un viaje y se cayó al suelo sin decir Jesús me valga.

—¡Válgame Dios Ondivé!—dijo la *Cegemí*,—y que simple te ha criado su Divina Majestad; pues no sabes tú que el *mulabaor* es un paripero que te ha dado la *jonjana* tirándose al suelo antes que le tocaras, como si le hubieras partido el corazón.

—Malos *mengues* me *trajelen*;—dijo Quirico dándose un torniscón en la barba.—Que es verdad que ese *bulero* (embustero), me la ha dado por la *cambiá* y yo que iba que me nacían alas de *jindama* (miedo) á la justicia para que tu padre me amparase.

—Pue mira tú, *chavosito*,—dijo con acento querencioso Micaela.—No tienes ninguna necesidad de que mi padre te ampare; pero esto la ha hecho Dios, para que tú vinieras por aquí á estas horas, y también ha hecho Dios, que estando como estoy tan *acharáa* (apesadumbrada), se me ocurriera á mí *guiyavar* (cantar),

para que tú me conocieras, que si no, con lo oscuro no nos conocemos, y no nos hablamos.

—¿Y por qué estás tú acharáa, corasón mio?—dijo Quirico.

—Pues por poca cosa, que mi padre te engaña y te da la contenta, porque sabe que la *chay* te quiere mucho y que los flamencos del barrio de las Peñuelas, van á donde tú les mandas que vayan, y hacen lo que les mandas que hagan, y te tienen miedo de que vayas al aduar y me robes y te tengas que casar conmigo; y mañana por la mañanita, que ya están sacados los papeles, quiere casarme con *Malarate*, para largarnos en cuanto nos echen las bendiciones en la iglesia, y cuando estemos algunas leguas de aquí donde tú no sepas, celebrar la boda á la calló (jitano); conque ya ves tú si *Ondivé* y la *Bebla Manjarí* (Dios y la Vírgen María) han permitido que nos encontremos, porque quiere que nos casemos.

—¿Y por qué no me has avisado tú de ese engaño traicionero que me tenía armado tu padre:—dijo con la voz trémula de cólera Quirico:—pues si tu padre me había dicho que si yo peleaba por tí con ese *blasmón* de *Malarate* y lo reventaba, se quedaba él libre de la palabra que le había dado, y nos casaba.

—Yo te quiero mucho, Quirico,—dijo Micaela,—pero le tengo un miedo á mi padre que me muero, y mi padre que sabe lo que yo te quiero, que con cuantas entrañitas y cuantas y cuantas penitas negras es mi querer por tí, aunque me dejen sola en Madrid, á ga-

narme los *archenes* (dinero); siempre envía un jitanillo ó jitanilla detrás de mí á la usma, para que *diquelen* (observen) por donde voy, por donde no voy, y con quien hablo, y me tiene dicho que si yo me arrimo ni á una legua á tu casa, ó hablo en alguna parte contigo, me *apabulla* (aplasta) lo mismito que á una araña; y yo, perdónamelo corasón mio, no me atrevía, pero ahora que te he visto, y que conozco que si no me casan contigo, *palmo* (perezco) desesperada; echas ánimos y me voy contigo á tu casa, me caso contigo, que ya sabes tú que por nuestra costumbre si tú te metes conmigo entre gitanos llevándome á las ancas de tu caballo, y les dices que soy tu esposa, casados estamos ya; y mi padre tomará el cielo con las manos, y amenazará con comerse vivos á todos los nacidos y á los que hayan de nacer, pero como ya seremos marido y mujer, se le aplacará la ira y nos bendecirá, y si luego *Malarate* te pide cuentas, que no te las pedirá, se las ajustas y en paz.

—Pues es verdá,—dijo Quirico animándose y resollando fuerte, como quien se levanta de una gran postración lleno de vida y de fuerza.—Queriendo tú venirte conmigo, mi mujer eres, pero ¿dónde tengo yo aquí el caballo para que la cosa se haga como lo manda nuestra ley?

—Pues por poquito te detienes tú;—dijo Micaela,—ahora mismo andando, andando, nos vamos hacia las Peñuelas, yo me quedo escondía entre los árboles del paseo de las Delicias, vas tú á casa de cualquier

conocío y le pides el caballo, te vienes con él, y me montas á las ancas, y nos vamos á buscar al *Baio-puró* (anciano ó alcalde) de las Peñuelas, lo enteramos del negosio, y él nos casa y desde allí á tu casa, y ya somos marío y mujé.

—Pues andando se quita el frío, *chavalita* de mis entrañas,—dijo Quirico.

Y echaron á andar á buen paso, siguiendo la orilla derecha del Canal hacia Madrid.

—Pue en cuanto yo me encuentre al *Mulatán*,—dijo Quirico,—en vez de *enguiñarle un chirlo en la fila* (darle un corte en la cara) lo convído, y le hablo á mi hermana para que lo quiera, porque él está *espirrabao* (muerto) por ella; si no nos desafiamos esta noche, y no creo yo que lo he *mulabao*; tóo se lo llevan los *mengues*, porque no nos bubiéramos encontrado, y tú con la *jindama* que tenías, te dejas casar con *Malarate*.

Y así andando, andando y hablando los enamorados, atravesaron el puente de Santa Isabel, y tomaron la dirección del ya cercano barrio de las Peñuelas.

Para los que conocen en alguna manera á los gitanos, nada puede tener de extraño el profundo respeto de palabra y obra qne guardó el abrasado Quirico á la hermosísima Micaela, durante su trayecto por un campo solitario, en una noche densamente oscura.

Los gitanos respetan á la que ha de ser su muier, como si estuviera bendita, según ellos dicen en su lenguaje imaginario, excelente y decorosa cualidad que no puede negárseles.

Ni áun á la orla de la falda de sus prometidas se atreven.

Y así, honestamente enamorándose y requebrándose, llegaron cerca de los primeros casucos del barrio, y una vez allí, Micaela se escondió á pesar de que la oscuridad la escondía bastante en una espesurilla entre dos álamos negros que se levantaban como dos sombras vagas, y Quirico partió á la carrera, y á la entrada del barrio se metió en una casa que era de un primo suyo, que se llamaba Joselito el *Madjubí*, el cual no estaba allí, pero sí estaba su mujer, que era la misma cosa, y habiéndola informado brevemente Quirico, se metió éste en la cuadra, y aparejó una jaca que allí había.

—Pues mira, Quirico,—le dijo la *Madjubina*,—yo te doy los plácemes por lo que haces y por la compañera que has buscado, aunque es de los *anda-ríos*, que yo estuve en su aduar el otro día con mi Joselito, y ví á la *sejamí* que es una *barbalí* (arrogante moza) de las que *Ondivé* llevó para el viaje, y en yéndote que te vayas con la jaca para traértela á las ancas como si fuera tu mujer, yo voy á juntar todos los gitanillos y todas las gitanillas que pueda, y te vienes por aquí y con hachones te vamos á acompañar y con guitarras y palillos y panderetas á casa del *bato-puró*. Anda, chaval, no sea que á la Micaela le de un volupto de miedo y se vuelva para su padre y no la encuentres.

—Hay, Frasca, que me has matado,—dijo Quirico,—que la Micaela le teme á su padre más que al

Bengorro grande (Lucífer), y se puede haber vuelto atrás.

Y con el miedo de esto, Quirico sacó la jaca á la calle, montó en ella de un salto y la lanzó al galope hacia el sitio donde habia dejado á la Micaela, y con el alma en un hilo temiendo no encontrarla.

Pero á la chavosita, no le había dado el volunto de volverse atrás por miedo.

Estaba allí esperando.

—Gracias á Dios que has venido, Quirico,—dijo con inmensa alegría,—que el tiempo se me hacia eternidades.

—Anda, chiquilla, dame la mano y toma el pie y las ancas.

Y así ayudándola Quirico y sirviéndola de estribo el pie izquierdo de éste, se pusó la *Cejuñí* á las ancas de la jaca y rodeó para asegurarse la cintura de Quirico.

Este se estremeció de los pies á la cabeza hasta la médula de sus huesos, al sentir el mórbido brazo de la muchacha.

Era la primera vez que se ponía en contacto con ella.

—¡Ahí mi alma!—exclamó Quirico soltando un ardoroso suspiro.

Y luego apretando los talones á la jaca que partió como un rayo, añadió:

—Y ahora que nos echen galgos, y que se indigne tu padre y que Malarate bufe, ya eres mi mujer.

En el momento que entraron en el barrio vieron de cerca un resplandor rojizo.

Era el de algunas hachas de viento, conque se alumbraban un centenar de gitanos y de gitanas, chicos y grandes.

Quirico reprimió á la jaca para que no atropellase á los que iban en su encuentro.

Muy pronto se encontró en medio de ellos, que prorrumpieron en grandes gritos de:

—¡Vivan los novios!

—Bien venidos sean.

—*Ondivé* os haga bien casados.

Y todo esto con acompañamiento de guitarras y estruendo de panderetas, y repiqueteo de castañuelas.

Micaela con su alegría por su felicidad resplandecía de hermosa.

Quirico no cabía en el mundo de satisfecho y orgulloso.

La jaca piafaba y gallardeaba la cabeza como si hubiera comprendido la felicidad que llevaba sobre sí y la solemnidad del caso.

Y así los novios rodeados por sus amigos recorrieron una calle, y se detuvieron delante del portón de una tapia, en el cual, habiendo acudido á causa del estruendo, aparecían un gitano viejo y encorvado, y tres ó cuatro gitanos y gitanas.

Eran el señor Ginés Gurripas, bato-puró, alcalde de las Peñuelas y su familia.

Entendámonos, alcalde únicamente de los gitanos,

según sus leyes, usos y costumbres; pero no el alcalde municipal del barrio por ante las leyes españolas.

—¿Y qué viene á ser esto?—dijo el señor Gurripas, —¿qué quiere el chavosito y la chavalita? Trazas traéis de boda.

—Pues á eso venimos,—dijo Quirico;—para que su mercé nos case.

—Pue adentro,—dijo el señor Gurripas,—y aquí en el patio, sin que os apeéis de la jaca, como lo manda nuestra ley, yo os tomaré los dichos y os daré por bien casados, por delante de *Ondivé* y de todos los *cayós* y de todas las *cayés* (gitanos y gitanas) del mundo.

Entraron en un extenso patio en que había árboles, arbustos y macetas de flores, y al fondo una casa muy blanqueada de solo piso bajo.

La luz rojiza y flameante de las hachas de viento daba á aquella escena un esplendor fantástico.

Los gitanos, las gitanas, rodeaban la jaca en que permanecían, demudados de emoción, los dos novios.

Micaela apretaba de una manera nerviosa con su brazo la cintura de Quirico.

—Azucena, hija mía,—dijo el señor Gurripas entrando ya en las funciones de su autoridad,—tráete el pan y el vino.

Una de las gitanillas de la familia se fué hacia la casa.

—Dime, tú, chavosita, así *Ondivé* te bendiga,—dijo el bato-puró á Micaela;—¿cómo te llamas tú?

—Micaela Gutierrez, á quien llaman, porque quie-

ren, la *Cejuñi*,—dijo con la voz temblorosa, encendida de pudor y con los ojos modestamente bajos Micaela.

—¿Y de quién eres tú hija?

—Del señor Jeromo Gutierrez, el Botanas, batopuró de nuestro aduar y de Anita de Florestin, su mujer, que ya la pobrecita está con *Ondivé*.

—¿Y dónde habitáis vosotros?

—En ninguna parte y en todas,—dijo Micaela;—nosotros andamos por el mundo á la ventura de Dios.

—¡Ah!—dijo el señor Ginés Gurripas, con un si es de disgusto.—Vosotros sois *anda-rios*.

Ya sabemos que entre los gitanos, los *anda-rios*, esto es, los errantes, son la clase inferior, y están tenidos por la misma flamenquería como semi-salvajes, en contraposición y muy por bajo de los establecidos en las poblaciones y que por lo mismo se llaman civilizados.

Aquel era un casamiento á todas luces desigual, como si dijéramos, por ante otros tiempos en que se reconocían los privilegios, el de un noble con una plebeya, más aún, el de un caballero con una carnicera, ó una zapatera ó una cómica.

—Nosotros, señor,—dijo Micaela,—vivimos como podemos y no manchamos á nadie, que tenemos la *arate* (sangre) tan limpita como los chorritos del agua y como los rayitos del sol.

Y Micaela había pronunciado estas palabras con una fiereza que hubiera podido muy bien llamarse aristocrática.

¡Pues ahí es nada!

Ella era la *manclayí*, la princesa de una valiente tribu de *anda-rios*, de la cual era su padre el bato-puró, el anciano, el jefe, como si dijéramos el *oclay*, el rey. ¡Pues buenos humos tenía la *Cejuñí* para que la tosiese nadie!

—Yo no he querido ofenderte, rosita de Alejandría, —dijo dulcificándose, influido por el poderoso atractivo de la hermosa joven el señor Gurripas;—pero es menester enterarse de quién eres tú, y de quién es tu desposado para casaros, y hacer de vosotros dos uno solo, en honra y gracia de *Ondivé*. Yo ya sé quién es tu novio y cómo se llama, y de dónde viene y adónde va, y no tengo que preguntárselo. Y ahora, dime, tú, hija, ¿quieres por esposo, marido y señor á Quirico el hermano de la *Zamají* y dueño de la taberna de las Peñuelas.

—Que sí, y con todita mi alma que *Ondivé* me salve, y que me lleve *Bengorro*, sino le quiero.

—¿Y tú Quirico,—continuó el señor Gurripas,—quieres por esposa y mujer á Micaela la *Cejuñí*, que contigo está sobre esa jaca, como lo mandan nuestras leyes?

—Que sí, que sí que quiero,—dijo Quirico, que se atragantó y no pudo decir más.

—¿Y juráis guardaros, lealtad y hermandad, y ser uu alma sola en dos cuerpos?—dijo el señor Gurripas de una manera solemne.

—Sí,—dijeron amorosamente y aun tiempo los dos jóvenes.

Entonces el señor Gurripas se volvió hácia su Azucenilla que ya estaba allí, y le tenía en una mano un largo jarro lleno de vino, y en la otra en un plato, una rosca de pan candeal.

El señor Gurripas tomó la rosca partió un pedazo y se lo dió á Quirico.

—Pártelo con tu mujer,—le dijo.

Quirico partió el pan, dió uno de sus pedazos á Micaela, y se quedó con el otro.

Ambos lo comieron.

Tomó el señor Gurripas el jarro de vino y lo dió á Quirico.

—Bebe, y da de beber á tu mujer.

Quirico tomó un sorbo.

Micaela otro.

Quirico devolvió el jarro al señor Gurripas.

Este lo devolvió á su Azucenilla. Después dijo:

—Daos las manos derechas.

Quirico y Micaela enlazaron sus manos.

—Yo os caso en uno, en nombre de *Ondivé*,—dijo el señor Gurripas,—que *Ondivé* os haga bien casados.

En aquel momento, todos los gitanos allí presentes con las cabezas inclinadas, y con un gran recogimiento, entonaron á media voz, una salmodía monótoma, cuyas palabras eran inteligibles.

—Reparte entre los presentes,—dijo con la voz conmovida el anciano,—Azucenilla, el pan y el vino de los desposorio, para que no se olviden y testifiquen en verdad lo que han visto y oído.



Lit J. Palacios. Arenal, 27, Madrid.

Bebe y dá de beber á tu Mujer.

Azucenilla, empezó á dar la vuelta.

Cada gitano, cada gitana, tomaron para sí y para sus churumbeles, cada cual una exigua parte de la rosca, y se la comieron.

Todos tomaron un pequeño sorbo de vino.

Para todos hubo.

Tal había sido la exigüedad de las porciones.

Aquello había sido una formalidad indispensable.

Por ante los gitanos, Quirico y Micaela estaban ya legítima é indisolublemente unidos.

Sólo faltaba que como cristianos celebrasen sus desposorios ante la Iglesia de Jesucristo.

Inmediatamente después de la última ceremonia Quirico dijo al alcalde, y á los otros gitanos:

—Muchas gracias á todos por el bien que nos habéis hecho, padre y hermanos. Ahora yo os voy á pedir que la boda se quede aquí callada, mientras yo voy á mi casa con mi mujer que no quiero yo que mi hermana Lola que nada sabe, se extrañe del ruido que por nuestra casa se meta, y luego que todos los hermanos del barrio á mi casa vengan en sonando que suenen las Animas; y es menester avisarles.

Convenido esto, Quirico y Micaela se despidieron de todos y salieron solos.

Por eso, solos se habían presentado á Lola.

Poco después, sonaron las Animas, y no tardó en oirse el jaleo con que se acercaba á la taberna de Quirico, toda la flamenquería del barrio de las Peñuelas.

Muy pronto se llenó la taberna.

Se improvisó una cena.

Se bebió vino de largo.

Se cantó y se bailó, hasta enronquecerse y rendirse, y á la media noche, el padrino y la madrina que se habían elegido á *posteriori* dejaron en la habitación nupcial que se había improvisado también á los desposados.

Después se fueron todos con la oferta de la madrina de volver por la mañana muy temprano; así como los otros convidados, para llenar la última ceremonia de los desposorios; esto es la prueba de la pureza, con que había ido al matrimonio Micaela.

En cuanto á Lola, se fué en el carruaje que hasta entonces la había estado esperando en la casa de su padrino el *Oclay*.

Milagros no se había acostado.

Acompañaba y cuidaba á su abuelo, que se sentía malo, mucho peor que otras veces.

No parecía sino que Luis de Figueroa, presentía una desventura próxima.

CAPÍTULO VIII

En que se dan á conocer dos nuevos y singularísimos personajes.

Don José el inspector de policía, habia ido como sabemos al arduar de los *anda-rios*, donde Lola le había dicho encontraría indefectiblemente á Quirico.

Pero á la mitad del camino, hubo de detenerse.

Había pasado por el merendero, donde se había metido el *Mulatán* con los del resguardo.

Había reparado en ellos, y se había puesto á observar.

Estando en esto; oyó junto á sí, á poca distancia una especie de castañeteo de dientes, como el que hubiera podido producir un mono.

Miró hácia la parte donde aquel ligero ruido sonaba, y á una distancia próxima distinguió un pequeño bulto, vago é informe.

Era indudablemente un muchacho ó una muchacha ó un hombre ó una mujer pequeños.

Seguía el castañeteo y era de tal manera que hubo de impresionar al inspector, que como buen español á pesar de ser un pícaro, muy largo y muy redomado tenia mucho de superticioso.

Así á gala de un ateismo de buen gusto, testimonio de una preocupacion ilustrada, pero en el fondo, creia á piés juntillos, y á puño cerrado, no solo en todos los misterios, fundamentos y dogmas del cristianismo, más católico, más apostólico, y más romano; sino tambien en todas las leyendas pavorosas de que ha rodeado el fanatismo la religion de Cristo.

Se le puso la carne de gallina; sintió algo del frio particular que produce el miedo; se santiguó puesto que nadie le veia, ni áun el de el castañeteo podia apercibirse si era persona humana, y no duende ó alma del otro mundo.

En verdad que el castañeteo de dientes, que continuaba con muy breves intermisiones, era para crispar los nervios del más bravo.

El bulto que les producia, permanecia inmóvil.

Don José despues de haberse puesto bien con Dios, con Jesucristo, con la Virgen, con San José, y con toda la corte celestial, cosa prudentisima, por que siempre es bueno contar con el auxilio divino, teniendo en cuenta que á más de ser cristiano, era individuo y como si digéramos jefe ya de una respetable representación de la policía de seguridad; era de su deber reconocer aquel

sér sospechoso, y sobre todo inconveniente y gravemente incómodo y para asegurarse bien, y no pecar de desprevenido, se desenganchó una de las pistolas de dos cañones que al cinto llevaba, y la amartilló.

Al sonar el tic-tac de los muelles, se interrumpió el castañeteo de dientes, y una voz desvergonzada, ó más bien cínica y á un tiempo burlona y enfática de pillete vendedor de periódicos ó de fósforos ó de cualquier otra cosa menuda del comercio callejero, sino yá tomador del dos, ó espolique y gancho de ladrones, y de otras gentes *non-sanctas*, dijo con una gran volubilidad.

—Hágame usted el favor de no cometer una barbaridad, señor don José, que soy yo.

—¡Ah! eres tu Pizpiteja.

—Si señor,—contestó con una vanidad y una prosopopeya dignas de un cogotazo el pillete.—Yo soy el célebre Pizpiteja.

—¿Y qué diablos haces aquí á estas horas?—le preguntó don José.

—Un medio he tenido por que siguiendo una pájara, me he encontrado con otro pájaro, que me tenía más cuenta seguirle.

—¿Y á qué pájara seguías tu?

—Pues mire su mersé; á una á quien no se le puede llamar pájara pinta, por que es una muchacha muy honesta, y muy honrada ni pajarita de las nieves, aunque anda con *anda-rios*, por que es gitana.

—¿Y quién es esa gitana?—preguntó el inspector.

—Callése usted don José, —dijo el pillete, —y déjelos usted que se vayan que ya saben, y con lo oscuro no nos verán y no importa que se vayan.

En efecto, del merendero habían salido los del resguardo y el *Mulatán*.

Este había montado en su jaca, y había tomado á buen paso hácia el aduar de los *anda-rios*, cuyas hogueras, relucían á lo léjos entre la densa oscuridad.

Los del resguardo, se habían puesto en marcha y se habían perdido muy pronto entre las sombras.

El merendero se había cerrado inmediatamente.

No era ya hora de venta pública, y en cuanto á los otros parroquianos nocturnos, cuando llegaban, llamaban á la puerta que se habría para darles paso y volvía á cerrarse.

—Si me convida usted á un chorizo, á un panecillo y á dos medios chicos, —dijo Pizpiteja, —por que tengo un regimiento de tripas, que no me deja hechar el habla del cuerpo, y me aumenta el frío que hace y me obliga á dar diente con diente, le cuento á usted una historia que le va á gustar á usted don José.

—¿Pero tiene algo de sustancia? —dijo el inspector.

—Pues si ya lo creo. He descubierto una persona altamente sospechosa. Esto es en fin una confidencia que vale infinitamente más que el refrigerio que yo le he pedido á usted.

—¿Y crees tú, que no hay inconveniente en que hablemos de ello en el ventorrillo?

—Ninguno señor don José. Importa poco que escu-

chen que nada les vá ni les viene en el asunto de que vamos á hablar.

—Ea, pues andando,—dijo el inspector.

—Espere su mercé,—dijo Pizpiteja,—á que me levante las faldas, para poder andar con desembarazo,

—Cómo estás vestido de mujer.

—No señor, de baron y muy de baron; pero me sobra ropa y se me enreda en los piés y me arrastra. Pero ya estoy listo, vamos andando.

—Alguna *aratada* que tú has hecho Pizpiteja,—dijo el inspector dirigiéndose al ventorrillo.—A ti hay que sentarte la mano. Tú no te corriges.

—No señor,—dijo Pizpiteja.—La adquisición que yo he hecho hoy, ha sido á buena ley. Un donativo voluntario y espléndido, á lo menos por las dimensiones: cuando entremos usted verá.

A esto el inspector había llegado á la puerta del ventorrillo y había dado en ella dos fuertes golpes con las bocas de la pistola que contenia aunque no amartillaba.

Nadie respondió.

Habian estrañado el llamamiento, y habían entrado en reserva.

No se sabía quien podía ser el que llamaba, no habiéndolo hecho de ninguna de las maneras convenidas.

Los merenderos aislados en el campo y junto á los caminos en los alrededores de Madrid, son generalmente y durante la noche, y no pueden dejar de serlo

el refugio obligado de los pícaros, de los huídos y de los criminales que hierven en Madrid.

—Deje usted don José,—dijo Pizpiteja,—porque llamando así, no abren ni hasta el dia del juicio final por la tarde, y vá usted á tener que sacar á relucir la autoridad, y podriamos tener un disgusto, por que aquí ordinariamente, anidan pájaros bravos que antes de dejarse coger, dan cada picotazo y cada zarpada que enciende yesca. Ahora verá usted con qué suavidad les hago abrir yo.

Inmediatamente sonó un dulce maullido, como el de un gato que pide cariñosamente á su ama le abra la puerta para meterse en la alcoba, y al mismo tiempo en la puerta, un ruído semejante al de la llave cíngara de un gato.

Como por encanto se abrió la puerta del ventorrillo.

Pero el interior estaba oscuro como boca de lobo.

—Es usted señora Blasa,—preguntó con gran confianza el granuja.

—¡Ah!—dijo una voz dulce, sonora, pastosa, estraordinariamente simpática, de mujer que por si sola hacia pensar en una buena moza y no de las menudas.

—Yo propio mismamente,—dijo Pizpiteja,—que vengo á cenar con un amigo.

—¿Y que amigo es ese?—preguntó con un ligero acento de recelo la buena hembra.

—No tenga usted cuidado señora Blasa, que aunque

es *gurgese* (hombre de justicia) no tiene nada que ver con usted ni viene á caso hecho. Ya sabe usted que yo soy muy formal y que se puede fiar en lo que yo digo.

—Vamos pues, entren ustedes,—dijo la mujer ya con la voz tranquila lo que demostraba el crédito que allí tenia Pizpiteja.

Entraron: cerró la mujer la puerta, y dijo:

—Esperen ustedes que voy por luz.

Se oyeron en seguida sus pasos y el crujir de sus faldas.

A poco volvió trayendo una palmatoria con una bujía encendida.

Estaban en el despacho del merendero.

—Pasen ustedes,—dijo la señora Blasa,—que no conviene que se vea luz por las rendijas de la puerta.

Y se fué por una puertecilla que estaba á la izquierda del mostrador. Atravesó el tras despacho, abrió una puerta y se metió en un cuarto en cuyo centro había una mesa de las de taberne rodeada por sillas ordinarias dejó la palmatoria en la mesa y dijo, mirando con una burlona y alegre estrañeza al tunante.

—Pues hijo no hay que dudar de que era más grande el difunto.

—Esto es opíparo,—dijo con acento satisfecho Pizpiteja,—me puedo embozar y el cuello como usted lo vé gloria de Dios me sube por encima de las orejas. Lo que me incomoda son las mangas que me las tengo que arrollar para que me asomen las manos.

—Y con media vara de cola,—dijo riendo la señora Blasa,—estás á la moda *gache* que hoy la que no lleva una cola de tres leguas no es mujer de bien.

Se trataba de un *paletót*, *pardessús*, ó saco de hombre de buena estatura y de buen empaque, un abrigo ámplio de lujo en que estaba embutida una personilla no raquítica ni menuda, pero sí, pequeña: un muchacho como de doce años de mediana estatura para su edad, esbelto, ágil, ni gordo ni flaco, de fisonomía inteligente, mirada viva chispeante, picaresca, burlona, y por lo demás en cuanto á las expresiones de su semblante, una mobilidad semejante á la de un mono. El traje interior, si es que se le podía llamar traje, consistía: en una camisa ordinaria, y exigua, pero limpia. Un chalequillo muy usado de tela indefinible. Una blusilla de algodón azul: unos pantalones viejos y los pies desnudos; unas chancletas.

Cubría su cabellera que era rizada y de un hermoso color castaño claro: una gorrilla de seda, ya muy traida y muy llevada aunque no grasienta, de las que usan los tunantes.

Pizpiteja no era ni feo ni hermoso; pero sí, simpático y esto, de una manera extraordinaria.

Era chatillo, pero con gracia.

Tenía la boca grande, pero de labios mórbidos que sonreían de una manera ya espiritual, ya cínica, ya sarcástica, ya burlona, ya amenazadora, por que éste pillete á pesar de su juventud, era bravo, y con mucha frecuencia dejaba ver en sus ojos la chispa sombría

y sanguinaria del bandido, y en su boca se notaba con frecuencia la postración feroz de una béstia carnívora:

Pero siempre que aquella boca se entreabría, se admiraban una magnífica dentadura y unas encías frescas del carmín más delicado y puro.

Pizpiteja era un bandido en ciernes, ó por mejor decir, un tunante prematuro á todo trapo, con el alma echada completamente atrás, consumado en picardías y dispuesto á todo, pero no había podido perder ese perfume encantador de candor y de alegre confianza inseparable de la adolescencia que aparecían en él cuando no andaba en algun negocio y cuando se entregaba á los instintos naturales de su edad.

Y eso que Pizpiteja, á pesar de encontrarse entre los doce y los trece años, la echaba ya de hombre sábio y terrible, y había dado alguna que otra puñaladilla y había sido frecuentemente huésped del departamento que se llamaba en la difunta cárcel del Saladero el patio de los micos.

Tenía además una novia muy formal que vendía por los cafés, lapiceros, libritos de los evangelios y ramilletitos de flores que iba muy graciosamente vestida con un trajecito de colores vivos con pantaloncitos y zapatitos muy cucos, y con unas hermosas trenzas rubias tendidas á la espalda.

La niña tenía diez años; pero era muy precoz muy desarrollada, una mujercita, que excitaba poderosamente á los libertinos gastados y á los viejos verdes.

Mas de una vez por un atrevimiento, á la Pepita Pizpiteja que siempre, aunque fuese á distancia la convoyaba había tenido un lance serio y se había puesto á punto de perderse.

Porque él decía que el que lo faltara lo más mínimo á su futura, lo desbandullaba como Dios pintó á Perico.

Y cuando decía esto, tenía abierta en la mano una navaja más grande que él.

La verdad era que Pizpiteja se hacía respetar por su valor, por su agilidad, y por sus malas entrañas para dar un pinchazo.

Era además muy sereno, y cuando se veía obligado á herir lo hacía de modo y en parte que aunque el chirlo ó la punzadura fuesen grandes, no tuviesen gravedad.

Esto suponía en Pizpiteja ciertos conocimientos anatómicos que no podían ser más que intuitivos.

La Pepita que aunque pura y honrada era ya una pájara de cuenta, que ya varias veces había habitado en el Modelo, nombre que se da en Madrid á la Cárcel de mujeres, adoraba á su Gilito que asi se llamaba el períncliito Pizpiteja.

Se impacientaba por que la faltaban dos años para llegar á la edad legal en que las españolas pueden casarse, cumplidos los cuales Pizpiteja tendría ya cerca de los quince. Es decir que edad sobraba para lo que piden las leyes para casarse á un español.

Pizpiteja trataba á su novia con un profundo res-

peto con una delicada honestidad; ni más ni menos que si ella y él hubiesen sido gitanos y de los más finos.

Eran sin embargo castellanos, aunque huérfanos ambos de padre y madre. Ella recojida por una casa de vecindad de la calle de la Arganzuela, y él adoptado desde su infancia por otra casa del mismo género sita en la calle del Aguila.

Estos amores serios y profundos de Pizpiteja no impedían el que chulapease de lo lindo con buenas mozotas de alta barba que se desvivían por el chaval.

Cuando cumpliesen la edad legal se casarían y se establecerían en una industria cualquiera, aunque ya era bastante la que ambos practicaban.

Una industria en la que entraban todas las maneras y todas las formas á excepción de la prostitución y el robo.

Pero si él no era caco y ella no era una desastrada, ayudaban á que lo fuesen otros, sirviendo de medio al crimen.

Ya han visto nuestros lectores en qué situación se encontraba delante del inspector don José en el ventorrillo ó merendero de la señora Blasa la Pampanera, que así se llamaba por apodo honorífico la buena moza: ya han podido juzgar aunque someramente de lo que era el personajillo que por primera vez aparece en nuestro relato y que no por ser pequeño deja de ser muy importante.

La señora Blasa la Pampanera era lo que se llàma una hembra buena y en esa edad en que desarrollada

completamente sus encantos está la mujer en el apogeo de su hermosura.

Frisaba en los veintiocho años; era gentil y esbelta, de buena estatura, aunque no alta, de una incitante modelación de formas, morena encendida que por la pureza de su color y su fuerza de vida parecía blanca, con ojos negros lucientes de mirada inteligente y profunda que tanto imponían respeto, cuando miraban grave como voluptuosamente, cuando adormía su mirada.

Tenía las cejas negras, anchas, suavemente arqueadas, largas, curbas, y espesas; las pestañas que sombreaban sus ojos, dando más fuerza á su mirada, y negrísimos y ondulantes los cabellos, que á lo manola y como muestra de ser casada, mostraba peinados en piquitos sobre la frente, y por detrás en un ancho rodete en el cual aparecía una hermosa peineta de concha.

El traje era sencillo, y elegante.

Un pañuelo de los llamados de alfombra y un vestido de lana rica de fantasía y con la confección á la moda en aquel tiempo.

Con esto y con un par de broquelillos con un grueso diamante orlado de otros más pequeños en las orejas, con un broche ó imperdible en el pañuelo, de oro macizo, con perlas y rubíes, y las manos cuajadas de cintillos de no pequeño valor, se completa la descripción física de aquella hembra barbiana.

Tenía moralmente lo que se llama los dos caracteres: es decir, sabía ser señora tambien educada y tambien hablada y de tan buenas maneras como cualquiera

otra, y hembra de pelo en pecho brava y agresiva, apicarada, de lenguaje lanzado á todos los excesos de la forma, de la significación y del alcance. Capaz de tomarse una puñalada con el tunante de más reconocida nombradía, y de agarrarse con una hembra tan poderosa como ella hasta humillarla; esto es, hasta trincarla por el cabello, cogerla la cabeza entre las piernas alzarla la faldamenta é incharla de una azotaina hasta hacerla caer en el suelo sin sentido.

Así las gastaban por aquellos tiempos nuestras antiguas manolas, precioso y característico género, ya desaparecido, por desgracia, atendidas sus excelencias é insuficientemente reemplazado por la chula que está muy lejos de ser lo que fueron las grandes heroínas de nuestros barrios bajos, las que se llamaban por excelencia las hijas de Madrid.

Si hoy queda alguna de aquellas hembras de alto bordo, está vieja, cansada, olvidada de sí misma, de lo que en otro tiempo fué, en una palabra, inútil, fuera de servicio, dada de baja.

Hoy las chulas, ni tienen la viva y chispeante ocurrencia de la manola, ni su sangre neta y puramente madrileña, ni se agarran al moño, ni son, en fin, características, proviniendo de todas partes, y singularmente de Andalucía, que tanto de ellos como de ellas, tienen infestado á Madrid y completamente desacreditado y trocado de carácter.

Y no es esto decir que la moderna chula no tenga altas cualidades de gran cosa.

Lo es y tal vez con exceso; pero está muy lejos, legisimos de parecerse, no ya á la olvidada maja, pero ni aun siquiera á la perdida manola.

Esto, sin embargo, la chula es la hija ó más bien la heredera de la manola, como la manola fué la hija y la heredera de la maja.

Goya, con su monstruoso génio, nos ha conservado al bravo é incitante tipo de la maja y de la manola y de sus parejas, el manolo y el chispero.

Gracias á aquel pintor admirable se conservan los tipos madrileños de fines del siglo pasado y principio del presente.

Aparte de sus lienzos, la manola con su carácter entre salvaje y civilizado, con su su gracia proverbial, con su exceso de vida, está representada en los ángeles que aparecen en las bóvedas de San Antonio de la Florida y de San Antonio de los Portugueses.

Goya tenía fotografiada una manola en el fondo del objetivo de su cerebro.

La señora Blasa no era una hembra de malas costumbres en lo referente á su dignidad.

Ninguno de los buenos mozos que estaban entonces en campaña entre las mujeres del pueblo, podía jactarse de haber tenido con ella dares ni tomares.

La señora Blasa estaba viuda desde hacía cuatro años, en que la dejó inconsolable el señor don Masito el Pítaco, gran ladrón, gran contrabandista. gran matutero, chalán, tratante, ventorrillero y no sabemos cuantas otras cosas.

Decían malas y audaces lenguas, que la señora Blasa había dado ocasión á la bronca en que el señor Pítaco había perecido, y que nadie sino ella, prevaliéndose de la confusión que se había producido, le había dado en la tetilla izquierda el puntazo que le había dejado breve y repentinamente sin habla y sin sentimientos y sin decir esta boca es mía.

En una palabra, que ella era la que por razones que ella se sabía, le había *mulabao.*

Pero con tal arte y tal disimulo, que aunque la justicia la puso á la sombra, la incomunicó y la fatigó á declaraciones, y la careó y la trasteó con todos los medios judiciales habidos y por haber, no pudo sacar nada en claro, sino que la señora Blasa estaba inconsolable por la muerte de su adorado Pítaco.

Como sobre ninguna de las otras personas que en en la bronca se metieron aparecía responsable en el violento tránsito á mejor vida del excelente y nunca bien ponderado señor Pítaco, quedó envuelto en el misterio é ignorado el autor de la punzadura que le había enviado al otro barrio.

La señora Blasa le guardó luto riguroso durante dos años, y nadie pudo ni entonces ni terminado el luto, señalar ni aun la sombra de un varón á quien la señora Blasa favoreciese, á pesar de que fué y era muy pretendida con grandes ventajas y conveniencias, porque sí, porque tenía mucho mérito la mujer.

Ella siguió regentando el merendero, que era muy concurrido, solo en su solo cabo con lo que toca á hom-

bre, con sólo dos criadas, buenas mozas, que servían el mostrador con tantas agallas como el medidor más práctico y de mejores condiciones, y una cocinera, ya de edad madura, con cuyos guisos, especialmente los callos y los caracoles con arroz, las personas de mejor gusto se rechupaban los dedos.

El ventorrillo de la Blasa estaba siempre muy concurrido, no solamente los días festivos, en que se inundaba de gente alegre, sino también los de entre semana, en que le frecuentaban gentes menos propensas al ruído.

De día los tipos que allí acudían no tenían nada de extraño.

Eran los comunes.

Los que se ven por todas partes.

Pero por la noche, bajo la protección de las sombras, se descolgaban antiguamente en el merendero personas bien extrañas de esas con quienes nadie quiere encontrarse en la encrucijada de un camino solitario.

Y no era esto sólo.

Carruajes de gran lujo, procedentes de Madrid, se paraban en un caminejo vecinal entre unas tapias y unos espinos cerca del merendero, y de ellos salían muy arrebujados, ya una mujer, ya un hombre, á todas luces aristocráticos, por un no se qué que de ellos se desprendía, y que con paso rápido llegaban á la puerta del merendero, que se abría inmediatamente á consecuencia de un llamamiento particular.

Esto sucedía siempre á las altas horas de la noche cuando las dos mozas y la cocinera se habían recogido en una habitación del piso alto del merendero, cuya puerta había cerrado la señora Blasa con dos vueltas de llave.

El merendero tenía una parte pública y otra secreta.

Esta última no la conocía nadie más que la señora Blasa.

La policía podía muy bien haberlo sabido.

Pero lo ignoraba, porque la señora Blasa tenía muy buena gracia para que la policía confiase en ella, y la tratase con un gran respeto y una grande estima.

Y luego, que ella no se metía con nadie, ni daba escándalos, ni hacía nada ostensiblemente que pudiese dar motivo para que se entrase con ella en preguntas y respuestas judiciales.

Tal era la ilustre persona con la cual recientemente han hecho grandes relaciones nuestros lectores.

Más adelante verán estos hasta qué punto era una persona importante aquella buena moza.

CAPÍTULO IX

En que la Blasa corta un diálogo interesante.

La señora Blasa despues de algunas palabras ligeras y galantes cambiadas entre ella y don José, que eran antiguos conocidos, y de cuatro tunanterías agudas, con el pillete Pizpiteja, que también era antiguo conocido de la grande hembra, se retiró después de haberles dejado servida sobre un mantel limpio una razonable fuente de oloríferos pollos con tomate y dos botellas de vino, por que el inspector decía como hombre entendido que cada palo aguanta su vela.

La señora Blasa, había comprendido que el polizonte y el granuja necesitaban estar solos, y se había quitado de en medio.

Pero como la curiosidad es una superabundancia proveniente de Eva, y común á todas las mujeres, y á no pequeño número de hombres, y la señora Blasa sa-

bía que el tráfico como el suyo, es bueno, no dejar pasar nada desapercibido, se metió en una habitación de tabique por medio con la en que estaban don José y Pizpiteja, y aplicó su magnífico ojo derecho á un agujerito practicado en la pared.

Aquello era un acechadero al que se daban muchas y diferentes aplicaciones, y que producían sus ganancias.

En el merendero de la Blasa, no había nada inutil.

Pizpiteja, había embestido con un apetito pariente muy próximo de la voracidad, con el rico plato de pollos con tomate.

Don José comía poco y callaba, para dar lugar á que Pizpiteja declarase su hambre.

Al fin el pillete hizo alto, se limpió pulcramente con una parte del mantel la boca que se había engrasado, á causa del ánsia con que había comido, llenó el vaso y se lo endosó de un trago, después del cual dijo con la satisfacción de quien reposa á gusto después de una larga y fatigada jornada.

—Listo, riquísimo. Está ilustrísima señora Blasa, está expuesta á que Dios se la lleve solamente para que le guise en el cielo pollos con tomate. Superior, expasmódico, me he atracado, me he embuchado, pero estoy perfectamente á la disposición de usted para servirle, señor don José.

—Bueno, hombre, bueno; ¿pero cómo es que tenías una tal hambre canina? Tú no te tratas mas, Pizpiteja.

—Pues por lo mismo, siento una grande impresión, una especie de trastorno, el día que no me trato bien, por el exceso del trabajo que no le deja á uno tiempo para cuidarse.

—¿Y qué negocios has traído entre manos?

—Ya sabe usted, don José,—dijo Pizpiteja;—que yo no le tapo á usted nada, y que le sirvo bien.

—¿Y de dónde diablos, procede este gabán con que te arropas? —dijo don José tentando la tela de la prenda, como para cerciorarse de su calidad.—Género inglés, superior, forro de *satin chiné*, cuello de piel, esto es de alguna gran persona. ¿De dónde te ha venido esto?

—Ya le he dicho á usted, don José, que ha sido un donativo.

—¿De quién?

—De mí mismo á mí mismo; á un volver de cabeza el hombre había salido del carruaje de levita, el paletot, debía estar dentro. Apenas él salió por una portezuela, entré yo por la otra; y sin que el cochero lo sintiese, el saco se vino tras de mí, y yo me fuí camino del *rastro* para pulirlo; pero cuando iba muy campante con mi bulto, me encontre con la Micaela la hija del tio Botanas, *Oclay* de los *anda-rios* que han venido plantar su aduar, hace ya más de un mes á las inmediaciones del tercer molino.

»Iba la Micaela muy pálida; muy ojerosa, muy triste.

»Parecía un angel caído.

»Iba lentamente hacia el portillo Embajadores.

»Indudablemente, después de haber andado ganando la vida por Madrid, se volvía á su aduar.

—Algo le pasa á la Micaela que la pone azul y verde,—dije yo,—y es menester seguirla ya que por hoy no hay otros quehaceres graves; nos hemos olvidado del encargo que nos tiene hecho el señor Berdejí.

—¡Ah, diablo!—dijo el inspector.—¿Conoces tú á ese sugeto?

—Como si no supiera usted, don José, quién es el señor Berdejí y que tiene siempre el crisol en el hornillo, en el sótano de su platería, en la calle de Toledo: sin cajas de reloj y sin cadenas y sin otras menudencias de oro y de plata que yo le he llevado. Ya sabe usted también que es bato-puró ó alcalde de la gitanería del barrio de Toledo y de las Vistillas; y la segunda persona después del *Oclay* don Luis de Figueroa, que manda en la gitanería de Madrid y de Castilla la Nueva y aun de toda España y aun de todo el mundo donde hay gitanos. Mucha persona, señor don José, mucha persona aunque parece un extrafalario con su viejo sombrero de copa alta encampanado y con alas inconmensurables, y su gran cuello de cornisa y su corbatín alto, y con su gabán excurrido de color de rata y sus pantalones estrechos con trabillas y sus pies juanetudos, calzado siempre con botas muy lustradas. Cualquiera dice que aquel extravagante es un gitanazo *flamencate purate* por todos ocho costados.

—Ya sabes tú, Pizpiteja,—dijo don José,—que detrás de la gitanería hay algo y aún mucho que pudie-

ra llamarse secta secreta, y que no conocen los mismos gitanos á los que como tal los conoce todo el mundo.

—¡Ya, ya! —dijo Pizpiteja.—Debajo de lo que aparece á la luz del sol y á la vista de todos, hay algo que nadie ve y que todo lo gobierna, lo que vive en la sombra.

—Dejémenos de eso, Pizpiteja, que tú te desvives por echarla de hombre sabio, aunque todavía no eres verdaderamente un hombre: y vamos á lo que importa, que yo estoy deprisa. ¿Qué es lo que tiene que ver el Berdejí con la Micaelita? Digo, si el saberlo conduce á alguna parte, que si no te lo callas.

—Le diré á usted, señor don José, á mí se me figura que aquí hay una conspiración gitana. Yo conozco mucho al tio Botanas, porque de cuando en cuando se viene á cuatrear y á merodear por los alrededores de Madrid.

—Valiente ladrón,—dijo el inspector.

—Por lo mismo. Y porque es persona de muchas circunstancias y da mucho que ganar es necesario estar bien con él.

—Me parece que el cuento va para largo, Pizpiteja,—dijo don José,—y que por lo mismo dejémosle en tal estado, y vamos á lo más inmediato, que yo estoy deprisa y lugar tendremos en otra ocasión para lo otro. ¿Dices tú, que te encontrastes á la Micaela may cariacontecida y muy tríste, y que te fuistes tras ella?

—Yo no he dicho lo último,—respondió Pizpiteja,—

pero usted lo ha adivinado. La seguí cumpliendo el encargo del señor Berdejí, que me tiene mandado la vigile cuando venga á vender á Madrid, y vea dónde entra y sale, con quién habla, y con quién no habla; porque ha de saber usted señor don José, que la Micaelita así como usted la vé vendiendo cestas y cordones para el pelo, y libritos de los Santos Evangelios y cuernecitos de ciervo, para que no les puedan hacer las brujas mal de ojo á los niños, diciendo la buenaventura, y cantando y bailando en las casas donde la llaman; es nada menos que la *Manclayí* ó princesa de todos los *anda-ríos* de España, de los que es *Oclay*, ya sabe usted, el rey, el tio Botanas su padre; y por hay anda la conspiración gitana de que ya informaré á usted en otra ocasión.

—No estará demás, porque esa conspiración puede relacionarse muy bien y sin duda se relaciona con otras conspiraciones; pero vamos al negocio en que nos encontramos. ¿Tú seguistes á la Micaelita, y qué sucedió?

No sabemos lo que hubiera respondido Pizpiteja, porque en aquel punto, la señora Blasa, se les presentó azorada y les dijo:

—Sino quieren ustedes comprometerme, al momento vénganse ustedes conmigo.

El inspector y el pillete, comprendieron que importaba obedecer á la señora Blasa, y se levantaron y se fueron tras ella, que los metió en el mismo cuarto donde ella había estado acechando.

Aquel cuarto estaba á oscuras.

—Deme usted la mano don José,—dijo la Blasa al inspector,—y tú dásela á don José, Pizpiteja.

—Hay que mano tan rica,—dijo el inspector estrechando significativamente la de la buena moza.

—Déjese usted ahora de eso, don José,—dijo ella, —y al avío y deprisa. Mire usted aquí hay una escalera, baje usted con Pizpiteja, y espéreme usted que yo no tardaré en volver.

Bajó á tientas llevándose consigo á Pizpiteja el inspector, y cuando cesó la escalera, sintió que se cerraba silenciosamente una trampa.

Sin duda se encontraba en la entrada de la parte desconocida del merendero.

CAPITULO X

En que se descubren algunos misterios que podrán parecer extraños á muchos de nuestros lectores.

El inspector, sin buscarlo, había hecho ó creía haberlo hecho, un descubrimiento trascendental.

Esto es, el del escondite ó parte secreta del merendero de la Blasa.

Pero estaba cuidadoso.

¿Por qué la Blasa había dejado conocer su escondite y con un tal apresuramiento?

¿Podría ser aquello para él un peligro?

Pizpiteja participaba del mismo temor, porque dijo por decontado en voz baja:

—¿Sabe usted, señor don José, que me parece que á pesar de nuestra larga experiencia, hemos hecho un disparate, una magnitud incalculable, dejando que esta *jembra* nos enchiquere? Nos hemos apresurado como

dos palominos atontados, y sabe Dios por donde saldremos.

—Hombre,—dijo el inspector con la voz un tanto trémula y sonando á miedo;—yo no creo que ni tú ni yo le hayamos hecho á esa mujer nada por lo que quiera jugarnos una mala partida.

—En lo tocante á esa morena,—dijo Pizpiteja,—tengo la conciencia perfectamente tranquila; pero podría suceder muy bien, que yo, inocente, viniese á pagar demasiado alguna culpa de usted, lo que no me haría maldita la gracia.

—Yo no me he metido nunca con ella; por el contrario, la he favorecido en lo que he podído, y bien desinteresadamente;—dijo el inspector, en cuyo acento se sentía un creciente miedo.

—¡Ya!—dijo Pizpiteja.—Usted haciendo méritos por sus buenos bigotes.

—¿Y qué te se ocurre á tí, Pizpiteja, que nos puede suceder?

—Eso ya se le ha ocurrido á usted, don José; y lo que yo le diga no hará más que remachar el clavo. Aquí tenemos expuesto el pellejo.

—¿Eso te parece á tí?—dijo el inspector, ya con un especie de aturdimiento.

—Esta buena prenda es muy honda, don José,—dijo Pizpiteja, que aparecía mucho más sereno que el inspector;—y los negocios que trae entre manos y que cada día la ponen más rica, son más negros que lo que parecen. Aquí se ha perdido más de un individuo; ejos

que te vieron entrar nunca te vieron salir. Aquí hay ese olorcillo frío y nauseabundo que se respira en los cementerios. ¿No le ha dado á usted en la nariz?

—Hombre, hombre,—dijo el inspector,—muy sereno lo dices; tú no lo crees.

—Es que yo soy seco por experiencia,—dijo Pizpiteja.—Que cuando uno se cree más perdido, es cuando se encuentra más seguro y mejor hallado.

—Fíate en la Virgen y no corras,—dijo el inspector ya de todo punto desconcertado.—Hemos cometido una imperdonable imprudencia.

—Se arregló lo de Caparrota y le ahorcaron,—dijo siempre con su insolente serenidad el granuja.

—Me parece que la Blasa no hará con nosotros una atrocidad.

—Conforme y según,—dijo Pizpiteja, que parecía divertirse y gozarse asustando al inspector;—porque esa mujer que, sin duda, por grandes motivos, se ha visto obligada á descubrirnos su escondite para ocultarnos, es muy capaz de taparnos la boca de una manera definiva para que no podamos abusar del secreto que por fuerza nos ha descubierto; pero usted, don José, lleva siempre para su uso una linternita de bolsillo, sáquela usted, enciéndala usted y vamos á ver dónde nos encontramos.

Don José, siguiendo la observación de Pizpiteja, sacó de un bolsillo una linterna, encendió un fósforo y con él un cabo de vela de cera que en la linterna había.

Se produjo una luz bastante clara para apreciar los objetos.

Estaban en un pequeño espacio, en el que había tres lóbregos comienzos de minas.

Uno de aquellos boquetes, correspondía á la escalera por donde habían bajado.

Aquella escalera tenía como tres pies de anchura y estaba alfombrada, así como el pavimento del espacio de que desembocaba.

Aquel espacio era redondo.

Las paredes estaban empapeladas, así como el techo, con muy buen gusto.

Del techo pendía una lámpara, cuya bomba era de cristal cuajado.

De modo que aquel espacio debía estar alguna vez iluminado en disposición de servir de tránsito á gentes de cierta clase.

En los espacios entre los tres huecos había pequeñas banquetas de caoba, forradas de terciopelo granate.

Aquello era confortable.

—¡Zapatito;—dijo Pizpiteja;—pues todo este lujo no se tiene así para cualquier cosa! Yo no se por qué me ha olido y me sigue oliendo aquí á cementerio.

—De modo y manera,—dijo el inspector que continuaba vivamente inquieto,—que por aquí puede irse á la muerte ó á misterios de distinta especie. Pongamos que por la derecha ó por la izquierda, se va al secuestro ó la muerte, ó por la izquierda ó por la derecha se va á la vida alegre y feliz.

—Pues eso don José,—dijo Pizpiteja,—con verlo basta; bueno es que sepamos en donde estamos. Echemos por aquí por la izquierda, que es por donde continua viniendo hasta á mí, nn olorcillo pegajoso frío y nauseabundo.

El inspector se metió por la entrada de la izquierda, que era asimismo de tres pies de anchura como las escaleras.

Sus paredes estaban empapeladas como el espacio anterior.

Pizpiteja había seguido al inspector.

A los pocos pasos éste se detuvo y dijo:

—De aquí no se puede pasar; hay una puerta muy fuerte, asegurada por un cerrojo, sujeto por una cerradura.

—*Requiescam tim pacen*,—dijo Pizpiteja, siempre con su cínica tranquilidad.—Inspeccionemos por la otra parte, señor inspector.

Y se volvió.

Atravesó el que podía llamarse recibimiento, y se metió por el pasadizo de la derecha.

A poco se detuvo.

—Tranquilicémonos por esta parte,—dijo.—Aquí huele mejor, y sobre todo, estoy tocando una mampara de suave terciopelo. Esto promete.

—La señora Blasa, es una mujer que vale de oro todo lo que pesa; sabe buscarse la vida. Apártate chaval, veamos si puede abrirse esa mampara.

—Ya lo creo,—dijo Pizpiteja,—como que la he

abierto yo. Entre usted delante y alumbre, don Jose, —añadió Pizpiteja, abriendo completamente la mampara y dejando paso al inspector.

—Magnífico,—dijo Pizpiteja.—Es lástima que la linterna no alumbre más, para que pudiéramos gozar de un sólo golpe de vista del conjunto. Pero lo iremos apreciando por detalles.

Estaban en un salón como de quince pies de ancho por doce de altura.

La extensión no podía calcularse, por que á poca distancia, el fondo se perdía en una pelumbra que terminaba en una densa sombra.

El pavimento estaba también alfombrado.

En el primer término á la derecha y á la izquierda, simétricamente enfrente la una de la otra, había dos puertas cerradas por mamparas también de terciopelo granate.

El inspector continuó á lo largo de las paredes hasta llegar á la del fondo, y encontró en cada una de ellas tres puertas semejantes á las anteriores.

En el frente de la pared del fondo había otra puerta igual.

El salón podría medir como setenta pies de largo.

En el centro y orlada de sillas forradas de tapicería había una larga mesa de comedor, lo que indicaba que alguna vez se daban allí banquetes.

Cuatro lámparas de tres bombas parecían destinadas á iluminar aquel espacio.

Ni el inspector ni Pizpiteja, se manifestaban asombrados por aquello.

En todas las grandes capitales, hay misterios para el vulgo que no son en manera alguna misterios para la policía y para la mayor parte de las gentes de mal vivir de todas castas y de todas categorías.

Porque las gentes de mal vivir pertenecen á todas las clases y son más perversas, más perjudiciales, y más peligrosas cuanto más alta es la posición social en que se encuentran colocadas.

Las buenas gentes, las que viven á la luz del sol siguiendo la rutina de las costumbres, no creen que hay un mundo subterráneo envuelto entre las tinieblas en donde se esconden la conspiración, el vicio, y el crimen.

Creen inverosímil todo lo que no há lugar.

Todo aquello de que no hablan nunca los periódicos ó porque no lo conocen, ó porque no lo quieren dar á conocer de miedo de comprometerse, descubriendo y sacando á luz las monstruosidades sociales.

Pero un inspector, un delegado, un ex-político de la policía secreta, suelen contar á un escritor á quien han conocido en un café, y con el cual han pegado la hebra cosas bien extrañas y bien terribles.

¡Personajes respetables salen de sus relatos, bien diferentes de los que ante el mundo público, por decirlo así, aparece!

¡Qué historias santo Dios!

¡Qué comienzos tan bajos llevados á grandes al-

turas y de este mundo misterioso, salen la mayor parte de las calamidades sociales que nos abruman, y la corrupción que nos devora!

—No creia yo tan bien establecida esa buena moza, dijo el inspector.—Debe tragarse rios de plata. Todo esto está al pelo. Buen secreto me guardaba la nena.

—Pues por eso dá usted diente con diente, don José, —dijo descaradamente Pizpiteja.—Que teme usted que ella haga de manera que ni usted ni yo podamos abusar de su secreto. Pero esté usted tranquilo, esto es que se la ha venido algo encima que la ha obligado á quitarnos de enmedio; pero cuando lo que ha venido se vaya, nos soltará, encargándonos que guardemos el secreto, que si lo es para usted de seguro no lo será para otros de la policía.

—Ni para mí era un misterio,—dijo el inspector.—Yo sabía que en el merendero de la Blasa había escondites ¿y qué merendero de las afueras de Madrid no le tiene? ¿Y quién ignora que gran número de los establecimientos de Madrid le tienen también? Pero yo ignoraba que el de la Blasa fuese tan de lujo.

—Y entonces, ¿por qué se ha puesto usted azul y verde, así que se á visto usted enchiquerado?

—Porque siempre, lo que no se conoce, lo que esta á oscuras, es peligroso. Y esta criaturita anda en negocios negros en los cuales no se la puede cojer infraganti.

—Vamos andando, don José, que no hay mejor ciego

que el que no quiere ver, y abramos esta puerta y veamos donde nos lleva.

Abrió el inspector la puerta que había en el centro de la pared del fondo, y se encontraron á la entrada de otro pasadizo.

—¡Diablo!—dijo Pizpiteja.—Aquí huele también á muerto, pero de una manera que consuela y abre el apetito á cerdo difunto, por aquí deben estar una despensa bien provista y una bodega bien provista, por que al olor de los comestibles se une el multiple aroma de diferentes mostaganes. Bien por la señora Blasa, á lo que parece maneja un gran negocio.

—Silencio,—dijo el inspector.—Me parece que siento sus pasos.

En efecto, se sentían rápidos y fuertes pasos de la buena moza.

A poco llegó la Blasa, á la entrada del pasadizo.

Traía una lamparilla en la mano.

—Apague usted la luz, don José,—dijo rápidamente, —y á haber si usted y Pizpiteja tienen prudencia, que no perderán ustedes.

Don José apagó su linterna.

La Blasa cerró la mampara.

El inspector y el granuja, se acercaron á ella en silencio, y se pusieron en espectativa.

A poco se oyeron en el salon inmediato sordos pasos y rumor de voces.

Gran número de personas debían haber entrado allí.

Se oyó el ruído que hicieron al apartar las sillas para sentarse junto á la mesa.

¿Sé trataba de un banquete ó de una conspiracion?

Don José y Pizpiteja, escuchaban con toda su alma y no las tenían todas consigo.

CAPÍTULO XI

En que se delinea los principios de una conspiración.

Lo que había obligado á la Blasa á ocultar al inspector y al tunantejo, había sido un buen mozo que había llamado á su puerta.

Mejor dicho, no había llamado él.

Había llamado con uno de sus cascos su caballo, que estaba enseñado á ello.

Por el género del llamamiento había conocido la Blasa al que llamaba.

Por eso se había apresurado á esconder á don José y á Pizpiteja.

Esto, como sabemos, se había hecho rápidamente, y la Blasa no había tardado en ir á abrir la puerta.

A pesar de su prontitud, el ginete, que había echado pie á tierra, la dijo:

—¿Oye tú, fortunilla, te dormias?

—No,—dijo tranquilamente la Blasa.—Era que estaba allá dentro quitando la mesa donde han cenado dos amigos.

A todo esto, el ginete había entrado llevando de la mano su caballo y la Blasa había cerrado la puerta.

El despacho del merendero estaba á oscuras.

—¿Y quienes son esos dos amigos?—preguntó el hombre cuya voz era un tanto vinosa y otro tanto más ternejal é imperativa.

—Pues eran don José el inspector y Pizpiteja,—respondió Blasa.

—¡Ah, bueno!—dijo el hombre;—pero han hecho bien en irse, porque si los encuentro aquí los encierro y no les hubiera gustado lo que yo hubiera hecho para que callaran. ¿Y hace mucho que se han ido?

—Algunos minutos antes de que llegaras tú.

—Pues yo no los he sentido.

—Ellos han debido irse para Madrid y tú has debido venir por el otro lado.

—Sí,—dijo el hombre,—vengo del aduar del señor Botanas, que tiene que venir aquí para tratar de un negocio con otros que vendrán de Madrid. Por eso voy á dejar el caballo en la cuadra para estar dispuesto á recibirlos.

La Blasa abrió entonces una puerta que había á la derecha del despacho, por la que se pasaba al corral, en un ángulo del que había una cuadra para tres caballos.

—Entre tanto,—dijo la Blasa al ginete,—quita tú

la mesa para que no quede señal de haber habido aquí nadie hace poco.

Y con su caballo se metió en el corral.

La Blasa se fué á la habitación donde habían cenado el inspector y Pizpiteja.

Apenas había quitado la mesa, cuando apareció el individuo recien llegado.

Era un hombre de buena estatura, récio, bien plantado, de edad más que provecta, porque indudablemente pasaba de los sesenta años.

Pero estaba admirablemente conservado y dejaba ver una fuerza de vida y un vigor tales, como los de un hombre en toda su plenitud á los treinta y cinco ó cuarenta años.

Tenía el semblante grave, pero no antipático, y de expresión aviesa, aunque si enérgico y como el de un hombre bravo y capáz de todo.

El traje no era ciertamente muy tranquilizador.

Era el de uno de esos aventureros del camino, y de la montaña que viven valientemente por su cuenta y á los que se ha convenido en llamar bandidos ó malhechores.

Se cubrió la cabeza con un sombrerote de anchas alas entre calañes y hongo.

Envolvia la parte superior de su cuerpo, y hasta sus rodillas, una ricamanta jerezana, labrada de rojo, amarillo y negro y las robustas piernas, que bajo ellas se veian, estaban cubiertas por unos botines negros cordobeses.

Llevaba armado el pié derecho, de una espuela vaquera.

Tenia en fin todo el empaque de un buen mozo, pero de su clase, de la hermosa Andalucía. Y como los andaluces, hablaban con ceceo y comiéndose letras, aunque nosotros, como los gitanos de nuastra historia, le hacemos hablar con la pronunciacion castellana, para hacerlo más comprensible aunque con los modismos esenciales de su modo particular de hablar.

—Me has dado una alegría que no esperaba,—le dijo la Blasa mirándole con los ojos inflamados, y adormidos como mira una buena moza al hombre de su gusto que la tiene ciego.—Yo creía que ibas á tardar por mor de ese maldito teniente de la guardia, que no os deja ni á sol ni á sombra.

—Pero el campo, no tiene puertas desiguales, chiquilla, y ya sabes, que yo me escurro por el ojo de una aguja. Traéte para acá el jarro, bonita, que tengo seco el paladar.

La Blasa salió al despacho.

El buen mozo, se desenvolvió de la manta, la echó sobre una silla y se sentó junto á la mesa.

Entonces se vió que llevaba una camisa muy blanca, y muy fina, cerrada en su estrecho cuello, por unos gemelos de gruesos diamantes, con botones iguales en la tabla orlada de una chorrera bordada. Una chupa de rico terciopelo, color de rosa, con botones de muletilla hechos con monedillas de oro mejicanas, de las de premio, faja rica de lana roja tunecina, saliendo por

cima de ellas, la gruesa cadena de oro de un reloj.

Canana corrida á la cintura, sujetos á ella cuatro pistoletes vizcainos de dos cañones, y un gran cuchillo de monte.

Además de esto, un gran chaquetón pardo oscuro, guarnecido de terciopelo negro, y una calzona del mismo género de la chaqueta.

Se nos olvidaba decir, que bajo el sombrerote, llevaba en la cabeza, un pañuelo de seda carmesí anudado por detrás, y bajo el cual sobre las sienes, asomaban dos rizos densamente negros, en los cuales, apenas si se distinguía algun cabello que iba tomando un color gris. Se trataba en fin, de un magnífico ejemplar de los hijos de vida libre, de la tierra de María Santísima.

Pero todo este buen mozo, tenía un nombre muy vulgar.

Se llamaba Manazas.

Y calificamos como nombre un apodo, porque sólo por él se le conocía.

Nadie sabía ni aun la Blasa que era su amante desde hacía diez años, y aun él mismo se había olvidado de ello que el capitán Manazas natural de Utrera, se llamaba de nombre de pila Melchor, y de apellido de familia Gutierrez.

Ya le han conocido en nuestro prólogo nuestros lectores.

Era aquel mismo contrabandista antiguo que hacía veinticinco años había salvado de la acción de la justicia al pobre Mateo.

Desde entonces hasta la fecha en que de nuevo le presentamos á nuestros lectores, habían pasado por él, como él decía la mar de cosas, siendo la más negra de todas, los diez años de cadena temporal que sufrió en Ceuta, por no sabemos qué muerte y qué excesos hizo en ocasión de haberse enamorado á un mismo tiempo, y de haber sido igualmente correspondido por ambas, de un ama y de la sobrina de un cura, que antes de ser exclaustrado fué fraile capuchino, y después de ser exclaustrado, faccioso en la Mancha con los palillos.

Todo fué bien mientras no se enteró su paternidad, pero se encelaron la tía y la sobrina; se agarraron un día el moño; se pusieron como chupa de dómine; salió á luz la causa de su cuestión, se enteró su paternidad, á punto que entraba en la casa el causante de tanta espantosa ruina, cogió su escopeta el seráfico apuntó á Manazas, salió el tiro y no le dió, porque Manazas que era muy listo disminuyó su persona agazapándose con una serenidad eléctrica, que con la misma dió una cabezada en el estómago á la eclesiástica persona haciéndola caer de espaldas, se arrojó sobre ella la agarró por el pescuezo, y la propinó una docena de puñaladas, de las cuales, las once fueron inútiles de lujo, porque con la primera é instantáneamente se fué á gozar el santo barón de la eterna bienaventuranza.

A seguida Manazas, para desembarazar á la chiquita de su tía, con la cual peleaba bravamente arrimó á la antedicha, un tal puntapié y tan brutal en su voluminoso

abdómen, que la pobre mujer dió un berrido y cayó al suelo pasando sobre la marcha á mejor vida.

Manazas cogió por la cintura á la pequeña arañada, repelada, contundida, y casi saltado uno de sus hermosos ojos, la montó en su jaca, y salió de piés con ella, pero con tan mala fortuna, que apenas salido al camino los trincó una pareja de la benemérita Guardia civil de caballería.

Un año después, rematada con cuatro años ella y en diez años y un día él, salieron ella para Alcalá y él para Ceuta.

En estas dos universidades, ella aprendió y se hizo mujer, y él que ya era muy hombre, se perfeccionó y se echó decididamente á la buena vida, á la vida de rey de los caminos reales, levantando una partida de jabalíes que no podían pasar por ninguna parte sin dejar un profundo rastro.

Creemos haber dicho ya, que los teatros de las hazañas del capitán Manazas eran ya las asperezas de Sierra-Morena ó las de los montes de Toledo, ó las del Guadarrama, según que caían las pesas ó los pedian los negocios.

Tal era el personaje que tenemos á la vista.

La Blasa trajo un jarro, un vaso y un plato con algunos pedazos de mojama, de que gustaba mucho, para ayudar á la *bebía* Manazas.

—¿Y te quedas aquí esta noche?—le preguntó complacida y como si no hubiera tenido un tapujo la Blasa.

—Ni tan siquiera, chiquilla, —dijo el bandido, par-

tiendo con su blanquísima dentadura un pedazo de mojama.—Lo que se trae entre manos urge y es menester llevarlo de prisa.

Después de esto, Manazas llenó el vaso y se lo echó al coleto de un trago.

—¿Y se puede saber de lo que se trata?—dijo la Blasa.

—Ya sabes tú, niña,—la respondió Manazas mascuyando otro pedazo de mojama;—que yo no tengo para tí oculto nada. Se trata de destronar...

—Mira, Manazas,—le dijo interrumpiéndole vivamente la Blasa;—no te metas tú en la gorda que dicen que se está armando (recuerden nuestros lectores que es nuestro relato entre los fines y á principios del año 67 y 68), mira que una cosa es pelear en el campo ó en la sierra, que por todas partes hay salidas, y otra atarugarse en las calles en una barricada, expuestos á ser cortados por la tropa. Acuérdate del 22 de Junio que te escapaste por un milagro y antes vistes matar como chinches á los que contigo estaban.

—Es que aquí no se trata de castellanos, ni de política,—dijo Manazas, que comiendo y bebiéndose otra copa había escuchado tranquilamente la apasionada intercesión de la Blasa.—¿Pues qué no conoces más que un rey en Madrid?

—Hombre, sí; sino vamos más que á eso;—contestó la Blasa,—conozco al *Oclay* de la gitanería don Luis de Figueroa.

—Pues ahí llaman,—dijo Manazas.

—Y á la puerta llaman también,—dijo la Blasa levantándose,—y arañando; es señal que es persona de confianza.

—Pues anda y abre,—dijo Manazas.

Salió Blasa.

Se oyó rechinar la puerta.

A poco volvió Blasa acompañada de un embozado.

Traía éste un sombrero de copa alta, de enormes alas, y se cubría hasta los ojos envuelto por una larga capa.

Miró fija y detenidamente al bandido que se había puesto de pie.

Se desembozó y dió familiarmente la mano al buen mozo.

—¿Y cómo va?—le dijo.—Ya hacía mucho tiempo que no tenía el gusto de verte.

—¿Y qué quiere usted, don Diego?—dijo Manazas.—No siempre se puede andar por donde se quiere. ¿Y cómo va?

—De salud bien, apergaminado y enjuto; pero tirando.

—No tampoco, no tampoco, señor don Diego,—dijo el salteador,—usted no se va á morir nunca. Dios se ha olvidado de usted.

—No tan viejo, no tan viejo,—dijo don Diego.—Y sobre ese particular no tienes que luchar conmigo. No eres tú tan chaval que te lleve yo más de cinco ó seis años.

—Como usted quiera don Diego,—dijo Manazas,—

porque eso de regatear los años es cosa de mujeres; y nada le hace que tenga usted diez encima de los sesenta y cinco; la verdad es que es usted fuerte y ágil; y que está usted listo y útil para cualquier cosa.

En aquel momento se oyó otro llamamiento á la puerta.

—Ese debe ser el señor Botanas, el *Oclay* de los *anda-ríos*,—dijo don Diego.—Vaya usted á abrir señora Blasa, y que entre enseguida con los que venga.

La Pampanera salió y volvió á poco.

Con ella venía el tío Botanas y detrás de él se sentían una multitud de hombres.

Entonces la Blasa preveyendo lo que podía sobrevenir, mientras se saludaban, se escurrió al escondite y fué á prevenir como hemos visto á don José y á Pizpiteja fuesen prudentes y se mantuviesen ocultos.

CAPÍTULO XII

En que se preparan algunos graves acontecimientos.

Blasa volvió rápidamente, sin que nadie se apercibiese de su breve ausencia.

El tio Botanas, venía descompuesto, desencajado y echando fuego por los ojos.

—¿Qué es lo que á tí te pasa?—le dijo don Diego en cuanto le vió.

—El cielo se me junta con la tierra;—exclamó el tio Botanas;—y el sol se va á comer las estrellas. Mi hija Micaela, no parece, y usted tiene la culpa, y usted me vá á dar cuenta de ella.

—Y á mí también,—dijo Malarate, que acompañaba al tio Botanas, yéndose decididamente hácia el Berdejí, que no era otro que éste el llamado don Diego.

Manazas se interpuso.

—Delante de mí,—dijo,—donde yo esté, nadie le

toca un pelito á ningún hombre, ni á ninguna mujer; mientras yo no de licencia, y vamos claros sepamos de quien se trata, y despues veremos lo que hay que hacer.

—Una traición mas negra, y más perra que esta no se le ha hecho á ningun nacido,—dijo el tio Botanas.

—Y yo no me espero,—dijo Malarate,—si la que yo cuento como si ya fuera mi mujer, no parece enseguida, por encima todos los hombres del mundo, le retuerzo el pescuezo como si fuera un *chirricló* (pajaro) al Berdejí (el Lagarto).

—¿Y con qué mano?—dijo Manazas sentando su puño cerrado sobre el hombro derecho de Malarate que soltó un ¡ay! herido, y se inclinó enormemente sobre igual lado.

Manazas le había casi dislocado el brazo á Malarate.

Después de este correctivo, Manazas le dijo:

—Eso no ha sido mas que una aceitunita para que que hagas boca. Conque listos, y que no tenga yo que reprender otra cosa.

Tal era el prestigio de valiente, de invencible y de duro de entrañas que tenía Manazas, que aunque había allí una treintena de gitanos de los mas malos de los *anda-rios*, nadie dijo esta boca es mía.

A la advertencia de Manazas, sucedió un silencio tal y tan profundo que hubiera podido oirse el vuelo de una mosca.

—Lo que hay que hablar ahora,—dijo el Berdejí

que aparecía conmovido, pero valiente,—es más grave que lo que había que hablar antes; y no es este el lugar en que debe tratarse. Señora Blasa, llévenos usted al comedor de abajo, que allí, aunque gritemos, nadie puede oirnos.

Esto es lo que había previsto la Blasa, y por lo cual había ido á prevenir á don José y á Pizpiteja.

—Esperen ustedes, á que yo encienda las luces,—dijo la señora Blasa.

Y con una palmatoria se fué.

El Bermejí, estaba sombrío, cetrino, irritado.

El tio Botanas, tenía toda la apariencia de un lobo que se impacienta, ansioso de combate, y tiene entre él y su enemigo un obstáculo, con el cual no se atreve á embestir.

Este obstáculo era Manazas, que silencioso y grave estaba entre el bato-puró de los barrios de Toledo y de las Vistillas, y el *Oclay* de los gitanos *anda-rios*.

Estos que estaban de pie también silenciosos, parecían gravemente disgustados y dispuestos á todo.

El traje de esta gente, eran de corto á lo gitano.

Todos ellos iban envueltos en mantas, y armados cada cual con un pequeño retaco, cuya boca asomaba por debajo del embozo.

Eran la escolta del tio Botanas.

Entre ellos los había de edad madura, y ninguno podía llamarse propiamente un chaval.

Todos eran gente granada y de circunstancias á lo que parecía.

Debían ser la flor, la aristocracia del aduar.

Solo el Berdejí, estaba vestido de castellano con una moda muy antigua, á la manera que ya se le ha descrito.

Miraba con un altivo desdén, y como si nada le hubiera importado de ellos, á los otros gitanos.

En cuanto á Manazas, dominaba como un rey la situación.

Por tres veces el Berdejí y el tio Botanas quisieron continuar la cuestión empezada, y que por tres veces los contuvo Manazas.

A la tercera exclamó:

—Que no se de lugar, á que á mí se me acabe la paciencia y lo eche á rodar todo, y no me quede quien tenga gavilos para moverse, ni aliento para hablar.

Bien hubiera querido meterlo todo á barato, el fanfarrón de Malarate; pero le dolía de tal manera el hombro en que Manazas le había asentado el puño, y le tenía al bandido tal *canguelo*, es decir, miedo, que *achantaba el mirlo*, ó lo que es lo mismo, se callaba y aguantaba por Dios, para evitar mayor envite.

Los otros gitanos, á pesar de su número, miraban también con un visible respeto á Manazas.

Este, aparecía tranquilo y naturalísimo, como quien estaba acostumbrado á dominar.

No podia darse un mayor prestigio.

Estande en esto, sonó fuera un largo silbido, uno de esos silbidos característicos de los tunantes y de los ladrones.

—Mi teniente,—dijo Manazas.—A ver, chavós, uno de vosotros, á abrir la puerta al *Mulatán*.

Todos los gitanos, dóciles y sumisos hicieron un movimiento como para obedecer á Manazas.

Uno de los de más edad, se adelantó.

Poco después se oyó el ruido de la puerta que se abrió.

Inmediatamente el ruído de una espuela, al andar de un hombre y el de las pisadas de un caballo sobre el entarimado del despacho.

Aquel ruido cesó, y se oyó el de la puerta que volvía á cerrarse.

—Con el caballo á la cuadra, *Mulatán*,—dijo Manazas.

Volvió á sonar transitoriamente el ruído de la espuela y las pisadas del animal.

Todo quedó por algunos minutos en silencio, hasta que resonó de nuevo el acompasado ruído de la espuela, y rompiendo por entre los gitanos que estaban agrupados, delante de la puerta, apareció el *Mulatán*.

—¿Y de dónde vienes tu ahora, Joselito?—le preguntó gravemente Manazas, con un fácil acento de autoridad.

—¿De dónde he de venir?—dijo el *Mulatán*,—sino de allá abajo que esta todo el mundo revuelto, y asustado creyendo que se vá á undir el mundo, porque se ha perdido la *Manclayí*. Y eso que se ha perdido, me parece á mí que es grilla y chilla, por que yo creo que esta más ganada de lo que parece.

—Pues ya estas tú hablando;—dijo el tio Botanas con ansiedad.

—Ya te estas tú callando hasta que yo te mande que hables, Joselito,—dijo Manazas.—Tú declararás lo que sepas cuando llegue la hora, y eso va á ser pronto, por que ya tenemos aquí á la Blasita, que lo habrá dispuesto todo para que podamos hablar, sin darle cuenta á nadie.

—Ya pueden ustedes bajar cuando quieran, y si se necesita servirlos á ustedes despertaré á las muchachas.

—Ni una gota de vino,—dijo Manazas,—que el negocio que tenemos entre manos es menester tratarlo con mucha frescura y moderación. sin que vengan á destraviarnos el mosto. Conmigo todo el mundo. Eche usted delante, don Diego, y véngase usted detrás señor Botanas.

Manazas continuaba siempre entre los dos contendientes.

Y así así el Berdeji delante, detras Manazas, en seguida el tio Botanas, luego el *Mulatán*, y por último, todos los gitanos llegaron á la trampa, bajaron por la escalera y en una larga fila descendieron hasta el comedor que estaba suficientemente iluminado.

Se pusieron al rededor de la mesa.

La presidencia estaba ocupada por Manazas.

Frente á él, se colocó el *Mulatán*.

A la derecha de Manazas, estaba el Berdeji.

A la del *Mulatán*, el tio Botanas.

La mesa los separaba.

Estaban, además, asegurados por el uno y por el otro bandido.

El inspector y Pizpiteja miraban, escuchaban por una pequeña abertura de la mampara del pasadizo, que conducía á la cocina.

Y no las tenían todas consigo.

Pero era necesario aguantar la situación.

Por la otra parte, la Blasa había cerrado la trampa, y la había cubierto con una estera vieja diciendo:

—Ahora que griten cuanto quieran.

Luego se fué al tras despacho, se sentó junto á la mesa, y se quedó como si dijéramos de servicio por si sobrevenía alguien por la parte exterior.

El silencio era profundo.

Solo se oía fuera, de tiempo en tiempo una larga ráfaga de viento.

CAPITULO XIII

En que se relatan cosas que salen de la esfera de los acontecimientos vulgares.

—A ver si sacamos en limpio, lo que aquí nos tiene, —dijo reposadamente Manazas.—Y sin que nadie pretenda echarla á malas, ni faltarle al respeto á nadie, que las cosas que se tratan entre hombres deben ser como Dios manda, que cuando llegue la hora de romperse el alma, si hay necesidad de ello, cuanto más claro se vea quién tiene la razón mejor.

—¿Puedo yo hablar?—dijo el tío Botanas.

—Así que yo hable,—dijo el Berdejí.

—Yo soy aquí el más ofendido,—dijo el *Oclay* de los *anda-ríos*.

—Yo soy aquí entre los *cayós* el que tiene más autoridad,—dijo todo bilis y soberbia el Berdejí.—Yo soy el alcalde mayor de los *cayós* civilizados; y vosotros,

con el que llamais ponderativamente vuestro *Oclay*, sois de mala casta, de *anda-rios* y canallas.

Se levantó un alarido entre todos los gitanos que se pusieron violentamente de pie.

—Aquí no hay más autoridad que la mía,—dijo Manazas, que así como el *Mulatán* había permanecido sentado.—Aquí no manda nadie mas que yo,—añadió dando más autoridad á sus palabras con un fuerte puñetazo sobre la mesa.—Aquí lo más grande, lo que más importa, es según yo he entendido, que se ha perdido y no se sabe donde está, la gran chavala bonita y jacarandosa que parece mentira sea hija del señor Botanas, tan feo como lo ha hecho Dios.

—No hay que venir aquí con dulcificar las cosas con bromas,—dijo el tio Botanas,—que lo que sucede es muy negro y ya me voy yo cargando, y me falta lo que monta un cabello para echarlo todo á rodar.

—Por lo que á mí toca, cuando usted quiera, compadrito,—dijo el capitán Manazas,—y ya veremos muy pronto por donde salimos. Sea usted prudente y entienda usted que lo que yo quiero es que esto se arregle lo mejor que sea posible. Hable, usted señor Botanas, porque como padre de la chavosita que no parece, es usted la parte más ofendida.

—Con permiso de usted, capitán, y del señor Botanas,—dijo el *Mulatán* que tenía sus razones para respetar de igual manera á su capitán y al *Oclay* de los *anda rios*,—que sobre que la *barbari Manclayí* (la hermosa princesa), no parece es *flima* (broma), yo sé donde está y à cierra ojos iría.

—¿Cómo que tú sabes donde está?—dijo Manazas.

—Me lo figuro,—dijo el *Mulatán*,—y es lo mismo, porque cuando yo me figuro una cosa, eso es.

—Pues ya estás hablando, *gaché*,—dijo Manazas.

—No tengo ningún inconveniente. Pues señor han de saber ustedes, porque yo no tengo motivo ninguno para ocultarlo, que yo estoy *espirrobao* y con ánsia por la Lola, la hermana de Quirico, el tabernerode las Peñuelas, y ahijada del *Oclay* de verdad de toda la gitanería, don Luis de Figueroa.

—Si es, ó si no es el *Oclay* de verdad,—dijo el Berdejí,—eso se tratará más adelante, y para tratar de eso estábamos aquí citados, pero han caído de otra manera las pesas, y lo principal de que ahora se trata, es de la Micaela, y puesto que tú, *Mulatán*, dices que sabes donde está, suéltalo para que sepamos lo que hay que hacer.

—Las cosas con calma y por sus principios,—dijo el *Mulatán*.—Yo fuí esta noche á casa de Quirico, porque quería hablar con la Lola para salir de penar ó ver lo que tenía que hacer, y me encontré allí con un señorito tan orgulloso y tan puesto en su punto como el *Oclay* don Luis de Figueroa. No había mas que mirarle á la cara para ver que era *cayó* y de los finos. ¡Vaya un chavo! Sino fuera porque á mí no me espanta nadie, diría que el hombre tan sólo con mirar mata, en fin, sus ojos se parecen á los del *Oclay* don Luis, cuando amenaza. Yo ví á todos los *bengorros* del infierno, cuando olí que la Lolita se desmerelaba por el chavó,

que se le ardían los *clísos* (ojos) mirándole y con ellos se le comía; y él, no digo nada, sino que á mí se me fué el *pesquí*, y empecé á armar la bronca, y Quirico que es muy adelantado porque no ha habido quien le machaque las liendres, me soltó un trompis cogiéndome desprevinido. Yo cegué y no ví, y me salí afuera desafiando á Quirico; pero cuando me dió el aire con su frío, me apaciguó un poco la sangre, y me acordé de que Quirico era el hermano de la gloria por quién yo me estoy muriendo, y por la cual soy capaz de aguantarme aunque me afrenten.

—Menos conversación, Joselito,—dijo Manazas,—que la tomas de muy largo, y lo que estamos tratando es menester ponerlo claramente en el menos tiempo que se pueda.

—Pero señor,—dijo el *Mulatán*,—las cosas hay que contarlas como han sido para que todo el mundo se entere bien.

—Vamos andando,—dijo Manazas,—pero sin machacar demasiado, que algo has hecho tú, de que te da vergüenza y quieres taparlo como los gatos.

—De modo y manera,—dijo el *Mulatán*,—que ya he dicho, que por la Lola soy yo capaz de aguantar que me afrenten, y aunque Quirico es muy atrevido, y me había hinchado como se vé un ojo de un trompis, tanto quiero yo á la Lola, que después de la hincha que me dió del atrevimiento de Quirico, se me representó que si yo reventaba al hermano, se me iban todas las esperanzas de casarme con la hermana. Y así, pues, que

cuando Quirico al volver la esquina se me echó encima, yo me volví, le hize un quiebro, y me dejé ir al suelo como si me hubiera *endiñao* una mojá de las del Santo Oleo, y él que creyó que me había matado, salió de piés hacia las Delicias.

—Me parece á mí,—dijo severamente Manazas,—que no vas tú perdiendo la vergüenza *Mulatán*, sino que la has perdido del todo, y tan de verdad, que cuando quieras buscarla no la vas á encontrar.

—Con permiso de usted, capitán,—dijo *Mulatán*.—Usted se equivoca, el que yo haya abrujado con Quirico, no quiero decir que yo haya perdido la vergüenza. Ocasiones vendrán y no tardando mucho en que usted verá que la tengo toda entera, y si no y si le corre á usted prisa, hay esta Malarate, que las eche de tremendon, y que todos le temen, que no parece sino que el es capaz de tragarse una carreta con bueyes y todo.

—Lo que debes hacer tú,—dijo Malarate, con insolente acento de desprecio;—es curarte el ojo que te ha hinchado Quirico y no dar lugar á que te salten el otro.

—A ver si esto se acaba ó se suspende por ahora,—dijo Manazas.

—Esto es perder lastimosamente el tiempo,—exclamó el Berdejí.

—No te hinches, tú Malarate,—dijo el *Mulatán*,—no te desinche yo de un puntapié; y usted don Diego, no se atorigue usted que allá voy yo.

—Pero mi hija,—exclamó con una ansiedad mezclada de cólera el tio Botanas.

—Pues apostaría yo para acabar una, vez,—dijo el *Mulatán*,—que la *Manclayí* de vosotros los *anda-ríos*, y Quirico, el amparado por el *Oclay* de la gitanería civilizada, se han casado ya y están celebrando su boda, en la taberna de las Peñuelas.

Dió dos puñetazos furibundos sobre la mesa Malarate.

Saltó de la silla como un tigre.

Soltó una horrible blasfemia, que no nos atrevemos á transcribir.

—Eso es mentira,—dijo al mismo tiempo el *Berdeji*, levantándose trasportado de furor, y extendiendo sus puños cerrados en ademán de amenaza, hácia Joselito.

—¿Pues no dijeron ustedes que todo lo dígese de una vez?—dijo este.

—Vamos por partes,—dijo Manazas,—y reprímase todo el mundo que el hombre esta hablando, y es menester escucharle para ponerse bien al cabo del negocio. Después entraré yo y veremos cómo esto se arregla. Anda tú, Joselito, ¿por qué te figuras tú que Quirico y la *Manclayí* Micaela, se habrá ya *romandinao*? (casado).

—Hombre,—dijo el *Mulatán*, con una vanidad petulante,—*Ondivé* me ha dado á mí un pesquís, que hasta lo que se pierde de vista lo *diquelo* yo, y mas que á mi *chusquel* (perro) de los podencos finos. Yo, cuando Quirico se fué *chalando* (escapando) hacia la pradera, dije para mí. Ese que cree que me ha *mulabao* y que

los *jeres* le van á trincar, á la fuerza se va al aduar de los *anda-ríos* á que lo ampare el señor Botanas, pues allá me voy yo también, porque el señor Botanas es muy buena persona y yo le contaré lo que me pasa, y él con su saber y su prudencia, buscará el modo de que hagamos las amistades Quirico y yo.

»Pues señor con este *presupuesto* me fuí á la casa de uno de los amigos que tengo en el barrio, donde había dejado la jaca, y salí pitando para el aduar; cuando cátate aquí que ya cerca de este propio merendero, me dió el alto una ronda del resguardo que no sabe que yo soy el teniente del nombrado capitán Manazas, sino que soy contrabandista y matutero; y yo hago á todo cuando andamos por los alredederes de Madrid, y es necesario tener una disculpa para entrar y salir, y enterarse sirviendo al capitán de lo que hace falta para nuestros negocios.

»Como yo no llevaba contrabando me dejé trincar y los del resguardo me reconocieron, me metíeron en el merendero se enteraron de que yo iba de vacío, me hicieron pagar unas copas y cuando fuera del merendero, iba yo á montarme en la jaca ví dos bultos á alguna distancia, un hombre y una mujer, que parecía que estaban atisbando, y como les alcanzaba aunque era confusa la luz que salía por la puerta del merendero, y yo veo de noche mas que un mochuelo; vamos me parece que ví, que era la *Manclayi* y Quirico. Y luego me afirmé en ello cuando llegué al aduar y hablé con el señor Botauas y supe que Quirico no había parecido

por allí. y que estaban con cuidado, con mucho cuidado porque la señora Micaela tardaba en volver. Yo no le dije nada al señor Botanas por no precipitarles, pues tiempo había para que supiese que su hija se había largado con Quirico. Y ¡menudo jolgorio que habrá ahora, no digo yo en la taberna, sino en el barrio de las Peñuelas!

—Pero hombre,—dijo Manazas.—Como puedes creer tu que Quirico se ha vuelto á su casa cuando creyendo él que te había dado mulé, había salido de pie para ampararse del señor Botanas.

—Válgame, *Ondivé*, capitán. ¿Y que no se le ocurra á su mercé que habiéndolos yo *diquelao* (visto) á ellos fuera el ventorrillo con la poca luz que del ventorrillo salía, ellos han podido *diquelarme* á mí, mucho mejor cuando estaba dentro con los de la ronda.

—Y que tiene razón,—dijo Manazas,—y que á mí se me ha ido el santo al cielo; pero sigue, hombre, sigue que me vá gustando á mí la cosa y me parece que esto se va arreglar al pelo.

—Como si lo viera,—dijo el *Mulatán*;—el chaval y la chavala se largaron al barrio, porque viéndome á mí vivo y sano y salvo no había caso, y que Quirico habrá sacado su jaca y habrá tomado sobre las ancas á la *Manclayí*, y cátate ahí á Periquito hecho fraile. Se habrán ido á buscar al Bato-puró de las Peñuelas, que según nuestras leyes y costumbres, presentándosele el mocito con la chavalita á las ancas de la jaca los habrá casado. Y aquí paz y después gloria, y conque el señor

Botanas, viendo que la cosa no tiene ya remedio, los perdone como cosa cabal, y que Dios los haga bien casados; que al que le pese que se aguante, ó que tome la satisfacción que pueda según el coraje que le haya dado.

—Esto es, una traición indecente é infame que le ha hecho ese miserable *anda-río*,—dijo el Berdejí, volviendo á enseñar los puños con mas cólera que antes al señor Botanas.

—Pues yo abro en canal á Quirico,—exclamó el Malarate.

—A ver si yo tengo que sentarle la mano á alguien, —dijo el capitán Manazas, viendo que el *Berdejí*, y Malarate se insurreccionaban y que los otros *anda-ríos* se removían.—Achantarse todo el mundo y que hable el señor Botanas, para ver cual es la providencia que quiere tomar.

—Y en efecto,—dijo el señor Botanas,—yo soy la parte principal de este negocio; porque al fin y al cabo la chavala es mi hija, la gloria e mi corazón; y la alegría de mis ojos; y ya que á ella le ha dado tan fuerte por Quirico yo los perdono y los bendigo á los dos por que ya los dos son mis hijos.

—Infame,—exclamó el *Berdejí*.

—Me voy á comer el corazón de ese traicionero,—dijo con voz rugiente Malarate.

—Silencio,—exclamó con voz estentórea Manazas.

Se acreditó una vez mas el miedo que todos tenían al renombrado bandolero.

Se restableció el silencio, y eso que todos estaban excitados por la gravedad del suceso.

—Yo doy mi enhorabuena,—dijo con voz ya tranquila Manazas,—al valiente *Oclay* de los *anda-ríos* por la mucha prudencia conque hace venga á buen fin este suceso.

—En verdad de *Ondivé*,—dijo gravemente el tio Botanas.—Yo no había pensado en casar á mi hija con ninguno de sus tres pretendientes, pero no quería ponerme mal con don Diego, porque como el *Oclay* de los establecidos de los que se llaman civilizados para distinguirse de nosotros como si fuéramos salvages, y no cayo-purates (gitanos de buena raza) el verdadero pueblo de Dios, que no se somete á las leyes ni á las costumbres de los *gachés* (extranjeros) bárbaros y desconocedores del verdadero Dios; como el *Oclay* Figueroa esta *Lililó* (enmentecatado, anulado) y todo lo gobierna en su nombre don Diego el *Berdejí*, gran batopuró de los *cayó* de las poblaciones, yo le he ido *jonjanando* (entreteniendo, engañando) para que no me hiciera daño mientras yo pasaba por esta tierra; pero con las tripas revueltas de arco, porque ese bribon era traicionero contra su amo y señor natural.

—Yo no consiento que se me injurie apesar de todos los pesares,—dijo el *Berdejí* creciendo en su exacerbación.

—Usted don Diego,—dijo Manazas,—anda revuelto como anda hoy todo el mundo, y como en todo el mundo no quiere usted que haya quien le mande, sino mandar

usted en todo por lo que pretende usted destronar á don Luis de Figueroa.

—Yo lo que quiero es servir á Dios y salvar á su pueblo,—dijo el *Berdejí*:—Figueroa no nos ama, Figueroa nos desprecia, Figueroa es nuestro *Oclay* á la fuerza porque es gitano de la raza de los *Oclay*, y no tiene lugar entre los castellanos. El ha criado á sus hijos apartándolos del pueblo de Dios, y la que ha de ser nuestra *clayí* (reina) cuando su abuelo muera que esto amenaza de un momento á otro; tan lejos y tan ignorante de nosotros se ha criado y se ha educado que ni siquiera sabe que es *cayí* (gitana) á lo menos Figueroa, no nos ha abandonado, que cumple con nuestra religión, con nuestros usos, con nuestras leyes, con nuestras costumbres. Pero es un gran señor que vive y se porta como los grandes señores castellanos, y ha hecho una gran señora á la *Manclayí* que cuando su abuelo muera y ella sea la *Oclayí*, nos abandonará metiéndola en discordias que acabarán con nosotros. Y por eso yo, que antes que vasallos del *Oclay* don Luis de Figueroa, soy siervo del señor y obligado á mirar por su pueblo porque soy en él sin género de duda, la autoridad mas alta despues del *Oclay*, en nombre de Dios, ha pretendido de ponerle por crimen de tiranía y para sucederle, no ha encontrado á otro el *Oclay* de los *cayós* errantes, no matos libres, como vulgarmente se llaman *anda-ríos*.

—Vosotros los fantasmones de poblado,—dijo el tio Botanas,—nos habeis puesto por desprecio, ese inde-

cente nombre, cuando valéis menos que nosotros, mezclándoos á los gachés nuestros enemigos, y sometiéndose á ellos, y por eso yo, te he dado la contenta, pero con el propósito de largarme huyendo de tí, porque tu, no eres solamente traicionero para el *Oclay* Figueroa, sino también traicionero para mí, porque lo que tú querías era ponerme en el lugar del *Oclay* Figueroa que es demasiado bueno para tí, y cuando yo en su lugar estuviese y tu fueses marido de mi chavala darme un tártago para que reventase; para que mi niña fuese la *Oclayí* y tu por ser su marido el *Oclay*. Pero *Ondivé* que todo lo vé y que es misterioso en todos sus decretos lo ha hecho de otra manera; y ya que *Ondivé* lo ha hecho, él sabrá por donde nos saca.

—Yo no tengo nada que ver con nada de eso,—dijo vivamente Malarate, interrumpiendo al señor Botanas y sin dejar hablar al *Berdejí*.

—Tu eres otro traidor que te entendías con los descontentos de Madrid, y me revolvías á los míos; y te habías propuesto poco más poco ménos lo que don Diego; pero tu no sabias que yo te tenía sentenciado, y que sentenciado estás.

—A mí me pudren y me revientan los traicioneros, —dijo Manazas. —Y como aquí se vé ya claro yo determino que se eche innominiosamente á don Diego el *Berdejí*, y no le sentencio á mulabarle porque favores le debo que yo no olvido. Así que don Diego, usted se vá á guardar de decir ni una palabra más, no sea que yo me arrepienta y le apriete usted la mano y le des-

haga; y en cuanto salgamos todos de aquí, usted se vá á ir con las orejitas gachas á donde quiera, y dele usted gracias á que yo no conozco al *Oclay* ni me interesa; y no le manifiesto el buen amigo que tiene en usted allá se componga él, con su gitanería y su gitanería con él.

Pronunció con tal firmeza, y con tal decisión aquella que podía llamarse sentencia el capitán Manazas, que el *Berdejí*, no se atrevió á responder ni una sola palabra, de miedo de lo que podía hacerle si se irritaba el formidable bandolero.

—Pues me parece,—dijo el señor Botanas,—si usted no lo toma á mal, capitán, que aquí estamos demás, porque se me arde la sangre, y se me va el corazón detrás de mi chavosita.

—Eche usted injundia y no sea usted súbito señor Botanas,—dijo Manazas,—y no vaya usted á *rebotar* (sofocar) á su chiquilla, que estará muy á gusto en sus bodas, si es como se lo ha imaginado el *Mulatán*, que le digo á usted que no tiene nada de tonto, y si mucho de *zahorí* porque adivina; eso lo he visto más de una vez. Y lo que es tocante á la *chavosita*, mire usted señor Botanas, que cuando las mujeres se emperran por un hombre y pasan por él fatigas, y al fin y á la postre se arrojan á todo y se salen con la suya, con las glorias se les van las memorias, y no piensan en lo que les puede sobrevenir por haber hecho su gusto. Conque déjela usted en paz, y no vaya usted á buscarla, ni ahora, ni luego, porque al fin y al cabo, usted por su

misma decencia debe usted echarlas de furioso, por la rebeldía que le ha hecho su hija, que ya buscará mediadores para que usted la perdone, y entonces es cuando á usted le pertenece hacer la *camama*, (ficción) y aparentar que se quiere usted comer la tierra y hacerse el tremendo, que así el perdón será más gustoso. Conque no tenga usted prisa, y en despachando un negocillo que está todavía pendiente, y sobre el cual voy yo á determinar, echamos á don Diego, que me está apestando, y la Blasa despierta á los criados y á la cocinera, y no faltará una cosilla que hechar á perder, ni *mostagán* que *privar* (vino que beber). Y aquí como buenos amigos, celebraremos las bodas de la chavala.

—¿Y qué es el negocillo que está pendiente?—dijo el señor Botanas.

—Nada, poca cosa,—dijo Manazas levantándose.

Y con una rapidez increíble se arrojó sobre Malarate, le cogió por la garganta, y algunos segundos después el miserable cayó desplomado.

Le había extrangulado Manazas.

—Ya tiene usted un inconveniente menos, señor Botanas,—dijo el monstruoso bandido, con una serenidad tal como podía haberla tenido sino hubiese acabado de hacer á sangre fría un asesinato.

El inspector y Pizpiteja que estaban pegados á la puerta del pasadizo que conducía á la cocina, y que por una pequeña abertura miraban y escuchaban, se sintieron mucho más incómodos, singularmente el inspector

que temblaba de los piés á la cabeza, daba diente con diente, estaba cubierto de sudor frío, y con el estómago de tal manera inerte y angustioso, que no parecía sino que se acercaba para él, el último momento.

Agonizaba en una palabra.

Pizpiteja no se sentía muy á gusto; pero estaba completamente sobre sí, é infinitamente menos espantado que el inspector.

—Y en último caso,—dijo para sí,—¿qué es lo que puede suceder? Mi popularidad y mis méritos, vendrán en mi defensa, todos estos me conocen, y saben que yo soy persona de confianza.

Después de este raciocinio, Pizpiteja se quedó perfectamente tranquilo, y sintiendo el estado lamentable en que el inspector se encontraba, porque aturdido de miedo, se había pegado á Pizpiteja, como para buscar en él calor y ánimo, le dijo en voz muy baja:

—Mire usted don José, que antes de que descubran que estamos aquí, se va usted á morir, sin necesidad que nadie le mate: haga usted como yo de tripas corazón y á verlas venir.

El inspector no contestó.

Ni se le ocurrió contestar, y aunque se le hubiera ocurrido, no hubiera podido.

Estaba en uno de esos marasmos de pavor en que toda la actividad del hombre se aniquila, y sólo queda en él, una vida tísica, puramente animal, inconsciente.

La situación no era para menos.

El terrible acto de sanguinaria brutalidad, que aca-

baba de hacer el terrible capitán [Manazas, justificaba sobradamente el pánico del inspector.

En cuanto á los de afuera, por más que entre ellos hubiese verdaderos lobos, y de que todos fuesen gentes que no se impresionasen con facilidad por terrible que fuese lo que ante ellos se ejecutase, se dejaba sentir la grave impresión que les había caussdo el bárbaro acto de Manazas.

El primero que rompió el silencio de estupor que en ellos había causado la imprevista acción de Manazas, fué el *Mulatán*.

—Pues no se lo agradezco á usted capitán,—dijo; —porque yo hubiera querido tener el gusto y el regusto de *tragelármelo* (comérmelo) yo sólo; pero en fin, muchas gracias porque eso menos tengo que hacer. Y dele usted también las gracias al capitán, señor Botanas, porque le ha quitado á usted de encima un *inconviniente*, que sabe Dios lo que hubiera hecho con usted, con la chavala, y con el marido de la chavala, y con toda la gitanería.

—Yo reverencio al señor Manazas,—dijo el tío Botanas,—como reverencio y admiro á todos los hombres que son muy grandes.

—Gracias por el requiebro,—dijo Manazas;—pero vamos al caso para acabar el negocio, y para que empiece el jolgorio. Lo que tú tienes que hacer *Mulatán*, es ir á llamar á la Blasa. Llévate de camino á don Diego, que aquí está demás, y que la Blasa le eche afuera. No le digo á usted don Diego,—añadió Mana-

zas dirigiéndose al *Berdejí*,—que se guarde en lo hondo del pecho lo que aquí ha pasado, porque usted callará por la cuenta que le tiene, porque si se escribiera sobre esto, ya saldría algo que escribir sobre usted.

—Yo tomaré venganza de la injuria que se me hace, —dijo el *Berdejí*, que estaba lívido y con un ferocidad de lobo cojido en un cepo.

—Según usted hable y según usted haga, se le responderá y se hará,—dijo Manazas.—Ea y largo, y sin más réplica, no sea que me arrepienta, y le envie á usted con Malarate, para que le haga compañía por el camino.

—Nos veremos,—dijo levantándose el *Berdejí*, y dirigiéndose á la salida.

El *Mulatán* se había levantado también, y se había puesto en marcha.

—Pues ya lo creo que nos veremos,—dijo Manazas, —y que hemos de ser grandes amigos.

En este momento llegaron á la puerta del comedor y desaparecieron por ella, el *Berdeji* y el *Mulatán*.

—Dios quiera,—dijo el señor Botanas,—que yo no tenga que hacer con ese hombre lo que no ha querido usted hacer con él, capitán.

—Mire usted señor Botanas,—dijo Manazas,—un hombre tan malo como el *Berdejí*, vale tanto y es tan útil, que ningún hombre prudente, se deshace de él, ni tan siquiera le estropea. Ya verá usted la tela que nos dá, no hay más que trastearle y vaciarle por la derecha

ó por la izquierda, cuando lo quiera cojer el bulto; y que usted no es mal torero señor Botanas.

—Por lo mismo no me quiero meter mucho en jurisdicción, con éstos civilizados de las ciudades, porque ya han perdido la vergüenza gitana, se han picardeado mezclándose con los castellanos, han perdido la lealtad, no sirven más que para raterías, y tienen muy malas vueltas, por eso yo he trasteado á los tres pretendientes de mi chavosita, para ganar tiempo y largarme de Madrid. Y á Malarate, yo le hubiera arreglado.

—Pues vea usted ahí, señor Botanas,—dijo Manazas,—que aquel de los tres bichitos á quien usted menos le temía, Quirico, se le ha colado á usted y le ha desarmado, llevándose en los cuernos el trapo.

—Mire usted, capitán, déjese usted de eso de cuernos, porque al fin Quirico ya es mi hijo, y se ha llevado á mi chavosita, no es que se la ha llevado, es que ella se ha ido con él; y mire usted ne me pesa, porque la muchacha va muy bien. El chavó, tiene *archanes,* (dineros) amanta y después está muy bien emparentado.

—Ya sabía yo que acabaría usted por alegrarse, señor Botanas,—dijo Manazas.—No obstante, toda la inquinia y toda la mala voluntad que usted le tiene á los *cayós*, que usted llama civilizados aunque allá se van ustedes todos, y no hay más diferencia sino que los unos tienen casa, y se están quietos en ella, y los otros no pueden estarse quietos, ni dejar de rodar por el mundo; pero aquí tenemos á la real hembra que Dios

ha criado, para que se vea lo que es la hermosura y la buena sangre que puede tener una mujer.

En efecto, la Blasa había entrado en el comedor. El *Mulatán* la seguía.

—¿Qué es lo que hace falta?—dijo ella.

—Nada, hermanita,—respondió Manazas.—Que se levanten las muchachas, y que nos dén de comer y de beber, que estamos de boda.

—¿Y en donde está la novia, que yo no la veo?—dijo la Blasa.

—En casa de su marido,—dijo Manazas.—Es los ojitos y la sangrecita del tío Botanas, aquí presente.

—Vamos, la Micaelita,—dijo Blasa tan serena como si no hubiese acabado de tropezar en el cadáver de Malarate, al acercarse á Manazas.—Vamos tenía algún novio, y se ha ido con él para casarse; que sea enhorabuena si va bien casada.

—Al pelo,—dijo Manazas;—¿pero á donde vas tú cariño?

La Blasa se había dirigido á la puerta del pasadizo, á la cual estaban pegados el inspector y Pizpiteja.

—Voy por salchichón y aceitunas y una bota, para que hagan ustedes boca mientras se hace otra cosa.

Y siguió hacia la puerta.

—Apártese usted don José,—dijo rápidamente Pizpiteja al inspector,—para que pueda abrir la puerta esa criatura y eche usted alma.

Y Pizpiteja cogió por una mano al inspector, y le arrastró hasta el fondo del pasadizo.

A poco la puerta se abrió, y entró Blasa y la cerró.

La buena moza se alumbraba con una bujía puesta en una palmatoria.

Venía perfectamente tranquila.

Siguió por el pasadizo, en el cual había á la derecha y á la seguida algunas puertas, y entró en la cocina, que aunque no de grandes dimensiones, era ámplia.

—Vamos á ver lo que usted quiere hacer con nosotros, señora Blasa,—dijo Pizpiteja.

—Pues nada, vengo á convidarlos á ustedes al jolgorio,—respondió la Blasa.

—¡Cómo: qué!—dijo el inspector más muerto que vivo.

—No parece sino que no conoce usted al amo de las cargas, quiero decir á mi señor. Ya sabe usted á mi marido,—dijo con la mayor naturalidad la Blasa.—Vamos resuelle usted don José, que está usted aquí más seguro que si estuviera usted guardado en un arca, Y luego que es ello, que sabe usted algo más de lo que sabía, esto es donde está el escondite; eso no lo hace usted, es de fiar. Mira Pizpiteja, quítate ese ropón que te has echado, para estar listo, y ayúdame, que esa gente debe tener seco el paladar.

—Con el alma y con la vida, hermosa señora,—dijo Pizpiteja desembarazándose de su enorme saco, y yendo á colocarle en una de las sillas que en un rincón de la cocina había.

En cuanto al inspector, iba volviendo en sí, aunque trabajosamente.

No se suelta pronto un miedo tal como el que había cojido el inspector.

La Blasa dió la palmatoria á Pizpiteja y le dijo:

—Ven conmigo, venga usted también don José, que con el miedo que todavía tiene usted en el cuerpo, no le va á gustar á usted el quedarse á oscuras.

El inspector siguió con paso torpe y tambaleándose como si hubiera estado ébrio, á la Blasa y á Pizpiteja.

Habían vuelto al pasadizo.

Ella abrió una de las puertas.

Entró en un pequeño espacio, donde sobre una mesa había tendidos cuatro enormes pellejos de vino.

Descolgó de la pared, una de las grandes botas que en ella había, y valiéndose de un embudo, la llenó.

—Con esto, ya tienen para un rato mientras bajan las muchachas,—dijo la Blasa.

Y entregó la bota á Pizpiteja, que se la echó al hombro exclamando:

—Y de lo añejo, y que huele á gloria.

La Blasa se fué á otra puerta, y entró en una gran despensa ricamente provista.

—Esto alimenta sólo con olerlo,—dijo Pizpiteja.

La Blasa cojió una cesta, la llenó de salchichón de chorizos y de mojama.

Después se metió bajo del brazo un más que mediano barril de aceitunas.

—Ahora afuera conmigo,—dijo;—y haber si echamos alientos don José, que entre amigos se encuentra.

El inspector hizo un esfuerzo, y logró al fin andar con algún desembarazo.

Cuando entraron en el comedor y los vió Manazas, exclamó:

—¿Y donde te has echado tú, esos dos acólitos? calla,—añadió,—si es don José y el charrancillo de Pizpiteja.

—Para servir á su mercé como es debido,—respondió con un gran desparpajo el granuja, poniendo la bota con que venía cargado sobre la mesa.

En cuanto á don José, hizo un nuevo esfuerzo y dijo:

—Celebro mucho la buena dicha de haber vuelto á ver á usted don Juan.

Ya sabemos que el tratamiento de don lo tiene hoy todo el mundo, que es como sino le tuviera nadie.

Testimonio del imperio universal, aun no bien reconocido del derecho común.

Los tunantes de los dos sexos, no se le dan entre sí, sustituyéndolo con el tú por tú.

Pero cuando se dirigen á uno de sus directores, á uno de sus jefes que *aviya* mucho parné, le dan un don tàn grande como un templo.

Porque sí; porque tiene mucho dinero y mucho poder, le corresponde el don y aun el tratamiento de excelencia por derecho propio, y aun el de ocu par un asiento en la alta cámara, y nos quedamos cortos.

¡Cuántos venidos de sucios y bajos principios, co-

nocidos de todos, llegan á ser grandes personajes, y aun títulos de Castilla!

Don José había estado perfectamente dentro de las tácticas, al dar un retumbante *don* al capitán Manazas.

Este era más personaje que lo que parecía.

Ya le hemos presentado de una manera bastante notable, pero nos falta mucho para conocerle por completo.

La Blasa había puesto la cesta y el barril de aceitunas sobre la mesa, y había tomado la palmatoria de mano de Pizpiteja.

Se había ido á despertar á las criadas y á la cocinera.

—¿Y á qué se debe la buena fortuna de tropezarse aquí con usted y ese pequeño pícaro, don José?—dijo Manazas estrechando afectuosamente la mano del inspector.

—Anda, anda,—dijo Pizpiteja, viendo que el inspector vacilaba;—pues sin cosas que hay que contar, y que algunas las sabe el señor Botanas; á quien respetuosamente saludo; como que yo estaba encargado por él de vigilar mientras anduviere por Madrid á su hija la ilustrísima y hermosísima señora su alteza doña Micaela, princesa de Astúrias de los *anda-ríos*.

—Sin morrillazo que te estás tú mereciendo, Pizpiteja,—dijo Manazas.—En fin, cuando ustedes están aquí, es por algo. Y tiempo hay de averiguarlo por si merece la pena. Siéntese usted á mi lado don José, y á divertirnos,—añadió señalando al inspector la silla donde había estado sentado el *Berdeji*.—Y tú, Pizpi-

teja, ayuda á las mujeres á servirnos, que ya sabes que nunca conmigo pierdes.

—De cabeza que fuera menester, señor Manazas.—exclamó Pizpiteja.—Pero va su mercé á permitirme una observación. ¿Van su mercé y su ilustre compañía á *tragelar* á *privar* y á diversionarse con este atún á la vera?—dijo Pizpiteja señalando el cadáver de Malarate.

—Echadlo allá en un rincón, donde no estorbe á las muchachas cuando nos sirvan,—dijo Manazas; pero ninguno de los gitanos se movió.

Sabido es el miedo, el horror supersticioso que tienen los gitanos á los muertos de los de su propia casta.

—Me parece que he dicho que se eche á un lado á ese *muló* para que no estorbe;—dijo con su frio acento de autoridad el capitan Manazas.—A ver *Mulatán*, tú que quieres despacharle si haces que se haga lo que yo he mandado.

—A ver vosotros dos,—dijo el *Mulatán* á los gitanos que tenía á la derecha y á la izquierda,—á llevarse ese costal á donde no toque.

—¿Y nosotros qué sabemos?—dijo uno de ellos de muy mal humor aunque disimulando.

—Aquí viene la señora Blasa,—dijo el *Mulatán*.

—De qué se trata,—dijo la Blasa.

—De nada, mujer,—dijo Manazas.—De hacer noche á mi *desgraciado*.

Los grandes pícaros tienen la costumbre inmemo-

rial por todos seguida, de llamar sus *desgraciados* á aquellos á quienes asesinan.

—Pues que carguen con él y vengan conmigo,—dijo á Blasa con la misma tranquilidad que si se hubiera tratado de la cosa más insignificante.

A un jesto imperativo del *Mulatán*, los dos gitanos que había elegido le siguieron y dieron vuelta á la mesa.

Cogieron, haciendo no sabemos qué heróicos esfuerzos, el uno por los piés y el otro por debajo de los hombros el cadaver y se fueron detrás del *Mulatán* que seguía á la Blasa.

Esta salió al espacio que precedía al comedor, y entró por el hueco que, como ya dijimos ántes, terminaba en una recia puerta asegurada por dos cerrojos sujetos por cerradura.

La Blasa sacó de un bolsillo de su falda un llavero y con una de sus llaves, desembarazó los dos cerrojos, y abrió la puerta.

Apareció un sótano húmedo de una anchura como de doce piés, y de una triple extensión.

El suelo era terrizo y desigual.

Había en su desigualdad algo semejante al aspecto de una sepultura, sobre la cual aparece un pequeño montículo.

Allá al fondo, había una profunda sepultura abierta teniendo al borde la tierra que de ella se había sacado.

Sobre aquella tierra había un azadón y una espuerta.

—Echar eso ahí,—dijo la Blasa.

Los gitanos se apresuraron á librarse de la carga que les horrorizaba y la arrojaron al fondo de la sepultura.

—¿Y hay que cubrirlo?—dijo el *Mulatán* con acento no muy satisfecho.

—No,—dijo la Blasa.—Eso se hará luego; vámonos.

Y salieron.

La Blasa echó los cerrojos y los aseguró.

Malarate, como tantos otros que se pierden y no parecen sin que haya medio de dar con ellos, se había perdido también.

Poco después, se había armado un jaleo de *órdago*.

Se comía, se bebía, se divertía la gente, y no se hablaba ni una palabra de lo pasado.

Cuando tuvieron satisfechos los estómagos de comida y de bebida, empezó el guitarreo, el cante y el olé bailado por las muchachas, por la cocinera y aun por la misma Blasa encima de la mesa.

Un poco ántes del amanecer salieron el tio Botanas con sus gitanos acompañados de Manazas y del *Mulatán* que iban á caballo y que tomaron hacia el aduar.

Poco después, cuando apenas amanecía, salieron don José y Pizpiteja.

El inspector estaba de tal manera pálido y desencajado, que parecía un espectro.

—No tengo que decirles á ustedes nada,—dijo la Blasa, que había salido á despedirlos.

—Por supuesto,—dijo el inspector,—descuide usted doña Blasa.

—Yo no tengo nada que decir, porque todo está dicho—dijo Pizpiteja.

La Blasa había metido en la mano del inspector media docena de peluconas de aquellas viejas mejicanas que ya van siendo muy raras.

Todo estaba convenido.

El inspector se había tranquilizado, y se alegraba aunque el susto no se le había salido completamente del cuerpo.

Había encontrado un nuevo filón que añadir á los otros que ya esplotaba.

Se pusieron los dos en marcha.

—Que sea enhorabuena don José,—dijo Pizpiteja, que llevaba al hombro el saco consabido.—No hemos echado mala noche ¡eh!... un buen par de anteojos.

Y se puso sobre los ojos abiertos á maneras que quevedos, dos onzas de la misma familia que las que había recibido el inspector.

Poco después en el puente de Santa Isabel, se separaron, tomando don José por la avenida que conducía á la puerta de Toledo, y Pizpiteja, marchóse por la que se extendía hacia el portillo de Embajadores.

No convenía que los viesen juntos.

Consigo se llevaba el secreto de cosas en las que creen fácilmente los hombres de bien que no pasan en su experiencia más allá de lo que superficialmente aparece en la vida vulgar.

CAPÍTULO XIV

En que se ve como después de una noche infernal, se pone en campaña Luis.

Luis se había separado de Lola, la noche anterior de todo punto perturbado.

Perdido en una de esas gravísimas situaciones de sentimiento que nos fascinan, empeñándonos en el trabajo de resolver un oscuro problema.

No podía tener duda de que Lola y Milagros, eran dos seres distintos que sin embargo se confundían en un sentimiento como si hubiesen sido un sólo ser.

Como sabemos; extraviado, no habiendo aun determinado Lola lo que para Luis debía separarlo de Milagros; este, por lo vago del recuerdo que de Milagos tenía; había creido encontrarla en Lola.

Por el momento desechó aquel error, Lola se hacía sentir en el alma de Luis con mucha más fuerza que Milagros.

Esto se comprende.

La aventura de Luis con Milagros en el lago de Vicennes, había pasado de una manera rápida; pero dejando una profundísima impresión, una impresión indeleble en Luis.

Había caido en una fascinación, en enamoramiento que no debían de parecerse en él jamás.

Tal había sido la influencia física y moral que la desmayada Milagros había ejercido sobre Luis.

No insistimos en esto.

Ya nos hemos ocupado anteriormente de ello, y de una manera suficiente.

A causa de aquella influencia y á pesar de que Luis no había visto mas que una sola vez y durante un breve espacio á Milagros, al ver á Lola, no había podido menos de encontrar entre ambas un acentuadísimo aire de familia.

Lola, había despertado en Luis, el recuerdo casi límpido de Milagros.

Pero con la ventaja para ella, de que aparecia ante Luis ardiente, palpitante, llena de vida, abiertos y lucientes los magníficos ojos negros, deleitosamente sorprendidos primero á la vista de Luis, acreciendo en fuerza, en belleza y en alma, á medida que hablaban, diciéndole al fin extraviados, inflamados, delirantes. *Yo te amo.*

Y no solamente esto: yo no he amado: yo no había comprendido el amor, hasta que te he visto.

La fascinación que Lola había causado en Luis, no era mayor que la que ella en Luis había causado.

Aquello había sido definitivo, decisivo, determinante.

Y sin embargo, ninguno de los dos comprendian áun lo grave de la situación en que recíprocamente se encontraban.

El amor estaba en ellos en el momento aún de la sorpresa de la incubación.

Faltaba la germinación que no debía tardar en determinarse.

Y sin embargo, dominaba poderosa aún, delectante, inolvidable, invencible en Luis la influencia de Milagros.

Luis cuando se separó de ésta, iba de todo punto aturdido.

Su aturdimiento se iba convirtiendo en una ansiedad penosa insoportable, á medida que la reflexión iba venciendo en él al aturdimiento.

¿Cómo salir de aquella situación inexplicable?

¿Cómo renunciar á la una por la otra?

Luis sin comer, porque la plenitud de sentimiento de su alma, era á la par la plenitud de su cuerpo, sin fuerzas para desnudarse; ébrio, calenturiento, se arrojó vestido sobre el magnífico lecho, en armonía con lo suntuoso de la habitación principal del Hotel de París.

El delirio como era necesario, se apoderó de él.

Un delirio confuso, en que imágenes extrañas incomprensibles se revolvían en su cerebro perturbado.

Milagros y Lola, se agitaban en él, confundiéndose,

separándose, volviendo ó confundirse, incitantes, provocadoras, trasfiguradas, divinas.

De tiempo en tiempo, aquellos dos irresistibles fantasmas del insómnio de Luis, brotaba sombría acusadora como un remordimiento Filomena, aquella criatura con cuya hermosuaa, con cuya alma, no había encontrado nada comparable Luis, á pesar de la multitud de mujeres con quienes impresionado, aunque solo de una manera sensual por su belleza, se había puesto en contacto aunque pasajero, durante los largos viajes del crucero en que había servido.

Filomena, á quien había amado con delirio creyéndola su madre, por la que había sentido una pasión devoradora, terrible, absoluta, cuando había tenido la revelación fatal y funesta de que no era su madre, sino una buena criatura que le había recojido huérfano, y como si hubiera sido su hijo le había amado, le había criado, le había educado, había apurado por él todos los sacrificios de que es capaz la abnegación del amor en todos sus múltiples consecuencias, Filomena decimos aparecía como un remordimiento, y áun como una amenaza en el insómnio de Luis entre Lola y Milagros.

Y decimos como una amenaza, porque el alma de Luis refundida con la de Filomena por un misterio que no se esclarecerá nunca, sentía en sí lo que en sí misma sentía el alma de Filomena.

—Y cómo, se decia Luis, representando la pasión de Filomena como si hubiese sido su pasión propia. ¿Cómo

puedo yo resignarne á la inmensa, á la horrible, á la inaudita desventura de renunciar á tí, de verme abandonado al dolor, á causa de otras? Yo que separado de de tí, no habiéndote visto desarrollarte á mi lado, yendo á verte después de un año de plazo, de una eternidad insoportable, fuí perdiendo el amor de madre, lo que fuí ganando en amor de mujer, hasta que solo quedó en mí la atracción omnipotente de la naturaleza. El amor del alma y el amor de los sentidos, siendo un solo amor. Y tu temiste á Fanny libre de ella por una catástrofe otra mujer excéptica, materialista, con la cual no debiste contraer un empeño en daño mío, que te apartó de mí, arrojó más y más amarguras sobre mí alma, que te manchó la conciencia de sangre, porque aunque la sangre humana se vierta en justa defensa, y de una manera inevitable, siempre es horrible el recuerdo del sér que se ha destruído.

Y al sentir esto, Luis en su delirio aparecia si bien irritada, también violenta, también sañosa Ernestina.

Luis despertaba aterrado como bajo la influencia de una pesadilla, y volvió é recaer en su delirio; y á ver á Milagros y en ella á Lola inseparables los dos; las dos predominantes.

Toda la vida en fin de amor y olvido de si mismo de abandono á esa especie de locura que causa en el hombre la imprevisión de la juventud se revolvía en el insómnio de Luis, le atormentaba, le despertaba estremecido; y volviendo á apoderarse de él, continuaba atormentándole.

Fatigado se durmió al fin, profundamente ya cerca del amanecer.

Algún tiempo después, le despertaron de una manera brusca algunos golpes dados con insistencia á la puerta de su dormitorio.

—Que pase quien sea,—dijo Luis con la voz soñalienta.

Y se incorporó.

Se abrió la puerta, y á la luz de la lámpara de noche vió Luis á uno de los garzones del hotel, destinados al servicio de la habitación que ocupaba.

—Perdone el señor,—dijo el garzón;—pero es indispensable el despertarle. Un inspector de policía que dice llamarse don José, ha manifestado que es importantísimo para el señor, el que él le vea al momento.

—Hágale usted esperar en esa habitación inmediata, —dijo Luis.

El garzón cerró la puerta.

Luis se echó fuera del lecho.

Le excitaba poderosamente el motivo que pudiera tener la intempestiva visita del inspector.

No tuvo necesidad de vestirse.

Ya hemos dicho que aturdido, fatigado, por lo que le acontecía, se había echado en la cama vestido.

Y así había pasado doce horas.

Abrió las maderas del balcón que daba á la Puerta del Sol.

Había ya amanecido.

El día era nebuloso y sombrío.

La lluvia daba de través sobre los cristales impulsada por un viento largo y sonoro, que se dejaba oir rompiéndose en los aleros.

Luis se volvió hacia el tocador que en su dormitorio había, para pasarse un peine pos los cabellos y arreglarse el trage delante del espejo.

Se espantó al verse en él.

Su rostro aparecía de una palidez lívida, que á causa de su denso color moreno, tomaba un tinte ligeramente verdoso.

Su mirada dejaba conocer la fiebre, y se marcaban bajo sus ojos, anchas ojeras y un color más lívido aún el de sus mejillas.

Tenía algo de sobrenatural.

Salió á un gabinete inmediato.

En medio de él, de pie, con la gorra galoneada en una mano, el bastón de autoridad en la otra, desaliñado el levitón de uniforme, y de abrigo á un tiempo, estaba don José.

El garzón había encendido la chimenea que había en el gabinete, y que como todas las otras del aposento, estaba convenientemente preparada.

Las maderas de los dos balcones estaban completamente abiertas.

La luz fría de aquel día lluvioso ayudaba, no esclareciendo aun bien los objetos, á dar al inspector un aspecto todavía más extraño que el suyo á causa de las agitaciones que había pasado aquella noche.

—Siento infinito, señor don Luis,—dijo con una

gran cortesanía y con un exagerado respeto,—el haber molestado á usted; pero las circunstancias...

—Son graves sin duda,—dijo Luis con un acento que revelaba atención é interés, pero seguro; tranquilo.—Siéntese usted.

—En verdad,—dijo el inspector dejando su gorra y su bastón sobre una silla, y sentándose en uno de los dos sillones que había junto á la chimenea.—Que tengo un frío que me llega hasta los huesos. ¡Qué noche señor, qué noche!

Y acercó el sillón á la chimenea para recibir de más cerca la impresión del calor.

—Pues haremos lo posible,—dijo Luis,—para que usted se rehaga.

Y tocó un botón eléctrico.

Inmediatamente apareció otro criado.

—Que traigan al momento ponche de thé,—dijo Luis.

El criado se fué.

—Verdaderamente,—dijo el inspector con acento insinuante, porque le convenía entrar en una esfera de confianza con Luis.—Esto me vendrá bien, me compondrá el estómago, que le traigo perdido. ¡Qué noche señor, qué noche!

—¿Ha acontecido alguna desgracia al hermano de la Lolita?—preguntó con un vivo interés Luis, sacando su petaca y dando al inspector un magnífico habano, y tomando otro para sí.

—Efectivamente, señor don Luis,—dijo el inspector

mirando con complacencia el cigarro que Luis le había dado, y que era de los que no se encuentran en el comercio.—De los extrasuperiores, que sólo fuman los altos funcionarios y la gente rica, que se los hacen enviar de la Habana. Verdaderamente Quirico ha caido en una desgracia muy común. Se ha casado, ó se cree que debe de haberse casado, porque ha robado á la Micaelita, á una gitana casi, casi tan hermosa como la señora Lola, hermana de Quirico.

—Hasta ahora,—dijo Luis,—y por mucho que yo me interese por esa joven, no veo nada en lo que usted me dice que me toque de cerca.

—Realmente,—dijo el inspector,—nada parece que de una manera directa, puede alcanzarle usted pero como usted se ha mostrado tan interesado por ver al *Oclay* de los gitanos don Luis de Figueroa, yo he creído que pudiera ser conveniente supiese usted lo que ha sucedido esta noche.

En este momento entró el garzón con un servicio de thé, de plata cincelada; y le dejó sobre el velador.

Se fué.

—Hágame usted el favor don José,—dijo Luis,—de cerrar las puertas de las dos habitaciones anteriores, para evitar que nadie pueda oirnos.

Luis mandaba al inspector, ni más ni menos, que si hubiese sido su criado.

Don José, se alegraba de esto, porque le metian en un terreno más de confianza con Luis, en el que había encontrado no tenía duda de ello; un riquísimo filón.

El inspector volvió á poco, y antes de sentarse sirvió las dos copas.

No podia darse una mayor lisura.

—Veamos,—dijo Luis,—cuenteme usted.

—Advierto á usted señor don Luis,—dijo el inspector,—que voy á manifestarle á usted, cosas que le parecerán extraordiamente extrañas; misterios de Madrid.

—Aunque joven,—dijo Luis,—he viajado mucho, he visto mucho mundo, y no hay nada que pueda parecerme extraño.

—Sin embargo. Como individuo de policía debia yo ocultar ciertas cosas que nosotros no podemos impedir.

—Sabido es, que aqui y en todas partes, la policía se ve obligada á tratar los negocios de su incumbencia de una manera particular, y según las circunstancias.

—En efecto, señor don Luis. De otro modo, no podríamos ser útiles. Para conocerlo todo, es necesario transigir hasta cierto punto, con un número infinito de pícaros y de criminales, y hacer la vista gorda; y á pasar la mano acerca de muchas cosas, que están en abierta contradicción con el código penal.

—Yo desearía,—dijo Luis que estaba impaciente,—diese usted por bastante el preámbulo; y dispense usted que se lo diga en gracia de la confianza que hago de usted. Yo creo que puedo contar con usted completamente; y que usted me ayudará por todos los medios que le dá su cargo.

—Por lo mismo,—dijo el inspector, volviendo á servir las copas.—Yo hago de usted una absoluta confianza. Conque vengamos al asunto.

Don José, entró de lleno y francamente en el relato de lo que aquella noche había pasado por él sin olvidar el más mínimo detalle de lo que había visto y oido.

Luis que habia escuchado con un marcado interés.

Cuando concluyó, le dijo.

—Perfectamente don José. Yo le agradezco á usted la lisura y la franqueza con que me ha hablado. Ahora bien; yo creo oportuno ó por lo menos lo deseo volver cuanto antes al barrio de las Peñuelas, y á la taberna de Quirico. Vayase usted á descansar que bien le ha menester y vuelva usted á buscarme.

—Yo señor don Luis,—dijo el inspector.—No estoy absolutamente cansado, y aunque lo estuviera dejaría de estarlo para servir á usted. Voy únicamente á cambiar de traje, este, está mojado y á más de eso, conviene que yo vaya de paisano, sin distintivo alguno de autoridad.

Y se levantó.

—Venga usted en un buen carruaje,—dijo Luis.

—De lo mejor que haya en Madrid,—dijo don José. —Hasta la vuelta señor don Luis.

Luis dió llanamente la mano al inspector que se fué.

La conversación que el inspector, había tenido con Luis, había contribuido poderosamente á que Luis, volviese de lleno al uso de su razón y exáminase de una

manera exacta lo que realmente sentía en su alma respecto á Milagros y á Lola.

Las dos le excítaban.

Las dos, parecian refundirse para él en una sola, como durante su insómnio.

Pero Milagros predominaba.

Luis había contraído por ella, ante su conciencia un gravísimo compromiso.

Había ejercitado por su funesta propensión, por aquella especie de locura que le inspiraba la hermosura de la mujer, una infamia de la cual no podia excusarse sino reparando sus consecuencias.

Además de esto, un sentimiento misterioso que no podia esplicarse hacía que predominase en él Milagros apesar de Lola.

Escarmentado Luis, por las desgracias que había causado, y por los remordimientos que habia contraído á causa de todo cuando se sentía impresionado, por una mujer, se propuso corregirse de este lamentable vicio, fuese cual fuese á fuerza de voluntad que necesitase para él.

¿Y por qué no hacer uso, de esta fuerza de voluntad en beneficio de Filomena á quien tanto debía, que tanto le amaba?

Porque olvidarse de Ernestina y con un tal delirio, con una tal pasión se había consagrado á él.

He aqui el misterio del predominio que Milagros ejercia sobre el alma de Luis.

Y solo la había visto por un breve espacio; en un

momento de fascinación, de locura, desmayada, inerte con la boca contraida por una expresión de dolor y de terror. con hermosos ojos, entre abiertos pero exhalando á pesar de su desmayo un alma de tal manera poderosa atractiva, exuberante de vida, una vida por la pasión, todo, en una chispa recóndita relucia en el fondo de sus ojos inmóviles.

Luis, no había podido olvidarse.

No había podido sobreponersc, á la invencible influencia de aquella alma que se había infiltrado en la suya, y la había llenado, la había absorbido, se había identificado con ella.

Este era el misterio que Luis, no podia esplicarse.

Aunque Lola, durante algún tiempo, le había hecho creer que ella era, hasta creer él sin pretenderlo que ella era la hermosa incógnita del lago de Vicennes, aunque preocupada, aturdida, sobrecojida por un amor que de ella se había apoderado, sorprendiéndola á la vista de Luis. No había sido sin embargo, tan poderosa la impresión sentida por Luis á pesar de su violencia, que cuando no le fué ya posible dudar, de que Milagros y Lola, eran dos personas distintas, no predominase en él la influencia de Milagros.

Era pues, necesario, hacerse fuerte.

No traer una nueva complicación mas grave que los anteriores.

Prescindir de toda otra mujer, que no fuese Milagros.

¿Y le amaría ella cuando le conociese, de la misma

manera que se había mostrado Lola enamorada de el en el punto mismo de conocerle?

Esta duda atormentaba de una manera terriblemente penosa á Luis.

Era pues necesario salir de está situación angustiosa á todo trance.

Por lo mismo Luis, que se había puesto á cambiar de trage en el momento en que se había ido don José, esperaba la vuelta de éste con una dolorosa impaciencia.

Y no podía decirse que el inspector, desconocia la situación de Luis, puesto que apenas trascurrido una hora volvió.

Venía transformado, se había tranquilizado y vestido de paisano no solamente bien, sino con cierta elegancia.

No olía absolutamente á polizonte.

Luis que estaba ya preparado salió con él.

Ni aun se detuvo para almorzar.

Estaba en esa situación de espíritu en que la alimentación y el sentimiento bastan para que no sintamos la necesidad de un alimento material.

Bajaron y entrarou en un carruaje de alquiler de lujo de primer orden.

—Al barrio de las Peñuelas,—á la plaza,—dijo el inspector.

Eran entonces las nueve de la mañana.

El día continuaba cerrado, y el viento y la lluvia espesa, no cesaban.

CAPÍTULO XV

—

De cómo por una cuestión de orden público, se vió obligado don José á salir al frente de una conspiración gitana.

Cuando llegaron á la plaza de las Peñuelas, encontraron poco menos que un alboroto delante de la taberna de Quirico, que estaba además llena de gente.

Todos ellos y todas ellas pertenecían á la gitanería, á excepción de algunos curiosos que pertenecían á la clase do los *gachés*, esto es, de los castellanos que vivían en el barrio.

Se había extendido por el, sino por el barranco y distrito de Embajadores en que vivían muchos gitanos, la noticia de que Quirico el hermano de la ahijada queridísima del *Oclay*, se había casado por el modo del rapto ó caballo, con la *Manclayí* de los gitanos *andarios*, que un mes antes había plantado su aduar en la pradera cerca del tercer molino, y no lejos de la torada que pacía en la Muñoza.

La flamenquería se había jaleado y había acudido á la casa nupcial.

La boda debió ser por todo lo alto.

¡Ahí es nada, siendo Quirico hermano de la ahijada del *Oclay*, y siendo *Oclay* por lo expléndido!

Se iba á hundir el mundo.

Aquellas bodas debían ser sonadas.

Así pues, las gitanas se habían excedido en lujo.

Se habían puesto majas con sus trages más vistosos, se habían recargado de alhajas, de cadenas, de medallas, de cintillos según su costumbre.

Ellos habían puesto algún cuidado en su trage.

Y la mayor parte, cautamente se habían armado.

No se sabía como tomaría el señor Botanas el *Oclay* de los *anda-rios*, la rebeldía y la escapatoria de su hija Micaela.

Sabíase además que Malarate á quien nadie suponía muerto, estaba apalabrado con el señor Botanas para casarse con Micaela.

Aquello que se presentaba con cáliz de boda, tenía además otro agudísimo cáliz de *bronca*, de aquellas que dejan memoria.

La gitanería sedentaria establecida, civilizada de Madrid, estaba dispuesta á sostener á todo trance sus fueros, y á defender á Quirico y á Micaela, contra la salvajería de los *anda-rios*.

De modo que no había gitano de los madrileños allí asistentes, que además ya de las tijeras de esquilar con su correspondiente acial, ya con la navaja lijera, no

hubiese añadido sepultado en el bolsillo interior de la chaqueta, ó disimulado bajo la faja un cachorrillo ó pistolete, y tal vez un revólver, que ya entonces esta terrible arma empezaba á ser usada por la gente del bronce.

Había acudido la madrina con un cortejo de gitanillas *mocitas*, esto es, doncellas.

Se había llevado á cabo la ceremonia indispensable que revelaba la pureza de la desposada.

Había habido la aclamación subsiguiente.

Por último, las mocitas habían servido el chocolate á los desposados.

La tía Frasca que como sabemos servía á los dos hermanos, ayudaba á las otras gitanas, derramaba el vino mientras que se repartía salchichón y mojama á todos los que acudían. Ya en la chimenea de la ancha cocina, otras dos gitanas asaban el cordero tradicional que no podía faltar sin quebranto de la religión y los usos y las costumbres de los gitanos en el festín de las bodas.

Las anchas hornillas que estaban cubiertas de cazuelas enormes, en que sabrosos guisos empezaban á exhalar su olor aromático.

La *Sereni* la madrina improvisada, que era una mujer de muchas circunstancias y de mucha disposición, lo había organizado todo aquello que era indispensable y para lo cual la había autorizado Quirico, dándola un puñado de onzas, antes de ir á recojerse con su mujer.

De todos modos aunque aturdido Quirico, que la

situación en que se encontraba no era para menos, se hubiese olvidado de ello, la misma *Serení* lo hubiera prevenido adelantando los fondos, segura de que no perdería nada.

Entre los gitanos, la boda suya particular, no obliga á los padrinos más que á costear el cordero asado tradicional, y á pagar los derechos del casamiento católico.

El resto ostentoso de las bodas y de las torna-bodas, lo pagan los cónyuges.

Y esto es lo equitativo, cuando se trata de unas bodas sxpléndidas, como no podían menos de serlo las de Quirico, que gracias á las inacabables larguezas del *Oclay*, por amor á Lola, y á los negocios que hacía, ya como contrabandista, ya como chalán, ya como tratante, ya de otras mil maneras, era uno de los gitanos más ricos de Madrid.

Si tenía taberna, era porque le servía de punto de reunión para tratar sus negocios, sin que nadie extrañase el ir y el venir de gentes.

Abundan en Madrid establecimientos y lo mismo en todas las grandes capitales, que no se sabe como viven, á no ser teniendo en su fondo escondido algo que nadie ve.

Para Quirico, era un pequeñísimo negocio por sí misma la taberna.

Cuando el carruaje en que iban Luis y el inspector, se detuvo delante de la taberna, causó extrañeza en la gitanería, aunque estaban acostumbrados á ver los

del *Oclay*, de los cuales se servía Lola para ir y venir.

Pero aunque aquel carruaje parecía de señor, y muy de señor por la valía de sus caballos; por su aspecto rico y flamante, y por lo escojido y cuidado de las libreas del cochero y del lacayo, ni estos tenían cara de gitanos, ni su librea era la de los criados del *Oclay*.

¿Quién podía ser el señor que se presentaba?

Sin duda alguno de los parroquianos, á quienes proveía de ganado Quirico, que acudía á la boda.

Pero creció la extrañeza, y aun razón de la gente flamenca, cuando vieron bajar del carruaje á Luis seguido del inspector.

En cuanto á éste, aunque iba de paisano sin insignias de autoridad, visibles por lo menos, y disimulando lo polizonte, le reconocieron.

No así á Luis, al que veían por primera vez, y que tenía tan acusado en su fisonomía el sello de su raza, que no dudaron ni por un momento que era gitano, y de los legítimos.

Aunque el lobo se disfrazara y se cubriera completamente, otro lobo le reconocería, aunque sólo fuese por el olor.

¿Y quién podía ser aquel *cayó* tan real mozo, y al parecer tan gran señor, y como gran señor vestido, que se metía decididamente y tan á tiro hecho al parecer en la taberna de Quirico?

La gitanería de Madrid, estaba acostumbrada á Luis de Figueroa, á su distinción, más aun á sus ma-

neras aristocráticas que dulcificaban en él su marca de raza.

¿Sería aquel señorito pariente del *Oclay*?

Y si lo era, ¿cómo ellos no le conocían?

Se había criado en tierra de *estrangis*, como la *Manclayí* doña Milagros, á quien nadie conocía aun, pero de la cual se sabía que se educaba en *Paris de Francia*, como una gran señora.

Como se ve, Lola había guardado profundamente el secreto de la estancia de Milagros en Madrid, no sólo de todo el mundo, sino también de su hermano Quirico.

Sólo había un gitano que vivía en Madrid confundido entre los castellanos, á quien ya conocemos, el bato-puró mayor, el *Berdeji* que supiese que estaba en Madrid Milagros.

Y no porque se lo hubiese revelado Lola.

El lo había averiguado con los medios propios y secretos que tenía para ello, y esto le había estimulado para apresurar el resultado de la conspiración que su espíritu ambicioso le había hecho incurrir contra el *Oclay* que ya viejo y trabajado por los infortunios, parecía próximo á encontrar el término de ellos en la muerte.

Algunos de los gitanos más viejos que nonocían la historia de la fuga de Aurora acaeci la veinticinco años antes de que el *Oclay* la había buscado, de que la habia encontrado muerta en su granja del Guadarrama y que después había buscado infructuosamente á un nieto

suyo proveniente de Aurora á calcular por el aspecto de Luis, su edad decian para sí.

—Será este aquel. ¿Se encontraría el *Oclay* y le habrá criado como á la *Manclayi*? Pero entonces porque éste se publica entre nosotros cuando se vé que es un retrato de la pobrecita *Manclayi* difunta doña Aurora.

De tal manera se parecía Luis á su pobre madre.

Lola no había podido reconocerle, porque no había podido conocer á Aurora, muerta mucho tiempo antes de que ella naciese.

En cuanto á los dos ó tres gitanos viejos, que habían reconocido á Luis cada cual de por sí, se propuso guardar el secreto por lo que pudiera tronar que nunca ha estado demás la prudencia.

Cuando Luis entró en la taberna, se presentaban en ella, Quirico y Micaela ambos de tiros largos, de gran lujo puesto que Micaela, había sustituido su usado trage diario de gitana vendedora. Quirico había dicho á la madrina echase mano del guarda-ropa y del guarda-joyas de su hermana Lola, que era expléndido.

El cuerpo de Micaela era de un empaque y de una estatura muy semejante al de aquella.

Solamente los múltiples hilos de perlas que Micaela mostraba en su hermosa garganta, y los gruesos brillantes que llevaba en sus pequeñas orejas, valían un dineral.

Esto sin contar las cadenas, y los relicarios cuajados de pedrería, y los brazaletes que deslumbraban,

así como las ricas sortijas de que tenía cuajadas las manos.

La peineta, la moña roja con bordaduras de oro, aumentaban el efecto hechicero de su graciosa cabeza.

Un trage de faya color de rosa pálido, con volantes y faralares de rico punto negro de Malinas se dejaba bajo el magnífico pañolón de la China, blanco con delicadas bordaduras de oro, sujeto sobre el expléndido seno, con un broche de pedrería, en cuyo centro destellaba fuego un grueso brillante rubí ó carbunclo.

Micaela que aparecía hermosa, muy hermosa con su sencillo y pobre, aunque limpio y elegante trage diario, elegante por la elegancia natural de su sér, que ella le trasmitia, atabiada de aquella manera expléndida y riquísima, parecia una diosa gitana.

Aumentaba su encanto el pudor delicioso que la dominaba, al presentarse entre gentes, en la mañana que había seguido á su noche de desposada.

En cuanto á Quirico, no se diga: de terciopelo el trage, de batista la camisa, de seda la faja, y botonadura de oro, con diamantes.

Hecho en fin un *barbian.*

Y además de esto, orgulloso, vanidoso, casi insolente, como diciendo á todo el mundo:

—El que no me envidie, no merece comer pan blanco. Y el que me envidie que se aguante.

Al ver á Luis, le salió al encuentro y le dijo ébrio de satisfacción.

—Caballero aquí tiene usted á mi mujer.

—Muy hermosa, muy buena criatura,—se apresuró á decir Luis.

Micaela le miraba sorprendida.

¿Quién era aquel hombre, á quien conocia Quirico que parecia gitano y al mismo tiempo gran señor.

—Aunque no nos hemos conocido hasta anoche, usted es mi amigo: Y viene usted como si le hubieran llamado con campanillas. Yo me casé anoche y hoy celebramos la boda. Yo no tengo que convidarle á usted; usted está siempre convidado en mi casa, mi hermana vá á venir, porque yo voy á enviarla recado, y cuando venga, nos iremos todos al Vivero á pasar allí el buen día.

—Puede usted contar siempre conmigo,—dijo Luis.

—Ya estoy al tanto,—respondió Quirico;—y oiga usted don José, no hay que decirle á usted que usted está también convidado. Ya somos amigos antiguos.

—No digo que no,—dijo don José.—Ya sabía yo que hoy habría juelga, y con el correspondiente permiso, he dejado un compañero en mi lugar. Soy pues todo de ustedes hasta las doce de la noche.

Se oyó entonces muy cerca un castañeteo de dientes semejante al de un mono.

Se volvió el inspector y exclamó:

—¡Ah! que eres tu Pizpiteja; ¿y cómo habías de pasar tu sin meterte en colado?

—Yo soy muy útil,—dijo Pizpiteja; que venía envuelto en una medio capeja raida.—Yo sé hasta dónde

me obliga mi deber; yo no he descansado, yo he vigiado, yo me he multiplicado, yo he sid o listo y veloz como el aire y vengo á dar la voz de alarma.

—¿Cómo, qué, la voz de alarma?—dijo el inspector.

—Como si ustedes lo vieran. El *Oclay* de los *andaríos*, á pesar de que yo se donde lo dejo, dijo que daba por bien casada á su hija y que la perdonaría, no puede cumplir su palabra; toda su gitanería se ha revuelto contra él, y dice que les tiene que dar cuenta de Malarate y ellos tienen á menos, que la *Manclayi* se haya escapado con un civilizado; que para ellos los civilizados no son *cayós*. En fin que el tio Botánas se ha visto obligado para que no le hagan una mala partida, á prometer á sus *anda-rios*, que el vendrá con ellos á coger á su hija y á castigarla ejemplarmente.

Micaela se había puesto mortalmente pálida.

A Quirico le ardian en los ojos la ira y la amenaza.

Los gitanos que estaban en la taberna, y que habían oido aquello se revolvían.

Solamente Luis y el inspector estaban perfectamente serenos.

—El señor Botanas, y los que como el señor Botanas piensen,—dijo don José,—se la están buscando y me parece á mí, que van á ir al *estarivel* (cárcel) como unos señores.

Y sobre la marcha, el inspector salió á la puerta

de la taberna
le sonó tres ve sacó del bolsillo un pequeño silbato, y
—No había necesidad una manera sostenida.
que había seguido al inspect e llamar á nadie,—dijo Luis
entendido aquí y se hubiera visto r.—Ya nos hubiéramos
—Sí,—dijo el inspector;—pero con ien era cada cual.
algunos reventados ó muchos estropeados, escándalo con
gran responsabilidad para mí, si se me pro y con una
pudiendo evitar una perturbación del orden púb aba que
había dejado se efectuase por debilidad. lico la

Los gitanos que se habían revuelto, y que parecían estar divididos en partidos como si los hubiese trabajado una conspiración, se pusieron sobre sí, y abrieron tanto ojo al ver que el inspector previendo lo que podía suceder pedía auxilio.

Quirico se envalentonó cuando vió que por un extremo de la plaza, llamada por los tres pitidos del inspector, desembocaba por un extremo de la plaza, que avanzaba á buen paso hácia la taberna una pareja de la guardia civil, con los sombreros enfundados de hule relucientes por la lluvia, subidos los cuellos de los capotes, y bajo el brazo las carabinas, cubiertas para librarlas de la acción de la lluvia.

Apenas aquella pareja había llegado al inspector, cuando por otro extremo apareció otra.

Igualmente se dirigió á la taberna.

Se condensó el cuidado de los gitanos.

Se les sintió más subordinados, más temerosos.

Le tenían un miedo cerval á la guardia civil.

Sabían, por experiencia, que ésta no se paraba en barras, y que resistirla era provocar una cogida de la cual no se salía con hueso sano.

Uno de los guardias de la pareja que había acudido primero, dijo con una claridad y una brevedad completamente dentro de la índole del cuerpo á que pertenecía:

—¿Quién ha pedido auxilio?

—Yo,—dijo el inspector sacando de un bolsillo interior de su paletót, un pequeño bastón de autoridad que por su pequeña borla, revelaba su cargo de inspector.

—Muy bien,—dijo el guardia que había hablado:—A las órdenes de usted, señor inspector.

A este tiempo había llegado la otra pareja.

—Inmediatamente,—dijo el inspector,—vayan ustedes hácia la pradera del canal, en dirección al tercer molino, reunan ustedes las parejas de todos los alrededores que tengan ustedes, y hagan volver á su aduar á los gitanos que han acampado, entre el tercer molino y la Muñoza. Si resisten, usen ustedes de la fuerza. Una vez vueltos á su aduar, que se queden allí dos parejas impidiendo que ninguno de los gitanos salga de él.

—Como puede haber resistencia, señor inspector,—dijo el guardia que hasta entonces había hablado;—bueno sería nos diese usted esa orden por escrito.

—Mejor será,—dijo el inspector,—que para no perder tiempo vaya yo con ustedes.

—Pues usted me permitirá que yo le acompañe,—dijo Luis.

—No, no señor,—respondió el inspector,—usted no estaría en su lugar y yo no podría permitirlo. Este es un asunto puramente del servicio. A ver ustedes,—añadió dirigiéndose á la pareja que acababa de llegar. —ustedes, se quedan aquí encargados de sostener el órden. Ustedes conmigo,—añadió dirigiéndose á los de la pareja que había llegado la primera.

Y como las autoridades en el ejercicio de sus funciones no se despiden de nadie, se fué sin despedirse con sus dos guardias.

—Pues bonito, retebonito, y guapetin se le vá á poner el sombrero á don José. ¡Y qué flamantito, acabadito de sacar de la sombrerería!—dijo Pizpiteja castañeteando los dientes.

En efecto; el inspector se había adecentado cuanto había podido y aún elegantizado porque era necesario explotar bién sin perdonar detalle por pequeño que fuese, el requisimo filón que se le había venido á las manos.

Y en efecto, también seguía lloviendo á más y mejor.

Cuando Quirico dijo, que se iba á celebrar la boda en el vivero, estaba aturdido y distraido por su felicidad, porque no era aquel opaco y lacrimoso día para pensar en una fiesta al aire libre, ni en el vivero ni en ninguna parte.

El cochero y el lacayo del carruaje en que habían

ido Luis y don José relucían á causa del agua que corría sobre sus impermeables.

Todos los gitanos que habían acudido á la taberna estaban dentro de ella.

Y los que se habían retardado, venían á la carrera y se guarecian en casa de Quirico.

Los dos guardias se habian metido en el hueco de la puerta.

De tal manera había arreciado el temporal.

Esto ayudaba al sostenimiento del órden público.

El aguacero y el viento airado que no cedia, ántes bien crecía en fuerza, retenía á las gentes en sus casas.

Ayudaba también á contener á los gitanos que son mala gente, pertináz y dura cuando se les atraviesa algo en la cabeza, el aspecto de Luis.

Era un señorito en verdad; pero un señorito fuerte, robusto, enérgico, que olía á bravo desde siete leguas, y que por su tipo era indudablemente gitano.

Esto último contribuía á darle una grande influencia.

Por otra parte se había puesto visiblemente en guardia, y dejaba ver una expresión de combate en la mirada grave y fiera de sus terribles ojos.

Imponía respeto.

Aun pudiera decirse, miedo.

Los gitanos estaban picados, y como hemos dicho, divididos en partidos.

Por allí había andado el *Berdejí.*

En otro tiempo, cuando los gitanos reconocían de una manera incondicional y absoluta, la autoridad suprema de su *Oclay*, el *Berdejí*, no se hubiera atrevido á conspirar.

Hubiera sido esto, lo mismo que sentenciarse á la pena del delito de alta traición y lesa majestad.

Pero el espíritu innovador, reformista, revolucionario de nuestros tiempos, había contagiado en gran parte á la gitanería, y la que áun no se había infiltrado del espíritu común, aparecia indiferente y tibia.

Por el contrario, los *anda-ríos*, como si dijéramos, los salvajes, se mantenían ciegamente fieles á la tradición.

Es decir, en la ciega é incondicional obediencia á su *Oclay*.

Era lo que podía compararse á los hoy recalcitrantes carlistas, sostenedores, ciegos é indomables del derecho divino de los reyes en toda su plenitud.

Por esto, no habían podido sufrir el acto audáz, ireverente, inaudito, inícuo, imperdonable de su *Manclayí*, al expontanearse, al largarse, menospreciando de una manera doble é irritante hasta lo increible, la autoridad real y paternal del tio Botanas.

En mal hora este, picado por la ambición había entrado aunque con una intención muy doble, en una conspiración con el *Berdejí* contra don Luis de Figueroa, *Oclay* de la gitanería civilizada.

El diablo andaba suelto entre todo aquello.

La guerra civil gitana amenazaba de una manera formidable.

Entre los establecidos había ya echado raíces el espíritu democrático.

El acial y las tijeras de esquilar se habían encasquetado el gorro frigio. Aquello era una perdición.

La misma anarquía; la espantosa anarquía; la que tiene por lema liquidación social, tenía ya entre los flamencos algunos adeptos que no podían sufrir la desigualdad de la categoría y de la fortuna.

La frase de abajo los ricos, mueran los ricos, igualdad á todo trance, había corrido á lo sumurmujo entre la gitanería.

Y es que las grandes fiebres sociales que señalan las épocas de transición, están en la atmósfera y se hacen sentir con mayor ó menor intensidad en todos áun en los médicos que pretenden curarlas.

El gobierno público constituido y el otro gobierno, por decirlo así, privado de la gitanería, no sabían cuán en peligro estaban en aquel día tempestuoso de un motin grave que podia tener una dilatación incalculablemente peligrosa, porque por aquellos tiempos la gran masa de Madrid, singularmente el comercio, no dejaba de decir en alta voz, y sin decir alguno. «Se va á armar la gorda.»

Todo el mundo estaba engordado de aquella cosa gorda, que de un momento á otro podía sobrevenir; ó mejor dicho, que ya había sobrevenido el 22 de Junio de 1866.

Pero aunque había fracasado en un descalzaperros lamentable, que dejó tendidos en las calles de Madrid algunos centenares de soldados, y un número infinitamente mayor de paisanos de cabeza caliente, continuaban los revolucionarios emperrados en su tema. Se decía:—Sino fué en aquella marqueta, será en la que se pleta; y á las personas pacíficas, no les llegaba la camisa al cuerpo de miedo á la gorda, cuya amenaza continuaba zumbando por todas partes.

Así era que el inspector don José, creyó extrictamente de su deber, evitar un chispazo que podía muy bien, partiendo de la gitanería, hacer saltar la mina.

Sigamos, pues, al inspector, y veamos lo que aconteció.

Aguantando bravamente la lluvia, que le ponía perdido el traje, y se le metía por el cogote, corriéndole á lo largo del cuerpo, se lanzó por la avenida de las Delicias, en demanda del puente de Santa Isabel.

A su paso tocando el pito de auxilio, se le incorporaron otras tres parejas y un cabo.

De suerte, que llevaba un ejército de nueve hombres, que siendo de la guardia civil, ejército podía llamarse.

Veamos lo que le aconteció.

CAPÍTULO XVI

De cómo le sobrevino al *Oclay* Figueroa una terrible catástrofe.

Aun no habian llegado al primer molino, cuando deprisa y chapoleteando sobre la pradera encharcada por el aguacero, vieron venir una horda de hombres y de mujeres, muchas de las cuales traían en brazos y mal protegidos de la lluvia con sus pañolones, sus *churumbeliyos*, negros todos como unas morcillas vivientes.

Muchos de los gitanos que pasaban de ciento, venían á caballo.

Una caterva de perros, todos largos y flacos, venían en la vanguardia y como de descubierta, y algunos de ellos dejaban oir su ladrido, que tenía un no se qué de belicoso.

No sabemos si eran *chusqueles*, ó simplemente perros.

Es decir, si aquellos cuadrúpedos eran gitanos ó castellanos.

Pero debían ser de la primera especie, porque no tenían traza alguna de la más mínima civilización.

En cuanto á los *anda-rios* vípedos, es decir personas, cada cual venía armado como había podido.

Este con una escopeta, aquel con un retaco, esotro con un chuzo, el de más allá con un garrote.

Esto sin contar las navajas, las tijeras y las pistolas.

Todos iban decididos á interrumpir con todo su poder en el barrio de las Peñuelas, cayese el que cayese, la boda de la *Manclayí*, desatentada y rebelde, que de tal manera había afrentado á los *anda-rios*, y sujetarla á un supremo y ejemplarísimo castigo.

El tío Botanas, ginete en un jamelgo que había sido tordo y que había acabado en blanco, venía cohibido, violentado, obligado por sus vasallos que miraban más que él, por la alta investidura que le hacían jefe de una nación brava, y le acompañaban como escoltándole, seis ú ocho gitanazos á caballo, de facha sombría y patibularia, que en realidad le llevaban preso.

Cuando el tio Botanas dió parte á sus *anda-rios*, del exabrupto de su hija en favor de Quirico el de las Peñuelas, y les dijo que puesto que la cosa no tenía ya remedio estaba decidido á perdonar á la *Manclayi*, se produjo una verdadera insurrección.

Todos ellas y ellos, viejos y jóvenes, chicos y grandes, pusieron el alarido en el cielo, y juraron por *Ondvé*, por su santa madre la *debra*, y por todos los *arjo-*

rís y todos los *manjarós* (ángeles y santos) del cielo, que si su *Oclay* no castigaba ejemplarmente á su hija por la inicua afrenta que su hija les había echado encima, le deponían y con su hija le castigaban como Dios pintó á Perico.

Hubo discursos pronunciados por la rabia, protestas curiosas, una bataola en fin de cien legiones de *mengües*.

Chillaban ellos y ellas.

Lloraban los *chorrés* (chiquillos) asustados de aquel alboroto, y jaleados los *chusqueles* ladraban á más y mejor. En fin, una bronca gitana por todo lo alto.

Una verdadera gorda.

Tal fué, que no pudo ni aun pronunciar palabra, después de que se armó, el señor Botanas.

Fué anulado, empujado, envuelto, conducido, ó mejor dicho, arrastrado por el aduar que se puso inmediatamente en marcha proclamando la guerra á los herejes de las Peñuelas, á los cuales había desertado la impura y *arrastrá Manclayí*.

Pizpiteja, que aunque no lo había dicho, había ido por orden del *Berdejí*, á vigilar el aduar y el barrio de las Peñuelas, había asistido á la insurrección de los *anda-ríos*, había escurrido á tiempo el bulto y eligiendo sin vacilación la parte á que debía ayudar y servir por conveniencia própia, se destacó como un rehilete hácia las Penuelas para advertir al señor Quirico á fin de que se pusiese en defensa propia y de su mujer, con la gitanería del barrio.

Ya hemos visto el resultado del buen servicio de Pizpiteja.

Don José con su ejército, salía al encuentro del enemigo resuelto á darle la batalla en campo abierto.

Apenas los gitanos *anda ríos*, vieron los tricornios de los guardias que al llegar á cierta distanci se habían abierto en guerrilla y habían sacado sus carabinas de debajo de los capotes, se detuvieron recelosos, y así mismo los perros, como si se lo hubieran mandado, coincidiendo esto, con el enérgico, bravo y amenazador. ¡Alto á la guardia civil! que les dió el cabo que comandaba aquella fuerza, bajo las órdenes del inspector don José.

El tio Botanas vió el cielo abierto.

Don José le pareció un Dios, y cada guardia un ángel. Aquella era una intervención que le salvaba de la tiranía de sus súbditos.

Así fué que inmediatamente dió de la espuela á su jaco y se fué á ampararse de los interventores.

Entre tanto, los guardias, se habían abierto más y más en semicirculo, y habían puesto bajo sus carabinas á los *anda-ríos* que amedrantados, porque sabian por experiencia cómo las gastaba la guardia; habían formado un grupo compacto dentro del cual habían metido á sus mujeres y á sus chiquillos.

Los perros se habían replegado también hácia el grupo, y algunos dotados de un instinto más sensible que el de los otros, gruñian dolorosamente por lo bajo; como diciendo:

—¡Mala paliza que nos van á arrimar!

El tio Botanas, se amparó de don José, y le dijo:

—Estos *arrastraos*. me llevaban á la fuerza á hacer una atrocidad. No se contentaban sino conque yo *mulabase* á mí hija y á su marido Quirico el de las Peñuelas, aunque para esto, fuese menester pegarle fuego á medio mundo. Yo me amparo de las leyes y pido se castigue á esos desalmados.

—Descuide usted, señor Botanas,—dijo el inspector; —que esto se va arreglar enseguida.

Y adelantándose hacia la masa cerrada de los *andaríos*, les dijo:

—A ver, canalla, si nos volvemos enseguida y sin decir palabra al aduar, ó mando romper el fuego; y al que no mate me lo llevo á la *trena* (cárcel).

Todos, movidos por un sólo resorte; todos, incluso los perros, hicieron frente á retaguardia y se pusieron en marcha, ó mejor dicho, en fuga, porque gran parte de ellos, principalmente los que iban á caballo, al llegar al aduar no se detuvieron, sino que siguieron á todo correr desperdigándose por el campo.

El aduar estaba cubierto de viejas tiendas.

Acá y allá había algunos carros cubiertos con toldo, y en el centro lácias y abatidas por el aguacero, se veían una multitud de bestias, sin duda cuatreadas ó lo que es lo mismo robadas, asnos, mulas, caballos.

Una vez en el aduar, don José les dijo brevemente:

—Detenidos quedáis aquí hasta nueva orden, al que le suceda una desgracia, él se la había buscado.

Y dejando seis guardias para que los vigilasen, con el cabo y otros dos, y llevándose amparado al tio Botanas, se volvió al barrio de las Peñuelas, y se metió hecho una sopa en la taberna de Quirico.

Los gitanos que en ella había, estaban contenidos más que los *anda-ríos* por los seis guardias civiles, por el aspecto lúgubre y los ojos de muerte de Luis, que realizaba el fenómeno del predominio de un sólo hombre sobre muchos.

Ya estaba allí, porque había sobrevenido sin que la llamasen, en un carruaje de su padrino, Lola, que por su parte había soltado un violento trepe á los gitanos que no la inspiraban confianza, encarándose singularmente en el tio Joselito, picador de toros, que era uno de los más picados y revolucionarios de la gitanería.

—Ea,—dijo el inspector,—ya está todo arreglado. El que sea revoltoso que mire lo que hace, porque yo me quedo aquí y liquido al primero que alce el dedo.

Nadie respondió ni una sola palabra.

—Recado de escribir,—dijo metiéndose en el tras despacho y sentándose junto á una mesa.

—Deje usted señor inspector,—dijo el cabo,—que aquí no habrá papel de oficios y yo le traigo en mi cartera.

Y con un tintero de tornillo que destapó, sirvió un plieguecillo de papel y un sobre.

El inspector extendió un parte dirigido al jefe de orden público, lo cerró, le puso la dirección, y dijo al cabo:

—Inmediatamente un guardia con este oficio al Gobierno civil.

El guardia partió inmediatamente.

Entre tanto el tio Botanas conmovido, lloroso, había abrazado á su niña y la había dicho.

—Yo te perdono, hija mía, yo te perdono y te bendigo. Tú tienes más pesquí que yo. Tú has hecho muy bien en largarte de entre aquellos *maldecíos* y venir á ampararte con Quirico. ¡Y qué hermosísima que estás tú, chavalita mía, que pareces una diosa que se ha caido del sol y se ha dejado *espirrabar* de envidia á la luna! ¡Y que no querían esos malos ladrones si no que yo te acogotase, amenazándome con que si nó, ellos me acogotarían á mí!

—Acogotaban,—dijo Quirico resollando fuerte.

Luis entre tanto, se paseaba silencioso y sombrío de uno al otro extremo de la taberna.

Los gitanos que la llenaban, así como el tras-despacho, permanecian en silencio, y como dominados.

Solo las gitanas cuchicheaban entre sí, y daban indicios de estar de parte de Quirico y de Micaela.

Cuando hubo partido el guardia que llevaba el oficio para el jefe de orden púbico don José, dijo:

—Que todo el mundo esté tranquilo; aquí no puede pasar nada, están ustedes protegidos por la autoridad que no se mete con nadie porque aquí no se ha cometido ningun delito.

Pareció como que revivian los gitanos cuando vieron que nada iba contra ellos.

Rompieron á hablar y á felicitar ponderativamente á los novios, aun el mismo tio Joselito el picador, que allá en sus adentros sentía mucho no se hubiese armado una gresca que se hubiera comunicado á Madrid.

Pero en fin, como se había cortado aquella conspiración se hacia el santo, y con su enhorabuena y sus plácemes venía á ser como quién dice «el dominado por una situación que exclama para que no se metan con él» «tio yo no he sido.»

—Quirico,—dijo el inspector,—señor Quírico, hágame usted el favor de la ropa que usted tenga para mudarme, que aquí como usted me vé estoy nadando, y mucho será que no me dé un tártago que no lo cuente.

—Gloria de Dios, lo que usted quiera, señor don José, —dijo Quirico.—Véngase usted conmigo.

Y se lo llevó al interior de la taberna.

Lola se había sentado en el tras-despacho junto á la mesa colocada en el centro, y en la cual había escrito su parte el inspector.

Tenía la hermosa cabeza inclinada sobre el pecho, parecía abatida, ensimismada, y de tiempo en tiempo pasaba por ella un estremecimiento nervioso.

Alguna vez alzaba la cabeza y sus magníficos ojos brillantes, entumecidos por no sabemos qué sentimiento apasionado que los hacía aparecer divinos, buscaban con ánsia á Luis que contínuaba paseándose por la taberna.

Las copas habían empezado á andar de nuevo.

Se bebia que era un prodigio.

Las muchachas gitanas que se habían prestado á servir el mostrador, no daban abasto.

Al fin apareció con Quirico el inspector completamente vestido á lo gitano.

En cuanto á Pizpiteja, que dejaba de tomar parte en el reparto del vino, no había pedido auxilio para su mojadura. Se había limitado á quitarse su media capilla y á meterla debajo de un banco en un rincón.

Se había quedado tan listo y tan campante.

Lola comprendió que no debía mostrarse tan impresionada.

Que debía tomar parte, aunque no fuese más que en la apariencia en la alegría general, y ayudar á Micaela á hacer los honores de la casa.

Para no perder tiempo y dar lugar á que antes de el almuerzo de bodas estuviesen todos con una colosal mona á cuestas, dispusieron que en la tras-taberna, y en una gran sala que tras ella había, y cuyas ventanas daban á un estenso huerto, se colocasen sillas y se sirviese la mesa, para lo cual, fué necesario traer muchas de ellas de las casas vecinas, pero no la mantelería y el servicio; que de esto, estaba muy bien provista Lola.

Vinieron al fin las grandes cazuelas de cordero asado y en seco, y trinchado en pequeños pedazos sobre las mesas, acompañadas de grandes panes candeales.

Aquel era, el tradicional, como si dijéramos, el consagrado cordero nupcial, que así mismo se servía en los natalicios y en los funerales.

En una palabra, una especie de sacramento de la secreta religión gitana, que no impedía el que los *cayós* y que las *cayés* fuesen cristianos bautizados, católicos, apostólicos, romanos.

Pero faltaba para la repartición del cordero, la validación del casamiento efectuado por el medio del rapto ó caballo, el perdón y la validación ó consagración paternales.

Para esto, se trasladaron todos á la gran sala.

Se admitieron al inspector, al cabo y al guardia que habían quedado protegiendo la taberna, y aun al mismo Pizpiteja, aunque eran *gachés* profanos á la gitanería, y por consecuencia, inávíles y pecaminosos para la gitanería que los admitiese á sus ceremonias, rituales, secretos.

Pero todo está sujeto á una corruptela dadas las circunstancias.

Los novios se pusieron, dadas las manos, á un extremo de la sala.

A poco entró el señor Botanas, aparentando un gran furor apostrofando y maldiciendo á su hija y á su raptor, y haciendo ademán de acometerlos.

Acudieron gitanos y gitanas haciendo la apariencia de contenerle, y suplicando perdonase á los culpables que se habían arrodillado humildemente.

El tio Botanas se fué apaciguando más rápidamente de lo que convenía para que aquello pareciese cierto.

Pero en fin se cumplía con una formalidad.

Al fin el tio Botanas se conmovió y rompió á llorar

y entonces era verdad; le dejaron libre, se acercó á los arrodillados, les puso las manos en las cabezas, y con la voz trémula y entrecortada por el llanto, exclamó:

—Yo os perdono, hijos míos. Yo os *romandíño* (os caso) en nombre de *Ondívé* y de la *Manjarí Debla* (Santa Vírgen), que sus divinas majestades os hagan uno solo el uno para el otro; y os dé una familia más larga que la del *bato-puró* (Patriarca) Abraham.

Luego los alzó.

Abrazó estremecido á su hija que rompió á llorar en sus brazos y la besó con toda su alma.

Las lágrimas del tio Botanas mojaron el hermoso semblante de Micaela que estaba palpitante, profundamente conmovida.

Después el tio Botanas, abrazó y besó la mejilla á Quirico, que le dijo conmovido también:

—Descuide usted, padre, que yo la haré feliz.

Durante esta escena, todos, gitanos y gitanas, con la cabeza inclinada, con una profunda veneración, cantaron á media voz una salmodía monótona.

Habían *sentido* á pesar de que había entre ellos extraños.

Los gitanos se esconden para *sentir*.

Es decir, para cantar su profesión de fé y las grandes oraciones de su rito.

Inmediatamente toda la gitanería se avalanzó á las cazuelas, tomó un pedazo de cordero y no se lo comió.

Este cordero no se come, se guarda como memoria de casamiento, de natalicio ó de defunción.

El matrimonio gitano estaba ya consumado y consagrado de una manera determinante y concluyente. Sólo faltaba el matrimonio católico que debía celebrarse en cuanto se llenasen las formalidades preliminares, como toma de dichos y amonestaciones.

Entonces debía haber una segunda boda.

Pero con la primera bastaba para que el matrimonio fuese legítimo ante la gitanería.

Inmediatamente empezó la comida, á que fueron invitados y tomaron parte el inspector, el cabo y el individuo de la guardia civil y el individuillo Pizpiteja.

Aun no había terminado el banquete, cuando sobrevino otro inspector, pero de uniforme y envuelto en su grande abrigo, que saludó cortesmente á la concurrencia, y dijo á don José:

—Compañero, yo mismo vengo en persona á traer á usted esta comunicación trasmitida por el señor gobernador al señor jefe de orden público que se la traslada á usted.

Abrió don José el pliego, y vió que decía:

«En vista del parte de usted, fecha de hoy, el excelentísimo señor gobernador de esta provincia, me comunica lo siguiente:

»Haga usía que el inspector don José de las Heras, que firma el parte referente á los gitanos errantes que se han establecido en la pradera del Canal, les comunique la orden de ponerse inmediatamente en marcha

para salir de esta provincia sin detenerse en ningún lugar de ella.

»Comunique usted asimismo á dicho inspector que yo le doy las gracias en nombre de su majestad por su buen servicio.»

Seguían la fecha y la firma.

—Señor Botanas,—dijo don José levantándose;—se me manda eche de la provincia á los *anda-ríos* de usted. ¿Usted se queda ó se va con ellos?

—Yo me quedo mil y mil veces y con toda mi alma; que ellos vayan benditos de Dios: yo me civilizo: yo no me *desaparto* de mis hijos.

—Perfectamente,—dijo el inspector;—ahora, con licencia de ustedes, yo me voy á poner mi uniforme y á cumplir la orden que se me ha dado. ¿Me permite usted, señor don Luis, que yo me vaya con mi compañero en su carruaje?

—¡Cómo no!—dijo don Luis, que estaba sentado en lo que podía llamarse la presidencia, á la izquierda de Quirico, como Lola estaba sentada á la derecha de Micaela.

Los dos inspectores se fueron.

Pero se quedó Pizpiteja y se quedaron los guardias.

No sentados á la mesa, ni comiendo, porque esto no se lo permitía su reglamento estando de servicio, pero en buena armonía con los gitanos y guardando la taberna.

Pizpiteja se portaba bien, comía y bebía que era un primor, y miraba de una manera maliciosa, pero benévola á Luis y á Lola, cerca de los cuales estaba sentado entre dos gitanos ya carcamares, que no se ocupaban más que de embaular y de trasegar.

Debemos advertir que en la larga mesa, de forma irregular, porque se habia compuesto de muchas mesas juntas y diferentes en tamaño; estaban á la derecha las mujeres, á la izquierda los hombres.

Se habían cuidado de la decencia, de la honestidad.

En esta parte los gitanos son muy púlcros; respetan rígidamente á las mujeres.

Pero si no había contacto material, había fuego nutrido de miradas.

A veces unos grandes y candorosos ojos de chavala de trece y de catorce años, y aun más joven, porque las gitanas son muy precoces, iban á buscar enamorados á un gitano viejo, feo y torcido y al parecer gastado y cansado por los trabajos y por la experiencia.

En los gitanos hay mucho de las antiguas razas, singularmente de la del pueblo de Israel y de la de los otros pueblos que en contacto con el de Israel aparecen en las historias bíblicas.

Ni la edad, ni la figura del hombre, determinaban el amor de la mujer.

Era necesario creer, al ver á una niña enamorada de un viejo, en la acción de influencias de virtualidades de que se conocen fenómenos en toda la humanidad, influencias que no se explican bien, que son raras en-

tre las castas educadas, civilizadas, y que son mucho más frecuentes, casi vulgares, en las razas que conservan todavía en gran parte y con gran fuerza su carácter originario, tales como la hebrea, la egipcia, de que parecen proceder los gitanos y los árabes.

En estas razas el predominio del hombre sobre la mujer es absoluto.

Puede decirse que en ellas, la mujer tiene el carácter y aun el temperamento, si se nos permite esta frase, de sierva, de esclava, sumisa á la voluntad del hombre como si estuviera influida, embrujada, hechizada por él.

Así es que entre los gitanos se ve con mucha frecuencia que un hombre de sesenta y más años, se casa con una joven, que es casi una niña, y que esta niña quiere al viejo con el mismo interés que pudiera haber sentido por un joven.

Esto revela la exuberancia debida de esta raza y la influencia que tienen sobre ella sus viejas tradiciones, sus viejas costumbres, que determinan la sumisión absoluta en que respecto al hombre está colocada la mujer.

Dios ha hecho que todo lo que ha sido sea, que todo lo que se cree pasado exista.

El hombre primitivo se le encuentra hoy, si se le busca entre las razas á quienes se llama salvajes, como se encuentran perdidos entre la multitud é incomprendidos por todos los hombres que pertenecen, por su manera de sentir, de razonar, de vivir, á algo que

está aún en lo porvenir y de una manera remota.

Pero dejando esto, que es vago como todo lo que entra en el dominio de la fisiología, de la psicología, y de la metafísica, continuemos en nuestro propósito que está muy lejos de conducirnos á profundidades filosóficas.

Lola y Luis estaban visiblemente aunque pretendían disimularlo, influidos y de una manera extraordinariamente poderosa, el uno por el otro.

Si Luis á causa de Lola y de Milagros, hsbía pasado una noche de insomnio y de delirio, aturdido, preocupado, y sin entenderse á sí mismo, Lola, á su vez, había pasado casa de su padrino ó de su abuelo, que nosotros sabemos que lo era, y al lado de su hermana Milagros, de cuyo estrecho parentesco las dos, como sabemos también, estaban ignorantes; una terrible noche de sobrecogimiento por lo que en sí sentía, á causa de Luis, de amor contrariado, de celos, por lo que había adivinado respecto á la influencia de Milagros sobre Luis.

Este los había explicado.

Este se había manifestado atraido, fascinado, por Lola, que le había preguntado con un interés vivísimo, si había estado y permanecido largo tiempo en París.

Lola había supuesto que Luis había conocido en París á Milagros.

Que la había amado, que la amaba, que por ella buscaba á su padrino.

Sentía también explicándoselo ya, el estado de pro-

funda melancolía en que se encontraba Milagros.

La expresión de su mirada en que parecía arder un amor infinito y á la par purisimo.

Y si Milagros amaba, ¿cómo era que tratando á Lola, con toda la intimidad, con toda la confianza, con todo el cariño de una buena hermana, no la había revelado el secreto que guardaba en el alma?

Y si Milagros y Luis, se amaban, ¿cómo era que Luis se había aturdido delante de Lola en el momento en que la había visto, y en el tiempo que había durado su primera entrevista, se había mostrado involuntariamente más y más impresionado hasta el momento en que una mirada suprema, recíproca lo había dicho todo el uno al otro, viniendo á ser aquella mirada un pacto de amor determinante é idisoluble entre sus dos almas?

Ella que nunca había amado, ni aún presentido lo que era el amor; comprendia y veía natural la influencia que sobre ella había ejercido de una manera hasta tal punto rápida y creciente, y continuaba sintiendo más y más dulce, más y más querida, más y más de las entrañas por Luis como se siente más y más poderoso en sus efectos un envenenamiento.

Pero si él amaba ó había amado de una manera semejante á otra mujer á Milagros, según había juzgado Lola por las apariencias, ¿cómo era que había olvidado por ella aquel otro amor, ó cómo sino lo había olvidado, si le conservaba, la amaba á ella con un amor semejante?

Lola no podía dar en la razón de aquel fenómeno que la aturdia, que la atormentaba, que la encelaba, que la hacia sentir una especie de enemistad, de ódio, de desesperación á causa de Milagros, á la que tanto había amado con la ternura de una hermana y amaba aún á pesar de todo.

Ni Lola, ni Milagros, ni Luis de Figueroa, ni nadie, había reparado en el aire de familia ó más bien en los sentimientos naturalmente idénticos que existían y determinaban algo de común entre Milagros y ella.

Pero Luis había tenido una mayor fuerza de sentimiento, de perfección y antes de saber que Lola jamás había estado en París, había creido ver en ella á la joven de su gravisima aventura en el lago de Vincennes, se había acabado por confundirlas, por creerlas una sola. Más aún, una vez efectuada la confusión, continuaba.

Luis veía el sér amado por él con toda su alma de una manera predominante en la mirada de Lola, y al mismo tiempo en aquella mirada veía y amaba á su víctima desconocida, á la que sabido ya su paradero, ansiaba volver á ver absolutamente empeñada su conciencia y su sentimiento por ella.

No podia darse una situación más escepcional ni más natural por otra parte.

Las conspiraciones, el sentimiento del sér humano, sus fenómenos son múltiples, infinitos.

Esto explicaba la situación desesperante en que Luis se encontraba.

Lola había ido poderosamente impresionada á casa de su padrino.

Habíale encontrado agravado en sus enfermedades, porque no tenia una sola Figueroa.

La tos era terrible, le ahogaba.

Su estado de decaimiento, gravísimo.

La excitación de sus nervíos, formidable.

Conservaba, sin embargo, despejada y poderosa su inteligencia.

Un médico, el de la casa, no se separaba de él.

Milagros le asistia sin separarse de él un solo momento.

Se temía una catástrofe, y aunque se había procurado que Figueroa no lo comprendiese, él lo había comprendido.

Tal era el estado en que Lola le había encontrado.

Pero avanzando la noche, el recrudecimiento de las enfermedades del *Oclay* se fué calmando, dando lugar á la esperanza.

Era ya cerca del amanecer cuando el médlco, aprovechando un momento de reposo de Figueroa, manifestó á las dos jovenes que por aquella vez el peligro se había alejado; pero que cuando se repitiese el ataque no habría probablemente remedio.

El médico despues de esta manifestación se retiró en la creencia de que por entonces sus cuidados inmediatos eran innecesarios.

Las dos jovenes fueron á sentarse junto á los piés

de Luis de Figueroa, que estaba en un ancho sillón: en una especie de sillón-lecho, porque su tos no le permitía estar en una cama.

Luis de Figueroa parecía dulcemente dormido; pero á poco de estar junto á él sus dos nietas despertó.

Se incorporó.

Las abarcó con sus dos brazos.

Las atrajo así, y las besó conmovido en la frente

—Me siento bien, muy bien, hijas mías,—las dijo. —No sufro absolutamente nada; por el contrario, siento un descanso que me causa placer, pero esto, no es más que una traidora licencia de la muerte; esto me indica que mi fin está próximo.

Las dos se esforzaron por tranquilizarle, haciendo un esfuerzo para no parecer aterradas aunque como Luis de Figueroa creian que aquel mejoramiento era de los que generalmente proceden á la agonía.

Sin embargo, alentaron alguna esperanza.

El mismo Figueroa participó de ella.

Se había sentido con apetito.

Se le había dado un alimento ligero y había necesitado más.

Se aumentó con prudencia.

Después de esto, Figueroa dijo al fin.

—Dejarme solo: tengo sueño: nada temáis por el momento, iros á descansar, hijas mías.

Las dos afectaron creer que en efecto no había peligro ninguno y se despidieron de Figueroa, como para irse á descansar.

Salieron en efecto del dormitorio.

Pero á poco volvieron á entrar recatadamente sin causar el más leve ruído, y encontraron á Figueroa profundamente dormido, y con una tranquilidad indudable.

Crecieron las esperanzas y el médico fué llamado de nuevo.

Las dos estaban impacientes por tener una seguridad acerca del estado de Luis de Figueroa.

Cuando llegó el médico, ya muy por la mañana Luis de Figueroa había despertado, se sentía bien y reprendía dulcemente á las dos jóvenes porque al despertar las había encontrado sentadas á sus pies.

El médico se sorprendió.

Luis de Figueroa estaba en un estado determinantemente satisfactorio.

Había en él aún mucha vida.

Así lo declaró el médico y manifestando que podía volver don Luis sin peligro á su método de alimentación de siempre se retiró.

Luis de Figueroa almorzó aunque ligeramente con muy buen apetito.

Después del almuerzo se sintió con necesidad de continuar con su reposo.

Por aquella vez Milagros y Lola, dejando encargado del cuidado de Figueroa á un antiguo criado de gran confianza, se retiraron á descansar realmente Milagros, que en cuanto á Lola apenas se durmió Milagros encargando que si tardaba en volver la dijesen

que había ido á su casa á tranquilizar á su hermano Quirico, hizo enganchar un carruaje y se fué en él á la taberna.

En tal estado asistía á las bodas de Quirico y de Micaela Lola.

El cansancio de una noche agitadísima, pasada en vela combatida el alma por aquel amor que de improviso la había acometido apoderándose de ella, y atormentándola por el cuidado gravísimo aterrador en que la ponía el peligro de su padrino, y por los celos que por más que quería arrojarlos de sí, la causaba Milagros. Lola aparecía en un estado de languidez, de cansancio, de apasionada dulzura y de inquietud de dolor contenidos, que sublimaban su belleza, y la hacian incitante de una manera irresistible para Luis.

Pizpiteja observaba la muda lucha que se libraba entre Lola y Luis y decia para sí:

—Mi negocio se pone mejor y más mejor; y es necesario que yo saque todo el provecho que pueda, porque esta vida innoble de granuja en que me encuentro, va siendo ya indecente y perjudicial para mí. Mi Josefa va desarrollándose demasiado: me la persiguen apurándola los bellos de seducción, no hay que fiar mucho en el amor de las mujeres, que suele tener cambios inesperados. Dentro de poco, cumplirá la edad necesaria; ya podré satisfacer el hambre canina que siento por mi seductora adolescente. Me estableceré con ella; pero para eso, es necesario me establezca de una manera hasta cierto punto sólida. Es necesario que ella y

yo, dejemos nuestras industrias al por menor, que nos retiremos de la vía pública. Esta noche ha sido altamente fructuosa; tengo agarrados por secretos graves tanto al Berdeji como al inspector don José, como á la buena moza de Blasa, como al perínclito y multiforme capitán Manazas. Tengo, además, á este señor gitanísimo que si no es gitano no es nada y yo le tengo en mucho. La Lolita, se despepita por él, y por él agoniza la nena, y el Berdeji está empeñado monstruosa é incalculablemente por la Lolita. Todos estos elementos bien manejados pueden ponerme en un camino que me conduzca muy pronto á ser persona, y no tardando mucho á ser personaje; otros hay empingorrotados, millonarios, poderosos, soberbios, que no se les puede resistir y que son verdaderas calamidades públicas que han tenido principios más bajos y más plebeyos que los que á mí me ha concedido la Providencia. Así, pues, ingénio, prudencia y fuerza de voluntad. ¡Oh, y cuándo mi Josefa hecha una moza que tire de espaldas de hermosa y do gran señora, asista, deslumbrante de pedrería, elegantísima, aturdente, á grandes salones y á las solemnidades! ¿y por qué no? ¿por un título de duquesa? Títulos andan por ahí que han rodado peor que yo, de lo cual nadie se acuerda, ni ellos mismos. La palabra imposible no está en el diccionario de los hombres que han nacido para el combate y para la victoria. Adelante, pues, que grande y espacioso terreno se abre ante nosotros.

Tales eran las ambiciones que ya hervían en aquel

pillete que apenas si contaba quince años. ¡Y que es mucho el mal ejemplo!

En nuestros tiempos la igualdad y el progreso han puesto las más altas investiduras al alcance de todo el mundo.

Así es, que todo el mundo puede, sin incurrir en locura, aspirar á las más altas posiciones.

Queda siempre aquello eterno de son muchos los llamados y pocos los escogidos.

Pero también son pocos y raros de alcanzar los grandes lotes, y sin embargo, todos juegan á la lotería, y muchos hasta arruinarse.

Pizpiteja estaba, pues, en su derecho alentando una ambición mayúscula y propinándose el triunfo de sus propósitos.

Y esta es la revolución afanosa que nos trabaja.

Todos quieren ser el primero y no hay catástrofe de la ambición que le desengañe.

Pizpiteja empezaba bien pronto y se avergonzaba ya de su menudísima posición social.

Cuando acabó el almuerzo, cuando todos estaban embuchados, atiporrados y con la cabeza más que á medios pelos, se quitaron las mesas para que quedase libre para el jolgorio y para el baile la gran sala.

Entonces sobrevino de uniforme, limpio y enjuto y listo, aunque un tanto adormilado, el inspector don José.

—Pueden ustedes retirarse á sus puestos,—dijo á los guardias que hasta entonces y por una cuestión pre-

ventiva de orden público habían estado protegiendo la taberna.

Los guardias saludaron militarmente al inspector y se fueron.

El inspector se fué entonces en derechura al tio Botanas, y le dijo:

—Ensanche usted el cuajo, abuelo, sus *anda-rios* de usted, por disposición gubernativa, están en marcha para salir de la provincia, y amenazados con ser presos y procesados si vuelven á ella.

—Gracias á *Ondivé*,—dijo el señor Botanas;—asi podré sosegar á la verita de *mis chorrés*, que ya era hora de que yo descansase de andancias y de aperreos, y hagan su *Oclay* á quien quieran, que yo he salido harto, y vea usted en lo que yo le puedo obsequiar y servir, señor don José.

—Muchas gracias por la buena voluntad, abuelo, —dijo el inspector;—pero yo me voy porque estoy rendido y no me puedo tener de pie.

—No quiero ser molesto, importunando á usted,—dijo el tio Botanas,—pero ya sabe usted que tiene usted aquí casa y sus amigos con todas las facultades que tenemos y más que pudiéramos tener.

—Repito las gracias,—dijo el inspector.

Y se volvió á Luis y apartándole á un lado le dijo:

—¿Me necesita usted para algo, señor don Luis?

—Por ahora no,—dijo éste;—pero estimaría fuese usted á buscarme esta tarde.

—¿A qué hora?

—Al oscurecer.

—Pues hasta entonces señor don Luis,—dijo el inspector.

Y despidiéndose afectuosamente de Lola y de los novios, se fué. Empezó el jaleo.

La novia bailó con Luis.

Quirico con la madrina.

Después de roto el baile, Lola que estaba en el hueco de una de las rejas que daban al huerto, y en cuyas vidrieras continuaba cayendo de través la lluvia, dijo á Luis que la había seguido:

—Anoche no pudo usted acabar de esplicarme porqué razón nos había usted buscado á mi hermano y á mí, pero yo creo haber entendido que usted tenía un gran interés en ser presentado á nuestro *Oclay* mi padrino, don Luis de Figueroa.

—Sí, si señora,—contestó Luis,—y un interés vehementísimo.

—Pues yo no quiero retardar á usted el cumplimiento de su deseo. Despídase usted con un pretexto cuando yo me haya ido, que va á ser inmediatamente. Hágase usted conducir á la calle de Fuencarral, número 113, una gran casa, y pregunte usted por mí. Usted será introducido, usted verá á mi padrino.

Lola sentía una voraz impaciencia por poner á Luis y á Milagros el uno frente al otro, y observar, deducir, procurar, saber á qué atenerse.

Luis de Figueroa aparecía en estado de recibir aquella visita.

Luis dió las gracias á Lola, y ésta pretestando del estado de la salud de su padrino, que la obligaba á estar á su lado, se despidió.

No hubo ruegos que pudieran detenerla.

Tomó su carruaje y se fué en él.

Poco después se despidió Luis, que aunque procuraron cortesmente retenerle, siguió á Lola. Llegó á la casa del *Oclay*, preguntó por la señora Lola, y el portero que estaba ya prevenido, mandó á un criado condujese á Luis.

CAPÍTULO XVII

e cómo le sobrevino al *Oclay* Figueroa una terrible catástrofe

Lola recibió en su aposento y á solas á Luis.

La joven se había puesto sobre sí, y aparecía aunque afectuosa, de una manera indiferente, como si sólo se hubiera tratado de un buen conocido.

Luis por su parte había hecho un poderoso esfuerzo de voluntad, y aparecía cortés y afectuoso como Lola.

Sin embargo, sus ojos á pesar de toda su voluntad, le hacían traición y empezaban á contagiar los ojos de Lo la.

Y es, que el apasionamiento reivindica siempre sus ueros, á pesar de la voluntad más firme.

Lola se apresuró á cortar la situación.

—Ha venido usted demasiado pronto,—dijo,—no he tenido tiempo para prevenir á mi padrino que está alg

delicado. Usted me permitirá; yo volveré por usted para presentarlo.

—Siento mucho el ser inoportuno,—dijo Luis.

—¡Oh, de ninguna manera!—exclamó Lola.—Hasta luégo.

Y salió.

Luis se sentó maquinalmente en un sillón, al lado de la chimenea que estaba encendida.

Quedó pensativo.

Continuaba en él su poderosa lucha entre Lola y Milagros, y volvía aturdirse y á confundirse.

En esta situación de espíritu, no pudo reparar en la extraordinaria riqueza, en el esquisito gusto de la ornamentación del extenso gabinete en que Lola le había recibido.

Pero cuando después de algún espacio, volvió un momento sobre sí, vió que el mueblaje era rico, escojido, á la moda, y precisamente á la moda de París.

No faltaba allí nada de lo que se encuentra en el boudoir, ó gabinete particular de una rica dama del gran mundo.

Tierras cocidas de un gran mérito artístico, bronces; esos pequeños caprichos que se llaman bivelots, pequeñas antigüedades como joyeros y otras que cuestan carísimas; libros encuadernados con un gran lujo, sobre sus estantes caprichosos, que alternaban con el mueblaje, un jarrón de riquísima porcelana de Sevres, sobre el velador de mosáico, con pie de bronce dorado en el centro.

Pero había una singularidad acá y allá, sobre el raso color de crema que cubría las paredes, y los pequeños claros que dejaban ver los cuadros al óleo, las acuarelas, los relieves y resaltes en que aparecían pequeñeces sin arte, pues había estampas ordinarias de santos semejantes á las que usan los devotos, ó mejor dicho, las mujeres devotas del pueblo bajo, orladas de cintas y de flores contrahechas, y entre ellas una de Nuestra Señora de la Soledad de la calle de la Paloma, delante de la cual pendía sobre pescante dorado, una preciosa lámpara que representaba una antigüedad romana.

Había además de esto, sobre una pequeña mesa más alta que ancha, una urna de la misma forma que las que tienen las manolas ricas, y dentro de ella un Niño Jesús con su peluquita rubia, su collarcito de perlas, y su vestidito de raso color de rosa, bordado de lentejuelas de oro.

Delante de esta urna había pequeños candeleros de plata, con pequeñas velas de cera.

Todo esto; esta mezcla representaba allí el buen gusto de la alta dama, y la sencilla piedad de la mujer rica del pueblo bajo, de la manola, ¿y por qué no de la gitana?

Y se embrollaba más y más Luis.

La educanda desmayada que llevaba el traje de las educandas del Sagrado Corazón de Jesús, ¿no podía ser muy bien la ardiente criatura vestida á lo flamenco que había asombrado á Luis, la admirable gitana Lola?

Cierto era que ella había afirmado que nunca había

estado en París, que allí estaba educándose una nieta del *Oclay*, que se llamaba Milagros.

¿Pero tal vez á causa de la aventura del lago, si era ella la de aquella aventura, no podía Lola negar el haber estado en París, el haberse educado allí?

¿Por otra parte, no aseguraba que Milagros, la nieta del *Oclay*, permanecía en París, cuando á Luis le constaba de una manera indudable que la joven de su aventura había vuelto á España?

Todo esto era bastante para embrollar más y más á Luis, para aturdirle más y más, para hacerle ansiar con más vehemencia su entrevista con Luis de Figueroa.

Estaba resuelto á irse de frente al negocio.

¿Y además de esto, tratándose de sí mismo, del misterio de su origen, que indudablemente era gitano, no podría darle tal vez alguna luz el anciano *Oclay*?

Filomena, cuando en la solemne ocasión de Nueva-York se había visto obligada á revelarle que no era su madre, que le había recogido huérfano, ignorando sus padres quienes fuesen, no había tenido tiempo para explicarse más.

Había cortado su conversación la explosión formidable que había causado la muerte de mister James.

Filomena, aterrada por la situación en que se encontraba colocada respecto á Luis, había huído, había desaparecido aprovechando la confusión que produjo aquella catástrofe.

Luis la había buscado en vano.

No había vuelto á tener noticias suyas.

Esto llevaba al colmo el embrollamiento y el aturdimiento de Luis, que aumentaba su impaciencia por tener una explicación con el *Oclay*.

Y Lola tardaba, á lo menos para Luis, que por su situación especial encontraba la duración de un siglo en cada segundo.

Sin embargo, no tardaba Lola demasiado.

Se había ido al cuarto de Luis de Figueroa.

Le había encontrado solo.

Milagros había salido poco antes.

Lola fué á sentarse en el almohadón que junto al sillón servía á Figueroa para poner los piés.

—¿Y bien, cómo te sientes tú, padrinito mío?—le dijo Lola sonriendo.

—Muy bien, hija mía,—le respondió Figueroa.—Es decir también como puedo encontrarme, pero no nos hagamos ilusiones; esta es una mejoría traidora, hija de mi alma, mi fin se acerca, y ya he pensado en tí. Yo tenía hechas disposiciones en tu favor: Milagros te dirá...

—Vamos que tienes tú unas cosas...—dijo conmovida Lola.—Sabe Dios si tú nos enterrarás.

Y alzándose sobre sus rodillas, abrazó al anciano y le besó de una manera suspirante y ardiente.

Figueroa la estrechó en sus brazos, la besó, pero de una manera más débil, y la dijo:

—Si yo no estuviera tan herido de muerte, cada beso tuyo me infundiría más y más vida, hija mía.

—Me estás haciendo penar atrozmente con tus aprensiones,—exclamó Lola con los ojos arrasados de lágrimas.

Y volvió á sentarse sobre sus piernas, á los pies de Figueroa, que tenía una de sus manos entre las de la joven, y la otra sobre la cabeza de ésta, y perdidos los flacos dedos en la opulenta cabellera de su nieta.

—Y yo que venía á decirte que hay un sugeto, un señor que nos ha buscado á Quirico y á mí, para que le traigamos á hablar contigo,—dijo Lola.

—¿Qué es esto, hija mía?—dijo Figueroa.—¿Tendremos alguna revelación inesperada? ¿Se trata de alguno de los nuestros que se interese por tí, y por el cual tú te interesas? ¡Ah sí, te pones encendida hija mía; sepamos quién es!

—¡Ah! no, no se trata de eso padrinito,—se apresuró á decir Lola.—Es un forastero al que no hemos visto ni Quirico ni yo hasta ayer.

—¿Y dónde y cómo le habéis visto?—dijo Figueroa.

—¡Ay! padrinito,—respondió Lola,—que estoy aturdida, que yo no sé lo que me sucede; como anoche estabas tan enfermo, no pude decírtelo, ni aun se lo dije á Milagros; pero ese señor forastero, ha sido la causa de que Quirico se case.

—¡Cómo!—dijo gravemente y con un acento de autoridad ofendida el *Oclay*.—¡Sin mi conocimiento, sin mi licencia!

—Es una cosa que se ha venido sin buscarla, un encadenamiento de circunstancias porque *Ondivé* hace las

cosas no como nosotros queremos, sino como él quiere.

—¿Y con quién se ha casado Quirico?—preguntó con un vivo interés Figueroa.

Lola le contó entonces brevemente todo lo que había acontecido desde la presentación de Luis en la taberna.

La llegada imprevista del *Mulatán*, su cuestión y su desafío con Quirico, con todos los demás; pero ocultándole la situación en que ella se encontraba respecto á Luis y de Luis respecto á ella.

Se estremeció Figueroa; pero se contuvo y dijo:

—Recibiré á ese extranjero.

—Entonces voy por él,—dijo Lola.

—¡Cómo! ¿está ahí?

—Sí, espera en mí cuarto,—dijo Lola.

—Pues tráele al momento.

Lola salió agitada.

Figueroa se mostraba no ménos agitado que ella.

Vagas ídeas confusas que él no lograba esclarecer, le causaban una ansiedad dolorosa.

Lo que aquel extranjero podía ser, la causa que podía impulsarle á buscarle con tanto empeño, le inquietaba.

Algo indeterminado parecía revolverse en su memoria y pronto á manifestarse, como cuando se quiere recordar algo que se ha olvidado y que cuando parece vá á revelarse se borra de nuevo.

Al fin un recuerdo oscuro, indeterminado, agitó en una convulsión violenta á Figueroa.

—¡Ah! no, no, esclamó, pero si fuera...

En aquel momento apareció Lola.

Tras ella venía Luis que se adelantó vivamente hacia el anciano.

Se repitió en éste, que tenía la mirada fija y ansiosa en Luis, una convulsión mucho más violenta.

Se alzó de su sillón de una manera poderosa como si hubiera recobrado todas sus fuerzas.

Extendió los brazos hacia Luis, con los ojos espantados, extraviados, y exclamó con una voz casi sobre natural:

—¡Aurora!

Inmediatamente volvió á caer sobre su sillón como herido por un rayo.

Luis se quedó inmovil, como petrificado.

Lola se precipitó sobre el anciano, le examinó y gritó de una manera desesperada.

—¡Socorro, aquí, venid, Milagros!

El *Oclay* no se movia.

Lola le creia accidentado.

Aterrado Luis se había acercado y había exclamado:

—¡Muerto!

En efecto Luis de Figueroa había visto aparecer en Luis á su desdichada hija Aurora.

Tan semejante era Luis á su madre.

Aquella violenta emoción, había determinado en Luis de Figueroa una apoplegía instantánea.

Un golpe de muerte.

Lola arrojada sobre el cadáver redobló sus gritos.

Se abrió una puerta y entró desalentada Milagros.

Luis al verla retrocedió.

Ella se avalanzó hácia su abuelo.

Al verle muerto se arrojó desesperada sobre él helada de espanto, á pesar de que oyó una voz cavernosa que decía:

—Estoy maldito de Dios; por donde quiera que voy, me sigue la desventura.

Era la voz de Luis.

Milagros se alzó rígida, se volvió.

Vió á Luis demudado, lívido, desencajado, trémulo, que fijaba en ella una mirada de tal manera poderosa, de tal manera infinita, que Milagros sintió que algo terrible, algo de una fuerza suprema se apoderaba de ella.

Sin embargo, irritada, dolorida por el fallecimiento de su abuelo, sintiendo como por una adivinación que aquel extranjero que la miraba trasportado, anhelante con una expresión de agonía, había sido la causa del accidente que á su abuelo había matado, exclamó con uno de esos acentos que se imponen, que se hacen obedecer sin réplica.

—Salga usted.

Luis vaciló; su expresión apasionada llenade agonía se marcó más y más en sus poderosos ojos que devoraban á Milagros en un delirio de adoración.

—Salga usted,—repitió Milagros acreciendo en



LIT PALACIOS. ARENAL, 27, MADRID

¡Salga usted!

fuerza de expresión y extendiendo rígidamente uno de sus brazos señalando la puerta á Luis, mientras que con el otro se apoyaba temblorosa sobre la cabeza del cadáver.

Como si á Luis le hubiese asido algo que tirase de él, con una fuerza incontrastable se hizo atrás vacilante, como en lucha con aquella fuerza.

—Salga usted,—repitió Milagros,—ya con una especie de frenesí, de cólera incontrastable.

Luis retrocedió de una manera más rápida mirándola siempre con una atonía de adoración y de desesperación.

Infiltrando más y más en ella su poderosa mirada.

Al fin desapareció.

Milagros se quedó dominada por una convulsión insoportable.

Con la mirada fija en la puerta por la que, Luis había desaparecido y como si todavía lo estuviese viendo en ella, luchando, pugnando por acercarse á Milagros y retrocediendo sin embargo.

No podia determinarse cuál de ellos había influído más sobre el otro.

Milagros había lanzado á Luis.

Ella aunque permanecia inmóvil se sentía como arrastrada, arrebatada por Luis.

Aquello había sido una situación suprema.

Era imposible determinar cuál de las miradas, que ella y él se habían dejado ver, había sido más poderosa.

Lola no se había apercibido de esto.

Estaba traspuesta, aturdida, desesperada.

De rodillas, al pié de Figueroa arrojada sobre él abrazándole y llorando á lágrima viva.

Milagros permaneció durante algunos segundos mirando á la puerta, descompuesto el semblante, febriles los ojos, agitada con una violenta convulsión.

Al fin se volvió hácia su abuelo.

Se doblegó, cayó inerte sobre él, y se desmayó.

Entre tanto los criados, que no habían oido los gritos desesperados de Lola, pero que habían visto salir perturbado, vacilante, como quien huye espantado á Luis; temieron hubiese sucedido algo grave y acudieron al gabinete de Figueroa.

Los primeros que llegaron, al ver el grupo terrible compuesto por Figueroa muerto, por Milagros desmayada, por Lola que sollozaba y lloraba de una manera histérica, rompieron tambien á gritar con toda la vehemencia con que expresan su sentimiento en las situaciones graves los gitanos.

Se alborotó toda la servidumbre.

Lola, que más fuerte que Milagros, había resistido aquella terrible emoción sin desmayarse, se rehizo, se sobrepuso á todo: dió órdenes.

Socorrió á Milagros, que fué conducida, traspuesta aún. á su aposento.

Lola con un valor extraordinario se puso al frente de la casa.

Hizo se pusiese en el lecho el cadáver.

Mandó se avisase al momento al bato-puró mayor, á la segunda persona autoritaria de la gitanería, al Berdejí.

El rey había muerto, en aquellos momentos de transición hasta que la *Manclayí* doña Milagros, fuese proclamada *Oclayí* (reina) como heredera legítima é indudable de la gente flamenca, el Berdejí debía asumir el mando supremo.

Después de dictar rápidamente sus órdenes; Lola que parecía crecer en serenidad y en valor, en relación con las circunstancias, corrió desolada á socorrer á Milagros.

CAPÍTULO XVIII

En que se dan á conocer las primeras ceremonias de la exaltación al trono de la reina gitana.

Se ocupaba en el sótano de su platería en la calle de Toledo donde tenía su hornillo criminal, si se nos permite la frase, el Berdejí consagrado en fundir algunas cajas de reloj de oro, que habían acabado de llevarle.

El Berdejí á pesar de todos los pesares y de la situación difícil, penosa y aflictiva en que como sabemos estaba colocado; no se olvidaba de sus negocios, ni dejaba de consagrarse á ellos.

Pero mientras movía por si mismo el fuelle para concentrar la fuerza del hornillo, tenía la imaginación más abrasada que los carbones incandescidos que cubrían el crisol.

Sus proyectos habían dado de través por el momento.

Micaela le había sido arrebatada.

Su conspiración contra el *Oclay*, había fracasado,

No había medio de impedir que el maldito Quirico, se hiciese dueño de la hermosísima chavala que le había hecho perder el juicio.

Esto ya, no tenía remedio.

Solamente que, podía dejarse viuda á Micaela.

Pero esto no era lo mismo.

Lo que había ansiado el Berdejí, estaba ya de todo punto perdido.

No se podía recobrar.

En cuanto á la conspiración, la cosa era también gravísima.

Si se apercibía el *Oclay*, el Berdejí, podía darse por aniquilado.

Luis de Figueroa, no embargante, que desde el día en que ocupó el *Oclayato* había gobernado con una gran benevolencia y un grande amor á sus súbditos, siempre que había sido necesario, había dado muestras de una extraordinaria energía y de una severidad inquebrantable.

Había conservado toda entera su autoridad suprema, pero con tal celo por sus súbditos, con tal rectitud, con tal sabiduría, con tal generosidad, con tal grandeza, que se había hecho amar de todos, á excepción de algunos pocos díscolos y ambiciosos.

Pero, qué rey, desde que hay reyes en el mundo, no se ha visto amenazado por traidores, y obligado á castigarlos y á la vez comprometido por imbeciles, que á veces con su lealtad estúpida, hacen al rey más daño

que sus desleales. El Berdejí estaba en vilo. No sabía lo que le convenía.

Si permanecer encojido dejando pasar la avalancha ó salvarse desapareciendo.

En tal situación insoluble se encontraba, cuando don José, el rechoncho mayordomo del *Oclay*, que era también gitano aunque á pesar de lo educado y de lo civilizado que estaba, no lo parecía, fué á avisarle de parte de la señorita Lola, que señorita la llamaban los criados del *Oclay*, de la muerte de éste.

A consecuencia de ella, debía reunirse á todos los bato-purós de la corte, que también era corte del *Oclay* gitano, Madrid.

A todos los notables, á todos los funcionarios de primera categoría.

Era menester reunir como si dijéramos el cónclave.

El Berdejí se doblegó á las circunstancias.

El fallecimiento del *Oclay*, había sobrevenido cuando él estaba, completamente fuera de combate; sin tiempo para organizar una nueva conspiración.

Abandonó el hornillo, se metió seguido de don José en su estrecho frío y húmedo despacho, que recibía una luz lúgubre causada por el estrecho cañón de un alto patio; escribió algunas órdenes en un dialecto incomprensible, no solamente para los castellanos, sino también para una gran mayoría de los gitanos.

Enchipicayo es el lenguaje cerrado puro, sin mezcla de ninguna otra lengua del pueblo querido de *Ondivé*.

Cerró estos pliegos, les puso la dirección, los dió á don José, y le dijo:

—Que corran al momento estas órdenes. Yo sin pérdida de tiempo voy allá, lo que tarde en vestirme.

—¡Oh! sí, dijo don José. La señorita Milagros, está accidentada y la señoríta Lola, aturdida.

Y don José pronunció con un acento singular en que habia no sabemos que emoción el nombre de Lola.

Habia cogido por ella, sin decírselo nunca ni aun manifestárselo de la manera más leve, una especie de pasión desesperada y resignada á su desgracia.

Pero como las mujeres á pesar de que se les oculte la afición que se lás tiene, la conocen por una especie de instinto que nunca las engaña. Lola abusaba de la afición de don José, y disponia de él y aun abusaba para hacerse servir de una manera precisa, rápida, y aun con agradecimiento, porque don José se desvivía por dar gusto á Lola, y servirla al pelo.

Así pues, como Lola le habia enviado con urgencia en cuanto tuvo los mandamientos escritos por el regente que tal calificación correspondia de todo derecho al Berdejí, mientras Milagros no fuese proclamada, don José decimos, se lanzó dentro del carruaje en que habia ido á notificar al Berdejí el mandato de Lola y se hizo conducir rápidamente á la casa del difunto *Oclay*. Entregó á Lola los pliegos.

Esta los dió á los criados que fueron necesarios para que los llevasen con toda urgencia á aquellos á quienes iban dirigidos.

Después de esto, se consagró al cuidado de Milagros que habia vuelto en si, pero dominada por una ardiente fiebre que la hacia delirar.

Don Tadeo antigüo médico de la casa, no se separaba de Milagros: las insistentes preguntas de Lola se repetian de cinco en cinco minutos como si en aquel breve espacio hubiera podido efectuarse un cambio determinante en la situación de Milagros. El médico respondía siempre con una gran paciencia, con una gran benevolencia esta frase que siempre era la misma con un pequeño variante en las palabras:

—No sé, no sé; no puedo aun decir nada, la gravedad continúa.

Lola se desesperaba y peleaba consigo misma, cogida en un torbellino por una tempestad de sentimientos contradictorios.

Su amor fraternal á Milagros arraigado en su alma resistía mal la mordedura de los celos que á causa de Milagros sentia.

Y sobre todo esto, la atormentaba un dolor desesperado por la muerte de su padrino á quien amaba con todas sus entrañas.

Habia momentos en que arrastrada por una atracción invencible, dejaba á Milagros al cuidado de don Tadeo.

Corría al gabinete mortuorio, se arrojaba sobre el cadaver de Figueroa, y le besaba la boca á pesar de la espuma sanguinolenta que de ella revosaba, sin repugnancia alguna, y como si hubiera pretendido re-

sucitarle por la virtud de sus besos y de sus labios.

El cadaver no estaba solo:

Toda la servidumbre que era numerosa, gitanos todos hombres y mujeres, aunque no lo pareciesen por sus trajes y sus maneras, gitanas al fin, estaban en un doble semicírculo á un lado las mujeres, al otro los hombres, doblegados entre arrodillados y sentados, con las cabezas inclinadas y las manos cruzadas sobre el pecho *sintiendo* esto es salmodiando á media voz, en un lenguaje ininteligible.

Aquello era un especie de responso no interrumpido, pero si entre cortado, por doloridos sollozos.

No habían empezado á rendirse al *Oclay* muerto, los postreros honores.

Lola, permanecía algún tiempo arrojada sobre el cadáver del *Oclay*.

Luego, se separaba del lecho y lenta, fatídica, volvía al lado de Milagros.

Interrogaba de nuevo ansiosa á don Tadeo.

—Al fin éste la dijo:

—Tranquilícese usted doña Lolita; se ha determinado una crísis muy rápida y nuestra enferma está completamente fuera de peligro y antes de una hora se habrá reaccionado completamente. Esto por fortuna no ha sido más que un violento paroxismo. Doña Milagros es, extraordinaria excepcionalmente nerviosa; para que usted me comprenda mejor, voy á expresarme de una manera vulgar agena á la ciencia. Esto no ha sido más que un apretamiento del corazón.

—¡Oh! gracias á Dios;—exclamó con toda su alma Lola,—no faltaba más si no que ella hubiera también perecido.

—No pensemos en esto;—dijo don Tadeo,—sería desesperante la pérdida de una tal criatura, tanto como lo sería la pérdida de usted mi señora doña Lolita.

Don Tadeo aunque contaba ya sus setenta, no veía nunca sin experimentar una emoción que por algunos momentos le rejuvenecía á la hermosa Lola.

Esta disponía también á sus anchas de don Tadeo.

Ni más ni menos que de don José.

Y abusaba.

Lola se sentía más y más combatir por sus encontrados sentimientos.

El amor y los celos que compartían en ella á causa de Milagros.

Luchó y venció por el momento.

Su deber era resignarse y guardar la mayor reserva.

Dejar venir los sucesos.

Aún no había pasado el tiempo que segun el pronóstico de don Tadeo, debía tardar en rehacerse Milagros, cuando ésta se rehizo completamente.

Pero abatida doblegada, inflamados los ojos, por una expresión vehemente, ansiosa que atormentaba á Lola.

En aquella expresión aparecía á un tiempo, el dolor por la muerte de Figueroa, y una ansiedad que pa-

recía buscar á un sér apoderado de su alma.

Lola veía claramente como si hubiese estado fotografiada en el fondo absorto de la mirada de Milagros, la imágen de Luis.

¿Se habrían conocido?

¿Se habrían conocido en París?

¿Se habrían amado?

¿Pero si era esto, como Milagros, que siempre le había tratado con una fraternal, con una apasionada confianza, no le había manifestado sus amores?

Verdad era, que jamás aunque Lola la había interrogado con la solicitud del amor, Milagros no le había revelado la causa de su profunda, de su dolorosa, de su persistente melancolía.

¿Que había debajo de aquel misterio?

¿Estaba Luis envuelto en él?

Estas dudas combatían por la fuerza extraordinaria dolorosísima á Lola, que se horrorizaba del sentimiento de ódio que iba naciendo en ella, contra Milagros.

Y es que la pasión del amor tiene un predominio exclusivo absoluto, excluyente de todo sentimiento que le contraríe en el alma de la mujer.

Milagros se repuso al fin completamente; y pudo recibir al Berdejí que hizo las mayores ponderaciones de dolor por el difunto *Oclay* y de elección de lealtad sin límites, á su legítima heredera la *Oclayí.*

En el gran salón de la casa estaban ya reunidos los

bato-purós ó alcaldes de los distritos de Madrid, en número de doce.

Esto es, una especie de apostolado.

Ninguno de ellos, aunque eran gitanos lo parecía, porque aunque fuese acusado su tipo, lo modificaban el traje y la manera de ser.

Confundidos entre los castellanos, pasaban como monedas corrientes.

Por que hay muchos castellanos que sin ser ni áun remotamente gitanos, por sus formas acentuadas, por su color atezado, y por la fuerza de su mirada, pudiera tomárseles por flamencos, y de los más genuinos.

Dama hemos conocido, y dama ilustre de una tal acentuación gitana, que la daba marcadamente el prestigio de su encanto y de una belleza excepcionales.

Para nosotros era indudablemente gitana, una gitana deliciosa, irresistible, con un lijero saborete de bravío, de originario.

Pues ella no lo sabía, ó si lo sabía se lo callaba, pero indudablemente había en ella *arate-cayí*, es decir sangre gitana.

Era un tipo encantador.

De la misma manera siendo *cayós* legítimos los doce reunidos en la casa mortuoria podían pasar y pasaban como el Berdejí, por castellanos entre los castellanos.

Todos parecían pertenecer por sus trajes á la clase media acomodada.

Este era comerciante; aquel agente de negocios, en fin cada cual por su profesión aparente, pero pertenecientes todos á la gran secta secreta que se envuelve en el fondo de la gitanería notoria. Es decir, la gitanería de planta baja entre los cuales hay muy pocos que estén iniciados en los misterios de su raza.

Milagros se presentó á ellos, vestida ya de luto riguroso, y sola precedida por el Berdejí que la anunció solemnemente con estas palabras:

—Nuestro esclarecido *Oclay*, ha muerto; Ondivé en su santo juicio se lo ha llevado; y nos envía la legítima heredera del *Oclay* difunto; su nieta la *Oclayi* doña Milagros de Figueroa. Indináos.

Los doce que estaban en semi-círculo en el centro del salón que era de una magnificencia extraordinaria, verdaderamente regia, no faltándole para serlo de todo punto más que el trono, se inclinaron profundamente, los brazos cruzados sobre el pecho.

Entró Milagros desolada, pálida, esbelta, hermosísima, adelantó en paso lento como fatigada, y al llegar á cierta distancia de ellos, les dijo:

—Dispensaros de ceremonias, señores; además de lo sobrecogida que estoy por la pérdida inesperada de mi queridísimo padre que ha muerto, me aturde la situación en que me encuentro. Y yo os ruego la abreviéis, cuanto sea posible dentro de las obligaciones que nos imponen las leyes y las costumbres del pueblo á que pertenecemos.

Milagros había dicho todo esto con voz sonora y

un timbre hechicero, dulce, lánguida, apesarado.

Se captó en un solo momento el afecto de aquellos doce altos dignatarios de la que debía y podía llamarse corte gitana.

Milagros continuó.

—Yo no puedo hablaros en el leguaje de vuestra raza. Yo no le conozco. Ya sabeis que he sido educada muy lejos de vosotros. Yo no sabía que estaba llamada á gobernaros un día como os ha gobernado mi abuelo. Cuando yo volví de París hace cinco meses, ignoraba completamente que era gitana, y que mi abuelo era vuestro rey. Yo acepté con orgullo mi procedencia de ilustre raza. Yo sentí en mí una vida poderosa, y se ha ocultado mi venida y mi permanencia en Madrid, ocultación que cesa hoy por desgracia; era porque mi abuelo no quería presentarme á vosotros sino cuando estuviese perfectamente instruída de nuestras leyes, usos y costumbres, y de las obligaciones que me impone el rango en que me ha hecho nacer la Providencia de Dios. Yo soy toda vuestra. Ser vosotros todos mios. Ahora, don Diego,—añadió dirigiéndose al Berdejí.—Yo espero que aunque somos conocidos solo desde hace un momento, cumplais como os corresponde para llevar á cabo en esta situación los deberes que os impone la alta investidura de que según me habeis dicho estais revestidos. Ahora señores, yo me retiro á causa de mi dolor. Yo os confío el ceremonial necesario. Yo os saludo.

Como se vé, Milagros había hablado como reina, ni

más ni menos que como si se lo hubieran enseñado.

Todos la habían escuchado inclinados y en silencio, sin atreverse á mirarla directamente á causa del exagerado absolutismo de la monarquía gitana; pero todos la habían *diquelado* por el rabo del ojo, y Milagros se había quedado con ellos.

Esto había aburrido soberanamente al Berdejí que se había convencido, persuadido, que Milagros era muy mujer de hacerse grandes, numerosos y decididos amigos, lo cual le hería en su ambición.

Sin embargo Dios diría.

Disimulando estos traidores pensamientos el Berdejí; acompañó á la *Oclayi* hasta su cuarto.

A la puerta de éste, ella le dijo:

—Don Diego. Yo espero que haga usted lo posible por abreviar estas dolorosas ceremonias. Yo me ostoy muriendo. Yo no puedo resignarme por más que quiero, á mis desgracias.

—El Todo Poderoso,—dijo el Berdejí,—consolará y fortalecerá á vuestra grandeza. En cuanto á mí, señora, vuestra grandeza puede contar con mi adhesión y mi lealtad sin límites hasta perder la vida.

—Muchas gracias, y adios don Diego.

—El Berdejí se inclinó, tomó la hermosa mano de Milagros y se la besó.

La besó como en homenaje.

Milagros cerró la puerta.

—¡Ah! ¿Y por qué he de desesperarme yo? Una mujer vale lo que otra mujer. Micaela perdida, la

Manclayí de los *anda-rios*; pero esta es la *Oclay*. ¡Oh, y en cuanto á espíritu y belleza quién sabe!

Hasta tal punto llegaba la insensatez de la ambición y de la sensualidad del Berdejí.

El primero á quien Milagros había sometido de una manera absoluta era á él.

CAPÍTULO XIX

De como después de asistir á las funerales gitanos de Figueroa, Lola hizo incurrir en una traición extraordinariamente trascedental al mayordomo don José.

El Berdejí se consagró á los deberes de su cargo.

Los doce *bato-purós*, se fueron á sus respectivos distritos, para dar á entender á la gitaneria que cada uno de ellos gobernaban, la noticia del fallecimiento del *Oclay* y la sucesión de la *Oclayí* doña Maria de los Milagros de Figueroa.

Además en el momento cada gitano jefe de familia se encerrase en su casa, y con los suyos *sintiere*; esto es orase por el alma del difunto *Oclay* y por la grandeza y la buena ventura de su sucesora la *Oclayí*.

Esto era equivalente á las rogativas que se hacen entre los cristianos en circunstancias solemnes y en un interés general

Además de esto, el Berdejí preparó los fuenerales gitanos.

Esto no podia hacerse dentro de Madrid.

El cádaver encerrado en un ostentoso ataud fué conducido en un magnífico carro fúnebre seguido de algunos coches en que iban vestidos como castellanos y con apariencia de tales, los más altos dignatarios de la gitaneria.

Llevaron el cádaver á la gran quinta-palacio, que como sabemos tenia el *Oclay* entre el barrio de las Peñuelas y el Embarcadero del Canal.

Allí se habia preparado en un gran salón del piso bajo lo que hubiera podido llamarse, capilla ardiente; pero no lo era en manera alguna, porque no debian encenderse más que siete cirios puestos en un candelabro de siete brazos.

No habia tampoco en aquel salón nada que perteneciese á la religión católica.

Ni crucifijo, ni altar.

Aquello debia ser exclusivamente el funeral gitano.

Después se celebraría el funeral católico.

Luis de Figueroa fué puesto sin ataud sobre una tarima cubierta por un tapiz blanco con orla azul.

Se le habia vestido también de blanco con una larga mortaja de lana y se le habia coronado de flores.

Todo esto, como si hubiera sido un niño ó una doncella.

Y doncellas gitanas también vestidas de blanco y coronadas de flores habian sido las que le habian amortajado sacándole del ataud quitándole el severo hábito franciscano que se le habia puesto, por los amortajado-

res en la casa mortuoria y llevándole después ellas mismas seguidas de la gitaneria vestida de gala á la tarima.

Luego puestas en dos hileras en ambos lados permanecieron sentadas en la alfombra sobre sus rodillas.

Ninguna de ellas pasaba de los doce años.

Esta tarima estaba muy cerca de la pared del fondo del salón que era ostentoso.

Entre la tarima y la pared, estaba el candelabro de siete brazos en cada uno de los cuales habia un cirio.

Este candelabro tenía una altura como de dos metros hasta donde empezaban los brazos, cada uno de los cuales medía un cuarto de metro que por la longitud de los cirios venia á tener sus luces á dos tercios de altura de la pared.

No habia otra luz en el extenso salón porque se habian cerrado las maderas de las rejas que daban á la huerta.

El aspecto del salón era sombrío, imponente.

La roja luz de los cirios del candelabro lanzaba un fuerte reflejo sobre la parte superior de la pared del fondo y sobre el cadáver extendido á los pies del candelabro.

Dicha luz se iba después debilitando hasta dejar envuelto en una pelumbra el otro estremo del salón.

Á la altura de las luces del candelabro, en el centro de la pared sobre la rica tapiceria, habia un retrato de cuerpo entero.

Era el de una jóven hermosisima ricamente vestida de maja á lo gitano.

Era el retrato de Rosa, de la desventurada Rosa, de la esposa del *Oclay* de la abuela de Milagros y de Lola.

El traje de Rosa era el mismo que llevaba el dia en que desbocados sus caballos en el camino de las ventas de Alcorcón, como vimos en el prólogo de esta historia, arrolló á Luis que luego fué su marido cayendo junto á él á un costado del camino.

Juan de Figueroa quiso perpetuar este recuerdo y mandó hacer el retrato de su hija Rosa.

Poco después se celebró el casamiento y tuvo lugar el banquete de boda en aquel mismo salón colocado ya el retrato donde permaneció largos años.

Como que entonces solo contaba quince Rosa.

Como el banquete de bodas se extendía en el salón una larga mesa expléndidamente servida con ramilletes de flores de trecho en trecho, pero sin sillas junto á ella.

El extremo de esta mesa se perdía en la sombra.

Como que el salón había sido destinado á las grandes fiestas, se le había dado una anchura y una altura extraordinarias.

Los *Oclaïs*, antes que Juan de Figueroa, habían montado con gran lujo su casa, que podía llamarse muy bien, y sin exageración, palacio.

A lo largo del salón, á los costados de la mesa, es-

taban en largas hileras, á la derecha, los hombres, á la izquierda las mujeres.

Todos engalanados como para asistir á una fiesta de bodas.

Y en efecto, celebraban las bodas del *Oclay* con la eternidad.

¿Porque adónde podía haber ido si no á la gloria el *Oclay*, el representante de *Ondive*, rey y pontífice á un tiempo de la nación gitana?

Su tránsito, pues, debía ser celebrado como un fausto acontecimiento.

Milagros, siguiendo los ritos, las leyes y las costumbres de la gitanería, había acudido á la quinta-palacio, vestida también de gala, á lo gitano, y cubierta de flores la cabeza y resplandeciente de pedrería.

Estaba en un salón inmediato preparada la ceremonia, que debía ser á un tiempo su proclamación de reina de los gitanos y el funeral de su abuelo.

La acompañaban Lola, tan espléndidamente vestida como ella, y la recien casada Micaela, ataviada con no menos lujo.

Formaban parte del cortejo de la reina y de la infanta, que como tal se consideraba á Lola, doce mujeres gitanas, casadas, pertenecientes á la aristocrácia, pues ya hemos dicho, que hay también aristocrácia entre los gitanos.

Estaban allí también las hijas doncellas de estas ricas hembras, todas, madres é hijas, vestidas con un lujo extraordinario.

Pero la tristeza, la desolación, en los semblantes de todas, en armonía con el dolor que revelaban los de Milagros y Lola, determinaban un rudo contraste con aquellas galas, con aquellas alhajas, con aquellas flores.

No todos, ni todas las que llegaban al extenso salón, que era bastante para contener la gente flamenca que había en Madrid, repartida entre las Peñuelas, el Barranco de Embajadores, y en las calles de la parte baja del barrio de Toledo, no toda esta gente, decimos, vestía de gran lujo.

Porque había en ella graduaciones, tanto en linaje como en fortuna.

De modo que la riqueza de los atavíos iba disminuyendo hacia la entrada del salón, y por último, se agrupaba á la entrada de él, lo que podía llamarse el pueblo, la plebe de la gitanería.

Pero los más pobres de ellos y de ellas, iban ataviados de fiesta y con alhajas, sino finas de imitación, y relucían relicarios, cadenas, collares, bajo un jardín de flores.

El más pobre de la gitanería está acomodado, porque ellos y ellas son activos, inteligentes, trabajadores y saben buscarse la vida.

Además de esto, unidos por una gran fraternidad todos, se ayudan los unos á los otros.

Llegado el momento de la celebración de la doble ceremonia de la proclamación de Milagros, y de los funerales de Luis de Figueroa, el Berdejí seguido de

los doce bato-purós ó jueces de los distritos de Madrid, acompañados de los altos dignatarios (algunos de los cuales por su posición pública no pasaba de ser esquilador) entraron en el salón en donde se encontraba Milagros con su séquito femenil.

Todos ellos, incluso el Berdejí y los doce alcaldes, iban vestidos á lo gitano.

El Berdejí y los otros doce, habían dejado sus trajes usuales de la clase media castellana que con ella los confundía.

Llevaban también un lujo extraordinario, gruesas cadenas de oro sobre las chupas; diamantes en las camisas; gran cadena de reloj que salía sobre la faja de seda; botonadura de oro en la chupa, en la chaqueta, y á lo largo de la calzona que se abría de la rodilla abajo, dejando ver el calzón interior de blanquísima tela de hilo.

Llevaban pañuelos de seda de colores vivos en la cabeza; y en la mano, grandes sombreros calañeses de fieltro gris, guarnecido de terciopelo negro.

Estos señores, estos altos dignatarios, hicieron un grande acatamiento á Milagros; y el Berdejí la dirigió una plática, pero en un lenguaje tal, en un *chipi-cayó* de tal manera neto, cerrado, y endiablado, que Milagros no entendió una sola palabra.

Lola la sirvió de interprete.

—Gran señora,—dijo tratando como reina á Milagros, porque se estaba de ceremonia,—elegida de Dios para dar la justicia y la ventura al pueblo de Dios, lo

que te ha dicho el gran bato-puró, quiere decir, que tú, por los altos juicios de Dios y por el tránsito de tu ilustre padre el *Oclay* don Luis de Figueroa, á la gloria de Dios y de su santa madre, vas á ser presentada al pueblo y proclamada *Oclayí* como te corresponde en todo derecho, y en la forma y manera que lo manda nuestra religión y nuestras leyes, y te pide licencia y espera tu mandato para empezar la ceremonia.

—Diles,—dijo Milagros,—que hagan todo lo que necesiten hacer, pero lo más brevemente posible; yo estoy enferma, y apenas si puedo tenerme de pie.

—No hay necesidad,—dijo el Berdejí en castellano. —Que la nobilisisíma señora doña Lolita nos comunique en *chipi-cayó* lo que ya hemos entendido, más para el acto solemne del juramento y de la proclamación será necesario que la señora doña Lola, sirva de intérprete. Ahora puesto que vuestra grandeza lo manda empezaremos la ceremonia.

—Sí, cuanto antes,—dijo Milagros.

Entonces el Berdejí se fué á la puerta por donde se pasaba al gran salón funerario, abrió de par en par sus dos hojas y dijo en *caló* puro:

—Hijos é hijas del pueblo de Dios: la reina.

A este anuncio todos y todas dejaron oir un murmullo que parecía un arrullo de palomas dulce, tierno, sentido, como si hubiese sido una manifestación de amor á su joven reina.

El Berdejí delante como si hubiera sido un maestro de ceremonias; detrás la reina, luego la infanta, lue-

go la Micaela que por la doble circunstancia de ser la *Ocldyí* de los *anda-ríos*, y de su casamiento con Quirico, había llegado á ser infanta ó duquesa.

Ya sabemos que Lola por haber sido ahijada del difunto, y por los demás detalles que hemos explicado anteriormente, cuando nos ocupamos de la muerte del *Taripó*, del nacimiento de Lola, la grave falta que Pedro el Libertino, hijo del *Oclay* había cometido, tenía en la gitanería una categoría equivalente á la de infante, aunque tanto á ella como á los demás, se les llamaba duques.

Seguían detrás otras duquesas inferiores con sus hijas doncellas las que acabamos de ver formando la comitiva de Milagros.

Ocho de aquellas matronas que todas estaban en buena edad y tenían buenos bigotes, eran esposas de bato purós de distrito.

Los otros cuatro contando con el Berdejí, eran solteros.

Aquellas señoras les sentaba muy bien el traje flamenco, pero se notaba que estaban infinitamente más civilizadas que las otras gitanas, como que la de los castellanos, eran verdaderamente señoras de la clase media, y como ellas vestían, y con ellas se confundían como sus maridos y sus hijos sin que nadie supiese que eran gitanos.

Más para aquella solemne ceremonia, había sido necesario se pusiesen en tono, y se armonizasen con la gitanería pública y manifiesta.

Por el otro lado, por el lado de los hombres, entre ellos, y á lo largo de la mesa iban los doce batopurós.

Cuando llegaron al extremo de la mesa inmediata á la tarima en que estaba extendido el cadáver de Luis de Figueroa, se detuvo el Berdejí, y dijo á Milagros en *caló* puro:

—Adelante vuestra grandeza, hasta su ilustre abuelo; el difunto *Oclay* que Dios se ha llevado á su paraíso.

Lola trasmitió está orden á Milagros.

Y decimos orden porque hasta que Milagros jurase y fuese proclamada, la autoridad suprema reconocida por la gente flamenca, era el Berdejí. Esto es, el batopuró mayor: el lugar-teniente del *Oclay*, y al mismo tiempo una equivalencia de gran cánciller y vicario general porque entre los gitanos con arreglo á su religión secreta, particular, los cargos civiles, están unidos á los cargos religiosos.

Milagros estremecida toda, sintiendo una penosísima angustia se acercó más al cadáver.

—Arrodillaros, gran señora,—dijo el Berdejí.

Lola trasmitió está nueva orden á Milagros, y para no repetirlo más, dando por intérprete á Lola, seguiremos desembarazadamente el diálogo.

Milagros se arrodilló.

—Tomad la mano derecha del *Oclay*,—dijo el Berdejí.

Milagros la tomó sin repugnancia; pero se estre-

meció al sentir el frío de aquella mano, sobre la cual parecía extenderse un sudor viscoso.

—¿Juráis gran señora,—dijo el Berdejí: —que no habeis tenido parte alguna en el fallecimiento del *Oclay*?

—Lo juro;—respondió Milagros con voz firme.—Lo juro por mi alma ante Dios.

Con igual firmeza interpretó Lola esta respuesta.

—¿Aceptáis, gran señora,—continuó el Berdejí,—la autoridad suprema, la representación de Dios para el pueblo de Dios que por legítimo derecho de herencia á vos viene por el fallecimiento del grande *Oclay* don Luis de Figueroa, vuestro abuelo?

—Acepto y me consagro á procurar la felicidad de mi pueblo.

—Dios os lo premiara si así lo hicieres y os castigará con las más terribles penas del infierno, os entregará á canes rabiosos y os arrojará á un tremedario infame, si faltáreis á vuestro juramento.

—Así sea,—dijo Milagros.

—Alzáos gran señora,—dijo el Berdejí.

Milagros se alzó.

—Traer el sitial,—dijo el Berdejí á varios de los que allí estaba.

Cuatro de los bato-purós trajeron una silla ruda que tenía la apariencia de una grande antigüedad y una forma extraña que tenía mucho del sabor del gusto egipcio.

—*Sentís* hermanos;—dijo en aquel momento el Berdejí.

La gitanería que hasta entonces había estado sumida en un profundo silencio, rompió en su salmodía monótoma en son apagado y lúgubre.

—Sentáos gran señora,—dijo el Berdejí,—en el sitial que han ocupado vuestros abuelos, cuya larga descendencia se pierde en la noche de los tiempos.

Milagros se sentó en el sitial.

—Hermanos y hermanas,—dijo con voz enérgica y gravemente acentuada el Berdejí.—Vuestro grande *Oclay*, el ilustre señor don Luis de Figueroa, ha pasado al paraiso de Dios; salud á su nieta la ilustrísima señora la grande *Oclayí* doña María de los Milagros de Figueroa.

En aquel momento los cuatro bato-purós, levantaron á Milagros en el sitial por encima de sus cabezas.

La gitanería rompió en una aclamación ruidosa hiriéndose todos, gesticulando, y agitando los brazos de una manera exagerada por encima de toda exageración

Un tumulto de entusiasmo, en una palabra, á pesar de que les contrariaba que su *Oclayí* no entendiese absolutamente el *chipi-cayó*.

Pero en fin esto caía por encima.

Ella lo aprendería.

Los cuatro bato-purós, bajaron el sitial hasta ponerle en el suelo.

Milagros se levantó.

Era ya la reina del pueblo gitano.

Inmediatamente se procedió al banquete mortuorio.

Criados, pero sin librea, en traje flamenco, trajeron primero una gran batea de oro que pusieron en el sitio correspondiente á Milagros; esto es en la presidencia.

Luego á la derecha siete platos de oro macizo; y á la izquierda seis.

Estos trece platos, así como la batea, contenían una porción de cordero asado.

Después con grandes bateas de plata fueron poniendo á lo largo de la mesa cordero partido en pedazos.

—Guardar el cordero sagrado; el cordero del recuerdo,—dijo el Berdejí que había hablado con Milagros, y como trasmitiendo una orden suya.

Todos altos y bajos, chicos y grandes, hombres y mujeres, se acercaron á la mesa por orden categórico, y en un momento los corderos asados desaparecieron.

Nadie se cuidó de si se mancharía su traje.

Esto no importaba tratándose de un precepto traumático.

El cordero del recuerdo debía guardarle todo *cayó* ó *cayí*.

En cuanto al Berdejí y á los doce bato-purós que podían considerarse como supremo consejo de estado

de la gitanería, guardó también cada cual el plato de oro en que se les había servido el cordero.

Estos platos de buen peso y rica ornamentación cincelada, llevaban cada uno la fecha de la proclamación del difunto *Oclay* Luis de Figueroa.

Podía decirse, que más que platos, eran medallas conmemorativas que conservaban los del consejo supremo, que heredaban sus descendientes y que eran un título de honor para la familia.

Inmediatamente debían hacerse otros trece platos semejantes con la inscripción de la proclamación de Milagros para que no faltase este requisito en los funerales de la *Oclayí*, cuando á la muerte se la ocurriese llevársela.

Hecha la ceremonia del cordero del recuerdo, los criados quitaron las mesas y se las llevaron, trayendo en su lugar sillones y sillas, y dejando en el centro del salón un espacio libre para el baile.

Empezó á sonar inmediatamente el templeo, por decirlo así, de guitarrones, guitarras y bandurrias.

Las muchachas y las que no lo eran, apretaron en los dedos indices de su mano, con los dientes, las cintas de sus castañuelas.

Sonaron por acá y por allá, algunos repiques de pandereta.

La gran fiesta, el zapateado, el ¡ole! las seguidillas y el cante, debían empezar muy pronto.

—Pero esto es bárbaro,—dijo Milagros que estaba profundamente dolorida, á Lola.—Esta insensata ale-

gría al lado de la muerte, me hace un daño insoportable.

—Son nuestras antiquísimas costumbres, nuestras costumbres primitivas, tradicionales. Cuando el alma de una de las del pueblo de Dios va delante de Dios, contando siempre con la misericordia divina, hay que suponer que ha ido á gozar eternamente las delicias del paraíso, con los queridos seres que antes pasaron á esperar á los que allí han de reunirse con ellos un día; y es necesario festejar alegremente este dichoso tránsito. ¡Oh miseria humana! —murmuró Milagros hablando como para consigo misma.—¡Aberraciones del fanatismo!

Y mientras esto decía, miraba conmovida, dominada por un sentimiento que no podía explicarse el retrato de la desventurada Rosa, que como hemos dicho, iluminaban de una manera fuerte las luces ó más bien las llamas de los cirios del candelabro.

Aquel bellísimo retrato, y aquella luz, tenían algo de lúgubre y fantástico.

Desde que Milagros le había visto, no había cesado de contemplarle.

Ejercía sobre ella una atracción poderosa.

—¿Quién es aquella hermosísima niña?—dijo Milagros á Lola.

—¿Pues qué,—respondió ésta, con la voz ligeramente conmovida,—no ves que te se parece mucho?

—¡Oh, Dios mío, mi madre!—exclamó Milagros.

—No, no,—dijo más conmovida aun Lola,—madre

murió cuando tú estabas todavía en la infancia: no pudistes pues conocerla. Ese es el retrato de tu abuela Rosa, hecho antes de su casamiento con tu pobre abuelito, con mi querido padrino, que ha venido hoy aquí por la primera vez sin poder verla.

Y á Lola se la saltaron las lágrimas.

—Antes,—continuó,—el abuelito se pasaba las horas muertas delante del otro retrato que arriba está, y que la representa ya mujer de todo punto formada, y la contemplaba llorando y rezando. Arriba también en el mismo salón al lado del retrato de tu abuela, está el de tu madre.

—¡Oh, y tardará mucho en acabarse esto; esto que me atormenta de una manera infinita!

—No, estas fiestas del muerto, duran muy poco, cuanto basta para expresar una alegría que no se siente. El banquete después está preparado en otro salón, ó mejor dicho el *buffet*, porque cada cual toma de pie lo que está servido. Podemos retirarnos en cuanto abras el *buffet*; ellos se quedarán ahí comiendo y bebiendo hasta que se caigan al suelo, y luego se irán á su casa cada cual á *sentir* con su familia por el alma del muerto.

En efecto se bailó un breve espacio.

Se cantaron coplas lúgubres, con un marcado sabor místico.

—Levántate,—dijo Lola á Milagros;—nosotras te seguiremos y esto será señal de que ha terminado la fiesta.

Milagros se levantó.

Se levantaron Lola y las otras que podían considerarse como la servidumbre noble, femenina, de la *Oclayí*.

Lola que sabía en que salón del piso bajo estaban preparadas las mesas, llevó á él á Milagros.

Esta tomó algunos dulces, y los repartió á las de su comitiva, comiendo ella uno solo.

Había dejado los ricos fiambres de toda especie, que estaban servidos.

La gitanería mezclada ya, llenaba el salón.

La *Oclayí*, habiendo dado la señal de empezar, se retiró con Lola, con su matrona y sus doncellas.

Los concurrentes acometiron entonces poco menos que en desorden, á los manjares y las botellas.

El Berdejí, los doce bato-purós, y algunos otros dignatarios inferiores, siguieron á la *Oclayí* hasta el aposento de ésta, que era en el que había habitado hasta su muerte Rosa.

Allí despidió Milagros á sus acompañantes y se quedó sola con Lola.

—Ven, ven,—dijo ésta;—vas á conocer por su retrato á tu madre.

Y la llevó á un salón inmediato.

Allí, en efecto, sobre una chimenea, y sobre una consola, que estaba en frente á la chimenea, había dos retratos.

Los de dos damas hermosísimas, vestidas completamente como señoras castellanas; pero acusado un

gran espacio de tiempo, por las modas de su traje y de su peinado.

—Esa es tu abuela, cuando tenía doble edad, que la que representa el retrato de abajo.

—¡Oh, sí, sí, la reconozco,—dijo Milagros;—y ahora encuentro más puntos de parecido entre ella y yo!

—Una mujer pasa insensiblemente por muchas variaciones desde los quince á los treinta años.

—¡Oh y que no la haya yo conocido!—exclamó tristemente Milagros.

—Hace ya muchos años según le he oído decir á mi pobrecito padrino,—dijo tristemente Lola,—que tu abuela estaba enferma á causa de sus desgracias, y no podía soportar la fatiga de un viaje á París.

—¡Oh, Dios mío!—exclamó Milagros.—¿Y cuál es mi madre?

—Mírala,—respondió Lola, volviéndose y señalando el retrato de Pepita.

—¡Oh, qué joven y qué hermosa! —exclamó juntando las manos Milagros.—¡Pero qué expresión de melancolía, de tristeza, de sufrimiento!

—Tu madre, murió poco después de haberse hecho su retrato, triste es decírtelo, pero la mataron los disgustos que la dió tu padre, que murió asesinado á causa de la venganza de un marido ofendido. Mira ese retrato que está en el espacio entre dos balcones á la derecha; es el de tu padre.

¿No sabía Lola al decir esto que era padre tan suyo como de Milagros?

—¡Oh, pálido, sombrío, enfermizo!—dijo Milagros que se había acercado al retrato.

—Consecuencias de sus desórdenes,—dijo Lola.

—¡Oh, que Dios haya tenido misericordia de él,—dijo Milagros;—pero yo estoy aturdida; me parece que todo lo que ha pasado por mí, desde hace cinco meses, es una pesadilla, al despertar de la que fuí á encontrarme en mi lecho en el sagrado Corazón de Jesús de París! ¡Oh! ¡Si esto fuera una pesadilla, no más que un sueño! ¡Pero no, no, esto es una realidad terrible!

—¿Te pesa de ser nuestra?—dijo Lola en quien se sublevaba su amor propio de gitana.

—No, no,—dijo Milagros;—yo no reniego de mis padres; yo no me avergüenzo de ellos: yo soy en cuerpo y en alma tan gitana como tú; pero siento que sobre mí pesa una maldición hereditaria, una maldición de familia, y me espanto; pero vámonos de aquí, Lola mía, me siento muy fatigada. Vamos á cambiar de traje y á irnos á la otra casa.

—Bien, tienes razón, necesitas descanso; otro día vendremos y verás toda la quinta; es magnífica.

Milagros y Lola, se fueron á otra habitación donde estaban prevenidas, esperándolas, las doncellas de Milagros.

Allí cambiaron peinados y trajes flamencos, por peinados y trajes á la castellana, aunque de riguroso luto, elegantísimo.

Bajaron y tomaron el carruaje, que esperaba á la puerta con otro, en que entraron enlutadas también las donce-

llas. Si algunos gitanos las vieron con aquellos trajes, no lo extrañaron, porque estaban acostumbrados á ver vestido como los señores y las señoras castellanas, al *Oclay* y á Lola; y los de cierta edad se acordaban de haber visto con los mismos trajes la difunta *Oclayí*, al al *Manclay* don Pedro, y á la *Manclayí* doña María Josefa.

Además de eso, estaban cansados de ver al Berdejí, á los *bato-puros* y á otros muchos gitanos ricos, vestidos como la gente castellana y mezclados con ella.

En cuanto llegó Milagros á su casa de la calle de Fuencarral, llamó á don José, su mayordomo.

—Espero,—dijo,—que todo esté dispuesto para el funeral católico.

—Sí, sí, señora,—respondió don José;—un oficio de difuntos de cuerpo presente, como lo había deseado su grandeza el *Oclay*: más que de primera clase. Yo no me he contentado con eso, y desde esta mañana se está trabajando en la parroquia, inventando lujo. El oficio de cuerpo presente, será como nunca se ha visto, y después los funerales inauditos.

—Así lo quiero yo;—dijo Milagros,—ahora bien,—añadió;—que vaya á caballo al momento un criado á avisar al padre Pérez, que está en la granja de Guadarrama, para que venga al momento, sin perder un instante.

—Muy bien, señora,—dijo don José.

Y se fué á cumplir la orden que Milagros acababa de darle.

Cuando Milagros se recogió, cuando la dejó sola para que descansase, Lola llamó á don José.

Este que, como sabemos, andaba un poco guillado por Lola, acudió inmediatamente.

—¿En qué es en lo que podemos servir y complacer á usted, señorita?—dijo con voz suave é insinuante.

—Siéntese usted, don José,—le dijo Lola.

—¿Tanta bondad, señorita?

—Ni bondad, ni no bondad,—dijo Lola con un acento que aunque ligero bastó para reprimir la mirada un tanto irrespetuosa que posaba el mayordomo en los encantos de Lola;—pero tengo que decirle á usted algo y no quiero tenerle á usted de pié.

—Con licencia de usted, señorita,—dijo don José tomando un sillón y sentándose á una respetuosa distancia de Lola.

—Don José,—dijo ésta,—hace tiempo había yo reparado en que habiendo tantos retratos de familia en la quinta de mi padrino, que en gloria esté, no hubiese ninguno de su difunta hija Aurora.

—Calle usted, señoríta Lola, calle usted, que esa es una historia lamentable,—dijo don José;—si viviera su grandeza el *Oclay*, yo no me atrevería á cometer una indiscreción en un asunto tan grave.

—¿Asunto grave?—dijo Lola.

—Sí, sí, gravísimo, señorita. Y por lo mismo, como desgraciadamente ha muerto su grandeza el *Oclay*; yo suplico á usted guarde el secreto de lo que yo la contaré si usted gusta.

—Sí, sí, hable usted, seguro de que yo guardaré el secreto,—dijo Lola vivamente interesada.

—Pues bien, no se había hecho retrato de la duquesa doña Aurora, hija segunda del *Oclay*, cuando la señorita Aurora desapareció, resultando después que se había escapado enamorada y loca con Joselito el *Taripó* que era un *cayó* de planta baja.

Se la buscó inútilmente; pero al fin se tuvo noticia que estaba escondida en la misma granja de los Figueroas, y en el momento se fué para allá el *Oclay*.

¿Pero cómo encontró á su desventurada hija la señorita Aurora? ¡Muerta!

—¡Muerta!—exclamó acreciendo en interés Lola.

—Sí, señorita, sí,—dijo don José;—y como usted comprende no había de retratar el *Oclay* á su hija muerta. Por eso no hay en la casa ningún retrato de la señorita Aurora.

—¿Y de qué murió?—preguntó con más interés Lola.

—Aquí entra la segunda parte del secreto,—respondió don José;—la más delicada, la más grave.

—No importa,—dijo Lola,—continúe usted; yo le prometo á usted guardar acerca de todo esto un profundo secreto.

—Pues dicen,—respondió don José á media voz,—que la señorita Aurora murió á consecuencia del alumbramiento de un niño.

Lola se encendió de un color vivísimo y luego palideció mortalmente.

El día antes, al ver caer como herido por un rayo

á Luis de Figueroa al presentársele Luis, y pronunciar el nombre de Aurora, como si Aurora se le hubiera aparecido, Lola había supuesto que Luis era nieto de Luis de Figueroa.

Esta suposición la confirmaba el relato de don José.

—¿Y qué se hizo de esa criatura?—preguntó con acento trémulo Lola.

—Dios lo sabe,—respondió don José;—el *Taripó*, que sin duda se había llevado al niño, según dijo una persona muy allegada á usted, señorita, que sirvió en la granja también secretamente á la señorita Aurora, pereció.

—¡Oh, Dios mío!—exclamó Lola.—¿Y quién era esa persona tan allegada á mí?

—Era su madre de usted, señorita,—dijo con la voz aun más baja don José.

—¡Mi madre!—exclamó Lola, cuya perturbación seguía á medida que aumentaba la gravedad del relato de don José.

—Sí, señorita, sí; su señora madre de usted.

—¿Y cómo pereció el *Taripó*?

—Se le encontró muerto, despeñado en la sierra, sobre un sendero escabroso que conducía á Madrid, delante de la entrada de una cueva en que había recientes señales de haberse encendido un gran fuego más abajo, al pié de una escarpadura, por donde corría un pequeño riachuelo, se encontró el caballo del *Taripó*, muerto y comido en gran parte por los lobos y por los

cuervos; fué un gran milagro que estos animales carnivoros no devorasen al *Taripó*. No se comprende como esto puede ser; si así hubiera sido no hubiese podido reconocerse á aquel pobre, á no ser por sus ropas; pero se le reconoció bastantemente; no pudo haber duda de que era él; pero no se encontró sobre él una carta que llevaba consigo, y que sin duda estaba destinada al rector de la casa de maternidad de Madrid, según dijo su madre de usted.

—¿Pero y el niño?—exclamó con gran ansiedad Lola.

—No fué posible encontrarle, por más que se le buscó, ni siquiera hubo el más pequeño pedazo de su ropa, debieron llevárselo; ó tal vez se le llevaron piadosamente los que á juzgar por la ceniza de la hoguera, se habían quedado en la cueva, alguno ó algunos que en ella habían estado recientemente, sin duda para resguardarse de una gran tempestad de nieve que sobrevino poco tiempo después de la partida del *Taripó* con el niño, según el relato que hizo á su grandeza el difunto *Oclay* la señora madre de usted.

—¿Y cuánto tiempo hace que aconteció eso?—preguntó casi más interesada Lola.

—Día por día, mes por mes, año por año, vinticinco años, señorita.

—¿Y en todo ese tiempo no se han tenido noticias de aquel desgraciado nieto de mi padrino?—exclamó Lola, cuyo atardimiento, cuya perturbación, habían llegado á un extremo extraordinario.

—Nada, señorita, nada; gota de agua que cayó en el mar,—respondió don José.

—¡Veinticinco años!—exclamó Lola.—Tres antes de mi nacimiento.

—En efecto, señorita, después de estos sucesos su señora madre tardó en casarse tres años.

Inclinó Lola la cabeza sobre el pecho como para rehacerse de su perturbación.

Don José la miraba con los ojos impregnados, saturados de una vaga expresión de anhelo y de esperanza.

Había entrado en una situación de confianza con Lola.

Y aunque esto no fuese una razón para fundar nada sobre ella, ¿qué enamorado no se agarra á una sombra de esperanza?

—Don José,—dijo Lola levantando al fin la cabeza;—yo le agradeceré á usted mucho; acabe usted de ser bueno para mí.

Y los ojos de Lola, infiltraban en los turbados ojos del mayordomo un fluído candente, delicioso, embriagador.

Don José se estremeció y dijo con la lengua gorda, como si hubiera estado ébrio:

—La señorita puede disponer de mí, de mi vida.

La mirada de Lola se apagó.

Sobrevino la expresión de una severa gravedad en el semblante de Lola.

Don José se había equivocado.

La apasionada expresión que había aparecido en los negros y poderosos ojos de Lola, había provenido del sentimiento que tenía en el alma del recuerdo de Luis.

Don José sintió algo áspero, algo desesperante, algo indefinible que le estremeció é hizo pasar por sus ojos, por su semblante, una expresión de despecho.

—No quiero yo tanto como su vida de usted, don José,—dijo Lola con acento grave y frío,—ni mucho menos, sino que acabe usted de ser franco y leal conmigo. Yo encontraré medio de probarle mi agradecimiento.

—¡Ah, ah!—exclamó don José;—yo no lo hago por nada, sino por afecto á la señorita, por complacerla, por servirla. Yo conozco á la señorita desde que nació, sin que por esto sea yo muy viejo, porque apenas si tenía yo veinte años cuando la señorita nació.

—¿Y á qué viene eso?—dijo Lola con extrañeza.

—Es verdad, á nada,—respondió con acento compungido el mayordomo.

—Veamos,—dijo Lola.—¿Sabe usted á causa de la confianza con que le ha tratado mi padrino, si tenía en su poder algo que pudiese dar luz al asunto de que me ocupo?

—En verdad, en verdad, que no recuerdo,—dijo don José como combatiendo con su memoria, como excitándola á que le trajese un recuerdo determinante.—Ah, sí,—añadió después de algunos segundos de silencio:

—Un día, y aun no hace mucho de esto, en que yo entré descuidadamente en el aposento del *Oclay*; me lo encontré sentado en su gran sillón, doblegado, abatido; tenía en las manos un objeto que brillaba, y que contemplaba llorando. Yo quise retirarme por discreción pero me sintió.

—«¿Ah, eres tú, Pepete?—me dijo.—Me has sorprendido en un momento de dolor, mira.»

Y me mostró el objeto reluciente que tenía en las manos. Era una riquísima petaca de oro, guarnecida de diamantes.

—«Mira,—me dijo,—tú debes de tener ya borrado el recuerdo de mi pobre Aurora: ¿se la parece este retrato? Yo á fuerza de mirarle, de llorar sobre él, me confundo. Tú que lo ves por la primera vez, puedes al despertar tu recuerdo de mi desventurada hija, apreciar mejor el parecido de este retrato.»

—¡Ah, el retrato de Aurora!—exclamó con un vivísimo interés Lola.

—Sí, sí, señorita,—dijo don José.—Un retrato en esmalte de la señorita Aurora: un admirable retrato: yo la recordé por él perfectamente.

—«Esta alhaja,—continuó su grandeza;—me la regaló la pobre mía el día de mi santo, poco antes del terrible día de su muerte.»

Y el *Oclay* rompió á llorar, y besó sollozando el retrato de su desgraciada hija, de cuya pérdida no podía consolarse, á pesar del largo tiempo que había trascurrido desde el fallecimiento de su hija Aurora.

—«Tú conoces Pepete,—dijo el *Oclay*,—esta historia de desventuras, que has sorprendido en los delirios de mi dolor. Guarda el secreto de haber visto este retrato. La *Oclayi* está muy enferma, y si llegase á su noticia que yo conservo esta alhaja ya olvidada por ella, y quisiese verla, el recrudecimiento de dolor que esto la causaría, podría ser funesto para ella.»

Y levantándose encerró la petaca en el magnífico escritorio antiguo del siglo XVI, que su grandeza tenía, y estaba en su gabinete.

—¿Usted sabe donde están las llaves de los muebles de mi padrino?

—¡Ah, las tengo yo aquí en su propio llavero, en mi bolsillo!

Y don José sacó un pequeño llavero de acero en que había algunas llaves también.

—Cuando amortajaron á su grandeza, yo saqué de su bolsillo estas llaves y las guardé en el mío, para entregarlas después cuando hubiesen pasado los momentos agudos del dolor, á su grandeza la *Oclayi* doña Milagros.

—Yo le agradeceré á usted hasta lo infinito don José, que en mi favor cometa un robo,—dijo Lola infiltrando en el mayordomo una mirada, que le hizo ver á un tiempo el cielo y el infierno.

Lola era cruel con aquel pobre hombre.

Le fascinaba, atormentándole para llegar á su objeto.

Don José miró con pena, con atonía á Lola.

Se puso de pie y dijo:

—Un deseo de la señorita, es para mí sagrado. Espere usted, espere usted.

Y salió vacilante.

—¡Ah!—exclamó Lola.—Por fin voy á tener un indicio seguro ó se va á desvanecer una esperanza: ¿por qué al ver á ese hombre que me atormenta, que me enloquece, que me hace sentir furiosos celos, hacia mí hermana del corazón, por qué al verle mi padrino fué cogido por una convulsión terrible, pronunció el nombre de su hija Aurora y cayó muerto? ¡Ah, yo quisiera que hubiera vuelto don José! ¡No puedo sufrir mi impaciencia!

Pero la impaciencia de Lola, no fué de muy larga duracióu.

Pocos minutos después de haberse ido, volvió, y con las manos trémulas, entregó á Lola un estuche cubierto de piel de Rusia, de un bello color de avellana.

En él, en letras góticas doradas de relieve, se leía la siguiente dedicatoria:

«A su queridísimo padre en el día de su santo, su hija amantísima, Aurora.» Y por bajo la cifra del año.

Lola abrió atormentada de impaciencia el estuche, y lanzó un grito indefinible.

Había visto á Luis: de una tal y tan asombrosa manera se parecía Luis á su madre. No había más diferencia que el peinado y el traje de mujer.

Alrededor de la petaca que era riquísima, regalo de hija de millonario, se leía sobre esmalte azul la misma dedicatoria que aparecía en el estuche.

—Nadie sabe,—dijo Lola,—que esto existe: ¿lo entiende usted, don José? Esto es mío.

—Muy bien señorita,—dijo don José,—aunque por esto hubiera de acabar mi vida en presidio.

—No le recompenso á usted con dinero, ni cosa que lo valga,—dijo Lola;—porque esto sería humillarle á usted, pero cuente usted con mi amistad, con mi agradecimiento. Ahora, ruego á usted que me deje sola.

Don José salió sin saber en donde tenía la cabeza.

Lola aturdida también, cerró la puerta, y fué á sentarse junto á la chimenea.

Allí permaneció inmóvil durante algunos momentos, doblegada como si hubiera perdido la conciencia de sí misma.

Luego hizo un movimiento semejante al que despierta de un sueño penoso, y contempló con una expresión imposible de describir el bellísimo esmalte que representaba, sonriente, pura, y suprema de belleza, á Aurora.

CAPÍTULO XX

En que se ve la situación de espíritu en que se encontraba Lola.

Al cabo de algún tiempo Lola, alzó la cabeza.

Su hermosísimo semblante aparecía conmovido, trasfigurado.

—Ese hombre, ese hombre que no puedo arrojar de mi alma,—exclamó;—ese hombre que de momento en momento, se apodera de mi voluntad, y aniquila mi razón; ese hombre, es indudablemente como Milagros nieto de mi padrino.

Y radió en los ojos de Lola una expresión desesperada.

—Pertenece, indudablemente á la familia del *Oclay*, —añadió Lola;—es sin duda primo hermano de Mila-

gros. ¿Pero quién fue su padre? ¿Lo sabrá él? ¿Habrá buscado al *Oclay* para salir de dudas: ¿cómo conocería á Milagros? Ahora comprendo su marcado aire de familia con ella. Pero yo también he creido encontrar un aire de familia entre Milagros y yo; bien es verdad que mi madre era prima cercana de la *Oclayí* doña Rosa, y mi padre primo también aunque más lejano del *Oclay*. ¡Oh, Dios mio, Dios mio! Es necesario que yo esclarezca este misterio.

Lola teniendo siempre en las manos trémulas el retrato de Aurora, volvió á inclinar la cabeza sobre el pecho y permaneció así un largo espacio, como dominada, como anonadada por su sentimiento.

Volvió á rehacerse.

—Ese hombre,—dijo,—ha conocido indudablemente á Milagros en París. El ha reparado en la expresión de familia que existe entre él y Milagros, y por eso sin duda, también ha buscado á mi padrino; pero Milagros no le conoce; ¡ah, no, no, no puede haber habido una historia de amores entre Milagros y él. Ella le echó indignada, sin dar el más grave indicio de conocerle. ¡Oh, que tormento Dios mio; mis ideas se embrollan, se me escapa la razón, y este amor que crece, de una manera incomprensible, por el breve tiempo que ha pasado desde que le conozco.

Y en los ojos de Lola resplandecia una expresión sobrenatural en que había mucho de ese algo divino que existe en el alma humana, y la hace sentir á Dios.

—Es necesario;—dijo Lola,—que yo me ponga sobre mí, que mi voluntad sea superior á mi pasión. El la conocía; él cuando la vió, se apoderó de él una emoción terrible. Sin embargo anoche al presentarse á mí. se aturdió; cuando nos quedamos solos, creció su perturbación antes de que yo le dijese que yo no había estado nunca en París; me miraba con la misma ansiedad, con el mismo delirio con que ha mirado hoy á Milagros. ¿Me había confundido con ella? ¿Y si me había confundido, que habia visto en mí?

Lola se levantó de una manera nerviosa, y reteniendo con las manos crispadas el retrato de Aurora, fué á mirarse en el espejo de un armario.

—¡Ah!—exclamó.

Por fascinación, por perturbarción, por otra causa moral cualquiera, hubo un momento en que su imágen reflejada en el espejo, la hizo ver á Milagros.

Pero este parecido, estaba exclusivamente en la expresión de los ojos, de los cuales exhalaba el alma entera de Lola con todas las pasiones que los combatía.

Y esto, producía un efecto mágico.

Completaba el parecido de las otras formas.

Esta fascinación duró un momento.

Lola tenía un tipo muy semejante al de Milagros.

Existía entre las dos como ya se ha dicho un aire de familia.

Pero la hermosura de Milagros, era más altiva por decirlo así, era magestuosa y grave; cuando la de Lola era esencial y sencillamente dulce, acentuada por una

gracia verdaderamente gitana atractiva hasta lo infinito.

Lola se embrollaba más y más.

Sus rasgos semejantes á los de Milagros, se justificaron por provenir ambas de una misma familia.

Y decimos justificaron, refiriéndonos á las dudas que atormentaban á Lola, y que á veces como por una intuición poderosa hacía pasar por su imaginación una idea determinada y rápida como un relámpago.

Pero nosotros no tenemos duda del parentesco estrechísimo que existía entre las dos jovenes.

Ambas eran hijas de Pedro de Figueroa.

Milagros legítima.

Lola envuelta en el misterio; apareciendo por la bondad y por la generosidad y por el lijerísimo sentimiento de Aurora hija legítima de ella, y del marido que sin amarle por complacer al *Oclay*, para hacer posible la falsificación del origen de Lola, había aceptado por complacer á su pariente el *Oclay*.

Lola no había llegado á concebir la sospecha de si sería hermana de Milagros.

Lola se hubiera horrorizado á la sola idea del adulterio en la que creía su madre; y cuyo recuerdo era para ella un culto.

Lola no podía adivinar lo extraordinario de las circunstancias por las cuales una mujer extraña á ello, podía haber aparecido pública y legalmente como madre suya.

No podía darse una situación más inesplicable, más extraña, más enrrevesada, más dificil que la en que se encontraba Lola.

No podía resistir su impaciencia por volver á ver á Luis.

Era sin embargo necesario respetar, no solo las conveniencias sociales, sino también los deberes de familia.

Porque Lola con justa razón, se consideraba como de la familia del *Oclay*.

No podía volver por el momento á la taberna.

No podia preguntar al inspector don José.

Era de todo punto forzoso que ella permaneciese al lado de la doliente Milagros, amenazada tal vez de una enfermedad gravísima.

Además debía celebrarse el oficio de difuntos católico por el alma del *Oclay* al día siguiente.

Era pues necesario resignarse á esperar, aunque aquella espera fuese insoportablemente dolorosa.

En aquellos momentos en que Lola, excitada, nerviosa, calenturienta, sufria el embate de la terrible situación en que se encontraba, apareció en la puerta don José y la dijo:

—Su grandeza la *Oclayí*, desea que la señorita vaya á su lado.

—¡Ah, voy, voy al momento!—dijo Lola.

Don José se retiró.

Lola se compuso el ligero desórden de su traje y de su peinado.

Después de arreglarse, salió rápidamente impulsada por un vivísimo interés.

¿Para que podía llamarla Milagros?

¡Se sentiría acaso más enferma!

CAPITULO XXI

De la grave conversación que tuvieron Milagros y Lola, y de cómo la cortó muy á punto el Berdejí.

Encontró á Milagros levantada y no tan abatida como hubiera sido de suponer.

Aparecía en ella sí, un dolor profundísimo; pero al mismo tiempo, soportado por una gran firmeza, por una gran energía.

Lola la miró con asombro.

Milagros aparecía bajo una nueva faz ante ella.

Algo imponente se reflejaba en Milagros.

Sin embargo, miró con amor, con ternura á Lola, y la dijo con acento dulce y cariñosísimo:

—Ven, Lola mía, ven y siéntate á mi lado.

Lola acercó un sillón al de Milagros y se sentó en él.

—¿Por qué te has levantado?—dijo Lola con dulce acento de reconvención.

—¡Ah!—respondió Milagros;—el lecho me arrojaba de sí, sentí en él un malestar penosísimo: necesitaba, además, verte, y que te persuadieras de que he recobrado todas mis fuerzas; de que no estoy absolutamente en el menor peligro; quiero, además, prepararte con tiempo para que te resignes á un dolor que yo experimento ya. Vamos á separarnos, Lola mía,—añadió Milagros asiéndola tiernamente las manos.

—¡Separarnos!—exclamó Lola que se había puesto pálida.

Extrañas ideas le habían acometido.

Volvía á dudar de si Milagros conocía á Luis.

De si entre ellos había alguna historia.

—Sí, es necesario, de todo punto necesario que nos separemos. Tal vez esta noche mismo. Es indispensable que tú te quedes al frente de la casa.

—Creo que para eso, bastaría don José;—dijo con un acento extraño Lola:—No se puede dudar de su fidelidad y honradez.

—No, no, es irremediable el que nos separemos.

—¿Y por qué?—preguntó de una manera sombría Lola.

—No puedo, no debo decírtelo,—respondió Milagros;—no insistas, no me obligues á arrepentirme de no haber desaparecido sin despedirme de tí.

—Pero esto es atormentarme,—dijo Lola.—¿Qué causa hay que justifique esa extraña determinación tuya?

—Dios lo sabe,—dijo Milagros;—no me atormentes

insistiendo. Yo te amo, yo te amo, como si fueras una parte de mi ser, pero yo no te diré por qué razón desaparezco.

Lola comprendió que nada recabaría de Milagros, y se rehizo.

—¿Será acaso, —dijo, —que tú no aceptas el *Oclayato*, que huyes, que te repugna invenciblemente el ser nuestra reina?

—Ya te he dicho, —contestó con dulzura, pero con firmeza Milagros, —que yo no me avergüenzo de mi raza; que yo no reniego de ella. Y ahora añado, que he aceptado la alta investidura que reconociendo mis derechos se me ha dado, y la he aceptado con un lejítimo orgullo. Yo debo ser y lo seré, lo que han sido mis ascendientes. Ya he llamado al Berdejí, á encargarle del gobierno del pueblo de Dios, durante mi ausencia; le estoy esperando.

—Pero ya que has tomado una resolución irrevocable, —dijo Lola; —¿no podré yo saber cuánto tiempo estarás separada de nosotros, y si durante ese tiempo obtendré noticias tuyas?

—Eso, dependerá de las circunstancias, —respondió Milagros.

—Tú no sabes el dolor que me causas con tu reserva, —dijo Lola.

—Lo sé, y me acongojo, te lo repito, te amo con toda la ternura de una hermana.

—¡Y no confías en mí!

—Perdóname Lola mía, —dijo Milagros; —y com-

prende que cuando yo no te revelo la causa de mi ausencia, es porque no puedo ni debo revelártela; basta con que Dios la sepa.

—Me aterras Milagros,—dijo vehementemente Lola; —yo no sé que encuentro en tu mirada; yo no me separo de tí; para que yo no te siga á donde vayas, será necesario que me maten.

—No demos en exageraciones, Lola mía,—dijo Milagros acreciendo en firmeza, sin dejar su expresión y acentos cariñosos.—Nada temas por mi vida: yo tengo fuerzas para resignarme á la voluntad de Dios. Yo volveré, no sé cuando, pero volveré; es indispensable que tú te quedes aquí, que vigiles al Berdejí: ese hombre me parece un miserable, capáz de todas las infamias de un traidor.

—¿Y qué puedo yo hacer?—dijo.

—Tú, y tu hermano, y vuestros amigos, tenéis una gran visible influencia sobre los que Dios ha hecho mis súbditos, no perdáis ni un momento de vista al Berdejí; adivinadle si es necesario; prevenid sus conspiraciones, y destruirlas en todo caso.

—Haremos por tí todo cuanto nos sea posible, hasta perder la vida,—dijo Lola.—¿Pero cómo podemos avisarte si hubiera una absoluta necesidad de ello?

—No será necesario que me aviséis, yo lo sabré todo.

—Pues si eso es así,—dijo resentida Lola,—estarás acompañada de personas que te inspirarán más confianza que yo.

—Esas personas están envueltas en el suceso que

me obliga á permanecer por un período indeterminado, ignorada de todo el mundo.

—¡Ah!—exclamó Lola.—No me atrevo á creer, que lo que acabas de decirme sea una terrible revelación.

Milagros se hirió, apareció una fiera, una indudable expresión de dignidad en su semblante.

—Ni delante de los hombres, ni ante Dios, que ve mi conciencia, hay la más leve mancha.

—¡Ah!—exclamó Lola, ya perdida la razón.—Pero tú no has amado.

Se extraviaron los ojos de Milagros.

—Yo no sé lo que es el amor,—dijo,—pero concluyamos, Lola de mi alma; no aventures ningún juicio, no me atormentes más: mi resolución es irrevocable.

Muy á punto por cierto para cortar aquella conversación que se iba haciendo más y más candente, mucho más peligrosa, apareció en la puerta un criado, que se inclinó profundamente y dijo con voz respetuosa anunciando:

—Gran señora: el bato-puró mayor que dice haber sido llamado por vuestra grandeza.

—Que espere un momento,—respondió Mílagros.

El criado, que representaba un oficio muy semejante al de gentil-hombre se retiró.

—Ahora, Lola mía,—dijo Milagros, ve á ocultarte tras de aquella puerta: es conveniente que observes al Berdejí durante su conversación conmigo.

Lola se ocultó.

Milagros dió dos palmadas.

Volvió á aparecer en la puerta el mismo criado.

—Dile al Berdejí que ya estoy dispuesta á recibirle.

El criado se fué.

A poco entró el Berdejí, encogido y suave como un zorro.

Al llegar á una cierta distancia, se inclinó profundamente.

CAPÍTULO XXII

Ee que empieza á manifestarse bastantemente el carácter de Milagros.

—Prescinda usted de ceremonias, don Diego,—dijo Milagros con acento de todo punto afable;—y siéntese usted á mi lado.

—¡Oh, tanta honra, gran señora!

—No tanta, como la que usted merece don Diego.

Este había mirado con un recelo interno, recelo que no había salido á su semblante, el sillón, en que junto á Milagros había estado sentada Lola.

Además le inquietaban las puertas, que estaban en otros dos lados del gabinete, cubiertas con sus tapices de invierno.

Tras aquellas puertas podía estar escuchando álguien.

El Berdejí como todos los conspiradores, no tenía tranqnila la conciencia y desconfiaba de todo.

No conocía además el carácter de Milagros.

No la había tratado.

No la había visto hasta el día anterior en que fué llamado á causa de la muerte de Luis de Figueroa.

Sabía que Milagros, estaba en la casa de su abuelo, en la calle de Fuencarral porque había corrompido á uno de los altos servidores del *Oclay*, para que le espiase á éste y le diese cuenta de todo lo que observase.

Para decirlo de una vez, este alto servidor, era el mayordomo don José.

El Berdejí sabía conspirar y usaba de todos los medios para llegar á su objeto.

Ya sabemos que tenía empleado á Pizpiteja para vigilar cuando fuese á Madrid á Micaela, la *Manclayí* de los *anda-rios*, y también sabemos que además de estar enamorado de ella, contaba ó creía contar con el tio Botanas para que unidos con los revolucionarios de la gitanería de Madrid, destronasen á Luis de Figueroa.

Conseguido esto, proclamado *Oclay* el tio Botanas el Berdejí debía casarse con Micaela después de lo que el tio Botanas, renunciaría el *Oclayato* en favor de su hija por lo que y siendo marido de ésta el Berdejí, él vendría á ser el verdadero *Oclay*.

Ya hemos dicho esto anteriormente pero lo repetimos para mayor claridad.

Los sucesos que tuvieron lugar en el subterráneo del merendero de la hermosa Blasa, habían destruido la ambiciosa trama del Berdejí.

Había en fin acabado completamente con ella la

muerte repentina del *Oclay*, á la que había seguido la proclamación de Milagros, que el Berdejí, no había podido impedir.

No estaba preparado.

Se había visto obligado á bajar la cabeza ante la ley tradicional, ante el derecho hereditario, reconocidos por la gitanería.

Era necesario preparar otra insurrección.

El Berdejí no había podido tener, por medio del traidor mayordomo, noticia alguna del carácter de Milagros.

Don José no había podido decirle sino que la *Manclayí* era silenciosa, que estaba dominada por una profunda melancolía, que parecía dulce y buena; pero que de tiempo en tiempo pasaba con sus hermosos ojos una rápida expresión, un como relámpago de bravura y aun si se quería de ferocidad.

Un signo de raza y aun hereditario de familia.

El *Oclay* difunto tenía también esta singularidad en la mirada.

Este solo dato, había hecho que el Berdejí se pusiese en guardia.

Que observase con prevención á Milagros desde el punto en que la vió por primera vez el día antes.

Irritada, dolorida Milagros, violentamente impresionada por Luis, sobreescitada, había dejado ver al Berdejí un alma enérgica, violenta, dotada de una extraordinaria fuerza de voluntad y de una grande inteligencia.

Había habido un momento, en que su mirada había hecho estremecer por su expresión profunda y brava y atenta como obedeciendo á un instinto de recelo, al Berdejí.

Este comprendió que era perfectamente antipático para Milagos.

Que desconfiaba de él.

Que se prevenía.

Aquella expresión había pasado.

Pero había quedado fija en la memoria del Berdejí.

Por esto había visto con recelo el sillón que junto á sí tenía Milagros, en el que recientemente debía haber estado sentada otra persona, y le causaban además inquietud las puertas cubiertas por los tapices, detrás de los cuales podía haber álguien.

Por lo demás, Milagros le dejaba ver una expresión dulce, dolorida, melancólica.

Esta expresión la embellecía.

Lo negro de su luto aumentaba su belleza.

Milagros parecía un ángel triste.

Estaba conmovedora.

El Berdejí estaba irritado por una sensualidad viciada, corrompida á pesar de estar enamorado de Micaela, é irritado y celoso hasta el frenesí por el casamiento de aquella, se sintió extraordinariamente impresionado, cogido por Milagros.

Empezó á decrecer, á debilitarse en él la pasión rabiosa que por Micaela sentía.

Este era un primer paso en el cambio de afectos,

de ideas, y de propósitos del Berdejí, que no renunciaba á su ambición.

Si lograba interesar á Milagros, el logro de sus deseos era más fácil.

No había necesidad de revolución alguna.

Pero el Berdejí comprendía cuán difícil era que Milagros se interesase por él hasta el punto de tomarle por marido.

El era un hombre ya muy talludo, pasado de los cincuenta años, y no podía conservar ningún resto de atractivo para seducir á una mujer independiente, poderosa y rica, porque no le habia tenido nunca, era más que nada un zorro hipócrita, dotado de una astucia extraordinaria.

El no había podido interesar á las mujeres, si no de una manera utilitaria.

El había tenido, y podía tener amores con mujeres pobres trabajadas por la miseria, ó bribonas corrompidas atentas sólo al interés.

Por esto, el Berdejí que no se engañaba así mismo se había mantenido soltero, sin considerar las mujeres sino como un manjar apetitoso, más ó menos caro.

Para con Micaela, verdaderamente enamorado, había contado con la intervención de la tiranía paternal, tan poderosa entre los gitanos.

Pero ya hemos visto que el tío Botanas había obrado de mala fé y que se preparaba para librarse de la influencia del Berdejí, saliéndose de la jurisdicción de

Madrid y no parando con sus *anda ríos* sino cuando estuviese muy lejos.

Los sucesos que tuvieron lugar en el merendero lo cambiaron todo.

Después Milagros se había impuesto sin quererlo al Berdejí, combatiendo en él la pasión que por Micaela sentía.

En fin, la nueva situación en que el Berdejí se encontraba era dificilísima, y se hacía necesario un gran tacto para dominarla.

Milagros era para el Berdejí, un misterio que le inquietaba.

Hombre de inteligencia viva y sutil, ayudada por una larga experiencia, comprendía contemplando á la doliente, á la melancólica *Oclayí*, que su dolor, que su profunda melancolía, no era sólo por la muerte de su abuelo.

¿Vería en ella además el Berdejí, un desventurado sueño del corazón que atormentaba á Milagros?

La causa de aquel sueño, debía ser un hombre, y un hombre adorado.

Uu gravísimo obstáculo para el Berdejí.

Era de todo punto necesario descubrir quién fuese aquel hombre.

El Berdejí, estaba pues, en campaña, y como vulgarmente se dice, con todos sus cinco sentidos abiertos.

Milagros agravó su cuidado diciéndole apenas se sentó:

—Señor don Diego... cuento con usted, y con una absoluta confianza.

—Todo cuanto yo soy, puedo, y valgo, hasta mi vida,—dijo suave y solícitamente el Berdejí,—está á los piés de vuestra grandeza.

—Ruego á usted, prescinda de ese tramiento á que no estoy acostumbrada y que me contraría.

—¡El nacimiento de vuestra grandeza!..—dijo el Berdejí.

—Yo se bien á lo que mi nacimiento me obliga,—dijo Milagros, interrumpiendo al Berdejí;—á mirar por los de mi raza, ampararlos, á sacarlos de los atolladeros en que caigan, á ser, en fin, lo que para ellos ha sido mi inolvidable abuelo. Pero estas formas egregias que tienen lugar en la sombra por la superstición y le tradición de los nuestros, me parecen ridículas.

—Sin embargo,—dijo el Berdejí.—El pueblo de Dios, no puede dejar de mirar con veneración y obedecer ciegamente so pena de alta traición y de perdición del alma, á sus reyes que vienen del oscuro de los tiempos, y por sus reyes á sus ancianos, á sus duques, á sus justicias. Nuestro pueblo que está todavía proscripto y errante por el mundo, sufriendo una espiación la causa de la que es un misterio. Un día cuando por la misericordía de Dios, esa espiación termine, nuestro pueblo lo dominará todo; y en vez de ser esclavo, esclavizará á las gentes.

—Todo eso,—dijo Milagros,—está muy bien en la

creencia de nuestros hermanos; pero usted es un hombre culto, civilizado, don Diego, conocedor de las vanidades de la vida y de las supersticiones de las razas en que está dividida la humanidad. Yo me he educado en otra atmósfera y responderé á la educación que mi abuelo con un completo conocimienco de causa, ha hecho que se me de. Ye viviré en la sociedad, respetando sus costumbres, y en la posición en que estoy por la gran fortuna que mi inolvidable abuelo me ha dejado. Sin dejar por esto, de ser gitana de corazón puesto que gitana he nacido, y he de protejer en cuanto me sea posible, y aun más allá á los mios. En una palabra; yo seré lo que el difunto *Oclay*.

—Pero las formas entre nosotros, gran señora,—dijo el Berdejí,—son más necesarias sino se quiere destruír por completo el pueblo de Dios...

—Acabemos, acabemos de una vez, don Diego,—dijo con impaciencia Milagros.—Sean cuales fueren las circunstancias en que me vea colocada, yo las venceré, sin vacilación y sin miedo. Puede usted estar seguro de ello. Quiero la independencia de mis acciones, y cuento para ello con la lealtad de usted, don Diego.

—¡Ah, gran señora, mi ser entero!...—respondió inclinando la cabeza y con acento ponderativo el Berdejí.

—Bien,—le interrumpió con más impaciencia aun Milagros;—pero pruébeme usted su adhesión obedeciendo. Trateme usted llana y lisamente como un hom-

bre bien educado trata á una señora particular. Lo demás, lo repito, me molesta: me parece extraordinariamente ridículo.

Con tal firmeza dijo Milagros sus últimas palabras que el Berdejí no insistió.

Se doblegó á la voluntad de Milagros, y la dijo:

—Pues bien, mi señora doña Milagros, usted puede disponer de mí, como dispuso su ilustre padre,—dijo el Berdejí;—pero siempre con una ponderación de respeto.

—Yo,—dijo Milagros,—voy á salir hoy mismo de Madrid, sin que nadie sepa ni aun usted mismo, el lugar donde voy. Tenga usted entendido que si con los medios con que usted cuenta me hace seguir, me hace vigilar, yo lo sabré irremisiblemente, y entonces usaré ámpliamente, sin vacilación de ninguna especie, del poder que me da mi nacimiento: entonces seré verdaderamente la *Oclayí*.

—¡Ah, señora!—dijo el Berdejí siempre sumiso y adulador.—Me desconsuela en el alma la desconfianza de que usted me da una muestra palpable.

—Yo no desconfío de la lealtad de usted, don Diego,—dijo Milagros tranquila y persuasivamente;—lo que yo temo en usted es un exceso de lealtad, de celo; pues bien, voy á ser por un momento la *Oclayí* con todo su poder. Es mi voluntad suprema que todos los nuestros, incluso usted, ignoren lo que de mí sea ó haya sido hasta que yo vuelva.

—Me someto á la alta voluntad de usted, señora

doña Milagros; ¿pero quién durante su ausencia nos gobernará?

—¿Quién sino usted?—dijo Milagros.

—Para eso se necesita una declaración en forma, —dijo el Berdejí.

—Extiéndala usted,—dijo Milagros.

—Yo no soy suficiente; es necesario dar cuenta á la junta suprema de bato-purós ó ancianos.

—Entiéndase usted con ellos,—dijo Milagros;—y esto cuanto antes: dentro de una hora todo ha de estar concluido.

—Muy bien, señora,—dijo el Berdejí;—yo haré que vengan aquí, particularmente, el uno después del otro, los doce indivíduos de la junta suprema. Es necesario tener dispuesto el gran sello del *Oclayato*. Yo traeré el que representa mi dignidad. El acto se celebrará, si á usted le parece en el que fué despacho del difunto *Oclay*.

—Perfectamente,—dijo Milagros;—pero no perdamos el tiempo: vaya usted.

El Berdejí se levantó, saludó profundamente á Milagros y salió.

Milagros fué á la puerta por donde había salido y la entreabrió.

Le vió salir por otra puerta.

Entonces Milagros atraveso el salón á que aquella puerta pertenecía y la aseguró.

Cuando volvió se fué al portier que ocultaba á Lola.

—Ya puedes salir,—la dijo Milagros;—ese misera-ble no puede escucharnos.

Lola aparecía, pálida, sombría, irritada.

Las dos fueron á sentarse junto á la chimenea.

Por algún tiempo permanecieron en silencio.

Las dos parecían extrordinariamente excitadas.

CAPÍTULO XXIII

En que las dos hermanas, se embrollan recíprocamente sobre sus recíprocas intenciones.

Al fin Lola dijo:

—Sí, sí, tienes razón, hermana mía.—No te has engañado; ese hombre, es un infame.

—¿Le has observado bien?—dijo Milagros,—¿has visto que á pesar de su hipocresía, de sus humillaciones, de sus adulaciones, revosaba de él indudable la traición?

—¡Oh sí!—dijo Lola; pero yo no necesitaba de esta observación reciente, como tú. Veo con satisfacción que tienes don de gentes, que por instinto conoces en conjunto las cualidades malas ó buenas de la persona con quien hablas; pero yo, á causa de los amoríos de mi hermano, con la que ya es su mujer, y de la que estaba enamorado mortalmente ese pícaro, había sospechado, y áun adivinado que él consp'raba traidora-

mente contra mi padrino, y estaba alerta. ¿Y á un hombre así, vas á dejarle en tu lugar?

—Me importa tan poco, ese lugar,—dijo Milagros, —que me alegraría mucho me arrojasen de él.

—No te consiento que digas eso, ni que áun lo pienses,—dijo Lola.—Tu no te perteneces, perteneces á los que Dios ha puesto bajo tu gobierno.

—Cumpliré extrictamente con mi deber,—dijo Milagros;—pero esto no supone que yo me sienta felíz por la posesión de ese poder que he heredado.

—Vengamos á lo que importa,—dijo Lola,—es una temeridad la delegación de tu autoridad en ese hombre.

—Me veo obligada de una manera invencible á ello.

—¡Otra vez tu secreto!

—Te ruego que lo respetes.

—Y bien,—dijo Lola después de algunos momentos de meditación.—No me importa tanto como yo creía la delegación de tu poder en el Berdejí. Yo conozco á quien sujetará de una manera bastante á ese traidor.

—¿Y quién?—dijo Milagros.

—Un hombre que por su nacimiento, es próximo pariente tuyo, muy próximo.

Lola trabajaba ya por su cuenta.

Exploraba á Milagros.

—¿Pero quién es?—dijo esta.—Mi abuelo no me ha hablado de ningun pariente próximo; muy próximo como tu dices. Yo no conocia más parientes nuestros que

tú y tú hermano y aún así, á tu hermano no le conozco personalmente.

—Al que yo digo le conoces.

—¿Qué le conozco?

—Sí, le viste por primera vez ayer, durante un breve espacio.

Milagros se puso pálida y se estremeció levemente.

—¿Quién?—dijo,—¿aquel á quien yo arrojé indignada?

—El mismo,—dijo Lola yéndose decididamente como si dijéramos en una estocada á fondo.

El resultado fué inmediato.

A la pálidez de Milagros, sucedió un vivísimo color.

Sus ojos se estraviaron por un momento.

Lola recargó.

La impulsaban sus celos.

Pero su acento, fué dulce y cariñoso.

—Ese sujeto,—dijo,—es primo hermano tuyo.

—¡Primo hermano mío!—exclamó aturdida Milagros.

—Sí, hijo de tu tia Aurora.

—¡Pues qué, he tenido yo una tia que se llamaba Aurora?

—Sí, hermana de Pedro de Figueroa, de tu padre.

—Mi abuelo no me ha hablado nunca de esa tia de que tú me hablas.

—Es una historia muy triste,—dijo Lola,—y que ha acabado por abreviar la vida de mi pobre padrino.

Yo no la sabía; hoy me la ha revelado tu mayordomo que es otro traidor; y me ha procurado además una prueba de que no puedes dudar.

—¿Y qué prueba es esa?—dijo Milagros cuya emoción crecía.

—Vas á conocer á esa desventurada tía tuya.

Y sacó el estuche que contenía la petaca: le abrió y dejó ver el retrato de Aurora á Milagros.

Esta se inmutó, ahogó un grito y dijo con la voz cobarde y temblorosa.

—¡Ah, sí, sí; él, él, indudablemente esta señora era su madre.

Lola sintió una desesperación cuya expresión contuvo á duras penas.

Milagros refiriéndose á Luis, no había dicho ese *hombre,* había dicho *él*, que había dejado sentir á Lola un profundo apasionamiento; pero cuya calificación era muy dudosa.

Tanto podía tomarse como manifestación de ódio, ó como manifestación de amor.

Lola continuó.

—La dedicatoría que tiene esta petaca, te probará que la señora representada en el retrato, era hija de tu abuelo, y la fecha te dejará conocer que conviene con la edad del hombre que ayer viste por primera vez.

Milagros tomó con un vivísimo interés la petaca y leyó la dedicatoria.

—Sí, sí, no hay duda,—dijo continuando en la contemplación del retrato, con una expresión que ator-

mentaba terriblemente á Lola.—El parecido es maravilloso. No puede dejar duda alguna; es mi primo hermano.

—Mi pobre padrino, le conoció en cuanto le vió, y esto, le causó una impresión tal, que le mató.

Estas palabras, eran cruelmente intencionadas.

—¿Pero cómo? ¿Quién le trajo?—dijo en el colmo de una perturbación dolorosa Milagros.

—Le traje yo, inocentemente, ignorante de todo,—dijo Lola.—Yo no había oido hablar nunca de tu tía. Yo no había visto ningún retrato suyo. Si le hubiera visto, hubiera reconocido á don Luis al hijo de Aurora, cuando éste se me presentó.

—¿Que te se presentó?

—Sí. antes de ayer fué á nuestra taberna solicitando ser presentado por mí, al abuelito, y alegando que tenía para ello razones poderosas, que no podía manifestar. Si yo hubiera previsto las terribles consecuencias que debía producir su presentación al abuelito, no le hubiera traído. ¡Oh, qué momento tan terrible, Dios mío! En cuanto el abuelito le vió, se levantó violentamente, extendió hacia él los brazos temblorosos y exclamando: ¡Aurora! cayó muerto sobre el sillón.

—¡Oh, qué horror!—exclamó Milagros.—Pero aquí,—añadió con acento desesperado,—debe haber una maldición: esto parece una pesadilla causada por Satanás.

Y Milagros inclinó su hermosa cabeza sobre su seno.

Lola guardó silencio, conteniendo la expresión encontrada de las terribles pasiones que la agitaban.

—¿Y cómo has llegado tú,—dijo después de algunos instantes Milagros,—á descubrir por este retrato que él era indudablemente mi primo hermano?

—El nombre de Aurora,—respondió Lola,—me sirvió de medio. Don José que ha incurrido en la necedad de aficionarse de mí, me vendió el secreto; y me entregó ese retrato.

—¡Pero el secreto!...—dijo Milagros.

—Aurora se fugó enamorada de la casa paterna,—dijo Lola,—con un hombre con quien no la hubiera casado nunca su padre. Y oculta de tal manera, que no se la pudo encontrar, dió á luz un hijo. Este hijo fué enviado por ella transitoriamente á la casa de espósitos de Madrid.

En fin y para no repetir lo que ya saben nuestros lectores, Lola acabó de relatar á Milagros lo que sabía de aquella trístisima historia.

Milagros la escuchó doblegada.

Cuando Lola acabó, dijo ella.

—Pero cuando él te se presentó solicitando que tú le presentases á mi abuelo, él debía conocer el secreto de su orígen.

—No lo sé,—dijo Lola.—El no pasó de manifestarme, era de un extraordinario interés para mi padrino, el que él le conociese.

—Lo que ha sucedido es terrible,—dijo Milagros.—No me vuelvas á hablar de ese hombre; ese hombre

me causa horror, su nombre solo me enfurece. El, él ha causado la muerte de mi abuelo.

—Pero inocentemente, Milagros; él no podía preveer lo que sucedió.

—No importa, ni una palabra más acerca de ese hombre. Yo te lo suplico y toma, toma ese retrato: no quiero ver á esa señora que tanto se le parece.

Y cerró el estuche, y lo devolvió á Lola.

Esta sufría horriblemente.

No sabía á qué atenerse, respecto á lo que sentía Milagros á causa de Luis.

Pero disimulaba admirablemente lo que sufría.

Se mostraba conmovida y afectuosa.

Milagros por su parte, disimulaba también.

Adivinaba más aún, veía algo terrible en Lola.

Esta continuó.

—Es necesario que te desimpresiones, que no culpes á tu primo de una desgracia, que indudablemente él no hubiera querido producir. El tiene sin duda derecho á ser reconocido por su familia.

—En buen hora,—dijo con firmeza Milagros.—Pero que todo eso, sea lejos de mí; siento un aborrecimiento mortal á ese hombre. No me necesita á mí, para hacer valer sus derechos. Y si él quiere, yo le cedo esta malhadada autoridad, que he heredado.

—¡Y yo que contaba con él,—dijo Lola,—para que durante tu ausencia te defendiese de una traición dominando al Berdejí, anulándole!

—Yo levanto mis manos,—dijo Milagros.—Haced

lo que creyéreis conveniente para salud de nuestro pueblo; pero que no se me obligue á volverle á ver; me recordaría de una manera violentísima la muerte de mi desventurado abuelo. Ese hombre me causa horror.

—¡Quién sabe,—dijo Lola,—lo que te tiene guardado el porvenir!

—En todo caso,—respondió Milagros;—se cumplirá la voluntad de Dios, no la mía.

Lola sintió en medio de su perturbación una especie de consuelo.

Era indudable que Milagros no había conocido á Luis.

Que le había visto por primera vez.

Este consuelo se amargaba por la vehemencia enemiga de Milagros contra Luis.

Era de todo punto exagerada.

Lola temía que Milagros hubiese sentido por Luis una impresión semejante á la que ella había sentido al verle.

¿Pero por qué, si así era, no se dejaba persuadir?

Lola se perdía en un mar de confusiones.

La iban faltando las fuerzas para dominarse, para no provocar una explicación completa.

Afortunadamente, un criado anunció á don Diego.

—Vete,—dijo Milagros á Lola;—yo voy al despacho de mi abuelo á recibir á ese infame y á los que tras él vendrán.

Y Milagros salió, dejando inmóvil y aturdida á Lola.

CAPÍTULO XXIV

En que se vé que Milagros tenía el alma más grande y más generosa que Lola.

Poco después de haber recibido Milagros al Berdejí, fueron llegando los doce bato-purós, ancianos ó alcáldes de los doce distritos de la gitanería de Madrid.

Milagros, les expuso lo que ya había expuesto al Berdejí, y les exigió, no se la pidiese explicación alguna.

Tal era y tal es, la absoluta, la suprema autoridad de su *Oclay* entre los gitanos, que ninguno de los miembros de la junta suprema allí reunidos, osaron aventurar la más leve observación.

El Berdejí, extendió un decreto, por el cual la *Oclayí* le encargaba de representar y ejercitar su autoridad, durante una ausencia suya, cuyo límite no se expresaba. Como tampoco el lugar ó lugares donde durante aquella ausencia, debía residir la *Oclayí*.

Milagros firmó.

Firmó el Berdejí.

Los otros doce, confirmaron al uso de la Edad-Media el decreto, al que se puso un sello en el que aparecía una especie de dragón informe, orlado con una inscripción en caracteres desconocidos de una apariencia bárbara, como el dragón con un estilo originario que revelaban la remota antigüedad de aquel sello.

Indudablemente y sin que la gitanería inferior vulgar lo supiese, ni aun lo sospechase, había sobre ella una misteriosa secta secreta.

Después de llenas estas formalidades, y de encargar Milagros á sus próceres fuesen todo lo suntuosos posibles los funerales de su abuelo, se despidió de ellos definitivamente, hasta el día que volviese de su ausencia.

El Berdejí, y los otros doce, saludaron con un profundo respeto á Milagros, y salieron el uno tras el otro.

Milagros no se movió del rico sillón en que estaba sentada, y en el que tantas veces se había sentado su abuelo, para presidir como *Oclay* uno que hubiera podido llamarse consejo de ministros, formado por el Berdejí, y por los doce alcaldes jefes de distrito; junto al que ocupaba Milagros, había otro sillón ostentoso también, aunque no tanto como el de Milagros.

Al uno y al otro lado de la mesa, que era prolongada en sus extremos, había doce sillones más pequeños.

Un rico tapete de gruesa seda carmesí, cubría esta mesa, y sobre ella se veían una grande y magnífica

escribanía, una campanilla, y dos grandes candelabros. Todo esto de plata maciza, ricamente labrada y cincelada.

Al frente de esta mesa, en un entrepaño entre dos balcones, había un pequeño armario, un mueble de rica ebanistería tallado é incrustado de nacar, de marfil, y de alambre retorcido de oro y plata.

Aquel mueble era antiguo.

Remontaba por lo menos al siglo XVII.

Cuando se abrían sus dos puertas, se veía un encasillado, cuyos huecos estaban llenos de papeles atados en legajo.

En el hueco del centro, estaba con una puertecilla particular formada por una plancha dorada, en que aparecían el dragón y la inscripción de que ya se ha hablado, lo que podía llamarse el sello real, con su tintero especial.

Aquella puertecilla tenía una llave aparte, que siempre estaba en poder del *Oclay*, que la daba á su lugarteniente el bato-puró mayor, cuando había necesidad de usar del sello.

Cuando éste se reponía en su lugar, el bato-puró mayor devolvía la pequeña llave que era de oro, al *Oclay*.

Detrás del sillón que podía llamarse real, había un tapíz de seda rojo en forma de dosel, y en el cual bordado en negro, aparecía el dragón simbólico.

Las paredes de este gabinete, que era pequeño así como su alfombra, eran rojas también.

En el techo pintado, en que se representaba un celaje sombrío, se veía el dragón lanzado al vuelo.

Una vez dentro del gabinete, no se conocía la puerta por donde se entraba en él.

Era secreta, y estaba disimulada por la tapicería.

Por la parte de fuera, aquella puerta estaba disimulada también por un grande espejo, que formaba parte de la ornamentación de un bello gabinete.

Todo esto, pues, tenía un carácter misterioso.

Un verdadero carácter de sociedad secreta.

Para encontrar aquel despacho, gubernamental por decirlo así, hubiera sido necesario, tener el plano de la casa. Los dos balcones de aquel despacho, daban á un estrecho patio, que se elevaba como un gran cañón de chimenea, y al cual no había ningún otro balcón ni ventana, desde su fondo, hasta el límite de su altura.

Así pues, como el gabinete estaba situado en el piso principal, la luz que penetraba por los dos balcones en el gabinete, era cansada, sombría, tétrica.

La entrada secreta tenía un resorte que sólo conocían el *Oclay*, y su lugarteniente, así como sólo los dos bato-purós, conocían la existencia del despacho.

Todos estaban obligados con juramento, á guardar el secreto de la existencia de aquel que podía llamarse despacho de estado.

Más adelante conoceremos las relaciones que el gobierno superior de la gitanería, tenía con otras sectas secretas, cuyos individuos estaban muy lejos de pertenecer á la raza flamenca.

En cuanto á los gitanos vulgares, en cuanto á la gran masa, ninguno conocía, ya lo hemos dicho, estos secretos.

Los bato-purós, ó alcaldes inferiores, no estaban iniciados.

Ellos no conocían más que el lenguaje, el rito particular, y las tradiciones y costumbres de su raza, que para los castellanos eran también desconocidas.

Milagros no estaba iniciada aun.

No había habido tiempo.

Y todo aquello, la hubiera impresionado, sino hubiera estado impresionada por otras sensaciones más poderosas para ella, que el dominio sobre la gitanería, y las relaciones que existían entre el gobierno de aquella, y otras sectas secretas.

Milagros había permanecido inmóvil en su sillón.

El Berdejí había dejado abierta la puerta secreta: si la hubiera cerrado Milagros, no hubiera sabido abrirla.

Milagros estaba en una tal situación de espíritu, que no tenía ni vida, ni alma, y no tenía más que para los bravísimos pensamientos que en su imaginación se revolvían, se confundían, la atormentaban.

Se veía obligada á desaparecer, á vivir oculta con el padre Pérez, y con sus ayos, para que nadie se apercibiese de su estado de maternidad, que acrecía y debía muy pronto hacerse visible.

Esto desesperaba á Milagros.

Madre sin amor, desconeciendo absolutamente al

hombre que de tan gravísima manera la había hecho su víctima, le aborrecía con toda su alma, le maldecía, estaba resuelta á buscarle por cuantos medios fuesen posibles, y á castigarle, aniquilarle sin piedad.

Milagros no podía pertenecer como esposa, á un tal infame.

Y al mismo tiempo Milagros, que tenía una sensibilidad extraordinaria, amaba ya con todas sus entrañas, al ser que tenía en ellas.

En Milagros existía ya la madre, sin haber existido la esposa, ni aun la amante.

Ella se sentía pura, purísima.

No podía darse una situación ni más extraña, ni más terrible que la suya.

Y además, Milagros sentía otro dolor agudísimo.

Milagros tenía ya en el alma un amor sin esperanza.

Al ver de improviso á Luis, aterrado, ante el cadáver de Luis de Figueroa, aunque indignada Milagros, al ver la mirada ansiosa, infinita que Luis fijó en ella, se estremeció.

Sintió algo poderoso que se infiltraba en su ser, que se apoderaba de ella una sensación desconocida; pero de tal manera potente, que no la había podido arrojar de sí, que continuaba influyendo con una actividad que acrecía de momento en momento en ella.

Había arrojado, sin embargo, lejos de sí, dominada por su indignación, á Luis, que se había alejado espantado, aterrado.

No había podido olvidarle ni un solo momento.

Tenía siempre en sus ojos la mirada encendida, apasionada, delirante, de los poderosos ojos de Luis.

Aquella mirada que la había fascinado, continuaba fascinándola.

Sentía infiltrada en su ser una felicidad inmensamente deleitosa.

La felicidad del sentimiento, del amor, con toda su sobre potencia, con toda su mágia, con toda su fuerza de vida, con todo su dulce fuego.

Pero aquel amor la producía una amargura, una desesperación indecibles y unos celos espantosos que empezaban á labrar en ella un ódio á muerte hacia Lola.

Milagros no había podido dudar de la pasión que Lola sentía por el desconocido, que según lo que podía deducirse por su comparación con el retrato de Aurora, era hijo de Aurora.

Lola disimulaba.

Milagros había disimulado también.

Hay, sin embargo, cosas y sentimientos que no pueden encubrirse bajo el disimulo, por perfecto que este sea.

Por el contrario, cuanto más quiere disimularse un sentimiento vehemente, profundo, más se manifiesta, más brota, á través del disimulo.

Todo esto, la modificaba, la trasformaba, la hacía un ser completamente distinto de lo que era, antes de la funesta aventura del lago de Vincennes.

Si aquella desgracia no hubiera sobrevenido, Milagros, á quien Luis de Figueroa había logrado descastar completamente, no hubiera sabido nunca que era gitana.

Luis de Figueroa se había propuesto cuando Milagros no hubiera podido permanecer más en el sagrado Corazón de Jesús, ya completamente educada, se había propuesto, decimos, renunciar el *Oclayato* en el Berdeji, cuya ambición conocía, trasladarse á París, sacar de la pensión á Milagros, viajar con ella por las principales capitales de Europa, vivir con la gran ostentación que le permitían sus inmensas riquezas y casar á Milagros con el hombre que su amor eligiese.

De esta manera, había pretendido Luis de Figueroa libertar á Milagros de la maldición que él creía pesaba sobre su familia.

Pero no pudo.

Aquella maldición si existía, había caido terrible por un suceso inesperado y extraño sobre Milagros.

Su abuelo se había visto obligado á traerla secretamente á Madrid á tenerla oculta en su casa.

Pero había dado impremeditadamente por amor á Lola, que también era su nieta, y á la que amaba no menos que á Milagros de hacer que las dos hermanas ignorando que lo fueren se conociesen, viviesen juntas, se encariñasen la una con la otra.

Ya sabemos que por esto, y por una razón que debían prever Luis de Figueroa, Milagros supo no solamente que era gitana, si no también que su abuelo era

el rey de los gitanos. Y que ella debía heredarle.

Esto en vez de contrariar á Milagros la alentó.

Ella podría disponer de una gente bravía y astuta, resuelta á todo.

Ella conocía por sus lecturas como todo el mundo que ha estudiado, conoce aunque no sea más que someramente, las diferentes razas humanas, la raza Bohemia, Zíngara, la Egipciaca, como se llama en el extranjero á los gitanos.

Había leido con curiosidad las extrañezas que por qué escritores que no las han conocido bien se atribuyen á los gitanos.

Para ella confundida de noticias falsas envueltas en un estilo á la moda de los gitanos, eran un pueblo legendario con un marcado sabor bíblico, un pueblo que á pesar de estar diseminado por el mundo errante, envuelto en una maldición, conservaba su carácter, sus ritos y sus costumbres originarias.

En fin, un pueblo romántico, envuelto en la magia de una leyenda misteriosa.

Después de saber que era gitana, había estudiado profundamente los rasgos típicos y fisonómicos tanto de su abuelo como de Lola, como del padre Pérez, como de sus ayos, como de los pocos servidores leales que conocían la estancia suya en Madrid y guardaban rigorosamente el secreto.

Ella misma se había contemplado, se había estudiado en el espejo.

Había adquirido la certidumbre de que ella y los

suyos que la rodeaban era de una raza condenada enérgicamente, distinta de las razas europeas civilizadas que ella había conocido en París y en los viajes veraniegos que había hecho por Europa, á excepción de España, á la que nunca la había traído su abuelo cuando en sus viajes de vacaciones, la acompañaba.

Al saber que era gitana, al persuadirse de ello, Milagros había conservado, sin embargo, toda aquella balumba de noticias exageradas, romancescas, extraordinarias, llenas de un interés atractivamente legendario, que había encontrado en los sabios autores. que de la raza egipciaca se habían ocupado y ella había leido.

Pero cuando por la muerte de su abuelo por la ley que hacía venir á ella la soberanía sobre los gitanos, lo conoció realmento, experimentó una decepción dolorosa.

La leyenda se deshacía, se evaporaba, desaparecía ante la realidad.

Quedaba una raza aparte.

Pero no errante.

No proscripta, sino establecida, mezclada con los naturales de una vieja nación gloriosa, participando de su religión, sujeta á sus leyes, aunque conservando sus ritos, sus leyes, sus costumbres, su lenguaje y su fanatismo peculiares.

Una raza abyecta empleada en oficios bajos y menudos, de los cuales los más practicados por ellos eran el engaño astuto, el hurto y la predicción del sino á los crédulos que los consultaban.

Un pueblo de carácter parco, astuto, intencionado de sentimientos crueles.

Todo esto lo había visto, y lo que no había comprendido claramente, lo había adivinado con su prodigiosa inteligencia Milagros, al ponerse en contacto por la muerte de su abuelo, primero con el gobierno, con los altos funcionarios, con la aristocracia, por decirlo así, de la gitanería, y luego con la masa de ésta.

Y sin embargo, no se le ocurrió absolutamente la idea de renegar de su raza.

En esto se parecía á ella, la acusaba.

Era supersticiosa.

Temía que Dios agravase sus ya dolorosísimas desgracias, si renegaba de sus padres.

Se había resignado.

Más aún, la verdadera gitana, la gitana bravía de violentas pasiones, de sangre de fuego, empezaba á desenvolverse rápidamente en ella.

La pantera arrebatada, cachorra del cubil de su madre, domesticada por la educación, había gustado al fin la sangre, y se había revelado en ella violentamente su raza.

Su ódio, sus feroces sentimientos de venganza y de exterminio sobre el miserable que había determinado su destino doloroso; sus celos, los celos que la inspiraba Lola, su amor violento por Luis, que se había determinado y llegado á una fuerza imponderable en veinticuatro horas, el fuego voráz que sentía en su ser por aquel amor para ella imposible, á no ser rasgando

su altiva dignidad, lo cual no era posible en ella todo esto, violento, terrible, era genuínamente gitano.

Y todo esto se agitaba, se revolvía en un sublimado, en un generoso espíritu de valor y de grandeza.

Milagros se había quedado dando vueltas á su ardiente pensamiento sobre la dificilísima situación en que se encontraba.

Estaba pálida.

En su mirada aparecía la desolación.

En sus ojos parecía pronto á reventar el llanto.

Tres figuras que la quejaban con igual intensidad, aunque por distinto modo, aparecían perennemente en su imaginación.

Su abuelo muerto.

Lola doblegada sobre el cadáver.

Luis contemplándola asombrado, desconcertado, deslumbrado con la expresión de la ansiedad y de la adoración en la mirada.

Después Lola, falsa insinuante, pretendiendo descubrir la situación de espíritu en que respecto á Luis se encontraba ella.

Y ella gemía.

Ella sentía retorcerse con una fuerza impía, con un padecimiento bárbaro, algo monstruoso.

El conocimiento de que Lola amaba á Luis.

Los celos horribles que esto la causaban, que engendraban en ella un ódio á muerte, un ódio implacable contra Lola.

Y al mismo tiempo no podía dejar de amarla.

La amaba con una ternura igual á la que anteriormente había sentido por ella.

—¿Y qué culpa tiene ella,—dijo al fin,—por haber amado, por amar á ese hombre, que ha conocido antes que yo? Hay en él algo de ser sobrenatural. Su mirada... ¡Oh, Dios mío! En su mirada hay algo infinito, algo que se ha apoderado de mí. Y me miraba como si hubiera sido yo una parte de su alma; más infinitamente, más; su alma entera, más aún, una eternidad gloriosa; pero este amor es imposible, de todo punto imposible; yo soy pura, pura como una niña recien nacida, pero él no podía creer en mi pureza; él encontraría inverosímil la infamia que ha traído sobre mí una muerte horrible, una muerte en vida, una renuncia forzosa á todo lo que puede llenar el corazón de la mujer. Y bien, es forzoso resignarse á la voluntad de Dios. Es forzoso no manchar esta resignación con un ódio injusto á esa dulce Lola; á mi hermana del corazón. Ella es pura; ella no me cede en los encantos que ese hombre fascinado ha podido encontrar en mí; apuremos con valor el sacrificio, ya que soy desgraciada, y no dejaré de serlo; ni más ni menos, es fuerza que yo arroje de mi corazón el celoso ódio que desesperada he sentido contra ella; que ella continúe en su destino sin que agrave sus dificultades, mi aborrecimiento. Y que esto, este sufrimiento mío, no será muy largo. Me parece, que algo semejante á un cadáver se va apoderando de mí. ¡Ah! Sí, ¿qué más cadáver, que la esperanza muerta? ¡Oh, santa virgen María, dame

fuerzas, yo procuraré hacerme digna de tu amparo.

Y tras esta invocación á la Virgen, el llanto mal contenido brotó abundante y largo de los hermosos ojos de Milagros.

Así en una situación dolorosísima continuó durante algún tiempo.

Su llanto fué disminuyendo.

Cesó al fin.

Sólo quedó en el hechicero semblante de Milagros la expresión de una resignada desolación.

De una desolación conmovedora, que sublimaba la belleza de Milagros.

Se levantó, fué á la puerta que el Berdejí había dejado abierta y la impulso para cerrarla de una manera nerviosa.

La puerta produjo al cerrarse un fuerte ruído de rastrillo, como si hubiera sido la entre puerta de una cárcel.

Milagros se miró á uno de los espejos que había en el gabinete á que había salido, y ensayó el hacer desaparecer la expresión de profunda pena, de aniquilamiento de su semblante.

Ensayó una sonrisa tranquila, dulce, cariñosa, y una mirada plácida, y lo consiguió.

—¡Ah! —dijo.—Aún todavía tengo fuerzas. ¿Quién sabe si mañana las tendré? ¡Ah, sí, sí, mi santa madrina, la Virgen del Carmen me fortalecerá!

Por una rara coincidencia, Milagros, que por su educación entre monjas y por su instinto natural, era

extraordinariamente piadosa; tenía una gran devoción, un grande amor por la virgen del Carmelo.

Cabalmente la santa morenita del Carmelo, que los gitanos aman con una ciega superstición gitana, es la Virgen que más en devoción tienen. Ya que las gentes sencillas creen que hay tantas vírgenes como advocaciones, se dan á la madre de Jesús.

No les cabe á algunas gentes en la cabeza, que la Virgen, sea una y sola de la del Rosario, la de los Desamparados, la de las Angustias, sean así como la representada por el número infinito de advocaciones, sea la misma criatura celestial.

Milagros se fué á buscar á Lola, y la encontró abstraída, abismada en su pensamiento, en el mismo gabinete donde la había dejado.

Tan ensimismada estaba Lola, que no sentió á Milagros, hasta que ésta se sentó junto á ella, y la asió las manos.

Lola se estremeció.

—¿Eres tú?—dijo.

—Sí, sí, yo soy, mi querida Lola,—dijo Milagros, sonriendo de una manera dulce y tranquila, y con luz de vida y de cariño hacia Lola en los ojos.

Lola se sorprendió, adoptó cuanto le fué posible una expresión también tranquila.

—¿Has despachado ya á esos hombres?—la dijo.

—Sí, todo está arreglado,—respondió Milagros.

—¿Y dejas tranquilamente gobernando en tu nombre á ese traidor infame de Berdejí?

—Dios dispondrá; de todos modos, yo no sentiría mucho el que me despojase de mi autoridad.

—¡Y los tuyos, y tu familia, mi hermano, yo; nuestros parientes, en quienes se ensañaría ese miserable!

—Defendéos,—dijo con energía Milagros.—¿De todos modos, si vosotros no podéis defenderos, cómo había de defenderme yo?

—Tu presencia sería eficacísima.

—Yo no puedo renunciar á mi viaje,—respondió Milagros.

—Pero ese misterio...

—Respétalo.

—Eso quiere decir,—exclamó Lola,—que no tienes confianza en mí, y esto me lastima, me causa un dolor insoportable. Tú no me quieres.

—Lola mía, hay algo que yo no puedo vencer, aunque quiero, que me impide revelarte mi secreto. No insistas, yo te lo ruego. No juzgues mal de mi silencio.

A Lola, que se había conmovido por la cariñosa manera de expresarse de Milagros, volvió á ennegrecérsele el alma.

Pasó por su imaginación, como antes, una idea vaga, confusa.

—¡Ah, ya lo sabré!—dijo para sí.

Había disimulado admirablemente aquel violento movimiento de su espíritu.

—Me resigno,—dijo,—y ni aún me atrevo á preguntarte cuánto tiempo durará tu ausencia.

—¡Quién sabe!—dijo Milagros.

—Pues bien,—dijo Lola;—para guardar, para defender tus derechos, yo sé lo que debo hacer. Acudiré á tu primo; él nos defenderá.

Este disparo, lanzado con una intención diabólica, á quemaropa por Lola sobre Milagros, no alteró en manera alguna la expresión tranquila de la joven.

Estaba prevenida.

Más aun, por el momento, había aceptado el sacrificio de renunciar absolutamente en favor de Lola á Luis, si era que esta renuncia podía serla favorable.

—Y bien,—dijo Milagros,—si mi primo tiene influencia sobre los nuestros, tanto mejor.

—¿Y no quieres verle?—dijo la implacable Lola.

—No; ¿para qué?—respondió Milagros.—Se me representaría punzante, terrible, la idea de que él ha sido, aunque inocente, sin preveerlo, la causa de la muerte de mi pobre abuelo. No, no quiero volverle á ver, á lo menos por ahora. Más tarde, cuando yo vuelva, ¡quién sabe! Dejemos que las cosas sigan su marcha natural; pero ven conmigo, quiero que me ayudes á hacer mi equipaje.

Las dos jóvenes se levantaron y salieron.

Poco después anunciaron á Milagros que el padre Pérez acababa de llegar.

Milagros se apresuró á ir.

Se encerró con él, y de tal manera, que aunque Lola pretendió, cegada por los celos, sorprender su conversación, no pudo.

CAPITULO XXV

De cómo Milagros se puso en camino para perderse en lo desconocido, sin sospechar que pudiera seguirla Pizpiteja.

El padre Pérez, venía fatigadísimo.

Había hecho una marcha violenta desde la granja del Guadarrama á Madrid.

Había cambiado tres veces así como su guía de cabalgadura, en el camino.

Aparecía desolado, aterrado.

—¡Oh! ¡Qué desgracia tan inesperada y tan inmensa, hija mía!—exclamó al ver á Milagros.

—¡Oh sí, horrible! —dijo esta.—Ya no tenemos que inventar un medio para ocultar á mi pobre abuelo lo inmenso de mi desgracia. El la vé sin duda desde el cielo: pero ve también mi inocencia en que tal vez no hubiera creido; sin duda ve también al maldito, al miserable, al infame causante de mi desventura.

—Es necesario que te resignes á la voluntad de Dios, hija mía,—dijo el padre Pérez.—Tu conciencia no te acusa. Tu estás pura ante Dios como sus arcangeles; y es necesario que aparezcas pura también ante los hombres. ¿Qué importa que esto decida tu destino? El celibato, hija mía, el celibato, esto es digno y esto es lo que tu piensas sin duda. Tú no debes tener más amor que el de tu hijo, si Dios quiere que él y tú os salveis.

—¡Ah, padre mío!—exclamó Milagros inclinando la cabeza y rompiendo á llorar.—Cuando sobreviene una gran desgracia no viene sola. Además de la muerte de mi abuelo, yo...

Los sollozos entrecortaban la voz de Milagros.

—Yo no puedo ocultar á usted nada, padre mío,—dijo,—usted tiene mi conciencia en sus manos. Yo amo, padre mío, amo por un misterio, con una pasión infinita, incontrastable, á un hombre á quien solo conozco desde ayer. Y mire usted, padre mío, si es grande mi desventura; ese hombre es el que ha matado á mi abuelo.

—¡Cómo!—exclamó sobresaltado y con una expresión indefinible el severo padre Pérez.

—¡Ah! no, no; él es inocente,—se apresuró á decir Milagros.—El ha causado involuntariamente la muerte de mi abuelo. Y sin embargo de esto, una vez que le vi me sentí atraida por él, absorvida mi alma por él: su recuerdo me causa horror. ¡Oh, si él no hubiera venido!...

—Explícate, explícate pronto, hija mía,—exclamó demudado el padre Pérez.

—Al verle mi abuelo, creyó que se le aparecía su hija Aurora.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó el padre Pérez, que conocía aquella lamentable historia; ¿tan semejante es ese hombre á su madre?

—¡Ah, sí! Con una semejanza prodigiosa.

—¿Y cómo has podido tú juzgar de esa semejanza?

—Por una miniatura esmaltada, en una petaca regalada hace veinticinco años á mi abuelo por su hija, como aparece en la descripción que hay en la petaca.

—¿Y dónde está ese retrato?

—Lo tiene Lola.

—¿Y cómo anda Lola mezclada en esto?

—Esta es otra desgracia. Lola ha sido la que bien agena de las consecuencias que ha tenido la aparición del que resulta indudablemente primo hermano mío, le presentó al abuelito; yo estaba en mi cuarto, cuando oí desesperados gritos de Lola que pedía socorro. Acudí aturdida, desatentada, porque el abuelito había pasado en un estado muy grave la noche anterior y temia una catástrofe. Cuando entré me encontré al abuelito muerto, caído sobre un brazo del sillón; á Lola anegada en llanto, arrojada sobre él, y delante de él, á alguna distancia aterrado, lívido, convulso á ese hombre. Al verme lanzó un grito que no he podido ol-

vidar. Su alma convertida en fuego salió de sus ojos y me envolvió. Desde aquel momento, le amo, le amo de una manera invencible y desesperada; y sin embargo, le lanzé, le arrojé, le despedí: después me dijo Lola que aquel forastero la había buscado pidiéndola de una manera vehemente le presentase al abuelito; que éste habia consentido en recibirle y que al verle, un accidente terrible se había apoderado de él. Había pronunciado el nombre de Aurora, y había caido muerto.

—¡Oh, los inesputables decretos de Dios! ¡La maldición!

—¡Oh, sí, sí,—dijo Milagros. —Nosotros tenemos que estar malditos de Dios!

—Sí, el fratricidio, pesa sobre vuestra familia,—dijo solemnemente el padre Pérez.

Milagros no respondió.

Se abatió.

Inclinó la cabeza sobre el pecho.

Se irguió después de algunos momentos de silencio y dijo:

—Y la maldición crece, para colmo de desgracia, Lola está tan enamorada como yo de mi primo. Lo estaba cuando le presentó á mi abuelito. Y cuando vió la sensación que yo causé en mi primo, que él causó en mí, se ha hecho mi enemiga mortal. Me aborrece, no puedo dudar de ello. Me he quedado sola en el mundo, y con el corazón ensangrentado. ¡Y la conciencia combatida por tentaciones del infierno!

—¡Ah! No, no,—exclamó el padre Pérez al ver la fiera expresión, la expresión salvaje de la hembra de la naturaleza, en el semblante, en la mirada, en la contracción de la boca de Milagros: yo no te abandonaré: yo te sostendré; y Dios me ayudará.

—Cuanto antes, es necesario que yo me aleje y me separe de ella,—dijo Milagros reprimiendo la emoción de que se sentía poseida.—Hoy mismo.

—¿Y adónde, hija mía?—la preguntó el padre Pérez.

—Por Europa, por cualquier parte, me es indiferente. ¡Así no pueda volver!

—La desesperación, es un pecado hija mía,—la dijo el padre Pérez;—debes resignarte á la voluntad de Dios.

—Hay resignaciones imposibles en el mundo, padre mío,—dijo Milagros,—sobre todo cuando no tenemos en la conciencia, nada que justifique nuestra desgracia, que nos las haga sufrir, como un castigo merecido.

—Por lo mismo, debemos pensar en que Dios prueba nuestra fortaleza.

—Prueba la mía de una manera terrible; pero no hablemos más de esto; es inútil: estoy sujeta á una fatalidad. Esta misma noche saldremos para París.

El padre Pérez, se estremeció.

Creyó que Milagros iba á buscar al hombre desconocido que había causado la situación tan extraordinariamente terrible en que ella se encontraba.

Por un misterioso instinto, creía el padre Pérez,

que el encuentro con aquel hombre, sería para Milagros una nueva y más terrible desgracia.

—Descanse usted, padre mío,—dijo Milagros;—y cuando haya usted descansado, esta misma noche, nos pondremos en camino para la granja de Guadarrama; donde prepararemos nuestro gran viaje.

El padre Pérez comprendió, que Milagros estaba en uno de esos momentos en que el que sufre de una manera desesperada, necesita estar solo.

Se retiró.

Milagros exclamó:

—Sí, iremos, partiremos tal vez para no volver. Esto sería un dolor: yo debo huir de ese hombre. Ese hombre es imposible para mí.

Aquella misma noche Milagros, salió para la granja después de una dolorosa despedida de Lola.

La acompañaban dos de los más antiguos y fieles criados.

Dos gitanos que habían nacido en la casa de Figueroa.

Milagros iba á caballo, así como el padre Pérez; los dos criados cada uno en un fuerte macho.

Aquellos dos machos llevaban en dos grandes baules cada uno el equipaje de Milagros y una fuerte cantidad de oro.

Apenas habían salido de Madrid, cuando tras ellos, se destacó una personilla liada en una capeja, y trotando á pié por que los viajeros iban á buen paso.

Aquella personilla, era el perínclito Pizpiteja.

El Berdejí, le había encargado de seguir á Milagros, y llevaba los bolsillos llenos de oro, y á más de esto, en un taleguillo, una abundante merienda.

Pizpiteja se había propuesto seguir incansable á Milagros, evitando ser visto.

CAPÍTULO XXVI

De cómo son infinitos los usos para que puede servir un inspector de policía.

Por su parte Lola, ni aun pensó en hacer seguir á Milagros.

Sentía un inmenso consuelo al ver que Milagros se alejaba.

Del mismo modo que el Berdejí había sido encargado por Milagros de gobernar á los gitanos durante su ausencia, habia dejado encargada su casa y la administración de sus bienes á Lola.

Pero esto se había hecho, sin formalidades, sin documentos.

Unicamente dando conocimiento de ello á don José.

Este se alegró extraordinariamente.

Se quedaba en un contacto más inmediato con Lola, y alentaba esperanzas.

Apenas salió de la casa Milagros, Lola dijo á don José:

—Es necesario que se busque inmediatamente á un inspector de policía, que se llama don José de las Heras.

Lola no podía contener su impaciencia.

Necesitaba cuanto antes, noticias de Luis.

Estaba extraordinariamente cuidadosa.

Había visto separarse á Luis en un estado de delirio, de aturdimiento, que hacía temerlo todo de Milagros.

—¿Y dónde puede encontrarse á ese sugeto?—dijo don José con un acento que demostraba el cuidado en que le ponía el mandato de Lola.

—Me parece,—dijo ésta con impaciencia,—que no hay gran dificultad en encontrar á un inspector de policía. Cualquier agente puede informar á usted; vaya usted mismo.

Don José se sintió rebajado.

Le pareció que el encargo que se le hacía, no era digno de él.

Que Lola, le trataba de alto á bajo con muy poca consideración, como á un criado cualquiera, cuando él estaba acostumbrado á mandar en jefe en la casa del *Oclay*.

Se reprimió, sin embargo, y dijo disimulando su contrariedad:

—¿Y qué he de decir á ese inspector?

—Que venga al momento á verme; tráigale usted; vaya usted en un carruaje; cuando haya venido, me lo anuncia usted.

—Muy bien, señorita Lola, muy bien,—dijo con un acento extraño, entre sumiso y rebelde don José, que salió murmurando:—¿Para qué diablo querrá á ese polizonte la señorita Lola? ¿Y por qué he de ser yo, yo mismo en persona quien le busque, y no un criado?

Don José dando en vano vueltas á su pensamiento en busca de una suposición plausible, mandó poner el carruaje, y se fué en él al Gobierno civil.

Esto le pareció lo más pronto, para encontrar á un inspector.

Allí le dijeron, que don José de las Heras estaba de servicio en la Puerta del Sol.

Allá se fué.

Don José siguió dando vueltas y más vueltas á su imaginación, después de haber mandado que el carruaje se detuviese delante del café Oriental.

Allí don José bajó del carruaje, y preguntó á un agente que se paseaba por la ancha acera delante del café.

El agente al ver que era una persona de circunstancias, porque don José tenía toda la manera y toda la facha de un sugeto importante, le dijo con respeto:

—Si le importa á usted mucho el ver al señor de las Heras, yo mismo iré á avisarle, que está en el hotel de París, y ha dejado advertido que si se le buscaba para algo importante, se le encontraría allí.

—Pues como es importantísimo lo que me obliga á

buscarle,—dijo don José,—ruego á usted vaya á avisarle al momento; yo esperaré en aquel carruaje.

En él se metió don José, cuando el agente se puso en marcha para cumplir su encargo.

El inspector estaba encerrado con Luis.

Este aparecía pálido, nublado el semblante por un disgusto sombrío.

Cuando salió el día anterior de la casa de Figueroa, lanzado de ella por Milagros, se volvió desatentado al hotel.

De tal manera se sentía enfermo, que hubo de meterse en la cama, y hacer llamar á un médico.

Este cortó con un medicamento enérgico, la congestión que amenazaba á Luis.

Más tarde, cuando Luis pudo dejar el lecho, llamó á don José que se presentó inmediatamente.

Le convenía complacer á Luis.

Este le preguntó acerca de la señora que había visto en la casa del *Oclay*.

—No sé de que señora me pregunta usted,—dijo don José;—yo no conozco en la casa del rey de los gitanos otra señora que la Lolita, la hermana de Quirico, al que le presenté á usted ayer.

—¿Y no tenía usted idea de que don Luis de Figueroa tuviese una hija?

—¡Oh sí; pero una hija á quien no conoce ninguno de la gitanería, porque desde muy niña, está educándose en París!

—Pues bien; esa señora ha venido al fin, y en cir-

cunstancias bien tristes, porque su abuelo ha muerto hoy repentinamente.

—¡Ah!—exclamó don José.—Pues ese es un suceso muy grave para la gitanería.

—Y gravísimo, de toda gravedad para mí,—dijo Luis;—ya no puedo tener las noticias que buscaba del rey de los gitanos. Y es necesario que usted que á lo que parece conoce esa gente, averigue si hay entre ella alguien que gozase de la absoluta confianza de don Luis de Figueroa.

—Haré todo lo posible por complacer á usted, señor don Luis,—dijo el inspector.

—Quiero además,—añadió Luis;—que en el momento, mañana mismo adquiera usted para mí una casa conveniente, sin reparar en el precio.

Se le alegró el alma al inspector.

Se le presentaba un negocio en grande.

Luis era para él más fructuoso, que lo que él había creído.

—¿Qué prefiriría usted, señor don Luis,—dijo el inspector;—un hotel de los que existen en el barrio Salamanca, ó una casa en el centro de Madrid?

—Las dos cosas,—dijo Luis;—y sin reparar en el precio; lo mejor que se encuentre. El mueblaje de todo el lujo posible. El tren y la servidumbre, completos: tiene usted carta blanca.

Si el inspector hubiera sido excesivamente nervioso, se hubiera desmayado.

Con una tercera parte del valor de aquel negocio

que robase á Luis, lo cual no era en manera alguna difícil, había hecho su fortuna.

—Pero en este encargo,—dijo,—se pueden gastar millones.

—No importa,—dijo Luis,—con tal que yo me establezca como me corresponde. Espero á usted mañana con el desempeño que haya podido usted dar á lo que necesito.

El inspector se fué con una excitación tal, que cualquiera al verle, le hubiera podido creer que estaba ébrio.

Y lo estaba en efecto.

El oro, antes de que él le tocase, le había embriagado.

Al día siguiente por la mañana, volvió don José.

Encontró á Luis.

Había pasado una noche infernal.

Una noche de delirio.

—¿Qué noticias me trae usted?—preguntó con ansiedad.

—En cuanto á la persona que pudiese ser de más confianza para el *Oclay*, solo puedo hablar á usted de su ahijada la Lolita.

—Es necesario que yo la vea cuanto antes,—dijo Luis.

—Por hoy me parece bastante imposible el deseo de usted, porque hoy se celebran los funerales gitanos del *Oclay*, en los cuales su hija doña Milagros debe ser proclamada su sucesora. Además me parece

usted enfermo lo bastante para necesitar algunos días de reposo.

—En verdad,—dijo Luis,—que no me siento bien. Esperaremos, pues, pero deseo que usted me dé en el momento que las tenga todas las noticias que adquiera acerca de lo que suceda en la casa de esa señora.

—Bien, haré vigilar la casa, tomaré noticias, y á medida que las tenga, las comunicaré á usted.

—Sobre todo, que no se pierda de vista á doña Milagros,—dijo Luis.—¿No será á usted difícil sobornar á alguno de los de la servidumbre? Tome usted para los gastos.

Y sacando una cartera y abriéndola, tomó de ella algunos gruesos billetes del Banco de España, y los entregó al inspector.

Se vé, pues, que Luis seguía gastando sin duelo su dinero, como si hubiera sido agua.

El inspector, con más vivacidad que la que hubiera sido conveniente, guardó los billetes, y si hubiera sido creyente hubiera dado gracias á Dios con toda su alma por haberle hecho tropezar con aquel riquísimo personaje.

—¿Y de lo demás?—dijo Luis.

—He buscado al más importante de los corredores de casas en venta, y me ha propuesto una situada en la calle de San Miguel, construida no para vecindad, sino para un solo inquilino rico, que tiene todas las condiciones de suntuosidad y de comodidad que pueden apetecerse; pero el precio es subido.

—El precio importa poco,—dijo Luis.

—Será necesario que la vea usted, señor don Luis,—dijo el inspector.

—Yo creo á usted un hombre de mundo,—dijo don Luis,—conocedor de lo que es necesario para estar bien establecido en Madrid. Pueden venir hoy á hacer las escrituras, tanto de la casa como del hotel.

—Acompañarán los planos, los cortes, las fachadas,—dijo el inspector.

—En buen hora,—dijo Luis;—pero cuanto antes.

El inspector se despidió.

Una hora después volvió con un agente de negocios muy bien portado, muy bien puesto y muy servicial.

Traía un largo rollo de papel en la mano.

Aquel rollo se componía de hojas en que fueron apareciendo los planos y todos los detalles de una gran casa y de un hotel con jardín y dependencias también suntuosas.

El precio que se atribuía á aquellas dos fincas, era de los que puede llamarse excepcionales.

Las vendía la justicia.

Eran restos de la fortuna de un millonario arruinado.

Adherido á estas dos fincas había un tren completo.

Acompañaba á los planos, además del inventario de un gran mueblaje, la reseña de media docena de carruajes, con una docena de troncos de caballos que parecían inmejorables.

Luis pasó rápidamente y con muy poco interés la vista por aquellos planos, y escuchó distraido la lectura del inventario y la reseña del tren.

—La suma redonda,—dijo.

—Seis millones la casa y tres el hotel,—contestó el agente de negocios;—y esto, sobre barato, porque el juzgado ha sacado á tres subastas estas fincas y no ha habido licitadores; no son utilitarias.

—Bien,—dijo Luis,—pueden venir á hacer las escrituras cuando quieran.

El inspector y el agente de negocios salieron.

Apenas estuvieron en la calle, cuando el agente dijo:

—Si se tuviera todos los días un hombre como éste, no había razón para quejarse de los negocios.

El agente, en connivencia con el escribano y con don José, había realizado una sisa de tres millones.

Esto no era milagroso, y se hacen con frecuencia en Madrid y de una mano á otra, negociosos monstruosos, increibles, inverosímiles.

Los hay que se hacen á la vista de todo el mundo, sin que nadie se escandalice, ni proteste.

Por la tarde, Luis era propietario y había pagado aquel derecho con un talón del Banco de España.

Don José estaba asombrado, entontecido, por decirlo así.

Le parecía un sueño lo que por él pasaba.

Gracias á la prodigalidad exagerada de Luis, se

encontraba con una fortuna en la que jamás había soñado.

En cuanto á Luis, por esta vez no había más que el descuido y la facilidad de dejarse engañar.

Por lo demás, atendida su inmensa fortuna, no había hecho más que establecerse convenientemente.

Al oscurecer, el inspector había ido á decirle, que según las noticias que habían podido adquirir, doña Milagros iba á salir de Madrid aquella misma noche, lo que se sabía, porque había dejado encargada de su casa durante su ausencia á la señorita Lola, á la ahijada del difunto *Oclay*.

—Es necesario,—exclamó con una gran vehemencia Luis, que se averigue adónde se traslada esa señora.

En aquel momento apareció un criado, que dijo que un agente llamaba con urgencia al inspector.

—Esto es embarazoso,—dijo don José.—Los deberes de mi cargo, tal vez sería oportuno que yo renunciase á él, para poder servir mejor al señor don Luis.

—¡Ah, no!—dijo éste.—Acaso sea alguna vez utilísimo el que usted continúe en sus funciones. Vaya usted, pues que le llaman, y vuelva en cuanto le sea posible.

El inspector salió.

El agente le llevó al carruaje donde esperaba don José el mayordomo.

Al reconocer á éste, don José sintió una viva alegría.

Estaba en pleno servicio de Luis.

—He venido por usted de orden de la señorita Lola. Ya sabe usted, don José, la ahijada del difunto *Oclay*.

El carruaje se había puesto en marcha.

Don José y el inspector se conocían largamente.

En muchas ocasiones, el mayordomo se había visto encargado de entenderse con la policía, para sacar del atolladero á gitanos huídos, ya por este, ya por el otro exceso.

Como que uno de los deberes más altos del *Oclay* era amparar á sus súbditos.

Por esta razón, el mayordomo era el agente universal del *Oclay*, conocía y tenía relaciones íntimas con todos los inspectores de policía.

—¿Y qué sucede,—dijo don José,—que obliga á la señorita Lola á llamarme con tal urgencia?

—Lo ignoro, amigo mío,-dijo el mayordomo;-pero debe ser para algo grave, puesto que me ha llamado á mí para que le busque á usted. Yo me he hecho de nuevas, y he afectado que no conocía á la policía. Lo he creído prudente. La señorita Lola se ha quedado encargada de la casa, y dueña absoluta de ella, en circunstancias extraordinarias, y aunque yo la conozco desde que nació, no sé qué transformación podrá causar en ella la nueva situación en que se encuentra y toda reserva es poca. Es necesario verla venir.

—Pero según tengo entendido,—dijo el inspector,—había venido la hija que el *Oclay* tenía en París y que por la muerte de éste ha sido proclamada por los gitanos.

—En efecto,—dijo el mayordomo,—pero este es otro acontecimiento grave. La señora doña Milagros ha salido para un largo viaje esta noche de Madrid, sin que nadie sepa adónde va. Yo creo, que ni aun la misma señorita Lola lo sabe.

—Mejor, mejor,—dijo don José.—Así será necesario buscar la señora doña Milagros.

—¿Por qué dice usted eso?—preguntó con un vivísimo interés el otro don José.

—Yo me entiendo,—respondió el inspector.—Por ahora, no puedo decírselo á usted, pero tal vez muy pronto estará en el negocio.

—¡Oh, qué embrollos, qué acontecimientos, qué desgracias!—dijo el mayordomo.—Esto es para perder la cabeza; pero hemos llegado.

En efecto.

El carruaje que había sido conducido rápidamente al trote largo por sus dos vigorosos caballos, había entrado por el ancho portal de la casa del difunto *Oclay*, y se había detenido al pie de las magníficas escaleras.

Don José llevó á un salón del piso principal al inspector y le hizo esperar.

Poco después apareció Lola.

—¿Para qué me llama la Gloria de Dios?—dijo el inspector, que siempre que veía á Lola la soltaba un requiebro.

—¿Y cuándo no será usted *plamó*? (pesado)—dijo Lola, rechazando como siempre las galanterías del

polizonte.—Siéntese usted y veamos si quiere usted servirme.

—Pues de rodillas, y si es menester, rodando de cabeza,—dijo el inspector, sentándose junto á ella.

Esta retiró su sillón, porque el inspector había arrimado demasiado el suyo.

—Don José,—dijo Lola.—Yo tengo un grande interés en saber lo que ha sido, lo que es de don Luis, el que usted me presentó anteanoche, y que pretendía que yo le presentase á mi padrino.

Por más que Lola quería aparecer tranquila, y como si no la interesase Luis personalmente, el inspector había encontrado en su voz algo de tembloroso, algo de conmovido.

—¡Ah diablo,—dijo para sí;—esto se complica, esto marcha. Pues mejor, infinitamente mejor!

—Yo,—continuó Lola,—más que por servir á usted á quien tantos favores debemos por las locuras de Quirico, que por servir á ese sugeto, le presenté á mi pobrecito padrino, que apenas le vió, dió un grito y cayó muerto, porque el pobrecillo estaba muy grave. Ya vé usted don José, aquí hay un misterio, y es necesario que yo lo aclare.

—En verdad, en verdad,—dijo don José;—que esto es gravísimo.

—Y de toda gravedad,—dijo Lola;—¿para qué buscaba ese hombre á mi padrino? ¿Por qué al verle mi padrino, se espantó y cayó como si le hubieran dado

un tiro entre los dos ojos? Yo necesito hablar con ese hombre.

—Está enfermo, Lolita, gravemente enfermo,—dijo el inspector.

Lola se puso pálida.

— Pero yo espero,—continuó el inspector,—que se mejorará cuando sepa que usted le llama.

— No, no,—dijo Lola;—yo no tengo otro interés que el de averiguar quién es ese sugeto y qué relaciones tenía con mi padrino.

—Yo le diré que usted desea verle,—dijo el inspector.—y me parece que se va á poner bueno enseguida, como si usted fuera una santa y hubiera hecho un milagro.

—Me irrita usted, hombre,—dijo Lola,—porque es usted muy mal pensado.

—De modo y manera,—dijo el inspector,—que yo no digo ni pienso nada que la ofenda á usted.

— Bueno; pero concluyamos: diga usted á don Luis que yo necesito verle, en la seguridad que no lo extrañará teniendo en cuenta lo que pasó ayer.

—¿Y si á don Luis se le pone en la cabeza ponerse bueno para venir á ver á usted al momento? ¿Le recibirá usted?

—Indudablemente,—dijo Lola.

—Pues bien, voy á decírselo,—dijo el inspector levantándose:—yo doy á usted las gracias en su nombre.

Como se vé, no andaba escaso en cuanto á sus servicios respecto á Luis.

Le servia cuanto le era posible y sin reparo.

Explotaba bien la mina.

Inmediatamente se fué á buscar á Luis.

No se había engañado.

Luis se puso bueno de improviso.

A lo menos recobró su fuerza.

No se tomó más tiempo que para vestirse.

Entretanto llegó un carruaje que había pedido, y en él se fué á la que podía llamarse casa de Lola.

CAPÍTULO XXVIII

De como Lola era de la madera de las mujeres fuertes, aunque hasta cierto punto.

Cuando Luis se anunció se sobresaltó Lola.

Cuando sintió sus pasos creció su emoción.

Su seno se agitaba violentamente.

Necesitó hacer un violento esfuerzo para recibir con una aparente tranquilidad á Luis.

—¡Ah, nunca hubiera yo venido á esta casa!—dijo como único saludo Luis.

—Es verdad,—dijo Lola;—parece que ha traido á usted á ella la desgracia.

Estas palabras parecían justificar lo tembloroso de la voz de Lola.

—Siéntese usted,—añadió.

Luis se sentó aturdido.

Lola le fascinaba.

Volvia á ser víctima de aquella perturbación que le hacía confundir á Lola con Milagros.

—Más bien que la desgracia,—dijo Lola reprimiénse, pretendiendo apagar sus ojos y sujetar los latidos de su corazón;—ha traido á usted la Providencia.

—¿La Providencia?—dijo con extrañeza Luis que estaba no menos conmovido que Lola.

—Sí, la Providencia terrible,—dijo ésta;—pero siempre la Providencia. ¿Por qué quería usted ver á mi desventurado padrino? ¿Qué venía usted á buscar?

—Venía á buscar á ella,—dijo haciendo un esfuerzo Luis.

—¡A ella!...—exclamó con un acento indefinible Lola.

—Sí, á ella,—respondió Luis con voz casi imperceptible.

Milagros dominaba de una manera absoluta en su alma, en su ser entero.

Pero Lola se parecía á Milagros y se veía obligado á renunciar á ella.

—¿Conocía usted á Milagros?—dijo Lola cuya voz era ya más firme.

—Sí,—dijo con acento apagado Luis;—la había visto una sola vez y en circustancias graves.

—¿Y ella reparó en usted?—dijo Lola con un acento indescriptible.

—No pudo reparar,—dijo Luis,—llegando á lo supremo del esfuerzo de la voluntad;—estaba desmayada.

—¿Desmayada?

—Sí, se había volcado una lancha en que iba remando sola en el lago de Vincennes, y yo acudí á su socorro.

Lola comprendió que para no excluirse, para no hacer imposible su esperanza por Luis, no debía pedir más explicaciones.

La espantaba el que Luis pudiese dárselas sin ella pedírselas.

No las necesitaba.

Lo que Luis había dicho, completaba el triste relato que le había hecho milagros.

Tenía además la seguridad de que Milagros no conocía á Luis.

Luis, por su parte, se contuvo también, y dijo para justificar su interés por Milagros.

—Cuando la puse sobre el césped entre los árboles, me retiré vivamente para excusarme las muestras de agradecimiento de las religiosas y de las educandas que acudían; pero usted que la conoce no extrañará el que no haya podido olvidarla.

—¡Ah, no, no;—dijo Lola;—Milagros tiene un atractivo irresistible!

Y Lola había procurado, sin conseguirlo, dominar su emoción.

—Yo la hubiera buscado al día siguiente en el Corazón de Jesús,—dijo Luis;—pero me fué imposible aquella noche, me ví obligado á matar á un hombre en defensa propia, y por consecuencia de esto, fué encarce-

lado, procesado, detenido, hasta que cinco meses después, proclamada mi inculpabilidad, fuí absuelto. Entonces la busqué, supe que su abuelo, don Luis de Figueroa, la había traido á Madrid, cinco meses antes, é inmediatamente me puse en camino, averigué por medio de la policía quién era don Luis de Figueroa y quién podría presentarme á él. Yo estoy aterrado. Lo que aconteció ayer, me causa un horror insoportable. ¿Y ella, qué ha sido de ella? ¿Por qué ella no la acompaña á usted?

Luis afectaba la ignorancia de que Milagros había dejado Madrid.

—Ella,—dijo con la voz apagada,—ella no está ya en Madrid.

—¿Pero dónde ha ido?—preguntó con ansiedad Luis.

—Lo ignoro,—respondió Lola.

—¿Qué lo ignora usted?—dijo Luis con extrañeza.

—¿Y cómo puede usted ignorarlo siendo casi su hermana?

—Le juro á usted por la salvación de mi alma,—dijo Lola,—que ignoro adonde va. No he podido arrancarla su secreto: ni comprendo tampoco la causa de ese secreto.

—¡Ah! Yo la buscaré, yo la encontraré,—dijo Luis que quería alzar una barrera insuperable entre él y Lola.

Este propósito, le costaba un violentísimo esfuerzo.

Pero estaba gravísimamente escarmentado, y no

se atrevió á entregarse á su funesta propensión hacia las mujeres, cuya belleza le impresionaba.

No quería que Lola fuese una complicación.

Predominaba en él Milagros.

La situación de Luis, era extraordinariamente difícil, porque Lola le embriagaba, y él no podía dudar de que Lola se había impresionado gravísimamente por él.

—Yo le ayudaré á usted á encontrarla,—dijo Lola insistiendo con toda su alma;—y tanto más cuanto que usted es de la familia.

—¿Yo de su familia?...—exclamó con una asombrada sorpresa Luis.

—Sí,—dijo Lola;—y tengo sobre mí la prueba indudable.

Y sacó de un bolsillo de su traje, el estuche que contenía la petaca, en que aparecía en esmalte el retrato de Aurora.

La entregó á Luis que se inmutó.

—Pero este es mi propio retrato,—dijo,—no hay otra diferencia que el traje.

—Esa es su madre de usted, Aurora de Figueroa, hija de don Luis de Figueroa, *Oclay* del pueblo de Dios. La dedicatoria lo prueba, el parecido es desde luego maravilloso; la fecha conviene con la edad de usted.

—¡Ah, esto parece un sueño, un sueño terrible!—dijo Luis, cuya mirada parecía retenida por un esfuerzo invencible sobre el retrato.

—Sí,—dijo Lola,—un sueño de Satanás, una pobre criatura seducida, comprometida, huyendo de su casa

por evitar las consecuencias del furor de su padre. Muerta al ser madre, un hijo perdido buscado en vano, y que aparece al fin, cuándo hace muchos años se había perdido la esperanza de encontrarle, y que mata á su abuelo que cree que se le aparece su hija muerta, á la que había maldecido.

—¡Oh, sí, sí,—dijo Luis;—verdaderamente una pesadilla infernal! ¡Oh, madre mía; ah, mi pobre Filomena y qué habrá sido de tí!

La conciencia de Luis, hacía padecer ante la triste, apenada, enamorada, desesperada, tal vez muerta, á Filomena.

Lo infernal de la situación crecía.

—Filomena,—exclamó con un acento marcadamente celoso Lola,—¿y quién es esa Filomena?

—La que desde que he podido tener conocimiento de las cosas, hasta hace muy poco tiempo, he creído era mi madre.

—¿Y qué ha sido de ella?—preguntó sin disimular su interés Lola.

—Lo ignoro,—dijo Luis perturbado,—no sé si es viva ó si es muerta.

Y había en la voz, en la expresión de Luis, algo que claramente decía, que había amado con pasión, y con una pasión sensual, que había debido sentir al saber que aquella mujer no era su madre, y que sentía aun.

En la expresión de Luis, cuya mirada parecía vuelta hacia el interior de su alma, veía Lola que la que

causaba aquel recuerdo candente, era una mujer de extraordinaria hermosura.

Tan anegada en encantos extraordinarios aparecía por aquella extensión en el alma de Luis.

Los celos de Lola, se doblaron.

Se hicieron más y más crueles.

¿Qué hombre era aquel?

Lola apasionada de él, creía que todas las mujeres que se hubiesen puesto en contacto con él, debieron amarle.

Este es el fenómeno del amor de la mujer.

Cree que el hombre por esta causa, ha de ser necesariamente amado de igual modo por todas las otras mujeres.

De aquí lo extraordinariamente celoso de la mujer que ama, con todo el amor de que es capaz la mujer, infinitamente mayor que el que por la mujer siente el hombre.

De aquí el que la mujer no ame verdaderamente más que una vez, en tanto que el hombre es múltiple para el amor.

Luis se encontraba infinitamente más que otros en este caso, porque era, ya lo hemos dicho, extraordinariamente sensible á la belleza de la mujer, y del que podía amar de una manera únicamente material.

Cuando se impresionaban sus sentidos, se impresionaba también su alma.

Lola por una intuición, con una percepción dolo-

rosísima para ella, veía todo esto, y sufría de una manera indecible.

Ella estaba destinada sin duda, á ser una de las desventuradas que Luis había arrollado á su paso, y había dejado tras de sí destrozadas y palpitantes.

—¿Y mi padre?—dijo Luis con ansiedad.

—¡Quién sabe, quién sabe quien fué su padre de usted!—dijo Lola con dificultad, porque le dolía lastimar á Luis, ni más ni menos que si Luis hubiese sido su alma.—La desdichada Aurora, guardó su secreto, porque sólo podría sospecharse que el hombre que la acompañó, fuese su amante; pero este hombre era un criado del *Oclay*, y es inverosímil creer que educada Aurora de una manera superior, pudiese enamorarse de un hombre bajo.

—El amor no hace esas distinciones. El amor iguala omnipotente y soberano al hombre y á la mujer. ¿Y quién era ese hombre?

—Un gitano de los de buena raza y de humilde condición, que se llamaba el *Taripó*.

—¿Y qué ha sido de él?

—Murió despeñado, cuando conducía á usted recien nacido, para ocultarle provisionalmente en la Inclusa de Madrid. Pero todo esto, no es más que deducciones: solo se sabe de positivo, que se encontró al *Taripó* muerto en la sierra, sobre un sendero escarpado que conducía á Madrid, y más abajo sobre el lecho de un torrente, su caballo muerto, devorado á medias por los lobos.

—¡Ah!—dijo Luis, cuya mirada se volvió otra vez hacia su interior.—Filomena no pudo decirme sino que yo era gitano, que yo no era su hijo, que su marido y ella me habían adoptado por caridad.

—¿Esa Filomena es casada?—dijo Lola sin cuidarse de disimular sus celos.

—Enviudó cuando yo era aun niño,—dijo Luis conmovido;—ella no perdonó sacrificio para criarme; ella me amaba con delirio.

—¿Y qué edad tenía?—dijo Lola imprudente ya en sus celos, en aquellos nuevos celos que agravaban los que ya sentía á causa de Milagros.

—Cuarenta años,—dijo Luis, que estaba tan perturbado, que no sentía la perturbación de Lola.

—¡Cuarenta!—dijo ésta en voz casi imperceptible, y continuó para sí.—Abundan las mujeres que á los cuarenta años están en toda la fuerza de su hermosura.

Y luego añadió en voz alta:

—¿Y qué se ha hecho de esa señora?

—No lo sé; su revelación de que yo no era su hijo, se cortó por una terrible catástrofe, que aprovechando la confusión que aquella catástrofe causó, desapareció Filomena. Por más que he hecho, por más que he excitado gastando á manos llenas, nada ha podido saber de ella la policía.

—Pero en usted hay una vida accidentada por sucesos terribles,—dijo Lola que ya se atribuía el derecho de interrogar á Luis.—Antes me habló usted de haber sido procesado en París, á causa de un homi-

cidio que usted hizo y del cual fué absuelto, porque lo hizo con el pleno derecho de la legítima defensa.

—Sí,—dijo Luis;—desde hace algún tiempo ha caído sobre mí algo de terrible.

—Pero esa catástrofe de la cual se aprovechó esa señora para apartarse de usted,—dijo Lola que ya no respetaba límites.

—La explosión de una caldera de vapor, que hizo pedazos al padre de mi mujer,—respondió Luis.

—¿Es usted casado?—exclamó Lola saltando sobre su sillón y volviendo á caer sobre él.

No podía manifestarse ya más desembozada la pasión de Lola.

Luis no pudo menos de apercibirse de ella, lo cual le ponía en un conflicto.

Lola estaba terriblemente hermosa, tentadora.

Su mirada desatentada, loca, devoraba á Luis.

Milagros sin embargo, contenía á éste.

—Soy viudo,—dijo Luis,—James murió terriblemente impresionada por la horrible muerte de su padre, y dando á luz una criatura que sólo vivió algunos minutos, lo bastante para que yo heredase la inmensa fortuna de Mister James, una fortuna que me sofoca, porque es para mí como una maldición.

—¡Jenny! ¡James!—exclamó Lola;—pero esos nombres son ingleses.

Debemos recordar para que no se estrañe la manera de razonar y de hablar de Lola, que Luis de Fi-

gueroa, la había educado ni más ni menos que á Milagros, como á una alta señorita.

¿Y porqué no?

Las dos eran sus nietas.

A las dos las amaba con una igual ternura.

Lola á diferencia de Milagros que solo podía y sabía ser señora, era de una manera doble, señora y gitana, enérgica como las otras gitanas.

Había vivido por mitad con su abuelo y en el colegio y en la taberna con sus padres aparentes.

Así era, que tenía, como se dice entre la gente del bronce, los dos *carázteres.*

Es decir, sabía ser hembra de alta barba de rompe y rasga, tan buena para un barrido como para un fregado: sabía ser también de una manera perfecta una gran señorita con todas las maneras, con todos los adornos de una educación altamente escogida.

Por eso no tenía nada de extraño el que hubiese conocido lo inglés de los nombres Jenny y James.

—Sí,—dijo Luis.—Ingleses de orígen. Esto es, anglo-americanos, residían en Nueva-York de donde eran naturales. Yo realicé aquella enorme fortuna que de una manera tan terrible había venido á mí, la impuse repartiéndola en los principales bancos de Europa y me fuí á París en busca de Filomena, de la cual solo pude encontrar la pequeña casita en que había habitado.

—¿Y por qué causa fué el homicidio que retuvo á usted en París?—continuó Lola lanzada ya á todo.

—Por una mujer,—respondió Luis.

En su ruda franqueza de marino, no sabía mentir, y además reforzaba la barrera que debía defenderle de una nueva complicación á causa de Lola.

Y esto, con un valor heróico.

Realizando un milagro respecto á sí mismo, porque Lola estaba formidable.

Su hermosura era más que incitante, de todo punto abrasadora.

Embriagada, delirante, no se cuidaba de encubrir su amor.

—Sí, una mujer que era ó que había sido amiga de Filomena á la que había creido y creo aún mi madre. Circunstancias fatales á que yo no supe resistir, dieron á aquella mujer derechos sobre mí, causa á un celoso desdeñado para introducirse como un ladrón nocturno donde estábamos y herir gravemente á Ernestina. Yo, pues, me ví obligado á matar á aquel hombre vengando á Ernestina y á la vez defendiéndome.

—¿Y esa mujer murió?—dijo Lola.

—No, y cuando sanó fué procesada conmigo, y conmigo absuelta.

—¿Y dónde está esa mujer?

—La dejé en París.

—¡Ah! ¿Qué la dejó usted en París? Es una crueldad.

—Yo tenía el alma llena de Milagros,—dijo Luis cometiendo respecto á Lola, una crueldad mayor que la que había cometido respecto á Ernestina.

No podía ser mayor el triunfo de Milagros.

Luis sufría imponderablemente atormentando á

Lola en la creencia de que nunca sería bastante fuerte el obstáculo que de ella le separase.

Lola no respondió.

Se armó de valor.

Se indignó de aquella horrible franqueza de Luis y en un momento de amor propio, de dignidad gravemente ofendida se hizo el propósito temerario de sofocar su amor por Luis.

Esto no era más que irritar hasta lo infinito aquel amor.

Guardó Lola durante algunos instantes silencio, y luego dijo procurando dominar su emoción y lo alterado de su voz.

—Puesto que usted está tan empeñado por Milagros; yo le ayudaré á usted á encontrarla. No respondo, sin embargo, de la buena acogida que Milagros puede dar á la pasión de usted. Yo he visto en ella todos los indicios de una pasión tristísima contrariada; ella, indudablemente, ama con toda su alma, con un amor ya antiguo que ha debido hacerse imposible.

Lola se vengaba.

Luis sintió la puñalada en el corazón.

Lola había despertado en él una sospecha terrible que hasta entonces no le había acometido.

¿Amaría ya Milagros, cuando sobrevino la aventura del lago de Vincennes?

¿Aquella aventura había hecho para ella imposible el logro de su amor?

Cierto era, que Milagros era educanda del Sagrado

Corazón, pero salía á pasear con sus compañeras, dos veces á la semana.

Así podía haber conocido á un hombre, y haberle amado aunque no hubiese podido hablarle nunca.

Y luego que el amor penetra en todas partes, aún en la más rígida clausura.

Siempre hay domésticos que en comunicación con los de afuera pueden ser el conducto de cartas anhelantes, seductoras, enloquecedoras.

Esta suposición, se arraigaba en el alma de Luis, despedazándola, emponzoñándola.

El no podía suponer que Milagros amase á un hombre misterioso, desconocido que aprovechándose de su desmayo, la había hecho victima de una infame brutalidad.

No podía creer tampoco que en el breve espacio que había estado delante de ella, pudiese haber concebido por él una pasión violenta.

Luis no conocía ni áun podía adivinar la extraordinaria sensibilidad de Milagros.

El no se había visto á sí mismo, como deslumbrado, absorto, inmenso de pasión, fluyéndole por sus poderosos y terribles ojos el volcán de su alma, había devorado y abrasado en él á Milagros.

Milagros había conocido de improviso de una manera completa y avasalladora el amor en los ojos de Luis.

El recuerdo de aquel momento, había crecido y

crecido por una rápidez excepcional en el alma de Milagros.

Lola habia visto desarrollarse este fenómeno de una manera doble en sí misma y en Milagros.

Si Luis hubiese hablado con Milagros dos veces, como había hablado con Lola, se hubiera convencido de que Milagros estaba loca por él.

Pero no habia sucedido esto, y Luis moria de celos.

Suponía á Milagros enamorada de otro.

No pudo contenerse.

—¿Y á quién ama esa señorita?—exclamó.

—Ella lo sabe,—dijo Lola.—Ese es un misterio que guarda en su alma.

—¡Ah!—dijo Luis.—Yo aclararé ese misterio.

—Para eso,—dijo Lola,—es necesario saber dónde está Milagros; repito á usted que yo le ayudaré á buscarla sino la encontramos, será necesario esperar á que vuelva, si es que ha de volver: entre tanto usted debe servirla y así tendrá ella un motivo de agradecimiento para con usted.

—Cómo, ¿qué puedo yo servirla?—dijo Luis.

—De una manera importantísima y de todo punto trascedèntal,—dijo Lola.—Esto justifica mi apresuramiento en llamarle á usted. De otro modo yo no le hubiera llamado.

—Usted sabe hasta qué punto puede contar con mi afecto, con mi amistad. Yo la hubiera buscado á usted muy pronto mañana mismo.

—Y yo y mi hermano, dijo Lola, le hubiéramos recibido á usted por simpatía como á nuestro grande amigo; pero existiendo ese retrato (Luis le tenia aun en la mano), que prueba con una claridad indudable que usted es nieto del *Oclay* difunto, y por consecuencia primo hermano de Milagros, perteneciendo usted á la familia, la cuestión ha cambiado completamente. Milagros ha sido proclamada hoy mismo *Oclayí* y para ausentarse ha delegado todo su poder en el *Bato-puró* mayor, esto es, en la segunda autoridad después del *Oclay*, en don Diego, gitano de origen aunque no lo parece, y con el apodo gitano de el Berdejí; esto es, el Lagarto, y en efecto, en ese canalla hay mucho de reptil y al mismo tiempo mucho de traidor y de cobarde, el hiere por la espalda y envuelto en la sombra. Es necesario que haya alguien que con título bastante le imponga respeto; más aún espanto. Ese hombre es usted.

—¿Pero me reconocerán los gitanos?

—Sí, á no ser qne usted se niegue, porque no quiera parecer gitano.

—¿Y qué más me dá?—dijo Luis.—Ya lo sabía yo. Me lo habia revelado Filomena, y luego yo, por nada del mundo incurriré en la vileza de renegar de mi raza.

—Pues bien,—dijo Lola,—yo dejo á usted y le suplico espere; voy á ocuparme en hacer que cuanto antes sea usted reconocido como el pariente más próximo de el *Oclay* don Luis y de la *Oclayi* doña Milagros de

Figueroa. Voy á mandar que llamen inmediatamente al Berdejí.

—¿Y este retrato?—dijo Luis haciendo el ademan de devolver el estuche á Lola.

—Es el de su madre de usted,—dijo ésta;—y por consecuencia á usted le pertenece. Guárdelo usted y hasta luego.

Y dió la mano á Luis.

Aquella hermosa mano temblaba y ardía.

Luego Lola salió como quien huye.

Huía en efecto.

Se temía á sí misma, y veía que Luis estaba visiblemente en un resbaladero.

Era necesario esperar.

Ver como se resolvía la situación en que se encontraban recíprocamente Luis y Milagros.

Lola tenía la seguridad de la causa que había obligado á Milagros á desaparecer por algún tiempo.

Que el responsable de la situación de Milagros era Luis.

Y en fin, que Milagros amaba á Luis con una pasión tan desesperada como la que Luis sentía por ella.

Lola sufría de una mauera indecible.

Luchaban en ella el cariño y el ódio en cuanto á Milagros.

En cuanto á Luis, la pasión y el miedo.

Luis la parecía verdaderamente terrible.

Un ser siniestro.

Tal vez un ser maldito.

Joven aún, había sacrificado ya á varias mujeres.

Lola pues, huía por el momento, y para en adelante se proponía el defenderse.

CAPÍTULO XXIX

—

De como el Berdejí tuvo motivos para ponerse muy en cuidado.

Mientras se había buscado á Luis, mientras había ido, mientras había esperado á Lola, y mientras había durado su conversación con ella, había pasado tiempo bastante, para que Milagros, el padre Pérez y los dos gitanos que los acompañaban y que habían tomado por el camino de Fuencarral yendo á buen paso, hubiesen llegado á una casa de campo que estaba á la derecha del camino, y como á media legua de Madrid.

Pizpiteja, los había seguido á cierta distancia trotando para ponerse en armonía con la marcha de los animales, ligero é incansable y dando muestras de poder seguir en su trote durante algunas leguas.

El Berdejí sabía bien, á quién había puesto en acecho de la casa de Milagros para que la siguiese si salía

de ella y le había provisto de una razonable cantidad, para que pudiese seguirla á una larga distancia.

Pizpiteja se había comprado en el Rastro un traje completo, tres mudas de ropa blanca, unos zapatos fuertes, un saco para llevar su merienda y su exíguo equipaje, y se había envuelto en su media capilla.

Iba pues, perfectamente preparado.

En cuanto al frio, esto caía por encima.

Pizpiteja estaba acostumbrado á soportarle medio desnudo.

Milagros y los que la acompañaban, se dirigieron á la casa de campo, cuya puerta se abrió en silencio y volvió á cerrarse cuando Milagros y los suyos entraron.

Pizpiteja llegó hasta el frente de la casa, pero no pasó de la cuneta del camino.

—Esto no estaba previsto;—dijo para sí.—Esta gente se ha detenido en corto; si yo he de vigilarlos tengo que quedarme bonitamente á pasar la noche en la posada de la Estrella, lo cual no me hace maldita la gracia, empieza á helar; si fuéramos marchando, eso importaba poco; andando se quita el frío, pero estando de *pasma* es de todo punto diferente. Poquito á poco, se puede ir apoderando de mí, la sonnolencia que acomete á los que se hielan, y puedo *palmar* y quedarme encogido como una algarroba, y frío como un *carámbano* y con una sonrisita de conejo en la boca como se quedan los helados. ¡Zape! Yo me vuelvo. ¿Y qué le digo al Berdejí? Nada bonitamente, que me han robado y si

lo cree bueno y sino lo mismo, cabalitamente anda merodeando por aquí como contrabandista y matutero revuelto con ladrón el capitán Manazas, el *Mulatán* y sus acólitos.

En este momento, Pizpiteja dió un salto de mono, cayó en medio de la cuneta, y se agazapó.

Todo esto, había sido hecho con una celeridad extraordinaria.

Había visto dos sombras chinescas que se destacaban vagamente y á poca distancia de la espesa penumbra de la noche, y por la silueta de estas sombras había averiguado y puesto en claro, que eran las producidos por los cuerpos de una benemérita pareja de la guardia civil.

Pizpiteja temió que le detuviesen, que le registrasen, que le encontrasen el oro que llevaba en los bolsillos, que extrañando que este oro estuviese en la posesión de un granuja, se incautasen de él, le diesen una paliza preventiva, le echasen las esposas, y le condujesen gentilmente al juzgado de guardia.

De aquí el salto, y el agazapamiento de Pizpiteja.

Pero aunque esto pareció se había hecho rápidamente no le aprovechó.

Los guardias le habían visto y uno de ellos se acercó, se inclinó sobre la cuneta, cogiéndole del collarin de la camisa y la chaqueta á Pizpiteja, y le levantó como si hubiera sido un gato cogido por el morrillo.

Pizpiteja sintió una opresión de todo punto incó-

moda en la garganta, y cuando esta opresión cesó porque estaba ya de pié, experimentó un simultáneo golpe en el cogote y en las asentaderas.

Es decir un morrillazo y un puntapié que le había propinado el guardia diciéndole al mismo tiempo:

—¿Qué es lo que tú haces aquí, granuja?

—Yo soy un ciudadano,—contestó Pizpiteja con la misma serenidad que si no le hubieran arrimado dos lapos.—Yo estoy en mi perfecto derecho de pasearme de día y de noche por donde mejor me plazca.

Irritado el guardia por la desvergüenza del pillete, le arrimó una bofetada que le cogió un ojo, haciéndole ver las estrellas.

Sin embargo, Pizpiteja se redujo á recobrar el equilibrio que le había hecho perder la bofetada, pero no se quejó ni se achicó.

Le entraron tentaciones de salir de piés.

Pero apenas las concibió, las rechazó.

Los guardias civiles, gozan de la fama de tener una puntería certera de mil diablos, y Pizpiteja no se encontró de humor de que le atravesasen de parte á parte como á un papel.

El otro guardia, estaba á dos pasos inmóvil dejando hacer á su compañero.

Este desembozó á Pizpiteja, le registró y repartidos entre los dos bolsillos interiores de la chaqueta, le halló una cantidad en oro que á juzgar por el peso, podía llegar á cinco ó seis mil reales.

El Berdejí había previsto, que tal vez Pizpiteja

tendría que tomar el tren, ó valerse de otros medios costosos, sabe Dios hasta donde, y había provisto al tunantuelo.

—Hola, hola;—dijo el guardia.—Aquí tenemos un cuerpo de delito. ¿De dónde te ha venido á tí esta riqueza, tunante? Tú ibas de huída.

—El que yo lleve algunos intereses, no prueba que yo sea criminal.

Esto produjo un nuevo meco del guardia, que bañó en sangre la boca de Pizpiteja.

En aquel momento, el otro guardia preparando rápidamente la carabina, gritó:

—¡Alto, á la guardia civil!

Esto no era en manera alguna por Pizpiteja.

Por una trocha inmediata al lugar en que se encontraban, había sobrevenido al trote largo, un grupo de ginetes que no se detuvieron, y avanzaron apretando los caballos para escapar á lo largo del camino.

El guardia que había dado el alto, disparó.

El otro guardia abandonó á Pizpiteja, preparó su carabina y disparó también.

Los que huían se revolvieron y rompieron el fuego.

Pizpiteja, aprovechó la ocasión, se volvió hacia Madrid y partió á correr alejándose con una rapidez mayor que la de una hoja seca impulsada por un viento fuerte, y se perdió en las sombras.

Los guardias se quedaron enredados con los matuteros que no eran otra cosa los ginetes.

La Providencia que no habia salvado á Pizpiteja de

cuatro contusiones en su pequeño cuerpo, le habia salvado de ir preso.

Con una serenidad fenomenal, atravesó Pizpiteja Madrid y fué á dar fondo en la platería del Berdejí, que estaba ya cerrada, por que el Berdejí segun la antigua costumbre de las casas abiertas, cerraba al oscurecer.

Cuando llamó á la puerta Pizpiteja, el Berdejí estaba en su sótano junto al hornillo; pero no fundiendo, sino cuidando de un brebaje verdinegro y espeso, que hervía en una pequeña cazuela y que removía con una espátula.

Esto indicaba que además de la platería, el Berdejí tenía otra profesión.

¿Quién podía determinar si aquel brebaje era un veneno, un filtro, un excitante amatorio ó un específico para curar ésta ó la otra dolencia á la manera de los curanderos?

Todo podía ser.

Cuando sintió los insistentes golpes que daban en la puerta salió del sótano y subió mny ajeno de que fuese Pizpiteja el que llamaba.

—¿Quién es?—dijo.

—Abra usted enseguida, maestro,—dijo Pizpiteja.—Que vengo medio liquidado ó liquidado del todo. ¡Vaya una brutalidad!

El Berdejí abrió sobresaltado la puerta.

¿Cuál podía ser la causa de que Pizpiteja volviese tan pronto y estropeado?

—¿Pero qué te ha sucedido? maldito, que tú eres,—dijo el Berdejí dejando pasar á Pizpiteja y cerrando la puerta.

—Vamos á donde haya luz,—dijo éste;—donde me pueda usted ver la fila, y aunque usted no se conduele de nada, se encuentre con motivos bastantes para condolerse. Tengo un ojo que me rabia, reventados los labios, y se me mueven todos los dientes.

Habían entrado en una habitación interior alumbrada por una lámpara puesta en la pared en una palomilla al pié de un pequeño cuadro al óleo, ya renegrido, que representaba á Nuestra Señora de la Soledad de la calle de la Paloma.

Por un fenómeno muy comun, el Berdejí, aquel grande criminal, era beato, oía misa todos los días, iba á los jubileos, comulgaba todos los domingos y gastaba con las rodillas el pavimento de las iglesias.

—Veamos lo que te ha sucedido,—dijo con la voz ágria.—Creo que he cometido una necedad en fiarme de tí. En efecto, vienes gravemente contusionado de un ojo, y reventados los labios.

—Sin contar el cogotazo y el puntapié,—dijo Pizpiteja.

Y como el Berdejí le interrogase, le contó su aventura.

—Aunque te hubiesen reventado, no me haría nada, pero te se ha perdido ella, y he tirado á la calle seis mil reales.

—Muchas gracias por el buen corazón que tiene

usted para mí don Diego, y aunque no fuera más que por los belenes en que usted me ha metido y por los secretos que tengo de usted, merecía que me estimase usted un poquito más.

El Berdejí abrió un armario que en el cuarto habia, y podía ser considerado como una sección de botica.

En sus tablas se veían redomas, frascos y botes de porcelana, y en el centro uno como ojo de boticario.

Tomó de allí dos botecillos el Berdejí; de la parte inferior un mortero de cristal, y mezclando en él parte del medicamento en polvo que los botecillos contenian y poniendo un poco de agua en el mortero, batió la medicina, empapó en ella un trapo, lo puso sobre el ojo lesionado de Pizpiteja, sujetó un apósito con una venda, le lavó los labios reventados con el mismo medicamento, le puso otro apósito dejandole libre una parte de la boca para respirar y comer y beber con trabajo, le dió una porción de antistérica y le llevó á un zaquizamí que al lado de aquel aposento habia y señalándole una pequeña cama que el Berdejí tenia á prevención para lo que pudiese ocurrir, por que vivía solo le dijo:

—Echate ahí, arrópate y suda, que eso te vendrá bien; estás peor de lo que crees.

—Como si yo necesitara que me lo dijera usted,—dijo Pizpiteja;—como si yo estuviera muerto, y no sintiera que me han medio matado: ¡qué bruto, cáscaras, que bruto! Tenía las manos de piedra. Me alegraría de que los matuteros le hubiesen dado un buen *tute* en-

tre los dos ojos; que ni siquiera hubiera pestañeado.

—¿Y dónde sucedió eso?—preguntó el Berdejí, mientras Pizpiteja se desnudaba con trabajo.

—Pues en la Casa Blanca por el camino de Fuencarral,—dijo Pizpiteja.

—¿Y te parece á tí, que han entrado allí para pasar la noche?

—Me parece que sí,—dijo Pizpiteja;—por que el viento era muy frío; se daba diente con diente y empezaba á gotear; ahora llueve que es un primor. Mire usted el ruído que arma el canalón que chorrea sobre el patio. No está la noche para que una señora vaya de camino y á caballo aguantándola.

—Hay situaciones en que se arrostra por todo,—dijo el Berdejí.

—Pues allá usted, maestro,—dijo Pizpiteja que había acabado de desnudarse, y se metía en la cama.—Yo he hecho lo que he podido; buenas noches. Yo no tengo gábilos ni para hablar.

Y se arropó y se acomodó.

El Berdejí, salió dejándole á oscuras, y echó la llave á la puerta.

Después tomó su capa y un sombrero gacho á propósito para resistir la lluvia y se fué á la puerta exterior.

Iba á salir para buscar otro individuo de su confianza que fuese á observar la Casa Blanca, y á seguir á Milagros si salía de ella.

Antes de llegar á la puerta, oyó que llamaban.

—¿Y quién podrá ser?—dijo contrariado el Berdejí. —Yo no esperaba á nadie.

Y abrió la puerta.

—Me alegro de haber encontrado á usted que no tenía muchas seguridades de ello,—dijo una voz amistosa.

Era la de don José el mayordomo.

—¿Sucede algo?—se apresuró á decir el Berdejí.

—Y más que algo,—respondió don José.—Pero cierre usted cuanto antes y metámonos en el carruaje, que llueve que es un placer y hace mucho frio.

—Es que yo tengo que evacuar urgentemente un negocio.

—Que no será por cierto tan urgente como el que yo traigo. La señorita Lola me ha mandado, venga á decir á usted que vaya á verla sin pérdida de tiempo. Y suceden cosas graves á lo que yo me imagino, conque andando al carruaje.

El Berdejí llevado al colmo de la contrariedad, resopló, murmuró ágriamente algunas palabras inteligibles que sonaban á blasfemia, y se metió en el carruaje donde ya se habia zambullido el mayordomo.

—A casa,—dijo éste al lacayo.

Y el carruaje partió.

—Veamos que ès lo grave que sucede,—dijo el Berdejí.

—Me parece que le ha caido á usted entre las manos algo de mucho peso, y peligroso como si fuera una bomba con espoleta encendida.

—Hombre, hombre,—dijo con extrañeza y con cuidado el Berdejí que sabía que don José no se espantaba fácilmente ni exageraba á pesar de ser gitano.

—Sí señor, nos ha salido al camino un personaje terrible.

—¿Cómo, terrible?

—Mire usted don Diego, cuando ese sugeto mira á uno y se fija, se siente como un frío de muerte, ¡qué ojos Jesucristo! ¿Se acuerda usted de cómo se le ponían los ojos al difunto *Oclay*, cuando se irritaba?

—¡Ah, ojos de muerte!—dijo estremeciéndose el Berdejí, que estaba muy lejos de ser valiente.

—Pues peor, mucho peor,—dijo don José;—más negro, mucho más negro, cuando mira derecho ese señor, le quita á uno el habla.

—¿Señor?

—Sí señor; señor y de muchas campanillas á lo que parece.

—¿Y quién es?

—Yo no sé sino que se llama don Luis; pero no he podido dejar de conocer que pertenece á la familia, y con un parentesco muy próximo. Se parece prodigiosamente á doña Aurora, recuerde usted, la hija que se le perdió al difunto *Oclay*, y que sólo encontró muerta.

—Primo hermano de la señora,—exclamó con estremecimiento el Berdejí.

—Indudablemente,—dijo don José;—y la señorita Lola me ha mandado ir á buscarle, le he llevado,

han estado encerrados largo tiempo, y luego la señorita me ha mandado que venga con urgencia á buscarle á usted, para que usted vaya sin escusa.

—Dígame usted todo lo que usted sepa,—dijo el Berdejí;—esto puede ser muy grave.

—De toda gravedad, gravísimo,—dijo don José.

Y aseguida contó al Berdejí, todo lo que acerca de Luis sabía.

Apenas de acabar este relato, llegaron, bajaron del carruaje, subieron, y don José anunció la llegada del Berdejí á Lola, que se apresuró á recibirle.

CAPÍTULO XXX

De cómo Luis duda de si mismo, de si está cuerdo ó loco.

Lola inquietó más y más al Berdejí, que no pudo menos de reparar en que estaba muy conmovida.

—Ha sido necesario,—dijo:—que yo llame á usted sin pérdida de tiempo don Diego.

—¿Pues, qué sucede?—dijo el Berdejí haciéndose de nuevas, como si nada le hubiera dicho don José.

—Ha aparecido un nieto de mi padrino,—dijo Lola; —un primo hermano de Milagros, y que si ella muriese por desgracia, tendría incondestables derechos al *Oclayato*.

—¿Está usted segura, doña Lolita?—dijo el Berdejí.

—Aconsejo á usted,—dijo secamente Lola, y con el aíre que tomaba cuando se ponía de mal talante, aíre terrible, porque ella también era nieta del *Oclay*;—que cuando hable usted con él, que va á ser inmedia-

tamente, le trate con un profundo respeto, y con todas las mayores muestras de lealtad que usted pueda, porque de otro modo, podría suceder una desdicha; es un ser terrible.

—Me basta á mí,—dijo el Berdejí con su hipocresía acostumbrada;—el saber que ese señor ės nieto del *Oclay* difunto, y por consecuencia, primo hermano de su grandeza la *Oclayí*, para que yo le trate no solamente con una gran veneración, sino también con un grandísimo y leal afecto.

—Yo he prevenido á usted como debía,—dijo Lola;—ahora sígame usted.

Y llevó al Berdejí al gabinete donde esperaba Luis.

Estaba éste sentado junto á la chimenea, y profundamente abstraído.

Al sentir los pasos de Lola y del Berdejí, alzó la cabeza, y al ver que con Lola venía un hombre vestido aunque á la antigua, de caballero (el Berdejí había dejado en el recibimiento, su sombrero y su capa), se levantó de una manera cortés, pero rígida é imponente.

La luz de una de las dos lámparas solares que estaban sobre la chimenea, iluminaba de lleno el semblante de Luis, que arrancaba de sus ojos dos destellos luminosos, que aumentaban su fuerza natural, dando á su mirada, á su profunda y terrible mirada, algo de fantástico.

Al Berdejí, se le paró momentáneamente la sangre.

Retrocedió como impulssdo por la mirada de Luis.

La suya se hizo vaga.

Aparecía en ella el miedo...

—Indudable,—dijo con una voz extraña.

—Sentémonos,—dijo Lola, ocupando el sillón que estaba junto á la chimenea, frente al de Luis.

El Berdejí tomó otro, se sentó entre los dos jóvenes, y logró, haciendo un esfuerzo, aparecer tranquilo.

—Usted lo ha dicho,—observó Lola;—usted no ha podido menos don Diego, de reconocer á primera vista en nuestro pariente don Luis, un descendiente directo del difunto *Oclay*, un nieto suyo, un Figueroa.

—Sí, sí, indudablemente,—dijo el Berdejí, inclinándose con un profundo respeto.

Luis le tomó la mano, y dijo estrechando la que le dió el Berdejí, con su ruda franqueza de marino:

—Espero que nos entenderemos bien, amigo mío.

—¿Y cómo no?—contestó el Berdejí.

—Tengo entendido,—dijo Luis,—que por la ausencia de la señora doña María de los Milagros de Figueroa, nuestra esclarecida reina, ha quedado usted encargado del gobierno de nuestro pueblo, en el cual tengo entendido también, hay descontentos y conspiradores.

—El espíritu revolucionario ha cundido por todas partes señor,—dijo el Berdejí;—y á pesar de nuestros ritos, de nuestras tradiciones, de nuestras leyes, que nos hacen respetar ciegamente la absoluta potestad de nuestro *Oclay*, nos han contaminado.

—Para desgracia de los traidores,—dijo brevemente

Luis, que estaba de muy mal temple con lo que le sucedía.

—Yo,—dijo el Berdejí,—vigilaré á esos conspiradores, y los contendré enérgicamente.

—Voy á hablar á usted amigo mío,—dijo Luis, á quien le era extraordinariamente antipático el Berdejí; —aparentemente, legalmente, por la autoridad de que está usted investido; gobernará usted durante la ausencia de mi ilustre prima, pero usted no hará más que lo que yo le mande.

El Berdejí se estremeció.

Luis que dominaba completamente, le aterraba.

—Será para mí una felicidad,—dijo;—el obedecer á usted señor, porque no puedo dudar de que es usted nieto del difunto *Oclay*.

—Más claro,—dijo Luis con acento reposado, pero fijando su potente mirada en el Berdejí.—El primer traidor que yo conozco entre nosotros, es usted. Yo no puedo mentir. Yo no puedo dejar de decir lo que siento, y cuando hago una advertencia no es que amenazo, es que fijo una situación.

—Señor...—exclamó confundido el Berdejí,—Yo no he dado motivo alguno, para que pueda dudarse de mí.

—Basta con mirarle á usded,—dijo Luis;—para que el que tenga buena vista, le vea á usted por completo. Son inútiles las protestas, creo que ya nos entendemos, y que usted comprenderá lo que puede esperar de mí, sino cumple rígidamente sus deberes como un hombre honrado.

Y el acento de Luis, era natural, tranquilo, sín irritación de ningun género, ni sabor alguno de amenaza.

El Berdejí á pesar de su experiencia, de su astucia, de su decisión para el mal y del valor para el crimen, que en sí tenia, estaba anonadado.

Temblaba visiblemente.

El pavoroso prestigio que para él fluía de Lola, era visible.

Lola miraba en silencio, con complacencia, lo que sucedía, y se enamoraba más y más de Luis, que le parecía un Dios.

Hasta tal punto, que estaba loca por él.

El Berdejí miraba ansioso y espantado á Luis.

No parecía sino que había enmudecido y pretendía hablar en vano.

Aquello era el colmo del terror.

—Yo no necesito para nada,—dijo Luis,—que se me reconozca como nieto del difunto *Oclay*. Me basta con saber que lo soy para defender los derechos de mi prima.

—Sin embargo,—dijo Lola;—ese reconocimiento es necesario y yo lo exijo. Hágame usted el favor de darme el retrato de su madre.

—Yo no he venido al mundo, ni estoy en él,—dijo ardorosa y apasionadamente Luis,—sino para complacer á usted; será lo que usted mande: usted es, en realidad, parienta nuestra, ahijada de mi abuelo, debe reemplazar á mi prima durante su ausencia: yo no debo

hacer otra cosa que dar fuerza á la autoridad de usted, que este señor reconocerá privadamente entre nosotros.

—Sí, sí, y con toda mi veneración, toda mi lealtad, aunque se dude de ella, lo cual me es extraordinariamente doloroso,—dijo el Berdejí.

—Pero el retrato,—insistió Lola.

Luis sacó el estuche y se lo entregó.

Lola lo abrió, y presentó el retrato al Berdejí.

—Esto era inútil. Yo he conocido á la señora madre del señor: no la he olvidado, y al ver al señor, en él la he visto.

—Sí,—dijjo Lola;—pero no todos conocieron á la madre de mi ilustre pariente; y no todos los viejos que pudieron conocerla tendrán la memoria que usted: este retrato es una prueba indudable, y es necesario que don Luis ocupe entre nosotros la situación que le corresponde, que se le reconozca como descendiente directo del difunto *Oclay* por los doce bato-purós de la junta suprema. Así, pues, don Diego, sin pérdida de tiempo para que estén reunidos aquí, dentro de una hora, haga usted que se les avise; esta noche se hará por ellos el reconocimiento legal; mañana se convocará al pueblo, y usted y los de la junta darán á conocer á don Luis como nieto del difunto *Oclay*. Es necesario que él, como el pariente más inmediato, presida el oficio de cuerpo presente que ha de celebrarse en la parroquia por el alma de mi padrino; para ello, ruego á usted vaya en el momento á cumplir con este encargo.

El Berdejí, que estaba extraordinariamente incómodo, sufriendo la influencia de un pavor frío, se apresuró á obedecer á Lola.

Se levantó, saludó cortesmente, y salió como quien huye.

—Así y todo,—dijo Lola;—es necesario tener mucho cuidado con ese pícaro: obedecerá de miedo, pero trabajará en silencio.

—Todas mis desdichas,—dijo Luis,—serían tolerables si tuviesen la misma fuerza que ese hombre. Está tranquila y permíteme que te hable de tú, puesto que parientes somos, que mi prima eres, aunque más lejana que Milagros.

—En buen hora: dí mejor, Luis, que somos hermanos, porque yo como á una hermana amo á Milagros, y tú la amas como si fuera tu alma.

No se sabía quién era más traidor, si el Berdejí ó Lola.

Comprendía ésta, que en Luis se libraba uua batalla entre Milagros y ella.

Que si Luis no se encontrase ligado por un sagrado deber á Milagros, fascinado por un recuerdo insistente, por un recuerdo abrasador, la ausencia de Milagros podría ayudarla á triunfar de ella.

Lola había hablado con ternura á Luis.

Le sonreía de una manera lánguida.

Le miraba con los ojos adormidos.

Había tomado una actitud voluptuosa.

Reclinada la cabeza en el respaldo del sillón, le de-

jaba ver por completo su hermosa garganta, que nacía y se recostaba sobre lo negro del luto.

Su espléndido seno, de una apariencia firme y de una forma purísima, se agitaba levemente como respondiendo á un latido ardoroso del corazón.

Todo esto, dentro de una gran facilidad, de una noble confianza, como producido por un afecto desinteresado. Lola coqueteaba á la alta escuela, y su coquetería acentuaba, realzaba su gran belleza.

Luis la miraba ansioso y volvía á caer en la fascinación.

Volvía á ser un solo sér de Milagros y de Lola.

Conteniéndose, hacía un esfuerzo que le atormentaba de una manera indecible.

El tiempo que trascurrió hasta que anunciaron á Lola que estaba allí el Berdejí con los doce de la junta, fué una terrible hora de prueba para los dos.

Hubo momentos en que Lola estuvo á punto de abandonarse á una explosión y en que Luis necesitó de toda su extraordinaria fuerza de voluntad para no olvidarse de Milagros á causa de Lola, ó para creer á causa de Milagros, que la tenía delante de sí, en Lola.

Luis no encontraba diferencia alguna.

Se sentía amado por Lola y le devoraban unos horribles celos á causa de Milagros.

El la creía enamorada de otro antes del lance de Vincennes y aborreciendo con toda su alma al que por una infamia había hecho imposible la satisfacción de su amor.

Esto empeñaba á Luis, y la certeza de que Milagros había huído para salvar su honra ocultando su estado de maternidad, defendían á Milagros del corazón de Luis.

De otro modo la tentadora Lola hubiera absorbido completamente el sér entero de Luis.

Lola esperaba que esto, á pesar de todo, sucediese días antes de que Milagros volviese, y preparaba este resultado.

Un momento de locura, de olvido en Luis.

Una exacerbación de esta locura, forzada por Lola.

Un sitio por hambre.

Y para terminar este sitio, una capitulación matrimonial.

Una unión consumada, consagrada por la religión y reconocida por las leyes.

No podía, pues, asegurarse, quien conspiraba más traidoramente contra Milagros, si Lola ó el Berdejí.

Pero atendida la pasión que Milagros había cogido por Luis, resultaba Lola infinitamente más terrible que el Berdejí para Milagros.

¿Qué le importaba á ella el perder la soberanía sobre los gitanos?

Esta soberanía la violentaba.

Aunque hubiera estimado aquella soberanía como la estimaba el Berdejí ¿qué ambición no hubiera sacrificado ella, á cambio de su venturosa y honrada posesión de Luis?

Milagros tenía el corazón infinitamente más grande, más noble, más fuerte, más valiente, que Lola y Luis.

Ella, comprendiendo que su desgracia la reducía al celibato, comprendiendo que Lola estaba perdida de amores por Luis, se había resignado á un inmenso sacrificio, que Lola enloquecida, no merecía.

Luis vacilando entre las dos, se hacía indigno de las dos.

La figura de Milagros se alzaba resplandeciente sobre aquellas dos locuras.

Pasó, en fin, aquella peligrosa conversación á solas entre Lola y Luis.

Lola salió con Luis al encuentro del Berdejí y del apostolado gitano, que esperaban en el gran salón.

Lola presentó á Luis.

Inmediatamente pidió se trasladasen todos á la habitación secreta donde se celebraba el consejo.

Una vez allí se adujeron las pruebas de la descendencia directa de Luis, del difunto *Oclay*.

Los tres más viejos de la junta no habían necesitado la prueba del retrato de Aurora.

Ellos la habían conocido.

Ellos la recordaban perfectamente.

Ellos al ver á Luis, la habían visto reproducida en él.

Aquella junta, era equivalente á un jurado, y como jurado decretó sobre su conciencia.

Se extendió un documento en forma y se fué más allá de lo que Lola había querido, y de lo que hubiera deseado el Berdejí.

Reconocido Luis por la junta, resultaba primo hermano de la *Oclayi* y siendo su heredero presunto mientras ella no se casase y tuviese hijos, era por consecuencia el *Manclay* como si dijéramos el príncipe de Astúrias. Se le reconoció con mejor derecho que el Berdejí á la regencia del reino durante la ausencia de Milagros.

Aun hubo quien opinó que habiendo sido reconocido como nieto del difunto *Oclay* Luis, y no existiendo entre los gitanos hasta el día puesto que la fuga de una gitana con otro gitano determinaba una de las formas legales del matrimonio entre ellos por ser barón Luis debía venir á el *Oclayato*, volviendo á ser Milagros la *Manclayí*.

Pero había una duda que no podía desvanecerse.

¿Era Luis hijo del *Taripó* con quien Aurora había huido?

Era por consecuencia gitano puro, sin mezcla de sangre de *gaché* (no gitano, extranjero por el tipo puramente gitano lo parecía)

Pero no podía muy bien haber predominado en él la raza gitana, según lo demostraba su exactísimo parecido con Aurora, á pesar de que esta hubiese faltado á sus deberes amando á un *gache*?

Esto parecía desprenderse de la fuga y de la desaparición de Aurora.

¿Si había sido su amante el *Taripó* qué necesidad había tenido de desaparecer?

El *Taripó* pertenecía á la aristocracia gitana.

Podía casarse sin dificultad con la *Manclayí* si despues de su fuga ésta pudo volver llevada á las ancas de una jaca por él *Taripó* presentándose públicamente entre los gitanos y obligar al *Oclay* á casarse con el *Taripó*.

Esto parecía indicar, lo repetimos, que Aurora había faltado á sus deberes entregándose á un castellano, afrentando por esto á su familia y mereciendo por lo tanto la muerte.

Pero como esto no podía ponerse en claro, se adoptó un término medio.

Se mantuvo en el *Oclayato* á Mílagros, y se dió la regencia mientras estuviese ausente, á Luis.

Se legalizó esto en forma y el Berdejí con un infierno en el alma, y los doce dominados por un profundo respeto en que había mucho de miedo por Luis, se despidieron encargados de convocar para el amanecer á la gitanería en la quinta del *Oclay* inmediatamente á las Peñuelas donde estaba aún el cádaver de Luis de Figueroa.

Apenas se quedaron solos, Lola dijo á Luis de Figueroa:

—Yo soy tu hermana. Sé tu hermano mío. Tu te quedas en tu casa, yo me voy á la mía con mi herma-

no y mi cuñada, hasta mañana al amanecer en tu quinta de las Peñuelas.

Y Lola escapó.

—¡Ah!—dijo Luis,—esta es una pesadilla insoportable. Yo no sé lo que es de mí. Yo estoy loco.

CAPÍTULO XXXI

En que principalmente se da cuenta de los últimos funerales de don Luis de Figueroa, con otros particulares.

Entretanto Milagros abatida, enferma, desesperada, había continuado su camino.

Sin saberlo hacía perder la pista al Berdejí.

Por el momento, poco después de su llegada á la casa blanca los habían sorprendido y puesto en temor los disparos que habían resonado de improviso rompiendo el profundo silencio de la noche.

Aquellos disparos habían cesado poco después.

Los valientes guardias, habían matado un matutero.

Habían herido y preso á otros dos, y habían ahuyentado al resto.

Se restableció el silencio.

Uno de los de la casa blanca, salió á reconocer cautelosamente los alrededores.

Se acercó arrastrándose como una culebra, sin causar el más leve ruido, aunque le hubiese causado lo hubiera cubierto el ruido sordo monótomo que producía la lluvia, y vió que en el camino había un hombre muerto, dos atados y sentados al borde de la cuneta, eran los heridos que por haberlo sido levemente, habían podido curar los guardias restañándoles la sangre.

Uno de los guardias se había quedado para guardar á los presos é impedir que nadie que sobreviniese, pudiese tocar al muerto.

El otro guardia, había ido á Madrid á dar parte para que acudiese el Juzgado de guardia.

Este tardó en llegar más de una hora.

Del puesto de la guardia que estaba alguna distancia de allí, habían acudido otras dos parejas.

Llenadas las formalidades legales, cargado al muer- y puestos los dos matuteros heridos sobre sus jacas que los guardias habían encontrado en el camino y habían recojido; todos se pueron en marcha hácia Madrid, escepto los guardias que se volvieron á su puesto.

El camino quedó completamente solitario.

Entonces el escucha, que se había mojado hasta la piel, volvió á la casa blanca.

Poco después, salieron de ella en un carruaje que se había ido á buscar á Madrid, Milagros y el padre Pérez.

Los otros dos gitanos siguieron el carruaje sobre los machos que llevaban el equipaje de Milagros.

Emprendieron rápidamente el camino de la sierra en dirección á la granja de los Figueroas.

De allí debían trasladarse al Escorial por caminos solitarios para tomar el tren y partir para París.

El Berdejí no tenía ya interés alguno en hacer seguir á Milagros y se metió desalentado, anonadado en su casa.

Los otros doce, cumplieron su encargo sin perder tiempo de convocar á la gitanería.

Al día siguiente antes del amanecer pudo notarse un extraordinario movimiento en el barrio de las Peñuelas.

Habían acudido á él, todos los gitanos esparcidos por el barrio de Toledo, que con los de las Peñuelas se dirigieron á la quinta.

Poco después se presentaron en ella Lola, que había cambiado su luto de señora por otro de gitana.

Luis que vestía de levita porque no había tenido tiempo de proveerse de traje flamenco, y el Berdejí y los otros doce que á lo gitano iban vestidos.

Todos se reunieron en la que podía llamarse sala *de profundis.*

El cadáver de Luis de Figueroa, aparecía lívido con manchas verdinegras las unas de color pajizo fuerte semejantes al de la yema cocida del huevo.

Tenía pues el aspecto que ofrece algunas horas después de su fallecimiento, los que han sucumbido á una apoplegía.

Doce doncellas gitanas, vestidas de blanco coro-

nadas de flores, sentadas sobre sus piernas, silenciosas y con las cabezas inclinadas sobre el pecho, estaban seis á cada lado, velando el cadáver.

Los blandones del candelabro, se habían consumido hasta la mitad.

El retrato de Rosa se destacaba sobre la sombra.

Hay que advertir que entre Rosa y Luis, entre la abuela y el nieto, había un parecido semejante, aunque no tan perfecto como el de Luis y Aurora.

La gitanería precedida por el Berdejí, por Lola por Luis y por los doce, invadió en paso lento y con un profundo respecto, con una especie de sobrecogimiento religioso, el estenso y sombrío salón.

Pero enmedio de este silencio, de este respeto, se sentía en algunos lugares que aquella multitud con una sorda palpitación algo que amenazaba, algo siniestro.

Desde el día antes, había corrido por la gitanería civilizada, primero con un rumor, luego como una noticia vaga, y determinándose después un suceso que había puesto al pueblo de Dios, en gran cuidado.

Una tiranía cruel.

Un crímen que alarmaba á aquellos buenos ciudadanos egipcios.

Algunos de los *anda-ríos* que con el tio Botanas, habían estado en el escondite del merendero de la señora Blasa, al ser expulsados poco después por orden del Gobernador, habían tropezado con algunos de los gitanos de Madrid que volvían á él de negocios ó de cuatre-

rías y se habían quejado amargamente de la violencia que se les hacía.

Apostrofaban además con todos los dicterios más enérgicos y expresivos del dialecto gitano, á su *Oclay* y á su *Manclayí.*

Segun ellos, el tio Botanas los había vendido por *loben* (dinero) que le había dado Quirico el pariente del *Oclay* de las Peñuelas, enamorado de su *Manclayí* Micaela; y esta renegando de ellos, se había pasado con armas y bagajes á los civilizados, fugándose con Quirico y casándose en las Peñuelas por este medio ante un bato-puró de la gitanería de Madrid.

Y aunque esto era horrendo por sí mismo, estaba agrabado y ennegrecido hasta causar la tremenda ira del *Manjaró Ondivé* (santo Dios) por el asesinato inícuo de que había sido víctima en el escondite del merendero de la gachí Blasa la rubia, uno de los héroes de los *cayós* andariegos y *anda-ríos*, el nobilísimo y tremendo Malarate que si no lo hubieran matado un miserable finiquito de la traidora *Manclayí* Micaela, y de Quirico su marido, y del tio Botanas, el *Oclay* infame que teniendo tratado de *romandiñar* su chavala con Malarate, se la había dado á otro. Había entregado al asesino *Mulatán* teniente del otro asesino más gordo á Malarate, para que le diera *mulé,* y no contento con esto había hecho que el gran *Gele* (Gobernador) de Madrid, los hiciera salir *chalandó* de su provincia.

Esto era grave, muy grave y había puesto en cuidado á los civilizados.

Mejor dicho, á los revolucionarios que ya entre los civilizados había porque la idea nueva había llegado hasta los gitanos, y estos ciudadanos independientes, estos propagandistas de la emancipación humana entre los flamencos, habían abultado el hecho, le habían ennegrecido, y habían cantado el *de profundis clamabis* de la gitanería, si no se ponía coto á unos tales atentados contra la libertad y la dignidad humanas.

Quirico era una gran cosa.

Ya hemos dicho, que podía considerársele como infante de la monarquía flamenca, á pesar de ser tabernero, porque entre los gitanos, esta profesión no era de estas profesiones compatible con la alta arístocracia así como la cuatreria, la posadería, el hurto, el bordamiento de herraduras y clavos, el chalaneo, la trata de cereales, el esquileo, la venta de cestas, de cordones para el pelo, de libritos de los santos Evangelios, de tenazás de trébedes y el decir la buena ventura, vender filtros y brevajes para obligar voluntades.

Ya hemos visto á la *Manclayí* Micaela, vendiendo como una señora menudencias gitanas, y diciendo la buena ventura.

Cualquier otro oficio, como carpintero, herrero, albañil, era repulsivo y lo es á los gitanos, y singularmente se tienen por infames el de carnicero, zapatero, y por horrible el de enterrador.

Era un pueblo *sui-generis*.

Habiéndose cometido un tal crímen, ó unos tales crímenes por el traidor y desertor *Oclay* Botanas, con-

tra sus *anda-ríos*, era de temer que casada la no menos traidora é infame *Manclayí* Micaela con un infante de la inmemorial dinastía Figueroa, la tiranía se propagase á los *cayós* civilizados.

En política cualquier cosa sirve de pretexto.

Se la retuerce, se la sopla, se la abulta, y de un cañamón se hace un mundo.

Había habido conciliábulos.

Se habían enunciado proyectos de insurrección.

Se había hablado de república gitana.

Todo esto á cencerros tapados á lo sumurmujo, y juramentándose todos los conjurados para guardar el secreto.

Esto era lo que causaba la agitación latente que un hombre experimentado no hubiera dejado de percibir.

El Berdejí tenía gran parte en ello.

Le convenía que los gitanos echasen abajo la monarquía, y que ensayasen un gobierno perfectamente revolucionario, para que escarmentados por sus consecuencias anárquicas, restaurasen el *Oclayato*, eligiendo un *Oclay* que no fuese de la raza maldita de los Figueroas.

Un *Oclay* popular.

En una palabra, por este medio él podía ser el favorecido, el *Oclay* de la libertad y al mismo tiempo del orden.

El Berdejí había soplado en aquella llama naciente para avivarla y convertirla, primero en hoguera, luego en volcán.

Había sido en fin, el fuelle de la revolución.

Pero esta revolución, permanecía aun en la sombra.

La mayor parte de la gitanería no la sentía.

No había llegado el momento oportuno.

Así era, que en aquel salón enorme, la gitanería que le llenaba, hasta estar apretados como arenques en barrica, la gran mayoría sentía una gran veneración por el *Oclay* muerto, por su heredera la *Oclayí* Milagros. Y dejaba sentir como hemos dicho un profundo recogimiento.

Una vez congregados allí todos los gitanos de Madrid incluso los *chorrés* (niños), colocados á la cabeza de aquel nobilísimo pueblo su regente, y su gobierno con parte de su familia real, y con presencia de un señor que por su tipo parecía gitano, y debía serlo, puesto que aquel acto solemne y secreto de la gitanería asistía el Berdejí subido sobre una mesa colocada á la derecha del cadáver, siendo en aquella altura visible á todos, les endilgó una arenga, una especie de *introito* histórico, político y religioso, para prepararlos á oir el decreto proveniente del gobierno supremo, por el cual se reconocía á don Luis de Figueroa como nieto en línea recta, por la *Manclayí* Aurora su madre, del *Oclay* don Luis de Figueroa, y la elección de don Luis para que gobernase como autoridad suprema á los hijos de Dios, durante la ausencia de la *Oclayí* doña Milagros.

Leído solemnemente este decreto por el Berdejí, éste para presentar á Luis á los que debía gobernar, le

invitó á subir á la mesa, hecho lo cual por Luis, la multitud vivamente impresionada por él, prorrumpió en exclamaciones.

Les impuso con un ademán silencio, el Berdejí, y les exigió juramento de fidelidad y obediencia al *Oclay* interino.

Respondieron nuevas aclamaciones.

Después de haber jurado el pueblo, el Berdejí tomó solemnemente juramento á Luis, de que guardaría y defendería los ritos, las leyes y las costumbres del pueblo sagrado, y ampararía en todos sus comprometimientos, trabacuentas y atasques, á todos y á cada uno de por sí, de los puestos bajo su gobierno.

Concluído este acto, bajó de la mesa Luis, y el Berdejí no permaneció en ella más que el tiempo necesario para decir:

—Hijos de Dios, prestemos un último homenaje á nuestro difunto y llorado *Oclay*, que va á ser conducido inmediatamente á la iglesia de la parroquia, para que en ella se hagan sus funerales cristianos; *sentir*, orar por él á *Ondivé*.

La multitud se arrodilló y se prosternó, y sonó enseguida la triste y siniestra salmodía del sentimiento.

Esto duró algunos minutos, trascurridos los cuales, el Berdejí se levantó y dijo:

—Retiráos hijos de Dios.

La multitud empezó á evacuar el salón.

Al fin, sólo quedaron en él los principales personajes, y las doce doncellas que velaban el cadáver.

—Hijas mías,—dijo el Berdejí,—amadas de Dios, levantáos y salir; vuestro piadoso deber está ya cumplido.

Luis no había entendido ni una sola palabra de las que habían sido pronunciadas en aquella solemne ceremonia.

El Berdejí había hablado en *chipi-cayó* clásico, como si dijéramos en gitano puro.

Sólo por exigir el juramento á Luis, había hablado en castellano con él.

No había tenido necesidad de traducción.

Los gitanos entienden como sabemos, como su propia lengua, la del país en que están establecidos, y del cual son naturales aunque constituyendo en él una raza aparte.

Las doce jóvenes que habían sido elegidas entre las más bellas de la gitanería de Madrid, se levantaron, hicieron un respetuoso acatamiento al cadáver del *Oclay*, otro á Luis, al gobierno y los indivíduos de la familia real allí presentes, y salieron con talante gallardo verdaderamente gitano, aunque con paso lento, y formando un pelotón hechicero.

Todas iban más ó menos impresionadas por Luis.

Una vez solos, el Berdejí dijo:

—Me atrevo á proponer que saludemos por última vez á nuestro amadísimo *Oclay*, y nos retiremos para prepararnos á acompañar sus restos, y asistir á sus funerales en la parroquia.

—¡Oh, padre mío!—exclamó llorando Lola.—¡Y

qué pronto vamos á dejar de verte para siempre!

Y se arrojó sollozando sobre el cadáver, besándole sin repugnancia en la frente.

Luis la alzó, la apartó del cadáver, se arrodilló junto á él, y dijo tomándole una mano:

—Perdóname padre, que en mal hora haya yo sido, sin preverlo, inocente, la causa de tu muerte.

Y besó también al cadáver, primero en la frente luego en la mano.

A causa sin duda de su estado febril, Luis creyó que el cadáver se había estremecido.

Siguieron Quirico y Micaela, el Berdejí, los del consejo, y por último el tío Botanas, que ya pertenecía como quien dice á la familia.

Todos salieron cabizbajos.

Inmediatamente entraron los sepultureros de la parroquia, que traían un riquísimo ataud, y un hábito ceniciento franciscano, un crucifijo y un rosario, para amortajar como cristiano á Luis de Figueroa.

Los acompañaba para dar testimonio del acto, con dos notables de la gitanería, el bato-puró, ó alcalde da las Peñuelas, el mismo que había casado dos noches antes á Quirico y á Micaela.

Despojado que fué de su mortaja gitana, y revestido con la cristiana, y puesto en el ataud el *Oclay*, el bato-puró de las Peñuelas con sus adjuntos, se fué á la puerta del salón, la abrió, y dijo con la voz conmovida:

—Entre su mercé señor cura, que ya está amortajado y metido en su caja nuestro difunto.

Entraron en dos hileras, revestidos con sus sobrepellices, cubiertos por sus bonetes, con cirios en las manos, más de cuarenta sacerdotes, presididos por el cura de la parroquia y sus beneficiados, cubiertos con sus capas de *requiem*; adjuntos iban el sacristán con su caldereta y su hisopo; el monaguillo y un vejete estrafalario, con una levita que le llegaba á los pies, descubierta la cabeza cana, y con un piporro descomunal prevenido.

Así, sombríos, tétricos, avanzaron hasta el estradillo donde estaba el ataud, teniendo á sus ángulos los cuatro sepultureros, que estaban decentísimamente vestidos.

El bato-puró de las Peñuelas, con los dos notables, se adelantó y apagó los siete cirios que ardían en el candelabro.

El retrato de Rosa, se borró en la sombra, no parecía sino que se había hundido en la eternidad, huyendo de la representación del catolicismo.

El apagamiento de los cirios por un *cayó* investido de autoridad, había sido la última ceremonia de los funerales gitanos.

No parecía si no que todo aquello era incompatible con el Catolicismo.

En efecto, los gitanos concurren muy poco á la iglesia, y al parecer por mera forma.

Son una secta misteriosa.

Por respeto á la forma, á las conveniencias sociales, se hacía el funeral cristiano á Luis de Figueroa.

La clerecía entonó un responso acompañado del piporro, y el párroco hizo las asperciones de agua bendita con sugeción al ritual.

A seguida entraron cuatro lacayos de gran gala, de la casa de Figueroa.

Ya sabemos que el *Oclay* y la *Oclayi* gitanos habían vivido en la sociedad madrileña, como grandes señores y con gran casa.

Los sepultureros levantaron el ataud, y le pusieron sobre los hombros de los lacayos, cada uno de los cuales llevaba un lazo de gasa negra en el brazo derecho.

Sus medias eran negras también.

El cortejo fúnebre, salió en la forma acostumbrada del salón, entonando otro responso siempre con el acompañamiento estridente, desapacible, lúgubre del piporro, al que por lujo hacía dar unos desatentados tonos agudos que crispaban los nervios al entusiasmado piporrista.

Dando vuelta por la galería del desierto patio que era enorme llegaron á otro salón que podía llamarse con verdad capilla ardiente.

Había en él tres altares, y entre ellos una cama imperial ostentosa, triplemente circuida de altos candeleros dorados con blandones.

Las paredes y el suelo, estaban revestidos de negro.

Inumerables luces repartidas por las paredes, y

puestas en arañas producian una luz vivisima.

La alta servidumbre de la casa del *Oclay*, bajo el mando del mayordomo don José, y todos de gran librea de luto estaban á los lados de la cama imperial.

Gran número de gitanos con sus trajes característicos estaban en el salón.

No era aquella la apiñada multitud que había asistido á los funerales gitanos.

Se continuaba representando una forma, una conveniencia social.

Hasta las diez se sucedieron sin intermisión, misas en los tres altares.

Entraba en el salón un grupo de gitanos y de gitanas y desaparecía otro.

Al fin se procedió á la conducción del cadáver á la parroquia.

El ataud fué puesto en una magnífica carroza tirada por ocho caballos que no eran ciertamente de la empresa funeraria que solo había prestado los atalajes fúnebres; sino escogidos de los mejores de los de más de punta de las cuadras de Figueroa.

Así mismo los conducía el jefe del tren de la casa de gran librea con el semblante compugido y verdaderamente doloroso.

Su tipo gitano era indudable.

Precedían al carro fúnebre, largas hileras de los niños asilados en las diversas instituciones benéficas de Madrid. Los del Hospicio, los pobres de San Bernardino, y una clerecía numerosa con capilla.

Presidían el duelo, en un coche negro como las tinieblas con caballos negrísimos y magníficos, y criados enlutados Luis y Lola, yendo al cristal Quirico y Micaela.

Seguían detrás en coches también de la casa de Figueroa el Berdejí y los doce de la junta.

Luégo una interminable fila de carruajes, los unos blasonados ricos, particulares otros, por que Figueroa estaba muy bien relacionado, mezclados con simones atiborrados de gitanería.

La gente se agolpaba para ver el ostentoso entierro, y se oían por aquí y por allá frases como esta.

—Anda, anda y menudo entierro que hacen á su rey los gitanos.

—Si pudiera escaparse de entre los curas, que aire llevaría el muerto.

—¿A qué tanta pompa cristiana, para enterrar á un hereje? Que lo echen en un muladar.

Se revelaba en unos, la antipatia á los gitanos.

En otros la envidia.

Por que hasta tratándose de un entierro, hay gentes que envidian el lujo.

Y así asombrando á los unos, escandalizando á los otros llegó el entierro á la parroquía donde se celebró con gran pompa el oficio de cuerpo presente.

Luego el cádaver fué conducido con el mismo aparato al cementerio de San Isidro donde la familia de Figueroa tenía su panteón.

Cuando se volvierón, Lola que había meditado y

había preparado su plan de campaña dijo á Luis:

—Hemos cumplido nuestros últimos y tristes deberes por el abuelito. Yo me voy á mi taberna con mi hermano y con mi cuñada. Quédate tú en las dos casas, en la de la calle de Fuencarral y en la quinta.

—Yo tengo ya otras dos casas; que son exclusivamente mías,—respondió Luis que había reflexionado también y se contenía.—Yo te suplico te quedes al frente de esas dos casas que son de la exclusiva propiedad de Milagros.

—¡Ah! ya,—dijo Lola.—Tú quieres evitar cuanto te sea posible el andar entre nosotros.

Y había algo de amor propio resentido de raza en Lola. Antes que todo era gitana

—¡Ah! no,—dijo Luis.—Yo no reniego de mí origen; es más, me siento orgulloso de ello, pero seré lo que ha sido mi pobre abuelo, y ocuparé en la sociedad el rango á que me dán derecho mi educación y mi fortuna; pero no dejaré de ser por esto el amparador de los míos. El lugarteniente de Milagros.

—¿Y si Milagros no volviese?—dijo Lola que se iba olvidando de sus propósitos de mostrarse desinteresada para con Luis.

—Milagros, volverá,—dijo Luis.—Volverá y antes de mucho. Yo no perdonaré medio para encontrarla y la encontraré.

Pero cuando decía esto, sus ojos se dilataban, condensaban una mirada hambrienta en Lola, en quien por fascinación continuaba viendo á Milagros.

Y bajo la influencia de aquella mirada, se le abrasaban á Lola las entrañas, y el fuego se le salía por los ojos, y exagerada é irritada, ponía al borde de la locura á Luis, olvidando ambos de que volvían de enterrar al abuelo.

Luis dejó á Lola en la casa de la calle de Fuencarral y se volvió al Hotel de París.

—¡Oh!—dijo al separarse de ella.—Yo no sé si tendré fuerzas para resistirla, pero un nuevo empeño un empeño grave, cuando está hoy gravemente empeñado con Milagros. ¡Oh! esta situación es desesperada indudablemente pesa una maldición sobre mi familia que viene á mí como una horrible herencia.

CAPITULO XXXI

En que se dice cómo empezó el establecimiento de Luis en Madrid.

El polizonte esperaba á Luis sólo atento en su provecho.

Era pasado el medio día, cuando volvió al hotel.

Don José, que andaba como de servicio al principio de la calle de Alcalá, acudió á él apenas le vió bajar del carruaje, y le saludó expresivamente.

—Hágame usted el favor de subir,—le dijo.

El inspector se fué detrás.

Una vez en su aposento, Luis invitó á almorzar á don José, metiéndose con él en el comedor.

—Tanta honra,—dijo inclinándose servilmente el inspector.

—Tratémonos de una manera franca y abierta, don José,—le dijo Luis,—yo necesito imperiosamente de usted y creo contar con usted.

—De una manera absoluta, señor don Luis.

—Almorzaremos mientras hablamos,—dijo Luis sentándose á la mesa.

El primer plato del almuerzo había sido servido con gran celeridad.

Maravillas que hace el dinero.

—Servir de una vez,—dijo Luis á los criados;—necesitamos estar solos.

Todos los platos, todos los vinos, todo el servicio, en fin, fué traido por una rapidez eléctrica.

Cuando se quedaron solos, dijo Luis á don José:

—Ni se dónde estoy, ni lo que es de mí, ni de dónde vengo, ni dónde voy. Lo que me sucede es de todo punto extraordinario.

—Sí, ya se, señor don Luis,—dijo el inspector,—doña Milagros ha desaparecido, usted ha sido reconocido como nieto del *Oclay* difunto y primo hermano de la *Oclayí* doña Milagros, y ha sido usted revestido interinamente de la autoridad suprema y del gobierno de la gente flamenca,

—Necesito, pues, en gran manera,—dijo Luis,—de la ayuda y de los consejos de usted.

—Yo haré cuanto sepa y cuanto pueda y aun más si es necesario,—dijo el inspector.

—Yo creo,—dijo Luis,—que sería oportuno renunciase usted á su cargo, lo que no impediría en ningún modo siguiese usted en relaciones con la policía.

No deseaba otra cosa don José.

Se encontraba rico de la noche á la mañana con lo

que había robado á Luis en la compra de la casa de Madrid y del hotel en el ensanchamiento, y esperaba robarle más y más y ya se le hacía duro, durísimo, casi insoportable su cargo de inspector con su fatiga, sus incomodidades y aun sus peligros.

—Será lo que usted me ordene, señor don Luis,—dijo el inspector sirviendo un plato á don Luis y llenándole la copa.

Había reemplazado á los camareros destinados exclusivamente á su servicio.

—Yo no quiero perjudicar á usted,—dijo Luis,—así pues, señálese usted un sueldo.

—Me basta con seguir percibiendo el que tengo,—dijo echándola de desinteresado el inspector.

—Miseria,—dijo Luis,—más, más, mucho más.

—Ya que tiene usted gusto en ello, señor don Luis,—dijo el inspector,—pondremos venticuatro mil reales.

—Nos quedamos todavía dentro de lo miserable, cuatro mil duros sin contar los gastos que sobrevengan.

—¡Ah, señor don Luis; mi familia y yo, no sabemos cómo agradecer á usted tanta bondad!

—¡Y por qué ese agradecimiento! Sus servicios de usted son para mí inapreciables, y Dios sabe hasta que punto podrán comprometerle.

—Cuando se trata de una persona tal como usted, señor don Luis, toda idea de compromiso desaparece. Cuente usted de todos modos conmigo.

—Bien, por el momento, infórmese usted acerca de los deberes que yo he contraido al ponerme al frente de los míos. Esto para mí es completamente nuevo. Yo no he sabido que era gitano hasta hace muy poco tiempo.

—No se preocupe usted por eso, señor don Luis. Su abuelo de usted estaba relacionado con la más alta sociedad, y nadie á pesar de su tipo, le creía gitano. Gitanos eran y gitanos son todos los de la servidumbre que continúan en la casa, y nadie los creía tales; bastaba con la diferencia de traje, de la educación y del modo de vivir. Se ven por todas partes entre los que se llaman castellanos, semblantes aterrados, cobrizos y ojos negros, inteligentes, vivos, audaces y nada tienen de gitanos. No se extrañaba el que gitanos, marcados como tales por su traje, por su lenguaje, por su educación, frecuentasen la casa del *Oclay*. Eran chalanes y tratantes que de igual manera frecuentan las casas de los otros grandes, y digo de los otros grandes, porque don Luis de Figueroa para serlo, no le faltaba más que los títulos, y si los hubiera querido, los hubiera tenido. Por su parte, los gitanos que le conocían como su *Oclay* guardaban el secreto, como ellos guardan todos los secretos do su casta! Así que, puede usted continuar la misma vida social que llevó su abuelo.

—¿Y qué estoy yo obligado á hacer por los gitanos? —preguntó Luis.

—Gobernarlos, oir sus querellas, sentenciarlas, cumplir las leyes secretas de la gitanería.

—Y esas leyes...—dijo Luis con la voz indecisa.

—Son terribles, —respondió don José.—El *Oclay* tiene derecho de vida y muerte sobre los que puede llamarse sus vasallos. Una sentencia suya no tiene escusa, sopena de crímen semejante al de alta traición y lesa majestad.

—¿Y cómo se cumplen esas sentencias, sin que recaiga una gravísima responsabilidad ante el derecho social constituido sobre el que las pronuncia?

—De una manera iindirecta. Hay mil medios de destruir á un hombre

—Pero esos mismos instrumentos inferiores se encontrarán al descubierto ante la justicia constituida.

—Si sobreviene una responsabilidad, si un gitano comete un crimeu sirviendo á su *Oclay*, éste pone en juego todas sus influencias, todas sus relaciones. Y ya se consigue que los procesados graves se fuguen de la cárcel ó que los sentenciados á presidio, del presidio se escapen. Si se recorren nuestros establecimientos penales, difícilmente se encontraran en ellos gitanos; aun cuando cometan delitos, hurtos, homicidios por cuenta propia, el *Oclay* está obligado á ampararlos, á sacarlos en palmas como ellos dicen, de las manos de los *jeres*. Para esto, los gitanos pagan un tanto de todos sus negocios al *Oclay*.

—Pero esto es una sociedad secreta,—dijo contrariado Luis.

—Y de más importancia, de más alcance, que lo que usted cree. Pero, en fin, señor don Luis, ¿en qué negocio

humano, no influyen directa ó indirectamente las sectas secretas? Ellas son las que envueltas en la sombra impulsan á la humanidad y la llevan ensangrentándola de revolución en revolución. La que puede llamarse aristocracia autoritoria de la gitanería, es una verdadera secta secreta, relacionada con todas las otras innumerables sectas envueltas en el misterio. Yo instruiré á usted, porque la policía, tiene metidas las narices en todas partes y lo huele todo.

—¿Es decir, que para ser *Oclay* de los gitanos, es necesario proteger crímenes, perderse en intrigas, en conspiraciones, manchar la conciencia, ser una especie de capitán de bandidos, obedecido ciegamente por los suyos?

—En manera alguna, señor don Luis,—dijo el inspector.—Su abuelo de usted ha sido un hombre de honor, que ha gobernado sus gitanos sin incurrir en tiranías ni en debilidades, ni en infamias. Los ha sacado de los atolladeros en que se han metido, con su influencia y con su dinero. No se comprende con qué razón, con qué justicia han caído sobre él tantas desgracias.

—?De modo,—dijo Luis,—que yo puedo mantener secreta mi caridad de rey de esa gente?

—Sin duda alguna, señor don Luis. Ellos guardan, lo repito, un secreto profundísimo acerca de todas las cosas que se relaccionan con su manera entera de ser.

Además, gran parte de ellos, ignoran quién es su

Oclay no conocen más que al bato-puró que esta más cerca de ellos.

Luis guardó silencio.

Estaba vivamente contrariado.

Se comprendía la violencia que se hacía para ocupar el lugar á que se le había elevado, y que tanto ambicionaba el Berdejí.

—Es necesario,—dijo don Luis,—buscar los medios para encontrar á mi prima Milagros. Es necesario, cuanto antes, la entregue yo el poder de que se me ha investido y que solo por respeto á ella he aceptado.

—Se hará cuanto sea posible,—dijo el inspector,—y yo espero que no tardaremos mucho en saber el paradero de esa señora.

—Yo confio en usted, don José, —dijo Luis,—y nada haré sin consultarlo con usted. Ahora y ya que hemos almorzado, es necesario que me lleve usted á ver las casas en que voy á establecerme. Deseo presentarme cuanto antes en la córte.

—Pues para eso,—dijo don José,—nada mejor que darse á conocer como descendiente, como nieto de don Luis de Figueroa. Hay dado un gran paso: la señorita Lola que está en todo, ha redactado como vá usted á ver la esquela mortuoria dejando á usted en libertad de presentarse ó no en el mundo como nieto del señor don Luis de Figueroa. Mire usted.

Y él inspector sacó del bolsillo un ejemplar de aquella esquela que el mayordomo don José, había

hecho repartir el día anterior á los altos conocimientos del difunto.

En aquella esquela, después de anunciar la muerte de don Luis de Figueroa, decía:

«Su nieta la señora doña María de los Milagros de Figueroa, ausente, su primo hermano don Luis, y demás parientes y amigos, suplican á usted asista al oficio de cuerpo presente, que ha de celebrarse por su alma, etcetera.»

—Ya ve usted señor don Luis,—continuó dejando de leer el inspector,—que la señorita doña Lola, con una previsión que hace honor á su inteligencia, no ha usado del apellido de usted, le ha dejado á usted en completa libertad.

—Yo continuaré llamándome Luis de Malespina, como me he llamado siempre, como fuí inscrito en la matrícula de mar, como consta en mi hoja de servicios de contramaestre de la Armada, y en el registro civil de Nueva-York como marido de mister Jenny James, y como aparezco accionista de los bancos de París, de Inglaterra, de Amsterdan y de España.

Se le hizo la boca agua al inspector.

Don Luis de Malespina, debía de ser escandalosamente millonario.

Había pues necesidad de hacer maravillas para servirle.

Luis se levantó y se despidió del inspector, man-

dándole volviese una hora después, para ir con él á visitar la casa y el hotel, que en su nombre se habían adquirido.

El inspector se inclinó profundamente, y se fué.

—Ya estamos en campaña,—dijo Luis.—Todo por ella.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE

DE LOS CAPÍTULOS CONTENIDOS EN ESTE TOMO

PRIMERA PARTE

Capítulos | Págs.

Capítnlos		Págs.

PARTE SEGUNDA

Capítulos | Págs.

FIN DEL INDICE

AVISO IMPORTANTE

Al final de la obra recibirán los señores suscritores la plantilla para la colocación de las láminas.

